

Álvaro Lozano

STALIN

EL TIRANO ROJO



Conozca a fondo la vida y obra de Stalin, guía suprema del régimen soviético, uno de los dictadores más poderosos de la historia. Una obra amena y rigurosa que le permitirá descubrir, en todas sus facetas, el estalinismo, uno de los regímenes dictatoriales más sanguinarios.

Stalin. El tirano rojo permite al lector aproximarse a la experiencia soviética a través de los detalles de la vida de Stalin, un líder temido y venerado que aún hoy despierta nostalgias en varios sectores de la sociedad rusa. Asimismo, el historiador Álvaro Lozano recalca en las vidas de los ciudadanos soviéticos, de las creencias y temores que compartían. Un recorrido completo y apasionante por este régimen dictatorial: desde los brutales campos del Gulag hasta las nuevas ciudades industriales de la URSS, desde Ucrania, castigada por la hambruna, hasta España, refugio de trotskistas, pasando por México donde sería asesinado Trotski, el Kremlin, la epopeya de Leningrado o los campos de batalla de Stalingrado, Kursk y Berlín. A pesar de su lado más siniestro, como defiende el autor, el estalinismo no consistió únicamente en represión y encarcelamientos, sino que fue un sistema complejo, económica y socialmente revolucionario. Stalin forjó un sistema económico que transformó las vidas de los ciudadanos soviéticos y sentó las bases para el surgimiento de la URSS como superpotencia a la vez que sembraba las semillas de su posterior caída. Una obra imprescindible para comprender el mundo actual.



Álvaro Lozano Cutanda

Stalin. El tirano rojo

ePub r1.0

Titivillus 26.05.18

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Stalin. El tirano rojo*
Álvaro Lozano Cutanda, 2012

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Edición digital: epublibre, 2018

Conversión a pdf: FS, 2018



A mi madre

Y veía subir de él siete vacas hermosas y muy gordas, que se pusieron a pacer la verdura de la orilla; pero he aquí que después subieron del río otras siete vacas feas y muy flacas y se pusieron junto a las siete que estaban en la orilla del río, y las siete vacas feas y flacas se comieron a las siete hermosas y gordas; y el faraón se despertó.

Génesis, 41, 2-4

Capítulo 1.

La era de Stalin. Introducción

Este temor que millones de personas encuentran insuperable, este terror inscrito en letras rojas sobre el cielo plomizo de Moscú, este espantoso temor al Estado.

Vasili Grossman

La corta noche veraniega del 21 al 22 de junio de 1941, Iosif Stalin, líder de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), abandonó su oficina en el Kremlin antes de lo habitual. Normalmente trabajaba en la enorme mesa de conferencias de la sala del Gabinete del edificio del Presidium hasta las cinco de la mañana, bajo la impasible mirada de los retratos de Marx, Engels y Lenin que adornaban la pared de roble. Cuando los primeros rayos de sol iluminaban las cúpulas doradas de las catedrales frente a las ventanas de su oficina, Stalin solía encontrarse en su mesa de trabajo sumergido en una densa nube de humo de los cigarrillos Herzegovina Flor que tan solo cambiaba, de vez en cuando, por su pipa inglesa Dunhill. Sin embargo, aquella noche de junio trabajó solo hasta las dos de la mañana y, tras despachar algunos asuntos urgentes con su secretario, Alexander Poskrebshev, abandonó el edificio.

Sentado en la parte trasera de su limusina blindada negra, Stalin y la caravana de vehículos de seguridad abandonaron el Kremlin por la puerta Borovitsky recorriendo a toda velocidad las todavía desérticas calles de Moscú. Stalin apenas había dormido en el apartamento que tenía a su disposición en el

Kremlin desde que su mujer se suicidara allí en 1932, y no parecía existir ningún motivo para hacer de aquella noche una excepción. Una vez que dejaron atrás la capital, la caravana, controlada por el enorme jefe de su seguridad personal, el general del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD) Nikolai Vlasik, se desplazó como era habitual a toda velocidad por el centro de la carretera. Los vehículos cubrieron en menos de media hora el trayecto de treinta y dos kilómetros hasta Kuntsevo, una pequeña y tranquila localidad rodeada de frondosos bosques de pinos y abedules. Antes de llegar a Kuntsevo, la caravana de vehículos abandonó la carretera principal para girar a la izquierda, adentrándose en una carretera secundaria donde se detuvieron brevemente ante un control de seguridad con guardias fuertemente armados. Tras las revisiones rutinarias de seguridad, finalmente llegaron a una casa de una planta rodeada de jardines. Era la entrada a la dacha personal de Stalin, cuyo nombre era *Blízhniaia* («dacha cercana») para distinguirla de las otras casas que poseía y cuya existencia muy pocos moscovitas conocían^[1].

En ella, Stalin llevaba una vida solitaria; sus únicos acompañantes eran oficiales de policía, que debían ser muy discretos para no molestar al irascible dueño, y algunos empleados domésticos. Se trataba de una vivienda sencilla que Stalin había reformado de forma constante y que su hija Svetlana recordaría siempre con afecto. Stalin vivía prácticamente todo el tiempo en el salón. Allí dormía en un sillón rodeado de teléfonos que le conectaban con el mundo exterior. El mobiliario era sobrio: un armario, varias sillas y una gran mesa en el centro de la sala que solía estar atestada de papeles, periódicos y documentos. Cuando cenaba solo hacía que le despejaran la mitad de la mesa, y las montañas de documentos eran retiradas completamente cuando recibía a alguien. Aquel día de junio no esperaba a nadie, por lo que se

retiró a dormir temprano. A pesar de que habitualmente sufría de insomnio, aquella noche se durmió plácidamente a las dos y media de la madrugada ajeno al hecho de que cientos de aviones alemanes se dirigían ya a bombardear las ciudades y los aeropuertos soviéticos^[2].

La mayor parte de la población soviética dormía también sin preocupaciones bélicas aquella noche cálida y tormentosa. A pesar de los rumores insistentes sobre la inminencia de una invasión alemana, poca gente estaba realmente preocupada, pues el propio Stalin había tranquilizado a la población señalando que eran rumores sin fundamento difundidos por provocadores occidentales que deseaban acabar con el Pacto Germano-Soviético. La tarde del 21 de junio fue una noche de sábado más, incluso en los distritos militares fronterizos. Las tropas en la frontera se encontraban relajadas y disfrutaban del incipiente clima veraniego. Los oficiales se encontraban en sus hogares con sus familias, en los clubes de oficiales o disfrutando en los teatros o cines de los cuarteles.

El 19 de junio, el jefe del Partido de Leningrado, Andréi Zhdánov, había partido hacia su lugar habitual de vacaciones, la localidad de Sochi en el Mar Negro, donde Stalin poseía también una residencia. Para la población era un gran motivo de alivio, ya que si Zhdánov, al que algunos consideraban el posible heredero de Stalin, se marchaba de vacaciones, eso significaba que las amenazas de guerra eran tan solo rumores infundados. Un día después, el comisario de Comercio Exterior, Anastás Mikoyán, había alertado a Stalin de que en el puerto de Riga veinticinco mercantes alemanes habían recibido órdenes de partir el 21 de junio con independencia de si habían completado su carga. Mikoyán señaló que eso significaba la guerra. Stalin le contestó que Hitler consideraría la detención de esos mercantes como *casus belli* y ordenó que se les dejara partir. Ante las pruebas que se iban acumulando,

el ministro de Asuntos Exteriores, Viacheslav Mólotov, se limitó a declarar: «Ningún acontecimiento nos tomará por sorpresa^[3]». Los ingenieros navales alemanes que se encontraban en Leningrado reconstruyendo un acorazado para la flota soviética habían ido regresando a Alemania de forma progresiva y el agregado militar alemán se quejó de la absoluta falta de tacto en la forma en que habían sido llamados de vuelta.

El 18 de junio, una cuarta parte de la edición del diario *Izvestia* (una página completa) se había dedicado a celebrar el aniversario del fallecimiento del escritor Máximo Gorki. La mayoría de la población de la URSS desconocía las noticias internacionales que anunciaban una invasión inminente. Ninguna noticia al respecto aparecía publicada en los diarios *Pravda* o *Izvestia*. Las noticias de aquel sábado contenían las habituales y aburridas informaciones: los logros de producción en Kazajistán y un informe sobre la conferencia del Partido de Moscú. La guerra europea era algo distante: las noticias sobre operaciones militares en el norte de África y en Siria aparecían tan solo en la última página del diario *Izvestia*. En la misma edición, un anuncio del Gobierno solicitaba a los ciudadanos que recolectaran botellas para ser reutilizadas. Otros anuncios presentaban un nuevo «perfume soviético», Zhiguli, y una nueva crema facial, Nochnoy, pero no se hacía mención alguna a la inminencia de la guerra. A los privilegiados que tenían acceso a la prensa internacional se les indicó que ignorasen todo lo que se publicaba sobre la amenaza de invasión alemana^[4]. Los programas de radio estaban tan censurados como los diarios y consistían en gran parte en conciertos, discursos y algunos comentarios deportivos. Los acontecimientos internacionales se reducían a un informe semanal sobre la situación de la guerra en Europa.

No es de extrañar, por tanto, que para la mayoría de los

moscovitas lo más preocupante aquellos días fuese el clima, que se mostraba especialmente inestable para esas fechas. El mes había comenzado con una nevada el 2 de junio y fuertes lluvias el día 7. Las temperaturas al iniciarse el mes habían sido las más bajas desde 1881. Sin embargo, el día 11 el termómetro había alcanzado ya unos agradables diecisiete grados que fueron ascendiendo de forma paulatina a partir de entonces. El sábado 21 de junio de 1941 amaneció caluroso y soleado en Moscú. El sábado se había convertido en un día laborable más y los moscovitas planeaban cómo divertirse o descansar al día siguiente. La noche del 21 al 22 de junio era la más corta del año y en Leningrado, famosa por sus «noches blancas», no había habido prácticamente ninguna hora de oscuridad.

Para los ciudadanos de Moscú acostumbrados a las medidas draconianas del régimen estalinista, la vida había mejorado algo en los últimos meses. Con la producción suplementaria para cumplir los acuerdos económicos suscritos con Alemania, algunos bienes habían sido desviados de forma inevitable al mercado doméstico. Años después, en plena Guerra Fría, los moscovitas todavía recordarían con nostalgia aquel «verano consumista». A pesar de todo, un inspector del Comisariado de Comercio informaba de la preocupante escasez de verduras frescas en los mercados oficiales de la capital. En uno de los comercios que visitó tan solo encontró diez racimos de rábanos y veinte pepinos, aunque en un mercado negro cercano se podía encontrar todo tipo de verduras frescas.

Tras años de profundas reformas, Moscú se encontraba en su mejor momento. Sus famosas cúpulas doradas brillaban resplandecientes con el sol y los niños jugaban en los jardines Alexandrov bajo las murallas del Kremlin. Los colegios habían finalizado las clases el viernes 13 de junio y, al día siguiente, el consejo municipal había anunciado la esperada reapertura de

la plaza Soviética, que había estado cerrada para realizar trabajos de restauración^[5]. En los jardines se habían plantado tilos e incluso algunas palmeras, además de quinientas rosas que ya estaban en flor. La fuente en el centro de la plaza había vuelto a funcionar y se anunció que sería iluminada cada día a las once de la noche. Para disgusto de sus hinchas, el principal equipo de fútbol de la capital, el Dinamo de Moscú, acababa de perder su condición de invicto en la liga. En el río Moscú, cerca del parque Gorki, más de quinientos remeros competían aquellos días en una disputada regata y, en los alrededores de la capital, veintisiete vehículos participaban en un popular *rally* de cuarenta y cinco kilómetros a través del campo embarrado por las lluvias de los últimos días.

En el parque donde se encontraba la Exposición de la Unión Agrícola, un circo había instalado sus carpas el 11 de junio y todo aquel que adquiría una entrada tenía derecho a ingresar gratis en la exposición. Para los aburridos trabajadores soviéticos la atracción del circo era «Charlie, el mono casi humano», que al final resultó ser un payaso disfrazado de simio. Aquellos días se desarrollaba también una competición de esgrima con delegaciones de siete ciudades soviéticas. En el Teatro Bolshói se representaban *La Traviata* de Verdi y *Romeo y Julieta* de Gounod, alternando con elegantes programas de *ballet*. Una nueva producción de *Rigoletto* se estrenó el 19 de junio. Asimismo, una traducción rusa del *Tartufo* de Molière se representaba en el Teatro Gorki y el Teatro de las Artes de Moscú ofrecía *Tres hermanas* de Chéjov. Sin embargo, algo imperceptible para la mayoría de los moscovitas había cambiado. A raíz del aumento de tensión con Alemania, las obras del compositor alemán Richard Wagner habían desaparecido de los programas de ópera. Aun así, ninguna otra capital europea aguardaba el verano de 1941 de forma tan alegre y despreocupada^[6].

Los rumores sobre un inminente ataque alemán no habían cesado durante las últimas semanas. Las últimas advertencias habían llegado a última hora de aquel fatídico sábado 21 de junio. Los guardias fronterizos dispuestos a lo largo de toda la frontera informaron de un aumento significativo de movimiento en la zona alemana. Podían escuchar los motores arrancando, el tintineo del equipo y el chirriar de las cadenas de los tanques. A pesar de todos los mensajes de advertencia que había recibido del extranjero y de sus propios oficiales, Stalin optó por seguir ignorándolos. Sin embargo, el comisario soviético de Defensa, el mariscal Semen Timoshenko, y el jefe de Estado Mayor del Ejército Rojo, el general Georgi Zhúkov, se tomaban muy en serio esos rumores. Rogaron a Stalin que pusiese a las tropas fronterizas en alerta. Stalin se negó. A las 12:30 de la mañana, Zhúkov informó a Stalin de que un comunista de Múnich llamado Alfred Liskow, reclutado en la 74.^a División alemana, había abandonado su unidad tras recibir las órdenes del ataque y había cruzado a nado el río Pruth para alertar a los soviéticos. Stalin ordenó que fuera fusilado por «desinformación». Por fortuna para Liskow, su interrogatorio continuaba cuando las tropas alemanas cruzaban la frontera, momento en el que se convirtió súbitamente en un héroe comunista^[7].

A las diez de la noche del día 21, en una especie de anticipo de la terrible guerra que se avecinaba, una fuerte tormenta de viento y lluvia se desató sobre Moscú, lo que permitió a los moscovitas descansar tras un día de calor seco y asfixiante. Al otro lado de la frontera con Alemania, las temperaturas eran también observadas con atención y preocupación, aunque por motivos muy diferentes, por parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas alemanas. Mientras aquella noche, la más corta del año, llegaba a su fin, la mayor fuerza de invasión de la historia se desplazaba sigilosamente a sus posiciones iniciales

de ataque. En los claros de los bosques, entre campos de maíz, en las tupidas orillas de los ríos, los oficiales alemanes reunían a sus hombres y daban las órdenes finales. Un breve discurso personal de Adolf Hitler a las tropas sirvió de prólogo al ataque. El mensaje concluía de forma grandilocuente: «¡Soldados alemanes! Están a punto de lanzarse a una batalla dura y crucial. El destino de Europa, el futuro del Reich alemán y la existencia de nuestra nación están ahora en sus manos. Que Dios nos ayude a todos en esta lucha». Por motivos de seguridad, las ochocientas mil copias con el discurso habían sido repartidas tan solo unas horas antes, lo que constituyó una auténtica hazaña logística. Debido a la celeridad de su distribución, los soviéticos no tuvieron conocimiento de las mismas^[8].

En la embajada soviética en Berlín, la mayoría del personal había disfrutado ese día del comienzo del verano en los parques cercanos a la capital alemana. Sin embargo, el embajador Dekanozov y Tupikov, el agregado militar, no se podían relajar, pues sabían bien lo que se avecinaba. Dekanozov llevaba días intentado concertar sin éxito una cita con Hitler. Finalmente se ordenó al personal de la embajada que redactase una nota para Joachim von Ribbentrop, ministro alemán de Asuntos Exteriores. En ella, se protestaba por el hecho de que entre el 19 de abril y el 19 de junio se habían producido nada menos que ciento ochenta violaciones del espacio aéreo soviético por parte de aviones alemanes. Sin embargo, Ribbentrop había abandonado la ciudad dejando instrucciones de que no se recibiese a Dekanozov^[9].

Como Dekanozov no pudo contactar con el ministro alemán, Stalin pidió a Mólotov que citase al embajador alemán en Moscú, el conde Friedrich Werner von der Schulenburg. Este fue recibido por Mólotov a las 21:30, hora de Moscú (20:30 hora alemana). El motivo principal de la entrevista era

protestar por las violaciones del espacio aéreo y preguntar por qué estaban abandonado el país las mujeres del personal de la embajada alemana. «No todas, la mía sigue en la ciudad», respondió Schulenburg^[10]. Mólotov le preguntó entonces al embajador alemán por qué no había respondido el Gobierno alemán al comunicado «de paz» que había emitido días antes la agencia TASS. Schulenburg respondió que no sabía nada al respecto, pero que transmitiría las preguntas a Berlín.

La noche del 21 al 22 de junio, el expreso Berlín-Moscú atravesó la frontera en el horario previsto. Las semanas anteriores a la invasión, la URSS había proporcionado a Alemania dos millones de toneladas de petróleo con el que se invadiría Rusia. Los últimos trenes pasaron la frontera puntualmente antes de la invasión alemana y los puestos aduaneros permanecieron abiertos^[11]. A las tres y cuarto de la mañana, los cañones alemanes fueron despojados de su camuflaje o sacados de sus escondrijos en graneros y almacenes. Poco tiempo después, la artillería alemana abrió fuego a lo largo de todo el frente. El resplandor de aquel ataque fue tan enorme que los habitantes de las localidades fronterizas creyeron que estaban asistiendo a un fenómeno natural sin precedentes: el sol parecía salir por el oeste. Sin pérdida de tiempo, las vanguardias acorazadas alemanas iniciaron un ataque fulminante. Un capitán ruso cuya unidad se encontraba en primera línea transmitió a sus superiores un mensaje urgente para su cuartel general en la retaguardia:

—¡Mi coronel, nos atacan los alemanes!

—¡Eso es imposible! ¡Está usted borracho! ¡Váyase a dormir y déjeme en paz^[12]!

El almirante Kuznetsov intentó informar a Stalin en el Kremlin de que se habían producido ataques aéreos alemanes contra Sebastopol. Sin embargo, el oficial de guardia, Loginev,

le contestó que Stalin no estaba allí y que no conocía su paradero. Salvo para un puñado de sus colaboradores, la existencia de la dacha de Kuntsevo era un secreto, por lo que incluso en un momento de máxima gravedad como ese, cuando abandonaba el Kremlin Stalin desaparecía. A diferencia de Kuznetsov, el general Zhúkov tenía el número del teléfono privado del dictador. Zhúkov recordaba en sus memorias el momento en que avisó a Stalin del ataque: «La persona de guardia me preguntó con voz somnolienta: “¿Quién llama?”. “Zhúkov, jefe del Estado Mayor. Por favor pásame con el camarada Stalin, es urgente”. “¿Ahora? El camarada Stalin está durmiendo”. “¡Despiértelo inmediatamente, los alemanes están bombardeando nuestras ciudades!”». Tres minutos más tarde, Stalin se levantaba, y contestaba aquella inusual llamada. Zhúkov le informó de la gravedad situación: «¿Entiende usted lo que le estoy diciendo?», le preguntó Zhúkov. Stalin permaneció sin reaccionar unos instantes. Según Zhúkov, «Stalin no había sufrido una conmoción tan grande en toda su vida^[13]». Se sentó en una silla y se mantuvo en silencio un buen rato. Tenía motivos para meditar. El pacto con Alemania había sido una creación suya y siempre creyó que Hitler lo necesitaba tanto como él. En un primer momento, Stalin creyó que la guerra tenía que haber sido iniciada contra la voluntad de Hitler, por una conspiración dentro de las fuerzas armadas alemanas. En su mente siempre tenía que existir una conspiración. Cuando finalmente se dio la orden de alertar a las unidades en la frontera, antes de que los telegramas fueran descifrados ya estaban siendo barridos por la aviación y la artillería alemana.

En Berlín los teléfonos de los periodistas sonaban sin parar aquella madrugada. Mientras se dirigían a la sala de prensa, se preguntaban a qué se debía citarles a esas horas y especulaban sobre una posible rendición de los británicos. A las 5:30 de la

madrugada, Ribbentrop anunciaba a la prensa mundial que la guerra con Rusia duraba ya dos horas. Ribbentrop se dirigió hacia la mesa del salón de actos del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde, de pie, iluminado por unos focos cuidadosamente instalados, leyó la nota en la que Hitler pretendía justificar el ataque, mientras las cámaras de la prensa perpetuaban el histórico momento. Tan solo veintiún meses antes, Ribbentrop había regresado de Moscú con el éxito más brillante de su carrera, la firma del Pacto Germano-Soviético.

Schulenburg se presentó en el despacho de Mólotov y leyó el mensaje que acababa de recibir de Berlín: «Los informes que en los últimos días ha recibido el Gobierno del Reich no dejan subsistir duda alguna en cuanto al carácter agresivo de las concentraciones de las tropas soviéticas. [...] El Gobierno del Reich declara que, violando los compromisos contraídos, el Gobierno soviético se hace culpable de haber proseguido, e incluso intensificado, su trabajo de zapa contra Alemania y Europa, de haber concentrado en la frontera alemana todos sus ejércitos en pie de guerra y de prepararse con toda evidencia a una violación del Pacto de no agresión germano-ruso y atacar Alemania. Por consiguiente, el *Führer* ha ordenado a los ejércitos del Reich prevenir cualquier amenaza utilizando todos los medios de que dispone». El ministro soviético escuchó con frialdad y, abandonando su famosa impasibilidad, señaló: «La guerra..., esto es la guerra. ¿Cree usted, señor embajador, que hemos merecido esto?». Mólotov se dirigió a la oficina de Stalin en el Kremlin y al entrar gritó: «¡El Gobierno alemán nos ha declarado la guerra!». Stalin exclamó: «Hitler nos engaña^[14]». Tras seiscientos sesenta y nueve días, una de las más extrañas alianzas de la historia llegaba a su fin.

Hasta las 6:30 del 3 de julio, cuando las vanguardias acorazadas penetraban ya en el corazón de la URSS, Stalin no se dirigió a su desconcertada nación. Aquel día, tras completar

su habitual trabajo nocturno, se sentó ante un micrófono en el Kremlin y se dirigió al país en un mensaje radiofónico. Durante todo ese día el mensaje fue leído una y otra vez a través de altavoces en calles, plazas de pueblos y ciudades. Al mismo tiempo, el texto era colocado en vallas y muros para que todo el mundo pudiese saber lo que había dicho su líder. Al contrario que Hitler, Stalin no era un orador. Desconfiaba de las emociones suscitadas por quienes poseían ese talento, y siempre rechazó caer en el discurso fácil. Como resultado, cuando decidía hablar, el público escuchaba, pues sabía que lo que tenía que decir su líder era de suma importancia. Las palabras que iba a pronunciar aquella mañana del 3 de julio configuraban probablemente el discurso más importante de su vida: «Camaradas, ciudadanos, hermanos y hermanas, combatientes de nuestro Ejército y de nuestra Marina», comenzó dramáticamente, «¡Os estoy hablando a vosotros, amigos míos!». Se trataba de una extraña forma de dirigirse a la nación, algo que no había hecho nunca antes, ni volvería a hacer jamás. Tras reconocer que los alemanes habían logrado éxitos importantes, recordó que no existían enemigos invencibles y que nada debía caer en manos del enemigo. Stalin concluyó afirmando: «¡Adelante, hacia la victoria!»^[15]. Aquel era el momento culminante en la carrera de Stalin. A partir de aquel instante, su régimen y probablemente su vida estarían en juego. Se trataba de la prueba definitiva para Stalin y para el régimen que había creado. Se enfrentaba a un gobierno tan dispuesto a utilizar el terror como el suyo y no habría paz generosa.

¿Cómo se había llegado a esa situación? ¿Cómo pudo un hombre tan desconfiado como Stalin caer en un engaño tan burdo? ¿Cómo logró que su país sobreviviese a la invasión del ejército más formidable de la historia? Para dar respuesta a esos interrogantes, es preciso retrotraerse en el tiempo y

analizar globalmente la vida y la política de Stalin. Las respuestas a la victoria sobre Alemania son también las de cómo una nación subdesarrollada pudo convertirse a través de una política inhumana en una de las dos superpotencias de la Guerra Fría. Es la historia, también, de cómo ese desarrollo sentó las bases de la posterior decadencia soviética y perduró en muchas características de la Rusia actual.

En 1903 una nueva palabra había irrumpido en el vocabulario político del mundo: «bolchevique». Exactamente cincuenta años después, el hombre que transformó la visión de la revolución internacional socialista en uno de los regímenes dictatoriales más brutales de la historia fallecía en Moscú. La siniestra figura de Stalin y el estalinismo evocan imágenes de una terrible dictadura personal, de policía secreta y de los siniestros campos de concentración de Siberia (el tristemente célebre «Gulag»). Sin embargo, el estalinismo no consistió únicamente en represión y encarcelamientos. Por el contrario, fue un sistema complejo, económica y socialmente revolucionario. Stalin creó un sistema económico que transformó las vidas de los ciudadanos soviéticos y sentó las bases para el surgimiento de la URSS como superpotencia. ¿Cómo es posible que las aspiraciones de la Revolución rusa de 1917, que prometían una sociedad más justa y humana, se convirtieran en un despotismo totalitario y cruel que hundió a la URSS en una pesadilla de terror? ¿Fue el estalinismo una consecuencia inevitable de la política revolucionaria de Lenin? O, por el contrario, ¿se trató de una perversión grotesca del bolchevismo y Trotski estaba en lo cierto cuando llamaba a Stalin «el enterrador de la Revolución»?

Los impresionantes logros económicos de la era de Stalin son innegables y convirtieron una sociedad predominantemente agraria en un gigante industrial y militar capaz de derrotar al poderoso ejército de Hitler y de

atemorizar a Occidente durante la Guerra Fría. Stalin afirmó que se había encontrado con un país con arados de madera y lo había dejado con la bomba atómica. Sin embargo, todo se logró a un precio gigantesco de sufrimiento humano. Pero ¿pudo lograrse por otros medios menos opresivos? ¿Existían alternativas de desarrollo económico en la URSS? ¿Fueron las hambrunas y los campos de trabajo, los exiliados y las ejecuciones, necesarios para la construcción del «socialismo en un solo país»? ¿Cómo llegó un hombre a adquirir tanto poder sobre el Partido Comunista y el pueblo soviético? Durante dos generaciones era imposible no solo responder, sino tan siquiera plantearse esas preguntas en la URSS. Sin embargo, con los vientos de cambio de 1985 se abrió un debate sobre todos los aspectos del estalinismo.

El problema de la aplicación del marxismo en la URSS fue que, una vez que se convirtió en una ideología en el Gobierno, se tornó inflexible. Los líderes soviéticos no mostraron interés por el marxismo crítico, que era constantemente revisado para adaptarse a los cambios en el mundo. Tan solo el secretario general del Partido Mijaíl Gorbachov fue capaz de escapar del marxismo ortodoxo, pero para entonces ya era demasiado tarde. Durante la última parte de la década de 1980, otras dos palabras rusas se hicieron familiares en el lenguaje político: *glasnost* («transparencia») y *perestroika* («reforma» o «reestructuración»), ligadas al programa de reformas económicas, políticas y culturales de Gorbachov. El objetivo de esas reformas y de esa «reestructuración» era, en esencia, el sistema político, económico y social creado por el hombre que dominó la URSS durante veinticinco años (1928-1953): Stalin.

Durante un cuarto de siglo, el destino del mayor estado del mundo, y la vida de millones de sus ciudadanos, fue regido por un hombre que el comunista yugoslavo Milovan Djilas describió como «el mayor criminal de la historia», que

combinaba «el sinsentido criminal de un Calígula con el refinamiento de un Borgia y la brutalidad del zar Iván el Terrible». El legado de Stalin fue tenebroso y duradero. La economía y la sociedad fueron transformadas por la triple revolución de la industrialización, la colectivización y la educación, que comenzó con el primer plan quinquenal de 1928. En unos años, la URSS se convirtió en una gran potencia económica y hacia 1949, era ya una superpotencia nuclear, y Stalin el líder de un enorme bloque socialista. Sin embargo, todo eso se logró a un precio enorme y devastador. Lo más grave fue que la dictadura de Stalin no se apoyó, como la de Hitler, en una megalomanía racial y ultranacionalista, sino que se legitimaba por la doble ética de la Revolución y del proletariado. Radicalizando las tendencias autoritarias presentes entre los bolcheviques desde la Revolución, acabó de eliminar del proyecto marxista-leninista todo rastro de ideas democráticas: anuló todas las libertades, negó el más mínimo pluralismo y aterrorizó a la población instaurando un régimen policial. Dispuesto a eliminar no solo a los discrepantes, sino a todo aquel que pudiera poseer algún prestigio, lanzó sucesivas purgas contra sus compañeros comunistas y eliminó a la plana mayor de la Revolución^[16].

Con la misma violencia impuso la colectivización forzosa de la agricultura, hizo exterminar o trasladar a pueblos enteros como castigo o para solucionar problemas de minorías nacionales, y sometió todo el sistema productivo a la estricta disciplina de una planificación central. Con inmensas pérdidas humanas consiguió, sin embargo, un crecimiento económico espectacular. Mediante los planes quinquenales, se dio prioridad a una industrialización acelerada, basada en el desarrollo de los sectores energéticos y la industria pesada, a costa de sacrificar el bienestar de la población. La represión impedía que se expresara el malestar de la población, apenas

compensada con la mejora de los servicios estatales en transporte, sanidad o educación. A ese precio consiguió Stalin convertir a la URSS en una gran potencia, capaz de ganar la Segunda Guerra Mundial y de compartir la hegemonía con Estados Unidos en el orden bipolar posterior.

El socialismo estalinista era hijo de la Ilustración europea y la culminación de un proceso que comenzó durante la Revolución francesa. La Revolución rusa fue un intento de moldear una sociedad nueva y justa en la tierra inspirada en pensadores como Hegel y Kant, cuyas obras pueden considerarse versiones seculares del pensamiento judeocristiano. Para los nuevos líderes aquellos que se resistían pertenecían al pasado y tenían que ser eliminados. Marx no predicaba la violencia, pero la consideraba inevitable: la dictadura del proletariado se impondría y la burguesía sería ajusticiada. Con ocasión del bicentenario de la Revolución francesa, un miembro del Politburó criticó con dureza la práctica de cometer crímenes en nombre de un futuro mejor y habló de un «río de sangre cubierto con las rosas de trágicas ilusiones^[17]». El escritor marxista Gueorgui Plejánov había advertido proféticamente de que, si el pueblo tomaba el poder cuando las condiciones sociales no estaban suficientemente maduras, «la Revolución podía dar lugar a una monstruosidad política, como los antiguos imperios chinos o peruanos; es decir, se produciría un despotismo zarista renovado bajo una apariencia comunista^[18]».

Los revolucionarios rusos estaban obsesionados con la experiencia de la Revolución francesa y se veían a sí mismos como continuadores de ese gran experimento. Estaban convencidos de que si aprendían de las lecciones de dicha Revolución, no cometerían los mismos errores. Serían capaces de establecer las bases de una sociedad socialista fundamentada en la razón. La Revolución francesa se había

basado en la nación, pero los bolcheviques limitaron su alcance a la clase trabajadora. El proletariado debía ser el garante de ese nuevo orden, que sería internacional. Stalin llevaría esos planteamientos de la Revolución francesa hasta el final, pero modificando algunos como la revolución internacional, que sustituiría por la noción de «socialismo en un solo país».

Con Stalin, señaló Trotski entre otros, se iniciaba la fase «termidoriana» de la Revolución, que, según Crane Brinton, es la fase de «desilusión, decrecimiento de la energía revolucionaria y movimientos tendentes a la restauración del orden». Afirmaba que las revoluciones tienen un ciclo vital que atraviesa fases de fervor hasta que alcanzan un clímax, seguido por la citada fase «termidoriana^[19]». Entre 1793 y 1794, por ejemplo, la Revolución francesa había experimentado una fase radical, «el gran Terror». Esa fase fue superada por el golpe de Estado de Termidor, en el que la política se había inclinado a la derecha hasta la toma del poder por Napoleón.

Los bolcheviques tenían en mente el modelo de la Revolución francesa y temían una degeneración termidoriana de su Revolución. Las expresiones «degeneración termidoriana» y «guillotina» eran figuras utilizadas frecuentemente en los debates, sobre todo entre los cuadros formados durante la Guerra Civil, afectos a valorar positivamente la aplicación del terror a los enemigos de clase. La primera fue, incluso, una de las últimas acusaciones que lanzó Trotski a Stalin, antes de su exilio. Trotski afirmaba siempre que se estaba preparando un «Termidor» en la URSS con apoyo de «elementos pequeñoburgueses». Los paralelismos entre Stalin y Napoleón eran interesantes, aunque de poca aplicación práctica. Cuando estableció su régimen de terror, Stalin era comparable a muchos déspotas del pasado, pero no a los de la Francia de los siglos XVIII y XIX.

Hacia 1934, Stalin presidió el «Congreso de los

Victoriosos» (o de los supervivientes de sus purgas) y declaró el fin de la etapa de la «construcción del socialismo». En esa declaración de victoria encontró la fórmula para terminar la Revolución rusa sin repudiarla. Hacia la primera mitad de la década de 1930, el estalinismo abandonó el fervor antiburgués de la revolución cultural y se volvió «respetable». Esa respetabilidad significaba nuevos valores morales, la aceptación de la jerarquía social basada en educación, ocupación y estatus, los incentivos materiales contra el igualitarismo vulgar, la exaltación de los valores de familia, la eliminación de los derechos que la Revolución había otorgado a la mujer y la rehabilitación de zares como Iván el Terrible y Pedro el Grande. Por último, la nueva constitución decretó el fin de la guerra de clases. Ahora todos eran iguales en su devoción al socialismo y al Estado soviético y la «nueva *intelligentsia* soviética» reemplazó a la clase obrera en el discurso oficial.

Durante muchos años era difícil aproximarse a la historia de la URSS con cierto distanciamiento. Los historiadores soviéticos tenían que demostrar una militancia partidista a riesgo de ser denunciados como contrarrevolucionarios. Las reacciones emocionales o los prejuicios políticos afectaban incluso a los extranjeros que querían analizar el período soviético. Con el declive y la caída de la URSS se han abierto nuevas perspectivas. El estalinismo puede explicarse de diversas formas. En primer lugar, hay que plantearse cómo se acoplan los años del estalinismo en la era comunista de Rusia. ¿Fue la etapa estalinista la consecuencia lógica de la Revolución bolchevique? ¿O, por el contrario, marcó una distorsión, una discontinuidad o incluso una negación de la Revolución y sus principios? Trotski habló, desde el exilio, de la «revolución traicionada», y fue el principal defensor de la «discontinuidad». Kruschev y Gorbachov intentaron regresar

al «auténtico» leninismo de 1917, destacando la ruptura con los años estalinistas, lo que a su vez abre otro debate: ¿hasta qué punto fueron sus sucesores capaces de desprenderse del legado de Stalin? Para un sector de la historiografía, la característica básica de la era comunista fue la continuidad. Historiadores occidentales, especialmente del período de la Guerra Fría, pusieron el énfasis en las raíces leninistas del estalinismo y la continuidad del totalitarismo tras la muerte de Stalin en 1953. Esta escuela se vio reforzada con el colapso del sistema soviético. El legado estalinista pasó a considerarse como causa principal de la caída del sistema.

Una segunda cuestión son los motivos por los que surgió el estalinismo. ¿Fue el estalinismo un resultado de la personalidad de Stalin y de sus decisiones? ¿O fue, por el contrario, resultado de la situación histórica en la que vivió? En este sentido, se pueden aplicar las metodologías utilizadas para Hitler y el nazismo: la escuela «estructuralista» (que enfatiza el valor de las fuerzas sociales en la evolución de la historia), o la «intencionalista» (que resalta el papel del individuo y su voluntad para forjar la historia). Relacionada con estas cuestiones es preciso plantearse la reflexión sobre la naturaleza del sistema soviético. Mientras que el nazismo murió en Alemania con Hitler en 1945, la URSS sobrevivió a la muerte de Stalin. Durante cuarenta años fue un objeto de estudio del que surgió el concepto del «totalitarismo», que señalaba que su característica básica era el control absoluto del sistema. El totalitarismo fue un concepto utilizado por los fascistas italianos y sería utilizado por los historiadores para poder comparar la Alemania nazi, la Italia fascista y la Rusia soviética. Sin embargo, tal comparación fue posteriormente menos convincente.

Las deficiencias del término «totalitarismo» resultan evidentes si este supone la «totalidad» en la práctica y en los

propósitos. El totalitarismo no resulta suficiente para describir las contradicciones existentes entre la realidad de terror y disciplina y el caos de la URSS. Resulta indudable que el paradigma del poder sin restricciones, ejercido por un sistema de gobierno coherente y centralizado sin ninguna limitación, era y sigue siendo una fantasía. Asimismo, la URSS de Kruschev e incluso la de Brézhnev era diferente de la de Stalin, y el modelo totalitario resulta demasiado rígido para el análisis de las nuevas realidades que surgieron en la URSS. Como contraposición surgió una «escuela de conflicto», que ponía el énfasis en los debates que tenían lugar entre bambalinas, el conflicto basado en grupos personales o burocráticos (militares, empresarios, etc.). Otras alternativas para definir el período tales como «centralismo burocrático», «sociedad monoorganizativa» y «Leviatán moderno» tampoco han demostrado ser lo suficientemente completas como para considerarlas definitivas. Un segundo modelo de análisis no totalitario fue el «desarrollista». Influenciado por los cambios del mundo poscolonial y por los logros tecnológicos de la URSS, se centraba en la modernización económica. Parecía captar el dinamismo de los años del estalinismo y permitía tener en cuenta los cambios económicos y sociales a largo plazo que habían deteriorado el sistema soviético y contribuido a su colapso final.

Uno de los factores más complejos para el historiador es la naturaleza contradictoria del sistema estalinista. El historiador Erik van Ree ha acuñado el término «patriotismo revolucionario» para definir el pensamiento político de Stalin^[20]. Edward A. Ress enfatizó la afinidad entre el estalinismo y el «maquiavelismo revolucionario» y Tim McDaniel sitúa las contradicciones del estalinismo en la peculiar simbiosis del mesianismo ruso, la ideología marxista y la teoría de la modernización^[21]. Lars Lih desarrolló la tesis del

«escenario antiburocrático» para aproximarse a la mentalidad de Stalin y su *modus operandi*^[22]. El historiador Ronald Suny ha identificado una combinación de terror con autoridad legítima como la base del poder de Stalin, y la teoría de Robert Tucker del «comunismo imperial» enfatiza el papel de estadista de Stalin, las tendencias nacionalistas rusas y la continuidad con sus predecesores zaristas^[23]. David Brandenburg ha rescatado la versión del «nacionalbolchevismo» como eje central de la cultura de masas estalinista^[24]. Estas contradicciones se encontraban también presentes en la figura de Stalin. Se ha estudiado, por ejemplo, la noción de que Stalin era un hombre que se encontraba a caballo en una frontera no solo geográfica y cultural (Georgia-Rusia; Oriente-Occidente) sino también temporal, entre «premodernidad» y «modernidad^[25]».

Otro factor fundamental sobre el estalinismo es su dimensión moral. ¿Deben los investigadores intentar la «historización» del estalinismo y, por tanto, correr el riesgo de atenuar su responsabilidad personal y justificar lo injustificable? La enorme escala de la represión soviética ha animado a los historiadores a comparar las prácticas exterminadoras del estalinismo y del nazismo. Algunos historiadores han llegado a detectar una equivalencia moral entre el comunismo y el terror nazi, estimando que el primero incluso acabó con la vida de más personas (hasta cien millones en el mundo entero según un estudio)^[26]. Otros, aun reconociendo la gigantesca escala del terror estalinista, continúan enfatizando la singularidad del Holocausto nazi y la destrucción «industrial» y planificada de seres humanos^[27].

Stalin fue, sin duda, un tirano cruel. Sin embargo, tras la cortina del culto a la personalidad existía también un personaje de carne y hueso, cruel y vengativo, pero con cualidades innegables: se trataba de un hombre reflexivo y trabajador, con

una voluntad de hierro y, qué duda cabe, de un patriota preocupado por mantener la hegemonía del Estado ruso. Stalin fue un político ambicioso y realista, movido por consideraciones de poder y por ideales revolucionarios. Este maquiavelismo fue más palpable en su política exterior, donde la causa del socialismo quedó postergada a los intereses nacionales de Rusia, convirtiendo a los partidos comunistas extranjeros en meros instrumentos de la política exterior soviética. Es preciso alejarse de las visiones tradicionales que demonizaban a Stalin o, por el contrario, lo consideraban como un dios omnipotente. Stalin fue al fin y al cabo un producto de su época y, hasta cierto punto, compartía muchas de las preocupaciones y de los dilemas de cualquier político de su tiempo. Sus «soluciones» a esos problemas fueron muy a menudo heterodoxas, pero gran parte de su pensamiento, e incluso de sus acciones, se inscribía en un fenómeno general europeo: el papel cada vez más intervencionista del Estado del bienestar, la noción de «administrar a los ciudadanos», el deseo de conquistar la naturaleza en beneficio del país e incluso la creencia en la posibilidad de transformar la naturaleza humana. La idea generalizada de un empuje universal hacia la «modernidad», compartida por todos los estados en proceso de industrialización, es un punto central de muchas obras de historia comparada de la Rusia de Stalin.

Sin embargo, no se debe entender ese enfoque como un intento de relativizar los horrores del estalinismo. De hecho, los nuevos documentos históricos tienden a reforzar más que a rebatir la organización central de la represión. No se debe olvidar la intervención directa de Stalin y de la mayoría de los altos cargos del Partido en el terror que se abatió sobre la URSS. Tampoco se debe ver a Stalin como un resultado inevitable de su ideología, de su era o de su sociedad, aunque estas contribuyeran en cierto modo a que se convirtiera en lo

que fue.

La finalidad de esta obra no es dar forma a una biografía tradicional de Stalin. Se ha procurado realizar un estudio global del estalinismo, sin perder de vista el aspecto personal en un sistema tan centralizado, pero intentando abarcar las diversas fuerzas que influyeron en el proceso. El planteamiento temático permite una mayor claridad expositiva, aunque huelga decir que muchos de los acontecimientos narrados se solapaban en el tiempo e influían, a veces de forma poderosa, sobre otros (temores internacionales-industrialización-reformas militares; inseguridad exterior-purgas internas, etc.). Se trata de combinar el planteamiento «estructuralista» y el «intencionalista» en una obra general. En cualquier caso, no se ha intentado realizar un estudio exhaustivo, sino trazar las líneas más destacadas de la «era de Stalin». En suma, se trata de intentar responder a algunas de las cuestiones mencionadas y de examinar el proceso que llevó al hijo de un zapatero pobre de Georgia a convertirse en el líder absoluto de una superpotencia y, posiblemente (en competencia histórica con Hitler), en el más sanguinario político del siglo XX. Como conclusión preliminar, es preciso advertir al lector de que no existen respuestas definitivas al «fenómeno Stalin». Resulta improbable que en algún momento se llegue a un acuerdo definitivo sobre las motivaciones, los crímenes y el legado último del estalinismo. La desclasificación de nuevos documentos de la época tan solo añadirá elementos al debate. Como señaló el escritor Vasili Grossman, el nombre de Stalin «está inscrito para la eternidad en la historia rusa^[28]».

Capítulo 2.

«Koba», orígenes de un revolucionario

¿De dónde surge esta tribu de lobos? ¿De nuestra propia sangre?

A. Solzhenitsyn

En las faldas de las montañas del Cáucaso, en el amplio istmo entre el mar Negro y el mar Caspio, se encuentra el actual Estado de Georgia. El antiguo reino cristiano ortodoxo de Georgia fue anexionado al Imperio ruso entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Al principio, esa anexión fue recibida con satisfacción por los georgianos como una defensa efectiva frente a sus enemigos tradicionales: musulmanes, persas y otomanos. Durante el siglo XIX, la Administración rusa introdujo un proceso de industrialización y de educación gradual que estimuló el surgimiento de un vigoroso movimiento nacionalista entre la *intelligentsia* georgiana. El hecho de que la mayoría de los georgianos nativos formasen los niveles más bajos de la pirámide social tuvo como consecuencia que los sentimientos nacionalistas estuviesen vinculados a una profunda conciencia de clase.

El futuro *Vozhd* («líder»), Iosif Vissariónovich Dzhugashvili, nació en la pequeña localidad georgiana de Gori, a unos sesenta kilómetros al este de la capital, Tiflis (la actual Tiflis), según la fecha oficial el 6 de diciembre de 1879^[1]. Nació seis semanas después del que sería su gran rival, Trotski, y nueve años después de Vladimir Ilich Uliánov, más conocido como Lenin. Durante su vida, Stalin fue conocido por muchos

apodos. Su madre lo llamó «Soso», diminutivo de Iosif. Cuando todavía era un joven revolucionario decidió llamarse «Koba», nombre de un legendario héroe georgiano^[2].

La Rusia imperial, en la que nació el futuro Stalin, era el mayor estado del mundo. Su superficie cubría nueve mil seiscientos kilómetros desde Europa del Este, a través de los Urales y Siberia, hasta el estrecho de Bering. Desde el norte hasta el sur, el territorio ruso se extendía tres mil trescientos kilómetros desde el círculo polar ártico hasta las fronteras con Persia, Nepal y Mongolia. Rusia era entonces una gran potencia, aunque considerada atrasada en comparación con Gran Bretaña, Francia o Alemania. En términos económicos, eso suponía que había tardado en salir del feudalismo y se había industrializado tarde. Legalmente, los ciudadanos de Rusia pertenecían todavía a «estamentos» (el urbano, el campesino, el clero y la nobleza), aunque ese sistema no contemplaba a nuevos grupos sociales como los profesionales y los trabajadores urbanos. San Petersburgo, con una población de medio millón de personas, era la capital imperial de Rusia. En 1890, el Imperio contaba con ciento dieciséis millones de habitantes que pertenecían a culturas y religiones diferentes y los georgianos constituían tan solo el 1% de la población. La mayoría de los rusos eran cristianos pertenecientes a la Iglesia ortodoxa rusa, aunque había unos veinticinco millones de musulmanes y cinco millones de judíos^[3].

El hecho de que Stalin fuera georgiano resulta muy significativo. Fue un acontecimiento realmente extraordinario que un miembro de una de las minorías nacionales llegase a convertirse en un estadista asociado con el poder, el nacionalismo ruso y la centralización estatal. Los georgianos eran cristianos, pero hablaban un lenguaje propio. Stalin aprendió a hablar ruso a los nueve años y nunca perdió su

fuerte acento georgiano. El año 1917 supuso una gran ocasión para los miembros de las minorías nacionales: ni en el Imperio ruso ni en la URSS de los últimos años, tuvieron las minorías muchas oportunidades de alcanzar los niveles más altos del liderazgo.

Los primeros años de la vida de Stalin están tan plagados de mitología que resulta muy complicado para el historiador conocer siquiera los datos más elementales^[4]. Tal y como debe comenzar la vida de un revolucionario proletario, sus inicios carecieron de privilegios. Su pasaporte interno nos da una de las claves de su carrera política: «Iosif Dzhugashvili, campesino del distrito de Gori de la provincia de Tiflis». Sus padres eran semianalfabetos y habían nacido como siervos que no se emanciparon hasta 1864. Los Dzhugashvili eran extremadamente pobres. El padre de Stalin, Vissarion, era un humilde zapatero que se instaló en 1875 con su esposa, Ekaterina, conocida como «Keke», en la pequeña localidad georgiana de Gori. Habitaban una mísera casa de tan solo una habitación y una cocina. Keke se vio obligada a trabajar lavando y arreglando ropa para complementar los ingresos de su marido. El padre de Stalin era un hombre frustrado que intentaba desquitarse de su triste vida maltratando a su familia y el alcohol arruinó su negocio.

Stalin fue el único de cuatro hijos que consiguió superar la infancia en ese inhóspito lugar. Lo más razonable era que los padres de Iosif, tras haber perdido a dos hijos a muy temprana edad, tuvieran que haber tratado al tercero con especial cariño y cuidado. No sucedió así. Soso, según su madre, era un niño «débil, frágil y delgado». Un amigo de la infancia lo describió como un niño «triste y sin corazón^[5]». El pequeño Soso llegó a temer enormemente a su padre; en una ocasión, su padre le tiró al suelo con tanta fuerza que el niño orinó sangre durante días. Su madre le advirtió a su marido que si maltrataba a su

hijo, «arrojaría de su corazón el amor a Dios y a su prójimo» y lo llenaría de odio, una advertencia profética. Un compañero de escuela afirmó que las palizas inmerecidas hicieron al muchacho tan duro y despiadado como su padre. Es posible que Stalin creciera pensando que la violencia irracional y cotidiana configuraba el orden natural de las cosas. Sin embargo, no resulta posible establecer una relación causal entre las palizas que le propinó su padre y su comportamiento posterior. Los castigos físicos a los hijos eran muy frecuentes en la época; incluso en la Gran Bretaña victoriana eran muy comunes. De hecho, no existía nada en la vida familiar de Stalin durante los primeros años que sugiriese que se estaba gestando un asesino de masas. En 1931, Emil Ludwig le preguntó a Stalin sobre su niñez y este rechazó, paradójicamente, cualquier insinuación de maltrato. «No — señaló —, mis padres no eran gente instruida, pero de ningún modo me trataron mal^[6]». Esta afirmación, por supuesto, debe verse con la perspectiva de las mentiras que Stalin contó sobre su niñez.

En 1938 aparecería la biografía oficial de Stalin. Sus primeros años de vida fueron descritos en cinco frases: «Stalin (Dzhugashvili) nació el 21 de diciembre de 1879 en la ciudad de Gori, en la provincia de Tiflis. Su padre, Vissarion Ivánovich, de nacionalidad georgiana, descendía de campesinos de la aldea de Didi Leo, en la provincia de Tiflis, y fue zapatero hasta que posteriormente se convirtió en obrero en la fábrica de zapatos Adeljanov. Su madre, Ekaterina Gueorguievna, provenía de la familia de campesinos Gueladze, vinculada a la aldea de Gambareuli. En otoño de 1888, Stalin ingresó en la escuela religiosa de Gori. En 1894, Stalin terminó la escuela e ingresó en el seminario ortodoxo de Tiflis^[7]». El párrafo era muy significativo, pues Stalin pretendía evitar llamar la atención sobre el hecho de su origen nacional

georgiano. Tampoco quería aportar demasiados detalles sobre su infancia desgraciada en Georgia.

En 1884, el pequeño Soso contrajo la viruela, una enfermedad que entonces era, en muchos casos, mortal, especialmente para una familia de pocos medios. *Chopura* («viruela») se convirtió en uno de sus múltiples apodos. Poco tiempo después, al parecer, fue atropellado por un carruaje, accidente que, unido a una infección, le dejó el hombro y el brazo izquierdo atrofiados. Es posible que estas enfermedades físicas y el maltrato de su padre influyesen en la personalidad patológica del dictador. Las heridas, sin embargo, le salvaron de una muerte probable en la Primera Guerra Mundial, pues no fue llamado a filas.

En vez de seguir los humildes pasos de su padre, tuvo la fortuna de ser recomendado por sus profesores para ingresar en el Seminario Teológico Ortodoxo de Tiflis. Su traslado a la capital sería un momento fundamental para el joven Stalin. En ausencia de una universidad en la zona, el seminario atraía a muchos de los más inteligentes jóvenes de Georgia. A pesar de estar prohibidos, los seminaristas leían con avidez libros subversivos de autores rusos y traducciones de autores occidentales. A Stalin se le castigó en repetidas ocasiones, lo que no hizo más que aumentar su curiosidad intelectual y su espíritu de rebeldía. La relación de sus faltas en el seminario es una lista de los actos de rebeldía del joven Dzhugashvili: «Lectura de libros prohibidos [...]. Publicación de un periódico ilegal^[8]».

El futuro Stalin comenzó a cuestionar no solo la autoridad de los monjes que enseñaban en el seminario, sino también los mismos principios religiosos en los que se basaba la enseñanza. No se conoce el momento exacto en el que Stalin abandonó su fe religiosa ni cuándo abrazó la causa del marxismo, pero fue sin duda durante los cinco años que pasó en el seminario de

Tiflis, del cual fue expulsado en mayo de 1899. Gradualmente, su nacionalismo georgiano fue reemplazado por el socialismo. Fue influenciado por marxistas locales, como Lado Ketskhoveli, bajo cuya dirección repartía propaganda entre los grupos de trabajadores ferroviarios de Tiflis.

En mayo de 1899 el seminario de Tiflis anunció: «Y. V. Dzhugashvili ha sido expulsado del seminario debido a que, por motivos desconocidos, no se ha presentado a los exámenes». Se ha especulado mucho sobre los motivos por los que no se presentó a los exámenes. Puede que fuese por hacer propaganda marxista, o por no pagar la matrícula o debido a una incipiente tuberculosis. Otra teoría que ha ido ganando peso es que Stalin fue padre de una niña en 1899. Esta tesis se basa en una carta que Stalin ocultaba en sus archivos privados en abril de 1938.

Su experiencia en el seminario, sin embargo, le sería muy útil posteriormente. Por mucho que odiara a los sacerdotes, no cabe ninguna duda de que para llegar a la cumbre del Partido Comunista Ruso era preciso tener buena pluma, y Stalin siempre les debió su educación. La impronta de sus años de seminarista se puede observar a lo largo de su vida en su rígido dogmatismo, su estilo retórico y literario, su capacidad para el trabajo duro y constante, pero también en su astucia, algo que desarrollaría en sus relaciones con las autoridades del seminario^[9]. Este le suministró la única educación formal que recibió. La doctrina catequística y los «métodos jesuíticos» de vigilancia y espionaje le causaron una gran repulsa y al mismo tiempo se quedaron tan firmemente grabados en su mente que se pasó el resto de su vida refinándolos. Con la expulsión finalizaba su período académico: comenzaba su etapa revolucionaria.

Resulta muy complejo poder dilucidar en qué medida el pasado familiar de Stalin, su proveniencia étnica y social y su

educación religiosa explican su desarrollo como revolucionario. Es posible destacar que Stalin era una víctima social: miembro de una minoría humillada del Imperio ruso, un niño cuyo padre era un fracasado. Un niño, en definitiva, trabajador y con talento sometido al régimen embrutecedor de un seminario claustrofóbico, un joven romántico que miraba al pasado para encontrar valores y que fue obligado finalmente a elegir su futuro.

La influencia del marxismo penetraba paulatinamente en todos los rincones de Rusia. Había sido introducido por Plejánov, quien afirmaba que el capitalismo se estaba desarrollando con rapidez en el Imperio. Concluía que la clase obrera era el grupo social con mayor capacidad para poner fin a la monarquía e introducir el socialismo. Otros socialistas apuntaban a que debía ser el campesinado el que acabase con la opresión del régimen zarista: estaban liderados por Viktor Chernov y formarían el Partido de los Socialrevolucionarios. Existían, asimismo, grupos políticos liberales, inicialmente liderados por Piotr Struve, que en 1905 habrían de formar el Partido Constitucional Democrático y que apostaban por el capitalismo como solución para los graves problemas del país.

En 1898 se fundó el Partido Obrero Social Demócrata de Rusia (POSDR)^[10]. Tan solo unos cuantos delegados acudieron al acto, que no consiguió ningún resultado significativo. En aquel momento resultaba muy complicado prever la fuerza que adquiriría con el tiempo en Rusia. Ese mismo año, Stalin se unió a una pequeña organización socialdemócrata llamada *Messamy Dais* («el Tercer Grupo»), basada en un marxismo que defendía el derrocamiento violento del Estado y repudiaba el nacionalismo para apostar por la colaboración entre los pueblos sometidos del Imperio ruso. Entre los grupos marxistas del Cáucaso había uno dirigido por Lev Rozenfeld y Suren Spandarian. Rozenfeld sería posteriormente conocido

como Lev Kámenev y jugaría un papel fundamental en el acercamiento de Stalin al marxismo. Irónicamente, sería ejecutado por la policía secreta de Stalin.

El joven Dzhugashvili no tenía entonces más que un conocimiento superficial del marxismo y su tendencia al socialismo se debió al resultado de las circunstancias personales de su niñez y juventud. Su experiencia en el Tercer Grupo le hizo conocer el trabajo propagandístico entre el proletariado georgiano. Como esto atraía la atención de la policía, eligió el seudónimo literario de «Koba^[11]». Se basaba en la novela de Alexander Kazbegui *El parricida*, cuyo protagonista, Koba, era un montañés fugitivo, un proscrito temerario y vengativo. El éxito del personaje, capaz de sobrevivir a innumerables enemigos, junto con la obsesión por la lealtad y la traición a los que hacía mención la obra, pudieron inducir en Stalin un aprecio por ese seudónimo.

En diciembre de 1899 consiguió un puesto en el Observatorio Meteorológico de Tiflis, el único período durante el cual tuvo un empleo fijo antes de la Revolución rusa. En marzo de 1901, el joven Stalin decidió pasar a la clandestinidad. Desde ese momento, mal alimentado, vestido como exigía el rigor socialista con un traje negro sucio, una corbata roja y zapatos sin limpiar, sobreviviendo con míseros recursos económicos, Dzhugashvili se dedicó a la causa revolucionaria profesional. Actuó en diversas localidades, como Tiflis, Batumi, Kutaísi y Bakú, escondiéndose en casas «seguras» eludiendo siempre a la policía zarista que le pisaba los talones. Ser un revolucionario en Rusia era una «profesión» plagada de riesgos. Perseguidos de forma implacable por la Ojrana (la policía secreta zarista), se exponían a ser arrestados o exiliados (al interior o al exterior) y en numerosas ocasiones perdían la vida. En ese ambiente, el odio de clases y las intrigas internas se convirtieron en la forma de vida de los

conspiradores en la clandestinidad, particularmente de los bolcheviques.

Durante tres años, Koba se entregó a las tareas de propaganda y agitación en Tiflis y en la localidad de Batumi, sobre el mar Negro. El modo habitual de actuar de los intelectuales marxistas era educarse estudiando y analizando las obras de Marx y Engels para difundir sus ideas entre los trabajadores de la zona. Muchos marxistas de Batumi rechazaron «su temperamento caprichoso y su tendencia a comportarse de forma despótica^[12]». Cuando alguien le contrariaba, Koba simplemente le decía que estaba equivocado y que era estúpido. Colaboraba en la edición del periódico revolucionario *Mnatobi* («La Antorcha»). Adoptaba siempre las posiciones más duras en las discusiones teóricas o prácticas con sus camaradas.

Koba ayudó a organizar una gran manifestación de obreros que tuvo lugar en Batumi el 8 de marzo de 1902. Las fuerzas de la Ojrana abrieron una investigación al respecto y poco tiempo después Koba era detenido y confinado en la prisión de Batumi. Ya por entonces destacaba por su capacidad para enfrentar a la gente. Un día, durante su estancia en la cárcel de Bailov, en las afueras de Bakú, se produjo un motín. Semion Vereshchak recordaría: «En el corredor del pabellón de los políticos estaban pegando a un joven georgiano. Todo el que pudo se unió a la paliza con lo que tuviera a mano. Una palabra resonó en el pabellón: “¡Provocador!” [...] Todos pensaron que era su deber dar golpes. Finalmente llegaron los soldados y detuvieron la pelea. Llevaron el cuerpo ensangrentado en camilla al hospital de la prisión. El administrador cerró los corredores y las celdas. Llegó el ayudante del fiscal y comenzó la investigación. No se encontró ningún responsable. Los muros del corredor estaban cubiertos de sangre. Cuando todo se hubo calmado, comenzamos a

preguntarnos unos a otros a quién habíamos pegado. ¿Quién dice que es un provocador? Si es un provocador, ¿por qué no lo han matado? [...] Nadie sabía ni entendía nada. Y solo mucho después quedó claro que Dzhugashvili había propagado el rumor^[13]».

En 1902, conoció el encarcelamiento y el destierro a Siberia, el primero de una serie de siete de los que escapó en seis ocasiones. Desde allí, sería enviado a la provincia de Irkutsk, desde donde escapó para regresar a Georgia en 1904. Su ficha policial señalaba: «Un intelectual que lidera un grupo de trabajadores ferroviarios [...], actúa con mucha cautela, siempre mira a su alrededor cuando camina^[14]». Uno de sus compañeros de prisión lo definió así: «[Stalin era] una persona muy seca; incluso podría decirse que estaba reseco. Por ejemplo, cuando nos dejaban salir para hacer ejercicio y todos nosotros, cada uno con su propio grupo, íbamos a uno u otro rincón del patio de la prisión, Stalin se quedaba solo y caminaba de un lado a otro con sus cortos pasos y, si alguien trataba de hablarle, abría la boca y mostraba esa fría sonrisa suya y tal vez decía unas pocas palabras. Y ese carácter insociable llamaba la atención de todos^[15]».

Durante su ausencia en el II Congreso del POSDR en Londres, se había producido el cisma entre bolcheviques (*Bolshinstvo*, «los mayoritarios») y mencheviques (*Menshinstvo*, «los minoritarios»)^[16]. La división siguió al escrito de Lenin *¿Qué hacer?*, en el que señalaba que el Partido debía ser un grupo conspirador reducido compuesto por revolucionarios profesionales con el objetivo de propagar la conciencia socialista entre las masas trabajadoras^[17]. Si se abandonaba el movimiento «espontáneo», como lo denominaban los leninistas, los proletarios tan solo alcanzarían una «conciencia de sindicato» basada en necesidades económicas y materiales, y no políticas e

ideológicas.

Los mencheviques compartían las credenciales revolucionarias de los bolcheviques: ambas facciones eran marxistas en su orientación y esencialmente opuestas al Estado represivo zarista. Sin embargo, los mencheviques tendían a adoptar una postura conciliadora hacia las organizaciones que no eran del Partido y hacia las clases no proletarias y, tras el fracaso de la revolución de 1905-1906, estaban más dispuestos a participar en la vida parlamentaria. Yuli Márto, líder de los mencheviques, consideraba que Lenin había emprendido una campaña organizativa autoritaria. Se mostraba en desacuerdo con exigir condiciones estrictas para ser admitido en el Partido. El cisma expresaba la diferencia fundamental de visiones y de temperamento que ha dividido a los movimientos radicales y socialistas europeos entre «militantes» y «revisionistas», «revolucionarios» y «reformistas», «comunistas» y «socialdemócratas». A la Policía británica, encargada de seguir de cerca sus actividades en Londres, le pareció que se trataba de individuos muy extraños que hablaban todos al mismo tiempo e intentaban imponer a toda costa sus visiones a los demás.

Es muy posible que Koba no tuviese mucho conocimiento del origen de la disputa entre mencheviques y bolcheviques, pero intuitivamente se alineó con los bolcheviques, a diferencia de otros socialdemócratas georgianos. El hecho de que los bolcheviques estuviesen en minoría en la zona de Transcaucasia tuvo como consecuencia que Koba adquiriese relevancia y que atrajese enseguida la atención del liderazgo nacional del Partido. Todo lo relacionado con el bolchevismo se ajustaba a sus propósitos: la represión, la lucha, la primacía del proletariado, la modernidad, etcétera.

Koba contaba con un considerable carisma y fue capaz de organizar un grupo compacto de seguidores: *Sergo*

Ordzhonikidze, Avel Enukidze y Kliment Voroshílov formaron parte de ese grupo de amigos de juventud que se convertirían con el tiempo en fervientes «estalinistas». Entre sus colegas revolucionarios en el Cáucaso, Koba se ganó enseguida una sólida reputación de ser un hombre rudo y vengativo que se ganaba enemigos con facilidad; y sus adversarios políticos lo acusaban de despotismo. El mundo en el que vivía Koba era brutal y era preciso sobresalir en la vida de luchas entre facciones. Uno de sus rivales lo recordaría así: «Hablaban con crueldad y hostilidad. Sus palabras estaban plagadas de poder y determinación. A menudo era sarcástico o irónico [...]. A veces maldecía de forma obscena». Cuando era recriminado por su audiencia, se disculpaba «explicando que estaba hablando el lenguaje del proletariado^[18]».

En 1905 se produjeron diversos motines entre la marinería de Sebastopol y Kronstadt, que en junio alcanzarían fuerza con la insurrección del acorazado *Potemkin* (inmortalizada en la película homónima del director S. M. Eisenstein). Los motines, sin embargo, estaban desorganizados y acabaron siendo brutalmente reprimidos. La situación económica y política se agravó por el fracaso en la guerra con Japón. Desde fines del siglo XIX, el Lejano Oriente se había convertido en centro de tensión entre potencias: especialmente entre Gran Bretaña y Rusia, y las nuevas extraeuropeas, Japón y EE. UU., que aspiraban a extender su ámbito de influencia en China. La agresividad rusa llevó a la firma de la Alianza Británico-Japonesa en 1902, que allanó el terreno para la guerra entre Japón y Rusia. En febrero de 1905, el Ejército ruso fue derrotado por las fuerzas japonesas en Mukden, en mayo se perdió Port Arthur y la flota del Báltico fue aniquilada en la batalla de Tsushima. Japón y Rusia firmaron el Tratado de Portsmouth, que puso fin al conflicto^[19].

La carestía de productos básicos y el alza de los precios

provocaron una situación prerrevolucionaria. En diciembre de 1904 se produjeron una serie de huelgas en Bakú, Moscú y San Petersburgo. El 22 de enero de 1905, conocido como «Domingo Sangriento», se produjo una marcha pacífica de protesta en San Petersburgo. El objetivo de la marcha era entregar al zar una petición de mejoras laborales y la convocatoria de una asamblea constituyente. La protesta fue aplastada por las fuerzas zaristas y la sangrienta represión provocó una oleada de protestas en toda Rusia. A partir de ese momento, cambió la visión del zar como benefactor por la de un tirano. Los obreros eligieron sus propios consejos, o «sóviets^[20]».

Esto tuvo como consecuencia la generalización de las huelgas y manifestaciones, donde se unieron la burguesía y el proletariado. Además, se produjo la sublevación de algunas unidades militares. En septiembre, volvió el estado revolucionario. En los manifiestos se comprobó que las fuerzas de oposición no tenían fines coincidentes: la burguesía buscaba libertades políticas; los obreros, mejoras económicas, y los campesinos, el reparto de tierras. Nicolás II comprendió que había llegado el momento de realizar algún gesto para calmar la situación. Promulgó el Manifiesto de Octubre, en el que prometía reformas como la elección de un Parlamento (que se llamaría «Duma estatal»), así como una Ley Fundamental, que sería el marco para definir y limitar los poderes del zar, del Gobierno y de la Duma. Esas concesiones calmaron los ánimos revolucionarios y, aunque los bolcheviques deseaban organizar una insurrección en Moscú, las Fuerzas Armadas restablecieron la autoridad.

Para el Partido Socialdemócrata Ruso la sorpresa fue enorme. Lenin, que se encontraba en Suiza, se mostró sorprendido por el cariz que adoptaron los acontecimientos. En enero de 1905, Stalin incitaba al proletariado a tomarse

cumplida venganza por los «valientes camaradas» que habían sido asesinados por la policía: «¡Ha llegado la hora de destruir al Gobierno zarista y lo destruiremos! [...] Otros viven de nuestro trabajo, beben nuestra sangre, nuestros opresores sacian su sed con las lágrimas de nuestras mujeres, de nuestros hijos, de nuestros familiares [...]. Sangre para ese Gobierno y maldito sea». Poco tiempo después escribiría: «Sangre por sangre y muerte por muerte, esa será nuestra respuesta. ¡A las armas, a la venganza, larga vida a la insurrección!»^[21]. Aunque estas palabras pueden ser descartadas como el producto de un joven revolucionario —de hecho, Koba adoptaría pronto posiciones moderadas—, historiadores como Erik van Ree han concluido que era y siguió siendo «un ferviente partidario de la ideología bolchevique de la guerra de clase asesina^[22]». La creencia en una guerra de clase mesiánica puede localizarse a lo largo de toda la carrera de Stalin y, aunque coexistía con pensamientos más pragmáticos, fue una constante tanto de su pensamiento como de sus actos.

Los bolcheviques celebraron el III Congreso del Partido en Londres, en abril de 1905, donde establecieron su estrategia general. Se propugnaba el levantamiento armado y la formación de una dictadura revolucionaria provisional. Koba no fue invitado entre los participantes georgianos. Durante ese período, demostró también ser un hombre intolerante y con prejuicios antisemitas. En mayo de 1907 declaró sobre la composición de la delegación del congreso de Londres: «Uno de los bolcheviques afirmó que los mencheviques constituían un grupo judío, mientras que los bolcheviques eran un auténtico grupo ruso y, por lo tanto, no sería una mala idea que los bolcheviques organizásemos un pogromo en el Partido^[23]».

Aunque es posible que se hubiesen comunicado por carta un par de veces antes de conocerse personalmente, el primer

encuentro entre Lenin y el joven Koba se produjo en una conferencia del Partido en Tampere (Finlandia) en diciembre de 1905, aunque no existe evidencia de que el joven georgiano impresionase demasiado al líder bolchevique. Stalin pareció un poco desilusionado con la imagen humana y sencilla de Lenin: «Esperaba ver al águila de montaña de nuestro Partido, el gran hombre, grande no solo políticamente sino también en lo físico [...]. Me desilusioné cuando vi a un hombre corriente, más bajo de lo normal, en ninguna forma, literalmente en ninguna forma, distinguible del resto de los mortales [...]. Normalmente se espera que un líder llegue tarde a los actos para que los participantes lo esperen, pero Lenin llegó a la conferencia antes que los delegados, se situó en una esquina y conversó de forma natural, e incluso habló con los miembros de base^[24]». Tan solo después se percató Stalin de que esa «simplicidad» era una de las fortalezas de Lenin como nuevo líder de las masas. Su pensamiento revela una actitud crítica hacia Lenin, una tensión subyacente que habría de caracterizar las relaciones entre ambos hasta la muerte de Lenin.

Un año después tuvo lugar en Estocolmo un «congreso de unificación» del Partido entre las facciones bolchevique y menchevique. Una vez más, Koba se desplazó al congreso: la primera vez que el joven de veintiséis años ponía el pie fuera del Imperio ruso^[25]. En el congreso demostró que, aunque admiraba profundamente a Lenin, no era de ningún modo su marioneta. Allí pronunció un discurso en el que dejó claro su individualismo al criticar tanto a mencheviques como a bolcheviques sobre la cuestión agraria, aunque sin apartarse nunca del todo de la línea leninista. Declaró, contra la tesis agraria de Lenin, que los campesinos no deseaban nacionalizar la tierra sino dividirla entre ellos. En aquellos momentos, el hombre que un día supervisaría la muerte de millones de campesinos en su brutal campaña de colectivización proponía

entregar la tierra a los agricultores. Tan solo entonces se produciría la revolución de los trabajadores. Lenin fue derrotado con la ayuda de Stalin. En Estocolmo conocería a varios hombres que serían muy importantes en su ascenso al poder, como Kliment Voroshílov, que se convertiría en comisario de Defensa.

En la primavera de 1907 asistió a un nuevo congreso del Partido, que en esa ocasión se celebró en Londres. Aunque no participó activamente en el desarrollo del evento, su presencia entre los seguidores de Lenin le garantizó un lugar como un opositor firme a los mencheviques, algo que no hizo Trotski^[26]. Investigaciones recientes en archivos de la extinta URSS han puesto de manifiesto que la imagen de Stalin como una persona irrelevante durante ese período dista mucho de ser acertada. Se ha demostrado que Lenin estimaba mucho a Stalin y que este jugó un destacado papel en el Partido Bolchevique. Lenin afirmó que la actividad de Stalin en el Cáucaso había sido importante: «Es un buen trabajador en todo tipo de misiones de responsabilidad. [...] Es una figura imponente. A Stalin podía asignársele cualquier tarea». Se quedó impresionado por la habilidad y la obediencia de Stalin, al que describió en una ocasión como «ese maravilloso georgiano^[27]».

Los diversos congresos habían fracasado en lograr la reunificación de las dos facciones, enfrentadas por una multitud de cuestiones internas ideológicas y organizativas. Una de las cuestiones polémicas era la posición sobre las «expropiaciones», eufemismo utilizado para describir la política de adquisición de fondos para el Partido a través de actos ilícitos, como el robo a bancos estatales. Los mencheviques preferían actuar en el marco de la legalidad, mientras que los bolcheviques estaban dispuestos a todo. La campaña de «expropiaciones» afectó a Stalin en particular, pues la región del Cáucaso contaba con una larga tradición de

robos y era una zona especialmente indicada para llevar a cabo asaltos con los que obtener dinero para actividades revolucionarias. Lo más probable (Stalin nunca quiso hablar con claridad sobre sus actividades clandestinas) es que este se encargase, sobre todo, de los aspectos logísticos de los ataques.

Uno de los asaltos más destacados fue el cometido contra un vagón cargado de dinero, que se saldó con la muerte de varias personas. El asalto fue llevado a cabo por un antiguo camarada de Stalin, un terrorista armenio conocido como «Kamo», y, aunque no es probable que Koba participase directamente en el robo, la actividad creciente de la policía en Tiflis a raíz del asalto lo llevó a trasladar su base de operaciones de Tiflis a Bakú, centro de la industria petrolífera. Es posible que la evolución de Stalin se comprenda mejor si se sitúa al joven Koba en su marco cultural y se buscan sus experiencias formativas en el movimiento sindical del Cáucaso. Stalin fue el producto de diversas influencias culturales, el contexto georgiano, el seminario, la *intelligentsia* y, finalmente, el Partido. Examinando las actuaciones de Stalin en Bakú entre junio de 1907 y mayo de 1908, se comprende que fue en esa ciudad en la que se vio envuelto en las luchas diarias de la clase trabajadora^[28]. Fue reclutado para las actividades sindicales, particularmente entre los trabajadores de la industria del petróleo y comenzó a defender planteamientos más pragmáticos.

En definitiva, Koba no solo consolidó su habilidad como un consumado hombre de comité clandestino (*komitchek*) al desarrollar con fanatismo maniobras antimenecheviques y fortalecer a las facciones bolcheviques, sino que también emergió como un trabajador práctico muy capaz (*praktik*) al defender los intereses materiales de los proletarios locales. De acuerdo con su propio testimonio en Bakú, Stalin se convirtió en un «jornalero en el arte de la revolución^[29]». En realidad,

Koba se estaba desplazando de su atrasada área natal a la corriente principal de la política nacional. Se alejaba gradualmente de «su objetivo primario de ser un bolchevique en Georgia para convertirse en un georgiano en el bolchevismo ruso^[30]».

Sin embargo, la policía de la zona estaba sobre aviso y Koba fue arrestado en marzo de 1908 y enviado de nuevo al exilio, del cual escapó para regresar a Bakú. Fue nuevamente arrestado y, liberado en 1911, decidió trasladarse a San Petersburgo, pero fue expulsado. Las suaves condenas que recibió Stalin han llevado a algunos historiadores a sugerir que se trataba de un informante de la policía, aunque no existe evidencia para apoyar esa tesis^[31]. Tampoco sus fugas de Siberia son concluyentes al respecto, pues el mismo Trotski había señalado que no resultaba muy difícil fugarse: «El sistema de destierros era un coladero». El historiador Ronald Brackman insiste sobre la idea de que Stalin era, en realidad, un agente provocador, y que las grandes purgas de la década de 1930 se explican como un intento por eliminar pruebas de sus relaciones con la policía secreta zarista^[32]. Es posible que, en algún momento, el joven revolucionario diese pistas a la Ojrana sobre el paradero y las actividades de algunos de sus camaradas, en especial de sus rivales políticos, pero, salvo que aparezcan nuevos documentos al respecto, no cabe inferir de esto que fuera un agente pagado por la policía.

En 1913, Stalin se trasladó a Viena, donde coincidirían varias figuras llamadas a dejar una huella indeleble en la historia: Hitler, Trotski y Tito, aunque Hitler y Stalin no llegaron a conocerse personalmente. Stalin también conoció en la capital austríaca a Nikolai Bujarin, una estrella en ascenso en el mundo revolucionario socialista y con el que se llevó bien, pero cuyas cualidades enseguida suscitaron su envidia. El viaje a Viena fue el último que haría Stalin al extranjero hasta la

Conferencia de Teherán de 1943.

Koba fue nombrado miembro del Comité Central Bolchevique tras la celebración del Congreso de Praga, en el que se consolidó el cisma con los mencheviques. Su ascenso al liderazgo del Partido fue, sin duda, un premio por la línea dura antimenevique seguida por Koba, entonces conocido como «Stalin» («acero»), seudónimo que eligió personalmente y que sería el definitivo. Probablemente eligió ese seudónimo por su semejanza con el nombre de Lenin o por su relación amorosa con la bolchevique Ludmilla Stal. Su camarada Skryabin también pasó a ser conocido como «Mólotov» («martillo»). Trotski se mofaba de esos apodos, que consideraba infantiles (aunque su verdadero nombre era León Bronstein). El nombre de Stalin no representaba tan solo una dura imagen proletaria, sino que suponía también una atenuación de su sentimiento georgiano y una progresiva vinculación con Rusia.

Al mismo tiempo, Stalin se unió al consejo editorial del periódico del Partido, *Pravda*, en el que trabajó contra aquellos que esperaban todavía una reconciliación con los mencheviques. Tras otra detención y una nueva fuga de Siberia, Lenin encargó a Stalin la preparación de un gran estudio teórico sobre el marxismo y la cuestión nacional. El escrito, publicado en 1913, impulsó a Stalin como principal teórico en las relaciones entre clase, nacionalismo y revolución. No se trataba de un trabajo original, pues era una síntesis de muchas ideas de pensadores marxistas. Sin embargo, confirmó a su autor como el experto bolchevique en la compleja cuestión nacional, asunto sensible en el multiétnico Imperio zarista. Fue una obra fundamental para comprender la visión que tenía Stalin sobre las nacionalidades.

Stalin comenzaba por definir la nación, de manera marxista ortodoxa, como una comunidad estable, constituida históricamente, formada sobre la base de un lenguaje, un

territorio y una vida económica que se manifestaban en una cultura común. El objetivo principal de Stalin era atacar la tendencia emergente en el marxismo europeo, asociada a los socialdemócratas austríacos Otto Bauer y Karl Renner, de la «autonomía cultural nacional» de los pueblos. Para Stalin, esas ideas eran una forma camuflada de nacionalismo que, si se aplicaba al Imperio zarista, podría fortalecer el sentimiento separatista y debilitar al Estado ruso. Stalin respondía a las tesis de Bauer y Renner argumentando que el nacionalismo era una fase temporal de la condición humana que desaparecería con la abolición del capitalismo y el surgimiento del socialismo.

Mientras Stalin evolucionaba como revolucionario, se desencadenó la Primera Guerra Mundial. La guerra que estalló en 1914 fue un hito crucial en la historia del continente europeo. El desarrollo de un conflicto de tal magnitud produjo desajustes económicos, malestar social y un auge de la militancia ideológica que erosionó los fundamentos del liberalismo europeo^[33]. El mundo que habría de salir de esa guerra ya no tendría nada que ver con el anterior. Cayeron imperios y monarquías, el movimiento obrero alcanzó un notable poder por medios revolucionarios y supuso el comienzo de la decadencia europea. Al final de la guerra, los tres grandes imperios (Rusia, Austria-Hungría y Alemania) que habían dominado la política mundial habían sido arrojados al olvido. En su discurso del 29 de julio de 1914, horas antes de su asesinato, el líder socialista francés Jean Jaurès había previsto de forma certera lo que sucedería si Europa iba a la guerra: «Cuando el tifus termine el trabajo que comenzaron las balas, los hombres desilusionados se volverán contra sus líderes, alemanes, franceses, rusos e italianos, y exigirán una explicación por todos esos cadáveres^[34]». Stalin afirmó: «Los vampiros burgueses de los países beligerantes han sumido al mundo en una carnicería sangrienta. Una auténtica

matanza, la ruina, el hambre y la barbarie [...] para que un puñado de bandidos con corona y sin ella saqueen países extranjeros y se embolsen millones y más millones^[35]».

El enorme —pero mal dirigido— Ejército ruso sufrió devastadoras derrotas (un total de cinco millones de bajas entre 1914 y 1917). Un oficial alemán que servía en el frente oriental escribió sobre la necesidad de acabar con Rusia: «No hay otro camino, pues de otra forma estas bestias [los bolcheviques] aniquilarán a los ucranianos, los finlandeses y los bálticos, luego reclutarán a la callada un nuevo ejército revolucionario y convertirán al resto de Europa en una pocilga^[36]». La derrota produjo, además, sospechas de traición en los altos niveles del Estado ruso, especialmente en la figura de la emperatriz Alejandra, que, por nacimiento, era una princesa alemana. Las sospechas aumentaron por su relación con Rasputín, personaje estrambótico en el que esta confiaba. La guerra mundial aumentó la vulnerabilidad del régimen ruso, pues el pueblo ruso había aplaudido las victorias, pero no toleró las derrotas. La legitimidad del régimen era ya muy precaria y su supervivencia dependía de los logros que pudiera obtener.

Stalin no desempeñó ningún papel en la guerra mundial. Mientras Europa se desangraba, desaparecía en el invierno de Siberia. En febrero de 1913, la policía lo detuvo nuevamente; en esta ocasión fue enviado más allá del círculo polar ártico, donde permaneció hasta el hundimiento del régimen zarista. Durante los cuatro años de estancia en aquella región (1913-1917), Stalin puso de manifiesto su tendencia asocial y poco comunicativa. Se dedicó a leer los libros que pudo tomar prestados de sus camaradas del exilio. Los confinamientos en Siberia «se parecían más a unas tristes vacaciones dedicadas a la lectura que a la muerte en vida de los sangrientos gulags de Stalin^[37]». El aislamiento y la falta de comunicación de Siberia

le acompañarían siempre. A pesar de sus esfuerzos, Stalin no había dejado una impresión indeleble en Lenin. En noviembre de 1915, Lenin escribió a un camarada pidiéndole que buscara el apellido de Stalin: «[...] el apellido de Koba (¿Iosif Dzh...?). Nos hemos olvidado^[38]».

Stalin tampoco pudo asistir ni participar en la revolución que se desató en febrero de 1917. La autocracia rusa se derrumbó ante las manifestaciones populares y el retiro del apoyo que recibía de la élite. Stalin aprovechó la revolución de febrero para regresar a la Rusia europea. Cuando llegó a Petrogrado, el 12 de marzo, la situación política era confusa. Era preciso tomar decisiones acerca de la continuidad de Rusia en la guerra con Alemania, la posibilidad de una reunificación del POSDR y el apoyo que se debía prestar al gobierno provisional. En un primer momento, el diario *Pravda* adoptó una línea dura frente a estas cuestiones. Sin embargo, con la llegada de Stalin y Grigori Zinóviev, la línea editorial adoptó una postura más conciliatoria. La posición de Stalin era poco clara: rechazaba la línea dura de izquierda pero tampoco deseaba la colaboración con los mencheviques o el gobierno provisional. Resulta difícil determinar hasta qué punto aquello era falta de convicción política o mero oportunismo político.

Stalin no apoyó inmediatamente ni a Lenin ni las «tesis de abril» pero, poco después, las circunstancias harían de él su portavoz en la capital. El factor decisivo fue la decisión del Gobierno provisional de Alexander Kérenski de arrestar a los líderes bolcheviques, incluido Lenin, que escapó a través de la frontera con Finlandia. Ante la ausencia de varias figuras destacadas del bolchevismo, Stalin logró una autoridad fortalecida. No solo era miembro del Comité Central, sino también diputado del Sóviet de Petrogrado y editor del periódico del Partido (rebautizado *Rabochii Put*, «El Camino de los Trabajadores»). La enorme capacidad organizativa de

Stalin permitió al Partido seguir adelante en un momento de debilidad.

La Revolución rusa de 1917 fue uno de los hechos más extraordinarios y con mayor repercusión del siglo XX. Los bolcheviques eran el más pequeño de los partidos socialistas rusos, con no más de veinticinco mil miembros a comienzos de 1917. Sin embargo, antes de que finalizara el año, sus líderes se habían convertido, de forma inesperada, en el primer gobierno socialista en el mundo, responsable de un país con una población de más de ciento setenta millones de habitantes. Hacia el otoño de 1918 ya llevaban un año en el poder, habían puesto fin a la guerra y habían establecido una dictadura de partido único que pretendía representar a los trabajadores y a los campesinos rusos^[39].

Hasta hace poco tiempo, los historiadores consideraban que la carrera de Stalin anterior a 1924 era irrelevante para comprender sus años en el poder. Una descripción de Nikolai Sujanov de 1922 lo definía como «falto de vida y gris». En la famosa obra del periodista norteamericano John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, no se hacía referencia a Stalin^[40]. Resulta complejo determinar el papel exacto de Stalin en la Revolución, pues los informes oficiales fueron posteriormente distorsionados. Se ha llegado a afirmar que Stalin «se perdió la Revolución» y que, posteriormente, intentó modificar su actuación durante ese período^[41]. Stalin se puso claramente a favor de Lenin, quien instruyó a los bolcheviques para que cesaran en su colaboración con otros partidos, preparándose para la toma del poder^[42]. Stalin se oponía a los llamados «desertores de octubre», bolcheviques que consideraban que, en octubre de 1917, el Partido no era lo suficientemente fuerte como para llevar a cabo la revolución. Entre los «desertores» más destacados estaban Lev Kámenev y Zinóviev.

Lenin reprendió duramente a los que dudaban: «¡Si no tomamos el poder ahora, la historia nunca nos lo perdonará!». Por su parte, Stalin afirmó: «Lo que tenemos aquí son dos líneas: una sigue una trayectoria favorable al triunfo de la revolución [...], la otra no cree en la revolución y cuenta simplemente con seguir en la oposición [...]. Las propuestas de Kámenev y Zinóviev [...] dan a la contrarrevolución la oportunidad de organizarse. Estaremos siempre en perpetua retirada y perderemos por completo la revolución^[43]». Finalmente, las tesis de Lenin se impusieron por diez votos a dos. Stalin apoyó a Lenin: «Podría decirse que es necesario esperar un ataque [contrarrevolucionario], pero debe entenderse lo que significa un ataque: el alza del precio del pan, el envío de cosacos al distrito de Donets y cosas similares constituyen un ataque. ¿Hasta cuándo vamos a esperar si no se produce un ataque militar? Lo que proponen Kámenev y Zinóviev lleva objetivamente a que la contrarrevolución pueda reorganizarse. Seguiremos hacia una retirada interminable y perderemos la revolución por entero^[44]».

Sin embargo, aunque resulta indudable que Stalin no jugó ningún papel heroico o directo en la Revolución de Octubre, contribuyó significativamente desde un segundo plano y emergió como figura destacada en la jerarquía del Partido. Stalin no se encontraba en su elemento en la política turbulenta de masas de 1917. Careciendo de dotes oratorias, no se dirigía habitualmente a las masas y fracasó en mostrar las cualidades distintivas de líder revolucionario en un momento de crisis: rápida adaptabilidad, pensamiento innovador, sensibilidad ante el sentimiento de las masas y resolución^[45].

Tras el triunfo de la Revolución de Octubre, Stalin fue nombrado comisario para las Nacionalidades, puesto vital en un momento en que las fuerzas centrífugas amenazaban con desmembrar la república revolucionaria. Stalin aprovechó ese

cargo tan destacado para impedir que las regiones fronterizas no rusas (incluida su Georgia natal) se separaran. En noviembre de 1917, Stalin se convirtió en uno de los cuatro líderes del Partido (junto con Lenin, Trotski y Sverdlov) que podían tomar decisiones sobre asuntos de emergencia sin consultar a nadie. En 1919, añadió un nombramiento más a sus ya importantes cargos. Se convirtió en comisario de la Inspección de Obreros y Campesinos (el Rabkrin) para asegurarse de que el aparato estatal funcionara correctamente.

No resulta sencillo conocer las razones por las que se permitió que acumulara tal cantidad de cargos destacados. Es posible que ninguno de sus camaradas del Partido fuese plenamente consciente de la enorme ambición de Stalin, pero también se trataba de trabajos que nadie estaba muy dispuesto a realizar. El único hombre capaz de percibir el peligro era Lenin, pero su habitual agudeza política se encontraba disminuida por la necesidad de llevar a cabo tareas que requerían urgentemente su atención, y tuvo la sensación de que Stalin era el único capaz de resolver los numerosos problemas que se planteaban. Lenin no era ajeno a los defectos de Stalin, e incluso llegó a afirmar «Stalin es un cocinero que preparará algunos platos picantes», aunque no llegó a sugerir otros nombres para sus cargos^[46]. Lenin estaba impresionado por la capacidad de Stalin y no parecía sentirse amenazado en su puesto, hasta que quedó incapacitado en mayo de 1922 por un derrame cerebral.

En este período de 1918-1921 se produjeron dos desarrollos fundamentales para la vida de Stalin: la evolución de un embrionario «clan de Stalin» y el aumento progresivo de su autoridad política. El «clan» fue creado a partir de tres fuentes principales: el «círculo del Cáucaso», que incluía a Ordzhonikidze, Enukidze, Sergei Kírov, Anastás Mikoyán y la familia Svanidze; la llamada «mafia de Tsaritsin», que incluía a

antiguos asociados de los días del Cáucaso como Voroshílov, oficial del Ejército Rojo, y figuras militares en ascenso como Semen Budenny, Georgi Zhúkov y Semen Timoshenko, así como comunistas destacados de Ucrania, como Vlas Chubar, Grigori Petrovski y Emanuel Kviring. En el eje central del Partido, Stalin forjó una estrecha relación de trabajo con Valerian Kuibyshev y Viacheslav Mólotov, quien en 1921, como secretario del Partido, era una persona de influencia considerable. A este grupo se añadió posteriormente Lázar Kaganóvich. Todos estos hombres se convirtieron en figuras destacadas del estalinismo en las décadas de 1920 y 1930 y, paradójicamente, no pocos de ellos fueron víctimas de Stalin^[47].

Capítulo 3. «*Litsedei*». Las múltiples facetas de un dictador

Un príncipe deber poseer al mismo tiempo la naturaleza de un hombre y de una fiera.

Maquiavelo

En una ocasión, el escritor liberal ruso del siglo XIX Alexander Herzen afirmó que lo que más temía del futuro era a «Gengis Kan con telégrafo». Con Stalin parecía haber llegado aquel momento. Pero ¿cómo era en realidad Stalin, el hombre que levantaba odios y pasiones y cuyo nombre era sinónimo de terror? Aunque esta obra no pretende ser una biografía de Stalin, resulta necesario hacer referencia a su personalidad, variable esencial en cualquier estudio de su régimen. Como Hitler, Stalin fue capaz de dejar una huella indeleble en el estilo y en la sustancia de la política estatal. Es por ello que resulta muy complejo deslindar con precisión la personalidad de Stalin del poder que ejerció. De hecho, Stalin se convirtió en el sistema y su personalidad adquirió una dimensión «sistémica».

Bujarin, teórico revolucionario y posteriormente dirigente del Partido, definió a Stalin como «un Gengis Kan que ha leído a Marx». Kámenev llamaba a Stalin «salvaje feroz». El mismo Lenin lo tenía por un político motivado por el «rencor». Zinóviev pensaba que Stalin era un «osetio sediento de sangre sin ninguna idea de lo que era la conciencia^[1]». El primer jefe de la policía secreta, la temida Checa (Comisión Extraordinaria de Lucha contra la Contrarrevolución y el

Sabotaje), Félix Dzerzhinski, aceptó el puesto porque de lo contrario hubiese sido nombrado Stalin, quien «alimentaría al niño solo con sangre^[2]». Trotski dijo de Stalin que era el «enterrador de la revolución proletaria^[3]». El escritor Boris Pasternak señaló que Stalin era «la criatura más terrible que había visto, un enano que parecía un cangrejo con un rostro amarillento marcado por la viruela^[4]». Un compañero de sus años en Siberia lo describió así: «Fornido, de estatura mediana, bigotes lacios, pelo espeso, frente estrecha y piernas más bien cortas; su forma de hablar era aburrida y seca [...] un hombre intolerante, fanático^[5]».

Sin embargo, Stalin podía desplegar un gran encanto cuando lo deseaba. Tras su primer encuentro con él, el embajador británico afirmó: «Este hombre es realmente un caballero^[6]». Joseph Davies, diplomático norteamericano, apuntó que Stalin era la clase de hombre «con el que a los niños les gusta estar^[7]». Isaac Deutscher, autor marxista independiente y crítico con el gobierno de Stalin, demostró también sentirse deslumbrado por él: «Muchos visitantes aliados que visitaron el Kremlin durante la guerra se asombraron al comprobar cuántos problemas, grandes y pequeños, militares, políticos y diplomáticos, dependían de la decisión definitiva y personal de Stalin^[8]». Tenía una gran habilidad para encontrar temas de conversación que relajasen a la gente.

Aunque muchos lo consideraron como una mente en blanco, en realidad tenía una inteligencia astuta, informada y organizada. Había leído abundantemente y sentía predilección por Émile Zola. Ya de niño llamaba la atención por ser un asiduo lector; según su maestro de canto, «a menudo llevaba varios volúmenes sujetos con el cinturón^[9]». Uno de los errores más comunes en el que incurrían los enemigos de Stalin era

olvidar que se trataba de alguien excepcionalmente leído. En una ocasión le señaló a Beria que la mejor manera de conocer a alguien era preguntarle lo que leía. Según Beria, Stalin leía quinientas páginas al día, hacía anotaciones en los márgenes y era capaz de recordar innumerables citas^[10]. En realidad, su capacidad de concentración era enorme y contaba también con unas agudas dotes analíticas.

Como lector, Stalin tan solo encontraba dificultades debido a cierta ineptitud con las lenguas, pues solo era capaz de leer sin diccionario en ruso y en georgiano. Pero también en ese aspecto fue subestimado. En el seminario de Georgia aprendió griego; luego aprendió algo de alemán y de francés. En su exilio siberiano se acercó al esperanto, el idioma que muchos socialistas pensaban que sería uno de los cimientos culturales del nuevo orden (aunque la mayoría de los esperantistas rusos serían fusilados años después acusados de espionaje).

Poseía una biblioteca con cuarenta mil volúmenes. Entre sus favoritos se encontraban *La saga de los Forsythe*, de Galsworthy, y *El último mohicano*, de Fenimore Cooper. En el primero veía el hundimiento del sistema capitalista y en el segundo la represión imperialista inglesa contra las tribus de Norteamérica. Se sentía muy atraído por las obras escritas por figuras autoritarias, como *El príncipe*, de Maquiavelo, o los textos de Clausewitz, aunque no se conoce con certeza el origen de su análisis de las relaciones políticas^[11]. La afición por determinadas lecturas, como los libros sobre Gengis Kan, Iván el Terrible o Pedro el Grande, delataba su personalidad. Estas dos últimas personalidades acabarían siendo rehabilitadas por Stalin. Admiraba a Dostoyevski, en particular su obra *Crimen y castigo*, de la que pudo inferir que las figuras históricas podían prescindir de las restricciones morales imperantes. No era una biblioteca muy marxista, pero, como le

dijo al biógrafo Emil Ludwig, «el marxismo nunca ha negado el papel de los héroes». También escribió mucho y sus obras llegaron a llenar trece tomos cuando se publicaron. Sus libros se vendían en ediciones al alcance de todo el mundo y llegarían a superar las ventas de los de Marx o Lenin. A su fallecimiento se había vendido la extraordinaria cantidad de setecientos seis millones de ejemplares.

Su fascinación por figuras como Iván el Terrible le llevó a comentar: «Uno de los errores de Iván el Terrible fue infravalorar una de las cinco grandes familias feudales. Si hubiera aniquilado a esas cinco familias, no se habrían producido los años turbulentos. Pero Iván el Terrible podía ejecutar a alguien y perder luego mucho tiempo arrepintiéndose y rezando. En ese sentido, Dios le supuso un estorbo. Tenía que haber actuado con más decisión todavía^[12]». Admiraba a Augusto, primer emperador romano, que camufló el carácter autocrático de su reinado al rechazar el título de rey, tal y como Stalin se permitía hacer con el título de líder. Era un lector que tomaba lo que le interesaba de las figuras históricas y descartaba el resto.

A Stalin, como a Hitler, le gustaba acostarse tarde y obligaba a sus colaboradores a que permaneciesen con él en veladas interminables. Uno de los motivos por los que deseaba que lo acompañasen es que consideraba que mientras estuviesen con él no podían conspirar en su contra. En las reuniones en el Kremlin le gustaba levantarse de la larga mesa de tapete verde y caminar sigilosamente con sus botas de cuero por detrás de sus colaboradores, que vivían momentos de enorme tensión, pues en cualquier momento Stalin podía humillarlos o hacerlos arrestar. Vivían en un mundo en el que, según Milovan Djilas, miembro de la delegación militar yugoslava que visitó Moscú en 1944, todo se reducía a una incesante y horrible lucha para evitar las trampas en el camino,

al mismo tiempo que competían para ganarse la confianza de Stalin. Para Beria, la única forma de sobrevivir entre los colaboradores de Stalin era «dar siempre primero^[13]».

Era frecuente ver a Stalin en las reuniones sentado a un lado fumando cigarrillos o su pipa cargada con un tabaco apestoso, aunque siempre vigilante y muy atento a lo que sucedía. El ambiente amenazador era, a menudo, interrumpido por bromas pesadas e infantiles, como poner demasiado picante en las comidas, tomates en los asientos, agua en vez de vodka en las botellas, etc. Las cenas entre sus más allegados eran como una brutal despedida de soltero. Los emisarios comunistas de Europa del Este que presenciaban esas fiestas se quedaban estupefactos por su vulgaridad. A primeras horas de la madrugada, Stalin despedía a sus camaradas, los cuales estaban tan agotados y borrachos que, a menudo, no podían ni moverse. Muchos se mostraban satisfechos por haber sobrevivido un día más en aquella corte infernal. Al abandonar la casa de Stalin, manifestó Bulganin, uno nunca sabía si iba a salir «camino de su casa o de la cárcel^[14]».

Stalin disfrutaba sembrando el mal ambiente entre sus colaboradores. El embajador soviético en Bulgaria, Fiódor Raskólnikov, que se negó a regresar a Moscú, se quedó perplejo en 1936 al observar el extraordinario silencio en el comedor del Kremlin. Los altos funcionarios que lo utilizaban estaban literalmente demasiado aterrorizados para abrir la boca, paralizados por el miedo^[15]. Cuando Stalin pronunciaba mal una palabra en un estrado, todos los oradores que intervenían después repetían el error. Según Mólotov, «si la hubieran pronunciado bien, Stalin habría creído que intentaban corregirle». Stalin tendía constantemente trampas a sus colaboradores. Los humillaba y maltrataba, sentía su temor y jugaba con ese sentimiento. Era como Al Capone, que sabía «mantener a raya a sus muchachos». Un día le preguntó a

Kruschev si era verdad que era polaco. Esta pregunta atemorizó a Kruschev, pues sabía que en 1938 Stalin había ejecutado a los emigrados polacos comunistas en Moscú. Cuando veía al comisario de Construcciones Navales, Nosenko, Stalin le decía en tono irónico: «¿Todavía no te han detenido?». Cuando lo volvía a ver le preguntaba: «Nosenko, ¿todavía no te han fusilado?». La alta política en la URSS era un nido de víboras; cuanto más cerca se estaba del vértice del poder, más intimidado era uno por Stalin. Este pensaba que no podía fiarse de nadie más que de sí mismo e incluso consideraba que su propia mujer lo había traicionado al suicidarse. Veía enemigos por todas partes y sospechaba incluso de sus colaboradores más cercanos. Según Natasha Andreyeva Stalin, «lo sabía ¡TODO! acerca de sus más cercanos colaboradores^[16]».

Stalin contaba con pocos amigos íntimos, aunque podía ser jovial cuando quería. El análisis de la tasa de supervivencia de los líderes del Partido ha demostrado que aquellos miembros del grupo de íntimos contaron con más probabilidades de sobrevivir que los comunistas más jóvenes y educados. Muy pocos de entre ellos consiguieron entrar en el sanctasanctórum, y los que lo hicieron (como el economista Nikolái Voznesenski, ejecutado en 1950 por órdenes de Stalin) generaban una enorme desconfianza, pues se les veía como usurpadores en potencia^[17]. Su hija Svetlana escribió: «Cuando los “hechos” convencían a mi padre de que alguien que él conocía bien se había transformado en alguien “malo”, se producía en él una metamorfosis psicológica. En ese momento aparecía su lado más cruel e implacable. Años de amistad y de lucha codo con codo en una causa común parecían no haber existido. Podía acabar con todo eso en un momento y la persona X estaba condenada. “Así que me has traicionado — parecía murmurarle algún demonio interior—. Ya ni siquiera

te reconozco”^[18]».

Kruschev lo describió así: «Stalin era un hombre muy desconfiado, enfermizamente desconfiado. Lo sabíamos por trabajar con él. Podía mirar a un hombre y preguntarle: “¿Por qué se mueve tu mirada tanto hoy?” o “¿Por qué te giras tanto hoy y evitas mirarme directamente a los ojos?”. Sus sospechas enfermizas creaban en él una desconfianza general hacia trabajadores eminentes del Partido que habíamos conocido durante años. Por todas partes y en todo veía “enemigos” y “espías”^[19]». Es probable que Stalin fuera por naturaleza vengativo y adoptara la cultura de la venganza de su Georgia natal. A diferencia de Hitler, no solía hacer uso de los estallidos de ira para impresionar a los demás y aunque podía perder el temperamento, normalmente no alzaba la voz. Dominaba a cualquier grupo por la probada brutalidad con la que podía actuar en todo momento. Mólotov, uno de sus más estrechos colaboradores, señaló en una ocasión: «Éramos como adolescentes en su presencia, él guiaba, él era el líder»^[20].

Alexander Barmin escribiría posteriormente: «La lealtad a Stalin se basaba principalmente en el convencimiento de que no había nadie capaz de ocupar su lugar [...], detenerse ahora o intentar una retirada significaría perderlo todo»^[21]. El hijo de Beria describió el funcionamiento de Stalin y sus colaboradores más cercanos: «Stalin logró someter a todos los hombres que le rodeaban [...], todos eran gobernados con mano de hierro»^[22]. Su costumbre de decir palabras malsonantes lo separó de la intelectualidad bolchevique. Con su escasa presencia física e incapaz de soportar la cortesía, Stalin recurría a menudo a modales bruscos y autocráticos.

Un amigo de la familia de Stalin, Stephan Mikoyán, recordaría tras la guerra: «La mayoría de la gente lo amaba. Puede sonar extraño, lo amaban, lo respetaban y veneraban casi como a un Dios, y creían en él de forma incondicional.

Existía el sentimiento de que pertenecía a una alta esfera. Pero también existía la ansiedad de que, en cualquier momento, podía tomarse algo mal^[23]». En realidad, Stalin no era antisocial. Tenía la capacidad de hacer reír a la gente y de realizar imitaciones que entretenían a sus amigos, aunque estos se veían obligados a reconocer su primacía. Amakián Nazaretian describió cómo era trabajar con Stalin: «No puedo ofenderme. Hay mucho que aprender de él. Tras haber llegado a conocerlo de cerca, he desarrollado un extraordinario respeto hacia su persona. Tiene un carácter que uno solo puede envidiar. No puedo ofenderme. Su severidad está envuelta en amabilidad hacia los que trabajan con él^[24]».

El historiador Simon Sebag Montefiore ha intentado introducir el elemento «humano» en su estudio de la «corte del zar rojo», en el que describe las intrigas que rodeaban a Stalin. Su descripción es tal vez exagerada, pero interesante. Presenta al líder de la URSS como un hombre melodramático, vigoroso y engréido que fue excepcional en muchos aspectos. Un hombre inteligente y un político con talento cuyo papel histórico era de primordial importancia, un intelectual que leía compulsivamente historia y literatura y un hipocondríaco que padecía trastornos reales e imaginarios. Un hombre solitario e infeliz que arruinó todas sus relaciones amorosas y sus amistades, sacrificando la felicidad a las necesidades políticas y a su paranoia: «El éxito de Stalin no fue una casualidad. Ningún ser vivo estuvo más capacitado que él para las intrigas conspiratorias, las claves teóricas, el dogmatismo sanguinario y la rigidez inhumana del partido de Lenin. Resulta difícil encontrar una síntesis mejor entre un individuo y un movimiento que ese matrimonio ideal existente entre Stalin y el bolchevismo: el hombre era el espejo de las virtudes y las carencias del movimiento^[25]».

Por su parte, Robert Service ha sintetizado su compleja

personalidad. Considera que se comportaba en muchos aspectos como un «ser humano normal», aunque de hecho estaba muy lejos de ser «normal». Sentía una enorme pasión por dominar, castigar y asesinar, profería burdas amenazas en privado, pero podía ser también encantador. Suscitaba la pasión y la admiración tanto de sus camaradas como de una gran cantidad de gente. También podía ser modesto y era un gran trabajador. Incluso se mostraba capaz de ser tierno con sus familiares. Se preocupaba mucho por la causa comunista. «Fue también un intelectual, un administrador, un estadista y un líder político; fue escritor, editor y estadista [...]. En privado fue, a su modo, un marido y padre tan atento como malhumorado. Pero estaba enfermo de cuerpo y de mente. Tenía muchas cualidades y utilizó su inteligencia para desempeñar el papel que pensó que se ajustaba a sus intereses en un momento dado. Desconcertaba, aterrorizaba, enfurecía, atraía y cultivaba a sus contemporáneos. La mayoría de los hombres y las mujeres de su época subestimaron a Stalin^[26]».

Para su biógrafo ruso, Dmitri Volkogonov, el poder se convirtió para Stalin en un fin en sí mismo: «Cuanto más poder tenía, más poder acumulaba y cuanto más poseía, más poder deseaba^[27]». Sin embargo, esa visión tradicional ya no resulta del todo convincente. Stalin buscaba sin duda el poder absoluto, pero no era el poder normal; lo que ansiaba era el poder revolucionario. La supervivencia de su poder dependía de la suerte de la Revolución. Stalin siempre fue brutal, su ego le hacía creer que él era indispensable para la supervivencia de la Revolución. El poder constituía para Stalin la posibilidad de llevar a cabo su limitada versión de lo que suponía la Revolución. Lenin llegó a dudar al final de sus días de que Stalin quisiera utilizar su poder con la suficiente prudencia, pero jamás puso en duda el compromiso de Stalin con la causa revolucionaria.

En ese sentido, el historiador Richard Overy considera que no fueron los defectos personales de Stalin (aunque los considera relevantes) los que mejor explican sus brutales acciones. Enfatiza, muy acertadamente en mi opinión, que el único elemento constante en su actividad política era la supervivencia de la Revolución y la defensa del primer Estado socialista mundial. El poder, en el caso de Stalin, se convertía así en el poder de preservar y engrandecer la Revolución y el Estado que la representaba, en lugar del poder por el poder. La ambición de salvar la Revolución se convirtió con el tiempo para Stalin en una auténtica obsesión personal. En el período que siguió a la muerte de Lenin, Stalin comenzó a considerarse a sí mismo como el único líder bolchevique capaz de trazar sin ambages el camino revolucionario. Su desarrollado instinto de supervivencia, el asesinato de miles de camaradas o su política maquiavélica no muestran una personalidad deformada por el sadismo, sino a un hombre que utilizó todas las armas de que disponía (incluido el asesinato de miles de personas) para alcanzar el propósito central al que había dedicado su vida. «Las consecuencias de todo ello para la sociedad soviética fueron hondas y desgarradoras, pero a Stalin debían de parecerle justificadas por el único y supremo imperativo histórico de construir el comunismo^[28]». Stalin era un hombre de estrictas convicciones marxistas-leninistas que justificaba su dictadura alegando que era necesaria. Sin embargo, no era solo eso lo que le motivaba. Su personalidad se caracterizó por una radical y constante desconfianza hacia el mundo. Sus políticas llevaban ese sello y, como en una tragedia de Shakespeare, sus propios defectos y frustraciones fueron proyectados hacia la sociedad.

El compromiso de Stalin con el ideal revolucionario (o al menos con su forma particular de entenderlo) refleja mucho mejor los terroríficos métodos que utilizó en la lucha para

construir la utopía comunista. El punto fundamental para comprender las motivaciones de Stalin es que estas no iban encaminadas únicamente a conseguir mayor poder como dictador. No estaba motivado exclusivamente por su sed de poder ni por su paranoia personal o su maldad. Estas circunstancias estuvieron, qué duda cabe, muy presentes a lo largo de su carrera, pero a Stalin le impulsaba una mezcla tóxica de ideología y de defensa práctica de los logros revolucionarios en un mundo cambiante que amenazaba constantemente con la guerra, las crisis impredecibles y la contrarrevolución. Stalin era el tipo de extremista que, en palabras de Lenin, estaba «comprometido sin cortapisas con la Revolución^[29]».

Stalin veía el despotismo como algo necesario para Rusia: «Otro podía haber estado en mi lugar —le dijo en una ocasión al biógrafo Ludwig—, porque alguien tenía que ocuparlo». Creía firmemente que la naturaleza de la vida y las tradiciones de Rusia hacían inevitable la aparición de un déspota: «La gente necesita un zar^[30]». Según Trotski, Leonid Krasin fue el primero en llamar a Stalin «asiático», para referirse a la mezcla de astucia, crueldad y firmeza que tradicionalmente se consideraban como las características de los estadistas asiáticos, no a la raza^[31]. Para el historiador Robert Tucker, Stalin no solo deseaba poder, sino también fama: «La gloria era su objetivo^[32]».

Su interés por el ajedrez pareció ayudarle enormemente en el poder, ya que era capaz de anticipar las jugadas de sus adversarios. Stalin era un zar y un Dios. Sabía que el poder de la divinidad reside en el misterio, en la misteriosa oscuridad con la que rodeaba su vida. Inspiraba un terror paralizador, no porque la gente supiera lo que era capaz de hacer, sino porque no había forma de saberlo. Nadie que hubiese estado cerca de él en los años treinta tenía posibilidad alguna de traicionarle:

Stalin los asesinaba antes de que se les pudiese pasar por la mente ningún intento de traición. No mostraba ningún prejuicio moral sobre el asesinato.

Varios incidentes describen bien su amoralidad. Cuando su antiguo camarada, Vlas Chubar, lo llamó porque estaba preocupado de que fuesen a detenerlo, Stalin lo tranquilizó, señalándole que no tenía nada que temer, aunque ya había firmado la orden contra él. Chubar fue arrestado, torturado y ejecutado. Stalin habló cordialmente con el mariscal Bliukher unos días antes de que fuera detenido. A. Serebrovsky, vicecomisario de Industria Pesada, fue arrestado en el hospital dos días después de que Stalin llamara a su mujer para expresarle su preocupación porque tuviese que acudir caminando al hospital para ver a su marido y le ofreciera un vehículo oficial. Al historiador Yuli Steklov, que le había pedido una entrevista por su temor a ser arrestado, le dijo que no se preocupara en absoluto. Esa misma noche fueron a buscarlo.

La viuda de Lenin, Nadezhda Krúpskaya, señaló de forma sorpresiva que, de no haber fallecido en 1924, Lenin habría acabado sus días en una de las prisiones del Gulag. Stalin era un hombre desleal, aunque con una gran capacidad para ganarse la confianza de aquel al que estuviera dispuesto a destruir. Lenin solía repetir: «Vigilad atentamente a Stalin. Siempre está dispuesto a traicionaros^[33]». Stalin era un producto de sus años en la clandestinidad, en los que resultaba casi imposible confiar en nadie. Absorbió los valores de los bajos fondos y, después de refinarlos en las duras experiencias de la Guerra Civil, los aplicó a la alta política. Lázar Kaganóvich intentó justificar las acciones de Stalin: «En los primeros tiempos, Stalin era un individuo afectuoso. Tuvo que aguantar muchas cosas. En los primeros años después de la muerte de Lenin, cuando llegó al poder, todos le atacaron. Se

endureció mucho en la contienda con Trotski. Después, sus supuestos amigos Bujarin, Rikov y Tomsy también lo atacaron. Resultaba difícil no ser cruel^[34]».

El aspecto más delicado, como en el estudio de cualquier personaje histórico (muy especialmente en el caso de Hitler), es el psicológico. En este punto se debe evitar caer en la tentación de considerar a Stalin como un demente sin más. Incluso un historiador disidente como Medvedev negó que se tratara de un perturbado. Es preciso adoptar una posición prudente al respecto. Es probable que Stalin tuviera una personalidad traumatizada por sus experiencias infantiles y no hay que olvidar nunca la inclinación malsana de Stalin por la venganza y el asesinato. Sin embargo, la mayor parte del tiempo, los que estuvieron con él no tuvieron la sensación de que se tratase de un desequilibrado. No era un psicótico clínico y no se comportó de forma que le incapacitase para el ejercicio de sus obligaciones públicas. Fueron la ideología, las prácticas y las instituciones que heredó las que permitieron que diera rienda suelta a sus crueldades; todo habría sido imposible si su partido no hubiera construido un andamiaje institucional, de procedimientos y doctrinal, que él iba a aprovechar.

No es posible afirmar sin más que Stalin sufriese de psicosis. A diferencia de las personas clasificadas como enfermos mentales, nunca sufrió de períodos en los que no pudiera trabajar ni enfrentarse al día a día de la Administración. No se trataba de un esquizofrénico paranoico, aunque mostrara ciertas tendencias sociópatas. Su capacidad para volverse en contra de sus amigos y subordinados y torturarlos o enviarlos a campos de concentración y asesinarlos manifestaba ciertamente alteraciones de la personalidad. Existían también factores en sus primeros años que lo pudieron empujar hacia ese destino. Tenía un sentido georgiano del honor y la venganza, y la noción del desquite

estaba siempre presente. Al mismo tiempo, poseía un sentido bolchevique de la Revolución. La dictadura, la violencia y el terror, así como la eliminación física de los enemigos, eran métodos que muchos de sus camaradas de partido encontraban normales. Además, las experiencias personales de Stalin acentuaron esas tendencias: los maltratos de su infancia, el régimen severo del seminario, el desprecio que había sentido como joven revolucionario le dejaron una huella profunda. Mantenía una colección de libros de notas que él llamaba «álbumes» en los que, a lo largo de los años, repasaría trescientas ochenta y tres listas de las personas arrestadas. En ellos Stalin asignaba un número a cada persona: «1» suponía una recomendación para que fuese fusilada, «2» indicaba diez años en prisión y «3» suponía que el caso era dejado a la discreción del comisario de Interior. Cada uno de esos álbumes contenía doscientos nombres.

La de Stalin era, sin duda, una personalidad multifacética. Lázár Kaganóvich, al que se llamaba «Lázár de Hierro» y que fue uno de los hombres más cercanos a Stalin, señalaría: «Existían varios Stalin. El Stalin de la posguerra fue uno muy diferente del que existió antes del conflicto. Entre 1932 y la década de los cuarenta existió otro. Antes de 1932 era completamente diferente. Cambiaba. Yo conocí al menos a cinco o seis Stalin diferentes^[35]». Resulta interesante destacar que Kaganóvich hace referencia expresa al año 1932. En ese momento, Stalin pudo cambiar radicalmente tras el trauma que sufrió por el suicidio de su segunda mujer, Nadezhda Alilúyeva.

A Stalin, a diferencia de Hitler, le atraían enormemente las mujeres. Se casó en dos ocasiones (en 1906 y 1918) y tuvo varios hijos. Su primera mujer, Ekaterina Svanidze, murió (probablemente de tifus o por complicaciones en el parto) un año después del matrimonio. Koba le dijo a Iremashvili, un

amigo suyo: «Esa mujer ablandaba mi corazón de hierro. Murió y con ella murieron mis sentimientos cálidos hacia la gente». Iremashvili concluyó: «Le expresé mis condolencias a Koba. Lo hice tan honesta y sinceramente como pude, pero sabía que de ahí en adelante Koba estaría despojado de todo freno moral y que desde entonces se dedicaría por entero a sus fantásticos planes, dictados únicamente por la ambición y la venganza^[36]». Con Ekaterina tuvo un hijo, Yákov. Stalin apenas lo vio antes de que cumpliera veinte años y le prestó muy poca atención. No tenía tiempo ni voluntad para convertirse en un padre modelo.

Alilúyeva tenía solo dieciséis años cuando contrajo matrimonio, la mitad de la edad de Stalin, y sus catorce años de matrimonio fueron muy difíciles. Nadezhda era una comprometida miembro del Partido, con un pensamiento independiente, que deseaba mejorar su educación y que, en ocasiones, se involucraba en los temas políticos de su marido. Era proclive a la depresión y a la enfermedad, y la dureza de trato de Stalin y su falta de atención no hicieron más que agravar sus trastornos. A esto hay que añadir la aversión que sentía Stalin hacia la emancipación femenina.

A Nadezhda la encontraron muerta en el Kremlin, bañada en un charco de sangre junto a una pequeña pistola que le había regalado su hermano. En un comportamiento característico de Stalin y de la turbulenta relación que mantenía con su mujer, la noche previa habían acudido juntos a una fiesta donde él se había emborrachado y le había arrojado objetos a su mujer (pan, colillas de cigarrillo, mondas de naranja), gritándole: «¡Eh, tú, bebe!». «¡No me llames “eh, tú!”», le dijo ella furiosa antes de marcharse de la sala^[37].

Habían mantenido una relación imposible por culpa de ambos. Los dos eran egoístas y fríos y tenían un temperamento indómito, aunque Nadia, como se la conocía, no tuvo nunca la

crueldad de Stalin. Surgieron numerosas teorías sobre su suicidio: que Stalin tenía una amante, que amenazaba a su mujer, que ella padecía neurosis o que estaba horrorizada por lo que había escuchado que le sucedía a la gente corriente. Desde su suicidio, Stalin comenzó una fase de introspección, probablemente causada por el derrumbe de su estabilidad personal. «Fui un mal marido —le confesó a Mólotov—, no tenía tiempo para llevarla al cine^[38]». En palabras de Mólotov: «Yo nunca había visto a Stalin llorar, pero mientras permanecía al lado del ataúd, las lágrimas se deslizaban por sus mejillas^[39]». Su suicidio afectó profundamente a Stalin, que confesó: «Los niños la olvidaron en unos pocos días, pero ella me dejó lisiado de por vida». Según su hija, él se convirtió en una persona deprimida, se sentía traicionado e incluso llegó a barajar seriamente la posibilidad de renunciar al cargo de secretario general del Partido. El suicidio de Nadia reforzó su enorme brutalidad, su envidia y su tendencia a la autocompasión^[40].

Tras la muerte de su esposa, Stalin mantuvo una relación fría con los dos hijos varones: Yákov, de su primer matrimonio, y Vasili, del segundo. Tuvo también una hija, Svetlana, con la que mantuvo una relación cariñosa hasta que esta llegó a la adolescencia. Svetlana comenzó a interesarse por los hombres, lo que provocó los celos del dictador. La relación se deterioró aún más al enterarse Svetlana de que su madre no había muerto por causas naturales, sino que se había suicidado. Un tiempo después mantuvo una relación con el guionista Aleksei Kapler, un judío mujeriego que provocó la ira de Stalin. Kapler fue destinado como cronista a Stalingrado, aunque no fue suficiente para hacerle desistir. Stalin mandó arrestar al guionista y le dijo a su hija: «¡Tu Kapler es un espía inglés, ha sido arrestado!»^[41]. Posteriormente, comenzó a salir con el hijo de Beria, para, finalmente, casarse con uno de los

amigos de su hermano Vasili, Grigori Morozov.

Vasili llegó a ser un incompetente y alcohólico aviador. Yákov murió en cautividad en Alemania durante la guerra. Hitler pidió su canje por el mariscal de campo alemán Paulus, que había sido hecho prisionero en Stalingrado. Stalin se negó: «No intercambiamos soldados por mariscales de campo». «¡Todos son mis hijos!» exclamó. Varios oficiales alemanes interrogaron a Yákov esperando que proporcionase información que pudiese avergonzar a su padre. Sin embargo, a pesar de que las relaciones con su padre nunca habían sido buenas, se mantuvo siempre fiel. Stalin diría posteriormente: «¡Qué guerra tan terrible! ¡Cuántas vidas de nuestro pueblo nos ha robado! Obviamente tendremos a muy pocas familias que no hayan perdido a algún ser querido^[42]». El dictador encarceló a la esposa de Yákov, como si se tratase de la mujer de un desertor, y cuando los alemanes distribuyeron la fotografía de su hijo en panfletos propagandísticos, Stalin, al parecer, le pidió a la comunista española Pasionaria que infiltrara agentes entre los fascistas españoles en Alemania, llegara a Yákov y lo matara.

Svetlana tuvo una vida atormentada y dejó un interesante recuerdo personal de la vida familiar de Stalin, el único que existe. Svetlana comentaría: «Stalin fue un hijo malo y desconsiderado, y lo mismo puede decirse de él como padre y como marido. Dedicó todo su ser a la política y a la lucha. Y por eso las personas menos allegadas a él desde el punto de vista profesional fueron siempre más importantes para él^[43]». Durante la guerra, su ama de llaves, al parecer, satisfacía sus necesidades sexuales y algunas bailarinas y cantantes de ópera declararon haber sido sus amantes. Su comportamiento sexual, según parece, era brusco, aunque no existe explicación psicosexual para su sadismo, que desplegab a sangre fría.

La visión de Stalin como un *litsedei*, u «hombre de muchas

caras», resulta válida contra las tradicionales simplificaciones de sus acciones y actitudes. Dependiendo de la situación y del interlocutor, Stalin, como la mayoría de los políticos, podía llegar a ser un actor consumado que podía adaptar los argumentos a su audiencia y convertirse en un maestro del engaño, aparentando moderación e incluso amistad. Stalin fue, sin duda, un hombre sádico y un asesino. Sin embargo, fue también un intelectual, un administrador, un escritor, un editor y un estadista.

Stalin, como Churchill o Roosevelt, tuvo que hacer frente con frecuencia a graves crisis para las que no existía una solución clara ni única. También tuvo que lidiar con subordinados incompetentes (o potencialmente insubordinados) y una sociedad recalcitrante. A menudo tuvo que sentirse también abrumado por la complejidad de la situación doméstica y exterior, por lo que debió también de tener la sensación de impotencia ante la enorme tarea que tenía entre manos. Sin duda, los días que siguieron a la invasión alemana de Rusia a finales de junio de 1941 resultan muy ilustrativos de esos problemas. No se trata, por supuesto, en ningún caso, de disminuir su control general sobre el proceso de decisión o de atenuar su brutalidad y su confianza en sí mismo, pero sí de negar la simplista versión tradicional y la imagen estereotipada de un dictador arrogante poseedor de la totalidad del poder y la sabiduría.

Stalin escribía como un marxista, aunque se comportaba como un zar brutal. Dependiendo de las circunstancias que se presentasen, podía ser una o varias de esas figuras que había creado. Sus múltiples facetas asombraban, asustaban y desconcertaban a sus colaboradores. Ese era uno de los secretos del éxito de Stalin en controlar a sus subordinados. La personalidad dividida de Stalin reflejaba asimismo el profundo cisma en la historia de Rusia: el de los occidentales y los

rusófilos, el de lo moderno y lo antiguo, el de la apertura y el despotismo. Esos elementos del pasado ruso convivían en Stalin en una proximidad inestable y muy peligrosa.

Stalin estuvo obsesionado durante toda su carrera con un terrible miedo a ser asesinado. Su seguridad personal era enorme y nunca recorría la misma ruta dos veces seguidas. Hacia el final de su vida, el perímetro defensivo alrededor de su dacha en Kuntsevo parecía el de un campo de prisioneros. Eran las medidas lógicas para un tirano cuya carrera estaba repleta de hombres y mujeres con sobradas razones para asesinarlo. Cuando visitó el canal del mar Blanco, la prensa anunció la visita días después de que se hubiera producido. En Rusia, esas medidas eran más necesarias que en otros países, dada la larga tradición de asesinatos políticos. Antes de la Primera Guerra Mundial, decenas de políticos habían sido asesinados, desde burócratas hasta el primer ministro, Piotr Stolypin^[44].

Stalin evitaba hacer declaraciones públicas siempre que podía. No era un orador nato, rara vez hablaba en público y, cuando lo hacía, resultaba muy pedante. Su voz era considerada muy monótona; leía los guiones que llevaba preparados con pausas y tartamudeos ocasionales. Sus críticos señalaban que hablaba como el editorial del diario *Pravda* del día anterior, que, con toda probabilidad, había sido escrito por él^[45]. En ese sentido, era muy distinto a Churchill y sus continuos discursos parlamentarios y a las alocuciones semanales radiofónicas del presidente Roosevelt. Stalin solo pronunció nueve discursos públicos durante toda la Segunda Guerra Mundial. Tampoco quiso nunca escribir en los periódicos ni que nadie lo hiciera por él.

La información que el público soviético tenía sobre Stalin era escasa. Nunca dejó que se hicieran públicos los detalles sobre su vida privada. Tampoco permitió, como en el caso de

Hitler con Goebbels, que otra persona se encargara de gestionar su imagen pública. Stalin mantuvo en todo momento el control personal de lo que se decía de él. Su secretaria comentaría que él se sentaba durante horas en las reuniones, en un lado de la habitación, preguntado alguna cosa ocasionalmente, pero dando muy pocas opiniones. Su «virtud del silencio» le daba una innegable ventaja «en un país en que todo el mundo hablaba demasiado^[46]». La tendencia a la reclusión de Stalin tenía algunas ventajas. Si la gente lo hubiese visto más a menudo, la ilusión de su sagacidad hubiese desaparecido. Su reclusión permitió que la gente pudiese creer en el Stalin que deseaban. El contraste entre el Stalin silencioso y común y la imagen histórica del asesino de su pueblo no tiene una explicación sencilla. Es posible que la paradoja no pueda ser nunca aclarada, pues no dejó un diario personal y rara vez revelaba sus pensamientos más íntimos. Las terribles motivaciones de Stalin son todavía objeto de especulación. Stalin sigue siendo un enigma.

Casi todas las oficinas estaban llenas de micrófonos y las transcripciones de las conversaciones registradas llegaban a la mesa de Stalin. Existían por otra parte, muy pocos deseos de cooperar entre los líderes soviéticos, ya que todos intentaban ganarse su favor. Le encantaba humillar a sus colaboradores en público, con los que era rudo y cínico. A Kaganóvich le dijo que se afeitara la barba: «No quiero a un rabino alrededor de mí^[47]». A Voroshílov le dijo en repetidas ocasiones: «¡Cállate, idiota!». Stalin nunca olvidaba una afrenta y podía esperar años antes de vengarse. «El mayor placer —señaló al parecer en una ocasión— es elegir a tu enemigo, prepararlo todo, vengarse a fondo y después irse a dormir^[48]». En general, sus oponentes se dieron cuenta demasiado tarde de su implacabilidad. Se acordaba de afrentas muchos años después gracias a su extraordinaria memoria. Cada supuesto enemigo que

derribaba saciaba un ego que había sido dañado por años de infravaloración y de burlas.

Según Bujarin, Stalin estaba acomplejado por su estatura: «Le hace sentir fatal el hecho de que no puede convencer a todo el mundo, incluido a sí mismo, de que es más alto que los demás. Esa es su desgracia, puede que sea un rasgo humano, y, tal vez, su único rasgo humano. Su reacción a esa desgracia es diabólica, no puede evitar vengarse por ello sobre los demás, especialmente sobre aquellos con mejor físico o más brillantes que él^[49]». Al líder de la URSS le gustaba rodearse de colaboradores de baja estatura: Yezhov medía tan solo 1,50 metros y el secretario personal de Stalin, Poskrebyshev, era tan bajo que cuando se sentaba en una mesa tan solo se le veía la cabeza. Una de las pasiones de Stalin era dibujar caricaturas. En una reunión del Politburó en 1930 dibujó una del ministro de Finanzas en la que figuraba desnudo y colgado por los genitales de una cuerda. Debajo escribió: «Bryukhanov será colgado por las pelotas; si aguantan, será declarado inocente, si ceden, será ahogado en el río».

Los líderes occidentales que lo conocieron se quedaron impresionados por su capacidad. Anthony Eden pudo presenciar el papel de Stalin en la Segunda Guerra Mundial durante las reuniones preliminares en Moscú para preparar la Conferencia de Teherán y, por lo tanto, su reticencia a abandonar Moscú. «Stalin no quería salir de Rusia. Según Mólotov, su presencia era indispensable para la dirección de la guerra en el frente ruso. Yo no lo creía pero probablemente era cierto; he aquí un ejemplo: la tarde en que discutíamos sobre los convoyes, llamaron a Stalin por teléfono a la sala de conferencias, circunstancia excepcional. El mayor Birse, nuestro intérprete, oyó lo que decía o respondía el dictador, y pudo comunicarme de inmediato que se había solicitado de Stalin una decisión sobre objetivos a bombardear en

Crimea^[50]».

Por su parte, el primer ministro indio Jawaharlal Nehru, en su obituario para la muerte de Stalin, escribió: «Stalin, ese hombre amante de la paz, un gran hombre que moldeó, como pocos lo han hecho, el destino de su tiempo [...]. Hoy no solo desaparece una gran figura, sino quizás también una era histórica». El escritor George Bernard Shaw, tras una entrevista con Stalin, apuntó: «Me sentí desarmado por una sonrisa en la que no había malicia ni credulidad, pasaría por un romántico jefe georgiano de ojos negros^[51]». El escritor H. G. Wells lo encontró «cándido, justo y honesto». Asimismo, señaló: «Es posible que este hombre solitario y despótico sea muy desagradable, pero debe de tener una inteligencia que va más allá del dogmatismo^[52]». El periodista norteamericano Eugene Lyons salió de una entrevista con Stalin diciendo: «Me gusta ese hombre», y el embajador británico, tras reunirse por primera vez con Stalin, afirmó: «¿Saben?, pienso que ese hombre es un caballero^[53]». El secretario de Estado norteamericano Cordell Hull comentó tras entrevistarse con el dictador: «Pensé que cualquier americano que tuviese la personalidad de Stalin llegaría muy alto en los cargos públicos de mi país^[54]».

El escritor francés Henri Barbusse, simpatizante con la causa comunista, escribió en su biografía de Stalin: «Aquí vemos el espíritu paternal que a todos los observa. Aunque usted no lo conozca, él lo conoce y piensa en usted. Quienquiera que usted sea, necesita de este benefactor. Quienquiera que usted sea, lo mejor de su destino está en manos de ese hombre, que también lo observa y trabaja por usted. El hombre que posee una mente erudita, una cara de obrero y el atuendo de un sencillo soldado^[55]».

Incluso un excomunista como J. T. Murphy señaló que Stalin era «la gran central eléctrica humana»: «Puede

presentarse confiadamente ante su pueblo para mostrarle fronteras seguras y una era de expansión económica y social que supera todo lo que el mundo haya conocido jamás. El poder total de la vasta maquinaria humana productiva y los recursos del país se consagrarán a la curación de las heridas de la guerra y a enriquecer el bienestar social de todos los hombres, todas las mujeres y todos los niños de la Unión. Así, el nuevo mundo, nacido el 7 de noviembre de 1917, alcanzará niveles de fuerza cada vez más elevados y todos los hombres atestiguarán que en su creación y su desarrollo Iosif Stalin ha conquistado el título de “el Grande”^[56]».

Uno de sus comandantes militares más brillantes, Kónev, lo describió así: «Su lenguaje corporal era muy limitado, y era imposible adivinar con su mirada lo que estaba pensando. Nunca tenía un gesto superfluo, sus formas cuidadosamente estudiadas se habían convertido en una segunda forma de ser natural». Según Zhúkov, Stalin «era normalmente tranquilo y razonable, ocasionalmente se desesperaba [y] su mirada se tornaba dura y agresiva. No conozco a mucha gente que fuera lo suficientemente valiente para enfrentarse a su ira». Stalin recibía a diario en su despacho, entre las cinco y las seis de la tarde, a una media de veinte personas. El general Zhúkov señalaría que Stalin «se detenía ante la persona a la que quería hablar y la miraba directamente a la cara [con] una mirada clara y tenaz que parecía envolver y atravesar al visitante^[57]».

Normalmente se levantaba entre las diez y las once de la mañana, y posteriormente se dedicaba a recibir gente y repasar papeles. Fue una rutina que evolucionó con el tiempo. En los años veinte, cuando Stalin vivía en el Kremlin, su oficina se encontraba a pocos pasos y en ella pasaba las mañanas. Por aquel entonces Stalin solo acudía a su dacha en verano. Incluso cuando partía de vacaciones al mar Negro no paraba de trabajar y recibía hasta treinta documentos al día. Una gran

parte de las decisiones se tomaron sin que constaran oficialmente por escrito. Normalmente escribía una señal o sus iniciales con un lápiz si aprobaba un documento o, simplemente, añadía la palabra «conforme». Mólotov manifestó haber visto grandes cantidades de documentos sin firmar en la dacha de Stalin. En general, Stalin prefería que los documentos se publicasen con su firma impresa. De lo contrario «se hubiera convertido en un burócrata» según el propio Mólotov. Cuando le presentaban documentos, solía preguntar: «¿Es realmente importante?». Cuando la respuesta era afirmativa leía concienzudamente el documento hasta «la última coma^[58]».

Stalin nunca fue un dictador diletante como Hitler. Trabajaba sin descanso hasta altas horas de la noche y prestaba una excepcional atención a los detalles. Andrei Gromiko, que llegaría a ser ministro de Asuntos Exteriores con Brézhnev, apuntó que a Stalin «no se le escapaba nada» y trabajaba sin papeles, ni notas, utilizando únicamente su memoria como si fuera un ordenador^[59]. Cuando llegaba a su oficina, repasaba primero los temas más urgentes y firmaba los documentos que le habían preparado sus colaboradores. Posteriormente, celebraba varias reuniones. En las que celebraba en el Kremlin se debatían muchos asuntos y Stalin animaba a sus colaboradores a expresar sus opiniones. Discutía con ellos, les pedía explicaciones y le gustaba resumir los debates al finalizar, dejando muy claro cuál era su posición y excluyendo las ajenas.

Es posible rebatir la versión tradicional de un sistema excesivamente personal. Un «equipo Stalin» funcionó de forma más o menos colegiada hasta el período final, marcado por una deriva hacia una tiranía degenerada. Stalin, lejos de tomar él solo las decisiones, buscaba una participación colectiva tanto dentro como fuera del Politburó. En la década de 1930 y a principios de la de 1940, Stalin contaba con un

amplio círculo de conocidos. Pasó una parte considerable de su tiempo reuniéndose y trabajando con otros. Stalin fue durante gran parte de su vida política un animal del Partido. Parecía sentirse estimulado por la interacción social. Su estilo de trabajo era el de formar parte de un equipo colectivo de trabajo más que el de un solitario. La imagen que emerge de este análisis es que Stalin fue el líder de una «oligarquía burocrática estable» que duró hasta su muerte, en 1953^[60]. El historiador T. H. Rugby ha defendido, de forma polémica, que Stalin, lejos de desear destruir a sus camaradas en la élite, era, en general, un «patrón leal^[61]». Aparte de Mólotov, muchos otros sobrevivieron a la impredecible furia de Stalin: Kaganóvich, Voroshílov, Mikoyán, Kalinin, todos ellos de la «vieja guardia», y Beria, Malenkov, Kruschev, Zhdánov y Bulganin, de la «nueva élite».

Stalin se convirtió en un maestro en el arte del engaño, hasta tal punto que consiguió que normalmente los demás se llevaran la responsabilidad de las decisiones polémicas o los errores políticos. Se escondía detrás de una imagen de infalibilidad cuidadosamente elaborada. Se trataba, sin duda, de un excelente organizador que llegaba inmediatamente al núcleo de un problema. Formulaba políticas con suma rapidez y emitía órdenes precisas sobre el modo de llevarlas a cabo. Tenía una mente privilegiada y era metódico en todo lo que hacía. Nunca se precipitaba cuando tenía que tomar una decisión. Averell Harriman, enviado especial del presidente Roosevelt ante Stalin, se quedó impresionado por su agudeza y su fantástica memoria. Según Harriman: «Estaba mejor informado que Roosevelt, era más realista que Churchill [...], era el más capaz de los líderes de la guerra». Por supuesto, Harriman no se dejaba engañar por la máscara de «cortesía y consideración». Sabía que se trataba de un «tirano asesino» capaz de «una terrible crueldad^[62]».

El yugoslavo Milovan Djilas ofreció una detallada descripción del trabajo cotidiano de Stalin:

El anfitrión era el más sencillo de todos, con su uniforme de mariscal y sus botas blandas, sin ninguna medalla más que la estrella dorada, la Orden de Héroe de la Unión Soviética. Este no era el Stalin majestuoso de las fotografías y los noticieros, con su postura firme [...]. No permanecía quieto ni un minuto. Jugaba con su pipa, que llevaba marcado el característico punto blanco de la empresa inglesa Dunhill, o dibujaba círculos con un lápiz azul alrededor de las palabras objeto de discusión que posteriormente tachaba.

Me quedé también sorprendido de algo más: era de estatura muy pequeña y su cuerpo estaba mal formado. Su torso era corto y estrecho mientras que sus piernas y brazos eran demasiado largos. Su brazo y su hombro izquierdo parecían rígidos. Tenía una gran panza y poco pelo. Su rostro estaba pálido con mejillas rojizas, el color característico de aquellos que se sientan muchas horas en la oficina, algo conocido como la «piel del Kremlin». Sus dientes eran negros, irregulares y torcidos hacia dentro. Ni siquiera su bigote era denso o firme. Con todo, su cabeza no estaba mal, tenía algo vulgar, con esos ojos amarillos y una mezcla de severidad y maldad. Asimismo, me sorprendió el acento. Uno podía deducir que no era ruso. Sin embargo, su vocabulario ruso era rico y su forma de expresión viva y flexible, llena de proverbios y dichos rusos. Después supe que Stalin conocía bien la literatura rusa, aunque únicamente la rusa. Tan solo una cosa no me sorprendió: Stalin tenía sentido del humor, un sentido del humor rudo y sobrado, aunque no del todo desprovisto de sutilidad y profundidad. Sus reacciones eran rápidas, agudas y concluyentes^[63].

El primer ministro británico Clement Attlee señalaría de Stalin: «Me recordaba a los déspotas del Renacimiento, sin principios, algunos métodos, pero de lenguaje carente de florituras, siempre “sí” o “no”, aunque solo podías fiarte si la respuesta era “no”^[64]».

El escritor alemán, Lion Feuchtwanger, conocido por su simpatía hacia la URSS, llegó a Moscú en 1936 y fue recibido por Stalin. La transcripción de la conversación no fue nunca publicada, pero a través de una intérprete se supo que no había ido bien. Feuchtwanger habló en términos negativos del omnipresente culto a la personalidad (en el libro que publicaría más tarde, *Moscú 1937*, recordaba haberle dicho a Stalin que había visto un busto suyo en una exposición de

Rembrandt), lo que enfureció a Stalin, que puso fin a la conversación afirmando que no era culpa suya que el pueblo sintiese eso por él. Entrevistado dos días más tarde por Radio Moscú, Feuchtwanger dejó caer que había sido una conversación dura, y concluyó sobre Stalin: «La imagen de Stalin que se lleva uno en una conversación es no solo la de un gran estadista, un socialista y un organizador, él es por encima de todo un auténtico *hombre*^[65]». El comisario soviético de Ferrocarriles señaló que «uno se sentía agobiado por el poder de Stalin, pero también por su memoria prodigiosa y por el hecho de que supiera tanto. Le hacía a uno sentirse menos importante de lo que era^[66]».

La voluntaria reclusión de Stalin hizo que su principal actividad de ocio fuesen las películas que veía en su cine privado, el teatro y las inevitables e interminables cenas en su dacha. Le encantaban las películas de vaqueros. También, según su hija Svetlana, disfrutaba con *Chapayev*, con la trilogía de Gorki y con las películas sobre Pedro el Grande; «las mejores películas rusas eran proyectadas en el Kremlin». Una de sus favoritas era *Volga, Volga*, de Grigori Alexandrov^[67]. Al final de sus días, según Svetlana, las películas extranjeras que no eran distribuidas para el público se proyectaban durante los fines de semana para Stalin. El compositor Dmitri Shostakóvich recordaba así esta afición del líder de la URSS: «Stalin amaba las películas y vio *El gran vals*, sobre Johann Strauss, en numerosas ocasiones, decenas de veces [...]. A Stalin también le encantaban las películas de Tarzán; las vio todas^[68]».

Algo que no cambió con el tiempo fue que su paranoia no cesaba ni en su propia dacha. Aunque toda la comida se preparaba en su cocina, Stalin no probaba ningún alimento o bebida que no hubiese sido probado antes por otra persona para comprobar si estaba envenenado. A Stalin le encantaba la

carne y decía que los momentos en los que se encontraba más relajado era cuando empuñaba una escopeta de caza o una caña de pescar. En las cenas, repetía una y otra vez las mismas historias y sus invitados no tenían más remedio que reír las gracias del dictador como si no las hubiesen escuchado anteriormente. Lo más importante era mantenerlo ocupado para que no se sintiese solo. Stalin temía encontrarse deprimido. Las fiestas eran una de las formas en las que se entretenía. Según Kruschev: «No ha existido nunca un líder de comparable responsabilidad que haya desperdiciado tanto tiempo como Stalin en sentarse a la mesa y en comer y en beber^[69]». A pesar de todo, la política continuaba en esas cenas. Según el yugoslavo Djilas, «fue en estas cenas donde se decidió el destino de la vasta tierra rusa, de los territorios recién adquiridos y, en gran medida, de la raza humana^[70]».

Stalin disfrutaba invitando a sus colaboradores a emborracharse hasta que estaban tan ebrios que resultaban patéticos. En palabras de Kruschev: «Por algún motivo, encontraba muy divertido humillar a los demás. Recuerdo una ocasión en la que Stalin me obligó a bailar el *gopak*. Me tuve que acuclillar y mover las piernas mientras mantenía una expresión de alegría. Sin embargo, como luego le comenté a Mikoyán: “Cuando Stalin dice ‘bailad’, el hombre sabio baila”». Insistía en que sus víctimas no fuesen fusiladas hasta que se las hubiese humillado. En una de sus últimas apelaciones a Stalin, Bujarin le preguntó para qué servía su muerte. Esa pregunta le debió causar a Stalin una gran satisfacción, pues conservó la carta en su despacho hasta su fallecimiento. El yugoslavo Djilas también señalaría: «Todos los crímenes eran posibles para Stalin y no había ninguno que no hubiese cometido. No importa el raserio que utilicemos para medirle, tiene el honor de ser el mayor criminal de la historia, y, esperemos, por mucho tiempo [...]. Se trataba de uno de esos raros y terribles

dogmáticos capaces de destruir a nueve partes de la raza humana con tal de satisfacer a la décima^[71]». El estudio paralelo de Hitler y Stalin puede inducir a errores. La agresión de los nazis iba dirigida hacia «el otro», eslavos, judíos, homosexuales o comunistas. Un ciudadano alemán corriente podía, siendo indiferente al dolor ajeno, vivir sin demasiados contratiempos. Sin embargo, la agresión de Stalin se dirigía contra los suyos.

El juego del poder requería un gran esfuerzo por su parte. Vigilaba de cerca a sus colaboradores y, a menudo, se presentaba sin avisar en sus casas. No deseaba que los miembros del Politburó mantuviesen un contacto cercano, ya que eso podía generar una coalición en su contra. No permitió que se estableciesen amistades entre sus colaboradores. En su círculo más íntimo se utilizaba la palabra «amigo», pero a Stalin se le llamaba «gran amigo». Aprovechaba la pasión rusa por las fiestas donde se bebían enormes cantidades de alcohol, lo que permitía que la gente hablase más de la cuenta, y Stalin y sus espías tomaban debida nota de todo aquello que en ellas se decía.

Es posible que el sadismo de Stalin proviniese de sus propios dolores. Sus informes médicos parecen demostrar que los padecía de forma constante. Tenía los pies deformados y la viruela le dejó el rostro lleno de cicatrices. A causa de los accidentes, su brazo izquierdo estaba tan deformado que, a partir de los cincuenta años, no podía casi levantarlo. A mediados de los años veinte padecía ya de dolor ciático, mialgia crónica, artritis y atrofia muscular. Los años de Siberia le habían producido una tuberculosis que le dejó un pulmón debilitado^[72]. Sin embargo, la fascinación de Stalin por la violencia como castigo iba mucho más allá de los condicionantes familiares. Según recordaría posteriormente Kruschev, «era como si el mismo diablo tuviese atada una

cuerda a los nervios de Stalin y nadie sabía cuándo iba a tirar de la cuerda y lanzar a Stalin a uno de sus terribles ataques de furia. Tanto su temperamento como su autocontrol habían sido desarrollados hasta un nivel muy avanzado. Se trataba de una personalidad arrolladora^[73]».

A pesar del poder absoluto, Stalin no contaba con muchas prendas de vestir ni con pieles o sedas. Bazhánov afirmó: «Este político apasionado no tiene otros vicios. No ama ni el dinero ni el placer, ni el deporte ni las mujeres. Las mujeres, aparte de su propia mujer, no existen para él^[74]». Stalin compartía con Hitler un mismo gusto por la austeridad en la vida cotidiana. «Nunca duermo en una cama —le dijo a un visitante—, siempre lo hago en un sofá. ¿Qué personaje histórico tenía unos hábitos tan espartanos? —se preguntaba para responder él mismo—: Nicolás I». El dinero no pareció importarle mucho, aunque nunca se privó de nada. Su hija tenía una institutriz privada, contaba con varios criados, su dacha de Kuntsevo y todo el vino georgiano que deseara. De hecho, tenía tan pocas preocupaciones monetarias que, cuando falleció, no había tocado la mayoría de los sobres con las pagas que recibía. No poseía nada, pero tenía derecho a todo. Aunque se imponía la comparación de su figura con la de los grandes zares, a Stalin le gustaba presentarse como un comunista de base. Solía aparecer en los actos públicos con una guerrera de color apagado y de aspecto militar. La exhibición de una imagen corriente era un aspecto básico de su mística.

En la comida valoraba la sencillez; en general le bastaba con saber que no estaba envenenada. Controlaba el consumo de tabaco y de alcohol. Emborrachaba frecuentemente a sus invitados, pero él solía permanecer sobrio. No encendía su famosa pipa más que en contadas ocasiones. En realidad, es muy posible que su pipa fuese una forma de esconder la deformidad de su mano izquierda. Existía el rumor de que

Stalin había consultado con miembros del Teatro Estatal de Moscú para que le aconsejaran sobre su imagen. Le habrían recomendado que usara la pipa como accesorio y que hablara despacio. En contraste con la imagen de humildad que proyectaba, a Stalin le encantaba que lo adulasen. En 1938 rechazó la propuesta de cambiar el nombre de Moscú por el de *Stalinodar* ('el regalo de Stalin')^[75]. En realidad, se trataba de aumentar su popularidad entre los comunistas de base, pues Stalin era sumamente vanidoso. Deseaba que todos los hogares contasen con, al menos, un retrato suyo. En una ocasión se presentó en la casa de Beria y de inmediato se puso a buscar uno. Se mostró furioso al no encontrar ninguno.

En definitiva, Stalin fue una personalidad fuera de lo común, cuyos intentos de comprensión han suscitado enormes esfuerzos. No se trataba de un populista, ni de un gran orador, ni de un pensador original. Pero era, sin duda, un hombre inteligente, aunque no el «genio de la humanidad» que intentaba hacer de él la propaganda soviética. Stalin poseía una memoria prodigiosa, era meticuloso y enormemente trabajador. Se le ha comparado con sus coetáneos Hitler y Mussolini; sin embargo, los contrastes son significativos. Hitler y Mussolini habían llegado al poder como líderes carismáticos de movimientos de masas y, una vez en el poder, fueron malos administradores que se alejaron del quehacer diario de la burocracia y de la gestión de gobierno. Aunque Stalin jugó un papel activo en la Revolución de 1917 y en la Guerra Civil, se convirtió en líder gracias a la muerte de Lenin. La intriga y las maniobras dentro del Partido eran su fuerte. Una vez en el poder, llevó a cabo astutas políticas a largo plazo. Su actuación, sin embargo, estuvo siempre marcada por la desconfianza y la sospecha. Lo que sí tuvo en común no obstante Stalin con Hitler y Mussolini fue su plena identificación con los principios de su ideología.

Capítulo 4.

«Resplandecían de malicia». La lucha por el poder

Es el nuevo Gengis Kan. Nos matará a todos.

Nikolai Bujarin, 1928

LA GUERRA CIVIL RUSA

El nuevo Gabinete revolucionario de Lenin, el *Sovnarkom*, tuvo que hacer frente nada más constituirse a varios problemas acuciantes. Sus primeros decretos fueron el de la Paz y el de la Tierra, publicados en octubre de 1917. Aunque los mismos cumplían dos de las promesas de los bolcheviques, paz para el país y tierra para los campesinos, la situación militar y la crisis agraria serían los problemas más complejos a los que se tendría que enfrentar el nuevo régimen. Lo prioritario era lograr la paz con Alemania. Trotski, como comisario de Asuntos Extranjeros, estaba a cargo del equipo negociador y Stalin permanecía cerca de Lenin, en Petrogrado, mientras se desarrollaban las negociaciones en Brest-Litovsk, en la frontera ruso-polaca^[1].

La cuestión de continuar o no las hostilidades con Alemania había dividido a los socialdemócratas desde 1914. Los llamados «defensistas revolucionarios» consideraban que debían continuar la guerra contra la Alemania imperialista antes de concentrarse en el proceso revolucionario en Rusia. Los «derrotistas revolucionarios» consideraban que la conmoción que causaría una derrota crearía una situación

revolucionaria. Lenin abogaba por la transformación de la guerra internacional en una serie de guerras revolucionarias. El internacionalismo de Lenin en ese momento estaba muy lejos de la posterior política de Stalin de «socialismo en un solo país». Lenin insistía en que, con las fuerzas alemanas avanzando sin casi oposición hacia Petrogrado, era precisa una paz separada con Alemania a cualquier precio.

Finalmente se firmó la paz con Alemania, que supuso una gran pérdida de territorio y de recursos económicos y causó fuertes tensiones internas en el Partido. En la negociación de la paz, los bolcheviques se enfrentaban a una enorme contradicción. Por un lado, tenían que lograr la paz que reclamaban los soldados, los obreros y los campesinos. Por otro, como los aliados rechazaban toda idea de paz sin victoria, los bolcheviques se vieron forzados a concluir una paz separada, y, de esa manera, reforzaron el imperialismo alemán, lo que tuvo como efecto colateral el debilitar las posibilidades de una revolución socialista en Alemania. Sin embargo, los bolcheviques consideraban indispensable para el futuro del socialismo y la consolidación del régimen de los sóviets el triunfo de la revolución en Alemania.

Rusia perdía los países bálticos, Kars y Batumi y debía permitir que Ucrania alcanzase la independencia. Una de las cláusulas del Tratado de Brest-Litovsk (que los bolcheviques ocultaron) estipulaba que los soviéticos debían abstenerse de toda propaganda revolucionaria en Alemania y en Austria-Hungría. Aunque Lenin y Stalin no participaron en el día a día de las negociaciones con Alemania, Stalin apoyaba a Lenin en su pragmática política de «sacrificar espacio para ganar tiempo». El tiempo era esencial, pues, una vez finalizada la guerra, tuvo que hacer frente a la resistencia política interna y externa. Las potencias occidentales deseaban no solo que Rusia siguiese en la guerra mundial, sino que, en palabras de

Churchill, la «Revolución fuese estrangulada en la cuna». El apoyo que Stalin prestó a Lenin en lo relativo al Tratado de Brest-Litovsk, que incluso Lenin había considerado como humillante, fue apreciado por el líder bolchevique. De esa forma, antes de la época de Stalin, los confundidos dirigentes bolcheviques sacrificaban la causa de la revolución europea a la necesidad de salvar su régimen. «Hemos convertido el Partido en un montón de estiércol», gritó Bujarin al conocer la noticia^[2].

Durante los siguientes cuatro años, el país se sumió en una brutal guerra civil entre los bolcheviques (los «rojos»), las fuerzas contrarrevolucionarias (los «blancos»), bandas de guerrilleros campesinos (los «verdes»), movimientos étnicos minoritarios, señores de la guerra locales y fuerzas extranjeras. La intervención extranjera que inauguró el Tratado de Brest-Litovsk y la Guerra Civil otorgaron a los comunistas la legitimidad que les permitió transformar el régimen de los sóviets en un absolutismo cuyos rasgos se esbozaron mucho antes del ascenso al poder de Stalin.

Varios factores intervinieron en el triunfo bolchevique: controlaban los depósitos de municiones, las fuerzas de los blancos estaban disgregadas y descoordinadas, los contingentes aliados fueron retirados paulatinamente de Rusia y, en general, los bolcheviques contaban con más apoyo popular. Gran parte del mérito por la victoria se debió al creador del Ejército Rojo, Trotski, aunque la historia soviética nunca le reconoció sus esfuerzos. Ignorando las objeciones de muchos bolcheviques, reclutó a un gran número de antiguos oficiales zaristas para entrenar a los soldados. Como medida de precaución, designó a comisarios políticos, que formaron parte integral de la estructura del Ejército Rojo. Ninguna orden militar era válida si no contaba con la firma del respectivo comisario político. Desde su tren especial, Trotski desplegó

una enorme energía para organizar y dirigir al nuevo Ejército Rojo. En todo caso, para Trotski, el triunfo final del ejército bolchevique fue una victoria pírrica^[3].

Durante la guerra, Stalin participó activamente en varias misiones militares en diversos frentes. Su fuerte personalidad le ocasionó numerosos conflictos con los comandantes militares, algo inevitable en el sistema de «mando dual» introducido en el Ejército Rojo por Trotski, en el que los oficiales del Ejército eran «vigilados» por comisarios del Partido. Trotski era llamado «la dinamo del Estado militarizado soviético^[4]». Aunque Stalin no tenía ninguna preparación militar, pareció sentirse muy a gusto en el ambiente castrense y, posteriormente, adoptaría títulos militares. El momento culminante de su carrera fue la victoria como «generalísimo» sobre Alemania en 1945.

Un ejemplo de su enfrentamiento con los oficiales se produjo en 1918 en la localidad de Tsaritsin. Las experiencias de Stalin en Tsaritsin desempeñaron un papel de extraordinario significado en su vida. Había sido enviado a esa localidad para asegurar el transporte de materias primas hacia el norte que el Ejército Blanco había interrumpido. Por un capricho de la historia, veinticuatro años después, Stalin se encontraría defendiendo de nuevo aquella localidad, rebautizada como Stalingrado. Lenin le ordenó «no tener piedad» y ser «brutal»: «En ninguna circunstancia debe entregarse Tsaritsin». Stalin respondió con seguridad: «Nuestra mano no temblará^[5]». Era esencialmente una misión civil, pero Stalin insistió en asumir competencias militares absolutas, lo que le enfrentó al comandante militar y al comisario para la Guerra, Trotski. Es posible que a partir de aquel momento la relación entre ambos se deteriorase irreversiblemente. La amarga lucha personal y política entre los dos hombres tuvo en gran parte origen en la Guerra Civil rusa.

Ese período sirvió a Stalin para conocer el poder, aumentar su desprecio hacia los «expertos» y agudizar su tendencia a eliminar obstáculos y oponentes con el uso de la fuerza. Stalin declaró que estaba dispuesto a «sacrificar al 49% si con eso salvaba el 51%, es decir, salvar la Revolución^[6]». Durante su estancia en la localidad del Volga arrestó a un grupo de personas y las ubicó en una barcaza en el río. A pesar de las objeciones de Trotski por el peligro que entrañaba tal medida, Stalin se empeñó. «La muerte resuelve todos los problemas — señaló sin remordimiento—: sin hombre, no hay problema». Durante la Guerra Civil, Stalin aprendió el secreto del éxito en la política en las situaciones más arriesgadas: la coerción, la movilización, la propaganda, la fuerza militar y el terror eran los ingredientes del poder^[7].

El momento más bajo de la carrera militar de Stalin llegó durante la guerra ruso-polaca de 1920. En abril, los polacos habían invadido Ucrania y capturado Kiev, para ser posteriormente rechazados por el Ejército Rojo. A finales de julio, los ejércitos soviéticos habían alcanzado la línea que correspondía aproximadamente a la frontera de la Polonia étnica. En ese momento se produjo un fuerte debate entre los líderes soviéticos sobre la conveniencia de seguir adelante o aceptar las propuestas del ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Curzon, que solicitaba una tregua (se trataba de la famosa línea Curzon propuesta por los británicos inicialmente en 1919 y utilizada por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial como argumento para retener la zona de Polonia que conseguiría con el Pacto Germano-Soviético). Lenin, exultante y desesperado por extender la revolución socialista al corazón de Europa, ignoró las advertencias de Trotski y de otros líderes bolcheviques y en julio exhortó a sus tropas, dirigidas por el antiguo oficial zarista Mijaíl Tujachevski, a avanzar hasta Varsovia: «¡Hacia el oeste! ¡Sobre

el cadáver de Polonia se encuentra el camino a la revolución mundial!»^[8].

Stalin había advertido ya en mayo que la ofensiva polaca sobre Ucrania estaba condenada al fracaso. Rechazaba el convencimiento de Lenin de que el proletariado polaco se levantaría en armas para luchar por el comunismo: «La retaguardia de los ejércitos polacos es monolítica y está unida nacionalmente [...]. El sentimiento que impera es el de la madre patria. De ahí la firme unidad del Ejército polaco». A finales de julio, cuando los líderes militares soviéticos se hallaban eufóricos ante la perspectiva de victorias militares, Stalin increpó a los que querían marchar sobre la capital polaca y que, según él, solo estarían satisfechos con una «Varsovia roja»^[9].

Stalin, que a finales de mayo había sido nombrado comisario político del frente del sudoeste, se negó a cumplir las órdenes que le había asignado el alto mando de asistir al avance (en un principio victorioso) de Tujachevski hacia la capital polaca y optó por un ataque a la localidad de Lvov. Se trataba de una preferencia personal, pues la caída de Lvov no solo beneficiaría a la causa soviética sino que le proporcionaría el honor de ser el conquistador de la ciudad. Mientras tanto, en la capital polaca, miles de voluntarios acudieron a defender a la madre patria polaca. Los gobiernos occidentales desplazaron a algunos generales, pero no enviaron tropas. A mediados de agosto, las tropas del Ejército Rojo habían alcanzado el recodo del río Vístula cerca de Thorn, a tan solo cinco días de marcha de Berlín.

El resultado de la subsiguiente batalla fue catastrófico para el Ejército Rojo. Fue derrotado a las puertas de Varsovia («el milagro del Vístula», como lo denominaron los polacos) y tuvo que realizar una retirada caótica. Los soldados polacos del mariscal Pilsudski destruyeron seis ejércitos soviéticos. La

campana de 1920 no fue un choque fronterizo menor. Se trató de una vasta guerra de movimiento que inspiró a un joven asesor de la misión militar en Varsovia, el coronel Charles de Gaulle, para formular posteriormente sus innovadoras ideas sobre la guerra moderna^[10].

En marzo de 1921 se firmó un tratado en Riga que otorgaba a Polonia una parte de Ucrania occidental y empujaba la frontera soviética ciento sesenta kilómetros hacia el este. El significado amplio de la victoria polaca no ha sido siempre valorado en su justa medida. El embajador británico en Berlín, que había presenciado parte de la batalla, la describió en términos grandilocuentes: «Si Carlos Martel no hubiese detenido a los sarracenos en su conquista de Tours, hoy se enseñaría el Corán en las escuelas de Oxford [...]. Si Pilsudski y Weygand no hubiesen detenido el avance triunfal del Ejército soviético en la batalla de Varsovia, no solo la cristiandad hubiese experimentado un serio revés, sino que la misma existencia de la civilización occidental hubiese estado en serio peligro^[11]».

Aunque las consecuencias no hubiesen sido tan dramáticas, resulta interesante especular sobre cuáles habrían sido si los soviéticos hubieran conseguido dominar Polonia y se hubiera producido el contacto físico entre la Revolución rusa y las fuerzas marxistas de Alemania. La derrota puso fin a los sueños de Lenin de convertir la Revolución que él había dirigido en Rusia en 1917 en una lucha revolucionaria a través de toda Europa. Los líderes soviéticos nunca se olvidaron de la guerra con Polonia. Veinte años después, parte del país sería ocupado en una orgía de brutales represalias.

La derrota, por supuesto, no se debió exclusivamente a la insubordinación de Stalin, pero se ganó una mala reputación y comenzó a anidar en él un gran resentimiento contra Tujachevski que acabaría años después con la vida del exoficial

zarista. Aunque Stalin adquirió una valiosa experiencia militar en la Guerra Civil, no emergió de ella con una reputación de gran militar. No fue uno de los principales organizadores del Ejército Rojo, ni mostró cualidades de mando militar. Sin embargo, y a pesar de sus fallos evidentes, surgió como un líder fuerte con una gran habilidad para dominar situaciones complejas y emprender acciones.

La debacle sufrida en Polonia llevó a concentrar los esfuerzos en las dificultades internas del país. Al finalizar la Guerra Civil, este se encontraba en una situación límite. El conflicto había costado la vida de entre cuatrocientas mil y ochocientas mil personas. La situación económica y social era catastrófica, entre otros motivos porque hasta 1920 los bolcheviques no pudieron contar con la zona vital de carbón de la cuenca del Donets, ni con el hierro de los Urales y Ucrania o el petróleo de Bakú. El índice de producción industrial descendió del nivel 100 en 1913 al 18 en 1920. El rublo se hundió. Además, desde el otoño de 1920, una devastadora sequía se extendió implacable por las regiones del Volga. La situación llegó a tal punto que en 1921 el Gobierno tuvo que reconocer que el hambre y la desnutrición habían creado una situación límite que podía afectar a veinticinco millones de personas. La Guerra Civil rusa tuvo un impacto embrutecedor y duradero en la evolución de la sociedad soviética, en el Estado y la política. Fue, en muchos sentidos, un momento crucial para el estalinismo.

LAS BASES DEL PODER DE STALIN

Se ha afirmado que el «estalinismo» no existía antes de la década de 1920 e incluso que Stalin «no era un “estalinista” en la década precedente^[12]». En un principio, Stalin destacó como

un gran conocedor de las minorías en Rusia, lo que, unido a su condición de georgiano, le sirvió para ser nombrado comisario para las nacionalidades. Bajo su dirección, el Comisariado adoptó una política de centralización estricta para evitar la defección de los estados y conseguir el control sobre aquellos que, como Ucrania, estaban cerca de conseguir una autonomía. Finlandia, Polonia y los estados Bálticos habían obtenido la independencia. Los demás estados fueron incluidos en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), formada en 1922.

Durante la trágica Guerra Civil rusa, Stalin se convirtió en el brutal organizador de la región del Cáucaso. Aparte de la antipatía que sentía por Trotski (la cual era mutua), el nombramiento de Stalin como comisario tuvo como consecuencia que surgiesen fuertes tensiones entre ambos, dado que Trotski ostentaba el cargo de comisario para la Guerra. A Trotski le desagradó Stalin desde el primer momento en que lo conoció: «Estaba yo sentado a la mesa cuando se abrió la puerta de repente, sin llamada previa, y un desconocido apareció en el umbral. Era rechoncho, de piel morena y con cicatrices de viruela [...]. No vi nada en sus ojos que recordara la amabilidad [...] resplandecían de malicia^[13]». En teoría, se trataba de disputas sobre la estrategia y la táctica que se debían seguir en el conflicto, pero en realidad era una verdadera lucha de voluntades para imponerse en el Partido una vez que Lenin hubiese abandonado la escena política.

Aunque no se puede poner en tela de juicio la lealtad de Stalin a Lenin, también existieron roces entre ambos. Cuando finalizó la Guerra Civil, Stalin había sido demasiado duro con los representantes de Georgia, algo que Lenin quería evitar, ya que deseaba ganarse a las minorías para el nuevo Estado. El progreso político de Stalin había dependido hasta ese momento del apoyo de Lenin. Cuando este desapareció en el

período 1922-1923, Stalin se enfrentó a la mayor crisis de su carrera. El acontecimiento inesperado que cambió la situación fue el derrame cerebral que sufrió Lenin en 1922. Tan solo tenía cincuenta y dos años y se recuperó lo suficiente como para volver a la política durante unos meses en la segunda mitad de 1922. Sin embargo, la cuestión de la sucesión se abrió inmediatamente. La autoridad de Lenin se encontraba afectada y comenzó a ver a Stalin y a otros colegas de forma muy diferente: Stalin como mano derecha a la que podía controlar era una cosa; Stalin como sucesor era otra muy diferente.

En una ocasión, la mujer de Lenin, Nadezhda Krúpskaya, había discutido personalmente con Stalin sobre la situación en Georgia. Este, que no se caracterizó nunca por su sensibilidad hacia las opiniones de los demás, le dijo que se mantuviese alejada de las cuestiones estatales y llegó a llamarla «puta sifilítica». Lenin le advirtió a Stalin que, si no se disculpaba, romperían relaciones: «Ha tenido el descaro de hablar con mi esposa por teléfono e insultarla. Incluso aunque ella haya tenido con usted la deferencia de olvidar lo que le dijo, este hecho ha llegado a Zinóviev y Kámenev por mediación de ella. No pienso olvidar tan fácilmente lo que se ha hecho contra mí, y no hace falta aclarar que considero que lo que se haga contra mi esposa también se hace contra mí. Por lo tanto, le pido que considere si está de acuerdo en retractarse de lo que dijo y pedir disculpas o bien prefiere cortar nuestra relación». Stalin le contestó admitiendo haber gritado a su mujer, pero consideraba que lo había hecho cumpliendo con el deber que le había asignado el Politburó: «Aun así, si usted considera que la continuidad de “nuestras relaciones” requiere que yo me “retracte” de las palabras antes mencionadas, puedo retractarme, aunque, sin embargo, me niego a entender cuál es el problema, en qué consiste mi “culpa” y qué se requiere de mí en concreto^[14]».

El mismo día que se informó a Lenin del altercado, este redactó un memorando (conocido posteriormente como su «testamento» político). Era un escrito ambiguo y de difícil interpretación. Lenin era consciente de que las rivalidades entre grupos y personalidades amenazaban seriamente la unidad del Partido. En el memorando realizaba un análisis detallado de la situación rusa, insistiendo más en la necesidad de solidaridad entre campesinos y obreros que en los problemas suscitados por las rivalidades individuales en la cúspide del sistema. Sobre ese punto analizaba a seis personalidades destacadas que estaban en situación de sucederle y emitía juicios precisos, evitando, en la medida de lo posible, tomar partido por alguno de ellos. No deseaba que una de esas personalidades pudiese valerse de su juicio para reivindicar la legitimidad una vez que él hubiese desaparecido.

La manera en la que presentaba a los personajes, de dos en dos, era una sutil mezcla de elogios y críticas, prueba de su voluntad de que fuera el Comité Central el que eligiese. Los dos primeros que examinó fueron Bujarin y Piatakov: «En lo que respecta a los miembros jóvenes del Comité Central, quiero decir unas palabras sobre Bujarin y Piatakov. Son, en mi opinión, los hombres más sobresalientes (entre los más jóvenes) y en relación con ellos no habrá que perder de vista lo siguiente: Bujarin no es solo el teórico más valioso y destacado del Partido, sino que, además, es considerado, merecidamente, el preferido del mismo. Sin embargo, sus conceptos teóricos solo pueden considerarse, desde todos los puntos de vista, marxistas con la mayor reserva, porque hay en él algo de escolástico, no ha estudiado nunca y pienso que jamás ha entendido del todo la dialéctica». A Piatakov lo consideraba un administrador competente, aunque demasiado administrativo. Sobre Zinóviev y Kámenev, Lenin no olvidaba que habían sido hostiles a su decisión de comprometerse con la Revolución de

Octubre^[15].

Finalmente, Lenin comparaba a los dos hombres cuya rivalidad más temía: Trotski y Stalin. Reconocía sus grandes cualidades, que les habían hecho merecedores de ocupar un lugar central en Rusia. Esta fue la principal crítica a Stalin: «El camarada Stalin, desde que se convirtió en secretario general del Partido en 1922, ha concentrado un poder sin límites en sus manos, y no estoy convencido de que sepa usar ese poder con suficiente prudencia». Sobre Trotski, Lenin señalaba que sus «capacidades excepcionales» lo hacían «el hombre más capaz» del Comité Central. Sin embargo, también resaltaba que había llegado al poder por vías torcidas: «Tiene una gran confianza en sí mismo [y] una propensión algo excesiva a considerar cínicamente el lado puramente administrativo de las cosas^[16]». Lenin no deseaba que se tuviera en cuenta que Trotski se había unido muy tarde a los bolcheviques: «No debe invocarse contra él», afirmaba. Sin embargo, al recordarlo, situaba en el mismo plano a Trotski y a Stalin y debilitaba la situación del primero.

Con ese balance entre críticas y elogios resultaba imposible saber cuál era el elegido de Lenin. Sin embargo, el 4 de enero de 1923 añadía a su carta al Congreso una nota que eliminó cualquier equívoco sobre sus sentimientos hacia Stalin: «Stalin es demasiado grosero, y este defecto, soportable en nuestras relaciones entre comunistas, se vuelve intolerable en la función de secretario general. Por eso propongo a los camaradas que busquen el medio de desplazar a Stalin de ese puesto y nombren en su lugar a un hombre que sea superior a él en todo, que sea más paciente, más legal, más cortés y que tenga más consideración hacia sus camaradas, menos caprichoso^[17]».

Conviene evaluar ese párrafo de Lenin, debido a la enorme importancia que se le ha otorgado. No se trataba de una ruptura personal, sino de la constatación de que el puesto de

secretario general confería a Stalin medios «ilimitados para ejercer un poder detestable». Lenin comprendió que la persona a la que había promovido al cargo de secretario general utilizaba dicho puesto para adjudicarse un poder creciente que aprovechaba mal. No insistía en que Stalin fuese expulsado, tan solo lo sugería. Lenin tampoco exigía que fuese cesado de sus otros puestos en el Partido, tan solo como secretario general. Nunca sugirió que se le destituyera de la cúpula, mucho menos del Partido. Resulta interesante destacar que la palabra que utiliza Lenin, *grub*, que significa al mismo tiempo «grosería» y «brutalidad», provenía de un hombre que, aunque educado, nunca había vacilado en abrumar a sus enemigos con insultos.

A pesar de estas precisiones, las palabras de Lenin suponían una condena abierta que, en otras circunstancias, hubiese supuesto la muerte política para Stalin. Lenin luchó hasta el último momento para evitar que el poder recayese en Stalin, aunque tampoco citaba a un claro sucesor alternativo. Los deseos de Lenin de buscar personalmente a otro candidato no se pudieron llevar a cabo. En el último año de su vida, ya estaba demasiado enfermo como para enfrentarse a un astuto Stalin en la cima de sus ambiciones personales. Lenin se dio cuenta demasiado tarde de que la debilidad principal de sus herederos potenciales (salvo Stalin) era su desconocimiento del centro real del poder. De ahí su sugerencia tan precisa de alejar a Stalin del cargo de secretario general. Es posible que el final de Lenin y su último combate contra Stalin le hubieran servido para descubrir la preocupación por los hombres concretos (la dimensión humana de la historia) y no por hombres abstractos (proletarios, burgueses)^[18].

Cuando falleció, en enero de 1924, Lenin no había sido capaz de apartar a Stalin de la lucha por la sucesión y su testamento no se había hecho público. A la muerte de Lenin le siguió un período de incertidumbre. Con cuarenta y cinco

años y una gran energía, diversos golpes de suerte ayudaron a Stalin a allanar el camino para convertirse en el líder supremo de la URSS, aunque nunca quiso reconocer el papel de la fortuna en su carrera. Cuando el periodista Walter Duranty le preguntó cuánto debía su carrera a la buena suerte, Stalin dio un puñetazo en la mesa: «¿Quién se ha creído que soy, una abuelita georgiana que cree en dioses y diablos? Soy un bolchevique y no creo en ninguna de esas tonterías. [...] Solo creo en una cosa: en el poder de la voluntad humana^[19]». Sus cualidades personales de perseverancia y voluntad le fueron de enorme utilidad en aquellos momentos de incertidumbre. Stalin comprendió que para llegar a controlar la URSS necesitaba construir una base sólida de poder sobre tres elementos: sus camaradas del Politburó y el Comité Central, los secretarios provinciales del Partido y, en menor medida, los miembros de base de este.

La organización política de la URSS se basaba en dos órganos: el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Secretariado. Ambos estaban controlados por el Partido Bolchevique. Por ello era indispensable formar parte del Partido para alcanzar un puesto de relevancia en el Gobierno. Con el crecimiento progresivo del Partido, algunos puestos de escasa relevancia otorgaron diversos niveles de poder a aquellos que los encabezaban. No era algo que se hubiera buscado, pero era el resultado lógico del nuevo sistema bolchevique de poder. Era el caso de Stalin, quien había ostentado diversos cargos muy significativos, como comisario del pueblo para las Nacionalidades, puesto en el cual había estado encargado del nombramiento de funcionarios en las diversas repúblicas y regiones de la URSS. En 1919 había sido nombrado enlace entre el Politburó y el Orgburó, puesto en el cual podía controlar de cerca la política del Partido y su personal. Desde el mismo, se decidía quiénes llevaban a cabo

las resoluciones del Politburó y de qué modo.

En abril de 1922 fue elegido secretario general del Partido. Como tal, dirigía la política de este y eso le permitió crear un fichero con todos sus miembros. Prácticamente nada sucedía sin que Stalin tuviese conocimiento de ello. Lo más importante era que él tenía el poder de nombrar cargos para puestos oficiales y de gobierno, lo que en la práctica se tradujo en nombrar a gente de su confianza para hacerse con una sólida base de poder. Ningún otro candidato podía oponerse a Stalin y a su dominio absoluto de los hilos del poder. Por muy grandes que fueran sus habilidades, Stalin siempre podía ganarles por votos o por maniobras políticas.

Por otro lado, hasta 1925 el Partido había aumentado enormemente sus miembros, en particular entre los proletarios menos preparados. Esto fue conocido como el «reclutamiento o promoción de Lenin». Los nuevos miembros deseaban conservar a cualquier precio los privilegios que conllevaba ser miembro del Partido, por lo que mantenían una férrea fidelidad hacia aquellos que les habían nombrado. Este reclutamiento lo realizó el Secretariado, el cual dependía de Stalin como secretario general. La consecuencia directa de esta medida fue que la base de apoyo a Stalin aumentó y se consolidó. Otro elemento de gran ayuda para Stalin fue la condena que Lenin hiciera del «faccionalismo», que acallaba las críticas al Partido. De esa manera, resultaba muy complicado poder establecer una oposición efectiva dentro del mismo. Cualquier intento de crítica a su política era considerado por Stalin como faccionalismo. La ansiedad por evitar ser acusado de faccionalismo estaba relacionada con la segunda característica de las políticas comunistas que Stalin tenía que dominar si quería controlar el Partido y el país.

Para ser un partido que consideraba la unidad, teórica y práctica, como un valor absoluto, el Partido Comunista era

sorprendentemente polémico y lo había sido desde que el marxismo apareció en Rusia a finales del siglo XIX. Marx había aportado supuestamente las leyes inmutables del desarrollo social; sin embargo, existían discusiones enormes sobre su interpretación y su aplicación. Dado que no había espacio para el desacuerdo, las diferencias de opinión se convertían en un error que era preciso exterminar. Como señaló el estalinista Lázár Kaganóvich en 1929, «la traición en política siempre comienza con la revisión de la teoría^[20]». Pero nadie sabía a ciencia cierta qué era el leninismo pues el mismo Lenin se había abstenido siempre de definirlo y había afirmado que el marxismo debía ajustarse permanentemente a las circunstancias. Sin embargo, sus ambiciosos sucesores necesitaban explicar qué ideología propugnaban en su nombre. Durante 1924 los principales rivales escribieron discursos y artículos con ese propósito, cuyo resultado fue la irrupción de un extraño neologismo: «marxismo-leninismo». Para R. Service, dicho término se asemejaba al hipotético caso de que «Mahoma hubiera decidido denominar a sus doctrinas “cristianismo-islamismo”^[21]».

En realidad, las diferencias con la obra de Lenin solo afectaban a temas secundarios. Trotski deseaba aumentar el grado de planificación estatal, acelerar el proceso de industrialización y exportar la Revolución. Zinóviev exigía medidas más duras para los campesinos adinerados. Kámenev deseaba moderar los excesos autoritarios del régimen. Por su parte, Bujarin deseaba la creación de una cultura «proletaria» singular, al contrario que Lenin, que aspiraba a que la política cultural se centrara en metas tradicionales como la alfabetización.

Esta lucha teórica suponía un auténtico desafío para Stalin. En una ocasión, el director del Instituto Marx-Engels, David Riazanov, interrumpió sin ambages a Stalin: «Detente, Koba,

no quedas en ridículo. Todo el mundo sabe que la teoría no es tu campo^[22]». Para ganar la sucesión al poder, Stalin tenía que legitimarse en el papel supremo, adquiriendo una autoridad política especial para los bolcheviques. Tenía que probarse en el papel de Lenin como portavoz ideológico del Partido y como pensador marxista. La forma en la que Stalin encaró el desafío fue muy astuta: aunque, como todos los bolcheviques, citaba frecuentemente a Marx y a Engels, Stalin no pretendió ser un teórico marxista ni intentó realizar una contribución original a la teoría marxista, algo que Bujarin ya había demostrado ser capaz de hacer, sino que se concentró en dominar los escritos y discursos de Lenin hasta hacerlos suyos. Stalin utilizó hábilmente el «legado de Lenin», la veneración a su persona, para sus fines personales. A partir del fallecimiento de Lenin, Stalin podía asumir que llevaba a cabo la fundamental tarea de aquel, lo que le otorgaba un poder formidable y hacía muy difícil la formación de una oposición sólida contra él.

Stalin persiguió desde el primer momento ser reconocido como el intérprete del pensamiento de Lenin. Comenzó con una serie de conferencias sobre el Partido que dio en la universidad en Moscú tan solo dos meses después del fallecimiento de Lenin. Las mismas fueron publicadas en el diario *Pravda* y se editaron en una obra titulada *Problemas del leninismo*. El libro de Stalin, actualizado y revisado, llegó a vender diecisiete millones de copias y fue considerado el texto básico de lectura obligada de los ciudadanos soviéticos^[23]. La obra ofrecía una visión general del pensamiento de Stalin y estaba repleta de citas de Lenin.

Los otros aspirantes al liderazgo, Trotski, Zinóviev, Kámenev y Bujarin, también escribieron obras sobre el leninismo. Cada uno de ellos se erigía en sucesor, invocando la autoridad de Lenin, defendiendo que habían diseñado una

estrategia leninista coherente. Trotski hacía alarde de su superioridad: cuando se aburría en el Politburó, sacaba una novela y se ponía a leer frente a todo el mundo. Su arrogancia era detestada por todos. Sin embargo, todos compartían su desprecio por el supuestamente ignorante e inculto Stalin. No llegaron a captar que *Problemas del leninismo* era una obra completa y bien estructurada, donde las ideas se presentaban y se explicaban desde varias perspectivas y cada punto esencial de la obra de Lenin era analizado por Stalin. Era un modelo de claridad pedagógica.

Stalin conocía sus propias debilidades. Sabía poco alemán, menos inglés y nada de francés. Sabía que no era un buen orador, por lo cual trabajó en profundidad sus discursos. También sabía que su marxismo carecía de competencia epistemológica, lo que le llevó a solicitar a Jan Sten que le diera clases particulares sobre los preceptos y métodos básicos de la filosofía marxista contemporánea. La suerte también favoreció a Stalin, ya que, de no haber fallecido Lenin, este probablemente le habría cesado. Otros fallecimientos clave para Stalin fueron el de Yákov Sverdlov, que en 1919 se habría convertido en el candidato ideal para el puesto de secretario general, y el de Dzerzhinski, jefe de la Checa (rebautizada OGPU en 1922). Este último había estado a cargo también de la VSNKH (*Vesenkha*, o Consejo Supremo de la Economía Nacional), organización económica fundamental. Su fallecimiento le permitió a Stalin situar a Kuibyshev al frente de esta institución, algo esencial, pues era un aliado en su objetivo de industrialización forzosa. La carrera hacia el dominio absoluto del poder parecía ya imparable.

Se han identificado tres bases fundamentales de poder del secretario general. En primer lugar, Stalin tenía una influencia significativa en el envío de información al Politburó, la preparación de su agenda y el curso de sus actividades, un

poder vital si se tiene en cuenta la posición del Politburó como centro de decisiones. En segundo lugar, el secretariado personal de Stalin extendía sus tentáculos a todas las áreas de la vida soviética y estableció relaciones muy cercanas con el Departamento Secreto del Secretariado del Comité Central, órgano poderoso que, al parecer, llevaba a cabo la preparación del grueso del trabajo para el Politburó, el Orgburó y el Secretariado. Finalmente, Stalin tenía acceso al proceso de nombramiento. Como miembro único y permanente del Politburó, el Orgburó y el Secretariado, estaba estratégicamente situado para controlar los temas de personal. Con esas ventajas la «mayoría del Partido», es decir, la «mayoría de Stalin», votaba para acabar sucesivamente con los rivales «minoritarios» como Trotski, Zinóviev, Kámenev y Bujarin, un proceso que era «el surgimiento del monolitismo» en los congresos del Partido^[24].

En resumen, se pueden vislumbrar cuatro fases en la toma del poder por Stalin. La primera comenzó en 1923, cuando Lenin todavía vivía, aunque estaba ya muy enfermo, y concluyó en 1925. En este período, el «triumvirato» Zinóviev-Kámenev-Stalin se enfrentó a Trotski. En la segunda, Stalin y Bujarin se enfrentaron a Zinóviev y Kámenev hasta 1926. En la tercera, Stalin se enfrentó a la «oposición unida» de Zinóviev, Kámenev y Trotski en 1926-1927. La última pugna enfrentó a Stalin con Bujarin, Rikov y Tomsky. En los años que siguieron a la muerte de Lenin, Stalin jugó a esperar, dejando que los demás moviesen primero, para posteriormente explotar sus errores. Incluso cuando la división entre los diversos grupos era abierta, hasta 1927 no procedió a expulsar a Trotski y a Zinóviev del Partido. En la última fase, cuando había destruido ya a la oposición de la izquierda y se volvió contra Bujarin y la derecha, se cuidó de mantener la lucha confinada al círculo más íntimo, hasta que, transcurrido un año, pudo estar seguro

de que había conseguido aislar a Bujarin y solo entonces se volvió contra él en público. La determinación de Stalin era enorme, tanto como lo fueron durante ese período su paciencia y su cautela.

En definitiva, tras el fallecimiento de Lenin, tres grupos pugnarón por el poder en la URSS. Kámenev y Zinóiev, que formaban «la izquierda comprometida»; Bujarin y Rikov, «la derecha flexible», y Trotski, el «adaliid de la militancia». Para cada uno de los tres grupos, Stalin y sus acólitos constituían el «centro», espacio político que era preciso captar para derrotar a los otros dos. Kámenev y Zinóiev, convencidos de ser los herederos ideológicos de Lenin, se habían acercado a Stalin con la intención de desbancar a Trotski. Cuando este pasó a un segundo plano, Bujarin, Rikov y los demás socialdemócratas apoyaron a Stalin para desbancar a Kámenev y a Zinóiev. Bujarin advirtió proféticamente: «Stalin nos estrangulará. Es un intrigante sin principios que subordina todo a su codicia de poder^[25]».

Es preciso descartar la idea de que el ascenso de Stalin al poder se debió únicamente a sus poderes de manipulador burocrático, un típico *apparátchik* que controlaba el aparato del Partido. Sin duda, era un maestro en esas prácticas, pero también era mucho más: desplegó un gran conocimiento en diversos asuntos de política interior y exterior de la URSS y logró proyectar una imagen de líder efectivo, llevando a cabo la política que deseaba Lenin al tiempo que aparentaba trabajar en un marco colectivo. La originalidad de Stalin se basó en saber trasladar su capacidad organizativa para consolidar una forma personal de poder muy difícil de desafiar.

EL ENFRENTAMIENTO TROTSKI-STALIN

Cuando Lenin falleció, el Politburó proclamó públicamente su intención de continuar como órgano colectivo. Sin embargo, se había desatado una dura lucha en el Partido por el poder personal. Lo primero que hizo Stalin fue apropiarse del legado de Lenin. Antes de que falleciese, Stalin había sugerido que el cadáver de Lenin fuese embalsamado tras su muerte, a pesar de que Lenin había expresado su voluntad de ser enterrado en San Petersburgo. Trotski cometió el primer error al ridiculizar la propuesta de embalsamarlo considerándola «un insulto a su memoria^[26]».

Dzerzhinski, aliado de Stalin, fue finalmente el encargado de la supervisión de la preservación del cadáver de Lenin. Stalin aprovechó hábilmente la ocasión de ser el que pronunciase el discurso en el entierro de Lenin. En el mismo realizó una serie de juramentos que terminaban con las palabras: «Al partir, el camarada Lenin nos dejó un legado de fidelidad a los principios de la Internacional Comunista. Le juramos, camarada Lenin, que no escatimaremos nuestras propias vidas para fortalecer y expandir la unión del pueblo trabajador de todo el mundo: ¡La Internacional Comunista!»^[27]. Como resultado de ello, aparecía frente a la opinión pública como el abnegado continuador de la labor de Lenin. Todo el mundo esperaba una reacción de Trotski, el principal rival de Stalin en la lucha por la sucesión. Sin embargo, y ante la sorpresa general, Trotski ni siquiera acudió al entierro de Lenin, cuando incluso se le había invitado a que pronunciara el discurso.

Posteriormente, Trotski señalaría que Stalin le había mentido sobre la fecha del entierro, aunque se ha demostrado que es falso. Trotski continuó con sus planes de viajar durante esas fechas y se encontraba de vacaciones el día del funeral. Fue un trágico error, ya que aquella no era la imagen de un devoto leninista. Su comportamiento es aún más sorprendente si se

tiene en cuenta que en 1924 había previsto que Stalin se convertiría en un «dictador». Su inactividad resultaba realmente anómala y era parte del carácter contradictorio de Trotski. Es probable que uno de los motivos que influyeron en su falta de actividad fuera el hecho de ser judío en un país que se caracterizaba por su antisemitismo. A pesar de su brillantez intelectual, su falta de decisión en momentos clave y su falta de criterio lo convertían, sin duda, en su propio enemigo. Con el apoyo de Lenin, que desconfiaba de Stalin, tenía que haber actuado con firmeza para hacerse con el poder, algo que inexplicablemente no hizo. No llevó a cabo ningún intento de «organizar a sus amigos ni de dividir a sus enemigos^[28]».

Aunque seguramente le hubiese horrorizado, Lenin, el ateo y materialista, había sido deificado. A pesar de las objeciones de su mujer, su cuerpo fue embalsamado y ubicado en un impresionante mausoleo en la plaza Roja. Stalin se encargó de mostrar que tal medida correspondía a la voluntad de los trabajadores, aunque es muy posible que se tratase de explotar la creencia tradicional de la Iglesia ortodoxa rusa, que sostenía que los verdaderos santos no se corrompen. En Occidente se pensaba que la figura del mausoleo era tan solo un muñeco de cera. Sin embargo, el cuerpo se mantenía intacto debido a la enorme cantidad de químicos que se utilizaron para su conservación, investigados por una «Comisión de Inmortalización». La vida de los embalsamadores dependía del mantenimiento en óptimas condiciones del cadáver. El mausoleo de Lenin fue menos importante como tumba que como plataforma para Stalin: desde arriba, presidiría innumerables desfiles militares en el vasto anfiteatro de la plaza Roja.

Tras la muerte de Lenin, Stalin tendió puentes para salvar su relación con la viuda del líder fallecido. Krúpskaya se erigió como la principal estudiosa de Lenin y, de este modo, Stalin y

Krúpskaya se presentaban como el sacerdote y la sacerdotisa supremos del culto a Lenin. El culto a Lenin adquirió las formas más extrañas. Se fundó el Instituto del Cerebro, en el que se diseccionó su masa cerebral en treinta mil segmentos para investigar el origen de su «genialidad». Lenin, el ateo, humanista y materialista, se habría revuelto en su tumba (si le hubiesen concedido la dignidad de tener una). Las obras más destacadas de Lenin fueron publicadas bajo la dirección de Kámenev con el título de «Colección Lenin», y como homenaje permanente, Petrogrado pasó a llamarse Leningrado. Una característica de muchos edificios gubernamentales fue la existencia de «rincones de Lenin», que contaban con una fotografía de Lenin y alguna frase suya. Stalin aprovechó su dominio de los recursos estatales para hacer pública una carta escrita por Trotski en 1913 que había sido descubierta en los archivos de la Policía. En ella, Trotski despreciaba a Lenin: «En la actualidad, todo el edificio del leninismo está construido sobre la mentira y la falsificación^[29]». El pueblo ya tenía a un dios inmortal (Lenin), ahora Stalin les daría también un zar.

A pesar de todas sus bazas, Stalin sabía bien que, de hacerse público el testamento político de Lenin, sus oportunidades de lograr el poder absoluto disminuirían de forma considerable. Sin embargo, como en él también se criticaba a otros miembros como Trotski o Zinóviev, estos estaban interesados asimismo en que el contenido del testamento continuara oculto^[30]. Este hecho tuvo una gran relevancia, ya que varios miembros estuvieron decididos a archivar el documento que pudo haber servido para oponerse a Stalin. Este aprovechó también la situación para realizar una narración de la Revolución de Octubre en la que minusvaloraba el papel de Trotski y destacaba el suyo como uno de los principales protagonistas^[31].

El mismo carácter de Trotski, extrovertido y brillante, le supuso en la práctica una oposición por parte de destacados miembros del Partido que consideraban en ese momento que Stalin era más discreto y metódico. Trotski nunca consiguió una gran base de poder en el Partido, algo agravado por el hecho de que, hasta 1917, había pertenecido a la rama menchevique. Esto le hacía aparecer como un oportunista a ojos de la vieja guardia bolchevique. Hacia finales de 1924, Stalin pronunció un discurso con un título cuidadosamente elegido («Trotskismo o leninismo») en el que acusaba a Trotski de fundar un centro para los «elementos no proletarios» del Partido cuyo objetivo era destruir la revolución proletaria. Stalin anunció también que ninguna otra localidad, fábrica o granja colectiva llevaría el nombre de Trotski. Parecía un elemento menor, pero en realidad, hacía que la figura de Trotski apareciese mucho más lejana al pueblo.

Debido a la creencia determinista de los revolucionarios de que los ciclos revolucionarios se repetían, se planteó la amenaza del surgimiento de un «bonapartismo», es decir, el surgimiento de un dictador. Por ello, Trotski era temido, lo que allanó el camino de Stalin. Durante su exilio, Trotski intentó redefinir las lecciones de la historia, asociando a Stalin con la reacción termidoriana y la deriva bonapartista, pero para entonces el daño ya estaba hecho. Las lecciones de la historia difieren de acuerdo con el poder de aquellos que la interpretan. Los bolcheviques, intentando evitar repetir un error, cometieron otro más grave. La temida figura bonapartista se identificaba, para la mayoría de los miembros del Partido, con Trotski, no con Stalin^[32].

La percepción que los principales bolcheviques tenían entonces de Stalin era la de un hombre «prudente». Se le consideraba «gris» y Trotski le despreciaba: «La mediocridad más sobresaliente de nuestro partido [...]. Su horizonte

político es estrechísimo [...]. Su nivel teórico es primitivo^[33]». Uno de sus primeros apodos reflejaba la imagen de burócrata que se tenía de él: «camarada archivo» (*tovarich kartotekov*)^[34]. Desde luego, carecía de la brillantez intelectual de Trotski. Sin embargo, curiosamente, estas supuestas desventajas trabajaron a favor de Stalin. Era considerado más seguro que Trotski, que estaba influenciado por sus contactos con Europa Occidental. Asimismo, aquellos que pensaban que el terror había llegado a su fin, se mostraban satisfechos cuando Stalin condenó a Trotski por hacer uso del mismo. En aquel momento no podían adivinar cuán equivocados estaban. Trotski fue acusado en una resolución del Partido de 1925 de «falsear el comunismo con el espíritu de aproximarse a la corriente “europea” del pseudomarxismo». «La tarea del Partido — afirmó Stalin— es enterrar al trotskismo como ideología^[35]». Por otro lado, Trotski se había ganado una reputación de no ser un gran trabajador, algo muy negativo en alguien que deseaba convertirse en el líder supremo.

Stalin no era un gran intelectual, pero tal vez por ello no se veía asaltado por las dudas de los que sí lo eran. Si anteriormente el líder había tenido que ser sobre todo un agitador para movilizar a las masas, en aquel momento era preciso un técnico del poder. Era un conspirador de primer nivel que manipulaba a sus enemigos reales y potenciales los unos contra los otros. Según su colaborador, Boris Bazhánov, este era su comportamiento habitual: «En las reuniones, Stalin nunca participaba en un debate hasta después de que este terminase. Luego, cuando todos habían hablado, se levantaba y decía con pocas palabras lo que era en realidad la opinión de la mayoría^[36]». Pero no conviene reducir a Stalin a un mero conspirador o un manipulador burocrático. Stalin era, sin duda, un consumado político, pero era también mucho más que eso: expuso políticas persuasivas y tenía ideas profundas

sobre los grandes asuntos, tanto de política interna como externa. Stalin fue capaz de convencer al Partido de que era el único que personificaba la tradición del Partido de liderazgo colectivo contrario a los «viejos jefes», obsesionados por venganzas personales.

El lanzamiento de la Nueva Política Económica (NEP) fue también un duro golpe para Trotski. La NEP había sido introducida para reemplazar la dura política de control estatal conocida como «comunismo de guerra». La NEP suponía un período de coexistencia con la economía campesina, el mercado libre en los productos agrícolas y la tolerancia hacia la pequeña industria privada. Esto suponía poner el énfasis en la agricultura y animar a los campesinos a prosperar. Estas son, sin embargo, las palabras que suscitó la NEP en Bujarin: «la ruptura de nuestras ilusiones^[37]».

La NEP salvó al régimen de una probable destrucción, pero también pasó sus propias inestabilidades al entramado del orden soviético. El principio del beneficio privado chocaba frontalmente con las metas de la planificación central en varios sectores económicos. Los denominados *nepmani*, una resurgente burguesía formada por campesinos enriquecidos, técnicos profesionales y artistas, comenzaron a afirmarse con discreción en la sociedad. Asimismo, se produjo una revivificación de las aspiraciones nacionalistas y religiosas y el arte ofrecía también visiones alternativas a las de la causa bolchevique. La sociedad soviética bajo la NEP era una mezcla de contradicciones, callejones sin salida y oportunidades.

El período de la NEP ha sido considerado, no sin razón, como una «era dorada», un intermedio «liberal» entre los horrores de la Guerra Civil rusa y el estalinismo. Sin embargo, es preciso señalar que existían fuertes y profundas tensiones sociales bajo la superficie, la brecha entre el Estado socialista «modernizante» y la sociedad campesina «tradicional» era

todavía enorme. El control del Partido sobre grandes extensiones del país aún no tenía unas bases sólidas; los «enemigos», tanto en el interior como en el exterior, eran considerados muy numerosos y ubicuos; la economía prosperaba de forma desigual, el desempleo aumentaba y, por encima de todo, la URSS seguía siendo un estado unipartidista y represivo^[38].

Fue en esas circunstancias en las que se produjeron las batallas en el seno del Partido, cuya cuestión principal era la futura dirección de toda la Revolución. Inicialmente —desde 1923— el principal desacuerdo enfrentaba a la *troika* formada por Zinóviev, Kámenev y Stalin contra Trotski y sus fieles, la llamada «oposición izquierdista». Lenin había señalado que la NEP suponía una flexibilización del auténtico socialismo, pero consideraba que era tan solo una medida provisional. Tras su fallecimiento, era preciso plantearse si la NEP iba a durar indefinidamente. Muchos miembros del Partido objetaban que la política de la NEP de otorgar un tratamiento preferente a los campesinos estaba impidiendo el desarrollo pleno de la URSS. Los críticos de la NEP eran llamados «los comunistas de izquierda», mientras que aquellos que la apoyaban eran «comunistas de derecha». Bujarin se había manifestado a favor de las tesis menos duras hacia el campesinado, llegando a afirmar: «A todos los campesinos os decimos: “enriqueceos”^[39]». Esta exhortación chocaba tan frontalmente con los principios ideológicos del Partido que pronto Bujarin tuvo que retractarse. Fue una frase que lamentaría. Lo que Bujarin tenía en mente era que, si los campesinos obtenían más dinero como resultado de la venta de grano, tendrían mayores posibilidades de comprar productos manufacturados y eso estimularía la producción industrial.

En realidad, las diferencias entre la izquierda y la derecha nunca fueron muy significativas, ya que versaban en esencia

sobre el ritmo de las reformas. Todos los bolcheviques estaban de acuerdo en que el socialismo suponía industrialización. Fueron las maniobras políticas de Stalin las que convirtieron esas diferencias en algo fundamental. Al final, resultó ser una división trascendental, ya que la postura que se adoptase frente a la NEP podía acabar con la carrera política de sus miembros. Si se podía demostrar que una determinada postura era una desviación del marxismo, sus rivales podían aprovechar hábilmente esa situación. Era la oportunidad que esperaba Stalin. Bujarin señaló: «Stalin maniobra cambiando sus teorías dependiendo de a quién quiere eliminar en cada momento^[40]». Resultaba muy significativo que se utilizara el término «desviación», pues eso suponía que un grupo no era demasiado importante para ser considerado «oposición». Para atacar a Trotski, Stalin utilizó la existencia de rumores de que aquel no había apoyado a la NEP por motivos oportunistas y por considerarla una desviación del auténtico socialismo. Lo curioso del caso es que la postura de Stalin distaba mucho de estar clara en lo relacionado con la NEP y no se había pronunciado sobre cuánto tiempo debía mantenerse^[41].

En 1927, Stalin trazó un peligroso paralelismo entre los disidentes y los enemigos exteriores de la URSS: «Las personas que propagan visiones de oposición deben ser consideradas como cómplices peligrosos de los enemigos internos y externos de la Unión Soviética [...] y [deben] ser condenados como “espías” por un decreto administrativo de la GPU [la policía secreta]». Si sus palabras son auténticas, sin duda proporcionan un adelanto de las prácticas y las acusaciones utilizadas a menudo en los años del Gran Terror, de 1936 a 1938^[42].

Stalin nunca fue el líder visible de ninguna facción. Jugaba el papel de moderado y eso hizo que muchas personas lo juzgasen erróneamente. Era un brillante político que tenía un

enorme dominio de las tácticas, podía anticipar los movimientos de sus adversarios y tenía un gran olfato para descubrir rápidamente las debilidades de sus contrincantes. Entraba y salía de las diversas alianzas que se iban formando, pues no sentía lealtad alguna hacia ninguno de sus colegas, y se enfrentaba a cualquiera de ellos si así lo consideraba oportuno. Su ideología era utilitaria: si las ideas servían para hacer de la URSS una gran potencia, eran bien recibidas. Su habilidad consistía en prestar gran atención a los detalles y en la forma paciente y deliberada de permitir que estos acabasen con la reputación de sus víctimas.

La diferencia fundamental entre Trotski y Stalin fue la concepción opuesta del modo en que debía llevarse a cabo la revolución socialista en el mundo. Para Trotski era necesaria la «revolución permanente». Esta idea postulaba la necesidad de que la revolución fuese permanente en dos sentidos: primero, en el sentido de que no debería tener solución de continuidad de su fase antifeudal (democrática) a su fase anticapitalista (socialista), y segundo, en cuanto que la revolución se consideraba un proceso continuo en el cual se tendrían que producir levantamientos en diversos estados. Las naciones individuales no tenían importancia, lo fundamental eran los intereses de los proletarios mundiales. Lenin, aunque era indudablemente un internacionalista, rechazó la fórmula de Trotski hasta 1917. En ese momento, sin admitirla expresamente, puso en práctica la primera parte de la teoría de Trotski y aceptó la segunda. Como señaló en uno de sus escritos: «Para la victoria final del comunismo [...] los esfuerzos de un solo país, particularmente de uno campesino como Rusia, son insuficientes; para eso son precisos los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados^[43]».

Para Trotski, la URSS no podría sobrevivir en un entorno hostil. Por ello, era preciso ir más allá y «exportar la

Revolución^[44]». Sin embargo, Trotski no deseaba sacrificar la URSS en aras de la revolución mundial. Su argumento era el opuesto: si no existía una revolución mundial, la URSS caería irremediabilmente. Zinóviev afirmó: «La victoria final del socialismo en un solo país es imposible. La teoría de la victoria final en un solo país es equivocada. Estamos construyendo y construiremos el socialismo en la URSS con la colaboración del proletariado mundial [...]. Venceremos al final porque la revolución en otros países es inevitable^[45]». Stalin interpretó el pensamiento de Trotski según sus intereses, lo que le permitió presentarle como enemigo de la URSS. La invención del «trotskismo» por parte de Stalin permitió a los oponentes de Trotski identificarlo como un pensador hereje opuesto al leninismo y al bolchevismo. Según manifestó Zinóviev, «deben entender que se trataba de una lucha por el poder. El truco era unir antiguos desacuerdos con nuevas cuestiones. Para ese objetivo se inventó el “trotskismo”^[46]».

Stalin contrarrestó la noción de «revolución permanente» con su concepto de «socialismo en un solo país». Fue la contribución más original y poderosa de Stalin al debate sobre el futuro de la URSS, aunque realizó enormes esfuerzos para negarlo, señalando que se basaba en un escrito de Lenin de 1915: «Fue Lenin, y nadie más, el que descubrió la verdad de que la victoria del socialismo en un solo país es posible». De hecho, Lenin nunca dejó de pensar en el socialismo en términos internacionales, pero la falsificación de lo que había dicho y había querido decir supuso para Stalin la posibilidad de trazar un contraste entre el leninismo, identificado así con la posibilidad del socialismo en un solo país, y el trotskismo, descrito como un movimiento derrotista, y antileninista. La misión era consolidar la Revolución en la URSS para convertirla en un estado capaz de defenderse de sus enemigos internos y externos. «Podemos construir el socialismo con

nuestro propio esfuerzo», señaló en 1925^[47]. La supervivencia de la URSS estaba por encima de cualquier otra consideración, incluso si esto significaba suspender los esfuerzos para conseguir una revolución mundial. Stalin pudo presentar así a Trotski como un judío cuyos pensamientos de revolución internacional amenazaban seriamente la seguridad de la URSS.

En términos políticos prácticos, la política de Stalin de construir el socialismo en un solo país era mucho más atractiva para los miembros de base del Partido que la idea de Trotski de seguir luchando para lograr una revolución internacional. El pueblo se encontraba ya cansado de «luchas» y la idea de Trotski no era muy seductora. Por el contrario, el planteamiento de Stalin apelaba hábilmente a los instintos nacionales. Los intelectuales como Trotski y Zinóviev, este último a cargo de la Internacional Comunista (Komintern), fueron acusados de falta de fe en la Revolución rusa y del rechazo de la idea de que la URSS pudiera avanzar sola sin «revoluciones» más allá de sus fronteras. Sin duda, sus objeciones a la idea de Stalin basadas en las ideas revolucionarias de Marx eran ideológicamente impecables y políticamente desastrosas.

Aparte de las percepciones de los miembros del Partido sobre Stalin, las circunstancias también lo ayudaron enormemente. Existía un temor extendido de que el bolchevismo degenerase en un caos, temor que fue apoyado por dos factores. El primero fue el fracaso de la revolución fuera de la URSS. La reputación de Trotski estaba ligada a la expansión del comunismo en Europa. Sin embargo, hacia 1919 las oportunidades para esa expansión se estaban cerrando. Los espartaquistas habían fracasado en tomar el poder en Alemania, y el gobierno comunista de Béla Kun en Hungría no había durado ni cien días. Fueron acontecimientos muy beneficiosos para las tesis de Stalin^[48]. Contra estos

acontecimientos, Stalin podía presentar un proyecto sólido y eslavo de acuerdo con su teoría del socialismo en un solo país. En cualquier caso, el hecho de que se produjesen esos debates en Rusia nos sirve de muestra del relativo pluralismo existente durante los años veinte en comparación con la rigidez que se implantaría posteriormente.

LA DERROTA DE TROTSKI Y LA «OPOSICIÓN IZQUIERDISTA»

La falta de actuación de Trotski en momentos cruciales tuvo como consecuencia que Stalin pudiese utilizar su control sobre la maquinaria del Partido para obtener el apoyo mayoritario. Lev Kámenev y Grigori Zinóviev, de los sóviets de Leningrado y Moscú, jugaron un papel fundamental en la subida al poder de Stalin. En octubre de 1924 Trotski publicó su obra *Lecciones de Octubre*, en la que atacaba a Zinóviev y Kámenev por las críticas que habían vertido sobre Lenin en 1917. Kámenev respondió escribiendo *¿Trotskismo o leninismo?*, en el que acusaba a Trotski por su pasado menchevique. También acusaba a Trotski de fundar un centro para los «elementos no proletarios» del Partido que pretendían destruir la revolución proletaria. Sin embargo, Stalin tenía que deshacerse también de Kámenev y Zinóviev, pues se perfilaban como peligrosos contrincantes en la lucha por el poder. Zinóviev había reclamado que se debía poner fin a la NEP y que se llevase a cabo una industrialización forzada, algo comprensible, ya que, junto con Kámenev, representaban a las dos regiones más industrializadas del país^[49]. En ese sentido, podían ser acusados por Stalin de representar al trotskismo, algo que se hizo realidad cuando los antiguos enemigos formaron el grupo de oposición «trotskista-kámenevista-zinóvievista». Zinóviev se había quejado amargamente a Kámenev por el proceso

unilateral de toma de decisiones por parte de Stalin y su despotismo personal: «De hecho, no existe una *troika*, tan solo la dictadura de Stalin. [...] Lenin —señaló— tenía mil veces razón sobre Stalin^[50]».

El control del Partido y de sus mecanismos fue de nuevo decisivo para Stalin. En 1925, tras una votación en su contra, Trotski fue reemplazado como comisario de Guerra. El congreso del Partido rechazó las presiones de la «oposición unida». Stalin consiguió el apoyo decisivo de figuras de la derecha como Rikov, Mijaíl Tomsy, líder de los sindicatos, y Bujarin, editor del periódico *Pravda*. Kámenev y Zinóviev fueron destituidos de sus puestos y reemplazados por dos aliados incondicionales de Stalin: Mólotov en Moscú y Kírov en Leningrado. Trotski fue expulsado del Politburó y del Comité Central; además se vio enfrentado con una verdadera *semerka*, «los siete», un grupo informal de miembros del Politburó cuyo «único propósito era llevar a cabo actuaciones sin la participación de Trotski». Se trataba de un órgano de cuya existencia Trotski no tuvo conocimiento alguno hasta que Zinóviev le informó al respecto en 1926^[51].

El poder de Trotski iba decreciendo, aunque todavía no estaba dispuesto a reconocer su derrota. En 1927, en el décimo aniversario de la Revolución, intentó aunar esfuerzos para formar una oposición directa contra Stalin. En octubre, en el pleno del Comité Central, se produjo el último enfrentamiento. Trotski hizo uso de toda su artillería dialéctica para denunciar el peligro que Stalin suponía para el Partido, describiéndolo como un ogro centralizador y burocrático. Stalin, por su parte, no perdió en ningún momento la compostura. Se dedicó a afirmar tranquilamente: «Creo que sería ofensivo y extraño si la oposición, que está intentando destruir el Partido, alabase a Stalin, quien está defendiendo los principios fundamentales del partido leninista». Aceptó la

crítica de que era demasiado «rudo», señalando: «Sí, camaradas. Soy rudo con los que de manera escandalosa y pérfida destruyen y dividen el Partido». Stalin consiguió que el pleno aceptase que ser grosero era una cualidad, no un defecto. Acto seguido pidió la expulsión de todos los que le habían denunciado y exigió al pleno que le reprendiera por lo suave que había sido con ellos. En medio de un enorme estruendo y de aplausos, los asistentes gritaban: «¡Eso, eso! ¡Te reprendemos!»^[52].

En octubre de 1927, Trotski y Zinóviev fueron acusados del peor pecado posible: «Llevar a cabo una lucha de facción contra el Partido y su unidad estando a punto de formar un nuevo partido antileninista en connivencia con los intelectuales burgueses^[53]». Se trataba de una acusación definitiva. Para Stalin había sido una victoria total. La oposición unida intentó a la desesperada llevar a cabo manifestaciones en Moscú y Leningrado el 7 de noviembre, el décimo aniversario de la Revolución bolchevique. Las manifestaciones fueron aplastadas.

El congreso del Partido aceptó la propuesta de Stalin de que Trotski fuera expulsado y se viera obligado a buscar exilio en el exterior. La victoria de Stalin no se debió solo a su habilidad ni a su astucia, sino también al hecho de que Trotski no contaba con una base de poder: la innegable inteligencia de Trotski y su oratoria no contaban mucho contra el control absoluto que tenía Stalin sobre la maquinaria del Partido. Para E. H. Carr, la victoria de Stalin «no fue el triunfo de la razón, sino el de la organización^[54]».

El análisis de las sucesivas derrotas de la oposición trotskista ha considerado que fueron inevitables, como si la victoria de Stalin hubiera estado asegurada. Es cierto que la posición de Trotski era esencialmente débil, pero su tentativa de alianza con Zinóviev desde la primavera de 1926, que

resultó en la formación de la llamada «oposición unida», revitalizó a la izquierda y representó una amenaza real al surgimiento del binomio Stalin-Bujarin.

¿Por qué no mató Stalin a Trotski inmediatamente? Es muy probable que la respuesta se debiera a que, curiosamente, lo necesitaba para futuras maniobras maquiavélicas. Trotski se iba a convertir en el centro de la actividad contrarrevolucionaria y, de esa forma, Stalin podía acusar a sus enemigos de tener vínculos con él. Este se convirtió en el señuelo para cazar a sus futuros enemigos. Como un frío y calculador jugador de ajedrez, Stalin supo anticipar varias jugadas de sus oponentes.

LA DERROTA DE LA «OPOSICIÓN DERECHISTA»

El último paso para la consolidación absoluta del poder de Stalin se dio con la derrota de la «oposición derechista», tema ligado a los proyectos económicos de Stalin^[55]. Sus principales representantes eran el primer ministro, Alexei Rikov, el presidente de los sindicatos, Mijaíl Tomsky, el líder del Partido en Moscú, Nikolai Uglanov, y el economista del Partido y director de *Pravda*, Nikolai Bujarin, que le habían sido de enorme utilidad a Stalin para derrotar a Trotski y a la izquierda. En realidad, nunca representaron un peligro para el poder de Stalin como lo había sido el bloque trotskista. Sin embargo, sus antiguos aliados se oponían a las medidas de colectivización e industrialización, por lo que era necesario acabar con ese foco de oposición. Bujarin, además, había señalado: «Estamos en contra de cambiar el control colectivo por el control de una persona [...]»^[56].

Diez años más joven que Stalin, Bujarin era su antítesis, pues se trataba de un hombre cortés, sociable, de una gran

inteligencia y enorme cultura, fácilmente reconocible por su pelo rojo, su bigote recortado y su perilla, los cuales recordaban vagamente a Lenin. Como Lenin, Bujarin era una persona de una actividad incesante, pintaba, cazaba, nadaba o leía con voracidad. Era un hombre que también sabía ser frívolo en ciertas ocasiones: una vez se puso a dar volteretas en una calle de París para impresionar a su esposa.

Bujarin escribía además con rapidez obras que iban desde *El ABC del comunismo* hasta complejos ensayos sobre la teoría del materialismo dialéctico. Rechazaba de plano la creencia convencional bolchevique de que solo los marxistas podían contribuir al conocimiento de la historia y de la política. Apoyaba la ciencia que ayudaba a la sociedad, influenciado por científicos británicos como Julian Huxley y J. D. Bernal, quien afirmaba que la ciencia era el comunismo. Bujarin también estudiaba historia natural. Le apasionaban los animales y los insectos, e incluso llegó a regalarle algunos a Svetlana, la hija de Stalin. Es posible que sus cualidades intelectuales le hicieran aparecer a ojos de Stalin como un posible y peligroso rival y una alternativa positiva al estalinismo^[57]. Se identificaba con la juventud del país y a menudo llevaba puesta la corbata roja que identificaba a los adolescentes afiliados a la organización para jóvenes del Komsomol.

Bujarin era una figura muy apreciada, lo que lo hacía especialmente peligroso a ojos de Stalin. Tras un discurso en el Congreso de Escritores de Moscú, los asistentes le respondieron con tal ovación que Bujarin le dijo a uno de ellos: «¿Qué habéis hecho? Habéis firmado mi sentencia de muerte^[58]». Stalin llegó a envidiar incluso su aspecto físico, en particular la gran frente despejada de Bujarin, y ordenó a sus fotógrafos que aumentasen el tamaño de la suya en dos o tres centímetros. A mediados de los años veinte muchos lo

consideraban el principal pensador del nuevo sistema soviético. Había mantenido unas relaciones amistosas con Stalin, a pesar de que había sido compañero intelectual de Trotski. Al final, una mezcla de asuntos personales, como la amenaza que Stalin veía en Bujarin, y doctrinales los separaron.

Bujarin y la derecha consideraban que no era conveniente forzar la marcha de la industrialización en la URSS, al creer que sería mucho menos traumático el desarrollo de la industria a su propio ritmo. El Estado debía colaborar, pero en ningún caso dirigir. Por otra parte, el control al que debían someterse los campesinos no requería de la opresión, pues esta solo causaría resentimiento y sería la artífice de un descenso de la producción. Bujarin insistía en que «la ciudad no debe robarle a la aldea». La derecha consideraba que el capital para la industrialización debía provenir del campesinado, al cual se le ofrecía la posibilidad de ser más próspero y exportar más grano. En realidad, deseaban conseguir un desarrollo económico equilibrado y una sociedad estable y en paz, alejada de las grandes convulsiones que planeaba Stalin. En una conversación con Bujarin, Stalin había manifestado que la NEP «sofocaría los elementos socialistas y resucitaría el capitalismo^[59]». Stalin estaba a favor de un crecimiento más acelerado de la industria para construir un auténtico estado proletario. Bujarin se atrevió a declarar en el Politburó que las agresivas y brutales políticas de Stalin eran contraproducentes. «El régimen de Stalin ya no es tolerable en nuestro partido», afirmó^[60].

No obstante, la voluntad de Bujarin de luchar quedó en entredicho desde el principio. En junio de 1928 escribió lo siguiente a Stalin en relación con el VI Congreso del Komintern: «Koba [...], no deseo ni voy a luchar [...]. Danos una oportunidad de poder llevar a cabo el congreso en paz; no

lleves a cabo escisiones superfluas [...]. Finalizaremos el congreso y yo estaré preparado para ir donde lo desees, sin refriegas, sin ruido y sin ninguna lucha^[61]».

La derecha no fue capaz de articular una estrategia efectiva contra Stalin. Su debilidad se basaba en sus ideas, su organización y la base de apoyo con la que contaban. Nunca consiguieron atraer a su campo a los elementos más proletarios del movimiento. Sus argumentos económicos eran razonables, pero, en el momento en que se formularon, existía el temor a una invasión extranjera y esas ideas eran consideradas demasiado tímidas. La línea conciliadora que deseaban adoptar con los campesinos no iba en consonancia con la idea de que era preciso tratar con firmeza a los enemigos de la Revolución. Estos factores, más que las debilidades personales de Bujarin o su «intelectualismo», explican de forma más convincente la victoria de Stalin sobre la «oposición de la derecha».

Nuevamente, Stalin maniobró con astucia, interpretando muy bien la situación y comprendiendo exactamente cuál era el deseo de la mayoría del Partido. Introdujo paulatinamente en sus discursos la idea de que se estaba formando una nueva facción opositora muy peligrosa que se oponía a la revolución económica. La gran mayoría prefería un regreso a la política de línea dura de la Guerra Civil antes que poner en peligro la Revolución al ofrecer concesiones a un campesinado con el que no se contaba para un futuro proletario. Stalin transmitió claramente la idea de que el partido de Marx y Lenin no funcionaría con las tesis de la derecha. En enero de 1929, Stalin describió abiertamente a Bujarin como el representante de un grupo que se oponía a «la línea del Partido^[62]».

Por lo que respecta a la organización, la derecha se topó con las mismas dificultades para hacer valer sus opiniones que la izquierda; resultaba casi imposible imponer sus ideas a un

partido en el que Stalin seguía siendo el amo y señor. Al mismo tiempo, Bujarin y sus seguidores deseaban seguir siendo fieles al Partido y ese sentimiento de lealtad los debilitaba en sus intentos de oponerse a Stalin. Temerosos de crear «faccionalismo», esperaban ganarse adeptos en el Partido sin causar un cisma. En general, su tono era conciliador, algo que Stalin supo aprovechar. Sus seguidores eran los responsables de distribuir la información del Partido y Stalin describió a sus enemigos de la derecha como irresponsables que ponían en peligro el Partido. Bujarin cometió el grave error de recordarle a Stalin, en un artículo de enero de 1929, el juicio despectivo al que Lenin lo había sometido. En el artículo titulado «El testamento político de Lenin», Bujarin describía las líneas generales de lo que él estimaba era el auténtico leninismo y acusaba abiertamente a Stalin de socavar el compromiso que había conseguido Lenin con la democracia del Partido.

El único apoyo serio de la derecha provenía de los sindicatos, de su líder Tomsy y del sector comunista del Partido en Moscú, liderado por Uglanov, un ferviente admirador de Bujarin. Stalin se movió con celeridad para erradicar el peligroso foco de oposición que se estaba formando. Envío al brutal y ambicioso Lázar Kaganóvich para que llevara a cabo una purga de los sindicalistas. Mólotov fue enviado a Moscú para conseguir apoyo y realizar una purga similar de los políticos locales. La derecha no estaba en condiciones de hacer frente a tal ofensiva política.

En un pleno del Comité Central que tuvo lugar en abril de 1929, los partidarios de Bujarin atacaron a Stalin e intentaron denigrar su historial en el Partido. Stalin contraatacó con las mismas armas que había utilizado Bujarin, es decir, con el testamento político de Lenin, en el cual este señalaba que el marxismo de Bujarin era escolástico y poco ortodoxo. En una discusión que mantuvo con Bujarin antes de la expulsión de

este último, Stalin le dijo en un tono agresivo: «Vosotros no sois marxistas, vosotros sois hechiceros. ¡Ni uno solo de vosotros entendió a Lenin!»^[63]. Una vez que se hubo asegurado de que contaba con la mayoría en el Comité Central, este votó finalmente a favor de expulsar a la «oposición derechista» de sus puestos. Bujarin perdió su silla en el Politburó así como la importante dirección del *Pravda*. Tomsky fue expulsado de la presidencia de los sindicatos y Rikov fue sustituido por Viacheslav Mólotov en el cargo de primer ministro. Tomsky, Rikov y Bujarin pudieron permanecer en el Partido tras el reconocimiento de sus errores.

En diciembre de ese año, el quincuagésimo cumpleaños de Stalin se celebró a lo largo de todo el país. Pero algo significativo había cambiado. La lista de los miembros del Politburó que publicaba tradicionalmente el diario *Pravda* por orden alfabético fue cambiada para distinguir a Stalin como «el primer discípulo de Lenin»^[64]. El triunfo de Stalin había sido rotundo. Los estalinistas habían puesto fin a las disputas doctrinales y teóricas: el socialismo se encontraba en el proceso de construcción. Se trataba de un proceso gigantesco para el que era preciso poner fin a la lucha ideológica. En ese ambiente, la libertad de expresión y la diversidad de opiniones fueron eliminadas del léxico del Partido. Se trataba de pasar a la acción. Cualquier nuevo contendiente ideológico sería eliminado. Como señaló Bujarin, citando a Lenin, en el VI Congreso del Komintern: «Si van a expulsar a todas las personas inteligentes pero no muy obedientes, y dejar que permanezcan solo los tontos obedientes, sin duda destruirán el Partido»^[65]. Stalin tenía libertad para iniciar su industrialización intensa y la colectivización sin oposición. La economía, la estructura social y, en última instancia, el sistema político de la URSS iban a transformarse radicalmente. Estaba surgiendo el «estalinismo».

El poder de Stalin no derivaba únicamente de su habilidad para controlar el proceso de toma de decisiones, sino también de su posición en el vértice de una gran red secreta de comunicaciones e inteligencia. Se ha especulado mucho sobre el hecho de que durante la década de 1920 y principios de la de 1930 se fusionaran la secretaría personal de Stalin y el Departamento Secreto del Comité Central, un proceso que ha sido considerado por algunos historiadores como crucial en el mantenimiento del poder por parte de Stalin. El Departamento Secreto poseía el archivo de los documentos secretos, los códigos de las comunicaciones y los nombres de los secretarios personales de Stalin. No se ahorraron medios para garantizar la seguridad de esos documentos y toda la oficina se encontraba estrechamente vigilada. Tan solo un pequeño grupo de leales tenía acceso a los expedientes. Los miles de expedientes sobre los líderes del Partido, que contenían todo tipo de comentarios sobre sus indiscreciones o debilidades, se guardaban en dicho departamento que Stalin podía consultar cuando lo necesitara.

En 1934, el sistema fue revisado a fondo para garantizar el secreto y centralizar la obtención de información. La oficina pasó a denominarse «Sector Especial» y se puso bajo las órdenes de Poskrebyshev. Su elección, al parecer, estuvo relacionada con el hecho de que Stalin considerara que su aspecto infundía terror, aunque eso no lo hacía inmune a la desconfianza y la forma de ser del dictador, que lo trataba muy mal. Logró mantenerse al frente de la oficina durante veinte años, hasta que fue destituido en 1952 por no haber sido capaz de descubrir una conspiración inexistente. El Sector Especial mantenía oficinas en toda la URSS que transmitían información secreta a Moscú. En cada oficina del Estado había un Departamento Especial que cumplía las mismas funciones. Las líneas de inteligencia finalizaban en la cancillería de Stalin.

Nadie, salvo Stalin, debía saber más de lo que necesitaba en un momento dado. Otros asistentes personales de Stalin, como Iván Tovstukha y Lev Mejlis, detentaron puestos relevantes en el aparato de seguridad de forma continua entre 1922 y la muerte de Stalin, en 1953.

Debido a que los sectores secretos del Partido jugaron un papel crucial en el sistema de comunicaciones y de seguridad, el situar a los «hombres de Stalin» en esos puestos les permitió buscar «trapos sucios» sobre sus rivales, tener acceso a información secreta sobre una gran cantidad de asuntos del Partido y del Estado, influir en la administración de personal y controlar la ejecución de las medidas que suponían un objetivo clave para Stalin. El aparato secreto no era invulnerable, pero «en la lucha por el poder y el control de las comunicaciones dio a Stalin una ventaja inicial sobre cualquier posible rival político^[66]». Stalin eligió el título de *Vozhd*, una palabra que significa «líder» en ruso y que ya había sido utilizada por Lenin. Ser *Vozhd* implicaba ser el líder-héroe indiscutido y carismático, casi un profeta del movimiento.

En 1936 se dotó a la URSS de una nueva constitución. Los preparativos habían comenzado con la formación de una Comisión Constitucional presidida por Stalin. Se recibieron casi ciento setenta mil enmiendas y sugerencias de toda la URSS, aunque finalmente tan solo cuarenta y ocho fueron incluidas en ella. En teoría, la URSS aparecía como un modelo de gobierno representativo. En el Partido, el principal órgano decisorio era el Politburó, mientras que la dirección de la política del Partido quedaba en manos del Comité Central, que incluía a miembros con y sin derecho a voto. En realidad, la principal fuente de autoridad era el Comité Central del Partido, pero, dado que no se reunía con suficiente regularidad, su subcomité político, o Politburó, se convirtió en la pieza más importante del sistema. Formado por cinco

miembros, en él se decidían y debatían los asuntos más relevantes. Hacia 1930 pasó a estar integrado por diez miembros. Se le añadió entonces un segundo subcomité encargado de la organización del Partido y las cuestiones personales, denominado «Orgburó». Por encima de cualquier otro puesto, el máximo poder lo aglutinaba el secretario general.

El derecho de sufragio —ejercido mediante voto secreto— se extendió a todos los hombres y mujeres de más de dieciocho años, excluyendo a los impedidos o a los que se encontraban en prisión. En el momento de la elección, los votantes tenían que realizar su elección de entre los candidatos de una lista aprobada por el Partido. El Congreso fue reemplazado por el Sóviet Supremo, compuesto por dos cámaras legislativas: una formada por diputados de toda la URSS y la otra con diputados en representación de las nacionalidades. El Sóviet Supremo elegía al Presidium. El Consejo del Comisario del Pueblo era la institución ejecutiva y administrativa más alta del Estado.

En realidad, la Constitución era un documento vacío de contenido aunque fue descrita como la «más democrática del mundo^[67]». La Constitución, que pronto fue bautizada como «la Constitución de Stalin», dio lugar a un nuevo culto al líder: «El arquitecto de la sociedad socialista se ha convertido en el constructor de la democracia socialista». Stalin declaró: «La Constitución de la URSS es la única verdaderamente democrática en el mundo. Lo que millones de honrados ciudadanos en los países capitalistas han soñado y aún hoy solo pueden soñar es una realidad en la URSS [...]. Dará asistencia moral y será un auténtico apoyo para todos aquellos que se encuentran hoy luchando contra la barbarie fascista^[68]». Stalin estaba seguro de que la Constitución daría una buena impresión fuera de la URSS. Sin embargo, en el momento en el

que pronunció esas palabras, el pueblo ruso y el Partido Comunista en particular habían comenzado a saber que los artículos de la flamante y «democrática» Constitución eran, de hecho, compatibles con un reinado del terror.

LOS LÍMITES DEL PODER DE STALIN

El Gran Terror y las medidas políticas de Stalin fueron un testimonio evidente de su tiranía; sin embargo, esto no significa que no existiesen límites a su poder. Es preciso refutar la visión tradicional de Stalin como déspota omnipotente. Su poder era enorme y mostraba un particular interés en un amplio abanico de materias, en especial de seguridad interna, nombramientos y defensa. Sin embargo, incluso en el caso de Stalin, existieron claros límites a su poder. En primer lugar, y lo más evidente, es que a pesar de la imagen de semidiós que se quería ofrecer al pueblo Stalin era un ser humano con todas sus limitaciones. Así, tenía que enfrentarse a un sistema de comunicaciones estatales relativamente rudimentario. Antes de 1935, por ejemplo, no existía una línea telefónica de alta frecuencia entre Moscú y su lugar preferido de vacaciones en el sur. También se tuvo que enfrentar a acontecimientos inesperados, tanto internos como externos. Resulta imposible que Stalin, por mucho que lo intentase y que trabajase, fuese capaz de controlar los complejos procesos económicos, sociales y culturales que se desarrollaban en el Estado y en la sociedad soviética.

En segundo lugar, existía una evidente falta de recursos humanos competentes. La enorme burocracia de la URSS estaba formada en gran parte por gente mal preparada, y por funcionarios de provincia potencialmente insubordinados que el Gobierno central tuvo muchas dificultades para controlar.

En junio de 1937, Stalin se quejaba con estas palabras: «Se piensa que el centro debe saberlo y controlarlo todo. No, el centro no lo ve todo, eso no sucede así. El centro tan solo ve una parte y el resto se ve en las localidades. El centro envía gente, pero no conoce a esa gente al cien por cien y es preciso controlarla^[69]». En ese sentido, hacía realidad la frase de Moshe Lewin: «El despotismo depende de la burocracia, aunque no puede confiar en ella». Además, el despotismo de Stalin se basaba en métodos arbitrarios y medidas de emergencia que chocaban sustancialmente con la rutina y las formas tradicionales de actuar de cualquier burocracia. El resultado de todo esto fue un sistema estatal ineficiente, que demandaba más centralización e intervenciones arbitrarias, lo que a su vez generaba mayor ineficiencia en un círculo vicioso infernal y de consecuencias devastadoras^[70].

Desde este punto de vista, Stalin, cuyo poder había alcanzado cotas enormes, dependía de una gran cantidad de funcionarios ociosos, recalitrantes, que tendían a arrastrar los pies y a disimular en la puesta en práctica de las políticas. Es posible que Stalin considerase insoportable esa dualidad entre su poder central y su puesta en práctica por una burocracia atemorizada, pero que tendía a protegerse a sí misma y era reacia al cambio. Desde este planteamiento, se podría deducir que las purgas que realizó Stalin en los órganos del Partido y del Estado tendrían su origen en el inevitable dilema de los dictadores del siglo XX, cuyos planes grandiosos para el Estado eran modificados e impedidos por su propia burocracia.

En tercer lugar, es preciso referirse a varias formas de resistencia y disentimiento hacia el poder estalinista. El atractivo popular limitado del marxismo-leninismo, la ambivalente aceptación del «culto a Stalin» y la existencia de visiones alternativas inconformistas entre amplias capas de la población soviética sugieren que existió una compleja relación

diferenciada entre el liderazgo y la sociedad, por un lado, y la incapacidad relativa del régimen para moldear a los ciudadanos en «nuevos hombres soviéticos», por el otro. La resistencia al régimen no fue siempre pasiva, sino un elemento permanente del sistema soviético, incluso en los momentos álgidos del poder de Stalin. Esta resistencia abarcó desde huelgas de trabajadores y bandas de delincuentes, hasta el disentimiento de género y el mercado negro, muestras evidentes de que los ciudadanos soviéticos se negaron a acatar completamente las reglas de juego y buscaron medios para eludirlas siempre que les fue posible^[71].

En último término, Stalin fue también una víctima del sistema que él mismo había creado. Tras la guerra, Stalin le dijo a Krushev: «Estoy acabado, no me fío de nadie, ni siquiera de mí mismo^[72]». Es posible que esa frase no fuese sino un agravamiento de su paranoia personal, pero también resulta probable que fuese una constatación evidente de los límites a su poder. Hacia el final de sus días, Stalin ya no podía fiarse ni de sus colegas más cercanos, ni del Partido, ni del pueblo soviético. Es posible que la sospecha permanente de Stalin no fuera un logro político, sino una trampa en la que él mismo había caído. Al considerar que había «enemigos» por todas partes y personalizar los defectos del sistema, Stalin fue incapaz de determinar las causas reales de los fallos en la economía, impidiendo así que se obtuviesen soluciones efectivas para esas crisis. Tampoco podía analizar demasiado las razones «objetivas» de los problemas, pues eso llevaría a socavar el sistema y las políticas con los que se asociaba su nombre. Por supuesto, no se trata de dar la impresión de que Stalin era «un político más», una víctima de las fuerzas impersonales. Stalin logró adquirir un inmenso poder personal para imponer a sus ciudadanos sus preferencias ideológicas. Sin embargo, nunca contó con un poder absoluto y, en ocasiones, pudo

experimentar cierto grado de impotencia ante fuerzas que escapaban a su control.

Capítulo 5.

«Una muerte de perro». El Gran Terror

Existen suficientes razones para temer que, como Saturno, la Revolución devorará a sus hijos.

Pierre Vergniaud, París, 1793

El 7 de noviembre de 1937, en una cena para celebrar el vigésimo aniversario de la Revolución bolchevique, Stalin pronunció unas palabras que se harían célebres: «Cualquiera que intente destruir la unidad del Estado socialista [...] es un enemigo jurado del Estado y del pueblo de la URSS. Destruiremos a todos esos enemigos, incluso si se trata de viejos bolcheviques, destruiremos a toda su familia. Todo aquel que amenace la unidad del Estado socialista, con sus actos o sus pensamientos, sí, incluso con sus pensamientos, será destruido sin piedad». Stalin concluyó el acto con un brindis terrorífico: «¡Por la destrucción de todos los enemigos!»^[1].

Gran parte de lo que sucedió durante los años de Stalin resulta relativamente sencillo de comprender. Las políticas del sistema seguían la lógica de la ideología marxista. Estas políticas no eran exclusivamente «estalinistas», pues varias de ellas correspondían a pautas de desarrollo correspondientes al período 1917-1929 y, posteriormente, al período 1953-1991. Otras características del sistema no eran únicamente comunistas, como la modernización económica, impulsada por el Estado, un rasgo característico del siglo XX. Por otra

parte, la URSS de Stalin no era el único estado moderno sin una democracia multipartidista, ni el único con un poderoso dictador. En los años treinta, Stalin tampoco era el único estadista que consideraba peligroso el sistema internacional. Sin embargo, una característica haría especialmente singular el período de Stalin: el nivel de violencia infligida al pueblo soviético por su propio gobierno. En 1928, Stalin había declarado: «Tenemos enemigos internos. Tenemos enemigos externos. Esto, camaradas, no debemos olvidarlo nunca^[2]». En realidad, nunca hubo una resistencia organizada contra la máquina del terror que desplegó Stalin, ni una conspiración como la que organizaron algunos altos mandos alemanes contra Hitler en julio de 1944.

Hacia 1929, Stalin, en palabras de Trotski, había establecido «la dictadura del secretariado^[3]». Se había convertido en el *Vozhd*, título equivalente al de *Führer*. Pronto fue elevado a la categoría de superhombre: «el conductor de la locomotora de la historia». Cuando Stalin se enteró de la llamada «Noche de los cuchillos largos» en Alemania, donde se aniquiló a la cúpula de las SA, señaló: «Qué gran tipo ese Hitler, ha sabido cómo lidiar con los oponentes políticos^[4]». En 1931 Stalin le dijo al biógrafo Emil Ludwig que había aprendido que la única forma de lidiar con los enemigos era aplicar la política más brutal de represión. Stalin declaró lo siguiente: «La conformidad absoluta de ideas tan solo puede ser conseguida en el cementerio^[5]».

El término adecuado para definir la política represiva de Stalin parece ser el de «terror». La palabra «represión» era utilizada de forma positiva por la policía estalinista. La historiografía occidental suele hablar del período de las «purgas»; sin embargo, este término se confunde con el concepto comunista de purga sin sangre (*chistka*), es decir, la expulsión de miembros del Partido. Aunque se puede utilizar

también el término «purga», el correcto parece ser el de «período de terror», que conecta con otros períodos brutales de la historia como el Terror jacobino de la década de 1790 y el «terror rojo» de 1918. El término abarca los crímenes políticos cometidos durante los años de Stalin, concebidos como terrorismo contra los «enemigos de clase». El historiador Robert Conquest utilizó el término Gran Terror para describir el período de 1937-1938. Durante muchos años no existió una forma pública aceptable de referirse al episodio en Rusia (pues oficialmente nunca había ocurrido) y en las conversaciones privadas se mencionaba indirectamente como «1937».

En 1927, Stalin afirmó: «Habría que recordar y no olvidar nunca que mientras exista el cerco capitalista se enviarán saboteadores, desviacionistas, espías, terroristas, al otro lado de las fronteras de la URSS [...]. No deben usarse los viejos métodos de diálogo, sino métodos nuevos, métodos para destruirlo y extirparlo^[6]». El terror estalinista fue extraordinario, sobre todo, en dos aspectos: en primer lugar, el número de víctimas fue enorme, y en segundo lugar, entre estas víctimas se incluyeron funcionarios del Estado, aunque no fueron el grupo más numeroso. En el primer caso, la URSS de Stalin guardaba cierto paralelismo con la Alemania nazi; sin embargo, en el segundo caso fue única.

El impacto del período del terror fue muy profundo y no se limitó a ningún grupo social, cultural o administrativo. Hasta un niño que se quejase de las condiciones en las granjas colectivas podía ser enviado a los campos del Gulag. No podía quedar en pie ningún rastro de «agitación antisoviética». A finales de 1929, ante los informes de la GPU que apuntaban al peligro de un golpe de la oposición, Stalin presentó al Politburó una serie de propuestas: «Quienes propaguen las opiniones de la oposición deben ser considerados cómplices peligrosos de los enemigos externos e internos de la URSS y

tales personas serán sentenciadas como “espías” por decreto administrativo de la GPU; que la GPU debe organizar una red de agentes ampliamente ramificada con la misión de detectar elementos hostiles dentro del aparato gubernativo, aun en los niveles más altos de este, y dentro del Partido, incluyendo a órganos conductivos», «quienquiera que despierte la más pequeña sospecha debe ser “desplazado”^[7]». Los chistes sobre Stalin, el Partido Comunista o el Estado soviético eran juzgados como alta traición. De esta manera, todos los ciudadanos que habían mostrado cierta independencia de criterio sobre asuntos públicos fueron eliminados. Ninguna revolución ha devorado a sus propios hijos con la voracidad con la que lo hicieron la Revolución rusa y Stalin. Los métodos empleados en el proceso iban a convertir a la URSS en un purgatorio de sufrimiento y luto^[8].

NATURALEZA DEL TERROR

De todos los tesoros que posee un Estado, las vidas de sus ciudadanos son para nosotros lo más preciado.

Stalin

En una ocasión, al preguntársele cuál de los dos bandos había sido más cruel durante la Guerra Civil, el escritor Máximo Gorki contestó: «Ambos de la misma manera, porque hubo rusos en ambas partes. [...] Creo que así como los ingleses tienen un don especial para el humor, los rusos lo tienen para la crueldad^[9]». Aunque se trataba, sin duda, de un estereotipo, es cierto que dos de las probables raíces de las purgas de Stalin fueran la brutalidad y los rencores de la Guerra Civil rusa, una de las más terribles del siglo XX. Las principales víctimas de

Stalin fueron aquellos que no le ayudaron en su toma de poder tras la muerte de Lenin. Las víctimas militares fueron, principalmente, aquellos que se identificaron con Trotski en la Guerra Civil. Al principio las purgas, o «terror contra el Partido», no fueron tan violentas. El procedimiento normal era obligar a los miembros a que devolviesen sus carnés del Partido, lo que suponía que los expulsados y sus familias dejaban de tener derecho a los privilegios del Partido, como empleos, viviendas y raciones de comida. Normalmente, la expulsión del Partido era una amenaza suficiente para hacer que los miembros obedeciesen la política oficial del mismo. Hacia mayo de 1935, 282 872 personas habían dejado de ser miembros del Partido^[10].

Es posible que la represión iniciada entonces fuese una etapa más en una larga cadena de violencia que surgió en la Guerra Civil, y que las purgas o el terror del período estalinista fuesen tal vez una exigencia intrínseca al afianzamiento del régimen. La Guerra Civil acabó con la sensibilidad moral y forjó la creencia de que la defensa de la Revolución por todos los medios era justa y necesaria. Pudo tener también un carácter preventivo ante el temor por parte de Stalin de la creación de un frente de oposición en torno a la vieja guardia bolchevique, en un momento en que la situación de Stalin atravesaba serias dificultades. Es muy posible que fuese la necesaria consecuencia del esfuerzo de un grupo minoritario por conservar el poder y el deseo de realizar una profunda revolución socioeconómica en un breve período de tiempo.

Existe un gran debate sobre las causas del gran terror que se abatió sobre la URSS en el período 1937-1938. Algunos historiadores han apuntado al miedo de Stalin a una amenaza interna, especialmente del campo, donde el descontento podía traducirse en un movimiento de oposición política. Sin embargo, tampoco es posible afirmar a ciencia cierta que Stalin

se tomara esas amenazas muy en serio, máxime si se tiene en cuenta que el NKVD se inventaba gran parte de sus pruebas. La oposición también había existido antes, especialmente en el período 1927-1928, sin que por ello se hubiese producido esa respuesta por parte del régimen. En realidad, lo más plausible es que el Gran Terror fuese una compleja amalgama de elementos diferentes: la purga de las élites tradicionales, las operaciones contra los *kulaks* (los campesinos con más medios económicos) y contra las minorías. El hecho de que comenzasen y finalizasen de forma simultánea parece sugerir que el Gran Terror fue parte de una campaña unificada. Se trataba de preparar una situación que llevara a los funcionarios locales a competir entre ellos para conseguir el objetivo principal. A Stalin le encantaba escuchar que los funcionarios locales se quejaban de que los límites al número de arrestos eran demasiado bajos. Nunca castigaba a aquellos que se sobrepasaban en sus cuotas. El terror era presentado como reflejo de la voluntad popular para proteger a la sociedad de sus enemigos. «Los líderes vienen y van —señaló Stalin en 1937 durante el período más negro de la represión—, pero el pueblo permanece. Solo el pueblo es eterno^[11]».

Uno de los motivos principales de los temores de Stalin era su percepción de la situación internacional. El temor a una URSS aislada y rodeada de enemigos le convenció de que era probable un conflicto entre la URSS y las potencias fascistas o capitalistas. Es posible que Stalin temiese una repetición de lo sucedido en Rusia durante la Primera Guerra Mundial: un sistema traicionado desde dentro mientras se enfrentaba a una guerra exterior. En ese sentido, las purgas habrían sido así una preparación para la guerra.

Las bases jurídicas del régimen fueron establecidas, en gran parte, por el jurista Andrei Vyshinsky, quien señaló: «Por primera vez en la historia, las disposiciones jurídicas coinciden

con principios morales, porque el Derecho soviético encarna la voluntad del pueblo». Vyshinsky plasmó sus teorías jurídicas en la obra *Legalidad revolucionaria en el período contemporáneo*. Según el autor, la ley, a diferencia de lo que sucedía en los estados «burgueses», no era un método para limitar el poder del Estado, sino un instrumento para que las normas del Estado se cumpliesen a rajatabla. La legalidad no podía contradecir lo que deseaba el movimiento revolucionario^[12].

Aunque el sistema había logrado que fuese muy difícil establecer una oposición efectiva al régimen, existieron tentativas de crítica a Stalin, que consideraba todavía posible una oposición efectiva a su liderazgo. En 1930, Mijaíl Riutin, que había sido miembro del Comité Central y secretario del Partido en un distrito de Moscú, fue expulsado del Partido debido a su postura antiestalinista. Continuó viviendo en Moscú, donde trabajaba como economista. Hombre valiente, no se dio cuenta del riesgo que corría su vida. En 1932 se atrevió a publicar un documento titulado *Stalin y la crisis de la dictadura del proletariado* en el que criticaba abiertamente a Stalin, a quien describió como «un sangriento que casi había destruido la Revolución». Llegó a decir que era «el malvado enemigo del Partido y de la dictadura del proletariado». Stalin, furioso, afirmó que Riutin y sus seguidores querían asesinarle y exigió que este fuera ejecutado. Sin embargo, el liderazgo de Stalin todavía no era absoluto y el Politburó se negó a ordenar la ejecución. Riutin fue enviado a un campo donde sobrevivió hasta 1937. Lo que más alarmó a Stalin fue el hecho de que varios miembros del Partido conocían el documento de Riutin y no le habían informado de la existencia del mismo^[13].

El año 1934 fue, sin duda, una fecha decisiva en la carrera de Stalin hacia el poder absoluto. En ese momento comenzó a perseguir no solo a sus contrincantes, sino también a los

miembros del Partido y a sus colegas. Resulta muy complejo explicar los motivos por los que Stalin inició su política de terror. Es posible que sea un hecho más allá de la lógica. Por naturaleza, Stalin era desconfiado, y a medida que envejecía, comenzó a sufrir de una paranoia progresiva. Las purgas no fueron momentos puntuales de la política soviética, sino que se convirtieron en una situación permanente en la vida de la URSS. El terror lo invadía todo y, aunque existieron diversos grados de intensidad, era una realidad con la que se tenía que convivir.

Es posible que el sistema soviético se hallase preparado para una despersonalización del poder similar a la experimentada por la autocracia zarista del último período, que hubiera convertido a Stalin en un elemento más del engranaje del poder. Con esta evolución, la personalidad paranoica de Stalin forzó su oposición a ello, desencadenando el terror con tal de conservar el poder absoluto. Trotski había definido bien a su futuro rival en 1904 cuando señaló: «Los métodos de Lenin llevaron a esto: la organización del Partido sustituye en un principio al mismo, después el Comité Central sustituye a la organización y, finalmente, un único “dictador” sustituye al Comité Central^[14]».

La creencia generalizada en la existencia de una quinta columna fascista facilitó la puesta en práctica de los planes criminales de Stalin, ya que para muchos ciudadanos soviéticos, su crueldad y su desconfianza eran cualidades muy deseables. De esa forma, en los años del terror, Stalin pudo continuar apoyándose en las masas, engañándolas y explotando su deseo de un futuro mejor y su amor por la patria. La visión de Stalin de los ideales de la revolución socialista estuvo marcada por frases ultrarrevolucionarias que evitaban que la gente pudiese discernir sus auténticos motivos. Así, consiguió el apoyo de su pueblo, sin el cual no podría

haberse mantenido en el poder. Al mismo tiempo, tampoco podía situarse fuera del marco del sistema socialista, no podía destruir todos los logros de la Revolución. Al engañar al pueblo, Stalin pudo concentrar sus ataques en los veteranos de la Revolución para presentarlos como enemigos. Sin embargo, no podía enfrentarse directamente a la Revolución, ni aparecer enfrentado al socialismo: «Stalin frenó en gran medida el timón de la historia, pero no podía girar en redondo^[15]». En 1934, sin embargo, parecía que la URSS estaba cambiando. La OGPU pasó a depender del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), bajo la dirección de Genrij Yagoda, un cambio que la gente esperaba que fuese acompañado de una transformación de su naturaleza. Un acontecimiento inesperado pondría fin a esas esperanzas.

ASESINATO EN LENINGRADO. LAS PURGAS POST KÍROV, 1934-1936

Nadie llevaba la cuenta.

N. Kruschev

Como escribió la escritora Eugenia Ginzburg al comienzo de la obra en la que describía su propio arresto en 1937, «aquel año, 1937 [el del Gran Terror] comenzó en realidad el 1 de diciembre de 1934». Ese día, al atardecer, un joven desempleado llamado Leonid Nikolaev, ingresó en el edificio Smolny, cuartel general del Partido Comunista en Leningrado. Las pocas horas de luz del invierno habían finalizado y ya se había hecho de noche. Las luces de la antigua escuela para niñas aristócratas desde la cual Lenin organizó los «diez días que estremecieron al mundo» se encontraban ya encendidas. El vigilante exterior verificó que el pase de Nikolaev estaba en

regla y lo dejó pasar. Nikolaev esperó a su víctima en el tercer piso, y, cuando apareció, mató con un disparo en el cuello a Sergei Kóstrikov, *Kírov*, jefe del Partido en Leningrado. Nikolaev se apuntó después a sí mismo y apretó el gatillo, pero fue derribado de un golpe propinado por un electricista que se encontraba trabajando en el local. Fue el primer y el último asesinato de un miembro del Politburó en la historia de la URSS. Fue «el crimen del siglo», en palabras del historiador Robert Conquest. A lo largo de cuatro años, los rebotes de aquella bala iban a matar a la inmensa mayoría de la élite del Partido e iban a apuntalar de forma brutal el control del régimen estalinista sobre su pueblo.

Kírov era un líder carismático, según uno de sus seguidores, apasionado, convincente, inspirador^[16]. Kírov recorría a pie las calles de la ciudad y detestaba que lo siguieran los guardaespaldas. Aunque leal partidario de Stalin, era mucho más crítico en privado, realizando a menudo comentarios poco prudentes. En las elecciones del Comité Central, Stalin obtuvo mil cincuenta y seis votos frente a los mil cincuenta y cinco de Kírov, aunque posteriormente se supo que se habían destruido una cantidad considerable de papeletas con el nombre de este último. Este despertó enseguida los celos de Stalin, que comenzó a cargarle de trabajo, por lo que la salud de Kírov se resintió. Kírov era un hombre popular que se oponía a la rapidez con la que se estaba llevando a cabo la industrialización y a las medidas contra miembros del Partido. En la retorcida mente de Stalin, Kírov se había convertido en un posible líder para una oposición contra Stalin. «El enemigo —señalaba el diario *Pravda*— no disparó contra la persona de Kírov. ¡No! Disparó contra la revolución proletaria^[17]».

El motivo aparente era la venganza, pues Kírov mantenía una relación sentimental con la mujer del asesino. Otras

versiones apuntan a que Nikolaev se encontraba desesperado por su situación económica, y había pedido un empleo a Kírov. Sin embargo, el asesinato iba más allá de un tema de celos. Es posible también que este crimen hubiese sido aprobado, si no planeado, por el mismo Stalin, aunque un estudio de 1993 concluía que las pruebas contra él se basaban en «datos sin verificar, rumores y conjeturas^[18]». Kruschev, que no era imparcial, afirmó que Stalin había ordenado el asesinato, y Anastás Mikoyán creía que Stalin estaba envuelto de alguna forma en el crimen. La mayoría de las pruebas reunidas hasta ahora (como en el caso del presidente Kennedy y de su asesino, Lee Harvey Oswald) no permiten más que asegurar que actuó por cuenta propia. Resulta extraño que Stalin optase por deshacerse de Kírov mediante un asesinato, haciendo creer de ese modo al pueblo que un líder del Partido, y por tanto él mismo, no era invulnerable. Cuando Stalin deseaba eliminar a un rival, primero lo acusaba de ser un traidor, luego lo mandaba arrestar; entonces se le juzgaba y después se le fusilaba. También podía informar de que había contraído una enfermedad y se le envenenaba, o aparecía muerto en un supuesto accidente de tráfico. La forma en la que se llevó a cabo el asesinato no era realmente «su estilo». Stalin era un gran manipulador e intrigante, pero era también un hombre cauto, y un asesinato como ese podía ser fácilmente descubierto^[19].

Stalin confesó que tras la muerte de Kírov se había «quedado absolutamente huérfano». La hija de Stalin señaló posteriormente: «Kírov solía vivir en nuestra casa. Era uno de los nuestros, un viejo colega y amigo [...]. Era más cercano a nosotros que cualquiera de sus colegas, y mi padre lo necesitaba. Yo nunca podré creer que mi padre estuviera involucrado en su muerte. Sería más lógico ligar su asesinato con el nombre de Beria». La amistad de Stalin con Kírov se

remontaba a la Guerra Civil rusa; como prueba de la cercanía de esta amistad, existe la dedicatoria que Stalin escribió en un ejemplar de su obra sobre Lenin: «A mi amigo y querido hermano, del autor: I. Stalin^[20]».

Algunas personas con perspectiva política podían ver las maquinaciones que estaban teniendo lugar en la URSS, y muchos no podían evitar sospechar que el asesinato de Kírov había sido una provocación que Stalin iba a explotar a fondo. Una joven periodista que vivía y trabajaba por entonces en Rostov, Vera Panova, recordaba que su marido, Boris Vajtin, editor del periódico local, la llamó tarde aquel día 1 de diciembre y le dijo: «¡Vera! En Leningrado han matado a Kírov». Ella recordaba lo que dijo entonces: «“¿Quién le mató?” —pregunté—, pero no recibí respuesta alguna. Sin embargo, yo sé lo que pasará ahora: después de todo, han escrito sobre el incendio del Reichstag. Y esa noche tuve un sueño pero no me atreví a contárselo ni a Boris: ellos mataron a Kírov para comenzar un nuevo terror. ¿Contra quién? Contra los de “izquierdas”, contra los de “derechas”, contra el que quieran. Sin embargo, no puedo dejar de contarle este sueño a Boris por mucho tiempo. Tras mucho vacilar finalmente se lo cuento. Me lanza una extraña mirada y permanece en silencio^[21]».

Stalin no quiso saber nada de la teoría de los celos en el asesinato de Kírov; se trataba de un acto abierto contra él: los conspiradores trotskistas habían asesinado a Kírov. Este contaba con numerosos enemigos, pues había ordenado la persecución de miles de ciudadanos utilizándolos para la construcción del inútil canal entre el mar Báltico y el Blanco, que costó la vida a doscientas mil personas. Stalin, a semejanza del incendio del Reichstag en Alemania, que permitió a Hitler acabar con los comunistas, sacó un gran partido al asesinato. Con su muerte, podría iniciar una ofensiva contra sus

enemigos reales e imaginados. Como afirmó Zhdánov, «todo cambió con la muerte de Kírov». A pesar de que Nikolaev afirmó haber actuado solo y no tener ningún contacto con la oposición, Stalin ya había aprovechado la ocasión. Se desplazó a Leningrado en un tren que circulaba por vías férreas vigiladas por miles de hombres del NKVD, e interrogó personalmente a Nikolaev. Yagoda, que no creyó nunca en la conspiración, desarrolló las posteriores indagaciones del caso con bastante lentitud. Como no conseguía presentar el testimonio adecuado, Stalin le llamó por teléfono y le espetó: «Estate atento o te partiremos la cara^[22]». Al cabo de tres semanas de interrogatorios Nikolaev se vio obligado a confesar «sus relaciones con Trotski» y, como su mujer era letona, también confesó su vinculación con el espionaje letón. Nikolaev sería ejecutado poco después.

Dos horas después de la muerte de Kírov, Stalin firmaba un «decreto contra actos terroristas». En el entierro Stalin se despidió de él diciendo: «Adiós, mi querido amigo, descansa en paz. Nosotros te vengaremos». Con la llamada «Ley Kírov» Stalin se puso por encima de la justicia. Lo verdaderamente importante de la muerte de Kírov fue que representó la última barrera ante el ejercicio sin restricciones de la autoridad. La ley autorizaba a la policía secreta a detener a los sospechosos, a juzgarlos sin defensa y a ejecutarlos. La Ley Kírov se convirtió en el instrumento para destruir a miles de miembros del Partido, a los que se definió como «enemigos del pueblo». Incluso personas cuyo único crimen era llamarse Nikolaev se unieron al «torrente Kírov» hacia Siberia. En diciembre de 1934, Stalin dibujó un esquema de su puño y letra: cualquier oponente a su persona fue adscrito a un «centro de Leningrado» o a un «centro de Moscú», acusados todos ellos de haber conspirado en el asesinato de Kírov^[23].

Tras la muerte de Kírov, la paranoia de Stalin llegó a su

punto más alto. En una ocasión invitó a unos generales a cenar al Kremlin. Al pasar por los largos pasillos protegidos por una enorme cantidad de policías, les dijo a sus generales: «¿Han visto cuántos policías hay? Cada vez que paso por aquí me pregunto: “¿Cuál de ellos será?”. Si este me disparara, sería por la espalda, aquel en la esquina me disparará de frente. Cada vez que paso por aquí pienso eso». Los aterrorizados comandantes no sabían qué decir y se sentaron en la mesa en absoluto silencio^[24]. La imagen de Stalin y sus guardaespaldas era terrorífica. Todo el que les veía acercarse tenía que detenerse de inmediato, apoyar la espalda contra la pared y mostrar las manos para que se comprobase que no escondía ningún arma. El diplomático Anatoli Dobrinin recordaba uno de esos encuentros: «Pegué la espalda a la pared [...]. Stalin no dejó de notar mi confusión y preguntó quién era yo y dónde trabajaba». A continuación le dijo: «La juventud no debe temer al camarada Stalin. Es su amigo^[25]».

Para los jóvenes activistas, en particular para aquellos que rechazaban al «tirano del Kremlin», el asesinato de Kírov era la excusa perfecta para que Stalin y su «banda» lanzaran una campaña de exterminio contra los sectores disidentes del Partido. Consideraron que la muerte de Kírov era el final de la esperanza de democracia en el Partido, una señal de que Rusia «se desangraría hasta la muerte^[26]». Para Stalin el asesinato de Kírov lo había perpetrado un grupo numeroso de trotskistas y radicales de izquierda. Leningrado fue la ciudad que más sufrió por el asesinato de Kírov; miles de sus habitantes fueron encarcelados, lo que provocó que los problemas de vivienda en Leningrado se resolvieran de la noche a la mañana por la represión que siguió a la muerte de Kírov. Parecía que se iba a cumplir la maldición de la mujer abandonada por Pedro el Grande de que la ciudad de Leningrado se quedaría un día sin habitantes. En la sede del NKVD de Leningrado se fusilaba a

doscientos sospechosos al día^[27].

Viktor Serge, uno de los sospechosos que escapó milagrosamente de las purgas, comentaría: «El disparo de Nikolaev desató una era de pánico y salvajismo. La respuesta inmediata fue la ejecución de ciento catorce personas, luego la ejecución de Nikolaev y sus amigos, después el arresto y el encarcelamiento de la corriente de Zinóviev y Kámenev, cerca de tres mil personas; posteriormente la deportación en masa de miles de ciudadanos de Leningrado [...]». La represión la llevó a cabo Genrij Yagoda, jefe del NKVD, que se comparaba a sí mismo con «un perro guardián atado a una cadena». Se trataba de un hombre provinciano que miraba con envidia a los colegas que eran más finos que él.

Un análisis del destino de los representantes en el congreso del Partido en 1934 nos da una idea de hasta dónde llegó la represión. De los mil novecientos noventa y seis delegados que participaron, mil ciento ocho fueron ejecutados en un período de tres años. Se trataba, sin duda, de la victoria de Stalin sobre el Partido. Desde ese momento, el Partido Comunista estaba absolutamente controlado por Stalin. Había dejado de ser un ente separado e independiente: Stalin se había convertido ya en el Partido. Sin embargo, no resulta convincente afirmar sin ambages que el asesinato de Kírov desencadenara el Gran Terror. Si hubiese sido así, no se hubiese producido una calma de dos años antes del inicio de la gran purga. Tras la muerte de Kírov, se produjeron arrestos masivos, pero por otro lado los años 1935 y 1936 fueron relativamente tranquilos para la clase política en el resto de la URSS.

Poco tiempo después de la muerte de Kírov y antes de que Zinóviev fuera arrestado, un joven seguidor suyo se dirigió a su apartamento en Moscú para saber lo que depararía aquel asesinato. «Nos echarán la culpa a nosotros», dijo Zinóviev. Poco tiempo después, miraba por la ventana hacia la calle,

donde tenía lugar una ruidosa manifestación organizada. Los manifestantes gritaban consignas a favor de que los asesinos de Kírov fueran ejecutados. «Esto —sentenció Zinóviev— es el comienzo de una gran tragedia^[28]».

LA GRAN PURGA, 1936-1939

Usted, Sr. Wells, parece estar influenciado por la presunción de que todos los hombres son buenos. Sin embargo, yo no me olvido de que muchos son malvados.

Stalin, 23 de julio de 1934

Con el control absoluto del Partido por parte de Stalin, se esperaba que las purgas se detuviesen. Sin embargo, nada de eso sucedería. Stalin declaró que la URSS se encontraba en «estado de sitio» y solicitó más vigilancia para desenmascarar a los enemigos. Comenzó un juicio contra antiguos colaboradores de Stalin. Lo más sorprendente es que, muy posiblemente por efecto de las torturas, la mayoría reconoció sus «crímenes». Las figuras que se juzgaron en esta nueva oleada de terror fueron tan importantes que por eso ha sido llamada, como ya se ha señalado, el «Gran Terror».

¿Cómo conseguía movilizar Stalin a tantos hombres en sus purgas? Parte de la respuesta se encuentra en que conseguía convertir en cómplices a funcionarios con altos cargos. Aquellos que se negaban o que él temía que no se fueran a plegar, eran destruidos. Rudzutak, por ejemplo, candidato a miembro del Politburó y miembro del Comité Central, fue arrestado en mayo de 1937 y posteriormente ejecutado. En esos días, Stalin ya no consideraba necesario cumplir la regla que obligaba a contar con la aprobación del Comité Central

para arrestar a uno de sus miembros. Otros miembros o candidatos al Politburó a los que aniquiló fueron Kosior, Chubar y Postyshev. Una excepción, por el tiempo que mantuvo el cargo, fue Mijaíl Kalinin, utilizado como una figura simbólica en el puesto de presidente. Cuando uno de sus subordinados, Iván Akulov, fue arrestado, Kalinin intentó mediar a su favor con Stalin que le dijo: «Siempre has sido un liberal, Mijaíl Ivánovich». Y, para dejar más claro lo inútil de tales gestiones, la mujer de Kalinin, Ekaterina, fue detenida y confinada. Durante todo ese tiempo, el presidente nominal del Estado soviético se sentó en el Politburó junto a Stalin, sin cuyas órdenes nadie se habría atrevido a arrestar a su mujer. Fue liberada poco antes de que él muriera, en 1946, y tras su muerte fue enviada al exilio. Otro colaborador al que Stalin consiguió destrozar de esa misma manera fue Otto Kuusinen, un miembro del Komintern cuya mujer e hijo fueron arrestados. Cuando Stalin preguntó a Kuusinen por qué no intentaba la liberación de su hijo, este le contestó: «Evidentemente existían motivos serios para su arresto». En ese momento, Stalin ordenó que su hijo fuera liberado, pero no así su mujer.

Un método para conseguir convertir en cómplices a sus subordinados era pedirles que firmaran con él los documentos condenatorios. Krushev recordaba: «Cuando una investigación concluía y Stalin consideraba necesario que otros firmaran con él en el informe, él lo firmaba en la reunión y después lo hacía circular para que el resto lo firmase sin mirarlo, como si todos supiéramos lo que decía por la información que Stalin nos hubiera proporcionado. Y era así, por decirlo de alguna manera, que aquel documento se convertía en una especie de sentencia colectiva^[29]». Para una mejor comprensión, es posible dividir este período en tres grupos sobre los que se lanzó la represión: la purga del Partido,

la purga del Ejército y la purga del pueblo, además de las últimas purgas, donde se incluyen las llevadas a cabo durante la Segunda Guerra Mundial y el llamado «complot de los doctores». Por supuesto, las líneas entre las diferentes purgas no siempre estuvieron tan claras y se superpusieron en el tiempo.

LA PURGA DEL PARTIDO

La purga de la izquierda

El prelude de la gran purga de 1936 fue una carta secreta desde la sede del Partido Comunista en la que avisaba a las secciones locales del Partido sobre una conspiración del «bloque de izquierda contrarrevolucionario de la tendencia de Trotski: Kámenev y Zinóviev». Estos dos fueron juzgados en Moscú, acusados de estar involucrados en el asesinato de Kírov y de planificar la caída del régimen soviético. Ambos se declararon culpables, muy probablemente debido a la tortura. Cuando Mironov, el comisario del NKVD encargado de la tortura de Kámenev, se presentó ante Stalin sin resultados se produjo esta conversación:

—¿Piensas que Kámenev no confesará? —preguntó Stalin.

—No lo sé —respondió Mironov—, no parece ceder a la persuasión.

—¿No lo sabes? —preguntó Stalin—. ¿Sabes cuánto pesa el Estado, con todas sus fábricas, con sus máquinas, el Ejército con todo su armamento y la Marina?

Mironov y todos los presentes miraron a Stalin con sorpresa.

—Piénsalo y dímelo —le dijo Stalin.

Mironov se rio creyendo que Stalin bromeaba

—¿Te estoy preguntado cuánto pesa todo eso? —insistió Stalin.

Mironov estaba confundido. Stalin le miraba fijamente y esperaba una respuesta. Finalmente, Mironov se encogió de hombros y respondió con voz titubeante:

—Nadie puede saber eso. Serán cifras astronómicas.

—Bueno, ¿y un hombre es capaz de soportar ese peso astronómico? —preguntó Stalin.

—No —respondió Mironov.

—Ahora —concluyó Stalin— no me digas que Kámenev o aquel prisionero es capaz de soportar esa presión. No te presentes ante mí hasta que tengas la confesión de Kámenev^[30].

Stalin exigía así que el NKVD torturase a Kámenev y a Zinóviev «hasta que se arrastren hasta vosotros con las confesiones entre sus dientes^[31]».

Las declaraciones fueron convincentes, pues incluso algunos observadores extranjeros concluyeron que eran culpables. Zinóviev declaró: «Mi bolchevismo deficiente se transformó en antibolchevismo y, a través del trotskismo, llegué al fascismo [...] el zinóvievismo es una variante del trotskismo». Kámenev y Zinóviev consintieron en declararse culpables si no eran fusilados y sus familias recibían protección. «Por supuesto», afirmó Stalin. Bernard Pares, experto británico en temas rusos, señaló: «Casi todos reconocieron haberlo hecho [conspirar contra Stalin] y en este punto no es necesario que dudemos de ellos, sea cual fuere el modo en que de esa gente se obtuvo la prueba. Algunos de estos hombres [...] demostraron con sus últimas palabras durante el proceso que estaban en la cima de su capacidad intelectual. Zinóviev, que había escapado por poco en los procesos anteriores, ahora fue obligado a confesar y murió humillándose, como el cobarde que siempre había sido». Kámenev intentó salvar a sus hijos en el juicio pidiéndoles que no miraran atrás y que siguieran a Stalin^[32]. Fue inútil. En los meses siguientes todo aquel que se apellidaba Kámenev era arrestado.

Años después de la muerte de Stalin, Mikoyán confesó que Stalin envió a Voroshílov a Lubianka para observar la ejecución y confirmar la muerte de Kámenev y Zinóviev. Tras llevar a cabo su misión informó (aunque resulta muy dudoso que repitiese los detalles exactos a Stalin) que, ante el pelotón

de ejecución, Zinóviev gritó: «¡Esto es un golpe fascista!», y Kámenev le dijo: «Estate callado. Muramos con dignidad». Algunas versiones afirman que Zinóviev se agarró a los pies de los agentes del NKVD y les lamio las botas. Sus últimas palabras fueron: «¡No! Eso es exactamente lo que hizo Mussolini. Mató a todos los camaradas socialistas cuando tomó el poder en Italia. Antes de mi muerte quiero expresar claramente que lo que ha sucedido en nuestro país es un golpe socialista^[33]». Los hombres del NKVD se jactaban de ser capaces de hacer confesar a Marx que era un agente de Bismarck. En su último encuentro con Stalin en el Kremlin, este les aseguró que si cooperaban, les perdonaría la vida. Pudo influir también la desmoralización al ser acusados por un Partido al que habían dedicado sus vidas y que consideraban que no podía actuar arbitrariamente. De alguna forma, su reconocimiento de culpabilidad fue el último acto de lealtad para con el Partido. Si altos cargos del Partido reconocían abiertamente su culpa, los miembros menos poderosos del mismo estarían condenados sin remedio.

Los juicios públicos contra Kámenev y Zinóviev fueron una astuta medida de Stalin, que bien podía haberles condenado fuera de la ley. Sin embargo, al hacerlo públicamente, pudo probar a todo el mundo que existía una conspiración contra él y que era imprescindible continuar con las purgas. Sus asesinatos, comparados con lo que se iba a desencadenar, eran, en palabras de Anna Ajmátova, «terror vegetariano^[34]».

La purga de la derecha

Las confesiones de Kámenev y Zinóviev fueron utilizadas para el siguiente paso de las purgas, el ataque contra «los desviacionistas de la derecha». Bujarin, Rikov y Tmsky fueron investigados aunque no se les acusó formalmente. Muchos miembros del Partido se negaron a denunciar a sus camaradas.

Stalin, que intervino personalmente para acelerar el proceso, fue asistido en los años culminantes del terror por dos cómplices capaces: el abogado Andrei Vyshinsky, que fue nombrado fiscal general en 1935, y Nikolai Yezhov, nombrado jefe del NKVD en septiembre de 1936. Yagoda había caído en desgracia y en marzo de 1938 fue condenado a muerte y ejecutado dos días después. Se dice que Yezhov estuvo presente en la ejecución de su antecesor y ordenó que fuese golpeado antes de pegarle un tiro. Yezhov se convirtió en sinónimo de terror. Se trataba de un alcohólico propenso a estallidos de violencia contra sus compañeros, un auténtico depredador sexual que seducía a cualquier mujer independientemente de su edad. Un colega suyo comentó: «No conozco a un trabajador más ideal. Después de encomendarle una tarea, puedes dejarlo a su aire y no vigilarlo más; estate seguro de que la hará». Sin embargo, había un problema: «No sabe parar». Un observador comentó: «A lo largo de mi larga vida no conocí una personalidad más repelente que la de Yezhov^[35]».

Le encantaba organizar orgías con prostitutas, aunque también era un entusiasta bisexual. Se hundía periódicamente en fuertes depresiones y bebía en exceso. Durante su reinado de horror, Yezhov hizo que fusilaran a algunos de sus benefactores e incluso a sus compañeros de cama. Los siguientes dos años serían tristemente conocidos como la *Yezhovschina*, o «era de Yezhov». El término había sido acuñado originalmente por Boris Pasternak, que había hecho mención de la *shigalyovschina*, en alusión al protagonista de la novela de Dostoyevski *Los endemoniados*, que presenta una distopía en la que reinan la denuncia y la vigilancia.

Yezhov era casi un enano de voz aguda. Sus colegas jugaban con el significado de su nombre en ruso y le llamaban «Erizo de hierro». Los dos años de la *Yezhovschina* dieron lugar, según algunas fuentes rusas, a la ejecución de seiscientas

ochenta mil personas^[36]. Nadie en tiempos de paz ha llevado a tanta gente a la muerte y en un lapso tan breve. Deshacerse de los cuerpos fue un problema (al igual que para los nazis). En algunas ocasiones las víctimas eran llevadas a las zonas donde los oficiales tenían sus dachas, y, tras cavar sus propias tumbas, eran ejecutados para que después sobre ellas se pudiesen plantar árboles y construir chalés de madera. La ejecución recibía oficialmente el nombre de «máxima medida punitiva», abreviada como VMN por sus siglas en ruso, aunque Stalin utilizaba la expresión «la obra negra». Yezhov llamaba al NKVD su «secta secreta». En una ocasión, Kruschev se fijó en que Yezhov llevaba unas manchas rojas en su camisa y le preguntó de qué eran (aunque debía de saberlo muy bien). Yezhov le respondió que se sentía orgulloso de llevar esas manchas, pues eran de los enemigos de la Revolución.

Yezhov envió en una ocasión una lista a Stalin: «Camarada Stalin, le envío para su aprobación cuatro listas de personas que serán juzgadas: Lista 1: (General). Lista 2: (Antiguo personal militar). Lista 3: (Antiguo personal del NKVD). Lista 4: (Mujeres de los enemigos del pueblo). Requiero aprobación para que todos sean condenados al primer grado (muerte por ejecución)». Las listas fueron examinadas por Stalin y Mólotov. En cada una de ellas escribieron: «Aprobada: J. Stalin, V. Mólotov^[37]». El instrumento jurídico para combatir el terrorismo antiestatal era normalmente el artículo 58 del Código Penal ruso de 1926, que definía de forma vaga una serie de crímenes contrarrevolucionarios y terroristas que llevaban aparejadas diversas penas de prisión. Su vaguedad hacía que ese artículo se aplicase con enorme flexibilidad.

Fue una época de terror brutal, que se identificó directamente con la figura del jefe del NKVD, nunca con Stalin. Por su parte, Stalin declaraba que «una muerte es una tragedia, un millón es solo una estadística^[38]». Los detenidos en

la cárcel de Lubianka sabían bien cuándo se iba a llevar a cabo una ejecución, pues aparecían varios guardias en la celda. A veces había tiempo para despedirse y entregar las pocas pertenencias que llevara encima el prisionero a otro compañero de celda. Después se llevaba a los condenados a la sala de ejecución, donde se les disparaba una bala en el cuello. Un doctor firmaba entonces el certificado de defunción. La ejecución con ese tipo de pistola no era tan humana como se señalaba: de los 9432 cuerpos exhumados en la zona de Vínnytsia, 6360 habían precisado un segundo disparo, setenta y ocho un tercero, y dos un cuarto, mientras que otros hubieron de ser golpeados después con un objeto contundente para provocarles la muerte^[39].

En un banquete en honor del comunista búlgaro Dimitrov, Stalin anunció que todo miembro del Partido que tratara de debilitar el poderío de la URSS sería eliminado: «Lo aniquilaremos físicamente junto con su clan. Por la destrucción de los traidores y su línea vil». Para el embajador británico en Moscú parecía plausible tanto que Stalin fuese un «maniaco homicida», cuya paranoia estuviera siendo explotada por una «banda de espías sedientos de sangre», como que fuera un «tirano frío y calculador» que asesinaba sistemáticamente a sus oponentes^[40].

El centro trotskista antisoviético

Un juicio en 1937 de diecisiete comunistas acusados de pertenecer al «centro trotskista antisoviético» y de espiar para Alemania reveló nuevos datos para proceder contra Bujarin y la derecha. Entre los acusados se encontraban Radek y Piatakov, antiguos protegidos de Lenin. Las acusaciones de Radek incriminando a su amigo Bujarin le salvaron la vida, aunque falleció dos años más tarde en un campo de trabajo. En 1936 Bujarin ya estaba convencido de que sería la siguiente víctima de Stalin. En una visita que realizó a Francia en la

primavera de ese año, describió a Stalin como vengativo, como un demonio maligno que no era capaz de soportar la existencia de nadie que fuese superior a él. Bujarin se reunió en París con el escritor Ilyá Ehrenburg y le dijo que Stalin utilizaría sus contactos con mencheviques en Francia en su contra. Bujarin era muy pesimista sobre el futuro: «Acabará con todos nosotros [...] Es Satán, todos estamos condenados^[41]». Tras estudiar el período de los papas Borgia, Bujarin realizó un símil con la verdadera naturaleza del estalinismo: «Entre los papas no había solo criminales, también había verdaderos maestros de actos sucios y sangrientos, virtuosos del crimen». Bujarin no se hacía ilusiones sobre su futuro y le dijo al escritor André Malraux: «Y ahora me va a matar^[42]».

Bujarin se percató de que Stalin era un maestro del engaño y que estaba utilizando las discusiones públicas sobre la «constitución más democrática del mundo» como cortina de humo para transformar el régimen soviético en algo que se asemejaba a uno fascista. Publicó un artículo sobre el proyecto de constitución, en el que comenzaba explicando lo que quería decir con «dictadura terrorífica». Poco después, intentó que sus lectores supieran lo que sucedía en la URSS. Como era imposible hacerlo de forma abierta, lo hizo con eufemismos. El artículo apareció en *Izvestia* el 6 de julio de 1936 y fue el último con su firma. En el mismo indicaba que la «historia real» no había seguido las rutas previstas originalmente. Algunos «falsos profetas» (Stalin) habían fracasado en prever que el fascismo emergería como el principal problema internacional. Era una «paradoja de la historia», seguía el artículo, que aunque las masas fueran consideradas por los ideólogos del fascismo como «subhumanos», los dirigentes tuvieran que engañar al pueblo creando la ilusión de estar con ellos. En realidad, mientras que el socialismo elevaba a las masas, enriquecía el contenido de la personalidad y aumentaba

«las funciones intelectuales», el fascismo «crea una masa despersonalizada» con una disciplina ciega, con una obediencia absoluta; el engaño era, por tanto, la esencia del fascismo. El artículo intentaba advertir al pueblo de que no se tomase demasiado en serio la Constitución. Se trataba tan solo de una pantalla decorativa detrás de la cual Stalin estaba intentando crear, a través de una gigantesca purga, un nuevo régimen soviético de formas fascistas, una negación de los ideales marxistas de la Revolución bolchevique. Sería un régimen totalmente despótico basado en el terror y la supresión de la *intelligentsia* («las funciones intelectuales»)^[43].

Transcurrieron varios meses antes de que Bujarin fuera detenido, pero tuvo que vivir casi como un recluso en el Kremlin, pasando, irónicamente, gran parte de su tiempo en el antiguo dormitorio de Stalin. Desde aquella anómala situación realizó llamamientos desesperados a los miembros del Politburó. En uno de ellos expresaba su felicidad porque los «perros» Zinóviev y Kámenev hubieran sido fusilados pues las acusaciones de este último contra él estaban tan «monstruosamente construidas» que sentía que había perdido todo sentido de la realidad: «¿Se trata de un sueño, de un milagro, de un manicomio, de una alucinación?»^[44]. Pensó en suicidarse, pero le faltó el valor para apretar el gatillo del revólver que le había entregado Voroshílov. Llegó a declararse en huelga de hambre, de la que tuvo que retractarse ante el Comité Central, pero señaló que no diría mentiras sobre él como habían hecho Kámenev y Zinóviev. Mólotov le gritó: «Si no confiesas eso, probará que eres un mercenario fascista [...] Te arrestaremos y confesarás^[45]».

Bujarin cometió el error de implorar a Stalin, algo que a este le producía una enorme satisfacción:

Si se me perdonase la vida, pediría ser enviado a América por un número «x» de

años. A favor: podría montar una campaña publicitaria sobre los juicios, lanzar una guerra a muerte contra Trotski y ganarme a grandes segmentos de la *intelligentsia* vacilante. Sería de hecho un antitrotskista y lo haría con una enorme energía y entusiasmo. Podrías enviar a un agente preparado de la Checa conmigo y, como garantía adicional, dejaría a mi mujer aquí durante seis meses mientras demuestro lo bueno que soy atacando a Trotski. O, si existen dudas sobre esto, destiérrame veinticinco años si lo deseas a Pechora o Kolymá, a un campo donde yo pueda organizar una universidad, unos institutos, una galería de retratos o museos naturales o fotográficos. Aunque, a decir verdad, tengo muy pocas esperanzas de que eso se produzca. Iosif Vissariónovich, en mí has perdido uno de tus mejores generales y uno de los más devotos a ti. Pero me estoy preparando espiritualmente para dejar este valle de lágrimas y solo siento hacia ti y hacia el Partido el mayor de los amores. Te abrazo con mis pensamientos, adiós para siempre y piensa bien de tu infeliz N. Bujarin^[46].

Yezhov contaba ya con la evidencia que buscaba. En 1938 se llevó a cabo el tercero de los grandes juicios. Bujarin, Rikov y otros dieciocho «derechistas trotskistas» fueron acusados públicamente de varios cargos, incluidos los de sabotaje, espionaje y conspiración para asesinar a Stalin. Entre los acusados se encontraba Yagoda, signo evidente de que el terror estaba devorando a los suyos. Antes del juicio, Bujarin señaló: «Me siento impotente ante la maquinaria diabólica que, utilizando métodos medievales, ha llegado a tener tal poder que es capaz de fabricar difamaciones». Bujarin escribió una carta a los líderes comunistas del futuro en la que afirmaba ser un buen comunista que había sido transformado en un villano por la policía secreta para dar satisfacción a la «mente enferma y desconfiada de Stalin^[47]». Bujarin temía por su mujer y su hija. Su miedo llegó a tal punto que comenzó a sufrir «delirios y alucinaciones». Realizó reiteradas peticiones a Stalin para que investigara las acusaciones que estaban envenenando su vida: «¡Interrogadme!», pedía desesperadamente. Según manifestó, los interrogatorios desintegraban a las personas por dentro, provocando la paralización de la voluntad^[48].

El científico Ilyá Zbarski, que asistió al juicio de Bujarin, se

quedó tan impresionado por la lectura de la sentencia que escribió: «Esas afirmaciones me causaron tanta impresión que quedé convencido de que los hombres eran culpables». Al hablar Bujarin, algunos espectadores le gritaron «¡Cerdo!», aunque es posible que fueran hombres del NKVD. Bujarin intentó defenderse, pero fue silenciado por los jueces y condenado a ser fusilado junto con el resto de acusados. En realidad, Bujarin estaba lejos de ser realmente un animal político. Según Trotski, era un estudiante perpetuo de política. Para Stalin, Bujarin era «un típico representante de la decadente inteligencia sin carácter de la política^[49]». No contaba, sin duda, con la fortaleza de un Lenin, ni con la falta de escrúpulos de Stalin. Al final, pareció comprender por qué debía morir: «Stalin ha concebido un plan importante y audaz para realizar una purga general: a) en relación con el período anterior a la guerra, y b) con una transición a la democracia. Esta purga afecta a: a) los culpables; b) los sospechosos, y c) los sospechosos en potencia. En este caso, yo no podría ser excluido. Unos son inhabilitados de una manera, otros de otra y otros de un tercer modo. [...] Los grandes planes, las grandes ideas y los grandes intereses están por encima de cualquier cosa y sería mezquino interponer la causa de mi propia persona entre las misiones históricas y universales que descansan, en primer lugar, sobre tus hombros [los de Stalin^[50]]».

Conociendo su suerte, Bujarin intentó que, al menos, se le otorgara una muerte no dolorosa: «¡Ten piedad de mí! Si el veredicto es la muerte, déjame que sea con morfina^[51]». El 15 de marzo de 1938, la noche en que fue fusilado, Bujarin escribió a Stalin una breve nota en la que le preguntaba: «Koba, ¿por qué necesitas que yo muera?»^[52]. Pero Stalin quería sangre. El juicio fue, en palabras de Trotski, la culminación de la «fantasmagoría judicial». A pesar de la injusticia manifiesta

del juicio, Bujarin aceptó la infalibilidad del Partido y de Stalin. Él mismo no había sido ajeno a la violencia. Le gustaba repetir que aquellos que no pueden gobernar con la justicia deben hacerlo con el hierro. Durante la Guerra Civil, afirmó: «Los jorobados solo se curan con la muerte». Había sido uno de los grandes impulsores de la carrera de Stalin y había apoyado siempre a la Checa. El profesor Iván Pavlov se había opuesto al ingreso de Bujarin en la Academia de Ciencias, señalando que «estaba cubierto de sangre hasta las rodillas^[53]».

Mucho se ha escrito de la alternativa de Bujarin al sistema estalinista, pero conviene recordar que este había comenzado su carrera en el ala revolucionaria extrema y que, como miembro destacado del Politburó, había apoyado una serie de medidas autoritarias introducidas en los años veinte. La historia de la URSS fue reescrita para borrar el nombre de Bujarin y dar la versión de Stalin. Sin embargo, a largo plazo, Bujarin venció. Su llamamiento a las generaciones futuras en una carta que escribió a su mujer antes de morir no fue en vano. En la década de 1980 sus ideas comenzaron a atraer una creciente atención entre aquellos que buscaban el «socialismo de rostro humano», desde Checoslovaquia hasta Hungría y China, y en 1988, cincuenta años después de su juicio, una nueva generación de líderes del Partido en la URSS rehabilitó su nombre.

Stalin nunca se cansaba de revisar listas de posibles «enemigos del pueblo». Contaba con una memoria diabólica: «Camarada Yezhov, presta atención a las páginas 9-11, acerca de Vardanyan. Actualmente es secretario del Comité del distrito Taganrog. Se trata, sin duda, de un filotrotskista». Se «prestó atención» y Vardanyan desapareció para siempre. En uno de los informes sobre el arresto de un grupo de miembros del Partido, Yezhov escribió: «La información sobre otro grupo de sospechosos está siendo verificada». Stalin le dijo:

«Deberías estar arrestando, no verificando^[54]».

El asesinato de Trotski

Stalin jamás olvidaba una afrenta y, por supuesto, nunca olvidó a su principal enemigo, Trotski, que, exiliado, viajó a Turquía, Francia y Noruega antes de asentarse definitivamente en México, único país que le otorgó el estatus de refugiado político. Desde su expulsión de la URSS, Trotski había aparecido siempre en la mitología soviética como una figura diabólica, responsable de una inmensa conspiración cuyos tentáculos estaban siendo continuamente descubiertos por un vigilante NKVD.

En 1933 Trotski decidió crear una Cuarta Internacional para rivalizar con el Komintern de Stalin. Se fundó en París bajo el nombre de «Partido Mundial de la Revolución Social», aunque al mudarse a México Trotski ya no tenía una gran influencia sobre los acontecimientos en Europa. Se convirtió en una celebridad internacional y se dedicó a escribir libros y artículos de prensa. No cesó en ningún momento en sus ataques a Stalin, afirmando que este tan solo buscaba su propio beneficio ignorando los verdaderos intereses del proletariado. Desde su exilio, Trotski comentaría sarcásticamente: «Tengo razón al señalar que nunca he valorado lo suficiente a Stalin como para odiarle». Trotski fundó el *Boletín de la Oposición*, que se convirtió en la principal salida de sus ataques contra Stalin. Algunos audaces colaboradores de Trotski intentaban introducir ejemplares en la URSS, aunque corrían enormes riesgos. A Yákov Blyumkin, al que le confiaron dos cartas para introducir en la URSS, le detuvieron al llegar y fue fusilado. Stalin hizo uso con su rival de una nueva forma de tortura: el miedo constante a ser asesinado. Que Trotski sobreviviese hasta 1940 fue probablemente debido a la quiebra del departamento extranjero del NKVD como resultado de las purgas de Yezhov y de Beria y a las dificultades que surgieron

por la defección de algunos destacados oficiales del citado organismo.

La organización del asesinato de Trotski fue asignada a Nahum I. Eitingon, un alto funcionario del NKVD al que se le proporcionaron fondos casi ilimitados. Eitingon se desplazó a México acompañado de Vittorio Codovilla (uno de los fundadores del Partido Comunista Argentino y hombre de confianza de Stalin) y Vittorio Vidali, un conocido asesino que había actuado en España durante la Guerra Civil.

El Partido Comunista Mexicano y su líder, Hernán Laborde, no eran partidarios de emprender el asesinato de Trotski. Como parte de la operación contra Trotski, Laborde y sus colaboradores fueron purgados y sustituidos por un grupo más fiel a Moscú, con el artista mural mexicano David Alfaro Siqueiros a su cabeza. Adoptando el nombre de Leonid, Eitingon organizó el primer intento para acabar con Trotski.

Conocedor de que era un objetivo evidente para los agentes del NKVD, Trotski convirtió su vivienda en Coyoacán, a las afueras de la capital mexicana, donde vivía con su mujer Natalia Sedova, en una fortaleza con vigilantes noche y día apoyados por voluntarios trotskistas. En mayo de 1940 sobrevivió a un intento de asesinato cuando su casa fue ametrallada por falsos policías dirigidos por Siqueiros. Trotski y su mujer se salvaron echándose al suelo. Siqueiros fue arrestado en septiembre de 1940, pero las presiones políticas surtieron efecto, de modo que el tribunal aceptó que los trescientos disparos realizados contra los dormitorios de Trotski se habían ejecutado sin intención de matar a nadie. Incluso la evidencia de que Siqueiros, tras conocer que Trotski seguía vivo, había afirmado «¡Todo ese trabajo en vano!» fue descartada. Mientras Siqueiros se encontraba en libertad bajo fianza, una conveniente invitación para pintar murales en Chile, a instancias del poeta comunista chileno Pablo Neruda,

llevó a Siqueiros a eludir a la justicia.

La familia de Trotski fue diezmada por órdenes de Stalin. Su madre desapareció de Leningrado en 1936. Su hijo, Sergei Sedov, que tuvo el valor de permanecer en la URSS, fue detenido en 1935, enviado a Siberia y ejecutado en 1937. Su hermano mayor Lev Sedov había manifestado: «No sirve de nada seguir titubeando. Es preciso matar a Stalin^[55]». Su comentario fue rápidamente transmitido a Moscú por Mark Zborowski, un joven polaco confidente de Sedov, lo que demuestra la capacidad de infiltración de los servicios de seguridad soviéticos. Posteriormente, sufrió un ataque de apendicitis en París. Por temor a los agentes de Stalin, cometió el error de hospitalizarse en una clínica privada dirigida por emigrados rusos, donde se registró bajo un nombre falso. De nada le serviría, pues fue envenenado por agentes de Stalin. Ninguna medida de seguridad era suficiente para defenderse de su ira. La determinación de este por acabar con la vida de Trotski se endureció cuando supo en 1936 que Trotski estaba escribiendo *La revolución traicionada* y una biografía de Stalin, libros que expondrían, sin duda, al mundo la naturaleza criminal del líder de la URSS.

En realidad, el enemigo de Trotski ya se encontraba dentro de su protegida vivienda. El 20 de agosto de 1940, un antiguo teniente del Ejército republicano español, Jaime Ramón Mercader, un agente de Stalin que había conseguido ganarse la confianza de Trotski seduciendo a la hermana de su secretaria bajo el seudónimo de Jacques Monard, consiguió finalmente introducir un piolet en la casa con el que asestó un golpe mortal en la cabeza de Trotski^[56]. Mercader era un experimentado alpinista y de ahí su elección del piolet como arma. Le presentó un artículo a Trotski para que lo examinase. Trotski contaba con dos revólveres en su mesa y el interruptor de un sistema de alarma al alcance. Sin embargo, en cuanto

comenzó a leer el artículo de Mercader, el asesino extrajo su piolet y le propinó un «golpe tremendo». Según manifestaría Mercader, su víctima dio un grito terrible y desgarrador: «Lo oiré hasta el final de mi vida», afirmó^[57].

A pesar de las graves heridas, Trotski sobrevivió veintiséis horas. Se hizo todo lo posible por reanimarle, pero varios puntos vitales de su cerebro habían sido destrozados. Antes de entrar en coma, Trotski pudo pronunciar: «Siento que este es el final... Esta vez... lo han... conseguido». Mercader dejó una carta en la cual afirmaba que inicialmente había sido un fiel partidario de Trotski, «dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre por él». Sin embargo, una vez en México, vio al líder como un criminal contrarrevolucionario al servicio de gobiernos capitalistas^[58].

Trotski falleció el 21 de agosto de 1940. Antes de su misión, a Mercader se le había indicado que tan solo estaría ejecutando «una sentencia justa» dictada en Moscú. Ramón Mercader, que había esperado salvarse como Siqueiros, pensando que el juez aceptaría su tesis de que estaba enseñando a escalar a Trotski, sería condenado a veinte años de cárcel, en los que se declararía como un desilusionado seguidor de Trotski. En la URSS el diario *Pravda* informó, con un retraso de tres días, que el «espía internacional» había sido muerto por uno de sus partidarios cercanos.

La predicción de Trotski sobre Stalin se hizo realidad: «Busca golpear, no las ideas de su oponente sino contra su cráneo». El asesinato de Trotski completó el terror desatado contra una generación de viejos bolcheviques. Antes de ser asesinado, Trotski diría certeramente sobre Stalin: «Nerón también era un producto de su época. Sin embargo, tras su muerte sus estatuas fueron destruidas y su nombre borrado de todas partes. La venganza de la historia es más terrible que la del más poderoso secretario general». A su salida de prisión,

Ramón Mercader sería condecorado como héroe de la URSS y declararía, citando a Trotski: «El terror puede ser muy efectivo contra una clase reaccionaria que no desea dejar el escenario^[59]». En esas palabras encontramos una curiosa relación entre víctima y verdugo. Trotski murió víctima de las tácticas terroristas que siempre había propugnado. Las ideas del jacobinismo bolchevique, firmemente sembradas por Trotski en la Revolución rusa, regresaron para golpearle mortalmente con la fuerza y la precisión de un búmeran.

LA PURGA DE LAS FUERZAS ARMADAS

*Sabrán pronto que nuestras balas
son para nuestros propios generales.*

La Internacional (letra original)

El control de Stalin sobre la URSS no estaría completo hasta que pudiese dominar también a las enormes Fuerzas Armadas rusas. Un ejército de tres millones de hombres era una fuente permanente de inquietud para Stalin, por lo que lo principal para él era su disciplina y su determinación ideológica. La purga del Ejército ilustra bien el poder de Stalin y, consecuentemente, la total ausencia de oposición efectiva a su poder. No se estaba enfrentando con políticos débiles que se hubieran «aburguesado» tras años de buena vida sino con oficiales que, en muchos casos, eran personas de reconocido valor y con hazañas militares en su haber.

Sabiendo que la lealtad militar hacía muy difícil una purga del Ejército basada en acusaciones de sus compañeros, Stalin tomó la medida preliminar de llevar a cabo cambios en la cúpula militar que hacían mucho más difícil la resistencia

organizada. Tras estas medidas, el fiscal general, Andrei Vyshinsky, anunció en mayo de 1937 la existencia de una «gigantesca conspiración» en el Ejército Rojo. Un testigo de las purgas escribiría: «Yo creía en la verdad de lo que leía. Creía que existía realmente una conspiración militar, que los participantes tenían conexiones con Alemania y deseaban llevar a cabo un golpe de Estado fascista en nuestro país. En aquel momento no contaba con ninguna otra explicación para lo que estaba sucediendo^[60]». Incluso los miembros más cultos e informados de la élite soviética estaban dispuestos a aceptar las mentiras sobre conspiraciones trotskistas debido a que «la impredecible, incomprensible y traicionera realidad diaria del sistema soviético alimentaba percepciones de una conspiración omnipresente^[61]».

El NKVD contaba en sus celdas con un comandante de brigada llamado Medvedev que fue elegido para traicionar a sus superiores. Fue torturado para que confesase la evidencia necesaria. El jefe de la inteligencia extranjera del NKVD recordaría posteriormente que las noticias eran analizadas como una «auténtica conspiración». En el Kremlin pudo observar un verdadero pánico, todos los países fueron declarados inválidos y las tropas del NKVD fueron puestas en estado de alerta. El mariscal Mijaíl Tujachevski, junto con otros siete generales, todos ellos «héroes de la Guerra Civil», fueron arrestados y acusados de alta traición. Tujachevski era una figura muy popular en el Ejército Rojo; joven, guapo y seguro de sí mismo. Stalin lo apodaba Napoleonchik. El compositor Shostakóvich realizó una descripción de Tujachevski, pues les había unido la afición de construir violines. Lo describía como una «persona muy ambiciosa e imperiosa» que parecía ser «el elegido por la Fortuna», la personalidad más destacada del Ejército Rojo, impetuoso y generoso. No soportaba a los idiotas, por lo que era odiado por

varios de los militares más cercanos a Stalin, como Voroshílov y Budenny.

Stalin no ordenó el arresto inmediato de Tujachevski, sino que se dedicó a jugar con él. Tujachevski había sido elegido para representar a la URSS en la coronación del nuevo rey británico Jorge VI de mayo de 1937. El 4 de mayo de ese año, conforme se acercaba el momento del viaje a Londres, la Embajada británica fue informada de que, debido a motivos de salud, Tujachevski no podría acudir a la ceremonia. A él (que no estaba enfermo) se le indicó que su asistencia había sido cancelada porque se había descubierto un oscuro complot para asesinarle en Londres. Mientras tanto, el mariscal presidió el desfile del primero de mayo en la plaza Roja.

Inmediatamente después, Tujachevski fue nombrado para tomar el mando del Distrito Militar del Volga, un puesto a todas luces inferior a su posición. Se trataba de un plan preconcebido con el fin de alejar a los elegidos para la purga de sus bases de poder, de manera que no pudiesen ofrecer una resistencia eficaz. Tujachevski debió advertir que algo se estaba tramando, pues a sus colaboradores les pareció nervioso y deprimido. Al parecer su pelo encaneció en tan solo dos meses. Poco después de incorporarse a su nuevo puesto, fue convocado a una reunión local de oficiales políticos. Nunca regresó a su casa. Su mujer, al tener conocimiento de su detención, se trasladó a Moscú para intentar interceder por él, pero fue arrestada con su familia, como era habitual en el caso de los traidores. Sería ejecutada con dos de los hermanos de Tujachevski, mientras que tres de las hermanas de este fueron enviadas a los campos. Su hija, que tenía doce años cuando murió su padre, fue sentenciada a cinco años cuando llegó a los diecisiete por ser «socialmente peligrosa». Su mujer, Nina, al parecer perdió el juicio y fue llevada a los Urales en camisa de fuerza. Dos anteriores esposas de Tujachevski fueron

arrestadas y enviadas a los campos^[62]. Su hija y tres hermanas sobrevivieron a los campos y pudieron asistir a un acto en su memoria en 1963.

Las primeras víctimas fueron ocho altos mandos enviados a la prisión moscovita de Lefortovo para detenidos especiales, a los cuales se les arrancaron confesiones con tortura. En la mayoría de los casos, la única evidencia para afirmar que había existido colaboración con Alemania fueron las visitas que habían realizado los oficiales soviéticos a ese país en la década de los veinte durante el período de colaboración militar entre ambos países. Se hicieron enormes esfuerzos para encontrar cualquier tipo de evidencia. La primera víctima en ser interrogada fue un comandante llamado Feldman, que fue entregado a los interrogadores del NKVD, los cuales se dedicaron a torturarlo en una celda. Un día después se le dio el mismo tratamiento brutal a Tujachevski, que confesó ser un traidor. Cada víctima arrastraba a amigos y colegas para intentar poner fin a su tortura. Para gran satisfacción de sus torturadores, Tujachevski continuó proporcionando nombres hasta la víspera de su juicio. Por su parte, los colaboradores de Stalin competían entre sí para escribir con estilo las condenas a muerte. Una de las favoritas de Mólotov era: «Dadle al perro una muerte de perro^[63]».

Con la excusa de evitar un golpe de Estado, las fuerzas del NKVD actuaron con celeridad y en esa ocasión los juicios fueron secretos. A Tujachevski se le acusó de espiar para Alemania y Japón con pruebas aportadas por la inteligencia alemana a petición del NKVD. Ante las preguntas sobre su relación con el espionaje, Tujachevski respondió: «Siento que estoy soñando^[64]». Tujachevski y Jonah Yakir, comandante del Distrito Militar de Kiev, murieron expresando su lealtad a Stalin, el cual tan solo horas antes había dado la orden personal de que fueran ejecutados^[65]. En su condena a muerte intervino

también la actitud personal del presidente del tribunal, el mariscal Voroshílov, celoso de la popularidad de Tujachevski, ejemplo evidente de que el sistema represivo funcionó por intereses múltiples. La gran mayoría de los que fueron arrestados y fusilados eran personas a quienes Stalin ni siquiera conocía. Cientos de científicos y de diseñadores de armas fueron arrestados por la sospecha de que tenían algún tipo de relación con los mariscales en desgracia.

Tras la ejecución de los altos mandos, la purga continuó con el resto de los oficiales de mayor graduación. El mariscal Yegerov fue ejecutado en marzo de 1938 tras obligar al NKVD a su mujer a confesar que era un espía polaco. El mariscal Blyukher, uno de los más famosos de los generales de la Guerra Civil y que había sido juez en el juicio de Tujachevski, fue arrestado en octubre de 1938, y golpeado personalmente por Beria en su oficina de Lubianka. A pesar de ser brutalmente torturado, fue el único de los altos mandos que no confesó. Se le torturó tan cruelmente que cuando su mujer consiguió verlo en prisión, no lo reconocía, pues parecía «haber sido atropellado por un tanque». Falleció el 9 de noviembre de 1938 a causa de un coágulo de sangre en el pulmón, ciego de un ojo y con los órganos internos destrozados. Sorprendentemente, se dejó con vida al antiguo general de Estado Mayor zarista, Boris Shaposhnikov, que se convirtió en el único de los tres jueces del juicio a Tujachevski que se salvó. Al parecer, Stalin sentía verdadera admiración y respeto por su figura. Cuando Stalin se encontró con el oficial Konstantin Rokossovsky, al ver que le faltaban las uñas, le preguntó si se le había torturado; ante la respuesta afirmativa del oficial, el líder de la URSS se limitó a decir: «En este país hay demasiados pelotilleros que dicen a todo que sí^[66]».

Desde el anochecer hasta la madrugada los hombres del NKVD trabajaban sin cesar para capturar a todos los

«conspiradores». La carta que escribió a su mujer E. Shchadenko, miembro de una comisión especial para liquidar a los conspiradores entre las tropas del Distrito Militar de Kiev, nos proporciona una pista de la forma de trabajar: «18 de julio de 1937. Mi querida Marusyenka: Te escribo desde la antigua capital de Rusia, Kiev. Tengo tanto trabajo que no puedo salir de mi cuartel general hasta las dos o tres de la mañana. Los cerdos llevan años haciendo sus sucios trucos y nosotros tenemos que conseguir resultados en cuestión de semanas, o como mucho un mes». Ese mes, Shchadenko envió personalmente a miles de personas a ser ejecutadas^[67]. Un general describió su arresto: «A las dos de la mañana golpearon a mi puerta de la habitación del hotel. “¿Quién es?”, pregunté. Una voz de mujer me respondió: “Un telegrama para usted”. “Obviamente de mi mujer”, pensé mientras abría la puerta. Tres hombres uniformados entraron en mi cuarto y uno de ellos me espetó que estaba arrestado^[68]».

El caso del LVII Cuerpo Especial del Ejército Rojo resulta muy ilustrativo de la locura de las purgas contra el Ejército. En 1937 este cuerpo había sido enviado a Mongolia pues existía el temor de que se produjesen incursiones japonesas desde Manchuria. Los soldados sufrieron enormemente en ese remoto lugar y la moral era muy baja. No faltaban además los accidentes debido al pobre mantenimiento de los vehículos. Su situación tan lejana daba la impresión de que les salvaría de las purgas. Sin embargo, en el verano de 1937, en plena psicosis de «conspiraciones» en el alto mando del Ejército Rojo, el alargado brazo de la ley soviética alcanzó de pleno al desmoralizado LVII Cuerpo.

Hasta allí se desplazó un departamento especial del NKVD para «desenmascarar y liquidar a los participantes en la conspiración militar». Se inventaron decenas de «conspiraciones» en una investigación que duró trece meses y

en la que un complot llevaba a otro. En los informes se podían leer acusaciones como: «sirvió con Kolchak [comandante de los ejércitos blancos durante la Guerra Civil]», «participante en una organización trotskista contrarrevolucionaria», «conspiración militar-fascista», «lleva a cabo sabotajes», etc. El comisario del Cuerpo de Ejército, A. P. Prokofev, fue llevado a Moscú y detenido. Su sustituto fue enviado a Mongolia y, en consonancia con la locura que se había instalado en la URSS, fue «desenmascarado» también como «conspirador fascista» y destituido.

La Marina soviética mantenía por su propia naturaleza contactos con extranjeros, por lo que se convirtió también en el blanco de las sospechas del régimen. Los buques soviéticos llevaban a cabo visitas de cortesía a puertos extranjeros y navegaban por aguas internacionales. Durante la Segunda Guerra Mundial las circunstancias «sospechosas» aumentaron, debido a la colaboración con la Royal Navy británica en las rutas de convoyes aliados por donde se suministraban armamento, alimentos y maquinaria a la URSS. Uno de los principales protagonistas de la novela *Un día en la vida de Iván Denísovich*, de Alexander Solzhenitsyn, es Buynovsky, «el Capitán», que había estado destinado un mes entero en un buque británico como oficial de enlace: «Entonces, tras la guerra, un almirante británico que debía haber tenido más sentido común, me regaló un recuerdo con una inscripción que rezaba: “Con el agradecimiento”. Me quedé realmente sorprendido y lancé todo tipo de maldiciones, por lo que ahora estoy encarcelado^[69]». Excepto en el caso de la Flota del Pacífico, los oficiales eran acusados normalmente de ser «espías» británicos, hasta 1939 una ofensa menor comparada con aquellos que eran acusados de traición en favor de Alemania, Japón o Polonia.

Stalin desconfiaba especialmente de aquellos que habían

estado en países con grandes proporciones de emigrados rusos. Según la Junta de Refugiados de la Sociedad de Naciones, había ochocientos cuarenta y cuatro mil rusos en el extranjero. La mayoría eran mencheviques, socialrevolucionarios, leales a la dinastía Romanov, organizaciones nacionalistas y algunos movimientos cercanos al fascismo. Los viajes entre la URSS y los estados extranjeros se volvieron imposibles a menos que se contase con la autorización de los órganos políticos y policiales. Stalin afirmó: «Existía una conspiración militar y política. Era obra de la Reichswehr alemana. Creo que estos hombres eran marionetas en manos de la Reichswehr [...] que estos señores pasaban secretos militares a la Reichswehr. La Reichswehr desea derribar al Gobierno existente y tomaban medidas en ese sentido, aunque no tuvieron éxito. La Reichswehr quería asegurarse de que no estuviésemos preparados en caso de guerra, quería que el Ejército fuese saboteado. [...] Ese es el punto principal. La conspiración no era tanto un tema interno como un producto de las condiciones exteriores, no tanto un tema de política interna como un asunto de política exterior de la Reichswehr. Quería conseguir una segunda España en la URSS y reclutaba a agentes que eran muy activos. [...]. Aunque solo un 5% de esto fuese verdad, ya sería algo^[70]».

Como consecuencia de las ejecuciones sumarias y de los juicios, en otoño de 1938 el Ejército Rojo había perdido entre la cuarta parte y la mitad de sus mandos superiores: tres de los cinco mariscales; catorce de los dieciséis comandantes de ejército; sesenta de los sesenta y siete comandantes de cuerpo, y ciento treinta y seis de los ciento noventa y nueve comandantes de división. En total, unos treinta y cinco mil oficiales del Ejército Rojo fueron eliminados. Entre los condenados estaban los más brillantes diseñadores de aviones, como Tupolev, Myashishchev y Petlyákov, o los científicos Kleimenov,

Langemak y Koroliov, aunque este último y Tupolev se salvaron de ser fusilados al reconocer Beria su potencial en caso de guerra. A Tupolev se le había acusado de vender a Alemania planes para la utilización del caza alemán Messerschmitt 109. Poco tiempo después, Tupolev ya trabajaba en diseños dentro del campo de concentración^[71]. Los prisioneros se encontraban en la trágica paradoja de tener que luchar por la victoria de un sistema que deseaba destruirlos. Sergei Korolev, el genio de los inicios del programa espacial soviético, fue enviado a la prisión de la aviación del NKVD cerca del río Yauza. De forma increíble se le había dicho: «Nuestro país no necesita sus fuegos de artificio. ¿O a lo mejor es que está usted construyendo cohetes con la intención de intentar acabar con la vida de nuestro líder?»^[72].

En los grados inferiores las purgas infligieron mucho más daño, aunque en los de coronel a capitán la ejecución se sustituía a menudo por la pena de privación de libertad, a diferencia de la norma adoptada para altos mandos y cargos político-militares, para los que la muerte parecía ser casi sentencia obligatoria: los once comisarios adjuntos de Defensa fueron fusilados, como también setenta y cinco de los ochenta miembros del Sóviet militar, todos los comandantes de distritos militares y la mayor parte de los jefes de la Administración política (comisarios superiores). Todos aquellos declarados culpables de participar en la conspiración «fascista-trotskista» de Tujachevski fueron fusilados^[73]. Beria contaba en su oficina con una colección de porras y los oficiales del Ejército se referían a sus interrogatorios como «tomar el café con Beria». Para ser aceptables, las acusaciones implicaban a menudo a los colegas más cercanos; como resultado de todo ello, las purgas fueron más destructivas en las secciones más técnicas y corporativas del Ejército.

La fuerza aérea perdía dos o tres aviones diarios debido a

accidentes, lo que suponía un total anual de entre seiscientos y novecientos aparatos. Los accidentes tampoco eran convenientemente investigados. Un joven teniente, Koshlyak, tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia en medio de la estepa en pleno invierno. La nieve le impidió salir de allí, por lo que pasó al menos ocho días en la cabina de su aparato hasta que falleció desesperado, dejando en el avión una amarga nota sobre la incapacidad de Aviación para investigar los accidentes. El avión fue posteriormente localizado por casualidad. Cuando le comentaron lo ocurrido a Stalin, este se puso furioso y exigió responsabilidades.

En una reunión con los comandantes de la Fuerza Aérea, Stalin mencionó que se estaban produciendo demasiados accidentes. Pavel Rychagov, un joven comandante de la Fuerza Aérea llegó borracho a la reunión y se atrevió a responder a Stalin: «Por supuesto que continuaremos teniendo muchos accidentes, mientras se nos fuerce a volar en ataúdes volantes». Todo el mundo permaneció en silencio. Nadie en su sano juicio podía hablarle así al dictador y seguir con vida. Algunos colaboradores muy cercanos podían, de vez en cuando, enfrentarse a Stalin en temas concretos, pero desde luego Rychagov no era uno de ellos. Stalin pareció no inmutarse y siguió paseando en silencio por la habitación. Una enorme tensión se apoderó de los presentes. Los únicos ruidos que se oían en la sala eran los soplidos de la pipa y el crujir de las botas de Stalin. Rychagov había firmado su sentencia de muerte. Stalin le dijo en voz baja: «Ha sido un error decir eso, la reunión queda postergada». En una semana Rychagov era arrestado^[74]. Tras su arresto, la Fuerza Aérea rusa estaba condenada al fracaso. Todos aquellos cercanos a Rychagov fueron detenidos. Stalin temía que en España Rychagov hubiese sido contactado por agentes de Trotski. Rychagov y su mujer serían fusilados en 1941. «La tensión había llegado al

límite —afirmaría Mólotov en 1977—, en aquel período era necesario actuar sin piedad». Stalin y Voroshílov lanzaron una campaña para anunciar un flamante ejército «del que se había extirpado la gangrena de la carne sana^[75]».

La purga del Ejército Rojo, que había empezado en 1937, estuvo impulsada por una mezcla de paranoia y un deseo de vengar ofensas que se remontaban a la Guerra Civil. La racionalidad de las purgas militares de Stalin continúa siendo un misterio. Una teoría señala que Stalin, confundido por lo que había sucedido en la Guerra Civil española, consideraba que las innovadoras ideas de Tujachevski sobre la guerra moderna ya no eran indispensables. Excepto en aquellas batallas que tuvieron lugar en ciudades como Madrid, las observaciones soviéticas concluyeron que la defensa había sucumbido por la presión de una fuerza equilibrada de tanques, infantería y artillería. El «cinturón de hierro» de Bilbao o la línea del Ebro solo parecían capaces de imponer un retraso, no una contención definitiva. El general Pavlov, experto en tanques que había acudido a España, había informado a Stalin de que «el tanque no puede desempeñar ningún papel independiente en el campo de batalla» y recomendaba que los batallones de tanques fuesen distribuidos para llevar a cabo un papel de apoyo a la infantería. La purga de Tujachevski y sus seguidores llevó a la doctrina militar soviética la seguridad política de las ideas obsoletas.

Otra explicación es que Stalin buscaba frenar los signos de una excesiva independencia dentro del estamento militar. Otros consideran que Stalin temía la popularidad de Tujachevski, en el que veía a un posible futuro rival^[76]. También se ha afirmado, con poca verosimilitud, que Tujachevski y otros altos mandos estaban realmente conspirando contra Stalin y que el NKVD tuvo conocimiento de ello. En 1956, un antiguo agente de la organización, tras

desertar a Estados Unidos, declaró que el alto mando del Ejército Rojo estaba intentando arrestar a Stalin para ejecutarlo o hacerle confesar sus crímenes. Sin embargo, nunca se ha podido probar esa versión.

Otra teoría apunta a que la contrainteligencia alemana falsificó un documento con la firma de Tujachevski en el que se sugería una conspiración del Ejército Rojo en connivencia con el alemán. El documento habría sido enviado a Praga, donde el presidente checoslovaco, Edvard Benes, se lo habría entregado al NKVD, que habría caído en el engaño alemán para debilitar al Ejército Rojo^[77]. Una versión diferente apunta a que para impulsar la reputación de su líder, este no solo estimuló la propagación de rumores exteriores que sugirieran la poca fiabilidad del Ejército Rojo, sino que también habría apoyado la política de engaño alemana. Dado que no es seguro que Stalin hubiese visto los documentos enviados desde Checoslovaquia, y que los temores de una sublevación del Ejército Rojo ya circulaban antes de que llegara el documento desde Praga, esta versión resulta la más probable. Mólotov afirmaría posteriormente: «El año 1937 fue necesario. [...] Debemos al 37 la ventaja de no haber tenido una quinta columna durante la guerra. [...] Difícilmente habrían sido espías, pero estaban vinculados a los servicios de inteligencia y, lo más importante, en el momento decisivo no se podía confiar en ellos. A mi modo de ver Stalin siguió una línea muy adecuada: mejor que caiga una cabeza de más pero que se eviten titubeos en el curso de la futura guerra y después de ella^[78]».

En realidad, Stalin no precisaba ninguna operación de desinformación alemana para llevar a cabo sus purgas. Lo verdaderamente importante no era si Tujachevski y otros mandos estaban conspirando, sino lo que creyera Stalin. La purga del Ejército fue especialmente dirigida contra aquellos

oficiales que habían trabajado con los alemanes antes de 1933, lo que demuestra el pánico de Stalin a una conspiración interna con colaboración de una potencia extranjera. Con la purga del Ejército eliminó al único elemento del sistema que era capaz de hacerse con el poder.

Las purgas asestaron un golpe mortal a la confianza del cuerpo de oficiales e hicieron muy improbable que un oficial se arriesgara a seguir una línea de acción independiente al entrar en combate; así, la rígida adhesión a las órdenes demostraría ser uno de los principales defectos rusos en los primeros compases de la guerra con Alemania. El agregado militar alemán en Moscú señaló que en el Ejército Rojo existía un enorme miedo «a la responsabilidad^[79]». Las purgas dejaron a las Fuerzas Armadas en manos de oficiales temerosos e inexpertos. Dada la urgente necesidad de la URSS de contar con unas Fuerzas Armadas poderosas y eficaces, algo que Stalin no se cansaba de repetir, la purga de las Fuerzas Armadas es la que más desafía a la lógica. El oficial Gorbatov se lamentaba desde el campo de prisioneros: «¿Cómo se enfrentarán los nuevos oficiales sin experiencia sobre el campo de batalla a una guerra real? Puede que sean hombres honestos, valientes, dedicados a su país, pero el que ayer era comandante de un batallón se convertía en comandante de una división; el de un regimiento, en comandante de un cuerpo de ejército, de todo un ejército; al mando de todo un frente se encontraba a veces un antiguo comandante de división o su segundo. ¿Cuántas pérdidas y fracasos se producirán?»^[80].

Sin embargo, no conviene exagerar el papel de las purgas en la debilidad del Ejército Rojo. Esa afirmación se basa en la presunción de que el Ejército Rojo era un instrumento mucho más efectivo antes de las purgas. Por mucho entusiasmo que mostrase Tujachevski por los tanques y los aviones como

futuro de la guerra moderna, existía una enorme discrepancia entre teoría y realidad. Las fuerzas soviéticas habían realizado progresos muy lentos en el sistema de «mando y control», pieza básica de la cooperación entre la fuerza aérea y la acorazada. Estos no estaban equipados con radios y no podían comunicarse con facilidad. Los comandantes no tenían ninguna forma de coordinar la fuerza aérea con la acorazada, lo que ocasionaba que el concepto de «operaciones en profundidad» fuera casi imposible. Los suboficiales carecían de flexibilidad y de conocimientos tácticos. Los oficiales alemanes que observaron a los soviéticos en maniobras se mostraron muy poco impresionados por lo que vieron: «El punto débil del Ejército —escribió un oficial alemán en 1933— es que ninguno de los comandantes, desde el de pelotón hasta el comandante de regimiento, son muy eficientes. La mayoría solo son capaces de enfrentarse a los problemas en el grado de suboficial». Muchos de los que fueron purgados eran hombres que tenían muy poca preparación militar y que habían ascendido por su experiencia en la Guerra Civil rusa. Hacia finales de la década de 1930 había miles de jóvenes oficiales, algunos de ellos graduados en las academias militares, preparados para reemplazar a los purgados.

Las purgas eliminaron, sin duda, a algunos hombres de talento del vértice del mando militar. Sin embargo, resulta muy cuestionable que hicieran menos capaz al Ejército Rojo de librar una guerra moderna. El Ejército Rojo tenía graves deficiencias tanto antes como después de las purgas. Lo que agravó el efecto de las purgas fue la rápida expansión del Ejército. Así, entre enero de 1939 y mayo de 1941, se activaron ciento sesenta y una nuevas divisiones que requerían urgentemente más oficiales. Un dato significativo fue que en 1941, el 75% de los oficiales había ejercido el mando durante un período inferior a un año, no tanto por el efecto de las

purgas como por la creación de nuevas unidades militares. En ese momento, el 80% de los militares purgados habían sido readmitidos. Quizá el efecto más debilitante de las purgas fuera el marcado desequilibrio que produjo entre el Ejército y los políticos. Tras una década de intentos por parte de los militares de ganar independencia, las purgas tuvieron como consecuencia la supervisión política estrecha y la intervención (a menudo desastrosa) en temas militares^[81].

LA PURGA DE LA POLICÍA SECRETA

Aunque Stalin era el promotor detrás del terror que se cernió sobre la URSS, reuniéndose con Yezhov a diario y dándole instrucciones detalladas, consiguió evitar la responsabilidad popular por las purgas. Una forma de conseguir eludirla fue limitar sus apariciones en público y no dar más que dos discursos públicos durante los dos años siguientes al pleno de 1937. Asimismo, trasladó su propia oficina y su secretariado personal desde el Comité Central en la plaza Stavaya al Kremlin, situándose convenientemente tras los grandes muros de la fortaleza. Esto ayudó a apoyar la creencia a la que muchos se aferraban de que el NKVD escondía el terror a Stalin.

En 1938 Stalin consideró que había llegado la hora de buscar un chivo expiatorio que pudiese ser culpado de los «excesos». Durante el período del terror, el trabajo generado para la policía secreta aumentó espectacularmente y con él su siniestra influencia. Para asegurarse de que la policía secreta no planteara ninguna amenaza a Stalin, los verdugos fueron también purgados. Los miembros de la policía secreta habían creído que su «salvación personal radicaba en nadar» con la corriente del terror^[82].

En 1938, Yagoda, antiguo jefe del NKVD, había sido

fusilado. Su reemplazo, Yezhov, supervisó los mayores excesos de las purgas entre 1936 y 1938. En los primeros seis meses como jefe de la policía secreta, Yezhov se deshizo de tres mil miembros de su propio personal. La *Yezhovschina* llegó a su fin cuando el mismo Yezhov fue cesado en 1938. Su arresto en 1939 se debió, en gran parte, a la necesidad de Stalin de encontrar un chivo expiatorio por los excesos de las purgas, que estaban llegando a su fin. En noviembre de 1938 el Comité Central había emitido un duro comunicado sobre el NKVD por su «enorme violación de las normas legales^[83]». Una vez más, Stalin conseguía así eludir responsabilidades. El cazador se había convertido ahora en presa. Yezhov tenía tanto miedo a Stalin, incluso cuando contaba con su aprobación, que desarrolló varios tics faciales. Desconfiaba de todo el mundo y atormentaba a su mujer con sus sospechas, e incluso estuvo a punto de arrestarla. Al final acabó envenenándola. Ese era el «firme y modesto trabajador del Partido» del que hablaba Mólotov.

Yezhov conservó un cargo como comisario del pueblo para el Transporte Fluvial (lo que al fin y al cabo tenía cierto sentido, debido al hecho de que había utilizado la mano de obra esclava del NKVD para la construcción de canales). En las reuniones se dedicó a beber vodka sin intervenir y a construir aviones de papel y lanzarlos por el despacho, para después arrastrarse a recogerlos en silencio. Sus colaboradores comenzaron a cuestionarse su estado mental, pero Stalin no tenía paciencia para hacer conjeturas sobre sus colaboradores. Justo antes del XVIII Congreso del Partido, en marzo de 1939, Stalin le preguntó si estaba en condiciones de seguir siendo miembro del Comité Central. Yezhov se puso pálido y declaró, en un vano intento por salvar su vida, que «amaba a Stalin más que a su propia vida^[84]». Stalin le gritó: «Existía una conspiración para matar a Stalin. ¿Quieres decir que la cúpula

del NKVD estaba organizando una conspiración para matarme y tú no estabas en ella? ¿Piensas que estoy ciego? Vamos, ¡piénsalo! ¿A quién enviaste para proteger a Stalin? ¿Con revólveres cerca de Stalin! ¿Para qué? ¿Era para matar a Stalin? ¿Y si yo no me hubiese dado cuenta? ¿Entonces qué?»^[85].

En abril de 1939, Yezhov, al ser arrestado, señaló: «¡Cuánto tiempo llevo esperando esto!»^[86]. Fue llevado a las afueras de Moscú, a la cárcel de Sujarovka, que él mismo había construido. Conociendo cuál iba a ser su destino, Yezhov leyó en voz alta un alegato ante el juez Ulrij: «No niego haber sido un bebedor empedernido, pero trabajé como una mula. Mi destino es evidente». Realizó una petición: «Fusiladme sin más; no me hagáis padecer tormento... Decid a Stalin que voy a morir con su nombre en los labios^[87]». En la cárcel sufrió un ataque de histeria mientras era golpeado sin compasión. Fue interrogado por el delegado de Beria, Kobulov, que ya había dejado inválidos a muchos detenidos. Se le pidió que no acabara con la vida de Yezhov. Este fue acusado de espionaje, de conspirar contra el Gobierno y de sodomía.

En su desesperación, Yezhov escribió a Beria implorando piedad: «¡Lavrenti! A pesar de toda la aspereza de las conclusiones que me tengo merecidas y que el deber del Partido me impone aceptar, te aseguro que sigo teniendo devoción absoluta por el Partido, por el camarada Stalin, y que la tendré hasta el fin. Tuyo, Yezhov». Los brutales interrogatorios se prolongaron durante semanas y Yezhov se vio obligado a reconocer todos los cargos, así como a escribir su autobiografía sexual; «después de eso, cualquier acusación de sabotaje parecería banal^[88]». En el registro de su casa se encontraron numerosas botellas de vodka vacías y llenas y dos macabras reliquias: las balas aplastadas que habían matado a Kámenev y Zinóviev. Para entonces el país ya no estaba

controlado por el Partido, ni por la policía secreta, ni siquiera por Stalin. Estaba dominado por el miedo. Un historiador de Roma señaló que en época de Nerón, «en la ciudad del miedo la gente dejaba de existir, no quedaba ya más que carne y huesos». Sin duda era algo que podía aplicarse perfectamente a la URSS estalinista. La bandera roja sobre el Kremlin era comparada con un «baño de sangre suspendido en la oscuridad». Eugenia Ginzburg se preguntaba: «Si todo el mundo ha traicionado a un hombre, ¿no es más lógico pensar que él les ha traicionado a todos?»^[89].

El personal de la cárcel de Lefortovo, una antigua prisión zarista y uno de los lugares más brutales de Moscú, fue purgado en su totalidad en cuatro ocasiones. Hacia finales de la década de 1930 se estima que veintitrés mil miembros del NKVD habían sido ejecutados. En su prisa por construir una sociedad monolítica, Stalin inauguró un sistema autoservicio de eliminación: cada víctima mataba a su predecesor y era asesinada por su sucesor. El jefe de la Inteligencia soviética, Slutsky, fue envenenado, y se ofreció un elegante funeral para no alarmar a los agentes de la organización. Cuando un agente regresaba a su país era nombrado para otro puesto en el exterior. Antes de ser enviado a su nuevo puesto se le invitaba a pasar unos días en un lujoso balneario para disfrutar de unas merecidas vacaciones. A su regreso, pasaba a recoger la información necesaria para su nuevo destino. Cuando tomaba el tren para dirigirse a su trabajo clandestino, recibía la visita de sus «camaradas» y nadie lo volvía a ver.

Tras la caída en desgracia de Yezhov, se rehabilitó a un gran número de personas. Stalin liberó a trescientas veintisiete mil, entre ellas a un gran número de militares. Cuando Konstantin Rokossovsky, futuro mariscal, fue liberado, había perdido todos sus dientes en los interrogatorios. Muchos otros que liderarían la URSS en la Segunda Guerra Mundial fueron

también rehabilitados en «la primera rehabilitación», como fue conocida popularmente. Los diseñadores de aviones Tupolev y Polikarpov, el biólogo A. Zillber y otros científicos fueron asimismo liberados.

Yezhov sería sustituido por Lavrenti Beria. Nacido en 1899 cerca de la localidad de Sukhum en Georgia, se convirtió en jefe de la policía de Georgia en 1926. Su ascenso imparable se debió a su espíritu sanguinario e intrigante. Calvo, bajo y ágil, tenía unos «ojos de serpiente» ocultos tras unos quevedos deslumbrantes. Su primer acto como comisario del Interior fue cesar a los matones de Yezhov, su antecesor en el cargo, y reemplazarlos con sus verdugos, muchos de ellos ambiciosos georgianos. Su apariencia era engañosa, ya que tras la imagen de debilidad física, Beria era un hombre cruel, adulador, ambicioso y depravado. «Beria es un hombre al que no le costaría nada matar a su mejor amigo si ese amigo hablara mal de él», señaló uno de sus colaboradores^[90].

Beria utilizaba a sus guardaespaldas para secuestrar a chicas jóvenes en las calles de Moscú y llevarlas a su casa, donde eran violadas. Inspiraba odio entre sus colegas de partido, sobre todo por su debilidad por las esposas, amantes e hijas de cualquiera de ellos. El marido de una de esas mujeres, un piloto de la Segunda Guerra Mundial, afirmó que se dejó arrestar para llamar la atención y protestar por las agresiones que sufría su esposa por parte de Beria. Según algunos testigos, las jóvenes de Moscú se aterrorizaban con tan solo ver a Beria. Stalin, que era bastante ascético en temas sexuales, tuvo que haber escuchado lo que hacía Beria, aunque al parecer prefirió ignorarlo. Las historias sobre las correrías sexuales de Beria fueron corroboradas por Edgard Ellis Smith, un diplomático que vivía cerca de su casa, a la cual veía cómo cada noche le llevaban mujeres en un vehículo oficial. Beria disfrutaba jugando con sus posibles víctimas políticas, amenazándolas y

observando sus aterrorizadas reacciones. Su brutalidad era legendaria. Stalin llamaba a Beria «nuestro Himmler». Ambos eran «dos lobos solitarios y su alianza era lupina^[91]». Sin embargo, y a pesar de su merecida fama, lo cierto es que la represión por parte de las fuerzas del NKVD regresó al nivel anterior a la época de la *Yezhovschina*. La tortura se redujo y se introdujeron procedimientos de investigación apropiados.

Puede parecer insólito que no hubiese intentos serios de acabar con la vida de Stalin durante la gran purga. Sin embargo, es probable que un golpe con éxito contra Stalin en 1937 o en 1938 hubiese sido para muchos ciudadanos la prueba definitiva de que en realidad existía una gran conspiración. La gente cercana a Stalin que él había ordenado ejecutar o llevar al suicidio pudo pensar en algún momento en la posibilidad de matar al tirano. Pero alguien en esa posición tenía que refrenarse al saber que ese acto destruiría probablemente todo el sistema soviético y que pasaría a la historia como un traidor. Stalin conocía bien a sus colaboradores más cercanos y solo ellos tenían alguna oportunidad de asesinarle. Eran, como dijo Mandelstam, «medio hombres» que, incluso en su criminalidad, seguían siendo tan solo una mala copia de su líder^[92].

Stalin recibía cartas de dirigentes desesperados por salvarse: «Soy incapaz de trabajar; no es una cuestión de lealtad al Partido, pero me resulta imposible no reaccionar ante la situación que me rodea; necesito aclarar este ambiente y comprender a qué se debe... Por favor, concédeme un momento de tu tiempo y recíbeme...», escribió Nikolai Krylenko, comisario de Justicia que había firmado cientos de condenas a muerte. Fue fusilado. A Stalin le gustaba contar una anécdota muy ilustrativa del terror que se había instalado en la URSS. En una ocasión, tras perder su apreciada pipa, Stalin acudió a Beria para que realizase una investigación.

Pocos días después Beria llamó a Stalin para saber si la había recuperado: «Sí —respondió Stalin—, la encontré debajo del sofá». «¡Imposible! —señaló Beria—, ¡ya hay tres personas que han confesado el crimen!»^[93].

LA PURGA DEL PUEBLO

Miente como un testigo.

Dicho ruso

La masacre no se limitaba a los políticos y a los militares: la gran mayoría era gente sin ningún historial político o delictivo. Eran simplemente cazados al azar o acusados por sus colegas, amigos, vecinos, miembros de la familia o por los que deseaban sus apartamentos, sus trabajos o sus mujeres. Cualquier suceso podía desencadenar una acusación: una broma, la ruptura de una máquina en el trabajo, una queja por las enormes colas, dañar un cuadro con el retrato de Stalin. Para la clase media urbana de Rusia comenzó un período terrible y devastador. Los arrestos se convirtieron en una epidemia. «La gente no es arrestada, tan solo desaparece», señalaba un informe aparecido en el *Boletín de la Oposición* en el extranjero. «En medio de una reunión un hombre se dirige al baño y ya no regresa más. Por supuesto nadie pregunta a dónde fue^[94]».

Sin embargo, la mayoría de los arrestos tuvieron lugar en los lugares donde vivía la gente. Los coches negros del NKVD, llamados «cuervos», salían por las noches. En algunas ocasiones los vehículos en los que se les transportaba eran de colores alegres, o camuflados como furgonetas de carga para no alertar a los vecinos. El temor a ser arrestado en medio de la noche dejaría un impacto imborrable en la vida de la URSS.

Para muchos, especialmente aquellos que tenían cierta relevancia pública, las noches no eran horas para dormir, sino para sufrir una espera agónica. Una joven que salió una noche de fiesta llegó tarde a su casa y se dio cuenta de que había olvidado su llave, por lo que llamó a la puerta. Cuando su padre abrió la puerta, la joven le encontró pálido y completamente vestido. Miró a su hija y, en vez de sentirse aliviado al ver que no era el NKVD, descargó su tensión dándole una bofetada. La esencia del terror era su crueldad «irracional^[95]». El miedo a los informantes del NKVD llevó al novelista Bábel a afirmar: «Hoy un hombre solo habla libremente con su mujer por la noche con las sábanas cubriéndoles las cabezas^[96]».

El artículo 58 del Código Penal condenaba con entre cinco y ocho años de cárcel en un campo de trabajo las actividades de «propaganda y agitación», es decir, aquellas que tuvieran intención de derribar o debilitar al régimen, entre las que se incluía la mera posesión de literatura que tuviese esos fines. Miles de personas fueron denunciadas por ese artículo, en algunos casos por el hecho de poseer una copia del testamento de Lenin (aunque oficialmente fuera considerado falso). Muchos campesinos fueron sentenciados bajo el artículo 50.10 como resultado de un comentario imprudente. Por ejemplo, un campesino fue denunciado en 1937 por haber dicho que vivía mejor antes de la colectivización. Una mujer de la limpieza que trabajaba en una oficina gubernamental fue denunciada al escuchársele decir a un retrato de Stalin mientras lo limpiaba: «Ahora, mi querido de rostro picado de viruela, te limpiaré la cara».

El más nimio accidente podía sentenciar a una persona. Unos cuantos ejemplos son suficientes para demostrar la locura del sistema. Un hombre fue arrestado por haber alquilado una dacha en el campo que había pertenecido a un

historiador arrestado. Un campesino que, sin querer, dio un golpe con un hacha a un retrato de Stalin fue arrestado y condenado a ocho años de prisión. Un actor fue condenado en Moscú porque al pintar una pared colgó provisionalmente un retrato de Stalin al lado de un cuadro con motivos campestres. Klara Angilovich, una comunista que enseñaba teoría literaria en un instituto de Leningrado, fue denunciada por sus estudiantes, acusada de ser trotskista por haber evaluado una tesis en la que se citaba «literatura trotskista». Solzhenitsyn recordaría el caso de un sordomudo que había sido condenado como contrarrevolucionario porque había colgado su sombrero en un busto de Lenin. Piotr Fakir, un adolescente hijo de un general purgado, fue condenado por haber «organizado una banda de caballería anarquista»^[97]. Un ingeniero eléctrico fue acusado de intentar envenenar el río Dniéper. Un abogado confesó haber volado un puente y luego ser un espía japonés.

Una mujer campesina fue denunciada por ser *trotskistka* («trotskista»), término que la mujer desconocía por completo y que confundió con *traktoristka* («conductora de tractor»). La mujer les dijo a sus compañeros de celda: «No ponen a mujeres como yo en los tractores». Al recibir una sentencia de diez años por terrorismo trotskista, la mujer le preguntó a una compañera de celda (Eugenia Ginzburg): «¿Es usted también una de esas *traktoristki*?»^[98]. Vasili Konstanovich, el mayor coleccionista de sellos del Cáucaso fue detenido por tener un sello con la imagen de Hitler que valía más que uno de Lenin. Al final, Konstanovich tuvo que admitir formar parte de una «organización contrarrevolucionaria» dedicada a la agitación antisoviética. En 1937 todas las actividades filatélicas fueron prohibidas.

Cualquiera que hubiese tenido contacto con extranjeros era susceptible de ser encarcelado: emigrantes que regresaban;

diplomáticos y agentes secretos; atletas que habían competido en el extranjero, voluntarios que habían servido en España — privando a Stalin de las únicas fuerzas que tenían experiencia en enfrentarse a los alemanes—; personas que hablaban el esperanto, aunque el propio Stalin había aprendido el idioma en prisión, filólogos y filatélicos por sus conexiones internacionales^[99]. Incluso futbolistas que habían participado en encuentros internacionales acabaron en prisión. En Moscú, el NKVD conseguía sospechosos leyendo las guías telefónicas y buscando nombres de origen extranjero. «No debemos ejecutar solo a los culpables», señalaba Nikolai Krylenko, comisario de Justicia con Lenin, «la ejecución de los inocentes impresionará aún más a las masas^[100]».

Todos aquellos que habían tenido contacto con las embajadas extranjeras corrían un riesgo enorme. Se arrestó a doctores que habían tratado a cónsules alemanes, y hasta a un veterinario que había curado al perro de un consulado. Un hombre fue detenido por ser el hermano «de una mujer que suministraba leche al cónsul alemán». Otro había entregado al cónsul polaco un papel con el pronóstico del tiempo, que cualquier ciudadano podía consultar pues se encontraban en los parques públicos. Una cantante de ópera que había bailado «más allá de lo razonable» con el embajador japonés terminó en un campo de prisioneros. Se arrestó a una bailarina que había asistido a una cena organizada por «admiradores extranjeros^[101]». Era un caso significativo, pues la literatura de los campos menciona con frecuencia a actrices y bailarinas. Una cocinera se presentó a un puesto de trabajo como cocinera en la embajada japonesa. La mujer obtuvo el trabajo, pero fue arrestada por espionaje incluso antes de haber comenzado a trabajar. Otro caso característico de la paranoia fue el de dos ingenieros y sus familias, que fueron arrestados en 1937 por un paquete que contenía un regalo que uno de ellos

había recibido de un tío que vivía en Polonia. El ingeniero que no había recibido el paquete, pero que era amigo del que lo recibió, fue condenado a diez años en un campo de trabajo^[102].

Un doctor griego fue condenado por espionaje basándose en el hecho de que había escrito a sus familiares en Salónica describiendo las características de algunos peces que estaban siendo criados para acabar con los mosquitos de la malaria. En diciembre de 1937 se arrestaba a griegos por todas partes. También se arrestó sistemáticamente a la comunidad china. Uno de los detenidos fue acusado de aceptar un trabajo como conductor de tranvía en Járkov con el objetivo de chocar contra un automóvil que transportaba a miembros del Gobierno soviético^[103]. La comunidad letona también fue objetivo de la represión. Según las Fuerzas de Seguridad, habían conseguido «descubrir» una organización secreta letona que trabajaba para lograr la «gran Letonia», que se extendería por gran parte de Rusia^[104]. En Ucrania se acusó a cincuenta estudiantes de organizar un complot para asesinar a un hombre llamado Kosior. Durante un año se trabajó para construir el caso y hacer confesar a los estudiantes. Al final Kosior resultó detenido y acusado de ser trotskista. Todo el mundo creyó que los estudiantes serían inmediatamente liberados. Sin embargo, fueron torturados por haber mentido al NKVD y se les dio instrucciones sobre las nuevas confesiones; finalmente todo cuadró y los estudiantes fueron enviados a los campos^[105].

El Komintern y sus órganos eran, por su naturaleza, sospechosos por haber mantenido contactos con extranjeros. Sus funcionarios habían fijado su residencia en el Hotel Lux de Moscú, donde llevaban una vida bohemia. Repleto de extranjeros sin ningún lugar a donde ir, el hotel se convirtió en una especie de poblado de frontera del Oeste asaltado de noche por los bandidos, encarnados por las fuerzas del NKVD. En

ocasiones, los moradores respondían a los ataques. Un comunista polaco acabó con la vida de varios agentes del NKVD antes de ser detenido. Elinor Lipper, holandesa que residió en dicho hotel, recordaba cómo «cada noche desaparecían del hotel varias personas, [...] por la mañana se podían ver grandes sellos rojos pegados a las puertas de unas cuantas habitaciones más^[106]».

En abril de 1937, fue arrestado Heinz Neumann, antiguo miembro del Politburó del Partido Comunista Alemán. Su mujer describió que a la una de la madrugada, tres agentes del NKVD se habían presentado en su habitación del Hotel Lux. «Heinz se giró, tomó mis brazos y me besó. “Llora, pues —dijo él—. Existen suficientes motivos para llorar”». En diciembre de 1937, Neumann era ejecutado. Su mujer fue condenada a cinco años acusada de ser un elemento «socialmente peligroso^[107]». Un comunista alemán fue arrestado por decir que el único alemán con principios era el ministro alemán de Propaganda. Eso fue considerado «agitación contrarrevolucionaria». Un comunista alemán encarcelado en Butyrka tenía cicatrices de la Gestapo en el cuerpo y las uñas arrancadas por el NKVD. Con la ocupación alemana de Checoslovaquia, los checos fueron considerados agentes alemanes. Un ciudadano checo confesó que se había convertido en un agente alemán contra la URSS antes de la Primera Guerra Mundial en un momento en el que no existían ni Checoslovaquia ni la URSS.

Tras la firma del Pacto Germano-Soviético en 1939, quinientos setenta comunistas alemanes fueron encarcelados en Moscú. Una parte de ellos fueron sentenciados por los rusos, pero a la mayoría se les dijo que iban a ser juzgados por una Comisión Especial del NKVD y expulsados como extranjeros indeseables. Fueron llevados al puente que separaba la zona rusa de la Polonia ocupada por los alemanes, mientras el NKVD comprobaba las listas con la Gestapo.

Incluían a la viuda del poeta Eric Mühsam y al compositor Hans David, un judío que acabó siendo ejecutado por la Gestapo en el campo de concentración de Majdanek. Por el contrario, la actriz Carola Neher, que se encontraba en la lista, desapareció en Rusia.

El Partido expulsaba a todos aquellos con relaciones con extranjeros y considerados «trotskistas y zinóvievistas». Al regresar a Moscú en enero de 1938, tras un período fuera de la URSS, el diplomático norteamericano Charles Bohlen percibió que el hombre de la calle, abierto y amigable en 1934, evitaba todo contacto con extranjeros. Cuando su mujer hacía cola ante una tienda de Moscú, las mujeres soviéticas alrededor suyo desaparecían rápidamente en cuanto se daban cuenta por el abrigo que llevaba de que se trataba de una extranjera^[108]. El embajador norteamericano, en una carta de mayo de 1935, escribía a Roosevelt: «Casi nadie se atreve a tener ningún contacto con extranjeros y esto no son temores sin fundamento, sino sentido de la realidad^[109]».

Los religiosos fueron objeto de una especial persecución y se convirtieron en sospechosos de crímenes capitales. Los juicios se extendieron por toda la geografía de la URSS. En Orel se arrestó en el verano de 1937 a un obispo y a doce religiosos bajo los cargos de haber «publicado rezos en eslavo antiguo». A los budistas se les consideraba agentes japoneses encargados de sabotear granjas y puentes. A los musulmanes también se les acusó de ser agentes del «servicio secreto japonés». Un imam al que se le había permitido viajar a La Meca fue detenido bajo la acusación de ser un «espía alemán^[110]».

Solzhenitsyn recordaría posteriormente que en una ocasión, en 1930 en Moscú, un grupo de jóvenes se reunieron sin haber obtenido el permiso previo. Tan solo «escuchaban música y bebían té». Para la policía secreta ese acto «era una

tapadera para sentimientos contrarrevolucionarios» y el dinero era utilizado para «colaborar con el moribundo mundo de la burguesía». Aunque eran acusaciones ridículas, todos los participantes en aquella velada musical fueron condenados a pasar entre tres y diez años de prisión en un gulag. Muchos de los organizadores se negaron a aceptar tales cargos y fueron fusilados^[111].

Maria Ivanova, una profesora de setenta años que daba clases particulares, asignó a uno de sus alumnos la tarea de componer un poema. La profesora no se dio cuenta de que el poema contenía una foto donde aparecía Trotski. El alumno descubrió la foto y se la dio a la directora del colegio, que se la pasó al NKVD. Dos días más tarde Maria Ivanova desapareció para siempre tras ser arrestada por «actividades trotskistas contrarrevolucionarias», lo que demuestra que los niños también participaban activamente en la locura de las denuncias.

En la URSS de Stalin la represión se convirtió en una forma de vida; Stalin ordenó matar a aquellos que le podían traicionar y a aquellos cercanos que pensaba que le podían traicionar. Asesinó a gente que un día podía pensar en traicionarle, así como a sus familias para que no hubiese nadie que se pudiese vengar; a antiguos oficiales zaristas, religiosos y comerciantes; a ucranianos que insistían en hablar ucraniano y a rusos que enseñaban a Dostoyevski; a gente que leía la Biblia o el Corán, pero también a gente que leía solo a Stalin. Asesinó a ancianos y a adolescentes, a rusos y a georgianos. Asesinó a mariscales, pilotos, amas de casa. Nadie estaba a salvo. Durante la guerra, las mujeres que confraternizaban con occidentales en los puertos donde llegaba la ayuda aliada eran también enviadas al Gulag^[112].

Cuatro exploradores árticos (uno de ellos agente del NKVD para controlar a los demás) quedaron atrapados

durante meses en un iceberg. Celebraban el cumpleaños de Stalin y otras festividades comunistas con banderas y desfiles en el hielo sin que ninguno se atreviera a confesar lo absurdo de la situación. Por radio escuchaban cómo sus jefes y todos los sustitutos eran acusados de espionaje. Cuando fueron rescatados, habían enloquecido y desconfiaban de los demás y de hasta ellos mismos, dando lugar a un chiste popular: «¡Estoy solo en un bloque de hielo y debe haber algún enemigo cerca!».

Algunas personas mayores tuvieron el sentido común de retirarse y vivir en el mayor de los aislamientos. Las personas que corrían mayor peligro eran aquellas que trabajaban en lugares colectivos donde se celebraban reuniones para organizar purgas y donde el NKVD mantenía una sección especial para controlar el proceso. Algunos se salvaban por un golpe de suerte: alguien en el NKVD se olvidaba de incluir sus nombres en una lista de personas que tenían que ser eliminadas. Muchos optaron por ahogar sus temores en el alcohol, lo que incrementó exponencialmente los casos de alcoholismo. Las discusiones abiertas que habían tenido lugar en los apartamentos de los intelectuales comunistas dieron paso a conversaciones en susurros entre amigos íntimos sobre los motivos de las purgas. Lo mejor era hacerse invisible, pues una serie de coincidencias podía tener consecuencias funestas. Un opositor al régimen, el novelista Viktor Serge, escribió: «¿Cómo podía alguien conspirar en estas condiciones cuando apenas era posible respirar, cuando vivíamos en una casa de cristal y nuestros gestos y comentarios más mínimos eran espiados?»^[113].

En la mayor parte de los casos no eran la nacionalidad ni las ideas presentes o pasadas las que llevaban a la detención de una persona: eran las relaciones que habían mantenido esas personas. Cada uno de los acusados tenía familiares y conocidos, que tenían a su vez familiares. Un caso típico de la

forma como las purgas arrastraban a los familiares fue el del guardaespaldas de Stalin, Zalpeter, arrestado junto con su mujer. Ella se negó a confesar, pero finalmente la confrontaron con su marido, que se encontraba en muy mal estado debido a la tortura. El maltrecho guardaespaldas confesó que ella le había dicho que se iba a deshacer de la foto de Stalin que tenían en su apartamento. Por ese motivo ella fue condenada a ocho años^[114].

En 1937 el NKVD arrestó al secretario del Partido en Nikopol, Ucrania. Como consecuencia de su detención también fueron arrestados sus asistentes, sus amigos, los hombres y las mujeres a los que había nombrado en cualquier puesto de Nikopol: «El comandante de la guarnición de Nikopol cayó en las redes de los cazadores, después el fiscal local y todos sus asistentes legales, finalmente el segundo del Sóviet de Nikopol [...] el banco local, el periódico, todas las instituciones comerciales fueron “limpiadas” [...] el administrador de la Administración Comunal, el jefe de la brigada de bomberos, el director de la institución de ahorros...»^[115]. *¿Quién es el culpable?*, se preguntaba Herzen en el título de una novela de 1845. Su respuesta comenzaba con un «¡Yo no!», y lanzaba un acusatorio «¡Ellos, nuestros enemigos!». Para que Stalin fuese inocente, otros tenían que ser responsables de sus fallos como líder.

En una ocasión, el escritor Ehrenburg se encontró con el también escritor Boris Pasternak; este levantó sus brazos hacia el cielo y gritó: «¡Si tan solo alguien se lo contase a Stalin!»^[116]. No se trataba de un comentario aislado. En realidad, eran muchos los que creían que Stalin ignoraba lo que sucedía. Stalin desapareció prácticamente de la escena pública y aparecía tan solo para recibir y saludar a grupos de estudiantes o de delegaciones. El escritor Isaak Bábel, amigo de la mujer de Yezhov, fue a verla para «encontrar la clave del *puzzle*», e

informó: «No es cosa de Yezhov. Él, por supuesto, juega su papel, pero no está en el núcleo». Sin embargo, Ehrenburg se inclinaba por pensar que la responsabilidad era de Yezhov, y dijo: «Pensábamos (o a lo mejor queríamos pensar) que Stalin no sabía nada de la violencia sin sentido contra los comunistas, contra la *intelligentsia* soviética^[117]». Algunos ciudadanos optaron por culpar del terror y del desconocimiento de Stalin a unos misteriosos enemigos anticomunistas situados en altos puestos. Tras la muerte de Stalin, un hombre que dirigía un distrito militar recordaba una conversación con el comisario de una división, que dijo: «¿Qué sucede? [...] No me creo que haya tantos enemigos del pueblo en el Partido. A lo mejor gente extraña se encuentra en puestos de importancia del Partido, en los órganos de seguridad. Daría la impresión de que los cuadros del Partido están siendo destruidos. Apostaría que Iosif Vissariónovich no lo sabe. Las señales, quejas y protestas son interceptadas y no llegan hasta él. Stalin tiene que ser informado. De lo contrario será un desastre. Mañana nos arrestarán a ti y a mí. No podemos permanecer en silencio^[118]».

En la intimidad Stalin no se recataba a la hora de manifestar que su objetivo era «acabar» con sus enemigos. En una ocasión comparó su matanza con la de Iván el Terrible: «¿Quién va a acordarse de toda esa gentuza dentro de diez o veinte años? Nadie. ¿Quién se acuerda hoy en día de cómo se llamaban los boyardos de los que se deshizo Iván el Terrible? Nadie. El pueblo tenía que saber que estaba deshaciéndose de todos sus enemigos. Al final, todos tuvieron su merecido». En otra ocasión manifestó: «Más vale una cabeza inocente menos que encontrarnos con vacilaciones durante la guerra^[119]».

La sede central de la OGPU, la prisión de Lubianka en la plaza Dzerzhinski, un edificio alto de color gris, era descrita como un lugar «cargado de terror». Se trataba del corazón del aparato de seguridad, el lugar donde trabajaban burócratas,

investigadores y guardias de la División de Seguridad del Estado. En las cámaras de interrogatorios de esta prisión y de las miles de prisiones de todo el país, otros miles de atónitos y atemorizados ciudadanos eran víctimas de la temida llamada a la puerta a altas horas de la madrugada. El miedo era más intenso porque la mayoría no sabía qué sucedía con los que desaparecían. Los pocos que regresaban estaban demasiado asustados para hablar.

Se aumentaron progresivamente los cargos de culpabilidad para incluir los conceptos de culpable por categoría, por ocupación, por admisión y por silencio. A diferencia de la colectivización, que afectó a localidades enteras, el terror fue siempre una experiencia individual que golpeaba impredeciblemente como un rayo en un cielo despejado, y esta diferencia explica por qué no existió nunca una resistencia organizada: cualquiera en esa situación se convencía de que para evitar problemas lo mejor era no saber lo que sucedía en la puerta de al lado, no escuchar los gritos en medio de la noche y no preguntar por qué un compañero no se había presentado a su puesto de trabajo. Existían métodos para eludir el arresto, principalmente mudarse de ciudad, pues debido a la enorme geografía de la URSS, el NKVD tenía muchas dificultades para localizar a la gente que lo hacía. Otro método era crearse una nueva identidad mediante la compra de documentos en el mercado negro. Sin embargo, gran parte de la población urbana optó por permanecer en sus hogares esperando el fatídico momento.

«Las purgas —señalaba un científico ruso— eran como la peste. Nunca podías saber quién la tendría después^[120]». Todo lo que tenía relación con el mundo de las detenciones era secreto. Si alguien era detenido en un bloque comunal, los vecinos, por mucho ruido que hubiesen hecho los agentes de seguridad, pretendían no haber escuchado nada y no

abandonaban sus cuartos hasta que estos se habían marchado. A la mañana siguiente, mientras hacían fila para utilizar los baños comunes, evitaban la mirada de los familiares del pobre desdichado que había desaparecido la noche anterior. Los familiares eran tratados como víctimas de alguna enfermedad contagiosa. Todo el bloque esperaba ansiosamente a que viniesen a buscar también a la familia, para lo cual no tenían que esperar mucho, ya que, como regla general, toda la familia desaparecía poco tiempo después y un nuevo residente se presentaba en el apartamento, «canturreando alegremente mientras hacía cola con el resto para utilizar el baño comunal^[121]».

El guionista Valerii Frid, arrestado en 1943, afirmaba que la gente estaba paralizada por el miedo: «No puedo pensar en ninguna analogía en la historia de la humanidad. Por lo tanto, tengo que recurrir a un ejemplo de la zoología: el conejo hipnotizado por la *Boa constrictor*. Todos éramos conejos que reconocíamos el derecho de la *Boa constrictor* a tragarnos; quienquiera que cayese sobre el hechizo de su mirada caminaba con calma y con una sensación de estar condenado^[122]».

«Todo el mundo se acordaba de 1937 —escribía Grossman—, cuando casi a diario se citaban nombres de personas arrestadas la noche antes. La gente se telefoneaba para contarse las novedades^[123]». «Adoptábamos la solución más fácil, manteniéndonos en silencio, esperando que no fuésemos nosotros, sino nuestros vecinos, los que fueran asesinados», escribió Nadezhda Mandelstam. Aron Solts, un viejo bolchevique que trabajaba en 1937 con Vyshinsky como asistente, comenzó a exigir pruebas de los crímenes de los enemigos. Chocó violentamente con Vyshinsky por el arresto de un viejo bolchevique y de un veterano de la Guerra Civil, Trifonov. Solts exigió las pruebas para considerarles enemigos,

a lo que Vyshinsky respondió: «Si le han detenido, entonces es un enemigo». Solts respondió furioso: «Mientes. Conozco a Trifonov desde hace treinta años y sé que eres un menchevique». Fue enviado a los Urales pero, tras seguir exigiendo pruebas, acabó siendo enviado a un hospital psiquiátrico del que salió desequilibrado^[124].

Otro caso de protesta fue el de I. M. Vareiks, bolchevique desde 1913 y miembro del Comité Central. Telefoneó a Stalin para preguntarle sobre el arresto de un número considerable de comunistas. Su mujer le preguntó por la respuesta de Stalin: «Es horrible hasta decirlo. En un primer momento pensé que no era Stalin el que estaba al otro lado de la línea. Pero era Stalin. Gritó: “No es asunto de tu incumbencia. No te metas donde no debes. El NKVD sabe lo que está haciendo”. Entonces comenzó a decirme que tan solo un enemigo del régimen podía estar defendiendo a Tujachevski y a otros. Y me colgó el teléfono». Unos días después se llamó urgentemente a Vareiks a Moscú. Fue arrestado en una pequeña estación a las afueras de la capital. Cuatro días más tarde su madre y su mujer fueron arrestadas. Él fue ejecutado en 1939. Su mujer tuvo el mismo final^[125].

Mijaíl Koltsov, que participó en la guerra de España, donde escribió valiosos reportajes, le dijo a su hermano: «Pienso y pienso y no puedo comprender nada. ¿Qué está sucediendo? ¿Cómo es posible que de repente tengamos tantos enemigos? Estas son personas que conocemos desde hace años, ¡gente con la que hemos vivido! ¡Comandantes del Ejército, héroes de la Guerra Civil, viejos miembros del Partido! Y por alguna razón, en cuanto han desaparecido tras las rejas, confiesan que son enemigos del pueblo, espías, agentes de la inteligencia extranjera. ¿De qué se trata todo esto? Siento que estoy perdiendo el juicio^[126]».

Viacheslav Kolobkov recordaba el pánico de su padre, un

trabajador de Leningrado, cuando un vehículo se detenía fuera de su casa por la noche:

Cada noche se mantenía despierto, esperando el ruido del motor de un vehículo. Cuando lo escuchaba, se sentaba rígido en su cama. Estaba aterrorizado. Podía oler su miedo, su sudor nervioso, y sentir su cuerpo temblar, aunque apenas podía verle en la oscuridad. «Han venido a por mí», decía siempre que escuchaba un coche. Estaba convencido de que sería arrestado por algo que había dicho; a veces en casa solía maldecir a los bolcheviques. Cuando escuchaba un motor detenerse y un portazo de un vehículo, se levantaba y, en estado de pánico, comenzaba a recoger las cosas que creía que más necesitaba. Siempre mantenía tales objetos cerca de su cama para estar preparado cuando «ellos» vinieran a buscarle. Recuerdo los montones de panes que permanecían allí, su temor más grande era marcharse sin pan. Hubo noches en que apenas dormía esperando un automóvil que nunca llegó^[127].

Incluso en la brutal policía soviética hubo casos de gente valerosa que se negó a tomar parte en la carnicería. T. D. Deribas, que dirigía la NKVD del Lejano Oriente en 1937, fue arrestado y ejecutado, al parecer por negarse a la represión de miembros del Partido y del Gobierno. I. M. Leplevsky, comisario de Asuntos Internos en Bielorrusia, fue ejecutado por negarse a aplicar los «nuevos métodos», eufemismo utilizado para la tortura. El director del NKVD en la región de Gorki se suicidó para no tener que ejecutar las órdenes que había recibido. Uno de sus miembros, Mijaíl Letvin, dejó una nota escrita antes de su suicidio en la que decía: «Ya no puedo participar en el asesinato de gente inocente y en la invención de casos». A. K. Artuzov escribió antes de ser ejecutado: «Es el deber de un hombre decente matar a Stalin^[128]».

Solzhenitsyn escribió: «¿A lo mejor no te llevan a ti? ¿A lo mejor pasará sin afectarte? [...] La mayoría permanece silenciosa y se atreve a esperar y confiar. Dado que no eres culpable, entonces, ¿cómo pueden arrestarte? Se trata, sin duda, de un error. Ya te están arrastrando por el cuello y tú sigues pensando: “Se trata de un error. Se darán cuenta y me dejarán marchar”. Otros están siendo arrestados en masa pero

“a lo mejor eran culpables”. Sin embargo, tú, ¡tú eres obviamente inocente...! ¿Por qué deberías entonces correr... o resistirte? Después de todo, eso solo empeoraría tu situación, harías mucho más complicado que puedan resolver el error^[129]».

Liubov Shaporina, fundador del teatro de marionetas de Leningrado, escribió: «La alegría cotidiana. Me despierto por la mañana y automáticamente pienso que gracias a Dios no me arrestaron ayer por la noche; no arrestan a personas durante el día, pero qué sucederá esta noche, nadie lo sabe. Es como la oveja de Lafontaine, cada persona tiene lo suficiente contra ellos como para justificar su arresto y su exilio a zonas desconocidas. Tengo suerte, estoy calmado; simplemente no me importa. Sin embargo, la mayoría de las personas viven en un terror absoluto^[130]».

Stalin, que conocía bien de su época en el Cáucaso las afrentas de sangre, temía que un día los familiares de los detenidos pudiesen formar una oposición a su régimen. El Politburó emitió una resolución en julio de 1937 en la que las mujeres de los condenados eran enviadas a los campos por un período de cinco a ocho años. Los niños menores de quince eran enviados a los terroríficos orfanatos soviéticos; para los mayores de quince, el Estado decidía «individualmente», lo que significaba, en la mayoría de los casos, que eran enviados a los campos. En una ocasión Solzhenitsyn escuchó un comentario de Lázar Kogan, uno de los jefes del Gulag, que resulta muy representativo de la mentalidad detrás del terror. Kogan le decía a un prisionero: «Yo creo que usted personalmente no es culpable de nada. Sin embargo, como persona educada debe comprender que se está aplicando la profilaxis social^[131]».

Los juicios no eran más que una parodia de la justicia. Eugenia Ginzburg, que consiguió vivir para contarlo, describió

su propio juicio, que duró tan solo siete minutos. Fue acusada conforme al artículo 58 y la Ley Kírov. «¿Te declaras culpable?», preguntó el juez que presidía el acto. Al contestar Ginzburg que no, los jueces se negaron a hablar del caso. Tras escuchar con cara de aburrimiento sus protestas de inocencia se retiraron para deliberar. Dos minutos más tarde volvieron y la condenaron a diez años de trabajos forzados.

La gente intentaba eliminar cualquier prueba de que estaban «traicionando» al sistema. Era preciso desembarazarse de todos aquellos libros considerados «antibolcheviques» o sospechosos de caer en cualquier momento en esa peligrosa lista. La enorme cantidad de obras que fueron arrojadas a los retretes durante el Gran Terror a punto estuvo de colapsar el sistema de alcantarillado de Moscú. Las autoridades municipales tuvieron que prohibir arrojar libros a los retretes. El temor era omnipresente, señalaba Olga Freidenberg: «Una persona se sentía a merced de una fuerza irresistible e inevitable dirigida contra ella y que la aplastaría irremediabilmente^[132]». El temor era tal que, según un visitante británico, en presencia de un extranjero los ciudadanos rusos se convertían en «repeticiones gramofónicas de lo que decía Stalin^[133]». Este se vio tan asediado de peticiones de clemencia que tuvo que aprobar un decreto por el que se prohibían las apelaciones.

La población moscovita que vivía en apartamentos pequeños y atestados sabía que con cada arresto quedaba más espacio libre. Encantada de tomar posesión de sus nuevos hogares, la gente se decía que los antiguos ocupantes se merecían lo que les había sucedido. La actriz Vera Yureneva recordaba haberse trasladado a un nuevo apartamento en el cual la tetera estaba todavía caliente. Las familias de aquellos que eran arrestados a menudo no tenían tiempo de recoger sus pertenencias. Los detenidos eran arrojados a celdas

abrasadoras en verano y gélidas cuando llegaba el invierno moscovita. Un superviviente apuntó: «El primer interrogatorio en la prisión de Sujanov comenzaba con una paliza salvaje para humillar al prisionero y romper su resistencia desde el inicio». Stalin era un firme partidario de los «métodos físicos». En una ocasión escribió una nota a Yezhov ante la falta de un testimonio satisfactorio por parte de un antiguo bolchevique: «¿No pueden hacer que este caballero confiese? ¿Dónde está, en una prisión o en un hotel?»^[134].

Pasados unos días u horas de «ablandamiento» en la celda, el detenido era conducido a la oficina del interrogador, en la que a menudo era recibido con una desconcertante cortesía que no auguraba nada bueno. El interrogatorio comenzaba así: «¿Sabe usted dónde se encuentra? Está en el corazón de la Inteligencia soviética. ¿Por qué piensa que está usted aquí?». En ese momento se esperaba una confesión. En la mayor parte de los casos, en especial si el detenido no formaba parte de un juicio público, dicha confesión era una mera formalidad del NKVD para una sentencia que ya estaba preparada de antemano. El interrogatorio comenzaba, casi invariablemente, no con una acusación, sino con una pregunta: «¿Me podría decir cuál es su hipótesis sobre el motivo de su arresto?». Al parecer, se basaba en el cuestionario que realizaba la Inquisición^[135].

Los interrogadores intercalaban la suavidad con la brutalidad y el lenguaje obsceno en las preguntas. El sistema de «cinta transportadora» de interrogatorios continuos por parte de relevos de policías podía durar horas o días enteros. Normalmente surtía efecto al cabo de cuatro a seis días y, en la mayor parte de los casos, en cuarenta y ocho horas. La desventaja del sistema era que consumía mucho tiempo y energía para las Fuerzas de Seguridad. Hubo un momento en el que los arrestos superaron la capacidad para interrogar del

NKVD, por lo que se recurrió al método más simple de golpear directamente bajo la rúbrica de «procedimientos simplificados de interrogación^[136]».

La tortura era brutal y a menudo el infortunado era devuelto a la celda en camilla. Los torturadores sacaban ojos, rompían huesos, aplastaban dedos contra las puertas. A las víctimas se les daba unos días para recuperarse y luego se les devolvía a la cámara de tortura. Los interrogatorios solían tener lugar de noche, pocos minutos después de que el detenido hubiese conciliado el sueño. Esto, junto con el potente efecto desorientador de las luces, contribuía a reforzar el sentimiento de impotencia de las víctimas. Los interrogatorios podían continuar indefinidamente, lo que daba la sensación al detenido de encontrarse en una lucha perdida. Z. Stypukowski, un polaco que pasó por el proceso, señaló: «Después de cincuenta o sesenta interrogatorios con frío y hambre y casi sin dormir, un hombre se convierte en un autómeta, sus ojos brillan, sus manos tiemblan. En ese estado a menudo está convencido de que es culpable^[137]». Las palabras que repetían más menudo los detenidos eran *Za chto?* («¿Por qué?»). Béla Kun, quien había protagonizado la fracasada revolución húngara de 1919, fue obligado a mantenerse sobre una pierna durante días hasta que confesó ser un agente fascista. Fue llevado a la cárcel de Butyrka hasta su ejecución por espionaje^[138].

Hasta 1937 la tortura física no era, en general, respaldada «oficialmente», sino que solía darse a los golpes una apariencia de «espontaneidad». El arma principal para las palizas eran habitualmente las patas de las sillas, para diferenciar esos actos «espontáneos» en el transcurso de un interrogatorio de la «tortura», que supuestamente precisaba instrumentos especializados y cuya posesión requería cierta premeditación. Sin embargo, como apuntó un prisionero, esa distinción era

absolutamente absurda cuando un hombre regresaba a la celda con las costillas rotas, orinando sangre durante una semana, con una lesión permanente de espalda o incapaz de caminar^[139].

En Lubianka algunos prisioneros eran arrojados a un agujero con otros sesenta detenidos sin más ventilación que el aire que pasaba por debajo de la puerta. Un escritor soviético también describió la «celda de pie», donde, en total oscuridad, un prisionero no contaba con espacio más que para permanecer de pie. Un secretario del Comité Provincial Tártaro fue detenido de esa forma durante dos días y tuvo que ser sacado inconsciente^[140]. Los hombres del NKVD ahogaban sus miedos en el alcohol y en el sadismo. Odiaban a los inocentes que tardaban en confesar, puesto que aquel interrogador que no lograba obtener declaraciones podía seguir al prisionero en el suplicio.

La ración diaria de comida consistía en unos quinientos a seiscientos gramos de pan negro, veinte gramos de azúcar y una sopa aguada dos veces al día. Sin embargo, lo peor eran los largos períodos de tiempo sin ver la luz solar. Las principales enfermedades eran la disentería, el escorbuto, la neumonía y los ataques cardíacos. A pesar de esto, la Administración de las prisiones era responsable de la vida de cada prisionero, lo que se llevó a extremos tan absurdos como el hecho de que en la misma celda se pudieran encontrar prisioneros que sufrían de las duras consecuencias de los interrogatorios y de los que nadie se preocupaba mientras se distribuían regularmente todo tipo de medicinas para la cura de resfriados. Asimismo, se tomaban medidas contra el suicidio de los prisioneros.

Se dieron algunos casos, aunque muy raros, de humanidad hacia los detenidos. Dos exprisioneros escribieron: «Había guardias de diferente graduación [...] que de forma repetida desafiaban las reglas y arriesgaban su propia libertad para

mejorar las condiciones de vida de los detenidos, dándoles de forma secreta comida y cigarrillos, o incluso hablando con ellos para animarles un poco^[141]». Un guardia que regresaba con un prisionero tras una sesión de interrogatorio permitió que el detenido se lavara. Mientras tanto el guardia le dijo: «No te lo tomes muy mal, camarada. La vida es dura para todos nosotros, uno tiene que soportarlo. A lo mejor te golpeó sin motivo alguno, pero no pienses más en ello. A lo mejor su corazón negro le duele más que tu pálido cuerpo. Puedes lavarte la sangre sin mayor problema, pero ¿qué sucede con él? ¿Qué agua podrá lavar su corazón negro?»^[142]. Sin embargo, tales casos eran excepcionales. La norma era la brutalidad más absoluta o la indiferencia total.

El arma más efectiva para impedir que los prisioneros se encontrasen cómodos en su entorno era la presencia de delatores. Cuando iban a ser enjuiciados se les advertía de que si no daban el testimonio esperado, la tortura continuaría. La presencia de sus torturadores en la sala del juicio servía de recordatorio. Los métodos más eficaces para conseguir declaraciones eran una combinación de tortura física y psicológica, la amenaza de arrestar y torturar a la mujer de un prisionero mientras se escuchaban los gritos desgarradores de una mujer en la celda próxima, la amenaza de fusilar a los hijos mientras le obligaban a permanecer sin dormir o sin comer durante días, etc. Pavel Goldshtein, que había resistido la tortura durante días, sufrió sus peores momentos cuando escuchó, a través de la pared de la celda donde era interrogado, la voz de una mujer que decía: «De rodillas les pido que no me peguen». El torturador de Pavel le dijo a este: «Eso puede repetirse con tu madre^[143]».

En esas condiciones las mujeres delataban a sus maridos, los hijos informaban sobre sus padres: «De entrada, el que no corría con la jauría se convertía en una presa a la que tarde o

temprano los perros despedazaban^[144]». Pavel Morozov Trofimovich, *Pavlik*, un estudiante de catorce años, se convirtió en un héroe por denunciar a su padre. Antes de ser él mismo ejecutado, cuatro familiares suyos habían sido asesinados. Morozov se convirtió en un mártir del estalinismo y apareció en numerosas campañas de propaganda. En realidad, al parecer había denunciado a su padre por haber abandonado este a su madre^[145]. La tortura conseguía ablandar a la gente más dura, haciéndoles firmar acusaciones sobre otras personas acerca de conspiraciones inexistentes. Según Solzhenitsyn, era una existencia en la que «la mentira permanente se convertía en la única forma de vida segura^[146]». Denunciar a otras personas se convirtió en un sinónimo de buena ciudadanía. Mikoyán, en un discurso que pronunció en el teatro Bolshói para celebrar el vigésimo aniversario de la Checa, afirmó: «En nuestro país cada trabajador forma parte del personal del NKVD^[147]». Stalin ideó una terrorífica forma de tortura para inducir a los prisioneros a que confesasen, que tomó la forma de ley: «Medidas contra el crimen infantil», que hizo que los niños de doce años y mayores pudiesen ser objeto de «todas las medidas de castigo criminal» (incluida la ejecución) para crímenes de violencia, asesinato o intento de asesinato.

Casi nadie era capaz de aguantar demasiado tiempo las torturas. Uno de los que sí lo consiguió fue Gorbátov, comandante de división. En su cuarto día en Lubianka se le dio un lápiz y un papel: «Describe todos los crímenes que hayas cometido», le dijeron, a lo que el oficial respondió: «No hay nada que escribir». Sus compañeros de celda le contaron historias terribles de torturas y de acusaciones sin sentido. Cuando la policía vio que Gorbátov no se venía abajo con la tortura, le enviaron a la temida prisión de Lefortovo. Allí fue interrogado cinco veces utilizando los métodos más sádicos de

tortura. Cada una de esas veces acabó cubierto de sangre. Tres torturadores se dedicaron día y noche a someterle a las más brutales palizas. Al final deseaba morir. Los torturadores se rindieron y le condenaron a quince años en los campos. Fue el único en su celda que no sucumbió a los efectos de la tortura. En 1941, cuando comenzó la guerra con Alemania, fue llamado a Moscú abandonando los campos del Gulag y, bajo promesa de no decir nada de lo que había sucedido, le fue restituido su rango y fue recibido por el jefe del Ejército, el mariscal Timoshenko, al que tuvo que informar de que había regresado de una «larga y peligrosa misión^[148]».

Las mujeres, a menudo, resistían más que los hombres. La mujer de Nestor Lacoba, antiguo dirigente de Abjazia, fue interrogada durante días. Cada mañana la devolvían inconsciente y cubierta de sangre a su celda. Sin embargo, firmaba cada hoja de acusación contra su marido escribiendo: «No profanaré el recuerdo de mi marido». No confesó ni cuando golpearon a su hijo de dieciséis años y amenazaron con matarle si no confesaba. Aún no había confesado cuando falleció en su celda. Un rasgo característico del régimen estalinista es que los prisioneros eran «excomulgados» de la vida soviética, les era prohibido llamarse *tovarich* («camarada»), debían dirigirse a sus guardias como *grazhdanin* («ciudadano») y se les prohibió obtener condecoraciones como el título de «Héroe del Trabajo^[149]».

Una vez que había confesado, si el detenido era una persona importante, se le indicaba que sería fusilado por traición. En caso contrario se le informaba de que pasaría quince años de trabajos forzados en un campo de concentración y cinco años más en el exilio. La represión era una espiral sin fin: los arrestos seguidos de interrogatorios y torturas no terminaban hasta que el acusado confesaba y acusaba a sus «cómplices».

Los trabajadores del ferrocarril, que mantenían un fuerte espíritu corporativo desde la época de los zares, fueron atacados con especial ferocidad debido a los numerosos accidentes en las vías férreas. En 1934 se produjeron sesenta y dos mil accidentes de ferrocarril. Tras un viaje en tren por el este del país, Kaganóvich escribió: «No puedo citar ni una sola carretera ni un solo tramo de ferrocarril en los que no haya un sabotaje trotskista-japonés. No existe ni una sola ramificación de transporte ferroviario donde no hayan intervenido los saboteadores^[150]». Se crearon prisiones especiales para los operarios del ferrocarril. La mayoría eran acusados de ser espías japoneses, ya que la URSS había entregado en 1935 el Ferrocarril del Este Chino a los japoneses. Los operarios rusos que regresaron a la URSS eran casi los únicos funcionarios no diplomáticos que habían vivido fuera y se convirtieron en sospechosos.

Cuando el comisario de Comunicaciones I. V. Kovalev llegó para tomar posesión de su cargo en la ciudad de Minsk en 1937, se encontró con todas las oficinas desiertas. Sus predecesores y subordinados habían sido arrestados:

Busqué a alguien pero tan solo había un extraño y terrible silencio. Era como si hubiese pasado un huracán. Me sorprendí de que los trenes todavía funcionaran y me pregunté si alguien estaba al mando de esta enorme operación. Fui al apartamento de un conocido que trabajaba en la Administración del ferrocarril. Ante mi enorme sorpresa se encontraba en casa con su mujer, que estaba llorando. «¿Por qué no estás trabajando?», le pregunté, incluso antes de saludarle. «Estoy esperando. Me han dicho que vendrán hoy a por mí». Habiéndome percatado de la situación, recuperé la calma, llamé a Stalin en Moscú. Después de todo, si el ferrocarril no funcionaba como debía, yo sería el próximo en la lista. Poskrebyshev me contestó. Le describí cuál era la situación. De alguna forma se puso fin al asalto. De todas maneras no había nadie más al que llevar a la horca^[151].

El miedo a la política del terror llevó a las formas más grotescas de lealtad a Stalin, que a su vez establecieron las bases para el «culto a la personalidad». La represión, comentaría

Mólotov, tenía que hacerse, «de lo contrario, hubieran propagado toda clase de quejas y degeneración^[152]». Muchos «camaradas» extranjeros que habían huido desde países fascistas europeos buscando refugio en la URSS se encontraron con que pasaban a ser sospechosos por ser extranjeros. El terror contra los comunistas extranjeros alcanzó tal brutalidad que en el período 1937-1938 los comunistas arrestados en cualquier otro país anticomunista (a excepción de la Alemania nazi) tenían muchas más probabilidades de sobrevivir que aquellos arrestados en la URSS. Hannah Arendt afirmó que tanto el régimen nazi como el bolchevique crearon «enemigos objetivos» cuya «identidad cambiaba según las circunstancias, de modo que, tan pronto como una categoría era liquidada, se podía declarar la guerra a otra^[153]».

«Todos eran traidores», escribió un funcionario del NKVD, «hasta que demostrasen lo contrario acusando a otras personas de ser traidores». Kruschev recordaría posteriormente un episodio muy significativo, en el que en una reunión del Partido en Ucrania una mujer intentó incriminar a un funcionario del Departamento de Salud: «No conozco a ese hombre, pero puedo afirmar, por su mirada, que es un enemigo del pueblo». El funcionario salvó su vida al tener los suficientes reflejos como para responder rápidamente: «No conozco a esa mujer que acaba de denunciarme, pero puedo afirmar, por su mirada, que se trata de una prostituta^[154]». Un campesino de nombre Seryogin, al que le dijeron que Kírov había sido asesinado, contestó que le era indiferente; el campesino no conocía a Kírov y pensó que se trataba de un habitante de alguna aldea cercana. Por su error fue condenado a diez años^[155]. Llegó un momento en el que se extendió entre los prisioneros la idea de que cuantas más denuncias hicieran, mejor. Gorbátov señaló: «Algunos defendían la extraña teoría de que cuantas más personas fueran encarceladas, antes se

darían cuenta de que era un sinsentido y que era dañino para el Partido. Mi vecino en la celda en el campo de Kolymá había sido el director del departamento político de una zona ferroviaria. Se pavoneaba de haber denunciado a unas trescientas personas. Decía, como yo escuché a menudo en Moscú: “Cuanto peor sea, mejor será, de esa forma se aclarará todo antes”^[156]».

Las purgas alteraron todos los aspectos de la vida. Los nombres de las calles cambiaban sin cesar confundiendo a los ciudadanos. Los banqueros estatales desaparecían con tanta rapidez que los billetes de rublos tenían que ser impresos sin la firma oficial. Científicos y cirujanos eran enviados a los campos de trabajo en tal número que se decía, irónicamente, que los pacientes que requerían cirugías complejas no debían dirigirse a Moscú, sino a Siberia. El puesto de periodista era tan efímero que el diario *Izvestia* dejó de poner sus nombres en las puertas de los despachos. También se intentaba que los niños no supieran cuál era el destino de sus padres. Margarete Neumann citaba una conversación: «¿Han arrestado también a tu padre?”. “No —respondía el niño—, mi padre se encuentra de vacaciones en el Cáucaso”. Entonces, una niña de doce años hija de un detenido le sacó de su error: “Así que en el Cáucaso, ¿eh? ¿Entonces por qué envía dinero tu madre a la cárcel, eh? ¡Bonito Cáucaso ese!”^[157]».

Las librerías y las bibliotecas se encontraban bajo la presión incesante de responder a los caprichos de la censura oficial. Las novelas de Balzac eran censuradas y luego rehabilitadas. ¿Qué libros debían permanecer y cuáles no? Preguntaban a la organización de censura soviética, Glavlit, qué debía hacerse con las ediciones de Kámenev sobre los escritos de Lenin. ¿Debía quemarse la obra de John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*, en la cual algunos «traidores a la Revolución» eran incluidos entre sus principales líderes? No

existe constancia de las respuestas. Los libros de texto se revisaban sin cesar, lo que ocasionaba que los niños no tuviesen ninguno durante mucho tiempo. Las cárceles se encontraban repletas y en muchas celdas solo se podía estar de pie. En la torre de la prisión Butyrka de Moscú en la que había estado Pugachev, líder de la revuelta de los campesinos contra Catalina la Grande, había sesenta y seis mujeres detenidas. Los monasterios eran convertidos en cárceles. Stalin barajaba a sus súbditos como «un montón de cartas^[158]». Durante la oleada de detenciones masivas muchos ciudadanos sabían que su turno estaba llegando porque todas las personas de su entorno estaban siendo detenidas.

En los años álgidos del terror los hombres del NKVD enloquecieron. Los oficiales más jóvenes, al ver cómo eran destruidos sus camaradas, decidieron que su única esperanza de vivir era involucrarse activamente en el terror. En un exceso de celo arrestaban incluso a niños bajo la acusación de espionaje. Descubrían agentes trotskistas en las profesiones más inverosímiles. En Leningrado, por ejemplo, arrestaron a los astrónomos más eminentes, a casi todo el personal del Observatorio Pulkovo, entre ellos al brillante astrónomo Nikolai Kozyrev, que estaba preocupado por los volcanes lunares. Fue enviado a los campos de la región de Turukhansk. Allí continuó hablando de ciencia. Una noche en una conversación con otro prisionero comentó que estaba en desacuerdo con las palabras de Engels de que Newton fuera un «estúpido inductivo». El otro prisionero lo denunció a las autoridades del campo y, tras un breve debate ideológico, fue condenado a muerte por insultar a un marxista clásico. El pelotón de ejecución tenía tanto trabajo que Kozyrev tuvo que esperar su turno. Mientras esperaba tuvo la suerte de que Moscú canceló la orden de ejecución condenándole a una sentencia de prisión más larga. Continuó meditando sobre los

volcanes lunares y, tras su liberación, se hizo famoso por sus trabajos sobre el tema.

En una ocasión, Mólotov y Kaganóvich se enzarzaron una noche en una discusión sobre si la estrella que estaba por encima de la dacha de Stalin era Orión, como sostenía Mólotov, o Casiopea, como afirmaba Kaganóvich. Stalin ordenó que llamaran al planetario. Tras la caída en desgracia de su antecesor en el puesto el director no era ya un astrónomo, sino un agente del NKVD. Pidió un poco de tiempo para preguntar a un astrónomo. Envió a buscar al astrónomo «A», quien, conociendo la suerte de algunos de sus camaradas, ya no dormía. Cuando escuchó el frenazo de un coche y la característica llamada a la puerta, sufrió un ataque al corazón. El vehículo fue enviado a buscar a un segundo astrónomo. El astrónomo «B», al ver el vehículo que se aproximaba, decidió que con sesenta años ya no estaba preparado para soportar la tortura y se lanzó por la ventana «hacia sus queridas estrellas. Pero hacia abajo, no hacia arriba». Eran las cinco de la mañana y ya habían perdido a otro astrónomo cuando el director descubrió el nombre de la estrella. Llamó a la dacha y dijo: «Por favor, digan a los camaradas Mólotov y Kaganóvich que no hay nadie que tenga la respuesta, todos se fueron hace tiempo a dormir^[159]».

EL GULAG

El «archipiélago Gulag», en la expresión de Solzhenitsyn, consistía en miles de campos de concentración desperdigados por la inmensa geografía rusa. Las «islas» eran habitadas por millones de *zeks* («prisioneros»). Algunas de las «islas» eran tan grandes como un gran país europeo y otras tan pequeñas como celdas. El archipiélago se encontraba desperdigado

geográficamente, pero unido psicológicamente en un continente casi invisible situado dentro de otro continente, el de la URSS. El Gulag ya era una realidad en 1930, cuando contaba con ciento setenta y nueve mil prisioneros. Sin embargo, el número pronto se disparó y en 1934 ya había 510 307 y en 1940, un millón trescientos mil.

El Gulag tenía precedentes en la Rusia zarista, en las brigadas de trabajadores forzosos que operaban en Siberia desde el siglo XVII hasta los inicios del siglo XX. Tras la Revolución rusa, adoptó su forma más conocida, convirtiéndose en parte integrante del sistema soviético. Los orígenes del Gulag se encuentran en la Guerra Civil rusa, cuando los campos fueron destinados a los enemigos de clase. En el verano de 1918 Lenin había exigido que los «elementos inseguros» fueran confinados en campos de concentración en las afueras de las ciudades^[160]. En 1919 se creó la Administración Principal de Trabajos Forzados (GUPR), abriéndose más campos. Hacia 1921 la Checa contaba con doscientos cincuenta mil funcionarios, una cifra extraordinaria de funcionarios para un estado que supuestamente estaba en vías de desaparición. En 1922 el sistema de prisiones se centralizó bajo el Comisariado del Interior. La GPU, o Administración Política del Estado, sucedió a la Checa y se quedó con los campos, aunque el nombre «chequista» se siguió utilizando habitualmente. Con la creación oficial de la URSS, la GPU se convirtió en la GPU unificada, u OGPU, que estaba supervisada por el comisario de Justicia. A diferencia de los campos de exterminio y de concentración nazis, el Gulag contaba con una amplia variedad de campos, que iban desde las letales minas de oro de la región de Kolymá hasta los institutos secretos «de lujo» a las afueras de Moscú, donde los científicos se encargaban de idear armas para el Ejército Rojo.

En 1940 el Gulag tenía cincuenta y tres campos, algunos de

ellos gigantescos. El llamado Bamlag, por ejemplo, era un campo «movible» al que se le asignó la tarea de construir una línea de ferrocarril de dos mil kilómetros entre Baikal y Amur, en el este. A los doscientos sesenta mil prisioneros se les dio la tarea imposible en 1939 de construirlo en dos meses sin maquinaria ni vestimenta apropiada. Murieron por millares. A estas líneas se les dio el apropiado apodo de «líneas muertas^[161]». El secreto sobre la existencia de los campos y su forma de operar los hacía mucho más terroríficos. No se publicaban listas de personas arrestadas, los campos de trabajo no eran mencionados en los periódicos, pero sin embargo todo el mundo sabía que formaban parte de la vida soviética aunque nunca se hablara de ellos. Esto creaba una «conciencia dual [...] y hacía que el pueblo se convirtiese en cómplice de la campaña de mentiras inculcada por el Partido y el Estado^[162]».

Entre los campos de prisioneros destacaban los del norte de la URSS, conocidos como SLON («Campos de Destino Especial del Norte», por sus siglas en ruso). En 1930, el sistema de prisiones fue reformado por una ley sobre campos de trabajo correccional. Los campos de la OGPU pasaron a integrar la Dirección Principal de Campos de Trabajo Correccional y Asentamientos Laborales, con el difícil acrónimo GUITLTP, que sería abreviado para dar lugar al acrónimo *Gulag*, «Dirección General de Campos de Trabajo^[163]». Los campos albergaban una mezcla de criminales comunes y de disidentes políticos.

El sistema de campos fue puesto bajo el mando de Lázaro Kogan, que fue sustituido en 1932 por Matvei Berman, principal responsable de la dirección y la expansión del Gulag. Los campos tenían sus propias leyes y costumbres. Generaban una literatura propia y contaban con sus villanos y sus héroes. Sin duda, dejaron una huella profunda e indeleble en todos los que estuvieron en alguno de ellos. Incluso años después de

haber sido liberados, los antiguos prisioneros del Gulag podían reconocer a los que habían estado allí simplemente por «la mirada». Cualquier organización encargada de llevar a cabo una operación tan enorme desarrolla un impulso propio y resulta muy difícil de controlar. El control efectivo resulta imposible cuando, como era el caso del NKVD, las operaciones eran llevadas a cabo en secreto, a menudo a grandes distancias del centro, lo que proporcionaba constantes oportunidades para el abuso de poder y la indulgencia hacia los comportamientos criminales y psicopáticos.

Hoy se estima que entre 1929 y 1953 existieron cuatrocientos setenta y seis de esos campos, aunque las cifras son engañosas, ya que en la práctica contenían a su vez otros pequeños y numerosos campos. A pesar de la brutalidad en los campos, en los que los prisioneros morían de frío, malnutrición y enfermedades, no eran en principio campos de exterminio como lo era Auschwitz^[164]. El NKVD mantenía campos separados para matar a aquellos que eran considerados un peligro serio para el régimen. El fin de la mayoría de los campos era el trabajo, para construir canales, carreteras y minas en áreas tan remotas que nadie deseaba trabajar allí. La muerte era un efecto colateral. En los campos soviéticos los prisioneros fallecían como consecuencia de la ineficiencia y el descuido de los guardias. Stalin no visitó nunca esos campos, como tampoco lo hizo Hitler con los suyos.

Si no eran ejecutados inmediatamente después de los interrogatorios, para los desdichados prisioneros comenzaba un calvario casi peor. El viaje a través de las interminables estepas rusas hacia los temidos campos del Gulag se hacía en condiciones infrahumanas, en vagones de tren sin ventanas que, para ocultar su carga a la población, portaban el rótulo de «Equipamiento especial». Los viajes podían durar meses. Un prisionero describió un viaje de cuarenta y siete días desde

Leningrado hasta Vladivostok. Cuando el tren se detenía en alguna estación, se imponía el más estricto silencio bajo pena de muerte. En los vagones los más débiles morían de hambre y de sed o de asfixia. Las mujeres no se salvaban de ser enviadas a los campos. Tras la guerra, una quinta parte de la población de los mismos eran mujeres^[165].

En algunas localidades de provincia las normas de secreto se relajaban y, en ocasiones, los prisioneros marchaban a la estación de tren por los pueblos, lo que para muchos sería la última visión de la vida civil y una de las pocas imágenes que los civiles tendrían de los prisioneros. En la localidad de Petropavlovsk se produjo un incidente cuando los habitantes vieron a los prisioneros caminando escoltados por la calle:

La mayoría de los viandantes eran mujeres envueltas en chales y gruesos abrigos de fieltro. Para mi asombro, comenzaron a gritar a los guardias: «¡Fascistas... asesinos! ¿Por qué no vais a pelear en el frente?». Comenzaron a tirarles bolas de nieve. Ellos lanzaron varios disparos al aire y las mujeres retrocedieron unos pasos, pero continuaron maldiciendo y siguiéndonos. Arrojan a la columna paquetes, hogazas de pan, patatas y tocino, envueltos en tela^[166].

Un testigo escribió sobre esos viajes infernales: «Trenes cargados de campesinos deportados partieron hacia el gélido norte, los bosques, las estepas, los desiertos. Llevaban poblaciones enteras, desprovistas de todo; los ancianos se morían de hambre a mitad del viaje, los recién nacidos eran enterrados en las cunetas del tren y cada campo tenía su cosecha de pequeñas cruces de ramas o de madera blanca^[167]». El informe oficial sobre el «destacamento SK 950», un tren compuesto de cincuenta y un vagones de prisioneros, es un fiel reflejo de la espeluznante historia del transporte del Gulag, incluso bajo el punto de vista del fiscal del sistema:

Los presos llegaron en vagones sin calefacción que no habían sido preparados para el transporte de prisioneros. En cada vagón había entre diez y doce literas, con

una capacidad máxima de dieciocho personas, pero había hasta cuarenta y ocho en cada vagón. Los vagones no tenían suficientes latas para el agua, con el resultado de que había interrupciones en el suministro de esta, a veces durante días y noches enteros. Se daba pan helado a los prisioneros y durante diez días no se les dio nada. Llegaron vestidos con uniformes de verano, sucios, llenos de piojos, con evidentes síntomas de congelación, [...] los prisioneros enfermos fueron abandonados en el suelo del vagón, sin auxilio médico, y allí habían expirado^[168].

Para los presos que viajaban durante semanas, las condiciones en los campos de tránsito en la costa del Pacífico eran espeluznantes. Un testigo recordaba que el 70% de sus compañeros de viaje sufría de ceguera nocturna, que era un efecto colateral del escorbuto, así como diarrea. Tampoco existía asistencia médica apropiada. Los detenidos compartían el viaje a los campos con asesinos, violadores y ladrones, los temidos *urkas*, delincuentes tatuados (a menudo con los retratos de Stalin o de Lenin) que parecían haber surgido del infierno. Eran aún más despiadados que la policía soviética y les robaban todo su dinero e incluso sus ropas o zapatos. Se trataba de delincuentes «incorregibles» para un régimen que hacía unos años los había liberado porque, según se decía, era el capitalismo el que los había convertido en delincuentes. Existían también delincuentes de poca monta, llamados *bytoviki*, que en otro momento hubiesen sido condenados a pagar una multa, pero que eran enviados a los campos dada la necesidad de mano de obra.

Para llegar a esa inaccesible región los presos cruzaban en tren toda la URSS en viajes que llegaban a durar tres meses hasta el puerto de Vladivostok. El resto del viaje lo hacían en barco, dirigiéndose hacia el norte pasando cerca de las costas japonesas hasta el puerto de Magadán, la entrada del valle del río Kolymá, conocido por sus minas de oro y, posteriormente, de uranio. La travesía en barco era el infierno en la tierra. Introducidos a la fuerza en los compartimentos de carga, los prisioneros apenas se podían mover. La mayoría nunca había

estado en un barco y vomitaba sin cesar. Los guardias arrojaban la comida desde la cubierta para que los prisioneros luchasen por ella. Cuando los barcos pasaban cerca de la costa japonesa, la cubierta con la bodega permanecía completamente cerrada para que los buques japoneses no descubriesen lo que transportaban. Eugenia Ginzburg relató su experiencia a bordo de uno de esos barcos, en el que nada más entrar comenzó a sentirse mal: «Si me mantuve en pie, fue solamente porque no había un lugar donde caerse. [...] Una vez en la bodega, era imposible moverse, nuestras piernas se adormecían, el hambre y la sed nos producían mareos y todos nosotros sentíamos náuseas, [...] apenas podíamos respirar; nos sentábamos o nos estirábamos en el suelo sucio una detrás de la otra, abriendo las piernas para hacer sitio a la persona de delante^[169]».

Las condiciones del viaje se veían, además, agravadas por los suplicios inventados por los delincuentes comunes que acompañaban al resto. Los detenidos «políticos», objetivos prioritarios de los *urkas*, eran violados repetidamente y a aquellos que se resistían se les sacaban los ojos. Se producían violaciones masivas a bordo del denominado «tranvía de Kolymá». Una de sus supervivientes, Elena Glink, lo describió del siguiente modo:

Violaban según la orden del «conductor» del tranvía. [...] Después de la orden de *koncha bazar* ('detened el bazar'), se separaban con esfuerzo, a regañadientes, dejando su lugar al siguiente hombre, que estaba de pie preparado. A las mujeres muertas las arrastraban por las piernas hacia la puerta y las amontonaban en el umbral. A las que quedaban las reanimaban tirándoles agua y la fila comenzaba otra vez. En mayo de 1951, a bordo del *Minsk* [famoso en todo Kolymá por su «gran tranvía»] los cadáveres de las mujeres fueron arrojados por la borda. Los guardias ni siquiera anotaron los nombres de las muertas^[170].

Uno de los testigos de aquellos barcos señaló: «Cualquiera que haya visto el infierno de Dante diría que no era nada comparado con lo que sucedía en aquellos barcos». Janusz

Bardach, un joven polaco escribió:

Varios hombres asaltaban a una mujer. Pude ver sus blancos cuerpos retorciéndose. Las mujeres los golpeaban enérgicamente con las piernas y les clavaban las uñas en la cara. Mordían, gritaban y aullaban. Los violadores les respondían a golpes. Cuando se quedaron sin mujeres, algunos de los más robustos se volvieron a las literas en busca de hombres jóvenes. Estos adolescentes fueron incluidos en la carnicería y yacían boca abajo, sangrando y gritando en el suelo^[171].

Grossman escribió: «El viaje de traslado en los convoyes es aún más duro que el campo. Ahí los delincuentes comunes son todopoderosos: te desnudan, te quitan la comida, se juegan a las cartas la vida de los prisioneros políticos; el que pierde tiene que matar a un hombre con un cuchillo y la víctima no sabe hasta el último minuto que ha apostado su vida en una partida de cartas...»^[172]. Cuando llegaban, la salud de la mayoría se había deteriorado irremediabilmente. Eugenia Ginzburg se dio cuenta de que la imagen que veía en un espejo era ella misma porque se parecía a su madre. Muchos sufrían de ceguera por la falta de vitaminas.

Los transportes marítimos eran secretos. Así, cuando en 1939 uno de estos buques colisionó con un arrecife, la tripulación prefirió dejar morir a los prisioneros a revelar su cargamento. Por supuesto, no había salvavidas a bordo y más de mil presos murieron en el hundimiento. Era una introducción a Kolymá, conocida como la «isla» maldita de Stalin. Kolymá, sin embargo, se encuentra en el continente, pero todos aquellos que fueron destinados allí siempre pensaron en ella como un lugar aparte, como otro planeta. Para los rusos el lugar es el equivalente de Auschwitz para el Holocausto. La vasta región de Kolymá, tan grande como Ucrania, es probablemente la región más inhóspita de Rusia. Oymyakon, una desolada ciudad de la región, es el lugar habitado más frío de la tierra. En la zona las temperaturas

descienden regularmente a -45 °C en invierno y pueden alcanzar los -70 °C. Había más de cien campos en la zona. Para los prisioneros el trabajo era obligatorio hasta que la temperatura descendía a los -50 °C. Una rima de los prisioneros decía: «Kolymá, maravilloso planeta, doce meses de invierno, el resto verano».

Inmediatamente después de llegar a los campos, comenzaba uno de los procesos más importantes: la selección de los prisioneros, algo que afectaba a decisiones que iban desde el tipo de barracón en que vivirían hasta el tipo de trabajo que desempeñarían. Un general del NKVD recibía a los prisioneros con estas palabras: «¡Convictos. Esto es Kolymá! La ley es la taiga y el fiscal el oso. Están aquí para trabajar duro. Deben pagar con sudor y lágrimas los crímenes perpetrados contra el pueblo y el Estado soviético». Cada brigada de trabajo contaba con un jefe y un capataz que efectuaban cada mañana la *rasvod*, o asignación del trabajo. Al final era frecuente que esa selección marcara la diferencia entre la vida y la muerte. A los más débiles se les otorgaba un período de «cuarentena» para asegurarse de que las enfermedades que portaban no fueran contagiosas para el resto de la población reclusa^[173]. El segundo campo en importancia era Elgen, que significaba «muerto» en el lenguaje local (yakut). El clima se cobraba muchas vidas. Las tormentas heladas congelaban todo a su paso y reducían la visibilidad. En una de esas tormentas, un grupo de varios centenares de prisioneros y guardias se perdieron en el llamado «valle de la muerte» cerca del campo Shainvinks y no sobrevivió ninguno^[174].

Las impredecibles tormentas eran temidas. Dmitri Bistrolevo describió su experiencia al quedar atrapado en una de ellas:

En ese instante, el viento comenzó a ulular de forma salvaje y terrorífica,

obligándonos a tendernos en el suelo. La nieve formaba remolinos en el aire y todo desapareció: las luces del campo, las estrellas, la aurora boreal. Nos quedamos solos en medio de la niebla blanca. Abriendo los brazos, rodando y tropezando con torpeza, cayendo y apoyándonos, tratamos de encontrar el camino lo más pronto posible. De repente, un trueno reventó sobre nuestras cabezas. Apenas sí conseguí aferrarme al que me acompañaba al subir cuando un remolino de nieve, hielo y piedras comenzó a rebotar hacia nosotros. El remolino de nieve impedía respirar, ver^[175].

El invierno duraba ocho meses; durante dos no había ninguna luz solar en Kolymá, pero una vez que llegaba el deshielo, se embarcaba a miles de nuevos prisioneros destinados a los campos. Uno de ellos describió así el proceso:

Cuando salimos al inmenso lugar fuera del campo fui testigo de un espectáculo que hubiese sido digno de una película de Cecil B. DeMille. Hasta donde alcanzaba la vista había enormes columnas de prisioneros marchando en una dirección o en otra como ejércitos en el campo de batalla. Un gran destacamento de oficiales de seguridad, soldados y hombres de comunicaciones con teléfonos de campaña y motocicletas se mantenían en contacto con el cuartel general, ordenando el movimiento de esos ríos humanos^[176].

Un prisionero polaco recordaría posteriormente:

Al llegar al campo, pasaron mucho tiempo contándonos... Aquella noche no parecía tener fin. Tuvimos que formar un sinfín de veces en columnas de cinco en fondo y cada fila debía avanzar tres pasos que varios agentes del NKVD con cara de preocupación marcaban, «*odin, dva, tri...*», mientras escribían trabajosamente cada nombre en sus tableros con sujetapapeles. Supuestamente, el número de los vivos sumado al de los que habían sido fusilados *en route* no arrojaba el total esperado^[177].

Aquellos que eran enviados allí trabajaban hasta la muerte. En el portón de uno de los campos en Kolymá se podía leer un cartel que rezaba: «El trabajo en la URSS es una cuestión de honradez, gloria, valor y heroísmo». Los prisioneros parecían «marcianos^[178]». Los casos de congelación eran tan comunes que los doctores amputaban continuamente piernas y brazos. En los campos de Solovetsky, los que quebrantaban las normas

eran atados a los árboles durante las noches de verano para que fueran devorados por los mosquitos. La muerte era la única salida de aquel infierno; no había ancianos en Kolymá. Los guardianes examinaban los cadáveres para asegurarse de que nadie intentara escapar fingiendo su muerte y, para asegurarse, destrozaban las cabezas de los cadáveres a martillazos y aplicaban hierros candentes a los cuerpos congelados^[179]. La tasa de mortalidad era tan alta en Kolymá que contó con más detenidos que cualquier otra zona. En uno de los campos de Kolymá, que comenzó un año con tres mil prisioneros, mil setecientos habían muerto antes de finalizarlo y otros ochocientos se encontraban en el hospital con disentería^[180]. Los dietistas de Yezhov analizaban cuál era la cantidad mínima de calorías que permitía a los detenidos seguir viviendo y trabajando.

Las fugas se intentaban de vez en cuando, pero en muy pocas ocasiones finalizaban con éxito. Se trataba de actos de desesperación, un sentimiento que abundaba en el Gulag. En la región de Pechora, el NKVD ofrecía una recompensa en trigo para todos aquellos que entregasen a los fugados. A principios de la década de los treinta, los fugados eran ayudados por los campesinos. Sin embargo, ese sentimiento desapareció durante la época del Gran Terror. Existieron casos de fugados que tuvieron suerte y pudieron sobrevivir^[181]. Los gitanos, en particular, a veces conseguían llegar hasta algún campamento de su etnia donde la solidaridad les salvaba de ser descubiertos. El general comunista español Valentín González, «el Campesino», logró escapar. Los fugados atrapados eran tratados brutalmente y, a menudo, ejecutados. Los guardias cuyos presos se hubiesen escapado durante las marchas eran condenados a dos o tres años de prisión, lo que ocasionaba que se produjesen continuos recuentos de los prisioneros. En los primeros años de la década de los treinta, se produjeron más

evasiones, hasta alcanzar la cifra documentada de 83 490. En 1953 las medidas de seguridad eran ya tan estrictas que solo se fugaron setecientos ochenta y cinco prisioneros.

Durante el corto pero abrasador verano las condiciones tampoco mejoraban demasiado para los prisioneros, que se convertían en víctimas del calor y de los insectos. Un prisionero recordaba: «Los mosquitos se nos metían por debajo de las mangas y de los pantalones. La cara nos reventaba de picaduras. En la zona de trabajo, nos llevaban la comida y, si estabas tomando la sopa, los mosquitos llenaban el tazón como una papilla de avena. Nos llenaban los ojos, la nariz y la garganta^[182]».

En algunos campos existían barracones de mujeres, que eran poco menos que burdeles públicos. Solzhenitsyn describió uno de ellos:

Incomparablemente sucio y abandonado, tenía un olor opresivo y las literas carecían de sábanas. Estaba prohibido que los hombres entraran allí, pero esta prohibición era obviada y nadie la obedecía. No solo iban hombres, sino también los adolescentes, chicos de doce a trece años, que se reunían para aprender... Todo tenía lugar de modo natural, como en la naturaleza, a la vista de todos, y en varios lugares a la vez. La ancianidad y la fealdad evidentes eran las únicas defensas para las mujeres, nada más^[183].

Hava Volovich escribió que «las cosas que una persona libre podría haber pensado cientos de veces antes de hacerlas ocurrían aquí tan simplemente como ocurrían entre los gatos del tejado». Un prisionero señaló que Kolymá era «una incubadora de los más viles instintos humanos^[184]».

Se concibieron niños en los campos. En 1950 hubo unos doce mil embarazos documentados. A las madres se les permitía alimentarlos, pero se mantenía a los niños de forma separada. Tras un año eran llevados a lugares desconocidos. Eugenia Ginzburg, que se convirtió en enfermera a tiempo para salvar su vida, dejó una descripción del campo Elgen: la

prohibición de talar árboles, el comercio de sexo, la utilización de cuotas de exenciones médicas para los delincuentes comunes y los métodos de supervivencia. «Amenazas, intriga, sobornos^[185]».

Stalin conocía el valor del trabajo esclavo que se realizaba en los campos. En agosto de 1938, cuando el terror estaba disminuyendo, los líderes soviéticos discutieron la posibilidad de liberar antes de que hubiesen cumplido toda su sentencia a los prisioneros que se hubieran distinguido en los campos. Sin embargo, Stalin señaló: «¿No podemos encontrar otra forma de mostrar nuestro aprecio por su trabajo? Desde el punto de vista económico se trata de una mala idea. La mejor gente será liberada y aquellos que permanezcan serán los peores». En 1939 decretó que los convictos debían «cumplir su sentencia íntegramente». «Los mejores» fueron abandonados para que muriesen lentamente^[186].

En 1943, en plena guerra mundial, se construyó una nueva categoría de campos de trabajo pesado llamados «Katorga» (del griego *kateirgon*, «forzar»), donde eran enviados los prisioneros más peligrosos para el régimen. El trabajo se realizaba en turnos de doce horas sin descanso y con tan solo pequeñas cantidades de alimentos. El nuevo sistema mató a veintiocho mil prisioneros enviados a las minas de Vorkuta en el primer año de funcionamiento. Desde 1932 hasta 1967 esta localidad minera en el río Pechora, en el Ártico ruso, se situó en segundo lugar tras Kolymá en el sistema del Gulag. En 1953, año en que se produjo una rebelión de prisioneros, Vorkuta contaba con trescientas mil almas. Fallecieron más prisioneros allí que en Auschwitz. En esa zona la temperatura no supera los cero grados durante dos tercios del año, y durante más de cien días es azotada por los temidos *khanovey*, o «viento de vientos», a través de la tundra. El clima mataba rápidamente a aquellos que provenían del sur de Rusia; muy pocos seguían

con vida tras un año o dos^[187].

Los campos tenían un objetivo económico. Recordando el uso de mano de obra forzosa que había hecho el zar Pedro el Grande, Stalin deseaba contar también con una gran cantidad de gente que pudiese trabajar sin tener que pagarles por ello, algo que el Estado apenas podía permitirse. Entre ellos destacaba la minería de carbón (en Vorkuta), la madera (en Kargopol), la construcción de canales (en Belomor), de líneas de ferrocarril (en Pechora), etc. Stalin siempre fue un firme partidario de utilizar el trabajo en los campos para obtener los objetivos económicos del socialismo, y nunca los consideró como un mero instrumento de terror. Más de dos millones de personas volvieron al sistema de la servidumbre en la que habían trabajado sus abuelos bajo el régimen zarista^[188]. Un geólogo se quejó de las condiciones de trabajo en un campo: «Estas personas pueden morir», señaló indignado. El jefe de la prisión le respondió: «¿Qué personas? Estos no son personas, son enemigos del pueblo^[189]».

La prensa occidental informaba de las condiciones en los campos en artículos condenatorios. Mólotov, encargado de la labor de contrarrestar la campaña, no negaba la existencia de mano de obra forzosa, aunque señalaba que no se trataba de esclavitud. En Estados Unidos la explotación maderera con prisioneros era considerada «competencia desleal» y el Congreso norteamericano consideró seriamente la posibilidad de boicotear los productos producidos por «mano de obra convicta». La amenaza forzó a los soviéticos a emplear a prisioneros en áreas de la economía que no fuesen la explotación maderera y donde pudiesen ser ocultados, como las minas de oro en Kolymá o en las zonas más remotas de Siberia.

Análisis recientes demuestran que el sistema de mano de obra forzosa no era provechoso en términos económicos. No

solo se construían líneas de ferrocarril que no iban a ninguna parte y canales demasiado poco profundos que enseguida caían en desuso, sino que el Gulag promovió la proliferación de estadísticas trucadas. La mano de obra esclava «se convirtió en un narcótico para la economía, que tuvo dificultades crecientes en ceder y reemplazar a los prisioneros con trabajadores civiles». Así, el efecto del Gulag fue el de corromper lo que quedaba de economía «libre^[190]».

Las condiciones de trabajo con largas jornadas y muy poco descanso hacían que los accidentes fueran muy frecuentes. El cansancio y el duro clima producían una combinación letal. Uno de los prisioneros relató posteriormente sus experiencias: «Con los dedos fríos y entumecidos no podían sujetar los mangos, ni las palancas, la madera o los cajones, y había muchos accidentes, a menudo mortales. Un hombre fue aplastado cuando estábamos sacando troncos de un carro con plataforma usando dos troncos a modo de rampa. Quedó sepultado cuando veinte o más troncos se soltaron, y él no pudo apartarse a tiempo^[191]». Solzhenitsyn creía que lo máximo que podía resistir un hombre en uno de esos campos era diez años, y esa era una afirmación hecha durante un período relativamente mejor en la historia de los campos. En su obra, Solzhenitsyn demostraba que la gente podía ser enviada a los campos por los motivos más absurdos. Irina Tuchinskaya, por ejemplo, fue acusada de haber «rezado en la iglesia por la muerte de Stalin»; otros por haber mostrado simpatía por Estados Unidos.

Solzhenitsyn, arrestado tras la Segunda Guerra Mundial, escribió que la experiencia de los campos podía ennoblecer a los detenidos. Al final, tras leer la obra de Solzhenitsyn, el lector concluye que, a pesar de que se asesinó a millones de personas, el espíritu humano sobrevivió, que la esperanza y el humor podían mantener a los prisioneros con vida. Sin

embargo, Solzhenitsyn cumplió gran parte de su sentencia en un campo a las afueras de Moscú, en unas condiciones mucho más suaves para que los detenidos pudiesen llevar a cabo investigaciones científicas. En el caso de la mayoría de los detenidos en campos del Gulag en las zonas más alejadas de Rusia, cada prisionero dependía de sí mismo para sobrevivir y la moralidad no existía. Un moscovita que sobrevivió a los campos escribió: «Este maldito Tamerlán aplastó y lo destrozó todo. Les quitó el futuro a los ciudadanos que aún no habían nacido^[192]». Como el sistema de terror era imprevisible, muchos interrogadores se encontraban de la noche a la mañana en el Gulag, donde solían ser asesinados por aquellos que habían sufrido interrogatorios.

Si no se cumplía con las cuotas de oro exigidas, se fusilaba a los prisioneros como «saboteadores»; si se cumplía, se seguía trabajando hasta la muerte. La consigna era «sin oro, no hay pan^[193]». En los campos de Kolymá se extraía alrededor de una tercera parte de todo el oro del país. Los prisioneros que rendían poco apenas recibían alimentos. Eran los llamados *dokhodyaga*, o «acabados». Los animales recibían un mejor trato, lo que llevó a un prisionero a pedir ser recalificado como «caballo», petición que hizo que fuera inmediatamente enviado a una de las celdas de castigo llamadas «las villas de Stalin». Para Mólotov, las condiciones en el Gulag eran mejores que «la esclavitud que existe en la sociedad capitalista^[194]». En algunos casos contados, las autoridades intervinieron para poner fin a las atrocidades que se cometían en los campos y mejorar en algo las condiciones imperantes en estos.

La propaganda sobre enemigos del régimen era tan efectiva que, como escribió Eugenia Ginzburg, los trabajadores libres de la zona «se negaban a creer lo que veían con sus propios ojos sobre la realidad de Kolymá. Cualquier cosa que aparecía

en los periódicos era más creíble para ellos que lo que veían en la calle^[195]». El sistema paranoico no descansaba tampoco en el Gulag, pues se estimaba que los prisioneros seguirían conspirando contra el socialismo. Se utilizaban los llamados «*Stuchki*». Una palabra de un espía significaba otro juicio y una condena complementaria. A un prisionero que ya llevaba ocho años le oyeron quejarse de que las botas eran mejores en el período de los zares. Se le impusieron ocho años suplementarios^[196].

La brutalidad de los campos hacía que pasar una temporada en el hospital fuera algo deseable, por lo que se multiplicaron las heridas autoinfligidas, aunque constituyeran un delito. Las tormentas invernales castigaban sin piedad los campos. Tan solo aquellos que conseguían un trabajo en el interior podían soñar con salir vivos de aquel infierno. Kolymá costó, según todas las estimaciones, más vidas que Auschwitz. La mayoría pensaba que, como eran inocentes, debía de tratarse de algún error que sería subsanado por el Partido o por el mismo Stalin. Algunos pensaban que, a pesar de no haber hecho nada, en realidad eran culpables. Como señaló un historiador soviético, los comunistas, al igual que los cristianos, poseían un «sentido de pecado, un vago sentimiento de haber transgredido, combinado con una expectativa ineludible del inevitable castigo^[197]».

En general, los prisioneros salían de los campos cuando habían cumplido su condena, salvo aquellos que eran considerados «incorregibles». Una vez en libertad, los prisioneros políticos tenían que firmar un documento en el que juraban no volver a realizar actividades contrarrevolucionarias. Eran obligados a vivir lejos de las principales ciudades y tenían que presentarse regularmente en las comisarías del NKVD durante años^[198].

La progresión de los asesinatos en la era de Stalin podía

parecer irracional, pero se buscaba un objetivo claro: llegar a un punto donde nadie en el país, ya fuese trabajador o mariscal, pudiese sentirse completamente seguro de que fuera a ver amanecer un nuevo día. El mismo Krushev se preguntaba: «¿Crees que puedo estar seguro... de que mañana no van a trasladarme de este despacho a la celda de una prisión?»^[199]. El pueblo respondía con resignación, y en ocasiones con sentido del humor. Los chistes sobre Stalin se contaban con precaución, ya que si eran denunciados, acarreaban la muerte. Uno de ellos contaba la historia de un hombre llamado Rabinovich que escribió una pancarta dando las gracias a Stalin por su feliz niñez. Cuando la policía le señaló que Stalin no había nacido cuando Rabinovich era un niño, respondió: «Por eso mismo se lo agradezco». Otro chiste era el de dos rusos hablando en el parque: «“¿Qué piensas de nuestro gran líder Stalin?” “Lo mismo que tú”. “En ese caso — decía el primero—, me veo obligado a arrestarte”». Una anécdota muy popular narraba el caso de un conejo que emigraba a Finlandia en 1937. Al ser preguntado por sus motivos, señalaba que en Rusia estaban arrestando y matando a miles de camellos. «Pero no eres un camello, eres un conejo» le decían los guardias. «Ya lo sé, pero ¿cómo puedo probarlo?». Posteriormente en la URSS se contarían otros como este: Stalin regresaba a la vida y al ver los cambios preguntaba quién los había iniciado. «Krushev» es la respuesta. «¡Ejecutadle!», dice Stalin. «Pero... ya está muerto, camarada Stalin». «¡Entonces ejecutadle de forma póstuma!», concluía Stalin.

Las cuotas de las personas que tenían que ser arrestadas se establecían como objetivos industriales. El 30 de julio de 1937, Yezhov y su ayudante Mijaíl Frinovski propusieron al Politburó la aprobación de la orden número 00 447, por la cual entre el 5 y el 15 de agosto debían asignarse a las provincias cuotas para dos categorías: la categoría 1 (los que tenían que

ser fusilados) y la 2 (los que tenían que ser deportados). Se especificaba que 72 950 personas tenían que ser fusiladas y 259 450 detenidas. Lo que importaba eran los números, no los nombres. Un incidente ilustra claramente el proceso de deshumanización de las purgas. Una mujer, cuyo vecino había sido arrestado, llamó a la policía para solicitar permiso para cuidar al hijo del vecino, que se había quedado solo. Tras dejarla esperando dos horas, la policía decidió que les faltaba una persona para cumplir con la cuota establecida para aquel día, por lo que decidieron arrestar a la vecina que había efectuado la llamada. El miedo se extendía por todos los rincones como sombras, como dijo el poeta Yevgueni Yevtushenko, pero en algunos ciudadanos era incluso visible. Eran aquellos que «portaban las condenas a muerte brillando en su interior como cruces blancas en las casas de los hugonotes^[200]».

La Iglesia ortodoxa, considerada como «agencia de propaganda y de agitación de los *kulaks*», fue atacada con especial ferocidad. Los curas fueron perseguidos, los iconos destruidos y reemplazados con retratos de Stalin. Se eliminaron las campanas de las iglesias y los monasterios fueron reconvertidos en prisiones o en factorías. Se destruyeron importantes templos como la catedral de Cristo Redentor, en Moscú, considerada como «la fortaleza ideológica» de los religiosos. Fue dinamitada en diciembre de 1931. Stalin, al escuchar la enorme explosión, preguntó sorprendido: «¿Dónde están bombardeando?»^[201].

Por supuesto, muchos de los prisioneros en los campos del Gulag vivieron para contar sus terribles experiencias, como Solzhenitsyn, que se convirtió en un célebre escritor, o el general Gorbátov, que colaboró posteriormente en el ataque soviético contra Berlín. Tras cumplir una condena en Kolymá, Sergei Korolev se convirtió en uno de los líderes del programa

espacial de la URSS. Gustav Herlin, tras abandonar los campos, se convirtió en uno de los hombres de letras más célebres de Polonia.

Las purgas incrementaron la sensación de inseguridad de Stalin. Ningún otro líder en el mundo contaba con tanta protección. Había centinelas en cada esquina, los guardias controlaban la identidad de todos los visitantes con sus fotografías. Las contraseñas se cambiaban frecuentemente. El aire era examinado por temor a gases venenosos. Stalin vivía en un castillo del tamaño de un pueblo y disfrutaba con el hecho de saber que caminaba por largos pasillos utilizados antaño por el zar Iván el Terrible, un hecho que expresaba de forma explícita a sus invitados extranjeros para poder disfrutar de su sorpresa. El poeta Osip Mandelstam se preguntaba: «¿Por qué cuando pienso en él solo puedo ver cabezas, montañas de cabezas?»^[202]. La «victoria» del socialismo en el campo puso fin a la orgía desenfundada de arrestos. En el XVII Congreso del Partido, un exultante Stalin afirmó orgulloso que ya no había «nada más que probar, nadie más a quien derrotar»^[203].

El 5 de marzo de 1938 el diario fascista *Popolo D'Italia* se preguntaba si «en vista de la catástrofe en el sistema de Lenin, Stalin no se estaría convirtiendo en un fascista». «Stalin está haciendo un gran favor al fascismo al destruir a sus enemigos en grandes cantidades, enemigos que ya habían sido reducidos a la impotencia». El autor del artículo era un antiguo socialista que había fundado el fascismo. Su nombre era Benito Mussolini.

LAS ÚLTIMAS PURGAS

Las purgas no se detuvieron durante la guerra mundial, ni cuando esta finalizó. Se habían convertido en parte integral del

sistema estalinista. Stalin culpó a los militares de las derrotas y persiguió a los supuestos culpables. La victoria tampoco ablandó sus sentimientos hacia el pueblo soviético a pesar de sus esfuerzos heroicos durante el conflicto. Stalin desconfiaba progresivamente de todo y de todos, en especial del mundo exterior y los acuerdos con terceros estados.

La desertión de tropas que se produjo en 1941 convenció a Stalin de que era necesaria una nueva purga. La tragedia contó con la colaboración de los aliados occidentales, pues las naciones victoriosas habían decidido que todos los prisioneros de guerra debían regresar a sus países de origen. Esto incluía también a los ciudadanos que se habían incorporado al Ejército alemán para combatir al Ejército Rojo. A pesar de sus súplicas para no ser enviados de vuelta a la URSS, los aliados presionados por Stalin tuvieron que ceder. Se dieron escenas estremecedoras cuando tropas británicas tuvieron que obligar a los prisioneros soviéticos a punta de bayoneta a que se embarcaran en los trenes que les llevaban a una muerte segura en la URSS. Stalin no fue mucho más tolerante con aquellos que habían sido hechos prisioneros por los alemanes. Además de las horripilantes condiciones en las que fueron mantenidos en Alemania, su calvario no terminaría con la guerra, ya que considerados por Stalin como «traidores a la patria» muchos fueron enviados a campos de concentración a su regreso a la URSS^[204].

Mientras el territorio ocupado por los alemanes iba siendo liberado progresivamente, Stalin comenzó una terrible campaña de venganza contra los millones de ciudadanos soviéticos de esas zonas que eran acusados de haber colaborado con el enemigo. La venganza de Stalin se abatió no solo sobre aquellos que habían trabajado para las autoridades alemanas o que habían luchado en unidades del Ejército alemán, sino también sobre naciones enteras. Stalin siempre

había desconfiado de los grupos étnicos no rusos, y la recuperación soviética en la guerra contra Alemania le dio la oportunidad de oprimir a aquellas nacionalidades de cuya lealtad desconfiaba. Es cierto que una parte de las nacionalidades oprimidas habían colaborado de forma voluntaria con el invasor alemán, pero Stalin no hizo excepciones en su sed de venganza.

Las primeras víctimas fueron los rusos descendientes de alemanes que se habían instalado en las orillas del Volga invitados por la zarina Catalina la Grande. Ya no eran alemanes más que por su ascendencia y ni siquiera hablaban alemán. Sin embargo, para Stalin sus raíces alemanas les condenaban. Stalin temía la existencia de una posible «quinta columna». Beria llevó a cabo una deportación a gran escala: un millón quinientos mil ciudadanos de etnia alemana, la mayoría residentes en la zona del Volga, fueron expulsados de allí, sin que nadie cosechara el cereal cultivado por aquellos agricultores excepcionales. El 3 de agosto de 1941, tras saber que los alemanes de Ucrania habían abierto fuego contra las tropas soviéticas que se batían en retirada, Stalin mandó una nota a Beria: «Que los deporten de inmediato». Se dice que Beria y Mólotov sondeaban las lealtades de los alemanes del Volga enviando a la zona paracaidistas con uniforme alemán, tras lo cual arrasaban todas las casas en las que se les hubiera dado cobijo^[205].

Los descendientes de alemanes fueron instalados en campo abierto sin más medios que las pocas posesiones que habían podido llevar con ellos. Miles murieron de hambre, de frío y de enfermedades. Una carta de una mujer deportada a la estepa de Kirguiz describió el horror de las deportaciones: «No hay nada más que un vacío gris. Vivimos en una cabaña. El sol quema despiadadamente, cuando llueve hay goteras en la cabaña y todas nuestras posesiones se mojan. Dormimos en el suelo.

Trabajamos todo el día hasta que caemos rendidos. Hemos sido forzados a trabajar en las montañas de excrementos, mezclándolos con fertilizante durante ocho horas al día incluso bajo el calor más aplastante^[206]».

El ejemplo más claro de la implacable venganza de Stalin fue Chechenia. No existía evidencia de que los chechenos hubiesen colaborado de forma masiva con el enemigo alemán. Las fuerzas alemanas se habían detenido en 1942 al oeste de la capital, Grozny, y tan solo unos cientos de chechenos habían cruzado las líneas para unirse a los alemanes. La mayor parte de la población que quedaba eran niños, mujeres y ancianos; los hombres estaban luchando en el frente. Prueba de ello es que entre los ingusetios y los chechenos se otorgaron treinta y seis medallas de Héroe de la URSS. Sin embargo, como georgianos, Stalin y Beria detestaban sobre todo a estos dos pueblos. En febrero de 1944, Beria anunció la deportación de 459 486 personas. Además de chechenos e ingusetios, serían deportados algunos de sus vecinos: osetios y daguestaníes. Beria pidió permiso para acometer esta «operación de gran magnitud», pues quería sacar provecho personalmente^[207].

En febrero de 1944 las tropas del NKVD entraron en la pequeña república de Chechenia. Gran parte de la población chechena fue subida a trenes con destino a Siberia en los que se les privó de agua y comida. Una mayoría falleció durante el traslado. Medio millón de personas fueron sacadas a la fuerza de sus hogares. Desorientados, desplazados de su sociedad tradicional, la mayoría se vio incapaz de acostumbrarse. Según los documentos del NKVD, doscientas treinta y un mil personas fallecieron en Siberia. Su invencible espíritu nacional hizo que los chechenos mantuvieran su identidad en el exilio y reconstruyesen su patria cuando les fue permitido regresar a su hogar en 1956^[208].

Otro grupo étnico que pagaría con sangre su traición a la

URSS fueron los tártaros de Crimea. De los aproximadamente cuatrocientos mil tártaros que fueron deportados, la mitad había fallecido en menos de dieciocho meses. Cuando las tropas del NKVD acabaron su labor en Crimea, Beria escribió a Stalin pidiéndole medallas para sus hombres, «que se han distinguido» en la guerra contra los «traidores a la madre patria». Stalin otorgó cuatrocientas trece de esas medallas. Cuando Churchill, Roosevelt y Stalin se reunieron en Yalta en febrero de 1945, no quedaba en Crimea ni uno solo de estos habitantes indígenas de la península. A finales de 1945, casi la mitad de los tártaros deportados habían muerto de frío, de hambre o de enfermedad.

Es posible que Stalin no estuviese buscando venganza con los que habían colaborado con el enemigo, sino que, por el contrario, habría buscado una excusa para realizar una limpieza étnica. Los zares habían soñado siempre con una Crimea libre de tártaros desde que Catalina la Grande había incorporado dicha región al Imperio ruso. Los chechenos, por su parte, habían llevado a cabo diversos levantamientos antirrusos, algunos después de la Revolución bolchevique y otros tras la colectivización en 1929. Todo parece indicar que Stalin simplemente buscaba deshacerse de estos colectivos antisoviéticos. En su discurso ante el XX Congreso del Partido, Nikita Krushev señaló ante una estupefacta audiencia que Stalin hubiese deportado a toda la población de Ucrania de no haber sido tan numerosa y de haber contado con algún lugar para hacerlo^[209].

Con los años Stalin se hizo cada vez más paranoico sobre aquellos que le rodeaban. En 1949 inició una nueva purga en el Partido, en lo que vino a llamarse «el *affaire* de Leningrado». Miembros destacados del Partido en Leningrado, incluidos aquellos que habían sido condecorados por la defensa de la ciudad durante la guerra, fueron arrestados, juzgados bajo los

cargos de intentar establecer una base de oposición en Leningrado y ejecutados. Aunque ya no adquirió la misma escala que el Gran Terror, era un ominoso recordatorio de los métodos siniestros de los años treinta.

Los judíos soviéticos fueron los siguientes en la purgas. Una característica de la mentalidad de Stalin tras la Segunda Guerra Mundial fue su recurso al antisemitismo. Es posible que Stalin ordenase un verdadero pogromo por la simple razón de que su hija, Alilúyeva, mantenía una relación con un judío que no agradaba a Stalin. Consideraba a los judíos como una especie de quinta columna, pues muchos de ellos tenían parientes en Estados Unidos. Una de las últimas víctimas del entorno de Stalin fue Polina Zhemchuzhina, la mujer judía de Mólotov, acusada de hablar en hebreo con una extranjera que resultó ser Golda Myerson (conocida como Golda Meier), la primera embajadora de Israel en la URSS.

Sin duda, el antisemitismo era ancestral en Rusia, y fue un factor relevante en el desencadenamiento de la última purga de Stalin. Hacia 1948-1949 cientos de intelectuales judíos habían sido arrestados. Uno de ellos fue el célebre actor y director de teatro Solomon Mikhoels, asesinado muy probablemente por órdenes de Stalin. Los judíos fueron sistemáticamente excluidos de todas las posiciones destacadas en el arte, los medios de comunicación y la edición, en medicina y otras profesiones^[210]. La campaña alcanzó su cenit en el verano de 1953 con el juicio secreto a miembros del Comité Judío Antifascista, trece de los cuales fueron ejecutados^[211]. Algunos historiadores han señalado, sobre evidencias poco sólidas, que Stalin estaba preparando dar a conocer al mundo una «conspiración judeosionista» que iba a finalizar con la deportación masiva de los judíos soviéticos a la zona de Birobidzhan, en la parte más remota de Siberia.

El giro antisemita de Stalin iba en contradicción con sus

primeros años y con el pensamiento marxista. Los judíos habían sido bien recibidos en el Partido Bolchevique y muchos de los líderes soviéticos tenían orígenes judíos, aunque rechazaran la religión. El antisemitismo de Stalin pudo estar ligado al aumento del nacionalismo ruso durante la guerra. Aunque fue el primero en reconocer el Estado de Israel en 1948, lo hizo porque pensaba que podía servirle de aliado en la zona. Cuando ese país adoptó su característica relación con Estados Unidos, Stalin se convirtió en un antisemita furibundo.

A principios de 1953 el Kremlin anunció que se había desvelado la existencia de un «complot de los doctores» en Moscú. Se aseguró que la comunidad médica controlada por los judíos había planificado la muerte de Stalin y de otros líderes soviéticos. Todo comenzó en 1948, cuando Andrei Zhdánov sufrió un ataque cardíaco y posteriormente diversas complicaciones de salud. Un mes más tarde sufrió otro ataque al corazón y Stalin envió a su propio médico a investigar. Zhdánov falleció finalmente de otro infarto. Un año más tarde Georgi Dimitrov, antiguo líder de la Internacional Comunista, falleció también repentinamente. Era tratado por el mismo doctor. A partir de ese momento los intelectuales judíos fueron acusados de conspirar para derribar el Estado soviético pagados por los judíos y el Gobierno norteamericano. La prensa arremetió contra los «asesinos de la bata blanca». El 13 de enero de 1953 el diario *Pravda* hablaba de «una vasta conspiración judía^[212]».

Se realizaron preparativos para acabar con esa nueva «amenaza» del colectivo médico, comparable a la que se había llevado a cabo contra los oficiales del Ejército Rojo. El complot de los doctores fue, probablemente, una de las conspiraciones más fantásticas inventadas por Stalin. No está claro que Stalin fuese el principal instigador de esta nueva purga, aunque era

precisa su aquiescencia para llevarla a cabo. La cadena exacta de responsabilidades puede que nunca se sepa con certeza. Pudo ser orquestada por Krushev como un torpe intento de acabar con Beria, para achacarle después la responsabilidad y eliminar así a un posible rival. Algunos distinguidos médicos en la clínica del Kremlin y en otros centros prestigiosos fueron arrestados por no haber «detectado» la conspiración.

El 13 de enero de 1953 la agencia de noticias TASS anunció el «complot de los doctores» a la población. Uno de ellos había admitido su voluntad de «destruir a los principales líderes de la URSS». El propio médico de Stalin había admitido ser un «agente británico». Las confesiones llevaron a más arrestos. Los judíos eran víctimas de una nueva oleada de antisemitismo. El judío burgués se había convertido en el nuevo *kulak*. Stalin estuvo de acuerdo en la deportación de los judíos al este. Lo que evitó que la brutalidad se desatase contra los médicos fue la muerte de Stalin en marzo de 1953^[213].

La última época de Stalin fue opresiva, pero el terror ya no fue una parte esencial del sistema. Las campañas de terror físico dirigidas contra grandes sectores de los rusos étnicos cesaron, así como el terror dirigido contra la élite. Tradicionalmente se ha defendido que el período 1945-1953 fue la culminación de la dictadura de Stalin, el período en el que el estalinismo alcanzó su madurez. La victoria sobre Alemania habría fortalecido enormemente a Stalin y le habría permitido llevar a cabo sus proyectos. Esta versión, que es todavía hoy muy defendida, resulta errónea, ya que la URSS se encontraba en un estado lamentable y, de hecho, la victoria tan solo acentuó las dificultades de Stalin. Su poder personal, cuyo punto culminante se considera que llegó tras 1945, se encontraba más cuestionado que antes.

La paradoja fue que mientras que el conflicto había fortalecido al régimen y había convertido a Stalin en el símbolo

de la victoria, su poder se encontraba amenazado. El éxito del Ejército Rojo hizo temer a Stalin que el régimen sería militarizado. La imagen tradicional es que su arbitrariedad aumentó como consecuencia de un sistema dictatorial más maduro. Sin embargo, es muy probable que su comportamiento irracional fuese la respuesta a las amenazas al sistema y al temor de que se viniese abajo. La edad y la guerra le habían pasado factura y estaba claro que se estaba deteriorando física y mentalmente.

BALANCE

A partir de 1953, el terror decayó no solo porque su arquitecto estaba muerto, sino porque ya había alcanzado sus objetivos. El sistema soviético fue duro tras la muerte de Stalin, pero ya no se volvería a aplicar el terror a gran escala. Las instituciones del terror, la policía secreta y el sistema de campos se desarrollaron plenamente durante la etapa de Stalin. La convulsión que produjo en el Estado y la sociedad soviéticos fue devastadora. Resulta imposible saber cuántas personas fueron asesinadas durante la época de Stalin. Los historiadores del período se encuentran ante la enorme dificultad de tener que separar las muertes que fueron resultado de la «liquidación» de los *kulaks* y el hambre de las muertes directamente relacionadas con «el Gran Terror». Durante años el debate en torno a las víctimas de la represión estalinista se vio teñido por la Guerra Fría entre el bloque socialista y el capitalista. Sin tener acceso a los archivos, los historiadores se veían obligados a basarse en censos oficiales, estadísticas económicas o en detalles como el número de periódicos distribuidos entre los prisioneros en 1931.

Los historiadores occidentales que deseaban condenar a la

URSS se inclinaban por las cifras más abultadas. Los contrarios al papel de Estados Unidos durante la Guerra Fría escogían las más bajas. Se abrió una enorme brecha entre las cifras aportadas por los historiadores. Robert Conquest estimaba que el NKVD había arrestado a siete millones de personas en el período de 1937 a 1938^[214]. Sin embargo, un estudio revisionista del historiador J. Arch Getty hablaba tan solo de «miles» de arrestos durante aquellos años^[215]. Un número redondo de muertos serviría para comparar a Stalin con las muertes ocasionadas por Hitler, aunque lo más probable es que no pudiesen reflejar la totalidad del sufrimiento en la URSS, ya que ninguna cifra podría incluir la mortalidad de las esposas y los hijos o los padres ancianos que se quedaron desamparados y cuyas muertes no fueron constatadas. Antes de la *glasnost*, el número total de víctimas de las purgas que fueron detenidas, enviadas a gulags o ejecutadas oscilaba entre cinco y dieciocho millones. Aunque es posible que nunca se alcance un consenso sobre las cifras, tras el fallecimiento de Stalin se pudieron realizar estudios totales sobre el número de detenidos y ejecutados. Los detenidos, condenados y ejecutados por los organismos del NKVD entre 1930 y 1953 ascienden a un total aproximado de 3 851 450. El total de ejecuciones según estas estadísticas fue de 776 074. Hacia 1940 había ya cuatro millones de personas en las instituciones penales^[216].

En 1940, la ocupación de los estados bálticos, Bucovina y Besarabia, llevó a la deportación de dos millones de personas. En 1941, la deportación a Siberia de varios grupos nacionales tuvo como consecuencia la muerte de un tercio de los cuatro millones de personas involucradas. Entre 1947 y 1953, un millón de personas morían como consecuencia de las últimas purgas de Stalin. Al final, la enorme población penal comenzó a rebelarse. Se produjo una rebelión en Kolymá en 1949 a la

que siguió una en Krasnoyarsk en 1951 y otras en Labytnangi y Ozerlag en 1952. El número total de muertes en los campos del Gulag entre 1934 y 1953 fue de 1 053 892. En cuanto a las víctimas de la colectivización y de la «deskulakización», resulta casi imposible cuantificarlas con exactitud. Nicolas Werth estima que el total fue de seis millones de muertos en el período 1923-1933: cuatro millones de muertos en Ucrania, un millón en Kazajistán y otro millón en el norte del Cáucaso.

¿Hasta qué punto se extendió la responsabilidad de las purgas de Stalin? Aceptando que Stalin fue, efectivamente, «el director general del terror^[217]», los historiadores se han planteado extender el estudio de la responsabilidad sobre las mismas. El estalinismo no era tan monolítico como se ha considerado tradicionalmente. Se ha estudiado el estado de desorganización de la burocracia soviética en especial localmente. Las purgas las iniciaba sin duda Stalin, pero, después de todo, no podía controlar todo el sistema por muy poderoso y temido que fuera. La responsabilidad de llevar a cabo las purgas dependía de la organización del Partido. Muchos miembros del Partido dieron su aprobación a las purgas como instrumento para ajustar viejas cuentas o deshacerse de posibles rivales. Otros consideraban que la URSS necesitaba una mano brutal que impidiese un retroceso. Para estos, Stalin era un salvador cuyos métodos brutales eran lo que precisaba la nación. El mismo Trotski había afirmado: «No entraremos en el reino del socialismo con guantes blancos en un suelo pulido^[218]».

Se ha apuntado a la violencia intrínseca de la sociedad rusa, vinculando lo que sucedió a la idea de Lenin de que la misión del bolchevismo era la «destrucción implacable del enemigo». La Guerra Civil rusa fue de una violencia brutal y forjó la creencia de que la defensa violenta de la Revolución era justa e históricamente necesaria. Stalin escribió que la «ley de la

revolución proletaria violenta, la ley de la destrucción de la máquina del Estado burgués, es una ley inevitable del movimiento revolucionario^[219]». Las purgas de Stalin son consideradas así como una conclusión lógica del proceso. Sin embargo, no existía nada en los escritos de Lenin o en su filosofía política que autorizara, condonara o anunciara la aniquilación de varios millones de inocentes, en muchos casos leales ciudadanos soviéticos.

Otros historiadores se han centrado en la falta de desarrollo de los conceptos de los derechos individuales y civiles en Rusia. El régimen zarista había sido una autocracia en la que la obligación era obedecer. Los comunistas nunca cambiaron esa mentalidad. De hecho, pusieron el énfasis en la necesidad de la obediencia a la autoridad central. Lenin afirmó en 1901: «Nunca hemos rechazado el terror. [...] En algunos momentos de la batalla puede llegar a ser esencial^[220]». En todo caso, a Lenin le habría horrorizado la bacanal de terror del NKVD.

Tomando prestado el análisis historiográfico sobre el nazismo, es posible repetir el esquema del debate «estructuralistas versus intencionalistas» sobre el papel de Hitler en el Holocausto. Los «intencionalistas» señalan que Stalin planificó deliberadamente el Gran Terror como forma de imponer su voluntad a través de la institucionalización del miedo. Esta visión de los crímenes de Stalin es ahora compartida por muchos historiadores postsoviéticos e intelectuales que, como en el caso del nazismo, encuentran muy conveniente atribuir los horrores del pasado a las estrategias maquiavélicas de un malvado dictador. De esta forma, la masa queda absuelta de los horrores estalinistas.

Más recientemente, historiadores principalmente norteamericanos han evolucionado hacia una metodología «revisionista» que considera el terror examinando la

interrelación entre el Estado y la sociedad, investigando las vidas, las respuestas y las actitudes de los ciudadanos corrientes. Estos historiadores sociales del estalinismo (como Fitzpatrick, Getty, Manning, Rittersporn y Thurston entre otros) podrían definirse como «estructuralistas». Consideran que el terror no se llevó a cabo en el «vacío», sino que el estalinismo floreció en un terreno dispuesto. Para el historiador Robert Thurston, el terror simplemente «asumió un impulso y una dinámica propia entre el pueblo. Ni Stalin ni el NKVD actuaron independientemente de la sociedad». Sin duda, se trata de una interpretación mucho más inquietante que la tradicional, pues sugiere que grandes sectores de la sociedad soviética, consciente o inconscientemente, contribuyeron a la construcción del estalinismo. Stalin sigue apareciendo como el protagonista, pero con el apoyo de millones de actores secundarios^[221].

Existió un sentimiento de participación directa en las purgas a todos los niveles. La gente tenía una enorme variedad de motivos para participar. Algunos aprovecharon la ocasión para ajustar viejas cuentas. Otros estaban realmente convencidos de que la economía estaba siendo minada por saboteadores que tenían que ser ajusticiados. Los juicios ejemplares ayudaron a aumentar las sospechas contra los administradores. Los campesinos proporcionaban información y testificaban en los juicios locales. Una imagen muy ilustrativa para explicar el proceso es la de «los ratones enterrando al gato^[222]». De acuerdo con estimaciones recientes, la ciudad de Járkov contaba en 1940 con cincuenta informantes. En un discurso, Mikoyán afirmó: «Todos los ciudadanos de la URSS deberían ser agentes del NKVD^[223]». Las denuncias se convirtieron en una forma sencilla de obtener lo que se deseaba: si un jefe era cesado, se abrían posibilidades de ascenso; si desaparecían los vecinos, quedaba libre un

apartamento, etc. Conforme la jerarquía política iba siendo vaciada por la represión masiva, muchos no solo sobrevivieron, sino que prosperaron al ascender a puestos medios y altos. Eran los «promovidos», jóvenes de familias campesinas o trabajadoras que consiguieron llegar alto gracias a haber denunciado a los jefes que se interponían en sus carreras profesionales.

La necesidad de encontrar enemigos, de acusar y castigar, funcionó junto con la autoprotección, la autopromoción y la expansión del terror hasta convertirlo en un holocausto político. Evgeni Gnedin recordaba a algunos jóvenes ambiciosos que se encontraban en un bar para elegir víctimas entre sus superiores y posteriormente, en las reuniones de la organización del Partido, denunciar a esas personas por «mantener contactos con los enemigos del pueblo» (por ejemplo, colegas que habían sido arrestados)^[224]. Por supuesto, tal «revuelta de los subordinados» no podía haber tenido lugar sin la presión para denunciar que provenía de Stalin y sus cómplices. Una parte importante de la población se identificaba con la represión, lo que llevó a Stalin a rechazar la sugerencia de su biógrafo Emil Ludwig de que el sistema estaba «inspirado por el miedo»: «¿Cree usted realmente que hubiéramos podido conservar el poder y contar con el respaldo de las vastas masas durante catorce años empleando métodos de intimidación y terror?»^[225]. La creación de enemigos imaginarios y el miedo constante a la conspiración, a los espías extranjeros y al sabotaje se convirtieron en un rasgo característico de la cultura política soviética. Esto impulsó una vigilancia popular cuyo rostro más oscuro se reveló en el ambiente histérico de denuncias en el que la sociedad soviética se sumergía periódicamente.

Las cifras del personal del NKVD son elocuentes al respecto. Contaba con trescientos sesenta y seis mil empleados

en 1939, aunque de esta cifra considerable es preciso señalar que la mayoría eran agentes fronterizos y agentes de la policía regular. El número total de policías políticos era mucho más reducido. Es posible que existiesen veinte mil de estos agentes para la enorme población de ciento setenta millones de personas. Todos los datos de las oficinas locales apuntan a una presencia bastante escasa. En Leningrado, según algunas fuentes, no había más de treinta para una población de tres millones de habitantes. Con esa reducida presencia, el NKVD tuvo que reducir sus trámites para hacer frente a la avalancha de trabajo durante el período álgido de 1937-1938, en el que tuvo que redactar confesiones de antemano o inventar pruebas para condenar a los acusados.

Las purgas provenían tanto de los niveles inferiores como de los superiores del sistema soviético. De esa forma, las purgas iniciadas por Stalin eran llevadas a cabo con brutalidad por miembros de la base del Partido, quienes deseaban reemplazar a sus superiores, a los que consideraban una élite conservadora que no cedería voluntariamente su poder, por lo que tenían que ser aplastados sin piedad. Lo cierto es que Stalin contó con la colaboración de lo que vino a llamarse la «*nomenklatura*», una lista de cargos que no podían ocuparse (ni abandonarse) sin el permiso del correspondiente Comité del Partido. Esta élite privilegiada detrás de la maquinaria del Partido fue creada por Stalin para reemplazar a los viejos bolcheviques. Se trataba de la «nueva clase», como la denominó el yugoslavo Milovan Djilas, o la «nueva nobleza de servicio», en palabras del historiador Robert Tucker^[226].

Es posible estudiar la *nomenklatura* para explicar el origen de las purgas y el terror estalinista, ya que esta estaba compuesta de personas que no guardaban lealtad a la vieja causa bolchevique, sino a Stalin. Guardias armados garantizaban que nadie entrara en los bloques donde vivía la

élite política. Tan solo los sirvientes domésticos y los chóferes conocían el nivel de vida de la *nomenklatura*. El pueblo nunca supo de las mesas con abundante caviar y el cordero que se servía en los banquetes del Kremlin. Las personas con cierto peso político tenían acceso a tiendas y hospitales especiales. Disponían, además, de una gran cantidad de privilegios en comida, vivienda, vehículos, etc. Para ellos era necesario conservar los puestos de trabajo que acarreaban tales privilegios. Cuantos más enemigos eliminasen, más seguros se encontraban en sus puestos de trabajo. Con el tiempo, la *nomenklatura* se iba convirtiendo en un grupo social hereditario. En esas circunstancias no es de extrañar que la nueva clase gobernante estuviera decidida a mantener inalterado el orden soviético. No cabe duda de que mucha gente denunciaba crímenes políticos y de que esos actos reforzaban el sentimiento de pertenecer a la sociedad en un mundo donde eran evidentes los devastadores costes de la exclusión social.

Aunque los principales colaboradores de Stalin se encontraban atemorizados por este, no le obedecían únicamente por temor. Yezhov, Beria y Mólotov sentían la misma satisfacción por su trabajo que Stalin. Tampoco tenían ningún escrúpulo moral. Vivían sobre hielo quebradizo y en un estado de paranoia compartido por sus camaradas. Mataban a otros para mantenerse en vida, durmiendo con pistolas bajo las almohadas. Sin embargo, mantenían una fe casi religiosa en el bolchevismo que justificaba tantas muertes.

Los documentos desclasificados de los archivos soviéticos han ayudado a profundizar en nuestro conocimiento de las actividades de Stalin. Este emitía telegramas a las autoridades locales en los que exigía que los «enemigos» fuesen fusilados, confirmó la composición de las *troikas* (órganos de tres miembros con capacidad para emitir sentencias), sancionaba la

utilización rutinaria de «métodos físicos» (tortura) para obtener confesiones, a menudo respondía afirmativamente al aumento de las cuotas de víctimas por parte de las autoridades locales y ratificaba el cese o el arresto de numerosos miembros regionales o locales del Partido. Estas actuaciones eran generalmente aprobadas por el «quinteto» (Stalin, Mólotov, Yezhov —luego Beria—, Kaganóvich y Voroshílov). De esta forma, Stalin incriminaba a sus colaboradores más cercanos en sus políticas asesinas^[227]. Según el historiador Volkogonov, para Stalin la conciencia era una verdadera «quimera^[228]».

Por último, no cabe desdeñar el aspecto del idealismo en las purgas de Stalin. Pudo bien tratarse de un idealismo perverso, pero fue suficiente como para que muchos de los arrestos y las ejecuciones estuvieran justificados en nombre del triunfo de la Revolución y de la creación de un paraíso socialista en la tierra. Para algunos historiadores, la creación de una sociedad altamente industrializada en un país atrasado y campesino precisaba el uso de la coacción para alcanzar sus objetivos. Sea o no apócrifa la frase, Stalin al parecer señaló: «No es posible hacer una tortilla sin romper los huevos». Implícitamente, no se podía construir el socialismo sin romper cabezas.

Sin embargo, existe una diferencia cualitativa entre la utilización de la violencia en una situación revolucionaria y la exterminación a sangre fría de millones de ciudadanos. Miles murieron en la Guerra Civil rusa. Sin embargo, lo sucedido en la era de Stalin era de una naturaleza radicalmente diferente. El país no estaba en guerra. Durante el terror, millones de ciudadanos soviéticos serían condenados simplemente por categoría, estatus u ocupación, así como sus asociados, vecinos o amigos, todos categorizados como «enemigos del pueblo». La dureza de las condiciones de vida en Rusia y el atraso y analfabetismo de muchos de sus ciudadanos fue muy

importante para que Stalin pudiera poner en práctica el terror y desviar la culpabilidad. Los rusos pensaban tradicionalmente que si las políticas del zar eran injustas, lo eran por culpa de malvados consejeros. Esta mentalidad fue astutamente aprovechada por Stalin, que indujo constantemente a la gente a pensar que tenía presentes sus intereses. En una ocasión señaló que era preciso «escuchar atentamente la voz de las masas, de los afiliados de base del Partido, de la llamada “gente pequeña” y del pueblo llano^[229]».

Es preciso tener en cuenta también la forma en la que los ciudadanos individuales interiorizaron, racionalizaron y trataron con los valores, la mentalidad y los objetivos de la ideología estalinista dominante. Las bases del terror deben buscarse tanto en la psique de los ciudadanos corrientes como en los objetivos conscientes de la jerarquía soviética. Al identificarse con el discurso oficial del Partido, muchos individuos llevaron a cabo una autotransformación comunista, convirtiendo así las aspiraciones mesiánicas del Estado en su «asunto íntimo». La idea de que la sociedad soviética fue en gran parte conformista al llevar a cabo un «autocontrol» o una «autopurga» resulta un desafío a la visión tradicional de que un estado omnipotente se enfrentó al ciudadano «liberal» individual en una lucha desigual. La Gran Purga de los comunistas tuvo consecuencias inesperadas y no representó una ruptura sin precedentes del comportamiento moral, sino que se basó en un sistema ético en el que la violencia a gran escala podía tener sentido moral como una búsqueda para «conseguir la perfección moral en la humanidad^[230]». La terrible conclusión es que el terror del Partido era menos una política estatal que un estado mental de los ciudadanos. Se trató de la «autodestrucción de los bolcheviques^[231]».

En definitiva, es preciso alejarse de la visión tradicional de Stalin como única fuerza de las purgas. Stalin heredó una

revolución, revivió el terror que se había atrofiado y renovó el estado de tensión en todos los niveles sociales. Sin embargo, la monumental dimensión del proceso tan solo puede ser captada a escala nacional, con la intervención de factores locales que distorsionaban la intención del centro. Con los documentos actuales se puede concluir que, aunque Stalin inició y mantuvo las purgas, estas asumieron una dinámica que superó incluso sus expectativas. El terror aparece así como algo más siniestro, ya que no es posible atribuírselo únicamente a la paranoia de Stalin, sino a múltiples manifestaciones del lado más oscuro de la naturaleza humana.



Stalin y su adorada pipa.

La Unión Soviética en tiempos de Stalin (1929 - 1953)





Trabajando con su secretario Poskrebshev.



El jefe de su seguridad personal, Nikolai Vlasik, con Yákov, el hijo de Stalin.



Stalin con su madre.



Ficha policial de Stalin, 1912.



«Soso» en 1893.





El futuro Stalin en la escuela, última fila en el centro, más bajo que el resto.



Ficha policial de Stalin en Bakú, 1908.



Ficha policial de Stalin, 1910.



Stalin durante la Guerra Civil.



Dirigiendo el «imperio». Beria detrás y su hija Svetlana.



«Los buenos tiempos». Stalin, Voroshilov y sus mujeres.



El cuerpo de Nadia tras su suicidio.



Funeral por Nadia.



La familia. Stalin con Vasili y Svetlana.



Yákov, (derecha) el hijo de Stalin, tras ser hecho prisionero por los alemanes.



Demostrando ternura con su hija.



Svetlana con Beria.



El enemigo de Stalin, los últimos días de Trotski en la URSS, 1927.



Algunos trabajadores muestran su apoyo a los juicios contra los «enemigos del pueblo».



La manipulación fotográfica de los caídos en desgracia. Nikolai Antipov, Stalin, Sergei Kírov y Nikolai Shverník. Leningrado, 1921. Cuatro...



Tres...



Dos...



Uno: Stalin.



Stalin en posición condescendiente hacia Lenin.



En pie de igualdad, Lenin y Stalin tras el triunfo de este.



Stalin y Yezhov.







Los verdugos: Beria y Yezhov.



El arma que mató a Trotski.



La policía mexicana reproduce el asesinato de Trotski con Mercader.



Voroshílov, Mólotov, Stalin y Yezhov en el Canal Moscú-Volga.



Tras la caída en desgracia de Yezhov, este desaparece de la foto.



Firmando la orden para la ejecución de seis mil seiscientos prisioneros.



Campo de prisioneros soviético.



Trabajando en el Gulag.



Entrada al campo de Vorkuta. El cartel señala: «El trabajo en la URSS es una cuestión de honor y gloria».



Dirigiendo el sistema.



Uno de los juicios públicos contra los «enemigos del pueblo».



Miembros del partido desentieran bolsas de grano en Ucrania.



Manifestación antikulak en 1930.



Observando los efectos de la hambruna.



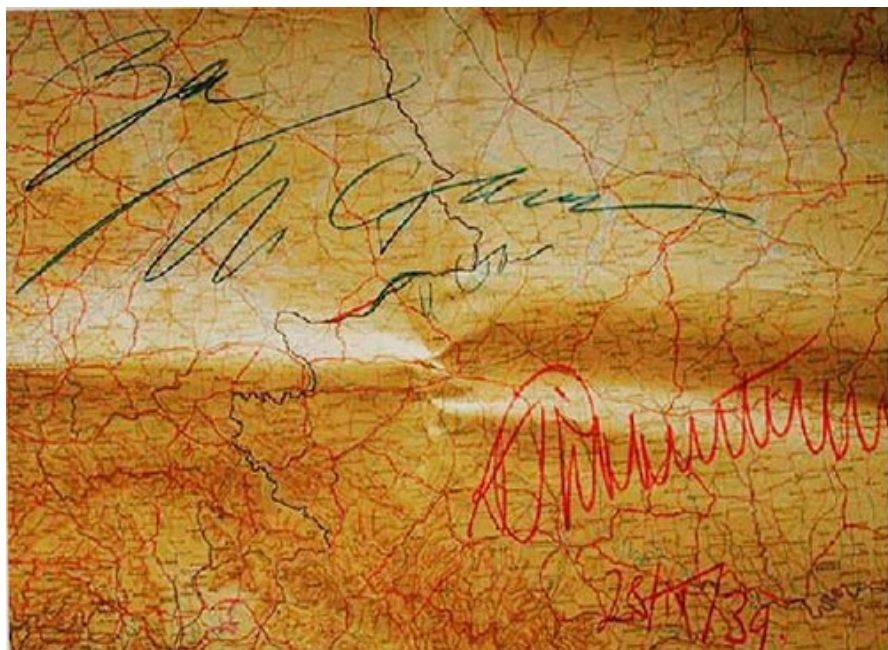
Canibalismo en Ucrania.



La industrialización.



La firma del Pacto Germano-Soviético.



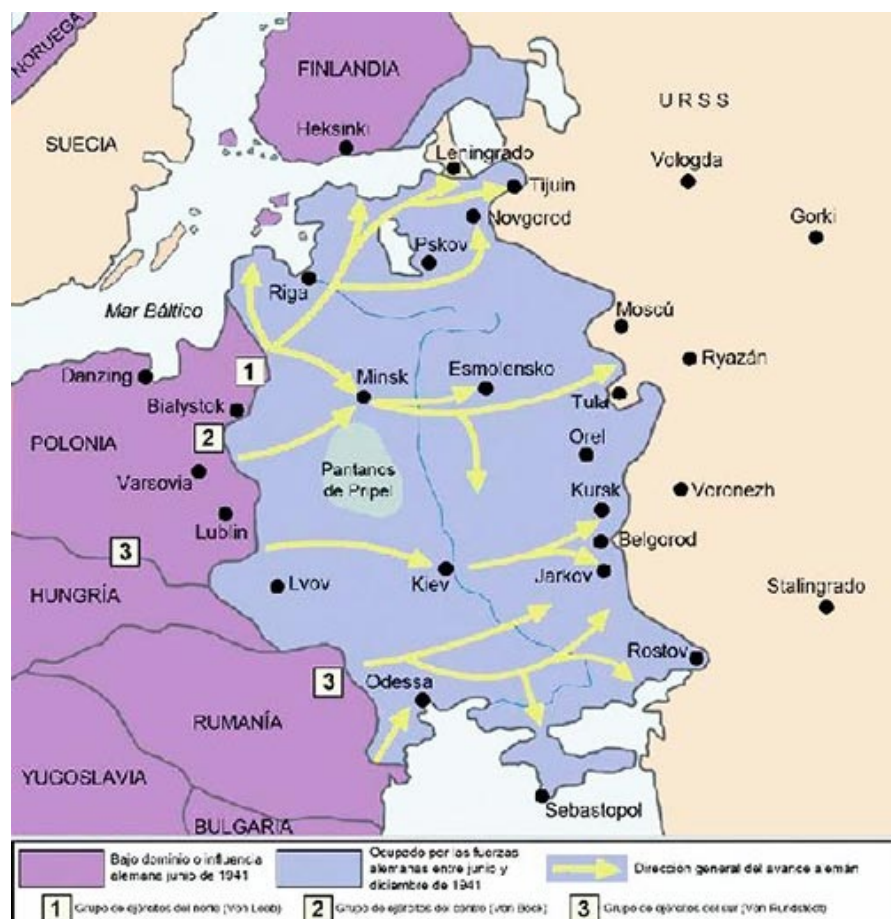
El reparto de Polonia, mapa firmado por Mólotov y Ribbentrop, 28 de septiembre de 1939.

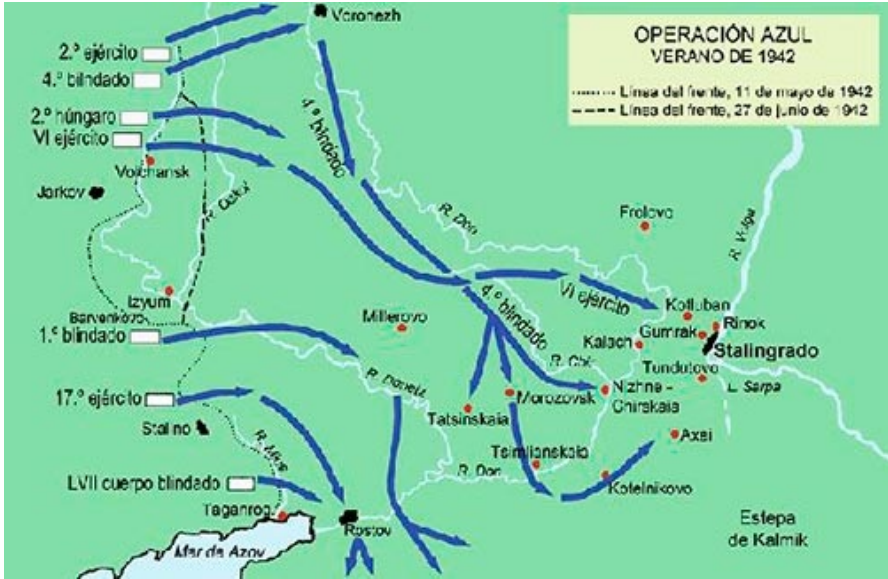


Hitler emocionado con su ministro de Asuntos Exteriores tras la firma del Pacto Germano-Soviético.



Mólotov en Berlín, la ruptura ya era inevitable.







Rendición de la fortaleza fronteriza de Brest-Litovsk.



Primeros prisioneros rusos, muy pocos regresarían con vida.



«Tierra quemada».



Cartel en Leningrado: «Destruye al monstruo alemán».



El terrible asedio de Leningrado.



Las filas de prisioneros rusos se perdían en el horizonte.



Preparando las defensas de Moscú.



Cartel apelando a la defensa de Moscú.



«La vastedad de Rusia nos devora» escribió un general alemán, soldados alemanes se toman un respiro en el avance.



Lucha callejera en Stalingrado.



El defensor de Stalingrado: Chuikov.



Arde Stalingrado.



Los alemanes descubren las atrocidades cometidas por los soviéticos en Katyn.



Los alemanes finalmente llegan a Moscú, aunque como prisioneros.



La bandera roja sobre el Reichstag (foto que tuvo que ser modificada porque se veían dos relojes en el soldado ruso prueba del saqueo).



En esta casa permaneció Stalin en su visita al frente, agosto de 1943.



Zhúkov





Celebrando su setenta cumpleaños.



Lenin en una imagen donde aparece Trotski.



Trotsky desaparece de la fotografía.



Stalin y Truman, inicios de la guerra fría.

Roumania
 Russia 90%
 the other 10%

Greece G. Portugal 90%
 Russia & West.
~~the other~~ Russia 10%

Yug. Slavon 50/50

Hungary 50/50

Belgium Russia 75%
 the other 25%

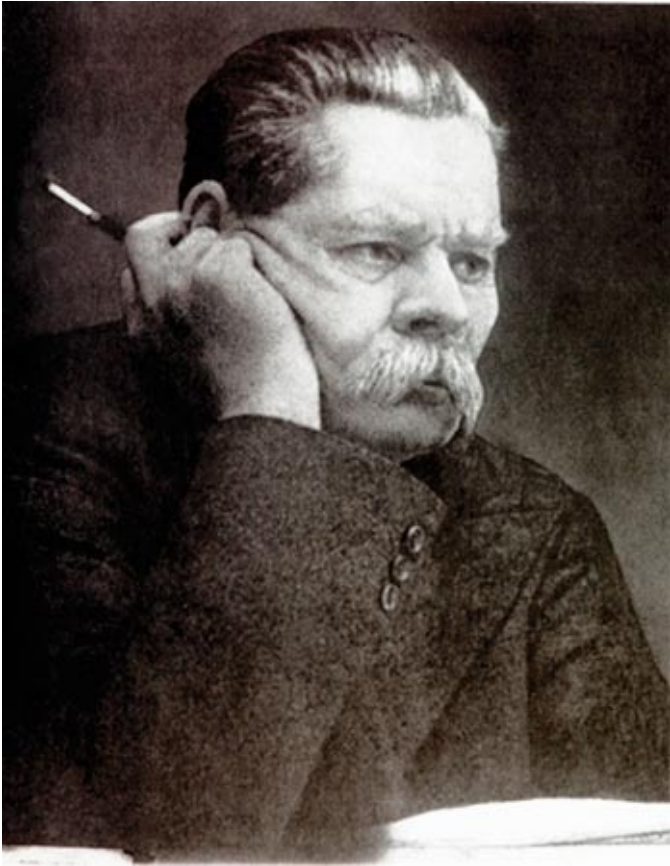
Copia del «acuerdo de los porcentajes» entre Churchill y Stalin.



El bloqueo de Berlín, los niños celebran la llegada de un avión con ayuda.



Escultura soviética para la Exposición de París de 1937 simbolizando la determinación y el valor de los trabajadores soviéticos.



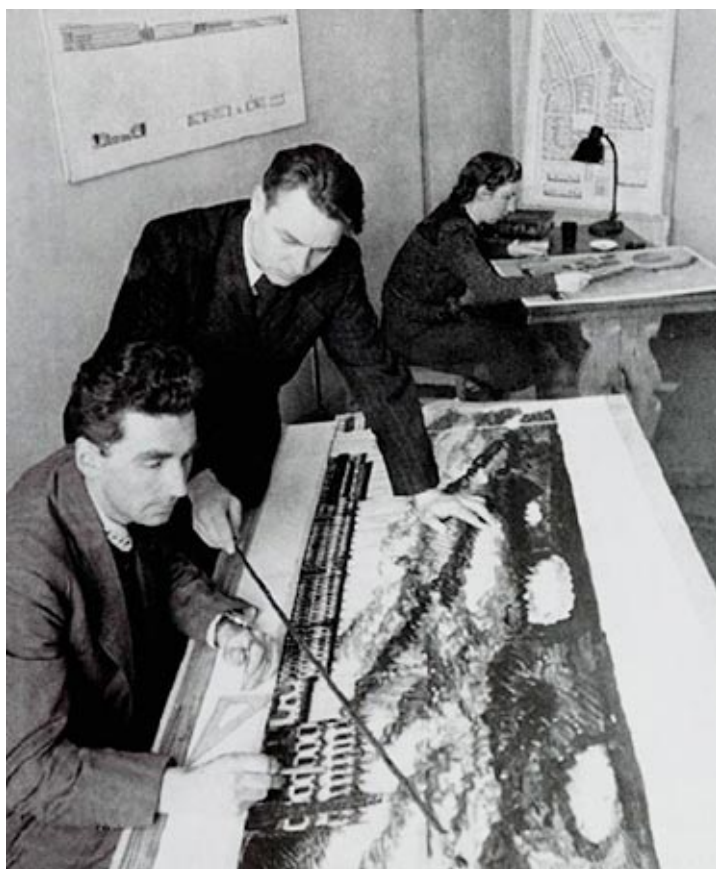
Máximo Gorki, 1932.



El escritor Mijaíl Bulgákov.



El proyecto no realizado del Palacio de los Sóviets coronado por la estatua de Lenin.



Planificando la reforma de Moscú.



Lenin arengando a los miembros del Partido; en segundo plano Stalin.



Tras la desestalinización, Stalin desaparece de la imagen.



Escultura estalinista con Stalin en posición de superioridad sobre Lenin.



La imagen oficial del régimen.



Vagón de Stalin preservado.



Trofim Lysenko, «demostrando» sus teorías.



Foto maquillada para que no se mostrasen las huellas que la viruela dejó en su rostro.





Capítulo 6. «Cinco en cuatro». La economía

«¿Cuándo?», preguntan. «¿Cómo?». «Eso nunca sucederá». Esos prejuicios pequeñoburgueses deben ser categóricamente rechazados.

Zinóviev, 1930

En febrero de 1931, Stalin se dirigió al I Congreso de Administradores, pronunciando uno de sus más célebres discursos: «En el pasado no teníamos patria, ni podíamos tenerla. Pero ahora que hemos derrocado al capitalismo y el poder está en nuestras manos, en manos del pueblo, tenemos una patria y debemos defender su independencia. ¿Queréis que nuestra patria socialista sea derrotada y pierda su independencia?». Se trataba de una tarea de suma urgencia, pues el ritmo de la industrialización decidiría la suerte de la URSS. «Aminorar el ritmo significaría quedarnos en el camino. Y los que se quedan en el camino son derrotados. Pero no queremos ser derrotados. ¡No, nos negamos a ser derrotados! Una de las características de la vieja Rusia fueron las continuas derrotas que sufrió por culpa de su retraso. [...] Nos encontramos con un retraso de cincuenta a cien años con respecto a los países más avanzados. Debemos superar esa distancia en diez años. O lo hacemos o seremos aplastados por ellos^[1]».

Stalin observaba muestras del retraso ruso por toda la geografía soviética. En vez de granjas estatales, el campo soviético estaba formado por pequeños villorrios con sistemas

de trabajo arcaicos y valores sociales prerrevolucionarios. En vez de una industria moderna y extensa, la mayor parte de la vida comercial e industrial se encontraba en manos de pequeños comerciantes y artesanos anticuados. El proletariado, corazón social de la Revolución, era pobre y rehén de los habitantes del campo, de cuyo grano dependía. Durante diez años, la revolución comunista había dependido de «expertos» burgueses que ya habían trabajado para el zar. Stalin se dio diez años para cambiar aquella situación y despertar al gigante dormido con el fin de acabar para siempre con los restos del antiguo régimen. Al mismo tiempo, la revolución de Stalin tenía el objetivo de «construir el socialismo» en la URSS, logrando la misión histórica de la Revolución bolchevique.

La modernización socialista tenía que ser racional, eficiente y coordinada desde el centro a través de una serie de planes quinquenales. Se pensaba que la planificación estatal superaría las turbulencias y las desigualdades del mercado capitalista, cuyo símbolo inequívoco era la Gran Depresión. La producción, el comercio y la distribución privada serían erradicados y el socialismo lograría la abundancia y el bienestar material para todos. La agricultura socializada sería mecanizada y productiva, las nuevas industrias contarían con la última tecnología y producirían cantidades enormes de hierro, acero, maquinaria y, finalmente, bienes de consumo. El alojamiento a buen precio y una educación y un sistema de salud gratuito estarían a disposición de todos. Se trataba de que todo el mundo soportase unos años duros con determinación y voluntad. Los resultados llegarían por añadidura. En realidad el país se vería arrastrado a una escala de sufrimiento humano sin precedentes.

Hacia finales de la década de 1920 Stalin decidió imponer en la URSS un programa monumental de reformas

económicas. La NEP había llevado al régimen a un callejón sin salida, por lo que es muy probable que Stalin acudiese al sistema que mejor conocía: la fuerza^[2]. Era necesaria una reforma profunda en la agricultura y la industria soviéticas. Para modernizar la economía era preciso utilizar dos métodos: la colectivización y la industrialización. A partir de 1928, con la introducción de estos dos métodos, Stalin comenzó a hablar de «una segunda revolución», para enfatizar que su importancia era comparable a la de la Revolución de 1917. Se inició así la que Stalin llamó «*Velikii Perelom*» («la gran ruptura» o «gran salto adelante»). En 1930, año XIII de la era comunista, se introdujo un nuevo calendario, cuyo año comenzaba el 1 de noviembre y establecía una semana de seis días, semana en la que se abolían los domingos y los días de descanso rotaban para que el trabajo pudiese ser continuo. Los antiguos nombres habían sido sustituidos por números: los días uno, dos, tres, cuatro y cinco eran laborables, el día sexto era para descansar y después comenzaba de nuevo el día uno.

En teoría, la Revolución bolchevique había sido una revolución desde abajo. Para Bujarin, dado que la URSS se había convertido en una sociedad proletaria, se debía permitir a la economía que se desarrollase a su ritmo sin grandes interferencias estatales. Sin embargo, los planes de Stalin eran muy diferentes. Lenin había creado una agencia de planificación estatal, la Gosudarstvenny Planovy Komitet, conocida como «Gosplan». A pesar de que se ha acusado a Stalin de utilizar para fines propios las reformas económicas, la realidad es que estaba convencido de que la seguridad de la URSS dependía de conseguir un desarrollo a marchas forzadas.

LA COLECTIVIZACIÓN

A principios de 1927 el campesino soviético, ya fuese ruso, ucraniano o de otra nacionalidad de la URSS, tenía motivos fundados para mirar al futuro con optimismo. La tierra era suya y tenía cierta libertad para disponer de su cosecha como quisiera. El temible período de las requisiciones de las cosechas, de los sangrientos levantamientos del campesinado, de la devastadora hambruna, había pasado y el Gobierno bolchevique parecía haber adoptado una política razonable sobre el campo. Existían todavía, por supuesto, graves problemas. Las autoridades cambiaban de parecer y eran inconsistentes en la política impositiva. El Gobierno y sus agentes seguían siendo ajenos a la suerte de los campesinos, a los que miraban con desconfianza. Sin embargo, había una prosperidad evidente. Bajo la NEP, que había otorgado al campesinado libertad económica, el devastado campo se había recuperado. Por primera vez en la historia casi todo el campo del país se encontraba en manos de aquellos que lo trabajaban. El futuro parecía traer prosperidad.

Sin embargo, en el invierno de 1927-1928 la URSS experimentó una grave crisis de grano que amenazó con dejar a las ciudades hambrientas. Muchos bolcheviques estaban plenamente convencidos de que los campesinos, en particular los *kulaks* (o campesinos «ricos»), estaban frenando deliberadamente la producción para obtener así mayores precios. La solución temporal de Stalin a la crisis agraria de 1928 fue lanzar el que fue conocido como «método Urales-Siberia» para la producción agrícola. Estas «medidas extraordinarias», que recordaban a las políticas de requisición del comunismo de guerra durante la Guerra Civil, acabaron siendo el primer paso del violento ataque del Estado contra los campesinos.

En enero de 1928, Stalin realizó un crucial viaje a las zonas agrícolas de Siberia. En el transcurso del mismo, visitó

Novosibirsk, Barnaul, Rubtovsk y Omsk, reuniéndose con funcionarios locales para sacar conclusiones. Tras su periplo siberiano decidió que la coacción, la colectivización forzosa y la deskulakización eran absolutamente necesarias para lograr que el campesinado se subordinase al control estatal. La experiencia de ese viaje le enseñó a Stalin que los funcionarios locales no eran de fiar. De hecho, acusó a muchos burócratas de alinearse con los *kulaks* contra el Partido. Al mismo tiempo, descubrió la validez de un apoyo dinámico «desde abajo» entre los activistas locales que compartían su tesis de medidas de emergencia. En su viaje a Siberia, Stalin vio confirmadas sus sospechas del estrangulamiento económico de los *kulaks*, a los que consideraba una amenaza para la seguridad del Estado y el monopolio de poder del Partido. Además, llegó a la conclusión de que lo que había presenciado en Siberia se podía aplicar al resto del país^[3].

Stalin concluyó que la única forma de obtener rápidamente ingresos para la industria soviética era recurrir a la tierra. Los campesinos comían mejor y su nivel de vida se elevaba más rápidamente que el de los trabajadores urbanos, algo que preocupaba a los jefes del Partido, pues el proletariado urbano era su base política y sus intereses gozaban de la atención preferente del Partido. La «oposición de izquierda» defendía que, dado que las inversiones no podían provenir, como en el caso de Inglaterra, de los beneficios coloniales, era preciso proceder a la «acumulación primitiva» exprimiendo a los campesinos acomodados. Sin embargo, hasta el mismo Trotski había pensado en un sistema de préstamos forzosos a los *kulaks*, no en «matar la gallina de los huevos de oro^[4]».

Stalin consideraba que el primer paso era la colectivización de la agricultura, que suponía tomar la tierra de los campesinos y entregársela al Estado. Los campesinos ya no cultivarían la

tierra en beneficio propio, sino que aunarían esfuerzos y recibirían un salario por ello. Stalin calculaba que con la colectivización podría utilizar los beneficios de la tierra para financiar su programa de industrialización. Era preciso subordinar las necesidades de la tierra a las de la industria. Asimismo, es necesario referirse a la coyuntura internacional para entender el marco en el que se llevaron a cabo las medidas de colectivización.

El «peligro de guerra» de 1927 pudo haberse creado artificialmente; sin embargo, la realidad del «cerco capitalista» era un axioma para todos los bolcheviques. El conflicto armado entre el «imperialismo» y el «socialismo» era inevitable, por lo que era preciso que la URSS estuviese preparada para ese choque. Esta fue la mentalidad de «estado de sitio» que motivó el rápido avance de la modernización estalinista. La amenaza exterior siguió afectando a la estrategia de Stalin incluso tras el lanzamiento de la colectivización forzosa. Lo más preocupante para los líderes políticos y militares de la URSS durante el período de finales de 1929 y principios de 1930 era la posibilidad de un ataque exterior contra la URSS en un momento en que existía una Guerra Civil virtual en el campo. La resistencia campesina combinada con la presión exterior fomentó la «percepción de vulnerabilidad» entre los líderes del Partido, lo que llevó, en parte, a la suspensión temporal de la colectivización en marzo de 1930^[5].

Stalin consideraba inadmisibles que los campesinos tomaran la mayor parte de las decisiones. Consideraba que el Gobierno debía poseer la tierra, nombrar a los jefes de las granjas y fijar las cuotas de cereales que se enviarían a las ciudades. Se creaban dos tipos de granjas, las colectivas (*koljós*), que funcionaban como cooperativas en las cuales los recursos eran comunes y se compartían los salarios, y las

granjas estatales (*sovjós*), en las cuales los campesinos trabajaban directamente para el Estado, que les pagaba un salario. Sin embargo, Stalin se dio cuenta pronto de que la mayoría de los campesinos no estaban dispuestos de ninguna forma a convertirse en jornaleros, por lo que cedió para permitir que la mayoría de las granjas fueran de tipo *koljós*.

En realidad, hubo muy poca diferencia entre ambas, ya que se trataba de acabar con la propiedad privada de la tierra y de que la agricultura se pusiera a funcionar para servir a los intereses del Estado. Se consideraba que unas grandes parcelas serían más eficaces y desarrollarían métodos para utilizar de forma eficiente la maquinaria agrícola. De hecho, los tractores se convertirían en el símbolo de la mecanización de la agricultura soviética. El capitalismo, afirmaba Stalin, había acabado con el feudalismo porque había convertido en sacrosanta la propiedad privada; ahora el socialismo debía superar al capitalismo convirtiendo la propiedad pública en algo «inviolable». En realidad, a principios de los años treinta era casi imposible que los habitantes de los *koljós* obtuvieran ganancias.

El razonamiento de Stalin era que una agricultura eficiente obtendría dos resultados. Por un lado crearía un excedente alimentario que podía ser vendido en el exterior para aumentar el capital destinado a la industria soviética y, por otro, disminuiría el número de trabajadores en la agricultura, que podrían ser utilizados para las nuevas plantas industriales. La primera parte de su razonamiento era válida, ya que tradicionalmente el campo ruso había estado superpoblado, lo que creaba una falta crónica de tierra. La segunda parte sería un grave error, ya que no existía ningún excedente; incluso en los mejores años de la NEP la producción nunca igualó las necesidades. Sin embargo, Stalin afirmaba que el problema no era la falta de comida, sino su deficiente distribución.

Yuri Piatakov, un antiguo trotskista que se había convertido en entusiasta partidario del primer plan quinquenal, afirmó:

No hay solución para el problema de la agricultura en el marco de la explotación individual y, por lo tanto, estamos obligados a adoptar una tasa extrema de colectivización de la agricultura... En nuestra tarea, debemos adoptar los ritmos de la Guerra Civil. Claro que no digo que debemos adoptar los métodos de la Guerra Civil, sino que cada uno de nosotros [...] debe obligarse a trabajar con la misma tensión con que trabajábamos en tiempos de la lucha armada contra nuestro enemigo de clase. Ha llegado el período heroico de nuestra construcción del socialismo^[6].

Se envió a jóvenes de las ciudades a las aldeas para establecer granjas colectivas; veinticinco mil acudieron al llamamiento. Antes de partir se les dijo que los *kulaks* habían organizado una «huelga de grano» contra las ciudades. Nunca se les dio ninguna instrucción sobre cómo distinguir a los campesinos ricos de los medios o los pobres, ni se les dijo cuáles eran los límites a la violencia que podían utilizar. En realidad, no importaba cómo consiguieran sus objetivos. Una vez que «los veinticinco mil» llegaron a las aldeas, se encontraron con que la mayoría de los campesinos distaban mucho de ser ricos, con lo que se tuvo que inventar una nueva categoría de *subkulak*, que incluía a campesinos pobres, pero hostiles al régimen. A esta nueva categoría se le reservaba un trato igual de duro que a los *kulaks*, por lo que la violencia colectivizadora de Stalin no se limitó a las familias acomodadas. La más mínima resistencia contra las autoridades recibía una respuesta brutal. Nadia, una joven comunista que llegó al campo para ayudar en la descolectivización, escribió: «Es un trabajo enorme, pero estamos consiguiendo grandes progresos. [...] Acabaremos con los últimos vestigios del capitalismo y nos libraremos para siempre de la explotación. [...] Se respiran aquí aires de un nuevo espíritu y una renovada

energía^[7]». El poeta Mayakovski escribió la marcha de los veinticinco mil:

¡Adelante, 25! ¡Adelante, 25!
El enemigo avanza, es hora de acabar
Con esta banda de sacerdotes y *kulaks*
¡Al frente, 25!
¡Adelante, 25^[8]!

Para Stalin las cuentas de la colectivización no fueron del todo negativas. Gracias a la misma, consiguió una reserva de campesinos atemorizados que le proporcionaron mano de obra industrial barata, con lo que garantizó hasta cierto punto que la URSS pudiese exportar materias primas para poder pagar la maquinaria industrial importada. Por encima de todo, gracias a las requisas de grano se pasó de 10,8 millones de toneladas en el período 1928-1929 a 22,8 millones en 1931-1932, Stalin puso fin a las frecuentes crisis a las que se enfrentaba el Estado con respecto a la distribución de alimentos a las ciudades. Tras la colectivización, fue el campo y no la ciudad el que pasaba hambre si la cosecha no era buena y eso era algo que Stalin podía tolerar. En una localidad, un agitador del Gobierno gritaba: «¡Decidme, desdichados, ¿qué esperanza tenéis si os quedáis en vuestras pequeñas parcelas de terreno? Tendréis que trabajar como antes y permanecer en vuestra antigua miseria. ¿No veis que bajo el sistema actual no hay nada para vosotros más que ruina y pobreza?». La respuesta del público de la localidad fue concluyente: «Hasta que vosotros, los hombres sabios del Partido, llegasteis aquí nosotros nunca habíamos pasado hambre^[9]».

Stalin nunca había sentido una gran simpatía por los campesinos, ya que la doctrina comunista consideraba que el futuro era de los trabajadores urbanos. A pesar de los sentimientos románticos de Tolstói por los campesinos rusos como hijos de la naturaleza, Stalin los consideraba la «basura

de la tierra». Conocidos como «*chorny narod*» o «gente oscura», la vida de los campesinos rusos era paupérrima y trabajaban el campo con arados «tan antiguos como los faraones^[10]». Desperdigados por la inmensa geografía rusa, vivían en cabañas infestadas de insectos, con suelos de barro y compartiendo el espacio con los animales. Sus únicas distracciones eran la religión, el sexo y el alcohol. El alcoholismo era considerado tan normal en la sociedad rusa que los miembros del Partido lo defendían como algo «necesario para el trabajador, teniendo en cuenta las difíciles condiciones de vida». El mismo Lenin había afirmado: «Los campesinos deben pasar un poco de hambre^[11]».

Hacia finales de la década de los veinte la URSS era todavía un país eminentemente agrícola. Más de dos tercios de su población de unos ciento cincuenta millones vivían en seiscientos mil villorrios y pueblos desperdigados por la inmensa superficie del país. Sus cabañas, tanto en el aspecto exterior como el interior, conformaban el mismo patrón rígido que gobernaba el resto de sus vidas. El olor a animales y a tabaco creaba un ambiente irrespirable. Un inglés que visitó una localidad en el Volga describió la situación: «Las puertas se mantienen cerradas a cal y canto y la atmósfera dentro de las viviendas es indescriptible. El ambiente venenoso solo puede comprobarse por la experiencia^[12]». Dadas las condiciones sanitarias reinantes, no resulta sorprendente que la expectativa de vida de los campesinos fuese de treinta y cinco años. La vida para ellos era, como decía Hobbes, desagradable, brutal y corta.

Los campesinos ejecutaban su propia justicia: los ladrones eran castrados, golpeados, marcados con fuego o cortados con hoces; a otros transgresores se les sacaban los ojos, se les cortaban las piernas o se les rompía la espalda. Durante la Revolución y la Guerra Civil los campesinos desarrollaron nuevas formas de matar y de torturar. Mutilaban los cuerpos

de las víctimas, les cortaban la cabeza y les sacaban los órganos internos. Resulta difícil afirmar de dónde provenía esa barbarie, si se trataba de la cultura campesina rusa o era consecuencia del ambiente hostil en el que vivían. El escritor Máximo Gorki, en un ensayo sobre el campesinado ruso, se cuestionaba si la Revolución no había simplemente sacado a relucir «la crueldad excepcional del pueblo ruso». La costumbre rusa de dar un trato brutal a los delincuentes hizo que la aprobación popular hacia los fuertes castigos que se impondrían durante la época de Stalin no fuese desdeñable. En 1928 la agricultura en la URSS seguía siendo controlada en gran parte por la institución del Mir, formada por los ancianos de una población. Esta institución había demostrado una gran resistencia a ser influida por el Partido Comunista.

Se ha asumido tradicionalmente que Stalin fue el único impulsor de la «revolución desde arriba», que afectó a millones de agricultores a través de la colectivización. Esta visión es en gran parte cierta, pero no es toda la verdad. Las presiones «desde abajo» de funcionarios del Partido y radicales en las agencias económicas, y de los jóvenes trabajadores industriales y los veteranos de la Guerra Civil, influyeron también sobre la política de Moscú. El sentimiento anti-NEP era muy fuerte entre muchos comunistas ansiosos por saltar al «socialismo» tal y como lo entendían ellos. Además, la puesta en práctica de las políticas, a menudo plasmadas en órdenes vagas, resultaba muy difícil de controlar en los primeros y caóticos días de la colectivización. Stalin, sin duda, inició la campaña en el campo, pero sobre informaciones derivadas de múltiples fuentes, por lo que no podía controlar todas las respuestas locales y regionales^[13].

Stalin dijo en un principio que la colectivización era «voluntaria», que se trataba de una decisión de los agricultores. Por supuesto, la realidad fue muy diferente: la colectivización

fue impuesta de forma brutal. Stalin enseguida se dio cuenta de que los campesinos no colaborarían en la colectivización si no se les atemorizaba. La represión de una minoría numerosa tendría el efecto deseado. En una ofensiva propagandística sin precedentes, se identificó a los *kulaks* (en ruso ‘puños cerrados’, es decir, alguien que toma lo que desea), los campesinos con más medios económicos, como los culpables de que la revolución de los trabajadores no lograra sus objetivos, al monopolizar las mejores tierras y emplear mano de obra barata. Vendían, según la propaganda, a precios muy elevados sus cosechas a expensas de los trabajadores y de los campesinos más humildes. Si no eran destruidos como clase social, los *kulaks* impedirían el desarrollo de la URSS. Para Stalin era necesario «liquidar a los *kulaks* como clase social»; de lo contrario, estimaba, estos podían hacer que el capitalismo entrara por la puerta trasera del campo: «No podemos permitir que nuestra industria dependa de los caprichos de los *kulaks*^[14]». Lenin ya había anunciado: «Terror sin piedad para los *kulaks* [...]. Muerte para ellos». Los *kulaks* iban a experimentar «el holocausto rojo». Stalin se refirió a esa liquidación en diciembre de 1929: «Tomar la ofensiva contra los *kulaks* significa estar preparados para la acción y propinar tal golpe a la clase *kulak* que ya no sea capaz de volver a levantarse. Eso es lo que los bolcheviques llamamos ofensiva». Para dejar claro ese punto, Stalin señaló que era absurdo pensar que se podía dejar a los *kulaks* entrar en las granjas colectivas: «Por supuesto que no puede ser admitido en la granja colectiva. No puede porque es un enemigo jurado del movimiento campesino^[15]». En julio de 1929 Stalin sentenció de forma terminante:

Ahora tenemos la oportunidad de llevar a cabo una decidida ofensiva contra los *kulaks*, quebrantar su resistencia, eliminarlos como clase y reemplazar su producción con la producción de los *koljoses* y *sovjoses*... Ahora las propias masas

de campesinos pobres y medios que están en el proceso de colectivización total están emprendiendo la deskulakización. Ahora la deskulakización no es solo una simple medida administrativa en las áreas de colectivización total. Ahora la deskulakización es una parte integral de la creación y el desarrollo de las granjas colectivas. Cuando se corta la cabeza, nadie se lamenta por el pelo^[16].

Se dividió a los *kulaks* en tres clases. La primera consistía en sesenta y tres mil familias «contrarrevolucionarias», que serían ejecutadas o exiliadas y cuyas propiedades se confiscarían. El segundo grupo estaba formado por ciento cincuenta mil familias de «explotadores» u «opositorios» a la colectivización. Serían deportados hacia el este, aunque podrían mantener parte de sus propiedades. El tercer grupo lo formaban entre cuatrocientas mil y ochocientas cincuenta mil familias a las que se les permitió quedarse en sus regiones, aunque fuera de las granjas colectivas, lo que, en realidad, suponía una condena a muerte, pues la tierra que no estaba asignada a las granjas no era arable. En último término, entre cinco y siete millones de personas fueron incluidas en las categorías de *kulak*.

En realidad, el concepto de «*kulak*» como clase social era un mito creado por Stalin. Zinóviev lo reconoció así: «Nos satisface llamar *kulak* a cualquier campesino que tenga lo suficiente para comer^[17]». La palabra *kulak* tenía un sentido vago en la terminología soviética, incluso en las estadísticas oficiales tan solo un pequeño número de campesinos eran considerados *kulaks*. En los poblados más pobres, que eran muchos, no había nadie que pudiese ser considerado *kulak*, si ello definía a los campesinos que contrataban mano de obra. Sin embargo, si todos los campesinos tenían que ser atemorizados para que se unieran a las granjas colectivas, tenían que existir candidatos a los que perseguir.

Los *kulaks* ni eran ricos (mucho menos comparados con los niveles occidentales) ni eran tan numerosos. No eran sino

trabajadores más eficientes que habían conseguido mayores beneficios y en ningún modo constituían la clase de terratenientes descrita por la propaganda oficial. Sin embargo, dada la tradición de opresión por parte de los terratenientes, el objetivo estaba muy bien elegido por Stalin y sirvió para reprimir a todos los campesinos. Para entrar en la categoría de *kulak* bastaba con tener o cosechar más de lo que la propia familia podía consumir. La posesión de una vaca de más o de una habitación extra eran razones suficientes para dejar de ser considerado un campesino pobre, lo que suponía, en muchos casos, la diferencia entre la vida y la muerte. El hecho de que cualquier campesino que se resistiese a la colectivización pudiese ser llamado *kulak* (o *subkulak*) era el punto clave. La deskulakización fue tanto un arma de intimidación contra los no *kulaks* como un castigo contra los campesinos que poseían más bienes.

El diario *Pravda* advirtió de que «a veces, incluso los mejores activistas no pueden encontrar al *kulak*» porque no se habían percatado de que si se daba una buena cosecha, «algunos campesinos medios se podían transformar en *kulaks*». Por medio de una absurda lógica, un campesino medio podía convertirse en un *kulak* mediante la adquisición de propiedades, pero un *kulak* no se podía transformar en un campesino medio al perder las suyas. De hecho, no había escapatoria alguna para los *kulaks*^[18].

El novelista Vasil Bykov describió su infancia en un pueblo mísero de Bielorrusia en el que no existían *kulaks*. Pero, dado que era obligatorio que algunos campesinos fueran elegidos para ser perseguidos, los activistas del pueblo eligieron a tres personas para ser «deskulakizadas»: uno porque poseía no solo una vaca, sino también un ternero; otro porque su yegua tenía un potro; un tercero porque uno de sus familiares cercanos iba a ayudarle con la cosecha. Este fue un caso muy representativo

de muchos otros. En una localidad un colectivizador comunista puso una mesa en medio del pueblo con una lista y una pistola sobre ella. Después convocaba a todos los campesinos y les informaba de que aquellos que se negaran a ir a las granjas colectivas irían directamente a Siberia^[19]. La desilusión con el socialismo quedó reflejada en la pregunta de un joven periodista que sabía perfectamente lo miserable que era la vida en su aldea natal: «Entonces, ¿esto era el socialismo? Nunca, antes ni después, experimenté tal decepción, tal desazón^[20]».

Una típica escena fue descrita por Vasili Grossman:

[...] de nuestro pueblo, en cambio, los obligaron a marcharse a pie. Todo lo que se llevaron consigo fueron cosas para dormir, algo de ropa. Había tanto fango que les arrancaba las botas de los pies. Daba pena verlos. Caminaban en fila, dándose la vuelta para echar un último vistazo a sus isbas, sintiendo todavía en el cuerpo el calor de las estufas. Cómo sufrían: en aquellas casas habían nacido, en aquellas casas habían dado a sus hijas en matrimonio. Los habían obligado a irse a toda prisa, dejando la estufa encendida, con la sopa de col a medio hacer, sin poder acabar de beberse la leche; las chimeneas todavía humeaban. Las mujeres lloran, pero tienen miedo de lamentarse en voz alta. Y a nosotros nos daba lo mismo. Teníamos una sola cosa en la cabeza: ser activistas. Los hostigábamos como si fueran una bandada de gansos^[21].

La práctica de la deskulakización fue descrita por un antiguo *kulak*, llamado Shabkov, al ingeniero norteamericano John Scott, que trabajaba en Magnitogorsk:

Entre nosotros, los campesinos pobres del pueblo se reunieron y decidieron: “Este y el otro tienen seis caballos, además contrató a un hombre el año pasado para que le ayudase con la cosecha”. Informaron a la policía y ahí lo tienes. Este y aquel recibieron cinco años. Confiscaron su propiedad y se la entregaron a la nueva granja colectiva. A veces enviaban a toda su familia con ellos. Cuando vinieron a buscarnos, mi hermano sacó un rifle y se puso a disparar a los oficiales de policía. Devolvieron el fuego. Mi hermano resultó muerto. Todo esto no mejoró, claro está, nuestra suerte. Todos fuimos condenados a cinco años en diferentes lugares. Escuché que mi padre falleció en diciembre, pero no estoy seguro^[22].

La deskulakización fue recibida, a menudo, con entusiasmo popular, ya que permitía ajustar viejas rencillas en el campo. Las tierras de los campesinos más adinerados fueron confiscadas y ellos y sus familias sufrieron ataques físicos. La institución predecesora del NKVD, la OGPU, organizó escuadrones *antikulaks* para deportarlos a campos de trabajo. A Stalin no pareció importarle nunca el destino de aquellos ciudadanos: «Es ridículo y absurdo hablar tanto de la deskulakización... Existe otra cuestión no menos ridícula, y es si los *kulaks* pueden permanecer en las granjas colectivas. Por supuesto que no, pues son los enemigos jurados del movimiento de las granjas colectivas», señaló^[23]. V. Kravchenko transcribió la reacción de una mujer *kulak*, que arrojaba una antorcha sobre el tejado de paja de su casa, gritando «con una voz sobrenatural»: «¡Infieles, asesinos! ¡La casa no será vuestra! ¡La casa será de las llamas!»^[24]. En una localidad un *kulak* fue marcado con un hierro incandescente, se arrancaron los pendientes de las orejas de las mujeres y los colectivizadores llegaron incluso a intentar sacar el oro de los dientes de los *kulaks*^[25].

Los odios necesarios fueron atizados por los activistas que ayudaban en los arrestos. «Eran personas que se conocían bien, y que conocían a sus víctimas, pero al llevar a cabo sus tareas se aturdían... Amenazaban a la gente con armas, como si estuvieran bajo un hechizo, llamando a los niños pequeños “bastardos *kulaks*”, gritando “chupasangres”... Se habían vendido a la idea de que los llamados “*kulaks*” eran parias, intocables, una plaga. No se sentaban en la mesa con los parásitos, el niño “*kulak*” era detestable, las niñas “*kulaks*” eran peor que piojos. Trataban a los llamados “*kulaks*” como al ganado, cerdos, detestables, repulsivos, no tenían alma, apestaban; todos tenían enfermedades venéreas, eran enemigos del pueblo y explotaban el trabajo de otros... Y no había

piedad para ellos. No eran seres humanos...». Quien escribió esto era el escritor judío Vasili Grossman, que exponía la analogía con los nazis y los judíos. Una activista explicaba: «Lo que yo me decía a mí misma entonces es que “no son seres humanos, son *kulaks*”. Y recuerdo, recuerdo y pienso: ¿Quién inventó esta palabra, *kulaks*? ¿Fue Lenin? Cuántos tormentos padecieron. Para matarlos, era preciso declarar: los *kulaks* no son seres humanos. Sí, igual que cuando los alemanes decían que los judíos no eran seres humanos. Lo mismo dijeron Lenin y Stalin: los *kulaks* no son seres humanos^[26]».

Los deskulakizadores supuestamente tenían que confiscar todo y entregárselo a las granjas colectivas. Sin embargo, en la práctica, la confiscación se tradujo en un saqueo en beneficio propio. Las brigadas consumían gran parte de los alimentos y bebidas que encontraban, y sus campañas implicaron violaciones y todo tipo de abusos. Algunos de los hombres enviados a realizar las requisas intercambiaban comida por favores sexuales^[27]. Los ciudadanos pobres de los pueblos fueron muy activos en la deskulakización, pero sigue siendo muy discutida la extensión y el deseo de participación en la campaña. Un profesor occidental que estuvo tres años en los campos soviéticos, donde pudo hablar allí con personas que habían vivido en el campo durante la década de los treinta, se formó la opinión de que, mientras en cualquier «localidad uno puede encontrar a gente deseando formar parte de las barbaridades y de los saqueos, en especial si eran fomentados por las autoridades», la masa de los campesinos «se encontraba profundamente conmocionada por los métodos utilizados en la “segunda revolución agraria”», y no existió una espontaneidad comparable a cuando se tomaron las tierras en 1917. Las fuentes que se conservan sobre una provincia soviética nos muestran que de ninguna forma todos los campesinos pobres fueron colaboradores voluntarios en el

proceso. Algunos de ellos aceptaron sobornos de los más adinerados para que se eliminara sus nombres de las listas de deportación. Algunos recogieron firmas testificando la bondad de algunos individuos que habían sido seleccionados para la deskulakización. Otros «consideraron la deskulakización injusta y dañina, se negaron a votar a favor de la deportación y la expropiación, ocultaron propiedades de los *kulaks* y advirtieron a sus amigos *kulaks* de las investigaciones^[28]».

La colectivización fue, en esencia, una gigantesca operación del Partido y de la policía. La prueba de ello se encuentra en el llamado «Archivo de Smolensk», capturado por los alemanes durante la invasión de Rusia en 1941. Este contiene información detallada sobre esa provincia y circulares de instrucciones que llegaban de Moscú a través de canales secretos del Partido. Para supervisar localmente la operación se designaron *troikas* especiales en cada distrito formadas por miembros del Partido. Se les daba dos semanas para realizar los inventarios de toda la propiedad que tenía que ser confiscada. En ese momento se registraban muchos suicidios entre los *kulaks*, algunos de los cuales mataban a sus mujeres y a sus hijos antes de quitarse ellos mismos la vida. Se daban casos de divorcios ficticios con el fin de preservar parte de la propiedad y muchos campesinos se sometieron a una autodeskulakización vendiendo apresuradamente todas las posesiones que tenían, abandonando sus casas y partiendo de sus pueblos sin rumbo fijo. Las *troikas* trabajaban sin cesar para cumplir sus objetivos. La *troika* de Omsk decidió unos mil trescientos casos en un solo día. No escuchaban a los acusados, pues no había tiempo, y a menudo tampoco había tiempo para leerse los expedientes. En Moscú analizaban quinientos casos por noche. En 1938 la *troika* de Dalstói juzgó a 12 566 personas, de las cuales 5866 fueron condenadas a muerte.

Lo que supuso la deskulakización en términos humanos ha quedado reflejado en numerosos testimonios apoyados por el Archivo de Smolensk. Una escena ilustrativa fue descrita por Viktor Kravchenko, un joven miembro del Partido. Su familia, que por entonces vivía en Ucrania, acogió a una mujer llamada Katya, la cual había sido deportada con su familia bajo la acusación de que su padre era «un cómplice *kulak*», aunque todo lo que tenían era un caballo, una vaca, cinco ovejas, algunos cerdos y un establo. Tras ser golpeados por las autoridades locales para que confesasen dónde escondían el grano, el padre había matado a un cerdo, por lo que se le dijo que matar a animales sin permiso era un crimen.

Katya describiría el episodio:

Entonces, una mañana hace cerca de un año, unos extraños llegaron a nuestra casa. Uno de ellos era de la GPU, y el jefe de nuestro Sóviet también estaba con él. Otro hombre apuntaba en un libro todo lo que había en nuestra casa, incluso los muebles y los cacharros de cocina. Entonces llegaron los camiones y se lo llevaron todo, y el resto de los animales fueron enviados a la granja colectiva. Nos pusieron a todos en la vieja iglesia del pueblo. Había muchos otros padres y niños de nuestro pueblo, todos con fardos y llorando. Allí pasamos la noche en plena oscuridad, rezando y llorando, rezando y llorando. Por la mañana cerca de treinta familias fueron conducidas por la carretera rodeadas de hombres armados. La gente en la carretera se persignaba cuando nos veía y también comenzaba a llorar. En la estación había gente de otros pueblos en la misma situación. Parecían miles. Fuimos empujados a un granero de piedra, pero no dejaban pasar a mi perro, que nos había acompañado todo el camino. Le oía ladrar en la oscuridad. Tras un período de tiempo, nos dejaron salir y fuimos conducidos a vagones, decenas de ellos, pero no pude ver a mi perro y el guardia me pegó cuando le pregunté por él. En cuanto el carro estuvo lleno, tan lleno que no había espacio para nadie más, ni siquiera de pie, lo cerraron desde fuera. Todos chillábamos y rezábamos a la Virgen. Entonces el tren se puso en marcha. Nadie sabía adónde íbamos^[29].

Hubo voces minoritarias entre los que, disconformes y desmoralizados, tenían que llevar a cabo esa campaña en la URSS. Un agente de seguridad le dijo a un escritor extranjero: «Yo soy un viejo bolchevique. Trabajé en la clandestinidad contra el zar y posteriormente en la Guerra Civil. ¿Hice todo

aquello para rodear ahora localidades con ametralladoras y ordenar a los hombres que disparen indiscriminadamente contra las masas de campesinos? ¡No, no, no!». Sin embargo, la mayoría actuó con entusiasmo o por miedo a engrosar la fila de víctimas, o bien se trataba de idealistas convencidos de que estaban llevando a cabo su «deber revolucionario^[30]». La racionalidad de la política contra los *kulaks* queda reflejada en una novela publicada en Moscú en 1934: «Ninguno de ellos era culpable de nada, pero pertenecían a una clase que era culpable de todo^[31]». Incluso observadores occidentales como Upton Sinclair y A. J. P. Taylor argumentaron que para preservar el Estado de los trabajadores, los *kulaks* «tenían que ser destruidos^[32]». La frase que se hizo célebre durante el período era: «Moscú no cree en las lágrimas».

Un anciano campesino señaló: «Hubo un tiempo en que todos éramos vecinos en este pueblo. Nos peleábamos, a veces hasta nos engañábamos. Pero éramos vecinos. Ahora somos *bedniaki* [‘campesino pobre’], *seredniaki* [‘campesino de clase media’], *kulaks*. Yo soy un *seredniaki*, Boris es un *bedniak* y Nisko es un *kulak*, y se supone que libramos una guerra de clases^[33]». *Podkulachnik* (‘cómplice de *kulak*’) fue el término acuñado para los campesinos que no podían ser considerados *kulaks* bajo ningún criterio, pero que eran tratados como tales por no cooperar con la colectivización. La introducción de ese término era necesaria por la solidaridad mostrada por algunos campesinos ante el asalto brutal del régimen. Como las autoridades locales se encontraban bajo presión de los niveles superiores del Partido para cumplir con las cuotas en sus distritos, no resulta sorprendente que el 20 de febrero de 1930 la GPU informase de que estaba llevando a cabo la deskulakización contra campesinos pobres que «habían contratado a gente antes de la Revolución y que ahora poseían un caballo o una vaca extra». Donde no se encontraban *kulaks*,

las brigadas se lanzaban contra la gente por motivos tan banales como que «acudían demasiado a la iglesia^[34]».

Los funcionarios locales del Partido estaban, a su vez, aterrorizados por el peligro de ser acusados de «desviacionistas de derecha» si no lograban conseguir los resultados exigidos por Moscú. Un informe de una investigación realizada sobre la colectivización en la zona del Volga indicaba que «los excesos son explicables en gran medida por el hecho de que los funcionarios de distrito, para salvarse de ser desviacionistas de derecha, prefieren pasarse que quedarse cortos». Las unidades de la policía secreta se lanzaban contra los *kulaks* como «bestias enfurecidas». Hacia 1933 más de un millón de *kulaks* habían sido enviados a campos de trabajo. Cerca de cuatrocientos mil murieron en ellos durante la década de los treinta. A Stalin le fascinó la idea de «construir el socialismo utilizando a los prisioneros». El escritor A. Vinogradov le dijo en una carta al célebre autor Máximo Gorki que «cuando dos niños de un trabajador metalúrgico empujan a otro niño bajo un tranvía por ser hijo de un doctor, esto significa que las fuerzas más inhumanas se han desencadenado por todo el país^[35]».

Un campesino describía así su situación:

Podremos ser bestias ignorantes, no sabemos nada. Pero tenemos un poco de respeto por nosotros mismos y sentido de la independencia. Si hoy queremos trabajar, vamos a trabajar; si mañana nos queremos quedar acostados, lo hacemos... Pero en el *koljós*, hermano, es haz lo que te digan, como un caballo, ve por aquí o por allá, y no se te ocurra doblar en la carretera o te golpearemos con fuerza. Somos como hierba arrancada desde las raíces^[36].

Algunos *kulaks* escaparon del holocausto buscando refugio en las ciudades y en los bosques y vendiendo sus posesiones. Desafiando las ametralladoras de los guardias de fronteras de la URSS, algunos escapaban a Polonia, Rumanía,

China o incluso Alaska, llevando en ocasiones a su ganado con ellos. Algunos intentaban sobornar a sus verdugos y otros se suicidaban ante la falta de expectativas vitales. Algunos suplicaban piedad, sin duda un bien muy escaso en la URSS de Stalin.

Toda una forma de vida rural desapareció para siempre. Los campesinos tenían que renunciar a las tierras que tanto trabajo les había costado conseguir en 1917. No se dieron instrucciones sobre la estructura y la organización de las granjas colectivas, ni cómo se pagaría a sus miembros. Stalin tan solo insistía en que estas tenían que ser cada vez mayores. Tampoco había tiempo para pensar en esas cuestiones. Lo fundamental era que los campesinos aceptasen que ese era su futuro. El sistema mezclaba la noción de raza y de clase. A los polacos se les informó de que serían deskulakizados, no por ser *kulaks*, sino por ser polacos; un informe de la policía secreta señalaba: «Si es un polaco, entonces tiene que ser un *kulak*». El análisis de clases no determinaba la política. La política determinaba la forma del análisis de clases que era apropiado para cada situación; por ejemplo, un campesino muy pobre, pero religioso, podía ser considerado *kulak*.

Desde diciembre de 1929 hasta marzo de 1930 casi la mitad de las tierras de los campesinos de la URSS habían sido colectivizadas. Unos veinticinco millones de pequeñas propiedades agrícolas se habían convertido en doscientas cincuenta mil granjas colectivas. Muchos resistieron todo lo que pudieron; se desató una auténtica guerra civil en el campo. Gran parte del campesinado participó en los disturbios masivos (*massovye vystupleniia*), que adquirieron proporciones alarmantes para Moscú, muy especialmente durante la primera mitad de 1930. Ese año se declararon 13 754 disturbios en comparación con los setecientos nueve de 1928. Estos disturbios y levantamientos contra la autoridad

involucraron a más de 2,5 millones de campesinos. A estas cifras hay que añadir 13 794 actos de «terrorismo *kulak*» que acabaron con la vida de 3155 personas entre activistas bolcheviques y funcionarios soviéticos^[37].

Estos acontecimientos llevaron a Stalin a detener durante un período de tiempo el proceso. En un acto de una enorme hipocresía, en marzo de 1930 Stalin escribió un artículo titulado «El vértigo del éxito», en el que reprendía a los funcionarios locales por extralimitarse. Acusaba a los funcionarios de haberse «mareado con el éxito»: «Pierden todo sentido de la proporción, pierden la capacidad de entender la realidad, muestran una tendencia a sobreestimar su propia fuerza y a subestimar la del enemigo^[38]». De la noche a la mañana, miles de leales funcionarios intentando cumplir a marchas forzadas los objetivos de Stalin se encontraron atónitos con que eran ellos, y no sus líderes, los que estaban alejados de la realidad. Incluso se adoptaron medidas contra aquellos que habían violado la «legalidad revolucionaria» en el campo. Algunos prohibieron a la gente que leyera el artículo, o lo quitaron de las copias locales que circulaban del diario *Pravda*. En un archivo del Partido se encontró tras la muerte de Stalin el comentario de un secretario del Komsomol en Siberia que decía: «El artículo de Stalin es incorrecto. Estropeará todo el trabajo». Los enemigos de Stalin tuvieron que reconocer la astucia de este para desviar las críticas convirtiéndose en portavoz de los críticos y retomando la iniciativa mientras señalaba que la colectivización había sido un éxito^[39].

Un observador describió con las siguientes palabras la reacción de los ciudadanos al llegar las noticias del cambio de política de Stalin:

Se abalanzaron sobre los puestos de periódicos... Pagaron tres, cuatro o cinco

rublos por una copia, tan desesperados estaban por ver la carta de Stalin con sus propios ojos. En los mercados los campesinos se reunían en grandes grupos y la leían en voz alta discutiendo sobre ella, algunos de ellos estaban tan entusiasmados que compraron todo el vodka que pudieron pagar y se emborracharon [...] En algunos lugares los funcionarios y los organizadores se escondieron cuando la gente supo del mismo Stalin que no era lo que el centro favorecía^[40].

El diario *Pravda* se vendió como nunca en el campo mientras algunos funcionarios del Gobierno hacían esfuerzos inútiles por restringir su circulación. Se produjo una auténtica estampida para huir de las granjas colectivas. Hacia el 1 de junio de 1930 tan solo quedaba un 23% de campesinos en las mismas.

A muchos campesinos se les permitió regresar a sus tierras de origen. Todo indicaba que las aguas volvían a su cauce. Sin embargo, Stalin no estaba dispuesto a rendirse; la colectivización se reanudó de forma más lenta aunque con la misma determinación. Hacia finales de 1930, la práctica totalidad del campesinado había sido colectivizado. Se había llevado a cabo lo que M. Hindus definió como «un pogromo nacional^[41]». Un miembro del Partido señaló: «Cuando estás atacando, no existe espacio para la piedad; no piensen en los hambrientos niños de los *kulaks*, en la lucha de clases la filantropía es mala». La mayoría de los *apparátchiks* eran indiferentes a la suerte de los *kulaks*. No tenían tiempo para lo que Trotski denominó «la palabrería del papa y los cuáqueros acerca de lo sagrado de la vida humana^[42]».

A la postre, Stalin confesaría a Churchill que aquella fue la época más difícil de su vida: «Fue una lucha terrible, en la que se vio obligado a acabar con diez millones de personas. Fue terrible. Duró cuatro años. Fue absolutamente necesario [...] Era inútil discutir con ellos. Algunos habían sido recolocados en la zona norte del país. Otros perecieron a manos de los propios campesinos: tal era el odio que se sentía hacia ellos^[43]».

El ataque al campesinado fue acompañado de una feroz campaña contra la Iglesia ortodoxa como centro de la cultura tradicional campesina. Se cerraron los monasterios, aunque muchos de ellos habían funcionado como cooperativas agrícolas, y miles de monjas y monjes fueron deportados a Siberia.

Resulta muy complicado reflejar el daño social que se hizo durante el proceso. La mayoría de los campesinos preferían comerse sus cosechas y matar a sus animales antes que rendirse a la colectivización. Entre 1928 y 1933 el ganado vacuno disminuyó en un 44%, el lanar en un 65% y el equino en más de la mitad. Por otra parte, se produjo una disminución considerable de la producción de cereales, lo que dejó a gran parte del campo con una desesperada escasez de alimentos^[44]. La brutalidad del Estado no se hizo esperar. Sin embargo, por mucho que se enviase a los campesinos a los campos del Gulag y se ejecutase a miles de ellos, eso no podía llenar los almacenes ni reproducir el ganado. Se envió a contingentes del Partido para que se hiciesen cargo de las tierras, pero su ignorancia tan solo empeoró las cosas. El poco grano que se obtuvo fue utilizado para venderse como «excedente» y obtener así el capital que tanto precisaba la industria. Como la URSS vendía grano al exterior, los estados occidentales asumieron que no había hambre en Rusia. Hacia 1932 la situación del campo era desoladora. Las consecuencias no se hicieron esperar.

El hambre se propagó por toda la geografía, muy especialmente en los años 1932-1934. La colectivización llevó al abandono de las tierras por parte de los campesinos, que emigraban en masa a las ciudades, lo que en teoría era uno de los objetivos de Stalin y su plan de industrialización de las regiones. Sin embargo, la cantidad fue tan enorme que se tuvo que instaurar un sistema de pasaportes para poder transitar por el país. Aunque esos permisos para trasladarse habían sido

siempre considerados como símbolo de la tiranía zarista, Stalin estimó que con ellos se podía ocultar la realidad del hambre, asegurándose de que las muertes se produjesen fuera de las áreas urbanas. Los pasaportes se expedían para los ciudadanos mayores de dieciséis años, con la excepción de aquellos grupos considerados oficialmente sin derechos, los *lishenty*. A los campesinos no se les dieron pasaportes. El sello en el pasaporte (*propiska*) se convirtió en una cuestión de vida o muerte, una nueva forma de persecución. Para controlar la situación, Stalin y Mólotov emitieron en enero de 1933 una orden para restringir la venta de billetes de tren. Algunos eran forzados a volver por donde habían llegado, a otros tan solo se les llevaba fuera de los límites de la ciudad en vagones abiertos y se les abandonaba a su suerte^[45].

«En Vokhoro, la capital del distrito —apuntaba un escritor ruso— en un pequeño parque cerca de la estación, los campesinos deskulakizados de Ucrania se tumbaban y morían. Uno se acostumbraba a ver cuerpos allí por la mañana. No todos morían; muchos vagaban por las duras calles polvorientas y sucias, arrastrando las piernas azules sin vida, hinchadas por la hidropesía, observando a cada transeúnte con ojos de perro pedigüeno [...] no se les daba nada; los mismos residentes, para conseguir su ración de pan, hacían cola toda la noche^[46]».

Cuando un miembro del Partido en Ucrania le describió a Stalin lo que estaba sucediendo, este respondió que se habían inventado «una fábula sobre el hambre para asustarnos, no caeré en el engaño^[47]». Una parte considerable del poder de Stalin fue lo que Pasternak denominó «el poder inhumano de la mentira». Existía una prohibición expresa de mencionar la hambruna a la prensa, y cualquier persona que se refiriese a ella era arrestada por propaganda antisoviética y podía ser condenada a cinco años en un campo de trabajo. El comisario

de Asuntos Exteriores, Maxim Litvínov, señalaría: «la comida es un arma». Sin duda, Stalin sabía cómo utilizarla.

La prensa mantuvo un silencio absoluto sobre el hambre que se había desatado en el campo. Esto tenía una doble finalidad: por un lado, preservaba la imagen de Stalin como planificador y, por otro, evitaba tener que adoptar medidas para hacer frente a la hambruna. Dado que, oficialmente, el hambre no existía, el Estado no tenía que tomar medidas para frenarla ni para solicitar ayuda exterior. Fue la primera hambruna de la historia causada enteramente por el hombre, tan solo superada en la China de Mao en la que unos veinte millones murieron de hambre.

Una de las zonas más castigadas fue Ucrania, donde los deseos colectivizadores de Stalin se unían a su enorme desprecio por el nacionalismo ucraniano. Stalin había afirmado que «el problema de las nacionalidades es, en esencia, el problema del campesinado». Los campesinos ucranianos que habían presenciado la deportación de los *kulaks* afirmaban: «Estábamos locos al pensar que no podía haber destino peor que el de los *kulaks*». Hordas de campesinos aparecían de repente en las poblaciones y las estaciones de tren suplicando desesperados: «¡Pan!, ¡pan!». Los cuerpos se acumulaban en las carreteras. Tan solo en las grandes ciudades se recogía a los muertos y se los arrojaba a grandes fosas comunes. Ucrania pasó a convertirse, en palabras del historiador Conquest, en un «enorme Belsen», en referencia al tristemente célebre campo de concentración nazi. También fue llamada «Auschwitz sin hornos». Para los nacionalistas ucranianos, la colectivización de Stalin fue el equivalente de la «solución final» de Hitler para los judíos. Algunos testigos extranjeros, como Malcolm Muggeridge, que pudieron presenciar la escala del desastre causado, informaron de que: «Una de las tierras más fértiles del mundo había sido reducida

a un melancólico desierto^[48]». Los niños que sobrevivían se comían las raíces y las cortezas de los árboles y mendigaban para obtener un pedazo de pan.

Miron Dolot, un superviviente, relató su experiencia de niño en Ucrania. Su localidad, colectivizada de forma forzosa, y en la que ya había hambre en 1931, fue azotada por una devastadora hambruna a partir de ese año. Las fuerzas de seguridad llegaron preguntando dónde estaba la comida que habían escondido. El mero hecho de que siguiesen con vida era considerado por las autoridades como la prueba de que había comida escondida; sin embargo, no pudieron encontrar ninguna. Aunque la cosecha había sido buena en 1932, el Estado se lo había llevado todo. Dolot recordaba que «todo parecía un campo de batalla tras una gran guerra. En los campos yacían los cuerpos de los campesinos hambrientos que habían estado rastrillando los campos de patatas para encontrar algún tubérculo que no hubiese sido recolectado en la cosecha. Morían donde se caían en su búsqueda incesante de comida. Algunos de los cuerpos congelados debían de haber estado allí durante meses. Nadie parecía tener prisa por llevárselos y enterrarlos».

La siguiente primavera, Dolot contempló cómo su localidad se había convertido en un lugar fantasmal:

Un lugar desolado, el horror se encontraba en cada casa, en cada jardín. Nos sentíamos olvidados por el mundo entero. La carretera principal, que había sido la arteria del tráfico y el centro de la vida de la localidad, estaba vacía y llena de hierbajos. Apenas se veían animales u hombres transitando por ella. Muchas casas permanecían vacías, con sus ventanas y sus puertas abiertas. Los propietarios estaban muertos, habían sido deportados al norte o se habían marchado a otras localidades en busca de comida. Antes, las casas estaban rodeadas de establos, pocilgas, vallas y almacenes. Ahora tan solo quedaban los restos de esas estructuras. Habían sido arrancadas para ser utilizadas como leña para hacer fuego^[49].

Vasili Grossman lo describía de la siguiente manera:

Sobre el pueblo flotaba un gemido suave y lánguido; los niños, verdaderos esqueletos vivientes, se arrastraban por la tierra y emitían un quejido apenas perceptible; los hombres, con los pies hinchados, vagaban por los patios, exhaustos por el hambre, sin apenas fuerzas para respirar. Las mujeres buscaban algo para comer, pero todo se había acabado: ortigas, bellotas, hojas de tilo, pieles de oveja sin curtir, huesos viejos, pezuñas, cuernos... Y los individuos llegados de la ciudad iban de casa en casa, sorteando a muertos y moribundos, buscando en los sótanos; cavaban agujeros en los graneros; aguijoneaban el suelo con varillas de hierro buscando el grano que hubieran ocultado los *kulaks*^[50].

Los campesinos morían por millares. Algunos fallecían envenenados al ingerir productos que no estaban destinados al consumo humano. Un número indeterminado se suicidó. En una región más abierta tradicionalmente a la influencia occidental y con una mayor tradición de resistencia a la servidumbre que Rusia, la resistencia campesina fue especialmente fuerte. La cantidad de campesinos ucranianos que comenzó a trasladarse buscando mejores condiciones era tal que un comunista que escapó en 1933 señaló: «El pueblo ucraniano está llevando una vida nómada^[51]».

Fedor Belov, que vivía en un pueblo recientemente colectivizado de Ucrania, escribió que el hambre fue la peor experiencia en la historia de la región: «Los campesinos se comían los perros, los caballos, la corteza de los árboles, el césped, cualquier cosa que encontraban. Los casos de canibalismo no eran infrecuentes». Fred Beal, un sindicalista norteamericano que se había refugiado en la URSS escapando de una sentencia judicial en su país, servía de enlace con los trabajadores extranjeros en una gran fábrica de tractores en Járkov. En la primavera de 1933 realizó una visita a la localidad de Chekhuyev, a dos horas de tren de Járkov. La única persona que seguía con vida era una mujer que había perdido la razón. Las casas solo contenían cadáveres que servían de comida a las ratas. Una pintada en una casa en la que yacían los cuerpos sin vida de dos niños decía: «Que Dios bendiga a aquellos que

entran aquí. Que nunca sufran lo que nosotros hemos sufrido». Otros carteles estaban situados en tumbas de los pocos que habían sido enterrados; uno de ellos decía: «Amo a Stalin. Entiérrenlo aquí lo antes posible». Cuando tuvo la oportunidad, Beal narró lo que había vivido a G. I. Petrovsky, entonces presidente de la República de Ucrania. Beal le informó de que los hombres en su fábrica decían que los campesinos morían por todo el país y que cinco millones habían muerto ese año —1933— en Ucrania. Cuando Beal preguntó qué debía contestar, obtuvo esta respuesta: «No les diga nada —respondió Petrovsky—, lo que dicen es verdad. Sabemos que están muriendo millones. Es lamentable, pero el glorioso futuro de la Unión Soviética justifica eso. ¡No les diga nada!»^[52]. Que Petrovsky reconociera la hambruna en una conversación con un extranjero era algo excepcional. La gran mayoría de los altos funcionarios negaban la existencia del problema. En diciembre de 1933, Kalinin se pronunció de esta forma: «Los impostores políticos piden contribuciones para la “hambrienta” Ucrania. Tan solo clases degradadas y en descomposición pueden producir tales cínicos^[53]».

Un corresponsal norteamericano que visitó una pequeña localidad de Ucrania se encontró con que todos los gatos y los perros habían sido devorados: «En una cabaña estaban cocinando una sopa en un caldero que desafiaba cualquier análisis. Había huesos, piel de cerdo y algo que parecía ser un pedazo de una bota. La forma en la que miraban la media docena de habitantes (de una antigua población de cuarenta) mostraba claramente el hambre que sentían^[54]».

Aunque el hambre afectó en esencia a las zonas rurales, sus consecuencias se dejaron sentir en las ciudades, con la excepción de Moscú y otras localidades privilegiadas. Condenados a morir de hambre en el campo, muchos campesinos se acercaban a las ciudades para mendigar

alimentos, pero aunque eran expulsados por la policía, muchos fallecían en las calles. La fábrica de tractores de Járkov, situada en las afueras de la ciudad, fue asediada por mendigos: «No pasaba ni un solo día —escribía Beal—, sin que grupos de campesinos desheredados y de trabajadores jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, golpeasen nuestras puertas. Escarbaban en los cubos de basura y luchaban como perros salvajes por los restos de comida». Los mismos trabajadores sobrevivían con raciones mínimas (en el almuerzo recibían una sopa de repollo, una rebanada de pan y unas cuantas gachas de cebada). Los trabajadores extranjeros de la planta que vivían con esas míseras raciones «estaban desesperados por tener que trabajar con hambrientos, atontados y aturdidos^[55]». Los precios de la comida en el mercado libre eran tan altos que estos bienes eran un lujo casi inalcanzable, salvo para una minoría de especialistas bien pagados.

Tan solo unos pocos corresponsales extranjeros fueron lo suficientemente valientes para informar de la tragedia. Entre ellos cabe destacar a Muggeridge, del *Manchester Guardian*, Pierre Berland, de *Le Temps*, y William Chamberlin, del *Christian Science Monitor*. Muggeridge realizó un viaje por el Cáucaso en el que escribió: «Es evidente que la población civil se muere de hambre. Aquí no hay pan desde hace tres meses. [...] Una parte de los alimentos que les han quitado, y los campesinos lo saben muy bien, sigue exportándose al extranjero. [...] He visto con mis propios ojos a un grupo de unos veinte campesinos marcharse escoltados. Era un espectáculo tan habitual que ni siquiera suscitaba curiosidad». La mayor parte de la prensa extranjera en Moscú no quiso comprometer su situación ni sus relaciones con la *nomenklatura* moscovita^[56].

En ese sentido, aunque el periodista Walter Duranty señalaba en privado que la hambruna había matado a millones,

en el *New York Times* negó su existencia utilizando eufemismos como «dificultades de abastecimiento» y «escasez de alimentos^[57]». Por su parte, Charles Trevelyan escribió en el *Daily Telegraph* que la opinión pública soviética era la mejor informada del mundo, y el líder del Partido Radical Francés, Édouard Herriot, comentó que la falta de leche era debida a la gran cantidad que se entregaba a las madres lactantes^[58]. En un viaje que hizo desde el puerto de Odesa hasta Moscú, Herriot informó a París de que no había visto ninguna hambruna. En realidad no podía haber visto nada, pues los funcionarios que le acompañaban fueron muy cuidadosos con la ruta escogida^[59]. En 1939 la revista *Time* elegiría a Stalin como «Man of the Year» (personalidad del año)^[60].

El dibujante belga Hergé se inspiró en el libro *Moscou sans Voiles*, de Joseph Douillet, cónsul belga en la ciudad de Rostov, para describir en *Tintín en el país de los sóviets* una visión dantesca de la URSS: pobreza, hambruna, represión, un país infernal. En la obra se reía también de la producción soviética. Tintín descubría una fábrica donde los trabajadores estaban quemando balas de paja y golpeando hojas de metal: «Para engañar a los pobres idiotas que creen todavía en el paraíso rojo. [...] Espesas volutas de humo negro salieron por las chimeneas, creando la ilusión de una fábrica funcionando a todo ritmo, símbolo evidente de la joven industria soviética». El humo de las chimeneas de las fábricas «Potemkin» engañaba a los corresponsales extranjeros^[61].

El Ejército Rojo fue desplegado en las fronteras de Ucrania para evitar que la población pudiese huir de aquel infierno. La gente se comía todo lo que tenía algún valor nutritivo: gatos, caracoles, ratones, hormigas, etc. La situación llegó a tal extremo que se empezaron a dar casos de canibalismo. La OGPU tuvo que poner sobre aviso a la población: «Comerse a niños muertos es un acto de salvajismo^[62]». Cuando el cardenal

de Austria solicitó ayuda internacional para la URSS, el Gobierno soviético respondió que no existía ninguna hambruna y que, afortunadamente, en la URSS no había ni «cardenales ni caníbales». Los niños ucranianos, en palabras del escritor Arthur Koestler, «parecían embriones salidos de las botellas de alcohol^[63]».

Un testigo soviético señaló: «En un campo de batalla los hombres mueren rápidamente, luchan, se encuentran motivados por el sentimiento de camaradería y por el sentido del deber. Aquí yo vi gente muriendo sola, lentamente, sin la excusa de un sacrificio por una causa. Habían sido atrapados y abandonados a morirse de hambre, cada uno en su casa, por decisiones políticas tomadas en una capital lejana, alrededor de una mesa de conferencias y mesas de banquetes^[64]». Un chiste popular decía que el acrónimo SSSP (grafía de URSS en el alfabeto cirílico) significaba: *Smert' Stalina spaset Rossiuu* ('La muerte de Stalin salvará a Rusia').

Kruschev, que partió de Ucrania hacia Moscú en 1929, refirió que Anastás Mikoyán le comentó que había recibido una visita del camarada Demchenko, primer secretario del Comité del Partido en Kiev, y le había dicho: «Anastás Ivánovich, ¿sabe el camarada Stalin, o alguien en el Politburó, lo que está sucediendo? Bueno, si no es así, yo puedo ilustrarte. Recientemente un tren llegó a Kiev repleto de cadáveres de gente que se había muerto de hambre. Había ido recogiendo cadáveres desde Poltava hasta Kiev. Creo que sería muy conveniente que alguien informara a Stalin sobre esa situación^[65]». Stalin no quería saber nada al respecto. Cuando R. Terekhov reunió el valor suficiente para informar al Politburó sobre la hambruna en las localidades de la provincia de Járkov, Stalin le cortó rápidamente y le dijo: «Nos dicen, camarada Terekhov, que eres un buen orador, pero al parecer eres un buen cuentacuentos. Inventar una fábula como esa

sobre la hambruna. ¡Creías que nos habías dado miedo, pero no funcionará! ¿No sería mejor que dejases los puestos en el Comité Provincial y en el Comité Central de Ucrania y te unieses a la Unión de Escritores? Así te podrás inventar fábulas y los tontos te leerán^[66]».

Stalin ordenó una purga contra todos aquellos responsables de la falta de grano: veterinarios, meteorólogos, etc. La gente respondía con humor; un chiste contaba que el mejor método para deshacerse de los piojos era colectivizarlos: la mitad morirían de hambre y la otra mitad huiría. Resulta imposible saber con certeza cuántas personas fueron desarraigadas y reprimidas por la deskulakización. Es posible que nunca se sepa. De acuerdo con algunas estimaciones, cerca de 1,1 millones de hogares de campesinos, que incluían a siete millones de personas, fueron expropiados, y cerca de la mitad de esas personas fueron enviadas a Siberia. El economista agrícola V. A. Tikhonov considera que cerca de tres millones de hogares fueron liquidados entre 1929 y finales de 1933, dejando a no menos de quince millones de personas sin techo. De ellos, cerca de dos millones consiguieron encontrar trabajo en la construcción. El resto fue enviado a cortar árboles en el norte del país y cerca de un millón de hombres en edad de trabajar acabaron en campos de concentración^[67]. En cualquier caso, las cifras son aterradoras.

Recientemente, la versión del historiador Robert Conquest sobre la hambruna en Ucrania como forma de acabar con su nacionalismo ha sido puesta en entredicho con la apertura de archivos soviéticos. La interpretación que hizo respecto del daño causado en Ucrania sigue siendo esencialmente válida. Sin embargo, las motivaciones políticas que hacía eran demasiado «parciales». Stalin estaba, sin duda, al tanto de los efectos de sus políticas «brutales» en el campo, e incluso llegó en una ocasión a utilizar la palabra «hambruna» para referirse

a ella^[68]. Sin embargo, resulta dudoso que el liderazgo soviético buscara introducir el hambre de forma consciente como forma de aplastar al nacionalismo ucraniano. Finalmente, hoy se calcula que 5,7 millones de personas murieron de hambre en los años 1930-1933, revisando a la baja las cifras hasta ahora barajadas. Sin embargo, aunque se acepten estas cifras, siguen siendo enormes, tan solo superadas en el siglo XX por la hambruna china. Otra zona enormemente afectada por la hambruna fue Kazajistán, cuyos habitantes, principalmente campesinos nómadas, fueron enviados a campos donde se les dejó que murieran de hambre. Aproximadamente 1,5 millones de personas, casi la mitad de la población de la República, fallecieron en condiciones atroces^[69].

Aquella fue, sin duda, la mayor catástrofe demográfica sufrida por el campesinado europeo desde la Edad Media. Una campesina describió lo que sucedía en su comunidad:

No te hablaré de los muertos. Los medio muertos son mucho peores. Hay cientos de personas en Petrovo hinchadas por el hambre. No sé cuántos mueren cada día. Muchos están tan débiles que ya no salen de sus casas. Una carreta pasa recogiendo los cuerpos. Nos hemos comido todo lo que había a nuestro alcance: gatos, perros, ratones, pájaros. Cuando salga la luz mañana, verás que los árboles ya no tienen corteza porque también ha sido comida, así como el estiércol de los caballos. Sí, el estiércol de los caballos. Nos peleamos por él. A veces hay trozos de trigo entero en el estiércol^[70].

Se extendió el rumor de que la segunda mujer de Stalin, Nadezhda Alilúyeva, se había suicidado al conocer la brutal política de Stalin que había causado la hambruna. Antes de su muerte le habría dicho a Stalin: «Eres un torturador, eso es lo que eres. Torturas a tu propia gente. Torturas a tu mujer. Torturas a todo el pueblo ruso^[71]». El cataclismo provocado por Stalin provocó un sufrimiento que encuentra pocos equivalentes en la historia de la humanidad: «Solo puede compararse en escala y horror al comercio de esclavos

africanos; pero mientras británicos, franceses, españoles y portugueses tardaron más de doscientos años en trasladar a unos diez millones de almas a la esclavitud y en matar a unos dos millones, Stalin igualó estas cifras en cuestión de cuatro años^[72]».

Los resultados de la colectivización no fueron, por supuesto, los esperados. Una gran masa de campesinos había sido desarraigada y aquellos que siguieron trabajando fueron incapaces de producir los excedentes que precisaba Stalin. En 1939 los niveles de producción apenas habían superado los de la Rusia zarista de 1913. Las consecuencias humanas fueron devastadoras. En los años treinta se estima que murieron entre diez y quince millones de campesinos. Las tiendas de las cooperativas estaban casi siempre vacías y, a menudo, ofrecían objetos inútiles. Se desencadenó un enorme mercado negro en el que el pan llegaba a costar cuarenta y cinco rublos el kilo, cuando el moscovita medio ganaba tres rublos al día. Algunos moscovitas transformaron el lema de la propaganda, *pobeda* ('victoria'), por el de *obeda* ('comida'), o incluso *beda* ('desgracia')^[73]. Stalin le confesó posteriormente a Churchill que la colectivización había costado diez millones de vidas^[74]. Sin embargo, para Stalin el sufrimiento humano no contaba. La realidad es que a partir de aquel proceso se forzó a miles de campesinos a dirigirse hacia un trabajo en la industria. El proletariado industrial creció de tres a diez millones de personas en siete años como consecuencia de la política de Stalin. Los nuevos proletarios eran enviados a construir las nuevas ciudades industriales como Magnitogorsk, Stalingrado y Lugansk. Como señalaría posteriormente Sujanov, «con solo rascar a un trabajador aparecía un campesino^[75]».

La colectivización «liberó» a los campesinos para trabajar y vivir en otras partes del país. No había nada nuevo en la migración estacional de los campesinos (*okhod*),

particularmente de las localidades de la «tierra hambrienta», las provincias de Rusia central. Sin embargo, durante el primer plan quinquenal, el número de movimientos de los campesinos se incrementó de forma espectacular. Entre 1928 y 1932, al menos diez millones de campesinos se unieron a la fuerza laboral urbana. En general las partidas adoptaron tres formas: deportaciones voluntarias (por la deskulakización); recolocación a través de acuerdos entre los campesinos de las granjas colectivas y las empresas industriales (un proceso conocido eufemísticamente como *orgnabor* o ‘reclutamiento organizado’) y movimiento voluntario independiente, conocido oficialmente como *samotek* o ‘deriva’. Son distinciones útiles para el análisis, aunque no captan la escala y la complejidad del movimiento de población en la década de 1930. El pueblo de la URSS se encontraba en movimiento. Existían presiones para salir de los pueblos, pero también una gran demanda de mano de obra en el otro extremo de la línea. La competencia entre los reclutadores de mano de obra llegó a tal extremo que se detenían y desviaban hacia otros destinos trenes repletos de trabajadores. En otros casos, a su llegada los trabajadores encontraban las condiciones de vida o de trabajo tan espantosas que pronto se trasladaban (por el *samotek*) a otras localidades, donde se decía que las condiciones eran mejores. Para Stephen Kotkin, «el tren, ese aliado del liderazgo bolchevique, de sus burócratas y sus planificadores, estaba siendo utilizado en su contra: los trabajadores de la construcción usaban el tren para realizar un viaje por el país^[76]».

El fenomenal crecimiento de la población urbana no se puede considerar, sin embargo, una urbanización propiamente dicha, un proceso que sugiere normalmente un cambio no solo cuantitativo, sino también cualitativo. El neologismo de Moshe Lewin, «ruralización», es decir, el encauzamiento de los

pueblos hacia las ciudades y el sometimiento de los espacios urbanos a las formas de vida rural, parece mucho más apropiado. En poco más de diez años las ciudades soviéticas aumentaron su población en treinta millones. Hasta dieciocho millones de campesinos abandonaron sus localidades entre 1926 y 1939, lo que produjo un gigantesco problema de sobrepoblación urbana y desbordó a las autoridades municipales. La ruralización derivó en una quiebra de las normas de comportamiento tradicionales, desatando una lucha hobbesiana de todos contra todos en la que el objetivo era sobrevivir proporcionando un terreno «de caza propicio para el desalmado, el primitivo, el chantajista, el informante». En palabras de Ordzhonikidze, Rusia parecía haberse convertido en un gigantesco «campo de gitanos nómadas^[77]».

El secretario del Partido en Dniepropetrovsk, Mendal M. Khataevich, resumió con orgullo lo que había sucedido en el campo: «Una lucha sin piedad se está desarrollando entre el campesinado y nuestro régimen. Es una lucha a muerte. Este año fue una prueba de nuestra fuerza y de su aguante. Ha hecho falta una hambruna para demostrarles quién es el amo aquí. Ha costado millones de vidas, pero el sistema de granjas colectivas permanecerá. Hemos ganado la guerra^[78]».

LA INDUSTRIALIZACIÓN

Una colectivización a una escala tan gigantesca se hallaba ligada inevitablemente a la industrialización. Stalin había prometido tractores a los campesinos, pero necesitaba más fábricas para poder construirlos. Los planes de Stalin para la industrialización pasaban por la creación de una «economía de guerra»: el uso de términos militares como «lucha», «batalla», «victoria» y «enemigo» no era accidental. Stalin señaló que se

trataba de declarar la guerra a los fracasos rusos del pasado y a los enemigos dentro de las fronteras. La fiesta del 1 de Mayo dejó de estar orientada al pacifismo y al internacionalismo y pasó a ser una ocasión para llevar a cabo desfiles militares. Según Stalin, era preciso también fortalecerse para hacer frente en mejores condiciones a los enemigos capitalistas. El aumento de la producción de hierro y acero era considerado vital para poder garantizar el éxito en una guerra. Stalin formuló la extraordinaria afirmación de que él lograría que Rusia dejara de ser un país agrícola para convertirse en una gran potencia industrial. Consideraba que el desarrollo de los estados capitalistas, y muy especialmente el de Estados Unidos, se había basado en el acero y el hierro. Sin embargo, el proceso se haría de forma diferente, siguiendo los principios del socialismo. En el XV Congreso del Partido, Stalin afirmó: «Nuestros planes no son pronósticos, planes adivinanzas, sino instrucciones que son obligatorias». Consideraba que una rápida industrialización era posible; tan solo hacía falta un plan y una gran fuerza de voluntad para llevarla a cabo^[79].

La industrialización con Stalin se realizó en una serie de planes quinquenales (*Piatiletka*) en los cuales se establecieron cuotas de producción para los diversos sectores. El ambicioso plan fue elaborado por el Consejo Supremo de la Economía Nacional (VSNKh) y recogido en tres volúmenes que contenían dos mil páginas. Para llevar adelante el plan, Stalin nombró a Sergo Ordzhonikidze, un georgiano brutal que tenía un desconocimiento absoluto sobre la economía. Corpulento y chillón, con una mata de pelo despeinado y un bigote poblado, Ordzhonikidze tenía los malos modales cuartelarios apropiados para su papel de sargento mayor de la Economía. Se puso a la tarea amenazando e insultando a sus subordinados (incluso se atrevía a insultar a Stalin). En 1937, deprimido por las purgas contra sus más cercanos colaboradores, se suicidó

pegándose un tiro^[80].

En realidad, el término «plan» es erróneo, pues el primer plan quinquenal no fue sino una serie de cuotas que había que cumplir sin especificar cómo debían llevarse a la práctica. Los funcionarios regionales y los administradores de las industrias tuvieron a menudo que falsear las cifras de producción para esconder que las cuotas no se habían alcanzado. Para el historiador Norman Stone nunca existió una auténtica planificación; la política de Stalin consistió en «simplemente poner un pie delante del otro mientras avanzaba». A pesar de que los documentos soviéticos de la década de 1930 hacen constantes referencias a Stalin como el gran planificador, la realidad es que existió muy poca planificación desde arriba.

En su estudio sobre el complejo industrial de Magnitogorsk, Stephen Kotkin demuestra cómo los directores de las empresas mantenían dos libros de contabilidad de la producción, uno real y otro falseado para enviar a Moscú^[81]. El régimen había llegado a un grado tal de locura que Stalin, considerando que había sido un éxito rotundo, impuso unas cuotas al alza «óptimas» totalmente imposibles de cumplir. El «plan quinquenal de cuatro años» fue la utópica consigna lanzada por el diario *Pravda*. Como señala el historiador McCauley, era como «si las matemáticas hubiesen dejado de funcionar^[82]». Como afirmó Andrei Vyshinsky: «Tenemos nuestra propia realidad». Los niños marchaban al colegio cantando:

Cinco en cuatro,
Cinco en cuatro,
Cinco en cuatro,
¡Y no en cinco^[83]!

Bajo el lema «no existen fortalezas que los bolcheviques no puedan derribar», Stalin sistemáticamente comenzó a exigir lo

imposible^[84]. Muchos jóvenes se dejaron convencer por la propaganda de que eran parte integral de un esfuerzo colectivo y que estaban construyendo un mundo nuevo y mejor. Algunos incluso alentaban el sueño de que se el país se convertiría en «otra América». Se trataba de crear a un nuevo hombre: el *Homo sovieticus* comprometido con Stalin y sus planes. Algunos ciudadanos descontentos replicaban a la propaganda del régimen en canciones populares (que acarreaban enormes riesgos para aquellos que las entonaban):

El plan quinquenal. El plan quinquenal,
El plan quinquenal en diez.
Yo no iré al *koljós*,
El *koljós* no tiene pan.

A pesar de que no se cumplieron muchas de las expectativas, lo cierto es que el primer plan quinquenal supuso un logro extraordinario para la URSS. El embajador británico en aquellos años señaló que «era uno de los experimentos más importantes y de más largo alcance de la historia^[85]». A pesar de la retórica revolucionaria y de estadísticas dudosas, se realizaron grandes avances en la URSS. La producción de carbón, hierro y electricidad aumentaron exponencialmente. Se puso un énfasis especial en construir industrias más allá de los Urales, donde no pudiesen llegar fuerzas enemigas (algo que, sin duda, salvaría la vida a la URSS). En 1936, una planta en los Urales se dedicó a la construcción de submarinos que eran transportados en secciones al Pacífico y el Báltico. Se produjo un verdadero culto a las máquinas. Tan solo un país tan atrasado como la URSS podía tener tanta fe en la tecnología como respuesta a los problemas de los hombres. En el resto de Europa, el mito de la máquina había quedado destruido en los años sangrientos de la Primera Guerra Mundial.

La ciudad de Tashkent, anteriormente una remota ciudad de caravanas, se desarrolló hasta convertirse en un núcleo urbano de más de medio millón de habitantes, centro de la minería del cobre y de las industrias eléctricas. Se descubrió que la cuenca del Kuznetsk, a tres mil metros sobre el nivel del mar, contaba con depósitos de carbón de alta calidad. Ese carbón y el mineral de hierro de los Urales se complementaron, aunque estaban separados por mil quinientos kilómetros. La apertura de las nuevas áreas —que requería el traslado de alimentos a Uzbekistán a cambio de algodón o de hierro de los Urales a las nuevas ciudades de Kuznetsk— exigía una auténtica revolución del transporte. Así, en 1938 los ferrocarriles transportaban una carga cinco veces mayor que en 1913. Según los datos más fiables, la economía soviética creció alrededor de un 70% entre 1928 y 1937^[86].

En tan solo cuatro años una mezcla de brutalidad y «patriotismo económico» puso los pilares para el gran desarrollo de la URSS. La gran jugada de Stalin estaba dando sus frutos, pero desde luego no para sus víctimas. La gran ciudad industrial de Magnitogorsk y el canal entre el mar Blanco y el Báltico se estaban construyendo a expensas de la vida de miles de convictos en los gulags. Stalin por fin había conseguido los «trabajadores sin paga» con los que había soñado Trotski. Antes de realizar cualquier proyecto, el NKVD recibía información precisa del número de arrestos que tenía que realizar.

La construcción del ambicioso canal, que atravesaba una zona formada casi por entero de granito, fue muy ambiciosa, pues se extendía a lo largo de doscientos veintisiete kilómetros. Se trataba de un área insuficientemente explorada, lo que provocó un enorme caos en su construcción. Para Stalin esas dificultades tan solo hacían más atractivo el proyecto, ya que deseaba un triunfo tecnológico con la mayor rapidez posible, el

cual, una vez logrado, llevaría su nombre. Durante veintiún meses ciento setenta mil prisioneros construyeron el gigantesco canal en condiciones inhumanas. El brutal invierno de Carelia mató a miles de ellos. Según algunas estimaciones, más de veinticinco mil prisioneros murieron en su construcción, una cifra que no incluye a los que fueron puestos en libertad y fallecieron posteriormente debido a las enfermedades o los accidentes que habían sufrido allí^[87]. Al final, como tantos otros proyectos estalinistas, el canal resultó prácticamente inútil y tan solo permitió el paso de algunas barcas.

El escritor Grossman describió así la situación:

El mundo de los campos comenzó a absorber el progreso, atrajo a su órbita la locomotora eléctrica, turbinas, cortadoras, un parque enorme de tractores y automóviles. El mundo de los campos asimiló la aviación de transporte y de pasajeros, la comunicación por radio, las máquinas automáticas, los más modernos sistemas de enriquecimiento de minerales; el mundo de los campos proyectaba, planificaba, diseñaba, generaba minas, fábricas, nuevos mares, gigantescas centrales eléctricas. Se desarrollaba impetuosamente, y las viejas prisiones de trabajo forzado parecían casi ridículas, conmovedoras, como juegos de construcción para niños... Historiadores de fama mundial, matemáticos, astrónomos, estudiosos de la literatura, geógrafos, críticos de arte, especialistas en sánscrito o en antiguos dialectos celtas no encontraban su aplicación en el sistema del Gulag. Los campos no habían evolucionado hasta el punto de saber aprovechar las habilidades especializadas de estas gentes. Trabajaban como obreros no especializados, como «enchufados» en tareas administrativas menores o en la sección cultural y educativa, o vagaban en campos para inválidos, sin encontrar una aplicación adecuada a su preparación, a menudo extensa y de relevancia solo nacional^[88].

El plan quinquenal concedió una prioridad muy baja a los bienes de consumo para mejorar la vida de los ciudadanos, por lo que las condiciones de vida se deterioraron rápidamente. Las colas para comprar se hicieron parte del paisaje de la vida cotidiana de Rusia. Muchos se sumaban a ellas sin saber siquiera qué se compraba: tal era la necesidad de adquirir comida y bienes de primera necesidad. Resignados, los

ciudadanos comentaban que la libertad en Rusia consistía en poder elegir en qué cola situarse. Un joven economista soviético, N. Savonov, presentó una tesis de doctorado titulada *Introducción a una teoría de la política económica*, en la cual sostenía que la falta de precios libres y mercados independientes de trabajo y comercio penalizaba de forma permanente al consumidor soviético. El Comité Central condenó la tesis y Savonov tuvo que renegar públicamente de ella.

La dieta en la URSS era muy pobre y poco variada; en general consistía en pan negro, macarrones y verduras con pescado salado del Ártico, lo que no impedía a Stalin afirmar: «Hemos creado, sin duda, una situación en la que las condiciones de los trabajadores y los campesinos mejoran año a año. Los únicos que dudan de esto son los enemigos del poder soviético^[89]». En realidad los ciudadanos y su bienestar nunca habían estado en los planes de Stalin. Por supuesto, las tiendas oficiales, llamadas irónicamente «museos del estalinismo», estaban muy bien surtidas de todo tipo de bienes.

Un cuento de Zamyatin, titulado «La cueva», describía a un intelectual muriéndose de frío y de hambre en un apartamento sin calefacción, el cual se convierte en una cueva primitiva. Como cualquier hombre primitivo, sale a cazar, en su caso para intentar robar la leña de su vecino. Este cuento es ilustrativo de la situación, ya que en la URSS se produjo un enorme incremento en el número asaltos y asesinatos, unidos a un hambre persistente que transformaba a la gente. La civilización estaba retrocediendo. El poeta Blok escribió: «Me estoy sofocando... Todos nos estamos sofocando. La revolución mundial se está convirtiendo en una angina de pecho universal^[90]».

A pesar de la creencia generalizada, en la URSS el Estado no era el dueño de todas las propiedades. Aunque se eliminó la

propiedad privada que llevase aparejada la explotación del trabajo ajeno, siguieron existiendo grandes sectores de propiedad privada y personal. Así, en 1950, más del 50% del valor total de los productos agrícolas lo generaban los huertos privados. Todos los productores, excepto los privados, tenían derecho a la propiedad personal. La Constitución de 1936 permitió poseer aperos agrícolas para cultivar parcelas privadas, así como estaba permitido ser el dueño de una vivienda tras obtener el permiso del sóviet local, siempre que la extensión no fuese superior a sesenta metros cuadrados. Las dachas, como residencias de vacaciones, estaban permitidas. También era posible heredar bienes, aunque las autoridades restringían la formación de una cultura de la riqueza.

El éxito de la apuesta de Stalin dependía mucho de lo que los «pequeños Stalin» en las provincias hicieran para llevarlo a buen puerto. No existía ningún plan maestro para materializarlo. Aunque su objetivo a largo plazo era fortalecer a la URSS, a corto plazo su resultado fue peligrosamente anárquico, debilitando aún más a la URSS a ojos del mundo exterior. En un primer momento, pareció que los hechos le daban la razón a Stalin, pues la industrialización de la URSS en los años treinta coincidió con la Gran Depresión en el mundo capitalista. La crisis, que comenzó con el desplome de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929, se extendió como un reguero de pólvora por todo el mundo. La profunda crisis económica mundial sacudió los cimientos de unos estados que acababan de iniciar un vacilante camino de tímidas reformas destinadas a dar cobertura social a los trabajadores. El cierre masivo de empresas elevó el desempleo hasta cotas desconocidas en Occidente, mientras que la adopción de férreas políticas proteccionistas contribuyó a que el problema se trasladara a las naciones menos desarrolladas. La reducción de salarios y el recorte de prestaciones sociales endurecieron

las condiciones de vida de la población laboral. Un nuevo pauperismo se difundió por Europa y América. La Gran Depresión sacudió los cimientos del sistema financiero global. La producción y el comercio se hundieron y los financieros en bancarrota saltaban desesperados al vacío desde los rascacielos de Nueva York.

La depresión mundial fue descrita en 1936 en términos muy ilustrativos por el político francés Paul Reynaud: «Los océanos estaban desiertos, los barcos yacían en los puertos silenciosos, el humo ya no salía de las chimeneas de las fábricas, había enormes filas de desempleados en las ciudades, la pobreza se apoderó del campo... Entonces llegó el momento en el que la riqueza fue destruida. Los brasileños tiraron los sacos de café al mar y los canadienses quemaron su maíz en las máquinas del ferrocarril. Los hombres cuestionaban el valor de lo que habían aprendido a admirar y a respetar. [...] La crisis fue incluso más prolongada y general que la guerra. Las naciones cortaron relaciones económicas con el resto, aunque compartían el mismo destino de la pobreza^[91]».

El intelectual Edmund Wilson concluyó de este modo: «las predicciones de Karl Marx se encuentran en camino de hacerse realidad». El capitalismo estaba en crisis por sus inherentes contradicciones: la competencia económica tenía como resultado una mayor eficiencia a expensas de los trabajadores, ya que «cuantos más productos baratos y fáciles pueden ser producidos, menos personas son capaces de consumirlos^[92]». Wilson se encontraba sorprendido por el éxito aparente del plan quinquenal de Stalin, que el corresponsal del *New York Times* en Rusia, Walter Duranty, que ganaría el premio Pulitzer por su cobertura del mismo, describía como «un golpe de genialidad^[93]». Un ciudadano norteamericano, tras visitar la URSS, afirmó: «He visto el futuro... y funciona^[94]». Fueron muchos los norteamericanos que quisieron ver el experimento

estalinista con sus propios ojos. Entre 1920 y 1931 se publicaron alrededor de ochenta libros de autores estadounidenses sobre el nuevo plan quinquenal. Muchos ciudadanos entusiastas y esperanzados se presentaron para acudir a trabajar a la URSS. Dos de los motivos más frecuentes que citaban para trasladarse eran el desempleo en Estados Unidos y «el disgusto con las condiciones» reinantes en el país; otro motivo era el «interés por el experimento soviético^[95]».

En la década de los treinta numerosos intelectuales se percataron de la dimensión política y social de su trabajo, y muchos de ellos, impulsados por un idealismo humanitario, vieron en las políticas de izquierda, y en particular en el comunismo, la respuesta a las exigencias y a las necesidades de su turbulenta época. En ese período cristalizaron la tentación comunista y la figura del «compañero de viaje», el intelectual no afiliado al Partido Comunista pero muy comprometido con la acción paralela de aquel. Durante esa década crucial arraigó entre los intelectuales europeos una ortodoxia de izquierda que ejercería una influencia progresiva sobre la vida social, debido al papel de los intelectuales en los cada vez más poderosos medios de comunicación.

En numerosos casos la adhesión sin ambages a la causa comunista comprometió su independencia intelectual y acalló su conciencia crítica. El silencio ante los crímenes del estalinismo y sus críticas agresivas contra la minoría que se atrevió a denunciar la naturaleza despiadada del régimen de Stalin (como hicieron André Gide al publicar su obra *Retorno de la URSS* y George Orwell con su *Homenaje a Cataluña*) son ejemplos del silencio y la complicidad, cuando no de la traición, de los intelectuales con la causa de la democracia y la libertad. Gide se hizo acreedor de fuertes críticas al declarar en 1937: «Resulta imposible, al volver de la URSS, releer sin congoja el librito de Lenin: *El Estado y la revolución*. Pues

afirmo que hoy en día, en la URSS, se está más lejos de lo que se estaba ayer no ya de la soñada sociedad comunista, sino tan siquiera de esa fase de transición que permitiría alcanzar el socialismo». Gide relataba que, en el transcurso de su viaje, se vio obligado a detenerse frente a una estafeta de correos para enviar a Stalin un agradecimiento por su hospitalidad. Entregó un texto que decía: «Al pasar por Gori, en el transcurso de este maravilloso viaje, siento la necesidad de enviarle a usted mi más cordial...». El traductor le interrumpió y dijo: «“Usted” no es suficiente cuando ese “Usted” es Stalin». Los escoltas de Gide le sugirieron: «Usted, Líder de los Trabajadores» o «Usted, Señor de los Pueblos». A pesar de la protesta de Gide, el telegrama tuvo que ser enviado con las correcciones^[96].

Como la industrialización soviética coincidía con la Gran Depresión en Occidente y, debido a que la mayor parte de la gente desconocía lo que sucedía en la URSS, autores como Koestler llegaron a esta conclusión: «La más grave crisis del mundo occidental coincide con la fase inicial de la revolución industrial rusa. El contraste es tan chocante que llevó a la lógica conclusión: ellos son el futuro, nosotros el pasado^[97]». A pesar de que había presenciado la gravedad de la hambruna, Koestler pensó que aquello era la «herencia del pasado». El economista Ray Long consideraba el plan quinquenal como «el paso más importante de la humanidad desde el nacimiento del cristianismo^[98]». El mismo Stalin señaló que la Gran Depresión se detenía en la frontera soviética y comparaba el enorme contraste entre el «declive económico capitalista» y el «auge económico» comunista^[99].

Un joven representante de la élite del Partido escribiría posteriormente: «Nuestra actitud era de sano optimismo. Estábamos seguros de nosotros y del futuro. Creíamos que, si no estallaba una guerra que interrumpiese la reconstrucción de la industria rusa, nuestro país socialista sería capaz, en pocos

años, de dar al mundo un ejemplo de una sociedad basada en los principios de libertad e igualdad. ¿Cómo podía ser de otra forma? La vieja y capitalista Europa iba de crisis en crisis, mientras que nosotros estaríamos en condiciones de presentar muy pronto a ojos del mundo un panorama de aumento progresivo de la producción y unas masas campesinas y trabajadoras que vivían en la alegre abundancia bajo una economía planificada. Esta convicción era compartida por casi todos nosotros^[100]».

Sin duda, la principal razón detrás de aquel compromiso con la izquierda de los intelectuales fue la depresión económica en Occidente. El poeta Stephen Spender escribió: «Los años treinta fueron la década en que los jóvenes escritores se politizaron. La política de esta generación fue casi exclusivamente de izquierdas^[101]». Hasta un intelectual laborista moderado como G. D. H. Cole se interesó por los planes quinquenales soviéticos y abogó por la incorporación a su partido de los principios de la planificación económica. Incluso en Estados Unidos, donde no existía una tradición política de izquierdas, una parte considerable de los intelectuales se identificó con la izquierda e intentó dar a su obra un contenido social explícito. Publicaciones como *Partisan Review* o *New Masses* y los denominados «clubes John Reed», en homenaje al periodista radical norteamericano fundador del Partido Comunista y muerto en Rusia en 1920, realizaron una gran labor de difusión de ideas revolucionarias inspirados por los sucesos en la URSS.

Para Stalin había llegado la hora de afirmar que la URSS se estaba desarrollando con el éxito tecnológico de Occidente, al mismo tiempo que rechazaba el destructivo sistema capitalista. En marzo de 1929, una ley devolvió todo el poder a los directores de fábrica para que pudiesen castigar a los obreros sin necesidad de consultar con los sindicatos. Una serie de

medidas acabó con importantes derechos de los trabajadores: se prohibió el libre movimiento de mano de obra, se redujo la seguridad social y se suspendió el derecho de los obreros a oponerse a su traslado. En 1932, con el fin de controlar la fuerza laboral, se reintrodujeron los pasaportes internos.

Como advertencia de que Stalin no toleraría ninguna desviación o retraso en su plan de industrialización, se llevaron a cabo juicios contra «saboteadores» y «expertos burgueses», entre los que se encontraban varios trabajadores extranjeros. Los juicios servían para atemorizar a los trabajadores y a los ingenieros. En 1928, como preludeo al primer plan quinquenal, Stalin señaló que había descubierto una conspiración antisoviética entre los mineros de Shakhty, en la región del Don. El miedo a la guerra y a los colaboradores con el «enemigo» volvía a ser convenientemente atizado por el régimen. Los juicios-espectáculo de Stalin fueron muy populares porque permitían desviar la culpa de la escasez de los trabajadores hacia los administradores y el liderazgo sindical^[102].

El juicio fue cuidadosamente organizado en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos de Moscú (antiguo club de la nobleza) entre mayo y julio de 1929, ante una audiencia minuciosamente seleccionada por la policía y con la asistencia de corresponsales extranjeros. Los acusados eran un grupo de cincuenta y tres ingenieros —incluidos tres ciudadanos alemanes— que habían trabajado en el distrito carbonífero de Shakhty en el norte del Cáucaso y en la zona del bajo Don en Ucrania. La mayoría eran representantes de la antigua *intelligentsia* técnica. Fueron acusados de participar en una conspiración extranjera para destruir la industria minera soviética a través de acciones como provocar incendios, importar material extranjero innecesario, violar la legislación del trabajo e intentar empeorar el nivel de vida de los

trabajadores. Se les acusó de actuar bajo instrucciones de la inteligencia polaca, alemana y francesa, así como de los antiguos dueños de las minas que vivían en el extranjero. En el juicio contra ellos se señaló que no se toleraría la posición de los «expertos burgueses».

Cuando todo estuvo preparado, se montó una puesta en escena digna del mejor teatro soviético. Los defensores, los jueces, el fiscal Nikolai Krylenko y sus asistentes, los estenógrafos y los policías con las bayonetas caladas estaban situados en un elevado estrado iluminado artificialmente que se mostraba a los espectadores como un escenario. El juicio fue presidido por Vyshinsky, para quien era una oportunidad única de lucirse ante Stalin. Al final, once de los acusados fueron condenados a muerte. Muchos otros recibieron penas de prisión y unos pocos, incluidos los alemanes (cuya presencia era necesaria para demostrar las conexiones internacionales del caso), fueron absueltos. La técnica para conseguir confesiones era todavía imperfecta. Uno de los acusados intentó echarse atrás en su declaración afirmando: «No sé muy bien lo que firmé». Otro, que en un primer momento había negado las acusaciones en su contra, anunció posteriormente en el juicio que había firmado una confesión. Su mujer gritaba desesperada desde el público: «¡Kolya, querido, no mientas! ¡Tú sabes que eres inocente!»^[103]. Los mineros de la región del bajo Don se mostraron convencidos de la existencia de la conspiración, por lo que desplegaron pancartas que decían: «¡Larga vida al GPU!»^[104].

En el llamado «Juicio Industrial» de 1930 se juzgó a un supuesto «Partido Industrial», de cuya existencia no había ninguna prueba; sin embargo, según la acusación, había sido constituido hacia finales de la década de 1920 por miembros de la *intelligentsia* técnica como el profesor Leonid Ramzin, director del Instituto Termal de Moscú, y supuestamente

contaba con veintidós mil miembros, la mayor parte de ellos ingenieros. En teoría, aunque originalmente se concibió para sabotear la industria soviética, había evolucionado en una organización política clandestina cuyo objetivo era abonar el terreno para un golpe de Estado a través del sabotaje económico apoyado por Francia y Gran Bretaña. Medio millón de personas pasaban por delante del lugar donde se celebraba el juicio con pancartas en las que se leía «Matad a los saboteadores» mientras gritaban «Muerte, muerte, muerte», algo que se escuchaba perfectamente en la sala^[105]. Como el caso Shakhty, el del «Partido Industrial» le fue muy provechoso políticamente a Stalin, ya que ayudó a crear un ambiente de terror en el cual la *intelligentsia* técnica pasó a ser más receptiva a las presiones del trabajo hercúleo que Stalin les exigía y se pudo también situar a gente más afín a Stalin en órganos económicos. Además, sirvió para fabricar una lucha conspiratoria mortal sobre la idea de un cerco capitalista que no era, en palabras de Stalin, un hecho «geográfico», subrayando la amenaza de guerra, y que sirvió como catalizador para la gigantesca campaña de movilización de millones de personas que habrían de sacrificarse por el trabajo y la construcción del poder estatal.

En el juicio se buscó cualquier excusa para encontrar saboteadores. Un antiguo jefe de la industria maderera ucraniana confesó (seguramente bajo los efectos de la tortura) haber talado pocos árboles con el fin de reservarlos para sus antiguos dueños. Había sido sentenciado a diez años de prisión, pero se le liberó un año después de haberse iniciado la condena, y se le restituyó en un alto cargo. Cuando fue nuevamente arrestado, se le exigió que confesara haber talado demasiados árboles para arruinar los bosques. Otro ingeniero forestal tuvo que confesar que había talado los bosques para realizar caminos que debían servir al avance de los tanques

alemanes o polacos^[106].

En el juicio de Bujarin, Sharangovich confesó: «En 1932 tomamos medidas para expandir la plaga entre los cerdos». Y posteriormente, hablando de los caballos, afirmó: «En 1936 causamos muchos casos de anemia». También confesó que una gran cantidad de fábricas y plantas industriales habían sido saboteadas por instrucciones suyas^[107]. Los juicios contra «saboteadores» iban acompañados de arrestos de expertos técnicos. Fueron estimulados por la declaración de Stalin en la que señalaba que habían salido a la superficie actividades saboteadoras en «todas las ramas de nuestra industria^[108]». Un corresponsal clandestino del periódico menchevique berlinés *Socialist Herald* informó en abril de 1931 de que siete mil de los treinta y cinco mil ingenieros del país estaban bajo arresto. La GPU estableció «oficinas técnicas» para los ingenieros arrestados, inicialmente en Moscú y Járkov, y más tarde en otras ciudades. Solzhenitsyn describiría posteriormente uno de esos institutos-prisión en su novela *El primer círculo*.

Stalin afirmó: «Ningún saboteador sabotea todo el tiempo si no quiere que le encuentren rápidamente. Por el contrario, el verdadero saboteador mostrará, de vez en cuando, un gran éxito en su trabajo, pues es la única forma que tiene de continuar en su trabajo, de ganarse la confianza y de seguir su actividad de sabotaje^[109]». Para las autoridades soviéticas el sabotaje era permanente en la ciencia forestal, en la minería, en la tecnología de alta tensión, en la microbiología e incluso en la piscicultura, cuyos representantes habían afirmado que el plan quinquenal para los peces era irrealizable debido a las leyes naturales de la reproducción. Después de la Segunda Guerra Mundial, el 22 de agosto de 1946 Stalin se mostró furioso al escuchar las previsiones meteorológicas, y se enfadó mucho al descubrir que estaban equivocadas. Ordenó que se investigara a todos los hombres del tiempo y se comprobara si existía

algún «sabotaje» en el Departamento de Meteorología.

Los directores de las nuevas empresas se enfrentaban a retos sobrehumanos. Lyknachev, de la empresa de automóviles Stalin, de Moscú, intentó dirigir a veinticinco mil hombres en medio de falta de materiales y de casos de grave negligencia. En las fábricas Gorki, una empresa aún mayor acabó con la salud de su director, Diakanov, incluso antes de su arresto. El jefe de la industria automovilística Dybets y su asistente fueron arrestados en 1938. Ese mismo año, en la metalurgia de Sverdlovsk el viejo bolchevique Semion Magrilov se suicidó, dejando tras de sí una carta en la que atacaba la política del terror: todos aquellos sospechosos de haber leído la carta fueron arrestados y desaparecieron para siempre. Hacia principios de 1940 esa fábrica contaba con dos ingenieros y treinta y un técnicos con la debida preparación y doscientos setenta sin ninguna experiencia. En la ciudad de Magnitogorsk había ocho ingenieros y dieciséis técnicos con diplomas y trescientos cuarenta y seis sin ninguna titulación. Cientos de miles de ingenieros sin diplomas ni preparación tomaron las riendas del trabajo ingenieril y técnico con resultados desastrosos.

Los juicios contra los expertos permitían a Stalin poner el énfasis en la cantidad más que en la calidad. Era lo que la historiadora Sheila Fitzpatrick ha denominado la «gigantomanía», la obsesión por lo enorme, el deseo del volumen por encima de cualquier otra consideración. En realidad, se trataba de una maniobra astuta de Stalin, pues sabía que los campesinos no se convertirían de la noche a la mañana en trabajadores especializados, por lo que era mejor exigir cantidad antes que calidad. Como consecuencia, la producción en muchas industrias se vino abajo por falta de trabajadores especializados. Se trataba de crear *praktiki*, trabajadores con experiencia aunque sin diplomas, cuyas

credenciales proletarias fueran inmaculadas.

Stalin consideró que se trataba de actos de sabotaje y utilizó a agentes de la OGPU para aterrorizar a los trabajadores y «desenmascarar» a los «saboteadores». El «saboteador» servía para describir a cualquiera que no estuviese dando lo máximo de sí mismo. Cualquier error, por nimio que fuera, como llegar tarde al trabajo o desordenar las herramientas, podía resultar en esa acusación. En noviembre de 1932 se decretó que un solo día de ausencia en el trabajo se castigaría con el despido inmediato. Los retrasos de más de veinte minutos en la hora de llegada eran denunciados a la fiscalía local. El castigo por tales retrasos podía llegar hasta seis meses en un campo de trabajo. La incompetencia técnica (campesinos que no sabían utilizar bien sus nuevos tractores, capataces que no podían leer las instrucciones en inglés de las nuevas máquinas norteamericanas, etc.) era definida como sabotaje. La solución para la falta de monedas, que estaban siendo acaparadas por su pequeño contenido en plata, fue fusilar a «saboteadores» en el sistema bancario, «incluyendo a varios humildes cajeros^[110]».

Para controlar el comportamiento de los trabajadores se impuso un «libro laboral» donde se anotaban todos los puestos de trabajo que había ocupado un trabajador, así como sus faltas e infracciones. En todas las fábricas existía una sección formada por agentes de la policía secreta, que vigilaba estrechamente a los obreros. En cada institución soviética existía un «departamento secreto» que escrutaba la fiabilidad de los trabajadores y los secretos técnicos y en cuyas cajas fuertes tenía que ser guardada cada noche cualquier información remotamente secreta. Se destinaron guardias y vigilantes a la mayor parte de las fábricas y los centros de investigación. En parte se trataba de evitar los robos, pero el objetivo era también prevenir que se obtuviesen «secretos», muchos de los cuales no hubieran sido considerados como

tales en ninguna otra comunidad. Hacia 1939, de una fuerza laboral aproximada de setenta y ocho millones de trabajadores, 2 126 000 eran guardias y vigilantes (sin contar la milicia del NKVD). En comparación, tan solo 589 000 eran trabajadores de la minería y 939 000 del ferrocarril^[111].

Los administradores que no cumplían con sus cuotas eran también enjuiciados. Se desató por todo el país una verdadera cultura de las apariencias en la que los administradores falseaban continuamente los datos de producción. Algunos de ellos tuvieron que recurrir a apropiarse sin permiso de las materias primas destinadas a otras fábricas para poder cumplir con las exigencias. El pago de sumas de dinero se convirtió en la forma de conseguir materias primas y resultados falsificados. Para examinar las cuentas y el funcionamiento del sistema se originó una gigantesca burocracia que obligó a los administradores de las empresas a vivir en «una jungla de cuestionarios, documentos e informes septuplicados^[112]». Sin duda, la corrupción rampante por la que fue conocida posteriormente la URSS tuvo sus orígenes en la «política de resultados» de los años treinta. Dos auténticas instituciones surgieron para que siguiese funcionando el sistema: la *blat*, que consistía en utilizar la influencia personal y los sobornos para obtener un trato preferente de los funcionarios, y la *tolkach*, que consistía en un individuo dedicado a obtener por medios ilegales los recursos que precisaba una empresa. Las autoridades hicieron la vista gorda ante esos hechos.

Nikolai Kondratiev, destacado economista soviético conocido por el descubrimiento de los ciclos largos de la economía —«los ciclos de Kondratiev»—, criticó con firmeza la política económica. Sus visiones de los tiempos económicos no se adecuaban a la premura de Stalin. Kondratiev rechazaba la idea de que la economía pudiera funcionar basándose únicamente en los «deseos» de sus dirigentes. Defendía la idea

de un crecimiento prudente, basado en objetivos realistas y con una economía de mercado residual. Stalin no quiso saber nada de esos consejos; su respuesta fue una carta a Mólotov: «Kondratiev y otros sinvergüenzas deben ser fusilados^[113]». El economista fue detenido y encarcelado en 1930 acusado de ser un «profesor *kulak*». Sería ejecutado en septiembre de 1938. Hasta 1988 el *Diccionario Enciclopédico Soviético* ignoró su obra: en la entrada correspondiente a su apellido aparecía un Kondratiev innovador de la industrial textil, otro que era bailarín y un tercero que era atleta. En algunas publicaciones especializadas Kondratiev aparecía como un saboteador contrarrevolucionario que había difundido ideas raras y perjudiciales. En la biblioteca de la Academia de las Ciencias de la URSS se habían perdido misteriosamente tres de sus obras principales.

La falta de planificación adecuada llevó a cometer errores garrafales. En una planta donde se fabricaban automóviles se producían siete tipos de vehículos en una misma línea de ensamblaje, algo totalmente contrario a las ideas de Ford. Este caso resulta muy ilustrativo del caos generado por la mala planificación. Como director de una fábrica de tuberías, Viktor Kravchenko pronto se desilusionó con el régimen. Mientras los directivos tenían derecho a todo tipo de comodidades y lujos, observó que los obreros vivían en unas barracas más «propias de animales que de seres humanos». Kravchenko se convenció de que la URSS volvía a estar dividida en clases privilegiadas y desfavorecidas. En 1939, Viktor Kravchenko fue enviado a Siberia para montar una planta industrial. Cuando Kravchenko llegó a la localidad donde se iba a levantar la nueva planta, se encontró con fábricas sin completar y con escasez de petróleo y de materiales de construcción. En el lugar no había carreteras, ni ferrocarril, ni electricidad. La zona estaba tan inundada que era imposible construir una gran

fábrica. Kravchenko consiguió convencer a las autoridades, corriendo un gran riesgo personal, de abandonar el proyecto, que ya había costado una enorme suma de dinero. El proyecto tuvo que reanudarse en otra ubicación. Kravchenko acabó como administrador de una planta en Pervouralsk, en los Urales. Una vez allí, lo que encontró fue «un sombrío terreno pantanoso donde unos trescientos prisioneros, muchos de ellos mujeres, estaban trabajando. Todos los desafortunados estaban grotescamente sucios, muchos metidos hasta las rodillas en las aguas embarradas. Trabajaban en un silencio absoluto con las herramientas más primitivas y parecían absolutamente indiferentes a los extraños que estábamos allí^[114]».

El mantenimiento de las nuevas ciudades industriales costaba mucho más de lo que se había presupuestado. Un ejemplo elocuente del absurdo al que se había llegado fue el hecho de que para calentar las casas de los mineros en el Ártico se consumía una gran parte del carbón que extraían esos mismos mineros. El novelista Ehrenburg describió la desconfianza hacia las máquinas que sentían los trabajadores de las fábricas: «Cuando una palanca no funcionaba, se enfadaban y la trataban como a un caballo que se niega a seguir, estropeando a menudo la máquina^[115]». Tras visitar Rusia, David Low dibujó una tira cómica que se haría famosa en la que se veía a una lechera convertida en ingeniera, tratando de ordeñar una máquina de vapor.

La purga de administradores experimentados llevó a casos tan absurdos como el de un ingeniero que se vio al mando del Instituto Estatal de Proyectos Metalúrgicos dos días después de graduarse en la universidad. Con la profundización de la industrialización, el número de *praktiki* disminuyó en favor de trabajadores graduados en facultades técnicas y universidades, los cuales podían aportar un mayor conocimiento técnico^[116].

Los directores de las empresas vivían con el terror constante de ser detenidos por no cumplir con los objetivos. Se animaba a los obreros a denunciar a directores y supervisores. Tan solo en 1936, unos catorce mil gerentes industriales fueron detenidos acusados de ser sabotadores. En 1937, en la planta siderúrgica de Kírov, la sección local del Partido en la región industrial del Donbass pidió al director Gvajariya que diera explicaciones sobre problemas técnicos que retrasaban la producción. Fue juzgado y, tras acusarle de sabotear la fábrica para favorecer a los alemanes o a los japoneses en caso de guerra, fue fusilado. A su vez, los directores se convertían en «pequeños Stalin» que aterrorizaban a sus trabajadores. El jefe del Partido en Moscú, Lázar Kaganóvich, había afirmado amenazadoramente: «La tierra tiene que temblar cuando los directores entren en sus fábricas^[117]».

En los sistemas esclavistas de la historia, la división entre amos y esclavos estaba mejor definida: en la URSS, los que mandaban podían encontrarse de la noche a la mañana en un gulag, o ser ejecutados sin juicio previo, acusados de torpedear el proyecto socialista. Cuando el canal Volga-Moscú fue inaugurado por Stalin, el constructor realizó un discurso. Inmediatamente después fue detenido y fusilado. Otros doscientos constructores e ingenieros fueron fusilados por retrasos en la construcción del canal. John Scott, uno de los numerosos ingenieros norteamericanos que se encontraban desempleados en su país y que trabajaron en la nueva ciudad industrial de Magnitogorsk, señaló que cuando un ingeniero jefe desapareció, «el caos se apoderó de la planta»: «Un capataz llegó a trabajar por la mañana y les dijo a sus hombres: “Ahora debemos hacer esto y lo otro”. Los trabajadores le miraban con desprecio y le decían: “Sigue así. Tú también eres un sabotador. Mañana vendrán a arrestarte. Todos los técnicos y los ingenieros sois sabotadores”^[118]».

Al igual que sucedió con las purgas, el sistema económico funcionó también, en gran parte, desde abajo. El Gobierno de Stalin exigía constantemente a los trabajadores realizar mayores e incesantes esfuerzos para aumentar la producción; sin embargo, el trabajo de planificación se hacía localmente. Fueron los administradores regionales y locales los que, luchando desesperadamente por cumplir con las instrucciones que se les habían dado desde arriba, formularon los esquemas para alcanzar las altas cuotas exigidas. Este es un punto fundamental, pues permitió a Stalin y a los miembros de su Gobierno acusar a los funcionarios locales de sabotaje mientras ellos evitaban ser tildados de incompetentes. Una vez más, podemos observar que el poder de Stalin creaba el «ambiente», pero era el sistema el que operaba en los niveles medios y bajos de la sociedad para llevar a cabo sus políticas^[119].

La hasta entonces casi desconocida ciudad de Magnitogorsk creció de forma espectacular, pasando de veinticinco mil habitantes en 1929 a doscientos cincuenta mil en otoño de 1932. Su nombre provenía del mineral de magnetita de alta calidad que se encontraba en los alrededores. Situada en la frontera rica en minerales entre Asia y Europa, la localidad se convirtió en un auténtico monumento a la «gigantomanía» de Stalin. Fue un ejemplo de las sesenta ciudades que se crearon de la nada durante el plan quinquenal. Entre otros grandes proyectos para la expansión hacia el este, destacan la planta de tractores en la ciudad de Cheliábinsk, en los Urales, Novosibirsk (la «Chicago de Siberia») y el desarrollo de una industria no dependiente de la minería en Kazajistán. Las decisiones tomadas durante el primer plan quinquenal con respecto a la ubicación de los nuevos gigantes industriales rediseñaron el mapa económico de la URSS.

Otra ciudad que cambiaría por completo su fisonomía fue

Stalingrado. En doce años, la tranquila villa sobre el caudaloso río Volga se transformó en un ciudad industrial con inmensas plantas de ingeniería que fabricaban maquinaria y tractores: la factoría Octubre Rojo, la planta Barricada y la fábrica de tractores, nombres que quedarían ligados para siempre a la dura batalla que se libraría entre sus ruinas contra las fuerzas alemanas entre 1942 y 1943. Sobre la antigua Stalingrado surgió una nueva ciudad de grandes bloques de apartamentos, feos edificios burocráticos y viviendas para los trabajadores que se desperdigaban a lo largo del río Volga.

En Magnitogorsk, la acería, construida según diseños norteamericanos, tenía que convertirse en un ejemplo de «construcción socialista» y el mayor complejo industrial de acero del mundo. Se trataba también del más grande proyecto del plan quinquenal. Su propósito esencial, según el organismo encargado de construir la ciudad, era «la inculcación profunda del nuevo modo de vida socialista^[120]». La adjudicación de la construcción de la planta fue para la empresa norteamericana Arthur McKee & Co., de Cleveland, Ohio, cuyos directores descubrieron que, para su sorpresa, tenían que tener listo el plan en dos meses después de la firma del contrato. Su desilusión fue mayúscula cuando, al llegar a la zona de construcción, comprobaron que dos tercios de los trabajadores no tenían experiencia industrial previa y que un 30% eran analfabetos. A pesar de todo, el nuevo proyecto industrial fue completado en un tiempo récord e inaugurado el 1 de febrero de 1932 por un exultante Mijaíl Kalinin.

Magnitogorsk simbolizaba el éxito de la política de Stalin de ruptura con el pasado. Se trataba, ni más ni menos, de la construcción de una sola acería capaz de producir más que todo el imperio zarista antes de 1917 (en total, cinco millones de toneladas de acero y 4,5 millones de toneladas de hierro). Para construirla, se llevó a doscientos cincuenta mil

«voluntarios» a la remota «montaña magnética», que era el «corazón de hierro» del nuevo proyecto^[121]. Muchos eran campesinos ucranianos, tártaros o nómadas de Mongolia que nunca antes habían visto una maquinaria moderna o la luz eléctrica. También se «reclutó» a cincuenta mil prisioneros bajo supervisión de la OGPU, entre los que se incluían científicos, *kulaks*, criminales, prostitutas y hasta niños esclavos que habían sido atrapados en las alcantarillas de Moscú. Mal vestidos y peor alimentados, los trabajadores eran sacrificados sin piedad por su trabajo. Motivados en gran parte por el terror y, algunos, por la creencia de participar en el gran proyecto socialista, fueron víctimas de la incompetencia. Carecían por completo de las herramientas y los conocimientos para soldar metal en andamios de treinta metros de altura a temperaturas de -30 °C. Los accidentes eran muy corrientes y muchos de ellos deterioraron la planta. Scott apuntaba tres motivos para explicar la gran cantidad de accidentes: «En primer lugar, la falta de experiencia de los trabajadores y su actitud infantil hacia el peligro; en segundo lugar, la escasez de madera para construir andamiajes y escaleras apropiados, y en tercer lugar, la falta de bombillas eléctricas, que hacía que los que trabajaban en la altura y en el exterior a primera hora de la mañana o a última hora de la tarde tuvieran que hacerlo en la oscuridad^[122]».

En la ciudad existía una colonia penal separada (ITK), que pertenecía al complejo del Gulag y que albergaba a «elementos peligrosos». Un día, el ingeniero Scott se encontró con una «curiosa visión». Se trataba de cuarenta o cincuenta religiosos ortodoxos «vistiendo ropas negras, sucias y harapientas». Scott describió lo que vio: «Eran duros trabajando con los picos y las palas cavando en una pequeña colina. Un labrador de nariz chata se sentaba en un montículo cercano con un viejo rifle en su regazo y les vigilaba plácidamente. Le pregunté a uno de

ellos por qué se encontraba allí, pero ni siquiera me contestó». Scott no se inmutó cuando le dijeron que «habían sido acusados de quemar grano u otras actividades semicriminales u ofensas semipolíticas^[123]».

Los antiguos *kulaks* vivían en un asentamiento especial, que no era más que otro campo de concentración. A principios de la década de los treinta ya había entre treinta mil y cincuenta mil de esos *kulaks* tras las alambradas. Ningún niño menor de diez años sobrevivió. Los muertos eran reemplazados por nuevos prisioneros, por lo que la población del campo se mantuvo en el mismo nivel. Hacia finales de la década de los treinta, unos treinta mil seguían en el campo. «Eso era Magnitogorsk en 1933 —apuntó Scott—, un cuarto de millón de almas: comunistas, *kulaks*, extranjeros, tártaros, saboteadores condenados y una masa de campesinos rusos de ojos azules construyendo la mayor acería de Europa en medio de la desértica estepa de los Urales. El dinero se gastaba como agua, los hombres se congelaban, pasaban hambre y sufrían; sin embargo, la construcción siguió adelante con una falta de consideración hacia el individuo y un heroísmo sin parangón en la historia^[124]».

Cuando el presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, Eric Johnston, visitó la localidad en 1944, le pareció un infierno de gases asfixiantes, conductos por los que el metal fundido fluía sin protección y enormes montañas de escombros en las calzadas. La planta dirigida por Gregor Nesov, de treinta y cinco años, no tenía como fin la calidad de vida de sus empleados, sino la producción a gran escala. Todo estaba concentrado en la producción. Un experto norteamericano se mostró horrorizado cuando observó que eran los propagandistas del Partido y no los ingenieros los que determinaban la producción^[125]. Para los creyentes en la revolución socialista, Magnitogorsk simbolizaba el éxito de la

ruptura de Stalin con el pasado (*perelom*) y el gran paso adelante de la URSS. En su discurso final ante el tribunal, Bujarin comparó las enormes industrias de la URSS con «glotones monstruosos que todo lo consumen^[126]».

El norteamericano Scott relataba así su experiencia: «En Magnitogorsk me vi arrojado a una batalla. Fui reclutado en el frente del hierro y el acero. Miles de personas soportaban las condiciones más duras para construir grandes hornos y muchos ellos lo hacían de forma voluntaria, con un entusiasmo sin límites que me contagió desde el primer día. Apostaría a que la batalla rusa en la metalurgia provocó más bajas que la batalla del Marne». Durante mucho tiempo, señalaba Scott, los trabajadores no «recibían carne, ni mantequilla, y casi nada de azúcar. Tan solo pan y algo de grano^[127]». Otro norteamericano, Andrew Smith, describió así las condiciones de vida: «En la habitación había unas quinientas camas muy estrechas cubiertas de colchones de paja o de hojas secas. No había almohadas ni sábanas [...] algunos no tenían camas y dormían en el suelo o en cajas de madera. [...] No había divisiones entre las camas, por lo que no existía la privacidad. No había tampoco armarios, dado que las posesiones de cada uno se limitaban a lo que llevaban puesto^[128]».

En Magnitogorsk, inspirada en la ciudad de Pittsburgh, centro de la producción de acero en Estados Unidos, los trabajadores tendrían que vivir en enormes «superbloques» de pisos, cada uno de los cuales tenía que alojar a más de ocho mil personas. Los residentes harían juntos las tareas domésticas, de modo que las mujeres pudiesen dedicarse a trabajos productivos, en vez de a las labores domésticas, mientras sus hijos serían atendidos en las guarderías de los bloques. El primer «superbloque» fue finalizado en 1933. Sin embargo, la ciudad fue planificada de forma errónea por el arquitecto

alemán Ernst May, cuyo proyecto de «ciudad lineal» era inapropiado para las fuertes ráfagas de viento de la estepa que azotaban la ciudad sin piedad. El surrealismo de la ciudad quedó simbolizado por un grupo de palmeras tropicales artificiales construidas por los trabajadores sobre postes de telégrafo con hojas de metal^[129]. La ciudad no contaba siquiera con las condiciones sanitarias básicas para el aumento espectacular de población, agravado por el hecho de que no se había construido un sistema de alcantarillado, de modo que los residentes tenían que soportar temperaturas de hasta -40 °C para llegar a las chozas provisionales que había en las calles y que servían de cuartos de baño comunes. Con la llegada de la primavera, la ciudad tampoco era mucho más habitable. Magnitogorsk se convertía en un mar de barro y había brotes periódicos de peste bubónica.

La ciudad llegaría a contar con cincuenta escuelas, diecisiete librerías y ocho teatros, aunque ninguna iglesia; existía, sin embargo, una catedral del comunismo: la planta de acero. La acería dominaba Magnitogorsk, sobre la que flotaba permanentemente una oscura neblina. Alrededor de las casas de los obreros existían pequeños huertos donde cultivaban todo lo posible para complementar las exiguas raciones que recibían en la cantina de la fábrica. Al final, solo se pudo alojar al 15% de la población en edificios construidos con ladrillos. La mayor parte de esta vivía en miserables alojamientos de madera, construidos a poca distancia de los otros. Las condiciones de vida eran tan malas que apenas se diferenciaban de las del campo de prisioneros del NKVD que se había construido a las afueras de Magnitogorsk. Las únicas viviendas un poco decentes fueron las que se construyeron para los ingenieros norteamericanos que se habían desplazado hasta allí con el objetivo de colaborar en la instalación de una fundición de hierro^[130].

Una mañana de enero de 1933 el ingeniero Scott se sentó a desayunar con sus compañeros. La temperatura en el exterior había alcanzado unos inhumanos $-35\text{ }^{\circ}\text{C}$. Scott relató lo que oyó cuando un trabajador entró apresuradamente en el lugar:

«¡Qué frío! No creo que debamos trabajar hoy, uno de los remachadores ha muerto congelado esta noche». «¿Sí? —preguntaron los demás al unísono—, ¿y quién era?». Pero nadie supo decir quién era. Se trataba tan solo de uno de los miles de campesinos y jóvenes trabajadores que habían llegado a Magnitogorsk para obtener una cartilla de comida, o porque la vida era muy dura en los nuevos pueblos colectivizados, o entusiasmados por la construcción del socialismo^[131].

La obsesión industrializadora también alcanzó a Moscú. Se construyeron tantas industrias del automóvil, fundiciones de hierro y empresas que, hacia finales de la década de los treinta, Moscú fabricaba un 40% más que toda Rusia en 1913. Por la ciudad planeaba un omnipresente olor a humo industrial bautizado como «el aliento de Stalin».

Durante la Segunda Guerra Mundial, por órdenes de Stalin de convertir toda la URSS en un gran campo militar, se situaron bajo la ley marcial grandes sectores de la fuerza laboral: primero los trabajadores de la construcción, después los trabajadores de fábricas de munición y, en abril de 1943, los trabajadores del ferrocarril. Cuando los norteamericanos visitaron la planta de Magnitogorsk, pasaron al lado de largas columnas de trabajadores, marchando en filas de cuatro hacia sus industrias. En el frente y los flancos de las columnas observaron guardias militares con bayonetas. Los trabajadores eran cientos de mujeres caminando con improvisadas sandalias. Para estas mujeres y para millones de trabajadores soviéticos, su fábrica se había convertido en el campo de batalla.

Uno de los poemas de Vladimir Mayákovsky, «La marcha del tiempo», alentó al escritor Valentin Kataev a visitar la

nueva ciudad de los Urales. La novela resultante, *Vremya, vperyod!* (*Tiempo, ¡adelante!*), era un homenaje al plan quinquenal en un relato sobre un día en la construcción del nuevo centro industrial de los Urales. El héroe de la novela, un ingeniero bolchevique llamado Margulies, se enfrentaba a un conservador que se oponía a los «experimentos arriesgados» y a la «bárbara rapidez en el trabajo». Los trabajadores soviéticos construían con entusiasmo el nuevo complejo industrial mientras el ingeniero norteamericano tan solo pensaba en el dinero y un empresario norteamericano que visitaba el lugar gritaba «¡Babilonia!, ¡Babilonia!» ante la grandiosidad del nuevo mundo que se construía en medio de la naturaleza. Mientras tanto, los constructores del socialismo respiraban el aire puro «limpiado dos veces al día por las tormentas de dos revoluciones^[132]». Al final, la ciudad desempeñó un papel importante durante la Segunda Guerra Mundial, ya que la mitad de todos los tanques soviéticos y un tercio de todos los proyectiles fueron fabricados en ese inhóspito lugar.

El fortalecimiento del Ejército Rojo fue la consecuencia más significativa de la llamada «segunda revolución». El primer plan quinquenal dio una prioridad absoluta a la industria pesada y a la maquinaria, como había preconizado Lenin en su teoría del desarrollo industrial. A principios de 1928, el Ejército Rojo contaba tan solo con noventa y dos tanques; siete años después contaba ya con 10 180. En 1928 la Fuerza Aérea soviética contaba con 1394 aparatos, siete años más tarde ya sumaba 6672. El presupuesto de defensa pasó del 5,2% en 1913 al 19% en 1940. Hacia 1932, una cuarta parte de toda la inversión de capital en la industria pesada se situaba en las áreas relacionadas con la defensa^[133]. Sin duda, los argumentos a favor de la colectivización de la agricultura esgrimidos por el régimen señalaban que la agricultura socializada aumentaría la capacidad de controlar la producción

y la distribución de alimentos en «condiciones de guerra^[134]».

Ocho años después de la muerte de Stalin, el presidente norteamericano Eisenhower alertaba a sus compatriotas del poder del llamado «complejo industrial-militar». Su advertencia se podía haber aplicado también a la URSS: la destacada producción militar era al mismo tiempo una fortaleza y una debilidad. En su análisis sobre el auge y la caída de las grandes potencias, Paul Kennedy señalaba: «Si una gran proporción de los recursos estatales es derivada de la creación de riqueza y destinada a propósitos militares, eso llevará al debilitamiento del poder nacional a largo plazo^[135]». En el caso soviético no llevó solo al debilitamiento, sino a la caída final e irreversible del sistema.

El segundo plan quinquenal demandó una producción más realista. El problema fundamental fue la escasez de materias primas, que ocasionó una feroz competencia entre regiones y sectores de la industria que intentaban evitar ser declarados culpables de no conseguir los objetivos establecidos. El segundo y el tercer plan se lanzaron en un momento en el que el terror estalinista había alcanzado su paroxismo, por lo que afectó también a la industrialización. Había rumores sobre la existencia de espías y de saboteadores por todas partes. Daba igual si las víctimas eran inocentes, en todo caso servirían siempre para dar ejemplo a los demás. El envío de miles de ingenieros a los campos de Siberia fue una pérdida irre recuperable para las industrias. Como casi todo el mundo había sido testigo de fallos en la maquinaria, en el transporte o en el suministro de alimentos, para el pueblo resultaba muy satisfactorio que se estuviese deteniendo a los «saboteadores» que tanto daño les estaban causando.

Aunque las condiciones de vida se deterioraban y no existían incentivos para continuar con el arduo trabajo, el férreo control estatal de los medios hacía que estos se

enfocaran en los aspectos más positivos de la industrialización. El régimen recibió el apoyo del movimiento estajanovista, que fue utilizado como ejemplo para el resto. Según fuentes oficiales, en agosto de 1935 Alexei Grigórievich Stajánov, minero de la región del Don, había producido en cinco horas catorce veces la cantidad requerida de carbón. Cuando la noticia llegó a Moscú, Stalin se dio cuenta de que si realizaba un llamamiento a todos los obreros industriales para que emularan a Stajánov, conseguiría quebrar la resistencia de los gerentes y los técnicos a las nuevas políticas. El 7 de septiembre, un minero de la mina «Karl Marx» excavó ciento veinticinco toneladas. Un día después, el diario *Pravda* informaba de que un soldado del Ejército Rojo que se encontraba de permiso había excavado doscientas cuarenta toneladas en seis horas. Los «héroes» habían recibido, por supuesto, la ayuda de otros trabajadores, pero los nuevos soldados del frente del trabajo consiguieron el reconocimiento inmediato. A los «trabajadores de choque» como eran denominados, se les recompensaba con raciones extra y con mejores viviendas.

En septiembre de 1935 el diario *Pravda* anunció el nacimiento del «movimiento estajanovista» para aquellos que consiguiesen logros espectaculares en el trabajo. Cuando Stajánov falleció en 1977, su ciudad natal fue rebautizada con su nombre y fue la única localidad de la URSS que llevaría el nombre de un humilde trabajador. Entre sus compañeros de trabajo, no obstante, los estajanovistas eran mucho menos populares y se convirtieron en el blanco de la ira de estos, ya que elevaban sin cesar las cuotas de producción. Hacia 1939 ya había tres millones de esos trabajadores excepcionales que podían presumir de sus medallas al heroísmo industrial.

Mientras el terror se adueñaba del país, los resentimientos y las exigencias de los inicios del estajanovismo aumentaron las

tensiones en la industria. Muchos dudaban de que Stajánov hubiese existido en algún momento e incluso afirmaron que era una invención de la propaganda creada para asumir el papel ejemplarizante del trabajador modelo. Durante los años ochenta se supo que los logros de Stajánov habían sido un fraude, pues le había apoyado un equipo de trabajadores. En cualquier caso, el movimiento estajanovista se expandió por todos los sectores de la sociedad, incluso entre los campesinos y los trabajadores del ferrocarril^[136].

El pueblo soviético celebraba cada nuevo avance industrial como un triunfo personal. La observación de las estadísticas ascendentes y el cumplimiento de las cuotas llegaron a convertirse en un verdadero pasatiempo nacional. Los lectores de los periódicos estudiaban ávidamente las informaciones acerca de los últimos logros (o fracasos, aunque estos aparecían de forma muy esporádica) en el frente económico. Nunca se había disfrutado tanto del progreso material y mecánico, ni siquiera en los Estados Unidos durante la fiebre del oro. Alexander Barmin afirmaría en 1936 lo siguiente: «La lealtad a Stalin se basaba principalmente en la convicción de que no existía nadie que pudiese reemplazarle; detenerse ahora o intentar una retirada significaría la pérdida de todo^[137]».

Los sindicatos desaparecieron, pues se consideraba que ya no existía ninguna diferencia entre los intereses de los trabajadores y los del Estado. Las huelgas fueron prohibidas y las demandas de mejoras salariales se consideraban «egoístas». La falta de esfuerzo era castigada con la pérdida de salario o el envío a los terribles campos del Gulag. Los trabajadores vivían en apartamentos atestados de gente. Era normal que cuatro o cinco familias compartiesen un único baño y una cocina. Las colas para su utilización eran comunes en la dura vida de los trabajadores soviéticos. Un obrero escribió, arriesgándose a ser detenido e incluso ejecutado: «¿Qué se puede decir del poder

soviético? Son mentiras... Soy un obrero, llevo ropa rasgada, mis cuatros hijos van a la escuela medio muertos de hambre, vestidos con harapos^[138]».

BALANCE

El punto central del debate es si las políticas económicas de Stalin beneficiaron al pueblo soviético o si tan solo fueron introducidas para aumentar el poder de Stalin. Para Elizabeth Mauchline Roberts, «Stalin ha sido a menudo comparado con Hitler y, de hecho, ambos fueron responsables de millones de víctimas. Pero por monstruosos que fueran los crímenes de Stalin, la comparación no es justa con él. Hitler no dejó en Alemania más que devastación, tumbas y degradación. Por el contrario, Stalin encontró a la URSS como un país hambriento, un páramo, y construyó un poderoso estado industrial^[139]».

El historiador Alec Nove considera que tanto la colectivización como la industrialización fueron políticas económicas nefastas que causaron enormes trastornos y llevaron a los campesinos a la miseria más absoluta sin producir el crecimiento económico que precisaba la URSS. La situación de los trabajadores industriales se deterioró, ya que su nivel de vida en 1953 era solo un poco superior al de 1928, mientras que el de los campesinos era inferior al de 1913. A pesar de todo, considera que, aunque las afirmaciones referidas al conjunto de la operación son dudosas, no cabe duda de que nació una poderosa industria de ingeniería y que la producción de máquinas y herramientas, turbinas, tractores, equipos metalúrgicos, etc., ascendió en porcentajes realmente impresionantes^[140].

Para Robert Conquest el estalinismo «era una forma de lograr la industrialización como el canibalismo lo es de obtener

una dieta rica en proteínas». Por su parte, Leonard Shapiro considera que el crecimiento industrial bajo los zares continuó de forma ininterrumpida y que hubiese alcanzado un nivel de expansión parecido al que se obtuvo con el terror de Stalin^[141]. Norman Stone ha apoyado esa tesis, señalando que sin la experiencia y la estructura industrial que existía antes de 1917, los planes quinquenales no hubiesen obtenido ningún éxito^[142]. Dmitri Volkogonov afirma que las políticas de Stalin eran tan solo accidentalmente económicas: se trataba de consolidar su poder haciendo de ellas una prueba a su lealtad. Cuestionar sus planes era cuestionar su autoridad^[143]. Peter Gatrell considera que, a pesar de su dureza, las políticas de Stalin convirtieron a la URSS en un estado capaz de soportar una de las guerras más devastadoras de la historia y que Rusia no hubiese podido modernizarse de no ser por los brutales métodos de Stalin^[144].

Por otra parte, aunque el lanzamiento del plan quinquenal ha sido tradicionalmente considerado como una «revolución desde arriba», podemos afirmar que se trató también, en gran parte, de una revolución «desde abajo». La actitud de los comunistas de base era la de presionar a Stalin para una industrialización a gran escala. A mediados de los años veinte, muchos comunistas de base estaban ya desilusionados con la Revolución. Los objetivos de esa frustración eran los llamados «enemigos de clase» que habían sobrevivido a la Revolución y cuya posición estaba fortalecida por los compromisos con la NEP. Los *nepmani*, *kulaks* y «especialistas burgueses» eran considerados como los remanentes del mundo antiguo, que no había sido erradicado.

Muchos miembros de base del Partido añoraban los días de la Revolución, cuando había algo valioso por lo que luchar. Esta insatisfacción aumentaba en el Partido y Stalin vio en ella la ocasión de alinearse con ese punto de vista para fortalecer su

propia posición. La rápida industrialización proporcionaría la oportunidad de barrer los vestigios del antiguo sistema, acercarse a un marco más socialista y aplacar así a los miembros de base del Partido. La política que desarrolló Stalin estaba camuflada en la terminología bélica para hacerla más atractiva a aquellos que habían luchado en la Guerra Civil. La fuerza de esas actitudes se hizo más visible cuando se puso en marcha el plan quinquenal. A menudo eran los funcionarios locales los que aplicaban las políticas con más fuerza que la prevista por el Gobierno central. De esa forma, la iniciativa de Stalin para una rápida industrialización y colectivización fue muy popular entre los miembros del Partido, asegurando el apoyo para Stalin como líder supremo de la URSS.

En suma, el coste humano de la industrialización no fue proporcional a la ganancia en eficiencia económica. Por cada diecinueve toneladas extra de acero producidas durante el período estalinista, era asesinado un ciudadano soviético. Asimismo, es preciso destacar que la industrialización en la época de Stalin no se debió únicamente al sistema, ya que gran parte de la producción y el crecimiento se produjeron porque Rusia era un país enorme con gran riqueza de materias primas. Stalin tampoco partió de cero. El nuevo régimen heredó una base de la Rusia zarista como plantas industriales, un sistema ferroviario y técnicos preparados. El despegue inicial se debió también a la tecnología extranjera. La famosa presa del río Dniéper se construyó con asesoramiento norteamericano. Las grandes factorías de Stalingrado fueron construidas sobre planos británicos y norteamericanos y su instalación fue supervisada por ingenieros occidentales.

Grandes compañías norteamericanas como la Austin, que acababa de finalizar una enorme planta para la General Motors, firmaron contratos para construir enormes factorías en la URSS. En agosto de 1929 la empresa firmó un contrato

para construir un gigantesco complejo industrial en la nueva ciudad de Nizhni Nóvgorod, en el río Volga. El proyecto estaba pensado para que se pudiesen fabricar cien mil vehículos al año. Se creó una nueva ciudad para poder acoger a los sesenta mil trabajadores. El *New York Times* le dedicó un número especial titulado: «El comunismo construye su ciudad de la utopía^[145]». La compañía norteamericana Ford firmó un contrato en 1929 para fabricar treinta mil turismos y setenta mil camiones al año. Inicialmente los trabajadores soviéticos tendrían que montar las partes realizadas en Estados Unidos hasta que adquiriesen los conocimientos técnicos suficientes para fabricarlas ellos mismos^[146]. Ford fue criticado en Estados Unidos por ayudar a los comunistas; él se defendió alegando que lo importante era que la gente trabajara: «La adopción de salarios altos, precios bajos y producción en masa en todos los países es una cuestión de tiempo^[147]».

En noviembre de 1929, Stalin hizo una valoración del plan quinquenal en el diario *Pravda*:

Estamos avanzando rápidamente en el camino de la industrialización al socialismo, dejando atrás el antiguo atraso “ruso”. Nos estamos convirtiendo en un país de metal, de automóviles y de tractores. Y cuando hayamos puesto a la URSS en un automóvil y al campesino en un tractor, ¡dejen a los capitalistas que tanto presumen de su “civilización” que intenten superarnos! Veremos entonces qué países pueden ser llamados atrasados y cuáles avanzados^[148].

A partir de 1945, la recuperación económica se aceleró por el desmantelamiento de plantas en Alemania y por el acceso a la tecnología germana y a materias primas provenientes de los estados derrotados en la guerra. Incluso el desarrollo militar inicial debió mucho a la investigación extranjera, como por ejemplo el célebre tanque T-34, que era una copia mejorada de un diseño occidental. Tras la guerra, los motores Rolls-Royce fueron incorporados a la primera generación de aviones a

reacción soviéticos. En parte gracias al espionaje, los soviéticos fueron capaces de construir en 1949 una bomba atómica, copia de la norteamericana de plutonio arrojada sobre Nagasaki.

La esencia de la economía bajo el estalinismo fue un sistema que funcionaba bajo principios directivos más que por las fuerzas del mercado. Era, en ese sentido, un instrumento útil para conseguir objetivos políticos. Esto quedó de manifiesto en la prioridad consistente que se otorgó al desarrollo de la industria pesada y en la relativa facilidad con la que consiguió la adaptación a una economía de guerra. El énfasis puesto en la industria pesada se tradujo en una economía que no prestaba apenas atención a las necesidades de los consumidores. De esa forma, no existieron incentivos materiales para estimular a los trabajadores; de hecho, los premios simbólicos eran mucho más importantes en una economía con un déficit claro de bienes de consumo: la movilización de las masas era un punto clave de ese tipo de estructura económica.

En lo esencial, la estructura de la economía estalinista permaneció intacta durante todo el período. Su naturaleza altamente centralizada y dirigida y su dependencia de la movilización de masas caracterizaron la economía soviética de todo el período. Así, existieron pocos cambios estructurales entre los primeros años de la década de los treinta y 1953. Los niveles de crecimiento fueron altos, aunque se exageraron públicamente y variaron más de lo que se quiso aceptar entonces, además de que existieron unos desequilibrios notables entre los diversos sectores de la economía. Los niveles de crecimiento eran mucho más elevados en la esfera industrial que en la agrícola, que mantuvo siempre un retraso significativo.

Las reformas económicas de Stalin tuvieron éxito en las áreas tradicionales de la industria pesada. En esos sectores,

donde se podía hacer uso de un gran número de trabajadores forzados y sin gran preparación, como la construcción de factorías, puentes, canales y presas, los resultados fueron espectaculares. Sin embargo, la economía soviética siguió siendo desequilibrada, ya que Stalin nunca dedicó mucho tiempo a desarrollar una estrategia económica global y tampoco se adoptaron métodos industriales modernos, sino que se utilizaron técnicas anticuadas, como la utilización de gran cantidad de trabajadores en lugar de máquinas eficientes. El interés de Stalin por lo que él llamó «los Grandes Proyectos del Comunismo» tuvo como consecuencia que se prestara poca atención a facturar productos de calidad que podían haber sido vendidos en el extranjero para aumentar las divisas que la URSS necesitaba. Las políticas de Stalin privaron a la URSS de la oportunidad de competir con las modernas economías europeas y, muy especialmente, con la pujante economía norteamericana.

Otra gran deficiencia fue la incapacidad de aumentar la productividad agrícola o elevar el nivel de vida de los trabajadores soviéticos. El abandono de la agricultura, al negársele los fondos necesarios debido a que era considerada secundaria en relación con la industria, desembocó en un déficit constante de alimentos que solo pudo ser superado por la compra masiva en el exterior. Esto provocó un drenaje constante de los limitados recursos financieros de los que disponía la URSS. La economía estalinista ha sido descrita acertadamente como «el socialismo disfuncional^[149]». Dejando a un lado las consideraciones morales, las barbaridades cometidas por el régimen y el sufrimiento humano de la década de los treinta no pueden justificarse. La campaña ideológica de colectivización forzosa, por ejemplo, no contribuyó a la estabilidad económica ni a la productividad. La agricultura socializada siguió siendo el eslabón más débil de la

economía soviética durante la década de los ochenta y principios de los noventa.

En definitiva, no existían soluciones fáciles para el atraso histórico ruso y es muy posible que algún tipo de coacción estatal fuera inevitable si se deseaba alcanzar la utopía comunista. Después de todo, Lenin y otros líderes soviéticos no dudaron nunca en utilizar la violencia y el terror en el período de 1918 a 1920. Resulta aventurado, pues, sugerir que un Trotski o un Bujarin hubiesen podido encontrar una vía más humana y de consenso hacia el comunismo y hacia la industrialización acelerada.

Capítulo 7.

«¿Han perdido la cabeza?». La política exterior

Conozco bien cuánto quiere el pueblo alemán a su Führer, por lo que brindo por su salud.

Stalin, agosto de 1939

LOS ESFUERZOS HACIA LA SEGURIDAD COLECTIVA

Tras la Revolución rusa, Lenin afirmó: «Debemos recordar que estamos siempre a un paso de alguna forma de invasión^[1]». En este sentido, la política exterior de Stalin se basaba en tres premisas fundamentales. En primer lugar, consideraba que todos los estados capitalistas eran enemigos reales o potenciales de la URSS. En segundo lugar, se encontraba en la necesidad de preservar la seguridad de la URSS con una política de división de las grandes potencias. Y, por último, la «guerra inevitable» tenía que ser evitada el mayor tiempo posible para poder modernizar adecuadamente las Fuerzas Armadas soviéticas. Stalin mostraba un gran interés en recuperar las «tierras perdidas» en la periferia (las repúblicas bálticas, Besarabia y zonas de Finlandia) y no era contrario a realizar operaciones diplomáticas oportunistas para obtener esos fines. La cuestión central era cómo obtener esos objetivos en el turbulento y cambiante mundo de las relaciones internacionales.

Una de las principales características de la política exterior rusa era el miedo al aislamiento por parte de las potencias

occidentales. Las intervenciones extranjeras durante la Guerra Civil no hicieron sino incrementar esos temores y mostraron lo aislada que se encontraba la URSS^[2]. Todos los líderes soviéticos, en especial Stalin, se encontraban obsesionados con «la guerra inevitable». La victoria bolchevique había sido un desafío simbólico al antiguo orden liberal mundial como la Revolución francesa lo había sido para el *Ancien Régime*. «La contención del bolchevismo —señaló Thorstein Veblen— fue el pergamino en el que se escribió el Tratado de Versalles^[3]».

La causa anticomunista durante la Guerra Civil había sido apoyada por el dinero y el material occidental y, finalmente, por la intervención directa de todos aquellos estados que temían las implicaciones para su propia seguridad de la victoria comunista en Rusia. La intervención extranjera se plasmó en lo que Churchill denominaría la «campana de los catorce estados». Rusia fue atacada por el norte, el sur y el este por una combinación de fuerzas de Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, Japón, Canadá y otros estados menos poderosos. La intervención armada finalizó en 1920 con el comunismo todavía intacto. Los estados que habían participado se enfrentaban a demasiadas dificultades internas relacionadas con el impacto de la Primera Guerra Mundial y la desmovilización como para montar una ofensiva contra el Ejército Rojo. Sin embargo, la derrota del mismo a las puertas de Varsovia había demostrado a los líderes comunistas lo cerca que estuvieron de ser definitivamente derrotados. De ser el epicentro de la revolución mundial, la URSS se había convertido en un estado aislado.

Para las grandes potencias no era tanto el miedo al poder de Rusia (que se encontraba disminuido por años de Guerra Civil y desórdenes internos), como el temor a lo que consideraban era un intento permanente de subversión interna, dirigido por una quinta columna leal a Moscú y

ejecutada por las tropas de choque de los partidos comunistas que surgían en cada estado fuera de la URSS. Estos partidos se encontraban unidos por el Komintern. A pesar de las protestas soviéticas de que se trataba de una organización privada e independiente, nadie se engañaba sobre los vínculos entre la URSS y el Komintern. En la era del «socialismo en un solo país» los líderes soviéticos veían en el Komintern la forma de propagar no solo la revolución, sino de reforzar la URSS. Con Stalin, el Komintern pasó de defender la idea de Trotski de la «revolución permanente» a una posición donde defendía los intereses y acataba las órdenes que provenían de Moscú. Los partidos comunistas defendían ahora los intereses de la URSS y se convirtieron, en palabras de León Blum, en «partidos nacionalistas rusos».

En realidad, el Komintern tuvo efectos inesperados para la URSS: la existencia de un comunismo exterior tan estrechamente vinculado a Moscú alimentó la hostilidad del mundo capitalista. Esos vínculos con Moscú también hicieron que los partidos comunistas extranjeros fuesen más reticentes a la hora de colaborar con otros partidos socialistas, debilitando permanentemente el movimiento sindical y alejando a muchos trabajadores del comunismo. En claro contraste con lo que sucedía en 1917, hacia 1920 la URSS se encontraba a la defensiva. La realidad ya no era la revolución mundial, sino el aislamiento. En esas circunstancias era muy difícil saber cómo podría sobrevivir la Revolución. «Entre nuestro estado proletario y lo que queda de mundo burgués — escribió el general Mijaíl Frunze— solo puede existir una situación permanente de guerra a muerte^[4]».

Durante el período de entreguerras, la política exterior soviética estuvo dominada por el deseo de mantenerse alejada de los conflictos del mundo capitalista para convertirse, según la célebre frase de Lenin, en «un oasis de poder soviético en

medio del embravecido mar imperialista^[5]». Lenin defendía una forma extrema de pragmatismo revolucionario. Esa flexibilidad hizo posible incluso que se nombrara comisario de Asuntos Exteriores a George Chicherin, antiguo funcionario zarista de origen aristócrata que había militado en el sector menchevique. Fue nombrado para el puesto por el respeto que sentía Lenin hacia su capacidad y por su dominio de los idiomas. Se trataba de un representante de la generación de «burgueses» conversos reclutados para la causa y fue un firme partidario de la política pragmática. Su supervivencia en el puesto se debió, en gran parte, a que las políticas que propugnaba (al menos las que expresaba abiertamente) coincidían con las de los principales líderes bolcheviques. Era un revisionista convencido, hostil al Tratado de Versalles y a la Sociedad de Naciones, que Lenin denominaba la «liga de los ladrones^[6]». Chicherin consideraba que no era más que un foro para las ambiciones de los estados capitalistas, orquestado por el más reaccionario de los estados: Gran Bretaña. En ese sentido, se hacía eco del sentimiento generalizado en los círculos políticos soviéticos de que Gran Bretaña había sido el principal paladín de la intervención en Rusia en 1919 y 1920 y de que el imperialismo británico era el enemigo más duro del socialismo.

Fue el temor a Gran Bretaña lo que obligó a Chicherin a buscar aliados internacionales. En la década de los veinte esa situación llevó al Gobierno soviético a realizar un acercamiento a Alemania, el otro paria de la escena internacional. Alemania y la URSS superaron su tradicional hostilidad ideológica y aunaron fuerzas para socavar el Tratado de Versalles, que tanto detestaban. Cada uno de los dos estados tenía algo que el otro deseaba: la URSS precisaba equipamiento industrial y ayuda técnica, mientras que los alemanes necesitaban mercados y un lugar donde rearmarse y realizar

maniobras militares. En 1922, en la localidad de Rapallo, las dos naciones firmaron un acuerdo para profundizar en las relaciones económicas, renunciar a las reparaciones de la Primera Guerra Mundial y concederse la condición de nación más favorecida. Como resultado de los acuerdos, se produjo una sorprendente colaboración del Ejército Rojo con el Ejército alemán (Reichswehr). El Estado soviético se encontraría a partir de ese momento colaborando al mismo tiempo con los poderosos sindicatos alemanes de izquierda y con las fuerzas más reaccionarias del Ejército alemán y los grandes empresarios.

En 1922 se firmó un acuerdo de cooperación militar. Los acuerdos económicos fueron muy importantes para la industria soviética; sin embargo, la importancia real del acuerdo con Alemania era el hecho de ser reconocida oficialmente por una potencia. El acuerdo sentó las bases de una tendencia de la diplomacia soviética de dividir a los enemigos por medio de acuerdos bilaterales realizados con al menos uno de ellos. El otro beneficiario fue el Ejército alemán. La colaboración con los soviéticos se mantuvo en secreto; los oficiales que viajaban para realizar cursos en la URSS lo hacían con pasaportes falsos, vestidos de civil. Aquellos que fallecían como consecuencia de accidentes eran devueltos en cajas como «piezas aeronáuticas^[7]». Hacia 1928, ochocientos oficiales de las Fuerzas Armadas alemanas estaban trabajando con el Ejército Rojo, discutiendo tácticas, técnicas de entrenamiento y tecnología. En el río Kama se estableció una unidad especial de tanques donde las empresas alemanas podían probar sin restricciones sus nuevos modelos; en Saratov se montó una escuela para estudiar los efectos del gas venenoso; en Lipetsk se construyó un aeropuerto donde probar la nueva generación de aviones alemanes. Los oficiales alemanes que visitaron entonces la URSS se convertirían en

famosos generales durante la Segunda Guerra Mundial. Casi todos sus homólogos en el Ejército Rojo serían fusilados una década después.

En 1933, cuando se cerraron las bases militares donde se habían producido los contactos entre el Ejército alemán y el soviético, el jefe de Estado Mayor soviético, Tujachevski, declaró: «El Reichswehr ha sido el maestro del Ejército Rojo y eso nunca lo olvidaremos^[8]». Incluso en 1934, Mólotov aseguró que la URSS no tenía otro objetivo que el de seguir adelante en sus buenas relaciones con Alemania, «una de las grandes naciones de la era moderna^[9]». Tan solo el Pacto Germano-Polaco de no agresión de 1934 puso fin a la estrecha colaboración: el Gobierno de la URSS no podía aceptar las concesiones alemanas al estado que más odiaba.

La permanencia de Chicherin a la cabeza de la política exterior soviética estuvo marcada por una serie de temores de guerra: en 1923 desencadenados por una visita del mariscal francés Foch a Polonia y en 1925 causados por el Tratado de Locarno descrito por el diario *Pravda* como otro paso mas «en la preparación de las potencias occidentales de la guerra contra la URSS^[10]». Hacia finales de la década de los veinte se consideraba que los principales enemigos de la URSS eran Gran Bretaña, que había roto relaciones diplomáticas en mayo de 1927; Francia, que seguía exigiendo a Rusia el pago de los antiguos créditos del Estado ruso, y Japón, que codiciaba las posesiones soviéticas de Extremo Oriente.

Una vez asegurado el poder en la URSS, el principal objetivo de la política exterior de Stalin fue proporcionar estabilidad externa para la construcción interna del comunismo. Stalin afirmó: «Nuestra política exterior está clara. Se trata de una política de mantenimiento de la paz^[11]». Si tenía éxito, esto le permitiría proyectar hacia el exterior su poder. Stalin «asumió la hostilidad de todos los estados imperialistas

y, por ello, necesitaba mantenerlos divididos^[12]». En una conversación con Heinz Neumann (miembro del Partido Comunista Alemán) a finales de 1931, Stalin le dijo: «¿No cree usted, Neumann, que si los nacionalsocialistas toman el poder en Alemania estarán tan preocupados con el oeste que podremos construir el socialismo en paz?». Para el diplomático norteamericano George F. Kennan la política de Stalin «consistía en un esfuerzo instintivo, el mismo al que era tan adicto en su vida privada, de dividir a sus oponentes y de provocar la hostilidad entre ellos^[13]».

Tradicionalmente se ha considerado que existía una contradicción en la política exterior soviética durante la era de Stalin: un compromiso con la *realpolitik* y el equilibrio de poder y una política ideológica destinada a expandir las fronteras del comunismo. En realidad, ambas políticas coexistieron. De hecho, existía una interacción entre doctrina y pensamiento geopolítico, que no eran necesariamente incompatibles. El pragmatismo sin principios de Stalin no estaba desligado de su visión ideológica, pues se encontraba en la base misma del pensamiento estratégico de la doctrina bolchevique de que la guerra era inevitable.

Durante la Guerra Civil rusa los bolcheviques vivían esperando la revolución internacional. Sin embargo, la victoria aliada en el frente occidental, el dominio anglo-británico del sistema de alianza continental y la fundación de la Sociedad de Naciones forzaron un cambio de planteamiento. Hacia 1922 los teóricos del Partido concluyeron que el capitalismo se había «estabilizado». En marzo de 1921 la diplomacia soviética daba un paso importante con la firma de un tratado anglo-soviético de comercio. Lloyd George, el dirigente liberal que había entablado negociaciones con Moscú, afirmó: «Después de todo, también comerciamos con caníbales^[14]». A pesar del acuerdo, las relaciones con Francia y Gran Bretaña siguieron

siendo débiles.

Stalin, a diferencia de Lenin, no tenía mucha fe en el impulso revolucionario del proletariado occidental. A pesar de todo, el principal paladín del «socialismo en un solo país» no rechazaba del todo el objetivo leninista de un comunismo global. Siempre estuvo atento ante la posibilidad de un cambio revolucionario, como en el caso de la Revolución china. El Komintern asumió un papel muy destacado en la política exterior soviética. Fundado en 1919 en Moscú como sucesor de la Segunda Internacional, tenía como objetivo declarado fomentar la revolución mundial: «No pasará mucho tiempo antes de que veamos triunfar la revolución en todo el mundo^[15]».

En su segundo congreso, el mando efectivo fue puesto en manos soviéticas. Sus miembros debían sacar partido de los sistemas democráticos para infiltrarse en ellos y ayudar a derribarlos. La lengua del Komintern era el alemán, pues se consideraba que sería en ese país donde comenzaría la gran revolución mundial. Las actividades del Komintern enfurecían a los gobiernos occidentales, lo que se agravaba por el hecho de que la URSS declaraba ser un miembro más, sin control sobre las actividades del mismo. La política exterior de la URSS aparecía así confusa y ambigua: por un lado deseaba buenas relaciones con los estados democráticos y por otro parecía volcada con la revolución mundial y el derrocamiento de los gobiernos democráticamente elegidos. Con el fracaso de la revolución en Alemania, las actividades del Komintern disminuyeron, aunque siguió siendo una piedra angular de la política exterior soviética. Sobre Alemania, Lenin declaró proféticamente: «Alemania desea venganza y nosotros deseamos la revolución. Por el momento nuestros objetivos son los mismos, pero cuando nuestros caminos se separen, se convertirán en nuestros más feroces enemigos. El tiempo dirá

si será la autoridad alemana o el comunismo el que surja de las ruinas de Europa^[16]».

Los «felices años veinte» al final apenas duraron un quinquenio. La expansión económica se había basado en bases muy endeblas y la crisis económica puso al descubierto la fragilidad del orden internacional. La conquista del poder por parte de Hitler en 1933 y el revisionismo agresivo de las potencias fascistas desde 1935 abonaron el terreno para el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La gran paradoja fue que la URSS contaba con el crecimiento económico y la estabilidad del mundo capitalista para tener un respiro que permitiera su fortalecimiento mientras apoyaba a movimientos decididos a destruir el orden capitalista. Esa paradoja fue evidente con el crecimiento de la actividad comunista en Italia y Alemania, que contribuyó al triunfo del nacionalismo radical hostil al marxismo. Sin embargo, durante la década de los veinte la URSS no captó la naturaleza de la amenaza fascista. El fascismo era considerado tan solo un síntoma del deterioro del sistema burgués; el verdadero enemigo era la poderosa burguesía que operaba desde Londres. Litvínov aseguró que Gran Bretaña deseaba convertir a Rusia en «una colonia de los banqueros ingleses^[17]». En la Conferencia de Génova de 1922, Gran Bretaña y Francia ofrecieron créditos a la URSS a cambio de un acuerdo sobre las enormes deudas que existían desde la época de los zares y de restablecer a los propietarios extranjeros las propiedades confiscadas tras la Revolución de 1917. Los soviéticos se negaron.

La sensación de cerco internacional que se cernía sobre la URSS llevó a tres desarrollos en política exterior. En primer lugar, la creación de una superpotencia industrial como única forma de proporcionar la base militar necesaria para sobrevivir (justificando su teoría del socialismo en un solo país, Stalin

hizo referencia en todo momento a la inseguridad soviética). En segundo lugar se encontraba la política de salvaguardar la posición soviética mientras se producía el fortalecimiento del país. En tercer lugar, Stalin deseaba reclamar todos aquellos territorios perdidos en el Tratado de Brest-Litovsk con Alemania (1918) y en el de Riga con Polonia (1921). La política exterior de Stalin deseaba asegurar una época de paz y estabilidad para la URSS con el fin de llevar a cabo su fortalecimiento interno y una intervención militar a largo plazo. Como señaló Stalin en el XVII Congreso del Partido, en enero de 1934, «nunca tuvimos una orientación hacia Alemania, ni tampoco hacia Polonia o Francia. Nuestra orientación en el pasado y en el presente es hacia la URSS y únicamente hacia la URSS. Y si los intereses de la URSS exigen un acercamiento a un país o a otro que no esté interesado en destruir la paz, daremos ese paso sin dudarlo^[18]».

La fórmula para conseguir sus objetivos ha sido objeto de discusión. Una de las visiones de la política exterior de Stalin pone el énfasis en Rapallo, pues se afirma que el líder ruso deseaba continuar la relación especial con Alemania establecida por el tratado firmado allí en 1922. Este tratado y el siguiente, el Tratado de Berlín (1926), otorgaban a la URSS los beneficios de la inversión alemana y un alto grado de cooperación militar. Asimismo, ejercía presión sobre el nuevo Estado polaco, odiado por ambas partes. También neutralizaba la Alianza Anglo-Francesa, algo realmente importante, pues Francia y Gran Bretaña serían hostiles a la URSS tanto como lo eran a Alemania y habían desempeñado un destacado papel de apoyo a las fuerzas contrarrevolucionarias durante la Guerra Civil rusa.

Otra visión alternativa de la política exterior de Stalin es la de la seguridad colectiva. En febrero de 1929 la URSS reforzó el Pacto Briand-Kellog (cuyos signatarios declaraban su renuncia

a recurrir a la guerra), al que se adhirió por medio del llamado «protocolo Litvínov», establecido con los estados bálticos, Polonia y Rumanía. En 1932 la URSS firmaba tratados de no agresión con Finlandia, Estonia y Letonia, y con Francia poco después. Conscientes de la degradación de sus relaciones con Alemania, los dirigentes soviéticos abandonaron su postulado de que cualquier agravamiento de la situación internacional no podía sino ser provechoso para la URSS. Entraba entonces en juego la seguridad colectiva. Esto implicaba buscar un papel más importante en Europa que la mera relación bilateral con varios estados. La URSS jugaría un papel central y no periférico. Como Alemania era percibida como la amenaza más real a la seguridad soviética, la política exterior de Stalin tenía que dirigirse a mantener contactos estrechos con los enemigos de Alemania, muy especialmente con Francia^[19].

Stalin hizo uso de una flexibilidad táctica mayor que la de Lenin en política exterior: «Cualquier cosa que sea una necesidad desde el punto de vista de la Rusia soviética es también una necesidad desde el punto de vista de la revolución mundial^[20]». Hacia mediados de la década de los treinta, Stalin modificó notablemente la imagen del Komintern. Era evidente que sus llamamientos a la revolución mundial y al conflicto con la democracia burguesa eran un obstáculo para el entendimiento con las potencias occidentales. En 1934, el Komintern se vio forzado a adoptar una postura de defensor de la democracia y de la acción colectiva. En 1933 sus miembros eran todavía enviados a realizar «maniobras» revolucionarias como la organizada en Francia en el sistema fluvial Aisne-Oise, donde se les enseñó a organizar barricadas con botes y a utilizar explosivos. Su vocabulario se modificó notablemente. En vez de términos como «dictadura del proletariado», «revolución» o «fascistas sociales» (que hacía referencia a los sindicatos no comunistas), en las publicaciones

aparecían ahora las palabras «democracia», «paz» e «independencia^[21]».

El Komintern hizo lo posible por camuflar sus actividades. En 1932 se organizó en Ámsterdam el Congreso Mundial contra la Guerra. El congreso organizó una Liga contra la Guerra y el Fascismo, que estableció ramas en todo el mundo. Sin embargo, en realidad la organización se dedicaba a reclutar a intelectuales comunistas e incluso espías. Bajo su paraguas se crearon diversas compañías en toda Europa, cuyo objetivo era el espionaje. Una de ellas, con sede en Berlín, dio lugar a la llamada *Rote Kapelle* («Orquesta Roja»), célula de espionaje que operaba en el interior del Ministerio del Aire alemán y que incluía a Schulze-Boysen, un alto oficial de inteligencia de la Luftwaffe. «Orquesta» era el término genérico dado a los círculos de espías soviéticos en Alemania. La Orquesta Roja tenía ramificaciones en Bélgica, Holanda, Francia, Suiza, Alemania y Japón.

El cambio en la política exterior se demostró en la entrada de la URSS en la Sociedad de Naciones. Dado que en 1934 Japón y Alemania habían abandonado la organización, el ingreso soviético era ya un gesto vacío. Sin embargo, los franceses insistían en que cualquier acercamiento entre los dos países tenía que pasar por el ingreso de la URSS. En septiembre de 1934 los delegados soviéticos ocupaban su sitio en la organización, reconociendo así el arreglo político de la posguerra, algo que seguían condenando en privado. En el VII Congreso de la Internacional Comunista, en 1935, Stalin realizó una convocatoria a formar un frente unido de los pueblos amantes de la paz, lo que suponía el abandono de las tácticas comunistas de la década de los veinte, cuando los partidos comunistas habían votado con los grupos antidemocráticos en un esfuerzo por paralizar las instituciones parlamentarias europeas. El propósito de Stalin en ese

momento era obtener el máximo provecho del mundo capitalista, no hacer las paces con él.

El mensaje de Stalin era conciliador y amenazante a la vez. En enero de 1934 expresó su satisfacción por la mejora de las relaciones diplomáticas con Francia y Alemania:

Estamos a favor de la paz y de la causa de la paz. Pero no tememos las amenazas y estamos dispuestos a responder golpe por golpe a los agresores. Todo el que quiera la paz e intente establecer negociaciones con nosotros, siempre contará con nuestro apoyo. Pero aquellos que traten de atacar nuestro país serán objeto de aplastantes represalias que les enseñarán a no meter sus hocicos de cerdo en nuestro jardín soviético en el futuro. Esta es nuestra política exterior^[22].

La transformación de la URSS de un estado crítico con las potencias capitalistas a un entusiasta de la democracia y del *statu quo* internacional provocó inmediatamente las sospechas de gran parte de la comunidad internacional: para las democracias occidentales no estaba claro si la URSS era sincera en su compromiso con la democracia. La información sobre lo que sucedía realmente en el interior de la URSS era muy limitada. El Gobierno francés llegó a firmar un pacto de asistencia mutua; sin embargo, el ministro de Asuntos Exteriores francés, Pierre Laval, hizo todo lo que pudo para que no fuese efectivo. La falta de conversaciones militares entre ambos países dejó al acuerdo sin ninguna validez práctica^[23].

El nuevo comisario de Política Exterior, Maxim Litvínov, llamaba a la adopción del principio de la seguridad colectiva. Litvínov (cuyo nombre era Meyer Wallach) era un judío de origen burgués; de hecho, su perfil se parecía más al de un «enemigo de clase» que al de un hombre destinado a hacer carrera en la diplomacia soviética. Aunque se decía que no tenía amigos, solo colegas a los que les disgustaba, nadie negaba su inteligencia y su fortaleza de carácter. El Ministerio de Asuntos Exteriores era considerado siempre un lugar

sospechoso debido a que sus funcionarios mantenían contactos con extranjeros. Loy Henderson, de la Embajada norteamericana en Moscú, declaró que «los funcionarios del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores sienten tanto terror que uno no puede más que sentir pena por ellos^[24]». El mismo Litvínov le dijo al embajador francés: «¿Cómo puedo dirigir la política exterior con la cárcel de Lubianka al otro lado de la calle?»^[25].

Además del inoperante pacto de asistencia mutua con Francia ya citado, la URSS también realizó en 1935 contactos diplomáticos preliminares con Estados Unidos, país que se negaba a complicarse en el intrincado mundo de la diplomacia europea. Pero el año 1936 fue muy negativo para las esperanzas de Stalin de lograr la seguridad colectiva. Además de la agresiva política exterior de Hitler y la debilidad anglo-francesa, ese año se firmó el Pacto Anti-Komintern, dirigido directamente contra la URSS. El peligro que este representaba amenazaba con destruir todos los esfuerzos realizados por Stalin desde 1933 para garantizar la seguridad de la URSS. Por otra parte, cuando se produjo la invasión italiana de Etiopía y la ocupación alemana de Renania, Stalin pidió que se aplicaran las normas de la Sociedad de Naciones, pero como Gran Bretaña y Francia intentaban una política de apaciguamiento con Mussolini, no emprendieron acciones. Esto, unido al fracaso de la cooperación en la Guerra Civil española, supondría una amarga lección para Stalin y serviría para confirmar lo que los líderes soviéticos habían sospechado siempre: que los estadistas occidentales eran unos débiles defensores de la seguridad colectiva y que, en realidad, se mostraban más hostiles al comunismo que al fascismo. «Por el momento —se quejó Litvínov— nadie quiere nada con nosotros^[26]».

Durante toda la década de los treinta, Stalin llevó a cabo una guerra en la sombra por toda Europa, exportando el terror a los otros partidos comunistas y a los emigrados rusos que mantenían una activa propaganda contra Stalin. Se reclutaba a espías en todos los países y sus métodos se hicieron legendarios. El caso del líder de la Federación de Veteranos Zaristas en París, el general Evgeni Miller, ilustra bien la actuación de los agentes de Stalin: se trató de una increíble trama elaborada por el NKVD en la que dos agentes soviéticos, que se hicieron pasar por oficiales alemanes, colaboraron con el ayudante de Miller, el general blanco Nikolai Skoblin (que en realidad, y sin que Miller lo supiera, era un agente del NKVD) en el secuestro del general en septiembre de 1937. Tras un encuentro con Skoblin y los dos agentes, Miller fue llevado a la embajada soviética, drogado y trasladado hasta el puerto de El Havre, desde donde le llevaron en barco hasta Leningrado. Una vez en Moscú, fue torturado y fusilado.

Por su parte, Skoblin evitó el arresto por parte de los franceses y se fugó a España, donde su rastro se pierde. Su mujer, Nadezhda Plevitskaya, había sido también durante años una agente del NKVD. Arrestada por la policía francesa, falleció en prisión en 1940. Walter Krivitsky, que fue asesinado por agentes soviéticos en Washington, señaló que el secuestro de Miller estuvo relacionado con el caso contra Tujachevski y que había sido preparado por Stalin (algo nunca probado documentalmente). Skoblin también mantenía contactos con la Gestapo y fue utilizado para pasar información falsa a Miller sobre el sistema de mando soviético, datos que luego le hicieron confesar a golpes a Miller en Moscú para acabar pasando a formar parte del caso de la supuesta conspiración del Ejército contra Stalin^[27]. El embajador alemán en Moscú no

albergaba ninguna duda; según él «las purgas redujeron el peso específico de la URSS en la escena internacional^[28]».

El estallido de la Guerra Civil en España fue de enorme provecho para Stalin ya que, además de enviar armas a los republicanos, aprovechó para destinar allí a «asesores militares», de los cuales muchos eran agentes del NKVD. Stalin no consideró, como otros líderes, que la guerra en España fuera un ensayo para la conflagración mundial, sino una continuación de la Guerra Civil rusa, esta vez en tierras distantes. Es posible que Stalin se viera impulsado a actuar en España porque Trotski le había acusado de traicionar a la revolución española, aunque esta afirmación no ha podido ser probada. Para Trotski, la Guerra Civil española era una de las oportunidades que se presentaban con regularidad para expandir la revolución al oeste de la URSS y poder debilitar a la ultraderecha política en toda Europa. En todo caso, Stalin debió de darse cuenta de que el comunismo soviético perdería toda credibilidad, y el apoyo de los partidos comunistas europeos, si no acudía en ayuda de la República.

En España, los agentes de Stalin reclutaban a más agentes entre los antifascistas y se infiltraban en otros países europeos. Stalin tenía una misión clara en España: eliminar a los trotskistas que se habían concentrado para luchar por la revolución española. Existían todo tipo de comunistas, desde miembros del poderoso movimiento local anarcosindicalista hasta comunistas que habían desertado del terror estalinista. El NKVD perseguía y eliminaba a todos aquellos que suponían un riesgo para la línea defendida por Moscú. Incluso muchos de aquellos que habían ido a España a realizar el trabajo sucio para Stalin fueron ejecutados o encarcelados a su regreso a la URSS. El NKVD mantuvo una vigilancia estrecha sobre pilotos, tanquistas, oficiales del Estado Mayor e ingenieros que participaban en la colaboración con la República.

Se pueden observar tres fases en el comportamiento de la URSS en la Guerra Civil española: a partir del verano de 1936 hubo un período de neutralidad de unos dos meses, que consistió en observar la situación sin adoptar ningún compromiso concreto salvo las acciones desarrolladas en el marco del Acuerdo de No Intervención y del Comité de Supervisión de Londres; posteriormente se produjo un cambio brusco de rumbo político, que se tradujo en una significativa movilización militar y diplomática a favor de la República, que llega hasta el verano de 1938, y desde ese momento hubo un descenso progresivo de la ayuda militar, que condujo al abandono total de la República.

Una vez demostrado el fracaso de la política colectiva de no intervención para detener la ayuda italo-germana a Franco, Stalin acabó por modificar significativamente su política española. El 14 de septiembre de 1936, Stalin decidió personalmente el envío directo de armamento a la República. Dos días más tarde, bajo la estrecha supervisión del NKVD, se constituyen en Moscú las denominadas «Sección X», que tenía la misión de coordinar toda la operación en el más absoluto de los secretos, y la «Operación X», para «el transporte de mercancías especiales a nuestros amigos de X» (X era España) [29].

A principios de octubre, la URSS comenzó a socorrer militarmente a la República española, aunque sin abandonar de forma oficial la política de no intervención, siguiendo el ejemplo de las potencias del Eje. Iván Maisky, embajador soviético en Londres, expuso la nueva política soviética ante el Comité de No Intervención en octubre de 1936. Afirmó que la falta de medidas de control y el sabotaje fascista habían desvirtuado por completo el acuerdo, y exigía la restitución al Gobierno español de su derecho a adquirir armas: «En cualquier caso —concluyó Maisky— el Gobierno soviético está

obligado a declarar que no puede considerarse ligado por el Acuerdo de No Intervención en mayor medida que el resto de los participantes en el mismo^[30]».

Los rumores de la desaparición de agentes soviéticos enseguida se propagaron entre aquellos que estaban destinados en el exterior. Algunos de ellos se negaron a regresar. En 1937, dos agentes de inteligencia, Reiss y Krivitsky, desertaron; otro agente, el general Alexander Orlov, les siguió poco después. Orlov, cuyo verdadero nombre era Leiba Lázarevich Feldbin, había trabajado como agente en Francia y Alemania. Su dominio de los idiomas y de la guerra de guerrillas hizo que en 1936 fuese enviado a España como «agregado político». Su misión, que posteriormente describiría con detalle en una obra autobiográfica, era doble y de suma importancia para Stalin.

Por un lado, Orlov persiguió y purgó a opositores del Gobierno del Frente Popular en España. Los documentos recientemente desclasificados de los archivos del NKVD revelan la larga lista de los crímenes de Orlov en el país: fue el responsable de fabricar pruebas que condujeron a la detención y la purga de los líderes del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), que era considerado una «organización trotskista». El POUM se había formado en octubre de 1935 a partir del Bloc Obrer i Camperol de Joaquín Maurín y de la pequeña Izquierda Comunista de Andreu Nin. Por lo tanto, no procedía de una sola tradición y no podía ser calificado de trotskista, como proclamaba la propaganda estalinista. Tan solo fueron trotskistas los pocos que provenían de la Izquierda Comunista por influencia personal de Nin, el cual había colaborado con Trotski en Moscú, aunque posteriormente la IV Internacional repudiaría al POUM y Trotski escribiría contra su antiguo amigo; este había condenado a la Izquierda Comunista por su «traición al proletariado^[31]». El diario *La Batalla*, órgano central del POUM, había publicado el 21 de

enero de 1937 que Stalin eliminaba a cuantos se le oponían y que había emprendido la destrucción física y política de todos los opositores dentro de Rusia. El 24 de enero afirmaba que Stalin sostenía su indiscutible poder gracias al terror.

Es probable que Orlov dirigiese el secuestro y posterior ejecución del líder del POUM, Andreu Nin, el cual fue interrogado durante treinta horas de forma ininterrumpida. Al cabo de unos días, «su rostro no era más que una masa informe^[32]». En un escrito a sus superiores en Moscú, fechado en agosto de 1937, Orlov describía un plan para la captura y liquidación del socialista austríaco Kart Landau. También desaparecieron en España Erwin Wolf, que había sido secretario de Trotski; Mark Rein, hijo de un líder menchevique; el escritor austríaco Kurt Landau, y José Robles Pazos, amigo del novelista John Dos Passos^[33]. Asimismo, tomó parte en la desaparición del oficial ruso y agente doble del NKVD Nikolai Skoblin. Aunque fue el principal oficial del NKVD en España, Orlov negaría más tarde su participación en estos y muchos otros asesinatos realizados por oficiales del NKVD y sus agentes.

Cuando las fuerzas del general Franco se aproximaban a Madrid, Orlov recibió un mensaje codificado de un tal Iván Vasilievich (Stalin a veces firmaba los telegramas secretos con el nombre de su héroe, Iván el Terrible). El telegrama ordenaba a Orlov que negociara con el presidente del Consejo de Ministros (Largo Caballero) el envío de las reservas españolas de oro a la URSS: «Secreto absoluto indispensable. Tú — sentenciaba Stalin— eres personalmente responsable de la operación^[34]». Asimismo, le ordenaba que se negara a firmar ningún recibo justificativo de la remesa. Sus esfuerzos tuvieron éxito. El oro se encontraba en los túneles de La Algameca, en Cartagena, horadados sobre la falda de un cerro del mismo nombre.

Orlov recordaría siempre el momento en el que ingresó en el depósito y vio una montaña de cajas que contenían seiscientas toneladas de oro. Durante tres días, sesenta marineros españoles y veinte camiones conducidos por tanquistas rusos transportaron desde La Algameca al puerto de Cartagena siete mil ochocientas cajas repletas de oro. La mañana del 25 de octubre zarparon del puerto de Cartagena cuatro navíos soviéticos con quinientas diez toneladas de oro en sus bodegas. Orlov supervisó el envío del oro como «Sr. Blakeston, representante del Banco Nacional de América^[35]». Cuando los navíos soviéticos amarraron en el puerto de Odesa, les esperaba un grupo selecto de miembros del NKVD. Con esa fabulosa cantidad de metal precioso, la República iba a financiar durante cerca de dos años la adquisición de armas y de municiones en la URSS y en otras partes del mundo. Por su éxito en aquella operación, Orlov fue condecorado con la Orden de Lenin. El oro se guardó en el depósito principal de la Dirección de Metales Preciosos del Comisariado para las Finanzas entre enormes medidas de seguridad^[36].

Mientras tanto, Orlov leía con detenimiento las noticias que llegaban de Moscú, por las que se enteraba de las purgas. No le fue difícil concluir, como miembro de las Fuerzas de Seguridad desde 1924, cuál iba a ser su probable final. Cuando en 1938 se le pidió que regresara urgentemente a la URSS en barco para consultas «secretas», decidió desertar. Sabiendo la crueldad con la que Stalin se vengaba de los desertores, Orlov le escribió una carta proponiéndole un acuerdo: si le perdonaba la vida a él y a su familia, se comprometería a mantener en secreto todo lo que sabía. Stalin nunca le respondió, aunque al parecer estuvo de acuerdo con el trato, pues Orlov vivió para contarlo, aunque no publicó su libro sobre los secretos del NKVD hasta la muerte de Stalin. Orlov también escribió a Trotski alertándole de la presencia de un

agente del NKVD en el entorno de su hijo, Lev Sedov. Sin embargo, Trotski despreció la carta, que consideró una provocación. A continuación, Orlov se trasladó a Estados Unidos, donde se escondió durante años. Escribió unas memorias de poca fiabilidad histórica, pues fueron elaboradas sin referencias a fuentes primarias o documentos oficiales y en muchas ocasiones estaban basadas en rumores. Incluso en el momento de su publicación, los hechos que describía eran imposibles de verificar, pues la gran mayoría de los testigos que citaba habían sido purgados^[37].

Entre octubre de 1936 y marzo de 1937, la República española recibió unos doscientos setenta tanques, trescientos cincuenta aviones, trescientas sesenta piezas de artillería, setecientos cuarenta blindados y doscientos cincuenta mil rifles. El comisario del pueblo para la Defensa, Kliment Voroshílov, con el fin de agradar a Stalin, se sentaba frente a un mapa de España y pretendía controlar los acontecimientos que se desarrollaban en ella. Una carta suya resulta elocuente de la mentalidad detrás de la ayuda soviética a la República española:

Querido Koba: Te envío una lista de mercancías que podemos vender, por mucho que nos duela, a los españoles. [...] Si Francia no se porta vilmente, conseguiremos que todo llegue a su destino en el plazo más breve posible. Verás que la lista contiene el lote de piezas de artillería, debido no solo al hecho de que el Ejército republicano las necesita, sino también a la decisión de Kulik [general soviético], que creo correcta, de deshacernos, de una vez por todas, de las piezas de artillería fabricadas en el extranjero —británicas, francesas y japonesas—; es decir, doscientos ochenta cañones, o lo que es lo mismo, el 28% de las piezas de artillería que hay en nuestros parques de artillería. Lo más doloroso de todo es el material de aviación que estamos enviando, pero, como no pueden prescindir de él en España, hay que enviarlo. Pido tu visto bueno para que, si lo juzgas oportuno, empiece el transporte de material a Múrmansk^[38].

La respuesta de Stalin ante la petición consistió en dividir por dos todo lo que había en la lista, salvo el material

aeronáutico. El historiador Hugh Thomas escribió: «Stalin siguió una política similar a la de Hitler: evitar la derrota de sus protegidos sin asegurar su victoria^[39]».

La URSS envió a dos mil asesores militares (aunque nunca hubo más de quinientos al mismo tiempo) y facilitó la organización de las Brigadas internacionales, unidades antifascistas reclutadas en el mundo entero. La República pagó a precio muy alto lo que debería haber sido un gesto sincero de solidaridad antifascista, ya que su pago se hizo con partes de la reserva de oro del Estado español^[40]. A comienzos de 1938 se agotaron los recursos del Banco de España y la República tuvo que pedir un crédito a la URSS por valor de setenta millones de dólares, y en marzo y diciembre otro de ochenta y cinco millones de dólares. En un NO-DO de 1954 se podía ver al general Franco culpando de la pobreza de España a «ese robo» mientras exclamaba: «¡Nosotros encontramos una España arruinada! ¡Los marxistas robaron el oro y las riquezas de España y se las llevaron a Rusia! ¡Y dejaron a España vacía!»^[41].

El procedimiento para organizar la operación de transporte de material se tomó en cuenta en la llamada Operación Anadyr, entre julio y octubre de 1962, cuyo objetivo consistió en trasladar a Cuba armamento y tropas para ayudar a que la Revolución cubana pudiese hacer frente a una agresión: sería el detonante de la crisis de los misiles cubanos. La Operación Anadyr sería dirigida por el mariscal Rodión Malinovski, quien en su momento desempeñó funciones de asesor militar en el Ejército de la República, bajo el seudónimo de «Malino». Stalin envió también a España a dos cineastas, Roman Karmen y Boris Makasaev, que realizaron noticiarios que se proyectaron en los cines de Moscú con información del frente. Los ciudadanos soviéticos leían todos los días las noticias de la guerra en España en los periódicos.

El apoyo soviético se desgranó en diversas funciones, desde la participación en algunos combates hasta la colaboración en la organización de la defensa republicana, desde la instrucción a los miembros del Ejército Popular hasta la ampliación de la influencia soviética en España. La URSS fortaleció la fuerza aérea republicana con lo que un piloto holandés denominó «los robots vestidos de piel humana de la URSS». Los envíos de aviones dieron a la República una efímera superioridad aérea durante la batalla de Madrid. Resulta muy difícil saber con exactitud el número de soviéticos que participaron en la guerra: las cifras oscilan entre ochocientos y dos mil ciento cincuenta, de los cuales seiscientos eran asesores no combatientes. Había entre veinte y cuarenta miembros del NKVD y unos veinte o veinticinco del cuerpo diplomático. Las órdenes de Stalin a sus colaboradores en España eran claras: «¡Manteneos alejados del alcance de la artillería!»^[42].

Stalin sabía que estaba fuera del alcance de la URSS asegurar la resistencia indefinida de la República o hacer viable una victoria total de esta sobre el bando nacional. Las dificultades logísticas de ese apoyo y el peligro de arruinar el esfuerzo diplomático de acercamiento a Francia y a Gran Bretaña condicionaron el apoyo soviético a la República. El propio Mussolini se percató de la situación de la URSS: «El Gobierno soviético se encuentra ante una situación de lo más difícil. Un triunfo de los insurgentes, además de poner fin a las grandes esperanzas abrigadas sobre “el frente popular español”, no dejaría de hecho de tener repercusiones en la vecina Francia, comprometiendo así la política de su propio “frente popular” y minando las bases de la colaboración franco-soviética, que el Gobierno de la URSS estima en sumo grado en las actuales circunstancias...»^[43].

El apoyo de la URSS a la República se tradujo en dos consecuencias en el plano internacional. Por un lado, agravó el

temor de las autoridades franco-británicas sobre las verdaderas intenciones de Stalin y reafirmó la voluntad de ambas naciones de no involucrarse en la contienda española^[44]. Por otro lado, fue el pretexto que justificó el incremento de la ayuda italiana y alemana al general Franco. La incertidumbre y la falta de regularidad en los envíos de ayuda soviética afectaron gravemente a la planificación militar republicana.

A pesar del esfuerzo soviético, este nunca se pudo comparar con el que recibieron las fuerzas franquistas de manos de Hitler y Mussolini. Ninguna unidad del Ejército Rojo participó en el campo de batalla, los ciudadanos de la URSS no pudieron ingresar en las Brigadas internacionales y, para preservar la ficción de la neutralidad soviética, la mayor parte de la ayuda fue canalizada a través del Komintern^[45]. Ese deseo de Stalin de localizar la guerra lo expresaba un editorial del *Journal de Moscou*, de julio de 1936: «El Gobierno español nunca ha pedido ayuda a nuestra Unión [Soviética] y estamos convencidos de que encontrará fuerzas suficientes dentro del país para aplastar la revuelta de generales fascistas al servicio de potencias extranjeras^[46]». La Guerra Civil española puso de manifiesto la incompatibilidad práctica entre la política franco-británica de apaciguamiento y los intentos soviéticos de lograr la seguridad colectiva. La primera exigía un apoyo absoluto a la no intervención, mientras que la segunda habría implicado la defensa de la causa republicana.

Stalin no deseó en ningún momento convertir la Guerra Civil española en una guerra revolucionaria: temeroso de que surgiese un régimen socialista antiestalinista en Cataluña, desencadenó una verdadera Guerra Civil dentro de la Guerra Civil. En 1937 declaró: «Los trotskistas deben ser perseguidos, fusilados y destruidos». Los hombres del NKVD y agentes del Komintern leales a Stalin acusaron a los trotskistas de espionaje y los ejecutaron sin piedad. Como señaló el espía de

Stalin Sudoplátov en sus memorias: «Cuando finalizó la Guerra Civil española, ya no había lugar en el mundo para Trotski^[47]».

Stalin fue apoyado por comunistas extranjeros como André Marty («loco como un chinche», según Ernest Hemingway), quien creó un microcosmos del Estado soviético en Albacete, base de las Brigadas internacionales. Marty, «rechoncho, de grandes bigotes blancos, de mofletes colgantes y tocado con una gorra excesiva», sería conocido como «el carnicero de Albacete» o «camarada Checa^[48]». Marty actuó con una extrema brutalidad dirigida hacia los desertores, los débiles y los sospechosos, para lo cual reclutó a espías y a comisarios, conocidos como los «curas rojos». Con la ayuda de funcionarios siniestros como Walter Ulbricht (el «camarada celda»), que se convertiría con el tiempo en jefe de Estado de la Alemania Oriental, realizó una verdadera caza de brujas. Marty confesó haber ejecutado a quinientos hombres, el 5% de todas las bajas de las Brigadas internacionales. Había contraído lo que Gustav Regler denominó «la sífilis rusa», el miedo patológico de Stalin a la subversión trotskista. También colaboraron con la URSS personajes estafalarios como Palmiro Togliatti («Ercole» o «Alfredo»), líder del Partido Comunista Italiano en el exilio, de quien su secretaria decía que era tan capaz de acostarse con ella como de pegarle un tiro a sangre fría, y Vladimir Copic, que ocasionó una masacre en la Brigada Abraham Lincoln en el Jarama, asegurando a los brigadistas que las tropas españolas acudían en su ayuda cuando los norteamericanos veían claramente que no era así.

A lo largo de 1937-1938 los comunistas locales y agentes del NKVD persiguieron sin piedad a los miembros del POUM y a sus aliados anarquistas, dividiendo a las fuerzas de la República y facilitando la victoria de Franco. El POUM había criticado duramente los juicios de Moscú y, utilizando el

lenguaje trotskista, hizo referencia a los «termidorianos de Stalin», que habían establecido en Rusia «el régimen burocrático de un dictador envenenado». Un artículo aparecido en el diario *Pravda* el 17 de noviembre de 1936 afirmaba: «Por lo que concierne a Cataluña, la limpieza de trotskistas y anarquistas ha comenzado y será ejecutada con la misma energía que en la URSS^[49]». En mayo de 1937, la tensión en Barcelona alcanzó su punto límite hasta estallar en una dura lucha callejera que enfrentó al bando formado por los comunistas y la policía contra los anarquistas y el POUM, que se saldó con cuatrocientos muertos y mil heridos.

La ayuda soviética a la República descendió, en cualquier caso, en otoño de 1937 como consecuencia de las dificultades que atravesaba la URSS en la zona de Manchuria y los deseos de no romper un posible acuerdo con Alemania. Con la aprobación de Moscú, las Brigadas internacionales se retiraron. En noviembre de 1938 Juan Negrín hizo un llamamiento desesperado a Stalin para que incrementase su ayuda militar. No se conoce ninguna respuesta a la petición^[50].

El comportamiento de Stalin hacia la izquierda española, especialmente en lo concerniente a la supresión del POUM, le granjeó la enemistad de muchos izquierdistas como George Orwell, que describió con detalle lo sucedido en su obra *Homenaje a Cataluña*. Orwell afirmaría que «la Historia se detuvo en 1936», en alusión a que la propaganda había tomado su lugar. Sin embargo, Orwell supo adaptarse a los tiempos y, cuando la URSS se convirtió en aliada de Gran Bretaña durante la Segunda Guerra Mundial, llegó a describir a Stalin en un programa radiofónico de la BBC como un hombre «sabio» y de «amplias miras^[51]».

La política de Stalin exigía que todos los movimientos republicanos estuviesen bajo control soviético. La izquierda española se mostró reacia a ese intento abierto de control por

parte de Moscú y se comenzó a dudar de si Stalin deseaba realmente la victoria de la izquierda en España. En realidad no estaban equivocados: Stalin no deseaba la victoria total del marxismo en España. La explicación para esta curiosa paradoja no se encontraba en España, sino en Europa. Stalin temía que si el comunismo se instalaba en el sur de Europa, Francia y Gran Bretaña se verían obligadas a reaccionar formando un bloque antisoviético con Alemania e Italia, algo que la diplomacia soviética estaba intentando evitar a toda costa.

A pesar de todo, según el diseñador de aviones Yákovlev, Stalin se sintió dolorosamente abrumado por el fracaso en España: «Su descontento se volcó contra todos aquellos que hasta hacía poco eran considerados héroes y estaban colmados de muy merecidos honores^[52]». Stalin achacó la derrota final de la República a las rivalidades entre facciones, lo que le llevó a concluir que la represión política era urgente en la URSS para acabar no solo con cualquier posible «quinta columna» sino con todo tipo de oposición potencial antes del estallido de la guerra contra el fascismo: «Nuestros enemigos de los círculos capitalistas son incansables. Se infiltran en todas partes^[53]».

Al llegar a su fin la intervención soviética en España, los supervivientes rusos que habían arriesgado sus vidas en la lucha antifascista (llamados «los españoles») regresaron a casa para, en muchos casos, ser ejecutados. Oficiales del Ejército, diplomáticos, policías, periodistas (con la excepción notable de Ehrenburg) fueron engullidos por el Gran Terror. Entre las víctimas más destacadas se encontraban el general Kléber, Vladimir Antonov-Ovseyenko (el bolchevique que había encabezado las tropas que tomaron el Palacio de Invierno), que en 1936 había sido enviado como cónsul general a Barcelona, y Mijaíl Koltsov, cuyas crónicas desde España y su *Diario de la guerra española* alcanzaron una gran popularidad. Este último, al regresar, se reunió durante tres

horas con Stalin, quien se interesó sobre su experiencia en España y le llamó cariñosamente «Don Miguel». Sin embargo, se produjo un momento muy extraño cuando, al salir por la puerta, Stalin le llamó: «Camarada Koltsov, ¿tiene una pistola?». Cuando el sorprendido Koltsov contestó que sí, Stalin le preguntó: «Pero no estará pensando en suicidarse con ella, ¿no?». Asegurándole que no era esa su intención, Koltsov se dispuso a marcharse cuando Stalin le dijo: «¡Espléndido! Una vez más gracias, camarada Koltsov. ¡Hasta pronto, Don Miguel!». Poco después, era arrestado^[54].

El comandante de las brigadas «Gorev» (Skoblevsky), que había luchado de forma destacada en la batalla de Madrid, fue recibido como un héroe a su regreso a la URSS. Sin embargo, hacia finales de 1937, «el héroe de Madrid» fue calumniado y ejecutado. Al parecer había sido arrestado tan solo dos días después de recibir la Orden de Lenin. También fue ejecutado Marcel Rosenberg, el embajador soviético ante el Gobierno republicano. Su crimen había sido intentar intercambiar prisioneros con las autoridades franquistas. Stalin siempre consideraba ese tipo de actividades como muy sospechosas. Todos aquellos que habían luchado en España compartían un feroz sentimiento antifascista, lo que les convertía en un serio estorbo para Stalin en un momento en el que estaba intentando alcanzar un acuerdo con la Alemania de Hitler. Muchos de ellos acabaron en campos del Gulag junto con comunistas extranjeros. A finales de 1938, algunos prisioneros con cierta experiencia política intuían, por las categorías de prisioneros que estaban llegando a los campos, que se iba a llevar a cabo un pacto entre Hitler y Stalin.

La cacería de enemigos reales e imaginarios, especialmente de los trotskistas, por todo el mundo distrajo una gran cantidad de recursos de otras tareas de espionaje. Sin embargo, el sistema de inteligencia seguía siendo eficaz, pues, además de

los agentes, se podía contar con la inestimable colaboración de los partidos comunistas de Europa y Norteamérica. El problema nunca fue el suministro de información, que llegaba regularmente a Moscú, sino su interpretación y distribución. La sospecha de Stalin hacia sus camaradas políticos hizo que a menudo no les permitiera consultar los informes disponibles. Esto provocó que, mientras las crisis internacionales se sucedían, las acciones de la URSS dependieran de los cálculos personales de Stalin.

EL ACUERDO DE MÚNICH

Los acontecimientos en España fueron superados por los sucesos de Europa Central. En otoño de 1938 Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania firmaban el Acuerdo de Múnich, desenlace de la crisis de Checoslovaquia. La URSS no fue invitada. Lord Halifax afirmó, de forma poco convincente, que no había habido tiempo para invitar formalmente a la URSS. En una reunión secreta en noviembre de 1937, Hitler había expuesto sus objetivos a corto plazo para la expansión alemana. Estos incluían la anexión de Austria al Reich alemán y la desmembración de Checoslovaquia, donde vivían tres millones de germanoparlantes en la zona de los Sudetes. En mayo de 1938 Hitler ordenó a sus Fuerzas Armadas que estuviesen preparadas para una guerra corta en la que se eliminaría al Estado checoslovaco en noviembre. No esperaba un enfrentamiento generalizado, aunque parecía inevitable, dado que Checoslovaquia tenía acuerdos tanto con Francia como con la URSS.

Hitler había exigido la reintegración de la región de los Sudetes, área que en 1919 había sido incorporada a Checoslovaquia. Había amenazado con invadirla si no se

cumplían sus exigencias. Aunque se trataba de una violación del Tratado de Versalles, ni Gran Bretaña ni Francia estaban dispuestas a enfrentarse militarmente a Alemania. Chamberlain pronunció, en la BBC, una frase que se haría tristemente célebre: «Es increíble, horrible, que tengamos que empezar a cavar trincheras y a ponernos máscaras antigás solo por culpa de una pelea en un país distante entre gente de la que no sabemos nada^[55]».

El presidente checo Edvard Benes confiaba en la intervención militar soviética para defender su país; incluso cenó con Stalin, al que describió como «cortés, serio y complaciente^[56]». Stalin, al insistir en que ayudaría a los checos si contaba con la autorización de la Sociedad de Naciones y con el compromiso francés, sabía que estaba exigiendo lo imposible. En privado, Stalin había acordado que la ayuda militar tenía que ser descartada y que los checos debían adoptar una «posición conciliadora», un punto de vista muy próximo a las tesis franco-británicas^[57]. Sin embargo, la visión tradicional de la inactividad total soviética durante la crisis checa fue puesta en entredicho a finales de la década de los ochenta por un alto oficial del Estado Mayor soviético; según su testimonio, Stalin estuvo dispuesto a hacer algo más que un gesto en la crisis checa: los reservistas fueron llamados a lo largo de la frontera occidental y al Gobierno checo se le habrían ofrecido setecientos aviones si los checos contaban con espacio en sus aeropuertos. Rumanía, pieza clave de cualquier intervención soviética en la República Checa, habría aceptado permitir el paso a cien mil soldados soviéticos con tal de que el tránsito se hiciera con rapidez^[58]. Cuando Litvínov se reunió con el embajador soviético en Gran Bretaña en septiembre, le dijo en secreto que Moscú había decidido optar por la guerra. El punto crítico para Litvínov era la resistencia checa: «Si luchan, lucharemos con ellos^[59]».

Es posible que Stalin quisiese aprovechar la crisis checa para intimidar a Polonia. El mismo día en que las fuerzas soviéticas fueron puestas en alerta, se envió un ultimátum a Varsovia en el que se advertía a los polacos de que cualquier movimiento contra los checos sería considerado como una agresión no provocada. Nunca se envió un ultimátum similar a Alemania. La inteligencia alemana no quedó muy impresionada por las medidas militares soviéticas y no las interpretó como una amenaza bélica. Una guerra con Alemania requería una movilización mucho mayor. Es posible que las medidas que adoptó Stalin fueran para consumo interno, una nueva amenaza de guerra exterior para mantener al sistema bajo su férreo control; aunque lo más probable es que Stalin deseara mantener todas las opciones abiertas.

El embajador alemán en Moscú enviaba periódicamente informes en los que señalaba la incapacidad de la URSS para intervenir en Europa del Este y la evidente falta de voluntad de los líderes soviéticos de «acudir en defensa de un estado burgués^[60]». Sin duda, el aislamiento soviético contribuyó en gran medida a la expansión alemana. La ocupación alemana de Austria se produjo en el último día del juicio de Bujarin y no fue mencionada en la prensa hasta tres días después de haber ocurrido. Sin embargo, la crisis checa era muy diferente: no solo tenían los soviéticos un pacto de asistencia mutua con Francia, sino que también contaban con uno con Checoslovaquia. Litvínov señaló abiertamente que la URSS se había convertido de nuevo en un estado revisionista: «Por supuesto, no es indiferente qué potencia ocupe esta o aquella colonia, gane este o aquel mercado internacional, domine este u otro estado débil^[61]».

Durante ese período crucial de las relaciones internacionales, la URSS se encontraba más preocupada por la amenaza japonesa en Manchuria, donde se habían producido

choques fronterizos. El Gobierno francés preguntó a Moscú si pensaba ayudar militarmente; la respuesta soviética fue preguntar a los franceses qué haría Francia contra Alemania. Stalin parecía decidido a evitar ser arrastrado a una guerra contra Alemania. Litvínov se mostró descorazonado por la debilidad de las potencias occidentales y su fracaso en convencer a los miembros de su Gobierno de que la acción colectiva para disuadir a Hitler era la mejor opción posible así como la más práctica. La posibilidad de la seguridad colectiva estaba llegando a su fin en la diplomacia soviética. Se volvía a hablar abiertamente de revisión, de hostilidad a Occidente y de nacionalismo soviético. «La URSS —escribió el enviado especial Joseph Davies— se está encaminando rápidamente hacia el aislamiento absoluto e incluso hacia la hostilidad a Inglaterra y la indiferencia hacia Francia^[62]».

Litvínov realizó vanos intentos por llegar a un acuerdo con los británicos, pero el ministro de Asuntos Exteriores británico, lord Halifax, prefería negociar con los alemanes antes que con la URSS, a la que consideraba «el Anticristo^[63]». Al final, no se pudo poner a prueba la voluntad de Stalin respecto a Checoslovaquia, ya que Hitler aceptó negociar: el acuerdo que se firmó en Múnich daba satisfacción a las demandas de Hitler. Fue el momento culminante de los éxitos de la política exterior de Hitler. A principios de 1938 se había producido el *Anschluss*, en violación también de Versalles, que impedía la unión entre Austria y Alemania. Tras la firma del Acuerdo de Múnich, el embajador soviético en Londres, Iván Maisky, escribió: «La Sociedad de Naciones y la seguridad colectiva han muerto». La exclusión de la URSS de la conferencia la había dejado «herida y humillada^[64]».

Cuando en octubre de 1938 el embajador de Francia acudió al Ministerio de Asuntos Exteriores soviético, el subcomisario le dijo: «Mi pobre amigo, ¿qué han hecho

ustedes? Por nuestra parte, no veo otro resultado que una cuarta partición de Polonia^[65]». En realidad, tras el Acuerdo de Múnich era seguro que Polonia sería el siguiente objetivo de Alemania y, dado que Stalin no deseaba enfrentarse a Hitler en la frontera soviética existente, la única alternativa era llevar a cabo una nueva partición de Polonia. Que Stalin no deseaba cerrar las puertas a un posible pacto con Hitler queda reflejado en un incidente que tuvo lugar en el diario *Pravda*. Demyan Bedny escribió un artículo, radicalmente antinazi, titulado «Inferno ». *A las dos de la mañana del día siguiente, Bedny fue llamado para que se presentase de inmediato en las oficinas de Mejlis, el editor del diario, quien le enseñó una nota manuscrita de Stalin, que decía: «Decidle a ese nuevo Dante que ya puede dejar de escribir». Bedny no volvió a tener acceso a la prensa^[66].*

Para Stalin, el Acuerdo de Múnich fue una reunión de todas las naciones antisoviéticas de Europa en la que se otorgaba a Alemania vía libre para atacar a una URSS que se encontraba diplomáticamente aislada. La famosa declaración del 30 de septiembre, en la que Chamberlain y Hitler expresaban su deseo de que los dos pueblos no fuesen a la guerra uno contra el otro, sonaba como un pacto de no agresión dirigido contra la URSS. La obra autobiográfica de Hitler Mein Kampf (Mi lucha) era estudiada con toda atención en el Kremlin, en especial sus referencias a las ambiciones de obtener «espacio vital» a expensas del territorio soviético. A cambio de la paz en el oeste, Gran Bretaña parecía preparada para otorgar vía libre a Alemania en el este. Tras el Acuerdo de Múnich, «existía unanimidad entre los diplomáticos occidentales en Moscú sobre que Stalin veía con mejores ojos a los alemanes que a los occidentales^[67]». La guerra le parecía ya inminente a Stalin, como demuestra el hecho de que en 1937 no se marchó de

vacaciones. Cuando Joseph E. Davies llegó a Moscú a principios de 1937 como nuevo embajador de Estados Unidos, se encontró con que solo se hablaba de una posible agresión alemana^[68].

EL VIRAJE EXTERIOR

El cese de Litvínov en mayo de 1939 pudo haber sido una señal de que Stalin estaba preparado para llegar a un acuerdo con Alemania y Hitler y, sin duda, él se lo tomó así. Sin embargo, el sucesor de Litvínov, Viacheslav Mólotov, no cerró definitivamente la puerta a un posible acuerdo con las potencias occidentales. Mólotov carecía de la experiencia internacional de su predecesor y aportó un nacionalismo estridente a la política exterior soviética. Tuvo que obedecer la orden de Stalin de purgar de judíos el ministerio: «Limpia bien la sinagoga»^[69]. Mólotov, a pesar de estar casado con una judía, respondió encantado: «Gracias a Dios que ha pronunciado esas palabras. Los judíos formaban una mayoría absoluta en el departamento y muchos eran embajadores». Es posible que Stalin estuviese pensando en un gran juicio de diplomáticos soviéticos en 1940, pero tuvo que cancelarlo debido al deterioro de la situación internacional^[70]. Mólotov llevó a cabo una purga contra los diplomáticos de su antecesor en el puesto, sustituyéndolos por funcionarios que solo hablaban ruso y que no habían tenido contacto con extranjeros. Cuando finalizó la purga, el servicio exterior soviético estaba diezmado. Una generación entera de funcionarios de gran talento, con experiencia y bien formados, desapareció de la noche a la mañana de un país que enfrentaba serios retos en el tablero internacional. Los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y los destinados a las embajadas evitaban decir nada

que pudiese concebirse como causa de problemas. Sobre todo, se evitaba a toda costa aconsejar (o parecer que se aconsejaba) a Stalin de forma directa.

El cese de Litvínov, que no solo era judío sino también partidario de un acuerdo con las potencias occidentales, no escapó a la atención de Hitler. Dos días después, el diplomático alemán destinado en Moscú Gustav Hilger fue llamado a Berlín y, en compañía de Ribbentrop, se dirigió a reunirse con Hitler en su retiro alpino de Berchtesgaden. Cuando Hitler, que no paró de morderse las uñas durante toda la reunión, le preguntó a Hilger qué podía haber causado el cese de Litvínov, este le respondió que estaba convencido de que su cese se había debido a la orientación occidental de Litvínov y que Stalin pensaba que Francia y Gran Bretaña solo querían que la URSS les sacase las castañas del fuego^[71].

El sucesor de Litvínov, Viacheslav Mólotov, cuyo auténtico nombre era Skryabin, era un hombre duro y frío, con una sonrisa de «invierno siberiano^[72]». Hijo de un oficinista, pronto se convirtió él mismo en el burócrata por excelencia. Lenin le criticaba por su tendencia a crear burocracia, aunque admiraba su capacidad para estar sentado en una oficina, por lo que se ganó el apodo de «trasero de piedra». El intérprete de Hitler, Paul Schmidt, describió a Mólotov en su visita a Berlín: «Este ruso de talla mediana, algo grueso, de ojos vivaces que brillaban tras unas gafas anticuadas, me recordaba siempre a mi antiguo profesor de matemáticas. Y ello no solo por su aspecto; también en su dialéctica y en su manera de expresarse. Mólotov tenía algo de matemáticamente preciso y lógico que no inducía a error^[73]». Mólotov era un seguidor más fiel a Stalin que Litvínov y además era ruso. Era un indicio de que Stalin consideraba que se avecinaban tiempos cruciales.

Mólotov era un hombre leído, de escaso sentido del humor y con la costumbre de hablar sin cesar. Los diplomáticos

extranjeros lo consideraban incisivo y eficiente. Cuando eran recibidos por Mólotov, les obligaba a sentarse en pequeñas sillas mientras él se sentaba detrás de un enorme escritorio. Stalin valoraba en él su lealtad inquebrantable a pesar de que en repetidas ocasiones le amenazó con destituirle y de que se reía de sus hábitos abstemios. Mólotov personificaba al anónimo *apparátchik* ruso. Permaneció fiel a Stalin incluso cuando tras la guerra su mujer judía fue arrestada y enviada al exilio. Gracias a su absoluto dominio de la diplomacia soviética, hasta bien entrada la década de 1950 Mólotov consiguió, en general, la admiración y el respeto de los diplomáticos occidentales.

A Litvínov no se le dio ningún nuevo puesto, algo que interpretó como señal de que estaba condenado. Mientras esperaba su turno para ser detenido, escribió cartas de súplica a Stalin, que nunca fueron respondidas. A pesar de la purga en su ministerio, Litvínov, el judío paladín de la seguridad colectiva, pudo retirarse a su dacha, donde se dedicó a escribir novelas y poesía. Aunque Beria torturó personalmente a un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores para que confesase que su jefe era el líder de un grupo contrarrevolucionario terrorista, a Litvínov se le permitió seguir con vida, aunque siempre temió una visita nocturna del NKVD, por lo que conservó una pistola bajo su cama. Es posible que Stalin dejase vivir a Litvínov porque deseaba mantener todas las opciones internacionales abiertas; según Mólotov, «fue una casualidad que siguiera en el mundo de los vivos». Cuando se declaró la guerra con Alemania, Litvínov sería nombrado vicecomisario de Asuntos Exteriores. Fallecería en 1951 en un accidente de tráfico que, según Beria, fue planeado por los servicios de seguridad. El resto de sus colaboradores no tuvo tanta suerte: el castigo por el aislamiento de la URSS fue la prisión o la muerte. El embajador

alemán Von Schulenburg informó a Berlín de que las purgas «habían reducido el peso de la URSS en el escenario internacional^[74]».

CHINA

Mientras en Europa la situación se complicaba para los intereses de la URSS, en el Este surgían nuevas oportunidades. La crisis causada por la Primera Guerra Mundial había desencadenado la movilización de las masas de Asia que, de acuerdo con Lenin, eran un «enorme proletariado» que servía a la «metrópoli europea y americana». Organizados en frentes unidos, serían capaces de amenazar al imperialismo.

China parecía ser la zona que contaba con mejores posibilidades de éxito. Tras el colapso de la dinastía Manchú en 1912, el Kuomintang, fundado por Sun Yat-Sen, transformó a China en una república. Tras su fallecimiento, el partido fue dirigido por Chiang Kai-shek. A este régimen se oponía una pequeña organización afiliada al Komintern, el Partido Comunista Chino. En el conflicto entre ambos partidos, Stalin jugó el astuto juego de apoyar a ambos bandos: mientras enviaba ayuda material a los comunistas chinos, destinaba asimismo a Mijaíl Borodin como asesor de los nacionalistas. En el congreso del Partido Comunista que tuvo lugar en Moscú en 1927, Stalin les dijo a los delegados que consideraba a China como «la segunda casa de la revolución mundial» y señaló, ante el asombro de los delegados, que planeaba utilizar al Kuomintang para sus intereses y «exprimirlo como un limón» antes de abandonarlo. En 1927, los nacionalistas chinos habían capturado Shanghái y masacrado a todos los comunistas en la ciudad, obligándoles a emprender la llamada «larga marcha», de trece mil kilómetros hasta la provincia de

Shensi. Trotski culpó a Stalin y a Bujarin de lo sucedido, momento que aprovechó Stalin para expulsar a sus críticos del Partido^[75].

Stalin, que pensaba ya en términos de la seguridad de la URSS, consideraba que lo mejor era que Mao Tse-Tung, líder del Partido Comunista Chino, y Chiang Kai-shek abandonaran su rivalidad para poder frenar el imperialismo japonés. Sin embargo, las fuerzas de Mao, lejos de aliarse con Chiang, lo capturaron. Stalin ordenó su inmediata liberación. Mao deseaba ejecutar al líder enemigo, pero tuvo que ceder para no poner en riesgo los indispensables suministros militares provenientes de la URSS. La situación dio un vuelco cuando los japoneses invadieron el territorio chino y tomaron ciudades importantes como Pekín y Shanghái. El ejército de Mao adoptó una actitud de mayor cooperación con el Kuomintang, en defensa de los intereses nacionales. Stalin prometió armas y colaboración a los comunistas chinos y también aprovechó para ordenar purgas étnicas de chinos y coreanos en las fronteras del extremo oriente de la URSS; por otra parte, ordenó al Ejército Rojo que estuviese en máxima alerta ante cualquier movimiento hostil del Ejército japonés con base en Manchukuo.

LA DIPLOMACIA DUAL Y EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO, 1939-1941

A comienzos de 1939 Europa era, según Stalin, una «partida de póquer» entre tres jugadores, en la cual cada uno de ellos esperaba convencer a los otros dos de que se destruyesen entre ellos para conseguir así llevarse el premio. El Pacto Germano-Soviético (Mólotov-Ribbentrop) es uno de los acuerdos más tristemente célebres de la historia de la diplomacia. ¿Por qué

decidió Stalin «pactar con el diablo»? De estar en una posición de aislamiento diplomático en 1938, Stalin pasó un año después a encontrarse cortejado por las potencias occidentales y las del Eje, aunque desconfiaba de ambos bandos. La Alemania de Hitler era el enemigo declarado del bolchevismo. Gran Bretaña y Francia eran consideradas por Stalin como las mayores potencias capitalistas e imperialistas capaces de atraer a la URSS a la guerra para defender sus intereses. «Debo confesar —escribió el primer ministro Chamberlain— mi más profunda desconfianza hacia Rusia y hacia sus motivaciones, que en mi opinión tienen muy poca relación con nuestra idea de libertad...»^[76]. Daladier, el primer ministro francés, consideraba que la guerra serviría para acelerar la dominación comunista de Europa Occidental: «¡Los cosacos dominarán Europa!», señaló^[77]. El mismo Stalin, en una declaración de «dialéctica marxista» realizada el 7 de septiembre de 1939, señaló: «No vemos nada malo en que los estados capitalistas libren una buena guerra y que se debiliten unos a otros. Sería muy bueno si, gracias a los alemanes, la posición de los estados capitalistas más ricos (especialmente Inglaterra) se debilitase. Hitler, sin comprenderlo ni desearlo, está sacudiendo y debilitando el sistema capitalista^[78]».

Ante el enturbiamiento del panorama internacional, franceses y británicos buscaron la forma de reconstruir la vieja Entente con Rusia, que había cercado a Alemania en 1914. Los peligros a los que se enfrentaba la URSS eran enormes: la guerra era casi una certeza, y la cuestión estribaba en saber cuál de las opciones mantendría a la URSS fuera de la misma. En 1939 Stalin seguía totalmente convencido de mantener a la URSS alejada del conflicto en ciernes. El 10 de marzo, en el XVIII Congreso del Partido Comunista, Stalin dejó claro al mundo cuál era su posición: Rusia «seguiría manteniendo la política de paz»; la misión del Partido era «ser cauto y no

permitir que el país fuese arrastrado a conflictos por los belicistas que están acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego^[79]». Esto fue considerado como un mensaje para ambas partes: las potencias occidentales no podrían esperar que la URSS luchara por ellas contra Alemania y Stalin tampoco excluía un acuerdo con esta. Para algunos observadores occidentales, como George Kennan, la masacre de los viejos bolcheviques en las purgas había allanado el terreno para la nueva orientación proalemana de la política exterior de Stalin. Según Kennan, las «purgas rusas tenían cierto sentido» en la búsqueda de un acomodo con el Tercer Reich, «aunque solo para una mente anormal^[80]».

Stalin hizo la siguiente declaración en junio de 1938 al embajador norteamericano Joseph Davies: «Inglaterra está obsesionada con llevar a cabo una política que haga a Alemania más fuerte... con el objetivo de hacer a Alemania más fuerte contra Rusia^[81]». Kennan, que trabajaba en la embajada norteamericana, y su embajador tenían visiones diametralmente opuestas sobre la naturaleza de la política exterior de Stalin. Davies acertó al señalar que la URSS de Stalin era un estado profundamente nacionalista y fue el único de los asesores del presidente Roosevelt que defendió que la URSS podría hacer frente al asalto alemán en 1941. Su visión de Stalin, sin embargo, era errónea en cuanto a las purgas y su relación con este le enemistó con los diplomáticos profesionales de su embajada. Davies escribiría una obra titulada *Misión en Moscú*, que Kennan y sus compañeros pronto denominaron *Sumisión en Moscú*. El libro sería adaptado al cine en 1943. La película se convirtió en una grotesca distorsión de la historia en la que se demostraba que los acusados en las purgas eran culpables de una conspiración trotskista apoyada por los fascistas.

La URSS se había convertido en la llave para la guerra o la

paz en Europa: «El árbitro de Europa —escribió el general francés Gamelin en sus memorias— era la URSS^[82]». Stalin desplegó una diplomacia dual que no cerraba las puertas a ningún acuerdo con las potencias occidentales o, en caso de que fracasaran, con la Alemania nazi. La URSS buscaba ya desesperadamente abrigo frente a los vientos de guerra que amenazaban en el horizonte. Sin embargo, los documentos que han salido a la luz tras la caída de la URSS muestran a unos líderes soviéticos que no consideraban a su país como el árbitro de Europa. Stalin y sus colaboradores estimaban que la URSS estaba aislada y era, por tanto, muy vulnerable. No consideraban posible un acuerdo con Alemania ni daban mucho valor a una posible alianza con Gran Bretaña y Francia.

En abril de 1939, Stalin dio a conocer sus condiciones para una alianza con Gran Bretaña y Francia que garantizara la integridad de todos los estados desde el Báltico al Mediterráneo y para la defensa mutua en caso de ataque de Alemania. Hasta ese momento Stalin consideraba que los estados occidentales eran más fuertes que el bloque fascista. La delegación franco-británica fue enviada a negociar con los representantes soviéticos en un largo viaje marítimo por el norte de Europa, en vez de hacerlo por vía aérea, para restar importancia a la misión. A su llegada, los negociadores soviéticos descubrieron que los delegados no eran altos mandos y que no contaban con los poderes para negociar ningún acuerdo. Para Stalin se trataba de una ofensa imperdonable. La misión francesa estaba dirigida por el general Doumenc y los británicos por el almirante Drax, autor de una obra titulada *Manual de calefacción solar*^[83].

Los negociadores soviéticos estaban dirigidos por el mariscal Voroshílov, nombrado en 1925 comisario de Defensa hasta que su falta de competencia provocó su caída en 1940. Exobrero metalúrgico, se había distinguido en la Guerra Civil

en la defensa de Tsaritsin y era uno de los pocos proletarios auténticos entre los líderes del Partido en los años veinte. Era considerado un hombre de escasa inteligencia que creía que los caballos no debían ser reemplazados por vehículos y que no se debía suministrar armas automáticas al Ejército Rojo, por el temor a que se quedaran sin munición. Stalin se burlaba frecuentemente de él, aunque siempre reconoció el valor que había demostrado durante la Guerra Civil.

Sin embargo, Voroshílov resultó ser un duro negociador para la débil delegación franco-británica. Mólotov señalaría: «Chamberlain y Daladier fueron a Múnich, ¿y a quién nos mandan a nosotros? Al almirante *Nobody* ('nadie') y al *Général Inconnu* ('desconocido')». Stalin llegó a la conclusión de que las potencias occidentales no consideraban seriamente un acuerdo con la URSS. Tras solo dos preguntas soviéticas quedó de manifiesto que no se llegaría a un acuerdo. Voroshílov preguntó a ambas delegaciones si tenían el poder de firmar un acuerdo militar en ese momento. Doumenc respondió que sí mientras Drax señaló que no podía comprometerse. Voroshílov les preguntó también si habían obtenido el permiso necesario para el paso de las tropas soviéticas por Polonia y Rumanía. De lo contrario, no tenía sentido un acuerdo militar, pues el Ejército Rojo no podría intervenir en Europa Central al no tener frontera común con Alemania. Cuando Drax habló del principio de soberanía, Voroshílov enfurecido, le contestó: «¡Principios! Nosotros no queremos principios, queremos datos^[84]».

Cuando llegaron los datos, alejaron cualquier posibilidad de acuerdo. Voroshílov preguntó de cuántas divisiones disponían para poder combatir al Ejército alemán. Los británicos reconocieron que solo contaban con cuatro en condiciones de combatir. Los soviéticos se mostraron tan sorprendidos por la respuesta que pidieron que se volviese a

traducir la cifra. Pero la cifra era correcta. El delegado francés, por su parte, señaló que Francia contaba con ciento diez divisiones, a las que podían añadir los doscientos mil soldados del Ejército republicano español (algo que los soviéticos sabían que era una exageración). Los soviéticos, por su parte, afirmaron orgullosos que podían contar con un total de trescientas divisiones, cinco mil cañones y diez mil tanques, más cinco mil aviones de combate. Stalin se percató entonces de que los estados occidentales a los que tanto había temido eran, en realidad, mucho más débiles que la URSS^[85]. Lo que venían a indicar los datos era que, en caso de guerra, los soviéticos se encontrarían prácticamente solos frente a Alemania.

Los franceses realizaron enormes esfuerzos para obtener un acuerdo con Polonia con el fin de que esta permitiera transitar a las tropas soviéticas para que se dirigiesen a luchar contra Alemania. Doumenc recibió incluso instrucciones de mentir y hablar en nombre de Polonia; sin embargo los soviéticos no cayeron en el engaño. La delegación franco-británica no podía ocultar el hecho de que los polacos, temerosos de un nuevo reparto de su territorio, no estaban dispuestos a dejar entrar al Ejército Rojo, aunque el objetivo fuese rechazar al Ejército alemán. Los polacos declaraban: «Con los alemanes arriesgamos nuestra libertad: con los rusos, nuestra alma^[86]». La combinación del Tratado de Versalles y la Revolución rusa había creado un problema insoluble para cualquier intento de crear un sistema de seguridad colectiva en Europa Oriental, pues sin la URSS no podía funcionar militarmente y, con ella, no podía funcionar políticamente.

Chamberlain tampoco se mostraba muy entusiasta sobre un posible acuerdo con la URSS: «Debo confesar mi más profunda desconfianza hacia Rusia. No creo, en absoluto, en su capacidad de mantener una ofensiva eficaz, aun si lo deseara.

También desconfío de sus motivos, que me parecen casi ajenos a nuestras ideas de libertad, interesados tan solo en tomar a todo el mundo por las orejas^[87]». Los británicos nunca se habían mostrado muy impresionados por la capacidad militar de la URSS y los expertos habían concluido que sería un aliado indeseable. Consideraban que el Ejército Rojo, tras las purgas, tenía un gran potencial defensivo pero muy poca capacidad ofensiva. Una gran parte de los observadores militares de todo el mundo habían llegado a la conclusión de que el Ejército soviético era un «coloso con pies de barro» incapaz de enfrentarse a un contrincante bien preparado. Sin embargo, existía una notable excepción en ese grupo de pesimistas: Japón. En esa actitud japonesa influyeron unas tropas y un general soviético que más tarde desempeñarían un papel fundamental en la derrota alemana a las puertas de Moscú.

En 1938, fuerzas japonesas habían penetrado en territorio soviético en la frontera entre Manchuria y la Provincia Marítima del Extremo Oriente. El Ejército Rojo ya no se enfrentaba a campesinos soviéticos, sino a un ejército de una de las grandes potencias. Tras varios días de dura lucha fueron expulsados por las fuerzas siberianas del ejército Bandera Roja del Extremo Oriente, el mismo que a finales de 1941 sería trasladado al oeste para defender Moscú. Los japoneses no repitieron sus incursiones en esa provincia, pero al año siguiente, un cuerpo de unos setenta y cinco mil hombres ocupó un saliente de territorio mongol a lo largo del río Jaljin Gol. La República Popular de Mongolia Exterior invocó un tratado defensivo con la URSS y se llevó a la zona a las tropas rusas estacionadas en ese país. Se encomendó el mando a un competente general, que en agosto de 1939 derrotó a los japoneses, causándoles cuarenta y un mil bajas entre muertos, heridos y prisioneros, sin que las soviéticas pasaran de diez mil. El general se llamaba Zhúkov y aquel era su primer gran

triunfo militar; el segundo se produciría dos años y medio más tarde en la dramática batalla de Moscú. Era un hombre duro e inteligente que había aprendido mucho de la colaboración militar con Alemania. Tras el varapalo, los japoneses se convencieron de que no deberían volver a atacar a Rusia.

Antes de que finalizaran las negociaciones con la delegación franco-británica, Voroshílov les dijo a los delegados: «¿Tenemos que invadir Polonia para poder acudir en su ayuda, o debemos ponernos de rodillas y rogarles que nos dejen ayudarles?». Voroshílov afirmó enfurecido: «La responsabilidad del fracaso de las negociaciones recaerá sobre franceses y británicos^[88]». Mientras tanto, los delegados franco-británicos recibieron la peor noticia posible: un comunicado de la agencia de noticias TASS informaba el 22 de agosto de la inminente visita del ministro de Asuntos Exteriores alemán. Se ha especulado mucho sobre los motivos de Stalin para iniciar estas conversaciones con Alemania, aunque la respuesta es mucho más sencilla que las teorías conspiratorias que se han barajado: fue Alemania la que persiguió el acuerdo con Stalin, no al revés. La falta de acuerdo entre la URSS y los aliados occidentales brindó a Hitler una oportunidad que aprovechó sin dilación. Hitler necesitaba urgentemente un pacto con Stalin antes de que las lluvias de otoño convirtiesen las llanuras polacas en lodazales que impidiesen el avance de sus tanques.

Ante la amenaza de una guerra en dos frentes, Hitler comenzó a rebajar el tono de los ataques de la propaganda contra la URSS. En mayo de 1939 se pidió a Moscú que considerase la posibilidad de abrir negociaciones comerciales. En un primer momento, Mólotov las rechazó señalando: «El Gobierno alemán está llevando a cabo alguna clase de juego^[89]». El 19 de agosto se firmó un acuerdo germano-soviético de comercio que otorgaba a la URSS un crédito de

doscientos millones de marcos para compra de maquinaria. El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Ribbentrop, ordenó iniciar negociaciones políticas con la URSS. En julio declaró estar en condiciones de poder discutir un acuerdo político en Europa del Este con la URSS, algo valorado por Stalin, que deseaba recuperar los antiguos territorios zaristas. Finalmente se mostró de acuerdo con que las negociaciones se llevaran a cabo en Moscú. El escenario estaba preparado para uno de los golpes de efecto diplomáticos más espectaculares de la historia^[90].

El insólito pacto fue firmado por Mólotov y Ribbentrop. A su llegada a Moscú, Ribbentrop se encontró el aeropuerto engalanado con esvásticas encontradas en los estudios de cine soviéticos donde habían servido para las películas antinazis que se habían proyectado tan solo unos meses antes. El personal del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores no fue advertido de antemano del pacto ni se le pidió que elaborara informes por escrito. No se publicó nada en los principales diarios. Con la excepción de Mólotov, el grupo de política exterior del Politburó que incluía a Malenkov, Beria y Mikoyán no sabía nada al respecto. Cuando llegó Ribbentrop a Moscú, dos diplomáticos de la embajada alemana comentaron que los oficiales de la Gestapo de la delegación alemana se habían dado la mano con sus contrapartes del NKVD. Uno de los diplomáticos, Hans von Herwarth, comentó: «Obviamente están encantados de poder colaborar al fin. ¡Pero, ojo! ¡Será desastroso, especialmente cuando comiencen a intercambiarse expedientes!»^[91].

El tratado exigía a ambas naciones que se abstuvieran de atacarse mutuamente y que permaneciesen neutrales si una de ellas se veía envuelta en una guerra con otros países. Tenía una validez de diez años con la posibilidad de ser renovado por otros cinco. El 27 de septiembre, Ribbentrop voló de nuevo a

Moscú, donde firmó los protocolos secretos, cuya existencia Mólotov seguía negando treinta años después. En los protocolos, que también negarían los gobiernos de la URSS hasta 1989, Alemania reconocía que Finlandia, Letonia, Estonia y la mitad oriental de Polonia se encontraban dentro de la esfera de influencia soviética. En la dirección de las relaciones internacionales, Stalin se convirtió en el realista supremo.

El comisario de Comercio, Mikoyán, señaló que el pacto «marcó uno de los momentos más importantes de la historia; [...] la alianza que significó era invencible». Las últimas palabras que le dijo Stalin a Ribbentrop antes de despedirse fueron: «Bajo mi palabra de honor, la Unión Soviética no traicionará a su socio». Stalin solía repetir, tras el pacto, que Hitler era un hombre en quien se podía confiar. A pesar de todo, Stalin, temiendo una posible traición alemana, intentó llegar a un acuerdo con las potencias occidentales hasta el 1 de septiembre de 1939. Seis días después, Stalin señalaba: «Hubiésemos preferido un acuerdo con los llamados países democráticos; sin embargo, Gran Bretaña y Francia querían tenernos como mercenarios sin ni siquiera pagarnos nada por ello». Solzhenitsyn señaló irónicamente que «Stalin desconfiaba de su madre, de Dios, de sus camaradas del Partido, de los campesinos y de los trabajadores, de la *intelligentsia*, de los soldados y de los generales, de sus más cercanos colaboradores, de sus mujeres y de sus hijos. La única persona de la que parecía fiarse en el mundo era de Adolf Hitler^[92]».

Cuando el ingeniero Tupolev, que se encontraba en la cárcel (continuando con el diseño de aviones), se enteró del pacto, gritó: «¿Qué clase de amistad es esa? ¿Qué les sucede? ¿Es que han perdido la cabeza?»^[93]. En una fábrica de Moscú, un ciudadano norteamericano que se había instalado en la

URSS afirmó que algunos trabajadores lloraban al oír las noticias del pacto. No conocía ni a un solo ruso que no odiara a los nazis. Algunos hacían comentarios hostiles contra el fascismo (y se les arrestaba por ello)^[94]. Mólotov declaraba: «Ayer los fascistas de Alemania llevaban a cabo una política exterior hostil a la URSS. Sí, ayer éramos enemigos en política exterior. Hoy, sin embargo, la situación ha cambiado y hemos dejado de ser enemigos». Sin embargo, muchos ciudadanos recordaban a los alemanes como enemigos en la Primera Guerra Mundial; algunos habían luchado contra ellos y se mostraban dispuestos a hacerlo de nuevo.

El Pacto Germano-Soviético golpeaba en la columna vertebral de la fe comunista, exponiendo el vacío moral de Stalin. El acuerdo no era consistente ni moral, ni ideológicamente. En Estados Unidos, el Pacto Ribbentrop-Mólotov convenció al Gobierno de que Stalin era un hombre capaz de cualquier cosa para promover los intereses soviéticos. Al final, la URSS desempeñó un papel crucial en el estallido de la Segunda Guerra Mundial, al igual que hizo Rusia en la primera: en 1914, había contribuido a la guerra al apegarse a ultranza a su alianza con Serbia y a su rígido calendario de movilización; en 1939, Stalin, al disipar los temores de Hitler de una guerra en dos frentes, hizo inevitable una guerra general.

Por su parte, Stalin era muy puntilloso en lo referente a la buena relación con Alemania. El diario *Pravda*, al informar del inicio de la guerra en Europa, se limitó a señalar: «Han comenzado acciones militares entre Alemania y Polonia». El embajador alemán en Moscú informó a Berlín de que la cobertura de prensa soviética hacia Alemania había cambiado por completo^[95]. François Furet, antiguo miembro del Partido Comunista, afirmó que con el cambio de dirección, los comunistas mostraron «una disciplina extraordinaria, única en

la historia de la humanidad». Una vez que se hizo pública la nueva línea, se «produjo una inmediata reorientación de una enorme base de militantes hacia una política totalmente opuesta a la del día anterior^[96]».

Mientras las fuerzas alemanas avanzaban por Polonia, muchos rusos, que desconocían los acuerdos secretos para la partición de Polonia, creían atemorizados que los alemanes no se detendrían en la frontera con la URSS, sino que invadirían su país. Stalin, que no deseaba aparecer ante la opinión pública mundial como alguien que se había repartido alegremente un país con Hitler, intentó retrasar la entrada de sus fuerzas en Polonia. Sin embargo, la rapidez del avance alemán hizo que no pudiese retrasar más su invasión de Polonia. Una clara indicación del sentimiento popular captado por la Embajada de Estados Unidos en Moscú es que la gente, al escuchar las noticias de la invasión soviética de Polonia, creía que finalmente se dirigirían para luchar contra los alemanes^[97].

Durante los diecisiete meses que duró el pacto, la URSS suministró a Alemania ochocientos sesenta y cinco mil toneladas de petróleo, seiscientos cuarenta y ocho mil toneladas de madera, catorce mil toneladas de manganeso, catorce mil toneladas de cobre y casi millón y medio de toneladas de grano. Además, los soviéticos compraron en los mercados mundiales materiales necesarios para Alemania, incluidas cincuenta y cuatro mil cuatrocientas toneladas de caucho. La Marina alemana recibió una base cerca de Múrmansk, mientras rompehielos soviéticos abrían un camino para los buques alemanes. Asimismo, buques meteorológicos soviéticos enviaron informes del tiempo para la Fuerza Aérea alemana durante la batalla de Inglaterra^[98].

Por tanto, durante los diecisiete meses que duró la extraña alianza la URSS suministró a Alemania enormes cantidades de materias primas. Pero, por el contrario, las entregas de material y tecnología alemana a la URSS se realizaban de forma lenta. Stalin concluyó erróneamente que con el suministro de materias primas a Alemania el ansiado *Lebensraum* o espacio vital que ansiaba Hitler en el este ya no le era necesario. Stalin había leído detenidamente *Mein Kampf*, de Hitler, y conocía perfectamente sus ambiciones en la URSS.

La Internacional Comunista fue obligada a cambiar su discurso. Toda referencia negativa al fascismo desapareció misteriosamente del diario *Pravda*. Se explicó a la población que el pacto era entre estados, no entre sistemas. Según Mólotov: «La ideología del hitlerismo, como cualquier otro sistema ideológico, puede ser aceptada o rechazada; es solo un punto de vista político. Pero todo el mundo está de acuerdo en que una ideología no puede ser destruida por la fuerza... Por ello resulta criminal abogar por la guerra para destruir al hitlerismo...»^[99].

Stalin no perdió el tiempo a la hora de poner en práctica su compromiso con Hitler, en el que los tres estados bálticos caían bajo su esfera de influencia. Para evitar tener que invadirlos directamente, utilizó otra estrategia: el primer paso fue la firma de unos pactos de asistencia mutua con la cláusula de aceptar «contingentes limitados» de tropas soviéticas y el establecimiento de bases navales y aéreas soviéticas en los territorios de los tres estados. El primero de los ministros de Asuntos Exteriores que fueron convocados a Moscú fue el estonio. En el Kremlin se reunió con Mólotov, que le exigió la aceptación de tropas soviéticas en Estonia. Mólotov cifró el número de tropas en treinta y cinco mil, a lo que el ministro estonio respondió que esa cifra era inaceptable, pues era mayor que todo el Ejército estonio. En ese momento, entró Stalin y

preguntó cuál era el problema. Entonces, en una trama bien elaborada (que se repetiría en las relaciones con los aliados occidentales durante la guerra mundial), rebajó el número de tropas soviéticas hasta los veinticinco mil hombres. El pacto con Estonia fue firmado el 28 de septiembre; en octubre se firmó otro con Lituania y Letonia.

Para asegurar la zona de Leningrado ante un ataque extranjero, Stalin exigió la transferencia del territorio finlandés situado en las cercanías de sus bases navales bálticas. Los finlandeses, ante la sorpresa de Stalin, rechazaron las pretensiones soviéticas. «Esto no puede seguir así mucho tiempo sin peligro de accidentes», les dijo Stalin a los delegados finlandeses. Estos respondieron que precisaban de una mayoría de cinco sextas partes de su Parlamento para poder aceptar. Stalin comentó entre risas con su habitual brutalidad: «¡Podéis estar seguros de que conseguiréis el 99%!», «¡Y nuestros votos además!», añadió Mólotov. Finalmente, Mólotov finalizó sus reuniones con los finlandeses diciéndoles: «Los civiles ya no podemos hacer más. Ahora les toca el turno a los militares^[100]».

La negativa de Finlandia llevó a la ruptura de relaciones diplomáticas y en noviembre de 1939 los rusos iniciaron un ataque masivo a través del istmo de Carelia. Kruschev recordaba, tras la guerra, que Stalin le había asegurado: «Lo único que tenemos que hacer es disparar unas cuantas piezas de artillería y los finlandeses capitularán^[101]». Sin embargo, y a pesar de que el ataque se lanzó con una enorme superioridad numérica, los soviéticos fueron inicialmente rechazados y sufrieron duras derrotas. Los casos de congelación y hambre se sumaron a las bajas ocasionadas por las rápidas unidades de esquiadores finlandeses y sus expertos francotiradores, que parecían invisibles. Durante el conflicto, los finlandeses hicieron uso por vez primera de los temidos cócteles molotov,

un guiño al culto a la personalidad del ministro soviético. Los comandantes soviéticos estaban demasiado controlados por comisarios políticos que no entendían nada del campo de batalla.

La llamada «guerra de invierno» se convirtió en un sangriento empate en las nieves septentrionales. El Gobierno finlandés era, por supuesto, plenamente consciente de que derrotar por completo al Ejército Rojo estaba muy por encima de sus posibilidades. Con el nombramiento del mariscal Timoshenko y el envío de veintisiete divisiones apoyadas por fuerzas acorazadas, finalmente se pudo romper el frente finlandés. Tan solo a principios de febrero de 1940, cuando la URSS concentró a casi un millón de hombres y luego de un prolongado bombardeo de las posiciones defensivas finlandesas en la llamada línea Mannerheim, el Ejército Rojo pudo infiltrarse y forzó a los finlandeses a pedir la paz un mes después^[102].

La humillación en la guerra de invierno produjo cambios fundamentales en el mando soviético. Voroshílov, que había sido la voz dominante en el Comisariado de Defensa durante quince años, fue sometido a un duro examen. Stalin despreció lo que denominó «el culto de admiración por la experiencia de la Guerra Civil» y finalmente cesó a su compañero de armas, a quien Kruschev consideraba «el mayor saco de excrementos del Ejército^[103]». Voroshílov reunió el coraje necesario para rebatir a Stalin: «¡Tú eres el culpable de todo esto! ¡Tú eres el que aniquiló a la vieja guardia del Ejército, tú mataste a nuestros mejores generales!». Cuando Stalin le dijo que no era cierto, Voroshílov estrelló un plato contra la mesa. Kruschev afirmó que nunca había visto nada igual. Al final, Voroshílov pudo sentirse satisfecho de haber perdido solo su puesto. Cualquier otro habría sido enviado rápidamente a Lubianka, donde hubiese recibido un trato especial. En su lugar, Stalin

nombró a Timoshenko, que llevó rápidamente a cabo reformas profundas en el Ejército. El estado del Ejército Rojo se puede deducir del comentario del general Kiril Meretskov, que había luchado en Finlandia: «Nuestra gente está demasiado atemorizada, les asusta ponerse en situaciones difíciles y tienen miedo de decir la verdad^[104]».

La guerra ruso-finlandesa, en la que una nación de tres millones y medio de habitantes había logrado contener durante todo un invierno al ejército de una nación con una población cincuenta veces superior, desprestigió al Ejército soviético. Churchill le comentó a Roosevelt: «El Ejército Rojo no vale nada». El entusiasmo suscitado en Occidente por el desafío finlandés fue tan grande que Inglaterra y Francia casi llegaron intervenir a su lado. En caso de haberse producido esa intervención suicida, se habrían encontrado en guerra contra Alemania y la URSS simultáneamente. Al final, las filas rusas sufrieron 126 875 bajas en cuatro meses. El conflicto ruso-finlandés alertó a Hitler sobre los peligros de su impredecible aliado.

Por su parte, en mayo de 1940, los ejércitos alemanes destrozaron a los de Holanda, Bélgica, Francia y el cuerpo expedicionario británico. El inesperado y rápido resultado hizo pedazos también la estrategia cuidadosamente elaborada por Stalin. El Pacto Germano-Soviético era para él una forma de desviar la atención alemana hacia el oeste con la esperanza de que Alemania se viese involucrada en una guerra de desgaste, de la cual esta saliese «tan debilitada que necesitase años antes de arriesgarse a lanzar una guerra con la URSS^[105]». Por el contrario, Stalin se encontraba de la noche a la mañana con una Alemania triunfante y con una URSS sin aliados. Cuando las noticias de la rendición de Francia llegaron al Kremlin, Kruschev se encontró a Stalin «maldiciendo como un taxista»: «¿Cómo han podido dejarse vencer, aplastar por Hitler?»^[106].

Ni los más optimistas consideraban que Gran Bretaña pudiese resistir mucho tiempo ante el coloso alemán. Para Stalin se trataba de la peor noticia posible y reconoció lo precario de la situación: «No estamos preparados para una guerra como la que se está desarrollando entre Alemania e Inglaterra». Mólotov también recordaba que Stalin le había confesado lo siguiente: «Solo en 1943 podremos enfrentarnos a los alemanes en pie de igualdad^[107]».

El 6 de abril las tropas alemanas atacaban a Grecia y a Yugoslavia. En tres días de incesantes bombardeos, más de diecisiete mil personas murieron en Belgrado. El nombre en clave de la operación no dejaba lugar a dudas: Castigo. Belgrado fue ocupada el 13 de abril. Los griegos, que llevaban resistiendo seis meses la invasión italiana, tuvieron finalmente que rendirse. El 22 de abril, los cincuenta mil soldados aliados eran embarcados en los puertos de Grecia. El mismo día de la caída de Belgrado, el ministro de Asuntos Exteriores japonés llegó a Moscú. Stalin se percató de la importancia que tenía contar con un frente oriental tranquilo en el caso de que Hitler se decidiera finalmente a invadir la URSS. Tras la victoria de Zhúkov en el breve conflicto con Japón, el Gobierno japonés se convenció de que el futuro del Imperio del sol naciente se encontraba en el sur, en las colonias del Imperio británico. El 14 de abril de 1941 Japón y la URSS firmaban un tratado de no agresión. Stalin se mostró exultante al creer que había conseguido cambiar el destino de la URSS. A continuación se celebró una bacanal en la que se bebió tanto que tuvieron que llevar al ministro japonés a rastras hasta el tren.

Stalin intuía que tenía que acelerar al máximo la puesta a punto del Ejército Rojo. Desde 1932, la norma había sido un día laboral de siete horas. Stalin ordenó que fuera extendido a ocho horas y que se trabajara sin días de descanso. Se introdujo una estricta disciplina en el trabajo: llegar más de veinte

minutos tarde al trabajo era un crimen a no ser que se presentase un certificado médico; el absentismo, por supuesto, estaba totalmente prohibido. La ley fue aplicada con toda la severidad y a lo largo y ancho de la URSS se sentenció a miles de personas a penas de «trabajo forzado». Se trataba de un castigo en el cual la persona condenada era obligada a continuar con su trabajo, pero con un recorte salarial de un 25% o, en algunos casos, hasta de un 50%. Los administradores y los ingenieros eran tan vulnerables en el nuevo sistema como los trabajadores manuales. Si la planta o departamento del que eran responsables fallaba a la hora de cumplir con la producción o producía bienes que no alcanzaban lo exigido, se enfrentaban a penas de prisión.

Se ideó un plan para movilizar «reservas de mano de obra estatales». Por un decreto promulgado el 2 de octubre de 1940, entre ochocientos mil y un millón de jóvenes de entre catorce y diecisiete años fueron reclutados en diversas escuelas de comercio, ferrocarril e industriales. Aquellos que demostraban tener un gran potencial seguían cursos intensivos de dos años para recibir entrenamiento como químicos, metalúrgicos o ingenieros de ferrocarril, entre otros. A los que demostraban menos talento se les daban cursos de seis meses en minería de carbón y construcción. El ingeniero John Scott recordaba haber visto filas de jóvenes en uniforme que marchaban por las calles entre los dormitorios y sus diversas escuelas. Aunque existió cierta resistencia de los padres contra ese reclutamiento, para muchos era una gran oportunidad de conseguir que sus hijos se alejaran de la granja colectiva y aprendieran una profesión sin tener que gastar dinero.

Durante la debacle anglo-francesa en el oeste, Stalin pasó a su segundo plan para los países bálticos. Un ultimátum soviético el 14 de junio exigió que se admitiesen tropas soviéticas argumentando que las tropas que ya estaban

estacionadas en esos países no eran suficientes para garantizar la seguridad de la URSS. Los tres gobiernos no tuvieron más remedio que aceptar el ultimátum y la ocupación se llevó a cabo sin incidentes. Cuando los tanques soviéticos entraban en las ciudades y los pueblos bálticos, cuyas atractivas casas y cuidados campos impresionaban a los soldados soviéticos, los ciudadanos de esos países observaban con tristeza y odio la ocupación de sus tierras. Los débiles partidos comunistas locales convocaron reuniones populares para demostrar la alegría de los ciudadanos por la nueva situación. Sin embargo, los rostros reflejaban tal amargura que ninguna de las fotos de aquellas reuniones fue considerada apta para ser publicada en la prensa de Moscú. Tras unas «elecciones» de lista única en julio de 1940 el Sóviet Supremo aceptó la admisión de las nuevas repúblicas en la URSS. El NKVD pronto impuso su régimen de terror en los países bálticos, asesinando a personas por pretextos tan banales como «cantar canciones populares letonas». Stalin dijo con su peculiar sentido del humor: «El camarada Beria se encargará del alojamiento de nuestros invitados bálticos». El año de ocupación soviética fue desastroso para los pueblos bálticos. El total de ejecutados o deportados fue impresionante: en Letonia, unas 34 250 personas; en Estonia, sesenta y cinco mil y en Lituania, setenta y cinco mil^[108].

Mientras tanto, las relaciones con Alemania se habían deteriorado. Cuando Hitler ocupaba Francia, Stalin había presentado un ultimátum a Rumanía por el que exigía que cediera los territorios de Besarabia y el norte de Bucovina, que no estaba incluida en el pacto secreto con Alemania. Besarabia formaba parte de los acuerdos con Hitler de agosto-septiembre de 1939. Sin embargo, como no estaba del todo claro, se recurrió a la vía diplomática con Alemania. El 23 de junio de 1940, Mólotov informó al embajador alemán de que el

problema de Besarabia tenía que resolverse de inmediato y que Moscú reclamaba también Bucovina, por su gran proporción ucraniana. Berlín dio el visto bueno al tema de Besarabia, pero no dijo nada de Bucovina, por lo que Mólotov redujo sus exigencias a Bucovina del Norte.

Moscú presentó a Rumanía un ultimátum que el Gobierno rumano se vio forzado a aceptar. Hitler había dado su visto bueno, pero, a partir de ese momento, endureció su postura frente a Moscú. Al finalizar ese proceso, Stalin había logrado recuperar todo el territorio perdido por Rusia durante la Primera Guerra Mundial. Con la ocupación de Besarabia, las fuerzas soviéticas se encontraban a tan solo ciento noventa kilómetros de los pozos petrolíferos de Ploiesti, en Rumanía, que proporcionaban gran parte del suministro alemán de combustible. La expansión soviética hacia el oeste atemorizó a Hitler: la guerra ruso-finlandesa había colocado a Alemania en una situación difícil, pues Hitler sentía simpatía por la causa finlandesa. Cuando finalizó la guerra, este ordenó que se enviaran tropas alemanas al país nórdico. El suministro de maquinaria y de armas a la URSS estipulado en el pacto fue lento e irregular. A pesar de las quejas, los alemanes preferían retrasarse a entregar su última tecnología a la URSS.

En noviembre de 1939, los habitantes de las nuevas tierras que el pacto con Alemania había «otorgado» a Stalin se convirtieron por decreto en ciudadanos soviéticos. La invasión de Polonia por la URSS fue presentada por Mólotov como un intento de poner fin a la «bancarrotta interna del Estado polaco». Mólotov se refería habitualmente a Polonia como «el hijo monstruoso del Tratado de Versalles». Dos millones de polacos fueron deportados a Siberia y Asia Central^[109]. En las primeras semanas de la ocupación, los terratenientes más ricos, hombres de negocios y policías fueron fusilados o encarcelados. Para los ciudadanos polacos de las zonas

ocupadas por los soviéticos comenzaba un calvario brutal. Miles murieron en los vagones de ferrocarril sin agua ni luz. Muchos más fallecieron como consecuencia de la malnutrición y el frío en las zonas de destino. Además, un gran número de oficiales polacos fueron maniatados y fusilados en el bosque de Katyn y enterrados en fosas comunes, en una de las masacres más tristemente famosas de la Segunda Guerra Mundial, bajo órdenes personales de Stalin, movido por su temor a que los oficiales pudiesen aglutinar de nuevo el nacionalismo polaco^[110].

En abril de 1943, las tropas alemanas descubrieron cerca de la localidad de Smolensk la enorme fosa común. Se encontraron los cuerpos de tres mil oficiales polacos con las manos atadas a la espalda y con un tiro en la nuca. Los fusilamientos los había llevado a cabo un contingente al que se le proporcionaron armas y municiones de fabricación alemana. En posteriores excavaciones se encontraron siete mil cuerpos más. Stalin habría temido conservar a un número tan grande de enemigos en la URSS una vez que se inició la invasión alemana. Sin duda, los asesinatos de Katyn demostraron una falta de previsión poco corriente en Stalin: la URSS iba a ser declarada culpable ante la comunidad internacional. En una conversación que tuvo lugar en el Kremlin, Stalin le dijo al general polaco Sikorski, que solicitaba información sobre la suerte de los oficiales, que a lo mejor habían huido: «¿Pero dónde pueden haber huido?», preguntó atónito el general. «A Manchuria, por ejemplo», respondió Stalin^[111].

Las autoridades soviéticas acusaron a los alemanes. Cuando comenzó la guerra con Alemania y Stalin firmó una alianza con el Gobierno polaco en el exilio, los polacos pidieron información sobre sus oficiales desaparecidos. En agosto de 1940, los húngaros, y posteriormente la Cruz Roja,

comenzaron a preguntar también por los desaparecidos. El Gobierno polaco en Londres exigió que la Cruz Roja investigase los hechos y los soviéticos respondieron rompiendo las relaciones diplomáticas con los polacos de Londres. Durante el conflicto, temiendo que la matanza de Katyn perturbase la alianza contra Hitler, tanto Roosevelt como Churchill se desentendieron del asunto considerándolo obra de la propaganda alemana^[112]. Churchill no ofreció ningún apoyo a los polacos; la necesidad de derrotar a Alemania estaba por encima de todo, por lo que debía mantener buenas relaciones con la URSS. Churchill le dijo al general Wladyslaw Sikorski, primer ministro del Gobierno polaco en el exilio: «las revelaciones alemanas son probablemente ciertas, los bolcheviques pueden ser muy crueles^[113]».

Si Hitler albergaba alguna duda sobre si atacar a la URSS, estas fueron despejadas definitivamente por la visita que Mólotov realizó a Berlín el 12 y 13 de noviembre de 1940. Resulta muy complejo saber a ciencia cierta los motivos por los que Hitler invitó a Mólotov. Puede que quisiese enviar un mensaje a los estados neutrales de que no tenían nada que temer al unirse a Alemania, pues la URSS era una nación amiga con la que mantenía contactos de alto nivel. También es probable que, sabiendo que las negociaciones iban a fracasar, desease convencer a sus generales reticentes a la invasión de Rusia de que Stalin ya solo entendía el lenguaje de las armas.

Resulta difícil imaginarse a dos hombres menos capaces de comunicarse entre sí que Hitler y Mólotov. Este último se mostró en todo momento inflexible. A pesar de la gigantesca victoria obtenida por Alemania en el oeste, solo estaba dispuesto a ceñirse a la letra del Pacto Ribbentrop-Mólotov. Alemania le ofrecía una expansión hacia el Índico, mientras Japón se dirigía hacia Asia y Alemania y, una vez vencida la última resistencia inglesa, hacia África. Mólotov deseaba

proseguir el avance histórico hacia el mar Negro y que se revisase a fondo el Tratado de Montreux sobre los estrechos turcos. Los alemanes hablaban de generalidades y Mólotov se aferraba a los detalles, por lo que las conversaciones no podían prosperar. Cuando Ribbentrop le propuso a Mólotov que Rusia se dirigiera hacia el sur, hacia el mar abierto, que era tan importante para ella, Mólotov contestó: «¿De qué mar me está hablando?»^[114]. En realidad, Mólotov se encontraba ante una situación negociadora imposible: Stalin sería muy difícil de convencer, puesto que se encontraba entre su reticencia a contribuir a una victoria alemana definitiva contra Gran Bretaña y su preocupación por el hecho de que si Alemania vencía sin ayuda de la URSS, Stalin no podría repartirse el botín con Hitler. Mólotov temía mucho más a Stalin que a Hitler.

En las diversas reuniones, Mólotov exigió garantías sobre los pactos y las relaciones de Alemania con otras potencias. Hitler le indicó a Mólotov que Alemania había cumplido con su parte del Pacto Ribbentrop-Mólotov. Sin embargo, Rusia había ocupado Bucovina del Norte y parte de Lituania, que no estaban incluidas en el mencionado acuerdo. Alemania, señaló Hitler, había aceptado tales ocupaciones porque consideraba que se encontraban en la zona de influencia rusa. A cambio, Hitler esperaba que Rusia respetase los intereses alemanes en Finlandia y Rumanía. Eso era algo que Mólotov no estaba dispuesto a otorgar. Hitler le preguntó si Rusia deseaba ir a una guerra con Finlandia. «Rusia desea un acuerdo del mismo tipo que en Besarabia», respondió Mólotov. Eso suponía la anexión. Hitler le replicó: «No debe haber guerra con Finlandia, ya que tal conflicto tendría enormes repercusiones». Según el intérprete de Hitler, ningún invitado extranjero le había hablado nunca de aquel modo ni lo había sometido a un interrogatorio^[115].

Stalin se encontraba confundido y se volvió demasiado ambicioso; exigía a Hitler Finlandia, Rumanía y Bulgaria, así como zonas de Turquía, Hungría e Irán. Era un error comprensible. El vuelco en Europa del Este como consecuencia de la subida al poder de Hitler había sido tan gigantesco que cualquier plan, por ambicioso que fuese, parecía posible^[116].

Para los alemanes, las peticiones de Mólotov parecían no tener fin; este señaló que las ambiciones de Rusia en el Báltico no se limitaban a Finlandia, sino que incluían la cuestión de la neutralidad sueca y el acceso al mar del Norte. Para Alemania eso suponía un riesgo enorme, debido a que era en la zona del Báltico donde se entrenaban los submarinos alemanes y era además la zona de tránsito del vital mineral de hierro sueco. Ribbentrop y Hitler intentaron persuadir a Mólotov de poner un límite a las ambiciones territoriales rusas. Hitler habló de un territorio asiático en el sur que Alemania consideraba ya «parte de la esfera de la “influencia rusa”». Pero Mólotov deseaba concesiones concretas inmediatas, lo que le hacía regresar al problema de los Balcanes. Mólotov puso en seguida a prueba la proposición de Hitler de que Rusia y Alemania no tenían intereses en conflicto: «Han dado a Rumanía una garantía que nos desagrada, ¿es válida también contra Rusia?». Hitler le contestó: «Se aplicará contra cualquier país que ataque a Rumanía^[117]».

La última reunión con Ribbentrop fue la que adquirió mayor dramatismo. Los soviéticos habían invitado a la delegación alemana a una cena en la residencia de la Embajada soviética. El intérprete de Hitler recordaría el encuentro: «En las magníficas estancias del edificio intacto de la antigua embajada zarista en el Unter der Linden y, por así decir, bajo la mirada de Lenin, cuyo busto adornaba las salas de la embajada, nos sirvieron los productos más apreciados de Rusia, sobre

todo caviar y vodka. Ninguna mesa capitalista —o plutocrática, como entonces solía decirse en la jerga nazi del Tercer Reich— hubiera podido estar más ricamente abastecida^[118]». Mientras observaba a los soviéticos, al diplomático Ernst von Weizsäcker le pareció que los desastrados rusos se asemejaban a «extras de una película de gánsteres» y se mostró deprimido al pensar que una nación de ciento setenta millones tuviera esos representantes «tan lamentables^[119]».

Debido a una alarma aérea por un bombardeo británico, la reunión tuvo que continuar en el búnker de Ribbentrop. Allí, Ribbentrop realizó el último esfuerzo por salvar el pacto que tanto prestigio le había supuesto. Le indicó a Mólotov las ventajas de aprovechar el desmembramiento del Imperio británico, cuya derrota estaba al llegar. Mólotov le dio entonces una de las respuestas más abruptas de la historia de la diplomacia: «Si eso es así, entonces, ¿qué hacemos aquí en este bunker y de quién son las bombas que están cayendo?». A la desesperada, Ribbentrop intentó la adhesión soviética al Pacto Tripartito, sin comprender que Stalin no le había otorgado a Mólotov un poder para ir más allá de lo que ya le había dicho a Hitler. Stalin afirmaría posteriormente sobre lo poco que consiguió Mólotov al abandonar Berlín: «Nada de lo que jactarse, aunque... nos aclara mucho sobre el estado de ánimo de Hitler en la actualidad^[120]».

Lo que sucedió en el célebre encuentro fue que Hitler no logró en ningún momento que los intereses rusos se dirigieran hacia el Índico, lejos de los tradicionales intereses rusos en Europa del Este, los Balcanes y el Mediterráneo. Rusia seguía teniendo fuertes intereses en Europa. Por otro lado, a diferencia del momento del Pacto Ribbentrop-Mólotov, Alemania ya no deseaba nada a cambio de un acuerdo con la URSS. Los puntos de vista alemanes y soviéticos eran irreconciliables. Inmediatamente después de la visita de

Mólotov, Hitler manifestó: «Stalin es listo y astuto, pide cada vez más y más. Es un frío chantajista. Una victoria alemana es algo que Rusia no puede soportar. Por ello debe ser puesta de rodillas cuanto antes^[121]».

Los soviéticos realizaron una contrapropuesta sin mucho sentido en la que exigían, como condición previa para ingresar en el Pacto Tripartito con Alemania, Italia y Japón, la retirada de las tropas alemanas de Finlandia, el ingreso de Bulgaria en una alianza militar con la URSS, la aceptación turca de bases soviéticas en su territorio, que Irán y el golfo Pérsico fueran reconocidos parte de la zona de influencia soviética y que Alemania aceptase que la URSS optara por la fuerza para conseguir tales objetivos. Stalin tuvo que saber que esas condiciones jamás serían aceptadas por Hitler, ya que él no ofrecía una reciprocidad proporcional. Hitler le ordenó a Ribbentrop que no se molestara en contestar. Stalin mantuvo su extraña política de cooperar con Alemania mientras se le oponía en lo geopolítico, como si no existiera peligro alguno.

La señal de advertencia más clara a Stalin provino del embajador alemán en Moscú, Schulenburg, en una cena para el embajador ruso en Berlín, que se encontraba temporalmente en Moscú. En el transcurso de la misma Schulenburg le dijo a Dekanozov: «Señor embajador, esto no tendrá precedentes en la historia de la diplomacia, pues estoy a punto de revelarles el máximo secreto de Estado: dígame a Mólotov, y él, espero, informará a Stalin, que Hitler ha decidido iniciar la guerra con la URSS el 22 de junio. ¿Y por qué le cuento esto? se preguntará. Yo fui criado en el espíritu de Bismarck, que siempre se opuso a la guerra con Rusia». Schulenburg consideraba necesario traicionar a Hitler para defender a Alemania. Dekanozov no perdió el tiempo y le contó rápidamente lo que sabía a Stalin. Este transmitió el mensaje a los miembros del Politburó apuntando: «La desinformación ha

alcanzado incluso a los embajadores^[122]».

Entre las señales ignoradas por Stalin estuvo la mejora de las carreteras y las vías de ferrocarril que unían Alemania y Europa del Este con la frontera de la URSS. Conocido como el Otto-Programme, había sido iniciado en octubre de 1940 y completado en mayo de 1941. Por otra parte, los informes de los espías de Stalin eran concluyentes sobre la inminente invasión alemana. «Zeus», en Sofía, informó el 14 de mayo sobre la concentración de divisiones motorizadas alemanas a lo largo de la frontera soviética. El 19 de mayo, «Dora», desde Zúrich, señaló que los planes para el ataque alemán ya habían finalizado. El 29 de mayo, «ABC», con base en Bucarest, afirmó que la invasión comenzaría el 15 de junio. Incluso el Partido Comunista Chino había alertado a Moscú sobre las intenciones alemanas. Stalin hizo caso omiso.

La brigada de bomberos de Moscú informó de que la Embajada de Alemania estaba quemando documentos, prueba de que se iba a abandonar la delegación. Habiendo traicionado a tanta gente en su vida, Stalin no veía ningún motivo por el que otros no lo hiciesen, especialmente si los espías eran mentirosos profesionales. La terrible cuenta atrás para el estallido del conflicto redobló el enrarecido clima de miedo que reinaba en la cúpula del poder soviético. Stalin afirmaba de Hitler: «No es tan tonto como para no entender la diferencia que existe entre la Unión Soviética y otros países como Polonia o Francia, o incluso Inglaterra; de hecho entre la URSS y todos ellos juntos^[123]». Resulta equivocado pensar que Stalin desconocía el verdadero poder de Hitler. Mólotov recordaría posteriormente: «Sería erróneo decir que lo subestimaba. Sabía que Hitler se las había ingeniado para organizar al pueblo alemán en poco tiempo. Había existido un partido comunista importante y, sin embargo, había desaparecido —¡fue barrido!—. Hitler tenía el apoyo del pueblo y los alemanes lucharon de

tal modo en la guerra que esto resultaba palpable. Así que Stalin, con su desapasionado acercamiento a la consideración de la estrategia global, se tomó todo esto muy en serio^[124]».

Las modificaciones territoriales desde 1939 hasta 1941 habían empujado la frontera un promedio de ciento cincuenta a trescientos kilómetros hacia el oeste. La construcción de nuevas líneas defensivas había comenzado en 1940; sin embargo, la falta de presupuesto y la desidia retrasaron su finalización. En marzo de 1941, el alto mando soviético decidió utilizar las fortificaciones existentes para construir las nuevas. El resultado fue que ninguna de las dos estaba en condiciones operativas cuando se iniciaron las hostilidades, solo una cuarta parte de las nuevas fortificaciones habían sido construidas en las nuevas fronteras, mientras que los puntos fuertes de la llamada «Línea Stalin» eran inútiles privados de sus armas y municiones. Cuando el general Zhúkov visitó los distritos militares fronterizos en el mes de abril, se encontró con que no había campos minados ni apoyo artillero.

Tras recibir un informe de la inminente invasión alemana de un cuartel general de la fuerza aérea, Stalin escribió en el margen: «A lo mejor le podemos decir a esta fuente que se vaya a joder. Él no es una fuente, sino un mentiroso». Stalin seguía repitiendo furioso a sus generales: «Hitler y sus generales no son tan tontos como para comenzar una guerra en dos frentes. Los alemanes se rompieron el cuello por culpa de eso en la Primera Guerra Mundial. Hitler nunca se atrevería a hacer algo así». El general Zhúkov, desesperado, intentó sin éxito que Stalin modificara su peligrosa política conciliadora con Alemania. Stalin le espetó con furia: «¿Qué es lo que busca? ¿Ha venido aquí para asustarnos con la idea de la guerra, o es que verdaderamente desea la guerra? ¿Es que no tiene ya suficientes medallas y títulos?». Stalin le dijo a un espantado grupo de oficiales: «Si pensáis provocar a los alemanes en la

frontera movilizando tropas en la zona sin nuestro permiso, rodarán cabezas. Recordad mis palabras». Mólotov le comentaría posteriormente al embajador británico que nunca se les ocurrió que Hitler atacaría «sin discusiones preliminares y sin ultimátum^[125]». Stalin repitió hasta el final de sus días: «Junto a los alemanes hubiésemos sido invencibles^[126]».

El 5 de mayo de 1941, Stalin presidió la ceremonia de graduación de las academias militares de Moscú. Las palabras que pronunció en aquella ocasión no fueron reproducidas por la prensa de entonces. En vez de los tranquilizadores discursos que había pronunciado sobre las intenciones alemanas, declaró: «La guerra con Alemania es inevitable. Si el camarada Mólotov logra posponer la guerra durante dos o tres meses a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, tanto mejor para nosotros. Pero vosotros debéis seguir adelante y tomar medidas para elevar la capacidad de combate de nuestras fuerzas. [...] Hasta ahora hemos llevado a cabo una política pacífica y defensiva, y además hemos educado a nuestro ejército en este espíritu. Sin duda hemos ganado algo con nuestros empeños por mantener una política de paz. Pero ahora la situación debe cambiar. [...] Una buena defensa implica la necesidad de atacar. El ataque es la mejor forma de defensa. Ahora debemos llevar a cabo nuestra política defensiva y de paz mediante el ataque. Sí, defensa con ataque. Ahora debemos reeducar a nuestro ejército y a nuestros comandantes. Infundirles el espíritu de ataque^[127]».

EL PACTO CON ALEMANIA. UN BALANCE

¿Fue el Pacto Germano-Soviético beneficioso para la URSS? La tesis positiva considera que retrasó la participación de la URSS en la guerra, lo que permitió la posterior victoria sobre

Alemania. Los historiadores soviéticos señalaban que los acontecimientos posteriores demostraron que había sido la política correcta, dadas las circunstancias, y que permitió la reconstrucción del país durante dos años, así como fortalecer las defensas. También permitió crear una zona «tapón» en Europa del Este. Sin embargo, esta visión resulta demasiado simplista. El pacto dio a Stalin una falsa sensación de seguridad y fue negativo para su país de varias formas. En primer lugar, Stalin se comprometía con un pacto que la URSS no necesitaba. En realidad, Hitler estaba demasiado preocupado con Gran Bretaña y Francia como para lanzar una invasión de Rusia en 1939. En segundo lugar, de haberlo hecho, curiosamente la URSS hubiese estado mucho mejor en ese momento que en 1941: entre 1939 y 1941, la producción alemana de armamento aumentó proporcionalmente más rápido que la de la URSS, capacitando a Alemania para lanzar en 1941 una invasión que hubiese sido imposible en 1939. Además, la URSS perdió la ventaja estratégica con la caída de Francia en 1940 y la incapacidad de Gran Bretaña de lanzar un ataque contra el continente. Es cierto que en ese mismo período comenzó el proceso de expansión de la zona de seguridad soviética, tomando posesión de los estados bálticos, Besarabia y la zona norte de Bucovina, pero este proceso debe ser analizado como una compensación de la expansión que el pacto había permitido realizar a Alemania.

Además, Stalin asumió erróneamente que la URSS estaba a salvo de una invasión alemana, al menos a medio plazo, lo que le permitía seguir con sus objetivos. De esa manera llevó a cabo una política basada en un error fundamental: la presunción de que Alemania se volvería cada vez más flexible en proporción a la presión aplicada por la URSS. Sin embargo, la búsqueda de esa política no resultó en una profundización en el Pacto Germano-Soviético, sino en el inicio de una grave crisis en las

relaciones entre ambos países, que acabaría en un conflicto abierto^[128]. En realidad, Stalin no se dio cuenta de que la presión soviética dependía de la tolerancia alemana y Hitler no estaba dispuesto a aumentar esa tolerancia. Con su insistencia en obtener concesiones en los Balcanes, lo único que consiguió Stalin fue aumentar la determinación de Hitler de lanzarse cuanto antes contra la URSS.

Incluso cuando Stalin comprobó que las relaciones con Alemania se estaban deteriorando rápidamente, cometió gravísimos errores. Cuando esto fue evidente tras la visita de Mólotov a Alemania, Stalin no pareció alarmado por el peligro inminente. De hecho, es posible afirmar que perdió todo control sobre la situación. No llevó a cabo ningún contacto con Gran Bretaña, considerando que esa maniobra lanzaría a Hitler contra Rusia y quitaría presión a Churchill; esto demostró ser un error de anticipación, pues Hitler ya estaba decidido a enviar a su ejército contra Rusia, por lo que Stalin perdió una valiosa iniciativa. En segundo lugar, Stalin asumió que cualquier guerra con Alemania iría precedida de señales de alarma desde Berlín y que la URSS tendría tiempo suficiente para evitar el conflicto. Eso hizo que Stalin cometiese un tercer error, al ignorar los numerosos avisos de un ataque alemán inminente. De acuerdo con Churchill, Stalin se convirtió así en el «chapucero más engañado de la Segunda Guerra Mundial^[129]».

En 1988, Viktor Suvorov (seudónimo de Vladimir Rezan), un antiguo oficial de Inteligencia soviético, publicó una obra titulada *Icebreaker: Who Started the Second World War?*, en la que señalaba que el líder soviético se encontraba planificando un ataque contra Alemania hacia julio de 1941. Su tesis se basaba en el hecho de que la mayoría de los tanques destruidos por los alemanes en 1941 eran de tipo ligero, más apropiados para el avance sobre carreteras europeas que para

los pantanos y la nieve rusa. En este sentido, Stalin aparecería como el agresor revolucionario y Hitler como la víctima. La obra presentaba a Hitler luchando una guerra preventiva contra la URSS. La tesis suscitó un agrio debate en la Rusia postcomunista y en Alemania. En Rusia, los escritores «patrióticos» se mostraron escandalizados. En Alemania, la «controversia Suvorov» se convirtió en un elemento más del debate sobre el papel de Alemania en la guerra mundial. Las respuestas más contundentes a los argumentos de Suvorov fueron las del historiador Gabriel Gorodetsky, en 1999, y el experto en la guerra germano-rusa David Glantz.

Gorodetsky descarta los argumentos sobre los planes de guerra de Stalin, afirmando que este operaba desde una posición de debilidad y no creía que Hitler temiera el ataque soviético en 1941. La «ilusión» de Stalin fue pensar que Hitler estaba preparado para negociar un nuevo acuerdo de reparto de influencia. Por su parte, Glantz considera que el Ejército Rojo era demasiado débil como para atacar y que Stalin conocía su debilidad. Las certezas de Gorodetsky y de Glantz han sido rebatidas por documentos que han visto la luz tras la caída del comunismo y que indican que el Ejército Rojo (si no Stalin) contaba efectivamente con planes ofensivos. La aparición de estos documentos ha reavivado el debate sobre si dichos proyectos estratégicos estaban destinados a lanzar un ataque sorpresivo o si se trataba tan solo de un esquema para lanzar un rápido contraataque. La debilidad del enfoque de Suvorov fue no intentar demostrar si Hitler conocía los supuestos planes de Stalin. En realidad, los motivos de Hitler para atacar no tenían nada que ver con supuestas informaciones sobre un ataque soviético^[130]. El general alemán Manstein señaló que «la disposición de las fuerzas soviéticas el 22 de junio de 1941 no parecía indicar una intención de agresión inmediata por parte de la Unión Soviética^[131]».

Como ya se señaló anteriormente, Stalin realizó un discurso en mayo de 1941 ante los nuevos graduados de la academia militar en el que señaló que el Ejército Rojo debía pasar de la «defensa a la ofensiva»: «El Ejército Rojo es un ejército moderno y un ejército moderno es un ejército ofensivo». Diez días después, el comisario para la Defensa, Semen Timoshenko, apuntaba en un memorando secreto que era preciso realizar «un ataque repentino contra el enemigo, desde el aire y desde tierra^[132]». Estos dos discursos fueron alegados como evidencia por los historiadores que apoyaban la tesis de Suvorov. Sin embargo, no se puede considerar que apoyasen la idea de una inminente ofensiva soviética. El mismo Zhúkov recordaba posteriormente que al tener conocimiento de la idea, Stalin la rechazó de plano: «¿Se ha vuelto loco?», gritó. Por su parte, Timoshenko recordaba que Stalin llegó a advertir que si se provocaba a los alemanes en la frontera, rodarían cabezas. En realidad no se habían tomado las medidas defensivas oportunas ni se había decretado la movilización total. En cualquier caso, lo que parece descartar la teoría de Suvorov es que el Ejército Rojo no hubiese podido estar preparado para un ataque en julio, tan solo siete semanas después del plan de mayo^[133].

Stalin se había referido a la importancia capital de la Revolución rusa en el panorama internacional: «La Revolución de Octubre infligió una herida mortal en el mundo capitalista de la que nunca se recuperó [...] Al igual que la palabra “jacobino” evocaba terror y odio entre los aristócratas de todos los países, ahora la palabra “bolchevique” provocaba horror y odio entre los estados burgueses^[134]». Se consideraba a los comunistas como la quinta columna en la ciudadela del capitalismo. Tras la Revolución rusa, Winston Churchill habló del «bacilo de la plaga del bolchevismo»: «saltan y se mueven como tropas feroces de babuinos entre las ruinas de las

ciudades y los cuerpos de sus víctimas^[135]». El «miedo rojo» se extendió por el mundo entero. La burguesía en general, y la norteamericana en particular, se encontraba aterrorizada por la «amenaza roja». La paranoia llegó a tal punto que en el estado de Kansas los policías encargados de hacer cruzar las calles a los niños sustituyeron sus banderas rojas para que no identificaran el rojo como símbolo de autoridad. Ese temor afectó también a la elección presidencial norteamericana de 1936. El presidente Roosevelt recibió una donación de un partido del Komintern, lo que suscitó el temor de que se tratara de un «Stalin norteamericano» y de que el FBI fuera la OGPU de Estados Unidos.

Resulta indudable que ese temor contribuyó al triunfo de Mussolini y al de Hitler. Los partidos de trabajadores eran muy temidos, incluso en países donde participaban en el sistema parlamentario. El temor, en gran parte distorsionado, al poder de esos partidos dominó la política interior y exterior de las potencias occidentales y afectó a sus decisiones exteriores. El fracaso de la política exterior de Stalin se debía en parte a lo que Goebbels denominó «esta lucha contra el peligro mundial». Sin embargo, no era una explicación completa. La URSS se iba a convertir antes o después en una potencia. Ya no se trataba de una cuestión de ideologías, sino de política de poder. No era solo el comunismo lo que importaba; el verdadero problema era que la URSS era una incipiente superpotencia que no podía encontrar acomodo fácil en la sociedad internacional, como tampoco lo había podido hacer el Imperio ruso en 1914.

¿Cómo explicar la conmoción que sufrió Stalin al enterarse de la invasión alemana? En parte se puede explicar por su temor a que todo por lo que tanto había luchado se encontrara en peligro. Sin embargo, otra explicación es que Stalin, que se consideraba un héroe de la historia, pasaba a ser el culpable de

una gigantesca chapuza en política exterior y, como tal, se había convertido en un factor que costaría la vida a millones de personas, un auténtico «enemigo del pueblo». Él había dirigido personalmente las grandes líneas de política exterior con la ayuda de Mólotov, excluyendo al resto de miembros del Politburó. Estos, atemorizados por las purgas y por las consecuencias de tener contacto con extranjeros, habían dejado la política exterior en manos de Stalin. A pesar de su limitada experiencia diplomática, Stalin y Mólotov asumieron la responsabilidad exterior en uno de los momentos más complejos del siglo xx. Era una tarea que hubiera superado a cualquier estadista. Sin embargo, la seguridad de Stalin en sí mismo se encontraba en su punto más alto. Era la receta para una catástrofe sin precedentes que ya no tardaría en llegar.

Capítulo 8.

«Guerra profunda». Hitler contra Stalin

El pueblo y yo, Stalin, nos acordamos de tu sabia predicción: Hitler no atacará en 1941.

Beria, 21 de junio de 1941

OPERACIÓN BARBARROJA

A las tres de la mañana del 22 de junio de 1941 comenzaba la invasión alemana de Rusia. Hitler había afirmado: «Cuando se inicie la Operación Barbarroja todo el mundo contendrá la respiración^[1]». A la postre, serían los alemanes los que contuviesen la respiración. Sin pérdida de tiempo, las vanguardias acorazadas alemanas iniciaron un ataque masivo. Ese mismo día, Rumanía e Italia declararon la guerra a Rusia. Eslovaquia lo hizo el día 23; Finlandia, el 26. Mólotov intentó siempre defender a su adorado Stalin frente a las acusaciones de que este se había venido abajo: «No se puede decir que se hubiera derrumbado; sin duda estaba sufriendo, pero no lo demostraba. Claro que tenía sus dificultades. Sería estúpido sostener que no sufría. Pero no se lo representa tal como era realmente... ¡Se lo representa como un pecador arrepentido! Por supuesto esto es absurdo. Todos esos días con sus noches, como siempre, siguió trabajando; no tenía tiempo para desfallecer ni para perder el don de la palabra^[2]».

En las ciudades rusas se esperaba el mensaje de Stalin. Sin embargo, fue Mólotov quien se dirigió al país. En muchas poblaciones su voz se escuchó entre bombas cayendo. Mólotov tenía tendencia a tartamudear, por lo que evitaba hablar en

público. Habló con dificultad, con voz vacilante y finalizó su discurso con las palabras de Stalin: «Nuestra causa es justa, el enemigo será aplastado, la victoria será nuestra^[3]».

La guerra germano-soviética fue una *Kulturkampf*, un conflicto a muerte entre dos naciones que acabaría con la vida de treinta y cinco millones de soldados y civiles rusos y cuatro millones de alemanes, además de causar una gigantesca devastación en la Europa central y oriental. El terrible efecto que la guerra causaría en el alma rusa permanecería durante generaciones enteras, afectando al desarrollo de la URSS tras la guerra y contribuyendo a su caída en 1991. Para los rusos, la guerra contra Napoleón de 1812 fue llamada la «guerra patriótica». Los periódicos enseguida adoptaron el antiguo nombre y llamaron al conflicto contra la Alemania nazi «la Gran Guerra Patriótica^[4]».

La catástrofe de 1941 fue, en términos absolutos, la peor derrota sufrida por un ejército en la historia. Stalin, en una visita que realizó al Comisariado de Defensa, señalaría: «Lenin fundó este Estado. Nosotros lo hemos jodido^[5]». Pero ¿cuáles eran los motivos de la debilidad soviética? No parecía ser que se hubiese despreciado la defensa, ya que hacia finales de 1930 la URSS era un estado militarizado. En 1941, el gasto en defensa suponía el 43% del presupuesto nacional. La defensa había sido una prioridad desde el primer plan quinquenal y, en ese sentido, es preciso recordar que Alemania solo comenzó a rearmarse en 1935. Tampoco existía un gran desequilibrio cuantitativo o cualitativo con Alemania, ya que en la zona de invasión 2,8 millones de soldados soviéticos se enfrentaban a tres millones de alemanes y sus aliados. Los alemanes atacaron con tres mil seiscientos tanques y la URSS contaba con veinte mil tanques y al menos diez mil aviones. El Ejército Rojo también tenía experiencia en combate, pues sus asesores militares habían estado en España y se habían enfrentado a los

japoneses en Manchuria.

Sin embargo, las purgas de Stalin habían dejado a gran parte del Ejército con una escasez de comandantes experimentados. Al contrario de la Wehrmacht, donde se dejaba, en principio, un amplio margen de iniciativa a los oficiales en campaña, las purgas convencieron a los oficiales soviéticos de que cualquier iniciativa podía acarrear su detención e incluso su fusilamiento. A pesar de la falta de preparación, las fuerzas soviéticas eran numerosas y poseían un potencial formidable. La población de la URSS, con cerca de ciento setenta millones de personas, doblaba a la alemana y, aunque las fuentes soviéticas no permiten conocer a ciencia cierta el número exacto de divisiones en pie de guerra en el verano de 1941, se cree que sumaban un total de doscientas treinta. Muchas, sin embargo, estaban incompletas, en especial las situadas en el interior. Hasta que se decretase la movilización general, las tropas que tendrían que soportar la embestida del ataque alemán eran las ciento treinta y dos divisiones de los distritos militares del Báltico, el Oeste, Kiev y Odesa, muchas menos de las ciento cincuenta y cinco estimadas por los alemanes, pero que, de haberse encontrado bien adiestradas y equipadas, habrían podido contener a las ciento treinta y cuatro divisiones alemanas. Para ello les hubiera hecho falta una moral más elevada, una instrucción más completa, particularmente entre los mandos, y sobre todo una mayor experiencia en la *Blitzkrieg*, la guerra relámpago, en la que tan avezados estaban los alemanes^[6].

¿Cómo fue posible que Stalin, el gran desconfiado, pudiese caer en el engaño de la invasión? El fracaso en la preparación para el ataque alemán tiene varias explicaciones, aunque la falta de información no fue una de ellas. El verdadero problema es que Stalin desconfiaba instintivamente de los esfuerzos occidentales para hacer entrar a la URSS en el

conflicto. Stalin sospechaba que los estados occidentales no deseaban proseguir la lucha con Alemania para que esta emprendiera una cruzada contra el comunismo. El vuelo de Hess, lugarteniente de Hitler, a Gran Bretaña parecía anunciar una paz inminente entre ambas naciones. Tampoco debe olvidarse que el Pacto Germano-Soviético provocó un verdadero entusiasmo en Moscú y una creencia firme de que se podía mantener un acuerdo duradero entre los dos nuevos estados «revolucionarios». Stalin llevaba tanto tiempo viviendo en un mundo de intrigas que en 1941 no existía ya ninguna certidumbre^[7].

Los mensajes también eran contradictorios. Algunos anunciaban la inminencia de un ataque, otros apuntaban a que Hitler tan solo estaba intentando arrancar mayores concesiones económicas y políticas con una demostración de fuerza en la frontera. Además, Stalin consideraba que cualquier conflicto incluiría un período de movilización, como en la Primera Guerra Mundial. En julio de 1914 la crisis diplomática fue agravada por la decisión del zar de comenzar la movilización, algo que pudo influir en Stalin. Por otra parte, el espacio vital que tanto necesitaban los alemanes (el *Lebensraum*) no le parecía a Stalin ya necesario, puesto que estaban recibiendo todas las materias primas y alimentos que precisaban de la URSS. Tampoco podía pensar Stalin que Alemania fuese a dejar una guerra inconclusa en el oeste para lanzarse a la incertidumbre de una guerra en los inmensos espacios rusos: una guerra en dos frentes era una locura estratégica. Stalin era como un jugador de póquer; sin embargo, Hitler, lo era de ruleta, capaz de apostarlo todo a un solo número. Por vez primera, Stalin había sido totalmente engañado. Sean cuales fueran las causas de la sorpresa, el hecho es que tuvo unos efectos catastróficos. Las pérdidas en las primeras semanas, especialmente en aviones destruidos en el

suelo y unidades de tanques, no pudieron compensarse durante dos años. La precipitada retirada no podía ya ser detenida hasta que se agotasen los suministros del enemigo^[8].

La sorpresa del ciudadano soviético aumentó por los absurdos comunicados de guerra. Intentando camuflar la magnitud de la derrota y las pérdidas territoriales de los primeros días de la guerra, funcionarios y oficiales fracasaron en transmitir la gravedad de la situación. Si uno vivía alejado del frente de batalla, se podía concluir, por las noticias, que lo que sucedía era otra guerra fronteriza parecida al conflicto con Japón de 1938. «La lucha —señalaba un comunicado de guerra del 29 de junio— era dura en la dirección de Minsk». «En la dirección de» era una expresión que se haría tristemente célebre y muchos ciudadanos soviéticos aprendieron rápidamente que, al leerla o al escucharla en relación con su localidad, significaba que estaban a punto de caer ante las fuerzas alemanas. Los hombres responsables de esos comunicados sin sentido parecían no darse cuenta de que ya no podían falsificar información sobre un desastre militar de esas proporciones como se habían falsificado las cifras de la producción industrial o de las cosechas.

El liderazgo militar soviético al comienzo del conflicto fue muy mediocre. El mariscal Budenny (del que el mariscal alemán Von Rundstedt había dicho que tenía «enormes bigotes y pequeño cerebro») fue incapaz de defender Ucrania y su carrera terminó con el cerco de Kiev. El mariscal Voroshílov tampoco tuvo mucho más éxito en el frente de Leningrado. El alto mando soviético y Stalin habían juzgado erróneamente que el ataque principal se lanzaría contra el sur, en Ucrania, antes que sobre Moscú. Una prueba de la falta de previsión estratégica se produjo la primavera siguiente cuando cometerían el error opuesto al asumir que los alemanes se lanzarían sobre Moscú cuando los objetivos eran los campos

petrolíferos del Cáucaso.

El Ejército Rojo moderno había sido la creación de dos arquitectos: Trotski y Tujachevski, que pagarían con su vida el papel tan destacado que jugaron. Trotski había impuesto organización y disciplina en un ejército caótico. Tujachevski había desarrollado las doctrinas estratégicas y tácticas, que eran muy avanzadas para el momento. En los años treinta había diseñado un plan maestro para la defensa de la URSS. Curiosamente, su plan sobrevivió a la muerte de su creador, acusado de espiar para Alemania. El plan sugería una débil concentración de fuerzas en el norte de la URSS, con el grueso de las fuerzas situadas en la zona del río Dniéper desde donde podrían amenazar el flanco de una fuerza invasora con la posibilidad de invadir los Balcanes^[9].

El 27 de junio, con las tropas alemanas aproximándose a Minsk, Stalin percibió la magnitud de la amenaza que se cernía sobre su país. A partir de ese día, Stalin se retiró a su dacha y permaneció allí abandonando las labores de gobierno. Evitaba así que se le identificase con el desastre. El diario *Pravda* dejó de publicar su nombre. Sin embargo, su retiro pudo deberse a un análisis personal para ver si su liderazgo sobreviviría a la crisis. Es posible también que estuviese bajo los efectos de un sentimiento terrible de culpabilidad y de duda sobre su capacidad al ver el resultado catastrófico de sus políticas. Como señalaría Mólotov, «después de todo, era un ser humano^[10]». Los colaboradores más cercanos sabían que aquellos eran días de gran peligro, pues podían ser considerados responsables de cualquier orden. En este sentido, Mólotov se abstuvo astutamente de firmar documentos durante aquellos días de desconcierto.

Según se desprende de sus comentarios al final de la guerra, Stalin temió ser derrocado por sus errores de apreciación. Cuando Mólotov y algunos miembros del

Politburó aparecieron en Kuntsevo el 30 de junio para rogarle que regresase a Moscú, Stalin pareció creer que se dirigían a arrestarle: «¿Por qué han venido?», preguntó. Cuando le explicaron su misión, Stalin les observó perplejo: «¿Puedo liderar yo a este país a su victoria final?». El general Voroshílov le respondió: «No existe nadie más capaz». Stalin se mostró de acuerdo en regresar al poder, poniendo fin a la crisis de liderazgo. Beria comentaría sobre lo sucedido: «Fuimos testigos de los momentos de debilidad de Stalin. Nunca nos perdonará esa jugada». Stalin regresó confiado a una capital que era ya un hervidero de rumores y en la que se había desatado el pánico ante el imparable avance alemán^[11].

Hasta el 3 de julio, Stalin no se recuperó del trauma como para dirigirse a la nación. Su esperado discurso radiofónico comenzó justificando su pacto con Hitler, afirmando que había proporcionado a la URSS una tregua indispensable, y luego dio sus consignas para la lucha contra el invasor. Una vez más, Rusia tendría que quemar su tierra: «Ni un vagón, ni una locomotora, ni un kilo de trigo, ni un litro de carburante han de ser abandonados al enemigo. En las regiones ocupadas, deben organizarse bandas de partisanos a pie y a caballo para hacer una guerra de acoso, hacer saltar los puentes y las carreteras, incendiar los depósitos, los pueblos y los bosques. El enemigo ha de ser atacado hasta su aniquilación». Terminó señalando que aquella era una guerra total, «una guerra de todo el pueblo soviético, una elección entre la libertad soviética o la esclavitud alemana^[12]».

El discurso de Stalin contenía en realidad dos declaraciones de guerra: además de la guerra contra Alemania, Stalin declaró la guerra a todo ciudadano soviético que amenazase el esfuerzo de guerra. La ley marcial había sido declarada en toda la zona occidental de la URSS. Se decretó una ley de reclutamiento para el trabajo, que obligaba a todos

los hombres hasta los cuarenta y cinco años y a todas las mujeres entre los dieciocho y los cuarenta a trabajar ocho horas al día construyendo defensas rudimentarias. A finales de junio, la jornada laboral fue aumentada en tres horas, y todos los permisos fueron suspendidos indefinidamente. Para detener las retiradas Lev Mejlis, jefe del Directorio Político de las Fuerzas Armadas, hizo arrestar a oficiales e incluso ejecutó a muchos de ellos. En dos años, Mejlis acabó con tantos generales del Ejército Rojo como el Ejército alemán.

Mientras las tropas alemanas avanzaban imparables, las discusiones militares en el Kremlin pronto adquirieron un aire irreal; Stalin exigía ofensivas a toda costa y sus comandantes le señalaban tímidamente las retiradas que se estaban produciendo a lo largo de todo el frente^[13]. El 23 de junio, Stalin decretó la creación del Cuartel General del Ejército Rojo (*Stavka Glavnogo Komandovaniya*) conocido como *Stavka* (nombre que había utilizado el zar Nicolás II durante la Primera Guerra Mundial). Stalin se mostró reticente a convertirse en comandante en jefe pues no le agradaba la idea de que se le pudiese asociar de alguna forma con una situación militar tan catastrófica. Timoshenko fue nombrado presidente de la *Stavka*, un órgano que incluía también a Mólotov, Voroshílov, Budenny, Zhúkov, Kuznetsov y a Stalin.

El 10 de julio Stalin se convirtió en comandante supremo de las Fuerzas Armadas. Se trataba de una revolución sin precedentes, ya que hasta ese momento había preferido operar desde un segundo plano, mientras que la responsabilidad pública era otorgada a otros. El 20 de julio autorizó a Beria para que organizase secciones especiales del NKVD, vigilase a elementos militares poco fiables y se investigara a todos los soldados que hubiesen escapado de la cautividad alemana o de sus cercos. Las peores atrocidades fueron perpetradas en Polonia, los estados bálticos y Ucrania, donde el NKVD desató

una verdadera orgía de asesinatos. El comandante del frente occidental, Dmitri Pavlov, se convirtió en el chivo expiatorio de las victorias alemanas. A pesar de todo, en esa ocasión se abstuvo de las habituales torturas y los juicios ejemplarizantes. Todo parece indicar que Stalin comprendió que debía ajustar su conducta a las nuevas condiciones de la guerra.

La vida en la URSS pasó a estar regida por los «papeles». La novela de Simonov *De los vivos y los muertos* relata la historia de los primeros meses de la guerra a través de Iván Sintsov, un oficial político del Ejército Rojo que resulta separado de su unidad. Sin embargo, el protagonista de la novela son los documentos de Sintsov, que este había perdido al huir de los alemanes. Sin ellos dejaba de ser un soldado y un ciudadano soviético y se convertía en un desertor o un espía que había eliminado sus documentos para que los alemanes no supiesen que era un oficial y un miembro del Partido. Una vez que alcanza las líneas soviéticas, Sintsov trata de huir de nuevo, pues el oficial planea entregarle al NKVD. Sintsov es recogido por un amigo en Moscú, que le rechaza al escuchar que «había perdido sus documentos». Sintsov, como un verdadero espía, consigue infiltrarse en Moscú y finalmente se une a una unidad de la milicia para la defensa de la capital. La historia tiene un final feliz, pues Sintsov recibe sus «papeles» por heroísmo bajo el fuego^[14].

Mientras la URSS se sumía en el desconcierto y el pesimismo, los puños acorazados alemanes avanzaban imparables por el vasto territorio soviético, topándose con intentos valerosos y desesperados de defensa, pero muy poco efectivos. Minsk, capital de Bielorrusia, cayó el 29 de junio y Smolensk, el 16 de julio. El 21 de julio la Luftwaffe bombardeaba Moscú. Durante el largo conflicto germano-soviético se calcula que fallecieron quinientos mil ciudadanos soviéticos por las bombas alemanas, diez veces el número de

británicos que fallecieron por la misma causa. El 27 de julio, Goebbels declaraba orgulloso que «el Kremlin era un montón de ruinas ardiendo». En realidad tan solo una bomba había caído cerca, abriendo un gran cráter.

Con la caída de Smolensk ya no existía ningún centro urbano importante hasta Moscú en poder de la URSS. Un Stalin desesperado ordenó a Beria transmitir un mensaje a los alemanes: deseaba la paz a cualquier precio. Estaba dispuesto a ceder los estados bálticos y Ucrania e incluso las zonas robadas a Rumanía y Finlandia. Si todo eso no era suficiente, deseaba conocer qué podía satisfacer a Hitler. También le pidió a Beria que preguntase el motivo del ataque alemán. Beria decidió que transmitiría el mensaje a través del embajador búlgaro en Moscú, Iván Stamenov. La persona que debía entrevistarse con Stamenov era Pavel Sudoplátov, quien había planeado el asesinato de Trotski. Stamenov no quiso comprometerse y expresó su creencia de que Alemania sería finalmente derrotada. La historia es confusa y bien pudo ser una táctica con el fin de ganar tiempo para la preparación de la defensa de Moscú. Sin embargo, el episodio resulta ilustrativo del terror que se abatió sobre la élite soviética durante los días en los que la caída de Moscú se daba por descontado. Rumores sin fundamento señalan que Mólotov habría realizado un viaje a la zona ocupada por los alemanes para discutir los términos de la paz^[15].

La velocidad del fulgurante avance alemán superó cualquier previsión soviética, lo que se pudo comprobar en el sistema de abastecimiento: doscientos de los trescientos cuarenta depósitos militares cayeron en manos alemanas en el primer mes del conflicto. En aquellos momentos de descalabro, Stalin mostró su determinación de destruir cualquier tipo de disentimiento o debilidad. El 28 de junio firmó una directiva referente a los que llamó «los traidores que

han huido al extranjero», eufemismo para los cientos de miles de soldados capturados por los alemanes. Cuando fuesen repatriados serían todos fusilados y sus familias serían castigadas por su deslealtad. Sin embargo, lo que le preocupaba más a Stalin eran los generales que habían desaparecido en acción, ya que no estaba seguro de que no se hubiesen rendido a los alemanes. La desconfianza de Stalin hacia los soldados prisioneros en Alemania llegó a tal punto que prohibió que recibieran ayuda de la Cruz Roja.

La batalla de Smolensk ayudó a frenar el avance del Grupo de Ejércitos Centro alemán durante dos meses, entre julio y septiembre de 1941, al pavoroso precio de cuatrocientos ochenta y seis mil soldados soviéticos. Las fuerzas alemanas seguían avanzando, pero el tiempo jugaba en su contra. Hitler comenzó a buscar objetivos alcanzables antes de la llegada del invierno que convenciesen al mundo de que Alemania había ganado la guerra. Estaba particularmente ansioso por capturar las tierras fértiles y las zonas industriales de la URSS, además de alejar a la aviación soviética de los vitales campos petrolíferos rumanos. Dirigió las fuerzas frente a Moscú hacia el sur para atrapar en una gigantesca bolsa a las unidades soviéticas en Ucrania.

Al principio de las operaciones, el avance fue más lento en el sur, donde los alemanes luchaban junto a los ejércitos rumanos y las tropas soviéticas eran más fuertes en la zona. A pesar del lento avance, los alemanes cercaron a las fuerzas soviéticas el 3 de agosto en los alrededores de la localidad de Uman. El 5 de agosto cercaron Odesa, que fue sitiada durante setenta y tres días hasta que cayó en manos de las fuerzas del Eje. A mediados de agosto los refuerzos provenientes del Grupo Centro comenzaron a llegar a la zona.

El día 25, las fuerzas alemanas cruzaban el río Dniéper, cercando poco después a las fuerzas soviéticas en el sur. El 17

de septiembre la Wehrmacht entraba en la capital ucraniana de Kiev. El servicio oficial de noticias alemán anunció que la bolsa de Ucrania había proporcionado seiscientos sesenta y cinco mil prisioneros, ochocientos ochenta y cuatro carros de combate y tres mil setecientos dieciocho cañones. Cinco ejércitos rusos y cincuenta divisiones habían sido destruidos. Casi un tercio del Ejército Rojo de junio de 1941 había sido eliminado. Los rusos desmintieron después esas cantidades afirmando que no sufrieron más de ciento setenta mil bajas. Resulta imposible reconciliar ambas cifras, aunque el cálculo más bajo deja sin respiración por su magnitud. El cerco de Kiev no tenía precedente alguno en la historia de la guerra. Nadie en Alemania dudaba de que esta estaba llegando a su fin. Era humanamente imposible que ningún ejército pudiese soportar tales pérdidas y seguir luchando. La enorme derrota en Ucrania debilitó enormemente al Ejército Rojo y en los días siguientes los alemanes capturaron las importantes ciudades de Járkov y Rostov. Pero la voluntad de resistir de los rusos no fue destruida como Hitler había previsto^[16].

El día 10 de julio, los ejércitos finlandeses atacaron a la URSS con el objetivo de recuperar los territorios perdidos en la guerra de 1940, lo que sumó un enemigo más contra los soviéticos. El día 16 de julio, los alemanes alcanzaron el río Luga y el lago Ladoga. Entre los días 3 y 4 de agosto, el avance cesó para reagruparse ante el asalto final a Leningrado. Cuatro días más tarde, los alemanes cruzaron el Luga y tomaron Nóvgorod y finalmente llegaron a los suburbios de Leningrado, pero no fueron capaces de tomar la ciudad. De esta manera comenzó el terrible *blokada*, o asedio a Leningrado, que duraría novecientos días y en el que moriría más gente que en Hiroshima y Nagasaki.

La toma de Leningrado, cuna de la Revolución, hubiese supuesto un golpe psicológico muy duro. Para mantener la

moral de la población de la ciudad, se había dado la orden de seguir con los conciertos y las obras de teatro. La ciudad de Leningrado vivió una de las epopeyas más dramáticas de la historia. Hitler había decidido que la ciudad no sería asaltada, sino sometida a un estrecho cerco. Deseaba destruir Leningrado con fuego artillero y bombardeos aéreos, y si eso fracasaba, rendirla por hambre. Las posibilidades que había discutido Hitler con sus allegados para Leningrado incluían la ocupación, que fue rechazada por tener que alimentar a la ciudad, y la instalación de una valla electrificada y ametralladoras para rodear a la ciudad, que fue rechazada porque las epidemias que se desencadenarían en ella se podrían propagar a las tropas alemanas y porque también era improbable que estas últimas disparasen todos los días contra mujeres y niños que intentasen salir del cerco. También se valoró la distribución de las mujeres y niños por el campo, mientras se dejaba morir a los hombres en la ciudad. Por último, Hitler pensó en demoler la ciudad y entregar las ruinas a los aliados finlandeses^[17].

A principios de octubre de 1941, la población de Leningrado, de más de tres millones trescientos mil habitantes, contaba únicamente con alimentos para veinte días; el primero de noviembre, solo para siete. La vida en Leningrado durante el invierno de 1941 fue una historia de horror inimaginable. Cada día la ciudad era sistemáticamente bombardeada por los alemanes. El hombre encargado de la inspección de las despensas de Leningrado fue Dmitri Pavlov, un brillante administrador. El mismo día en que empezó el asedio se le encargó supervisar el comisariado de Leningrado. Se otorgaron cartillas de racionamiento para cerca de tres millones de personas en septiembre, lo que dejaba a casi medio millón sin ningún recurso. A los trabajadores y a los soldados les daban cuatrocientos gramos de pan al día y la misma

cantidad de carne para una semana. El resto de la población se veía obligada a subsistir con doscientos gramos de pan al día. En noviembre y diciembre, los trabajadores y los soldados obtuvieron doscientos gramos al día, el resto de la población, cien. Eran raciones por debajo de la línea de subsistencia.

La gente se comía a los perros y los gatos. Muchas madres se sacrificaban suicidándose para salvar a sus hijos; sin embargo, a menudo sus cartillas de racionamiento eran robadas por otras personas desesperadas. No existía más ley que la de sobrevivir o morir. Los funerales se caracterizaban por la ausencia de emociones. Las ratas hambrientas abandonaron los graneros e invadieron las calles en busca de comida. Pronto, los habitantes hambrientos las cazaban y asaban. Los cuerpos de los caballos eran descuartizados y se recogía la carne que quedaba sobre los huesos para ser aprovechada. Las familias saqueaban sus hogares en busca de algo que pudiera ser remotamente combustible. Inevitablemente se produjo una regresión inhumana a las exigencias del instinto de supervivencia, como así nos muestra el testimonio de un estudiante: «Yo vi morir a mi padre y a mi madre... Sabía perfectamente que se morían de hambre. Pero más que su vida, yo quería su pan. Y eso también lo sabían ellos. Es lo que recuerdo del bloqueo: la sensación de desear que muriesen tus padres porque tú querías su pan^[18]». Por su parte, los dirigentes del Partido Comunista permanecían en el caliente Instituto Smolny, que contaba con una cocina propia en la cual los cocineros les preparaban tartas para su deleite exclusivo. Las fotografías de esas escenas estuvieron escondidas bajo la entrada «ingeniería de precisión» hasta la caída del comunismo^[19].

También se produjeron casos de canibalismo. En la mayoría de los casos parece haberse tratado de la mutilación o desmembramiento de cadáveres encontrados en las calles o en

los depósitos antes de su traslado al cementerio. Se rumoreaba que parte de la carne así obtenida se vendía en el mercado negro a cambio de comida más «normal», pero a veces la consumían los que la habían cortado. Se hablaba incluso de padres enloquecidos que devoraban a sus hijos, y viceversa. Increíblemente, y a pesar de todas las enormes dificultades, los hambrientos trabajadores de Leningrado produjeron mil cañones y morteros para la defensa de Moscú, trasladados en avión por encima de las líneas alemanas.

En noviembre, el Comité Militar de Leningrado decidió construir la que luego sería conocida como «la carretera de la vida». Grupos de pescadores que conocían el lago fueron reconociendo los puntos más gruesos del hielo dejando marcas. El 20 de noviembre, los primeros caballos, arrastrando trineos, cruzaron el lago. Aquellos que sucumbían eran sacrificados rápidamente y enviados a Leningrado para ser comidos. Los primeros camiones cruzaron el lago el 22 de noviembre; en muchos sectores, el hielo era demasiado delgado y estos desaparecían con sus conductores para siempre en las gélidas aguas. Sin embargo, un número considerable de ellos consiguió llegar con treinta y tres toneladas de abastecimiento. Era una cantidad pequeña, pero demostró que la ciudad de Lenin podía ser salvada. Se decidió construir una carretera de una extensión de trescientos ochenta y un kilómetros. Cientos de trabajadores fueron reclutados a la fuerza para construir en dos semanas la carretera, en unas condiciones de frío indescriptibles. A pesar del esfuerzo sobrehumano, a menudo el hielo no resistía el paso de los vehículos cargados. Durante el mes de diciembre llegaron a Leningrado trescientas sesenta y una toneladas diarias de víveres, armas y petróleo, una séptima parte de lo que era necesario para alimentar a la población. Se llegaron a construir seis carreteras para camiones por las que llegarían hasta dos

mil toneladas al día.

A mediados de julio, el Ejército alemán en Rusia había perdido parte del ímpetu inicial. Simplemente no era lo bastante fuerte como para montar ofensivas en tres direcciones diferentes a la vez en la inmensidad del territorio ruso. Aunque los alemanes habían destruido unas doscientas divisiones soviéticas y capturado unos tres millones de prisioneros, habían sufrido alrededor de cuatrocientas mil bajas que no podían reemplazar fácilmente. Hitler y el alto mando habían subestimado a su enemigo por sus prejuicios raciales cuando la realidad era que los soldados rusos seguían luchando en condiciones inhumanas aunque estuvieran rodeados.

Tras la conquista de Ucrania, los ejércitos alemanes contaban nuevamente con los recursos para continuar su avance. Se trataba de la denominada «Operación Tifón», cuyo objetivo era Moscú. En aquellos momentos resultaba ya evidente que los alemanes habían calculado erróneamente la fuerza del enemigo. Los alemanes habían estimado que los soviéticos contaban con ciento noventa divisiones, lo que suponía un número inferior a las divisiones ya destruidas por aquellos. Hacia septiembre, los alemanes habían identificado ya trescientas sesenta divisiones enemigas en el campo de batalla. A pesar de todo, Hitler no estaba dispuesto a preparar posiciones defensivas para pasar el invierno y centró su atención en Moscú. La estación favorable para la campaña en Rusia se estaba acabando rápidamente. El 7 de octubre, los alemanes lograron rodear a los ejércitos soviéticos en Viazma y Briansk. Ese día comenzó a llover, lo que convirtió las precarias carreteras rusas en un inmenso cenagal que las hizo casi impracticables para las fuerzas motorizadas.

Aquel año el clima durante ese mes fue especialmente frío y la nieve, junto con el fango, convertía el movimiento de vehículos y tanques en algo muy difícil o imposible^[20]. Las

tropas alemanas no fueron provistas al inicio de la campaña de material adecuado para soportar el crudo invierno ruso, pues según el *Führer*, la guerra contra los «subhumanos eslavos» sería una campaña de verano que «no duraría más de un mes». La falta de ropa adecuada para el invierno causó enormes bajas por congelamiento entre los soldados alemanes.

La guerra en el este se libró con una brutalidad sin precedentes. Aunque algunos militares alemanes habían manifestado su deseo de ganarse al pueblo ruso ofreciendo concesiones económicas y sociales a las zonas ocupadas, Hitler no quería ni oír hablar de tales propuestas. Para él, el único objetivo de la invasión era llevar a cabo su sueño de exterminio racial e ideológico contra el enemigo bolchevique y los eslavos «subhumanos». En marzo de 1941 Hitler había firmado la orden contra los comisarios soviéticos que dejaba clara la naturaleza de la guerra contra Rusia. Hitler había señalado a sus generales: «La guerra con Rusia no será caballerosa. Esta guerra es de ideologías y de diferencias raciales y será conducida con una dureza y una falta de piedad sin precedentes». Comandos especiales (*Einsatzgruppen*) acompañaban a cada grupo de ejércitos alemán para acabar con judíos, líderes comunistas y otros grupos indeseables para el nazismo. Un informe soviético señalaba que el temor de los soldados del Ejército Rojo a caer prisioneros fue la principal causa de la motivación en la lucha frente a Moscú. El conflicto alcanzó una brutalidad sin precedentes en la Segunda Guerra Mundial y que no había sido vista en Europa desde las guerras contra los otomanos del siglo XVI^[21].

La castigada Ucrania fue nuevamente devastada. Los ucranianos eran considerados racialmente inferiores, lo más bajo de la humanidad. La muerte llegó a Ucrania de forma arbitraria: campesinos que reconocían que sabían leer eran fusilados como «intelectuales»; los que guardaban comida o

rehusaban trabajar en los campos eran ahorcados para servir de ejemplo a los demás. En el distrito de Rivne, los administradores alemanes de fincas introdujeron el uso del látigo para aquellos campesinos que no trabajaran lo suficiente o que no se quitaran el sombrero al paso de los alemanes; impusieron también el toque de queda, y el hecho de portar un cuchillo era causa de fusilamiento. Miles de campesinos fueron colgados o fusilados por sospecha de pertenecer a los partisanos. En toda Ucrania, doscientos cincuenta pueblos y sus pobladores fueron destruidos para promover el «buen» comportamiento del resto^[22].

En Kiev, la ración de comida fue rebajada hasta los doscientos gramos de pan a la semana. Se establecieron controles de carreteras para evitar que la comida entrase en la ciudad. En Járkov, cerca de ochenta mil personas fallecieron de inanición; en Kiev las cifras no han sido establecidas aunque se presume que superaron en mucho a las de la primera. Es posible que el hambre fomentara indirectamente la aparición del movimiento partisano, debido a que el campesinado ruso tenía muchos incentivos para atacar las líneas de abastecimiento alemanas, aunque solo fuera para conseguir alimentos. Al final, la política brutal de ocupación se volvió en contra de Alemania, ya que los niveles de producción en las zonas ocupadas fueron decepcionantes: mientras que la producción de carbón soviética antes de la guerra en la zona del Donets había sido de noventa millones de toneladas, solo se extrajeron 4,1 millones de toneladas durante todo el período de la ocupación alemana. Las zonas bajo control alemán solo suministraron a Alemania una séptima parte de lo que esta conseguía en Francia. Irónicamente, mientras que Alemania en 1940 había importado setecientas mil toneladas de cebada gracias a los acuerdos comerciales, en 1942 las requisas no proporcionaron más que 120 468 toneladas^[23].

El programa de trabajo para los ucranianos en Alemania también fue brutal. En las primeras semanas de la guerra, muchos se ofrecieron como voluntarios para trabajar en Alemania, pero el trato que recibían era tan malo que pronto hubo que reclutarlos a la fuerza. Se les introducía a la fuerza en vagones sin comida ni condiciones higiénicas. Cuando llegaban a Alemania se les mantenía en barracas con alambradas alrededor. Su comida era menos de la necesaria para mantenerse con vida y estaban segregados del resto de la población y forzados a llevar unos brazaletes con la palabra *Ost* ('Este'). De todas maneras sería una simplificación considerar que un trato más humano de las fuerzas alemanas a las poblaciones capturadas hubiese asegurado la victoria contra la URSS. La gente en Ucrania y Bielorrusia en ocasiones daba la bienvenida a los soldados alemanes como liberadores, pero eso no significa que hubiesen aceptado sin más ser sometidos por ellos. La barbarie nazi hizo inevitable que la victoria rusa fuera también la de Stalin. Con el aumento de las atrocidades de las fuerzas de ocupación alemanas, los horrores de la colectivización y de las purgas se difuminaron. Las historias del trato inhumano y de las hambrunas en los campos de prisioneros alemanes tan solo hicieron que los soldados del Ejército Rojo prefirieran morir a ser capturados.

El 27 de julio de 1941, Stalin le decía a un perplejo Harry Hopkins, enviado especial del presidente Roosevelt: «La mayor debilidad de Hitler se encuentra en la inmensa cantidad de personas oprimidas que le odian y las formas inmorales de su Gobierno^[24]». A pesar de que el comentario provenía de Stalin, el mismo era acertado en su análisis de los pueblos bajo la ocupación nazi. Tan solo después de Stalingrado los alemanes hicieron esfuerzos para explotar los sentimientos antisoviéticos entre los prisioneros de guerra y entre las poblaciones de los territorios ocupados. Durante el conflicto los prisioneros de

guerra soviéticos constituyeron una amenaza seria para el régimen de Stalin. Los alemanes organizaron tres movimientos de oposición entre los prisioneros soviéticos: El Ejército de Liberación Nacional Ruso, el Ejército Popular Nacional Ruso, que fue disuelto en 1943, y el Ejército de Liberación Ruso, del exgeneral soviético Andrei Vlášov^[25]. Se permitió que el más destacado de los desertores soviéticos, Vlášov, formara en noviembre de 1944 una unidad que llegó a contar con aproximadamente cincuenta mil soldados. Tras la guerra, muchos de ellos acabarían en campos de prisioneros soviéticos; en cuanto a doce de sus líderes, dirigidos por el general Vlášov, el final llegó en julio de 1946, cuando fueron sentenciados a pena de muerte, no por fusilamiento como era habitual en el Ejército, sino a la horca, tal y como era la costumbre con los traidores^[26].

Otro de los grupos patrocinados por los alemanes, el mencionado Ejército de Liberación Nacional Ruso, dirigido por Bronislav Kaminski, fue una unidad brutal que cometió todo tipo de atrocidades en su guerra contra los rezagados del Ejército Rojo y los partisanos soviéticos. Era utilizado en aquellas misiones que permitían todo tipo de barbarie. Así, intervino para sofocar el levantamiento de Varsovia en 1944, en el que sus hombres emplearon una brutalidad indescriptible, incluso para los parámetros de la guerra germano-soviética. Kaminski fue fusilado en agosto de 1944 por órdenes de Himmler. Sus hombres se integraron en el Ejército de Liberación Ruso.

Ante el imparable avance de sus ejércitos, Hitler, eufórico, se dirigió a la nación señalando que «regresaba de la batalla más grande de la historia» (en eso no se equivocaba, aunque él no regresaba de ningún sitio). El discurso consistió, en gran parte, en justificar el ataque a la URSS como una acción preventiva. Señaló que las precauciones alemanas habían sido

insuficientes solo en un aspecto: «No teníamos ni idea de lo gigantescos que eran los preparativos del enemigo contra Alemania y Europa, y lo inmenso que era el peligro, del que hemos escapado por los pelos de la aniquilación, no solo para Alemania, sino para toda Europa». Al día siguiente del discurso de Hitler, los diarios alemanes anunciaban: «¡La campaña en el este se ha ganado!». En Berlín, la gente parecía aliviada esperando en cualquier momento el fin de la guerra. Las librerías comenzaron a vender gramáticas rusas para los funcionarios y los futuros colonos del nuevo Imperio alemán. El 9 de octubre, el jefe de prensa del Reich declaró ante los sorprendidos corresponsales extranjeros: «La Rusia soviética ha sido derrotada militarmente». El 12 de octubre, el periódico del régimen, el *Völkischer Beobachter*, anunciaba en titulares: «Ha llegado el gran momento. La campaña del este llega a su fin^[27]».

Stalin, mientras tanto, recurría a su habitual dureza para intentar acabar con la retirada sin fin. El general A. Y. Golovanov, que se encontraba en la *Stavka* en octubre, recordaba una llamada que recibió Stalin de un comisario del Ejército llamado Stepanov. Este le pedía a Stalin permiso para retirarse de la localidad de Perjushkovo. La petición enfureció a Stalin y se produjo un diálogo muy representativo de su forma de actuar:

Stalin: Camarada Stepanov, averigüe si sus camaradas tienen palas. [...]

Stepanov: Camarada Stalin, ¿a qué clase de palas se refiere: a las que usan los zapadores o a algún otro tipo?

Stalin: No importa de qué tipo.

Stepanov: Claro que tienen palas. ¿Pero qué deberían hacer con ellas?

Stalin: Camarada Stepanov, avise a sus camaradas de que tienen que coger sus palas y cavar sus propias tumbas. Nosotros no nos vamos de Moscú^[28].

Como ya se señaló, con las primeras lluvias del otoño las carreteras rusas se convirtieron en lodazales. A principios de

octubre, cuando cayó la primera nevada que se convirtió rápidamente en barro, había llegado la terrible *rasputitsa*, literalmente «el período sin carreteras». En lugares donde no se encontraban troncos de abedul para hacer un «camino de troncos», se utilizaron cadáveres de los rusos muertos como «tablones». Grossman describió aquella ayuda de la naturaleza: «No creo que nadie haya visto un fango tan terrible. Lluvia, nieve, granizo, un cenagal sin fondo de pasta negra mezclada por miles y miles de botas, neumáticos, cadenas. Y todo el mundo vuelve a ser feliz. Los alemanes se atascarán en nuestro otoño infernal^[29]». Paradójicamente, a los alemanes les tomó tres meses más que a Napoleón llegar a las inmediaciones de Moscú. A pesar de su fama, el Ejército alemán dependía tanto de los caballos y del paso de la infantería como el de Napoleón.

En la capital soviética el imparable avance alemán desató el pánico tras la advertencia realizada por Mólotov a las embajadas de Estados Unidos y de Gran Bretaña de que se preparasen para ser evacuadas a Kuibyshev, en la orilla izquierda del Volga. Se decidió evacuar el cuerpo de Lenin con el fin de evitar que cayese en manos alemanas; para ello, se preparó un tren especial que mantuviese la temperatura correcta para no deteriorar el cadáver; este fue trasladado a la localidad de Tyumen y cuidadosamente guardado en una antigua escuela zarista. Para mantener el secreto, todo el personal encargado de su mantenimiento vivía en la escuela. Sin embargo, los centinelas del mausoleo de Lenin en Moscú permanecieron en sus puestos para no causar desánimo entre la población, haciéndoles creer que el cuerpo de Lenin seguía allí.

El 15 de octubre comenzó la evacuación del Gobierno. Esta se realizó en medio de escenas de caos y pánico. Se abandonaron precipitadamente oficinas estatales y fábricas. Las embajadas tampoco quisieron permanecer en la capital y

partieron hacia Kuibyshev. Una huida popular espontánea se añadió a la precipitada evacuación oficial, acompañada por un derrumbe de la disciplina pública y del Partido. Se produjo una huida hacia las estaciones de ferrocarril, los dirigentes usaban sus automóviles para partir hacia el este, oficinas y fábricas quedaban abandonadas por las deserciones y a las tropas del ferrocarril se les ordenó minar las vías. Un tren se llevó a los ministros, a los altos funcionarios y al cuerpo de baile del Bolshói. Las vías de ferrocarril se encontraban tan colapsadas que el tren que trasladaba al cuerpo diplomático a Kuibyshev tardó cinco días en llegar a su destino. Las fábricas más importantes estaban preparadas para su demolición. Dieciséis puentes de la ciudad estaban minados y el personal encargado recibió órdenes de volar las cargas «en cuanto vieran aparecer al enemigo^[30]».

Las estaciones de tren estaban desbordadas, con miles de funcionarios que intentaban hacer valer su derecho a partir de la ciudad. Era un sálvese quien pueda para escapar de una muerte segura a manos de las tropas de seguridad alemanas. Los más desesperados atacaron vehículos, amenazando a los conductores, especialmente cuando reconocían que se trataba de judíos. Un millón de moscovitas habían sido ya evacuados para finales de julio y entre el 16 y el 31 de octubre doscientos trenes se dirigieron hacia el este desde Moscú. Las carreteras que se dirigían hacia esta misma dirección se colapsaron por los miles de vehículos que intentaban abandonar la ciudad. Los primeros en salir fueron los funcionarios del Partido, que sabían cuál sería su destino si caían en manos de las SS. Sin policía para proteger la ciudad, las tiendas fueron sistemáticamente saqueadas por ciudadanos desesperados. Se evacuaron también complejos industriales enteros; se utilizaron ochenta mil camiones para evacuar las cuatrocientas noventa y ocho fábricas de Moscú.

El general de aviación Golovanov recordaba haber visto a Stalin deprimido e indeciso: «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?», repetía. Resulta complicado concluir si Stalin también abandonó la capital, ya que las fuentes son contradictorias. En todo caso, si lo hizo, fue por poco tiempo. Miembros de su guardia personal y su hija Svetlana empaquetaron sus objetos personales. Sus libros habían sido llevados ya hacia Kuibyshev, junto con sus documentos personales; el personal de su dacha se preparó para marcharse y planificó su voladura. Un tren especial estaba preparado para evacuar a Stalin; este, que no era especialmente valiente, asumió enormes riesgos al decidir permanecer en Moscú con las fuerzas alemanas a tan solo unos kilómetros. En palabras del líder de la Internacional Comunista, Dimitrov, la presencia de Stalin en la capital equivalía a «todo un ejército de buen tamaño^[31]».

Por toda la ciudad se vivieron momentos de pánico. Se detuvo el metro, la policía abandonó las calles y los comunistas se deshicieron de sus carnés del Partido. El derrotismo se apoderó durante unos días de los moscovitas. Un aterrorizado Beria defendía el abandono de la capital: «Nos cazarán como a conejos», afirmó. Los ciudadanos más pesimistas comenzaron a comprar diccionarios de alemán. Los alemanes desconocían el pánico que se había apoderado de Moscú: la inteligencia alemana fracasó por completo. Mientras tanto, las temperaturas descendieron a más de veinticinco grados bajo cero. Los soldados alemanes buscaban desesperadamente cobijo mientras los oficiales ocupaban las casas de los campesinos rusos que eran expulsados a la nieve, donde muchos morirían de frío. Viktor Kravchenko escribía: «Daba la impresión de que no había Gobierno, que millones de moscovitas habían sido abandonados a su suerte sin combustible, sin comida ni armas^[32]».

Stalin informó a sus colaboradores que él no abandonaría

la ciudad por nada del mundo: «y ustedes —añadía— se quedarán conmigo. No rendiremos Moscú». Enseguida decretó la ley marcial y puso a un general del NKVD, Artemeyev, para hacer que esta se cumpliera, con lo que cesaron los saqueos y el pánico. Se fusilaba a todos los alarmistas junto con los saqueadores e incluso los borrachos. El ánimo en Moscú cambió súbitamente de un pánico masivo a una actitud de desafío. Stalin procedió a organizar las conmemoraciones del aniversario de la Revolución. Los funcionarios del Ayuntamiento sugirieron que se celebrase en la estación de metro Mayakovski, engalanada con flores para la ocasión. Stalin se dirigió a los presentes señalando las enormes pérdidas sufridas por los alemanes (multiplicando por siete las bajas de la Wehrmacht). Fue el discurso de un patriota ruso, no el discurso de un revolucionario. La transformación en una «guerra patriótica» se completó con una campaña para identificar «Partido» con «madre patria». En un momento del discurso señaló: «¡Si desean una guerra de exterminio, la tendrán! [...] ¡Nuestra misión es destruir a cada alemán, hasta el último hombre! [...] ¡Muerte a los invasores alemanes!». El general Zhúkov describió así el desfile: «El tradicional desfile pudo así celebrarse en la plaza Roja. Todo se desarrolló en orden, y una vez que las tropas pasaban ante el mausoleo de Lenin, seguían sin detenerse hacia sus puestos en el frente. No cabe duda de que el desfile tuvo una enorme resonancia, tanto en el plano interno como en el internacional^[33]».

El avance alemán continuó topándose con una resistencia cada vez más dura hasta el 27 de noviembre, fecha en la que las unidades de vanguardia alemanas llegaron a los suburbios de Moscú, donde fueron detenidas y obligadas a retirarse. La línea del frente soviética aguantó, aunque por un estrechísimo margen. Un grupo de soldados alemanes del regimiento de infantería número 240 llegó, con temperaturas de -40 °C, a la

estación de tren de Krjukow. Se trataba de una de las paradas del metro de Moscú. Pasaron por una señal de tráfico que decía: «A Moscú 22 km».

Stalin hizo llevar de Siberia tropas especializadas en combate bajo condiciones de frío polar, gracias a su pacto de no agresión con Japón y por las informaciones que había recibido desde Tokio del espía Richard Sorge, que a través de sus informantes había llegado a la conclusión de que Japón no atacaría a la URSS. A los soviéticos les quedaba todavía una considerable reserva humana con algunas de las mejores unidades del Ejército Rojo: las veinticinco divisiones de infantería y las nueve brigadas blindadas del general Apanasenko, en Manchuria. Desde Siberia se inició el mayor movimiento de ferrocarriles de la historia, todos con el mismo destino: Moscú, con un millón de soldados bien pertrechados. Resulta muy difícil imaginar cómo hubiese podido resistir la URSS si Japón hubiese atacado desde sus bases en el norte de China. La URSS se benefició del hecho de que el Pacto Anti-Komintern no era una alianza militar.

En octubre de 1941, la red de Sorge fue descubierta. Fue capturado por los japoneses, que esperaron durante tres años su posible intercambio por un agente japonés. Cuando a Stalin le preguntaron si deseaba el intercambio, este preguntó: «¿Richard Sorge? No conozco a nadie con ese nombre^[34]». Los japoneses subestimaron el deseo que tenía Stalin de ver desaparecer a un testigo de su incompetencia y de la desconfianza que había mostrado hacia los informes que este le había proporcionado. Sorge fue ahorcado en 1944 en la prisión japonesa de Sugamo. El hecho de que en 1964 el Kremlin le otorgara el título de Héroe de la URSS demostraría la importancia de los servicios que prestó a la causa de Moscú.

El clima, unido al resurgimiento de las reservas humanas rusas, acabaría con el avance de la Wehrmacht. El escritor Ilyá

Ehrenburg subrayó con ironía: «El invierno ruso fue una sorpresa para los turistas prusianos^[35]». En realidad, el invierno no intervino en todo el frente. En Rostov, los alemanes fueron obligados a retirarse a pesar de que no había apenas nieve y de que las temperaturas eran soportables. La operación fracasó debido a los problemas logísticos alemanes y a la extraordinaria perseverancia soviética. El Ejército alemán intentó librar una guerra en los inmensos espacios rusos empleando estrategias y técnicas de operaciones pensadas para los limitados espacios de Europa Occidental. El invierno ruso no establecía diferencias entre los dos ejércitos en lucha; sin embargo, a los rusos les afectó en menor medida. Las tropas de Stalin llevaban uniformes abrigados y habían sido adiestradas en la lucha de invierno.

Si el régimen soviético hubiese dotado a su país de un sistema de carreteras comparable al de los países occidentales, probablemente hubiese sido destruido. Las enormes distancias de la Rusia europea hicieron casi imposible el esfuerzo alemán para abastecer de combustible, rearmar y reparar las puntas de lanza del ataque. La configuración geográfica de la Rusia occidental, que forma una cuña con estrechas fronteras hasta unos vastos espacios interiores, tenía como consecuencia que las fuerzas del Eje se viesan obligadas a alargar sus unidades a medida que avanzaban para poder así cubrir todo el frente. El Ejército Rojo, por su parte, había superado enormes problemas institucionales mientras intentaba en vano detener el avance alemán. Cuando se produjo la invasión alemana, las unidades mecanizadas soviéticas se estaban enfrentando a su tercera gran reorganización en dos años y se encontraban formadas por una mezcla de tanques obsoletos y nuevos modelos cuya utilización apenas dominaban^[36].

Durante el invierno de 1941-1942 el Ejército Rojo montó una serie de contraofensivas en todos los frentes, en las que

rechazó a los alemanes a unos cuantos kilómetros de sus posiciones originales; pero de ninguna manera esto constituía un cambio definitivo en la guerra. Los ataques soviéticos no fueron muy bien planificados y en general fueron débiles; sin embargo, para los sorprendidos alemanes resultaba algo inaudito el hecho de que los soviéticos fueran capaces todavía de atacar tras las enormes bajas sufridas durante el verano y el otoño.

La derrota alemana frente a Moscú fue agravada por la decisión de Hitler de declarar la guerra a Estados Unidos tras el ataque japonés a Pearl Harbor, el 7 de diciembre, lo que permitió al presidente Roosevelt presentar al Eje como un enemigo unido, algo alejado de la realidad. En cuanto Alemania declaró la guerra a Estados Unidos, la política norteamericana de Lend-Lease, o programa de préstamo y arriendo (que postergaba el pago hasta después de finalizado el conflicto), comenzó a entregar a Rusia enormes cantidades de material. Cuando un diplomático occidental se quejó de la falta de cobertura del programa Lend-Lease en la prensa soviética, recibió una dura respuesta de un miembro del Gobierno: «Estamos perdiendo a millones de soldados en la lucha contra los nazis, ¿y espera usted de nosotros que le agradezcamos la carne enlatada?»^[37].

LOS MOTIVOS DEL FRACASO ALEMÁN EN 1941

Es preciso reconsiderar algunos puntos que hasta ahora se habían dado por sentados. En primer lugar, el supuesto error de Hitler de lanzar la operación en junio en vez de abril o mayo de 1941 por su intención de invadir Yugoslavia, Grecia y Creta para cubrir su flanco sur. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que la operación se llevó a cabo cuando había finalizado

el período de *rasputitsa* debido al deshielo. En 1941 este tuvo lugar especialmente tarde y la Operación Barbarroja no podía haberse iniciado de ningún modo antes de junio^[38].

En segundo lugar, se ha reconsiderado el atraso de la ofensiva sobre Moscú debido al cerco alemán a las tropas soviéticas en la zona de Kiev. Sin embargo, el avance sobre Moscú sin tener cubierto el frente sur hubiese sido muy arriesgado. Las fuerzas de reserva de las que disponía la *Stavka* hubiesen entrado en acción independientemente del momento en el que hubiesen lanzado los alemanes su ofensiva, y a estas se hubiesen añadido aquellas que se encontraban en el flanco derecho alemán en el caso de haberse iniciado la ofensiva sobre Moscú sin acabar primero con las tropas en la zona de Kiev.

El tercer argumento es el de que Hitler hubiese ganado la guerra de haber podido finalmente tomar Moscú. Sin embargo, en ese caso, Stalin hubiese enviado a sus ejércitos de reserva en defensa de la ciudad y las fuerzas alemanas se hubiesen tenido que enfrentar a una feroz batalla, similar a la que tuvo lugar en Stalingrado un año después. En todo caso, y aun habiendo tomado Moscú, las principales ciudades industriales estaban más allá del alcance alemán. Por citar tan solo un ejemplo, la localidad de Gorki, denominada «el Detroit soviético», se encontraba a cuatrocientos kilómetros al este de la capital. Esta última era, por supuesto, un punto neurálgico de todo el sistema del ferrocarril central ruso y su pérdida habría sido dura. Sin embargo, los ferrocarriles soviéticos desde los Urales estaban conectados con Vologda, Arcángel y el frente finlandés, así como con el frente del oeste, el mar Caspio y la región del Donets. No existe ningún motivo para suponer que Stalin hubiese firmado la paz con Alemania de haber perdido Moscú. Para la URSS, la derrota hubiese significado una sumisión completa a Hitler y el derrocamiento y la liquidación de Stalin y el sistema comunista. En esas

circunstancias no pueden existir muchas dudas de que Stalin hubiese continuado la guerra a pesar de las pérdidas territoriales^[39].

La Operación Barbarroja fue el intento del mejor ejército del momento por conquistar un estado enorme y con una población inmensa que resultó en fracaso, aunque no estaba determinado a ello. Es probable que la victoria hubiese sido posible de no haber subestimado a su oponente y de haber dispuesto de un ejército aún mayor y una estrategia más adecuada. La destrucción completa de la URSS hubiese requerido la movilización total de la economía alemana y de todas sus reservas humanas, sin dispersión de fuerzas en África, los Balcanes, Escandinavia y Europa Occidental, ni una dura lucha con Gran Bretaña por mar y aire. Añadir a Estados Unidos a la lista de los enemigos de Alemania fue el último acto de insensatez.

Hitler conocía la historia de Europa, y como todos los habitantes de Europa Central sabía de la inmensidad del territorio ruso, la dificultad del terreno y lo terrible que era su invierno. Sin embargo, tenía una confianza ciega en la habilidad del Ejército alemán para superar tales obstáculos, subestimando la capacidad del régimen de Stalin para organizar la defensa tras las primeras derrotas. La victoria alemana fue posible, pero la preparación no maximizó las posibilidades de éxito. El Ejército alemán no era lo suficientemente grande para la enorme tarea que se le había asignado y carecía de los tanques, los vehículos motorizados y la artillería suficientes, mientras que la Fuerza Aérea alemana no contaba con los aviones necesarios para mantener el control del espacio aéreo, el cual había sido parte integral de las victorias alemanas hasta ese momento. Contra la URSS, Alemania no dispuso de muchos más aviones ni tanques de los que habían sido utilizados contra Francia. La Operación

Barbarroja fue un plan deficiente que se balanceaba entre el objetivo de destruir los ejércitos enemigos y el objetivo de neutralizar su capital.

Se ha hablado mucho del «general invierno». Sin embargo, las raíces de la derrota alemana se encuentran en una fecha tan temprana como el 17 de julio, cuando las pinzas alemanas se cerraron en torno a Smolensk, atrapando a tres ejércitos rusos. Nueve días antes, la inteligencia alemana había calculado que había destruido ochenta y nueve de las ciento sesenta y nueve divisiones que había identificado hasta ese momento. Fue entonces cuando la *Blitzkrieg* se vino abajo. No existían unidades alemanas móviles de tamaño considerable para continuar el avance hacia el este, al menos hasta que la infantería pudiese alcanzarlas. A pesar de las gigantescas pérdidas soviéticas, el ímpetu de la *Blitzkrieg* se desvaneció justo al este de Smolensk. El frente de mil doscientos kilómetros de ancho se expandía hasta los mil seiscientos kilómetros conforme el Ejército alemán se aproximaba a Moscú, un objetivo a mil kilómetros. Se estima que son necesarias doscientas ochenta divisiones para lograr defender de forma continua un frente de esas dimensiones y los alemanes tan solo contaban con ciento veintisiete.

Otro dato que hay que tener muy en cuenta es la resistencia desesperada de millones de soldados soviéticos. A pesar de los errores garrafales de los líderes militares soviéticos, sus pilotos se estrellaban en el aire contra los aviones alemanes y sus soldados saltaban sobre los tanques alemanes con cócteles molotov; permanecían en las trincheras hasta que se quedaban sin munición; sufrían hambre, se congelaban, padecían y, finalmente, morían peleando. Irónicamente, es posible encontrar uno de los motivos de la victoria soviética en la frustración de las primeras semanas de la guerra. La humillación y la rabia forjaron la determinación del pueblo de

continuar peleando.

Existían motivos para la fanática resistencia del soldado ruso durante el conflicto. En primer lugar, el Ejército se mantenía en contacto constante con el Partido a través de los oficiales políticos asignados a cada unidad, que tenían instrucciones precisas de mostrar una valentía única. El régimen los consideraba como el «cemento moral» que mantenía unido al Ejército: su misión era la de mantener la confianza en la victoria y predicar «el desprecio por la muerte». Durante el conflicto, tres millones de miembros del Partido perdieron sus vidas en el combate. A todo esto hay que añadir el papel del NKVD, cuyas tropas infundían terror en las líneas del frente y mantuvieron al Ejército realizando enormes sacrificios. La dirección de la guerra soviética provocaba enormes bajas. Incluso antes de la guerra, ya existía un durísimo código disciplinario. Los oficiales soviéticos sabían muy bien que tenían una misión que cumplir y salvar vidas no era una de ellas mientras se consiguiese el objetivo. Un veterano se quejaba: «En nuestro país siempre hay unos resultados que cumplir que son más importantes que la gente. Rusia siempre tiene suficiente gente como para desperdiciarla^[40]». Durante el conflicto, novecientos setenta y tres mil oficiales murieron o fueron capturados; una proporción de más del 37%. Ellos espoleaban a sus hombres y caían dando ejemplo.

LA GUERRA CAMBIA DE SIGNO

En abril de 1942, Hitler anunciaba su nuevo plan ofensivo, la Operación Azul. Planeaba atacar, entre Vorónezh y Stalingrado, para avanzar hacia el Cáucaso y hacerse con los valiosos pozos petrolíferos. Según Hitler, si Alemania no

conseguía ese petróleo, la guerra estaría perdida en tan solo tres meses. Stalin convocó a Nikolai Baibakov, vicecomisario de Producción de Crudo, y le dijo: «Camarada Baibakov, ya sabes que Hitler quiere el petróleo del Cáucaso. Por esa razón he decidido enviarte allí; eres el responsable de que no quede ni una gota de petróleo a nuestras espaldas, so pena de la vida. ¿Sabes que Hitler ha declarado que sin petróleo perderá la guerra?»^[41]. Baibakov se encontró ante la difícil tarea de saber cuándo tenía que destruir los pozos, pues si lo hacía demasiado pronto, su vida correría peligro. Los alemanes tan solo obtuvieron el campo petrolífero de Maikop, dinamitado por los rusos, y aunque se apresuraron a enviar a un grupo de expertos para su reconstrucción, estos fueron degollados por partisanos rusos. Alemania no recibió ni una sola gota del petróleo de aquella fuente. De haber caído la región del Cáucaso en poder de los alemanes, los soviéticos contaban con otra región productora al este del Volga, entre las localidades de Kuibyshev y Ufa. Era el llamado «segundo Bakú», desarrollado en los años treinta. Los problemas derivados de la invasión y la ocupación alemana de gran parte de la URSS redujeron la producción de petróleo soviético de treinta y tres millones de toneladas en 1941 a dieciocho millones en 1943^[42].

A pesar de la recuperación militar, Alemania ya no contaba con fuerzas para llevar a cabo una ofensiva en todo el frente, por lo que concentró el grueso de las fuerzas acorazadas en el sur. Stalin pensó erróneamente que Hitler lanzaría de nuevo sus tropas contra Moscú, algo que no era irracional (era, de hecho, lo que pedían los generales alemanes). La ironía fue que tan solo un año antes, Stalin había insistido en fortalecer el sur en la errónea creencia de que Hitler deseaba más el petróleo y el grano que la capital. En 1942 el sur era débil y el centro fuerte. Cuando se produjo el ataque alemán, las fuerzas soviéticas estaban tan mal preparadas para enfrentarse a los

alemanes como lo habían estado un año antes. Se produjo una retirada general en todo el frente sur y ciudades importantes como Rostov cayeron en manos alemanas.

La nueva oleada de derrotas no podía ocultársele al pueblo. En Moscú los observadores describieron un nuevo estado de pánico entre la población. Las noticias de que Rostov había caído después de los terribles sacrificios en Moscú y Leningrado produjeron sentimientos de desesperanza. En la retirada de aquel verano la disciplina se vino abajo. Las unidades abandonaban su equipo. Los soldados preferían autolesionarse antes que enfrentarse a los alemanes. La autoridad de los comisarios y de los oficiales amenazaba con desintegrarse. «Aquellos fueron días difíciles y terribles —apuntó Grossman—, los ejércitos se iban retirando. En los rostros de los hombres se leía la tristeza. El polvo cubría su ropa y sus armas, polvo caído en los cañones de sus fusiles, en los lienzos que cubrían las cajas llenas de documentos militares, en los brillantes estuches negros de las mecanógrafas y en las maletas, sacos y fusiles amontonados caóticamente sobre los carros. Aquel polvo seco y gris entraba por las narices y gargantas de la gente y hacía que sus labios se secaran y cuartearan. Era un polvo terrible, el polvo de la retirada^[43]». Se propagó un sentimiento de fracaso y decepción que destruyó en parte la confianza recobrada tras la batalla de Moscú.

Ante tal estado de cosas, el 28 de julio de 1942 Stalin emitió una orden terminante a las tropas que intentaban frenar el avance alemán: «¡Ni un paso atrás!». Stalin les dijo a sus soldados que tenían que poner fin a la retirada: «Cada posición, cada metro de territorio soviético debe ser defendido hasta la última gota de sangre^[44]». Todo aquel que se rindiera sería «un traidor a la patria». Se tenían que organizar destacamentos en cada unidad para abatir a cualquier soldado que tratara de escapar.

A pesar de todo, en septiembre los alemanes habían alcanzado ya Stalingrado. Resulta casi imposible describir el horror de la carnicería en Stalingrado. Los alemanes devastaron la ciudad de Stalin desde el aire, convirtiendo las fábricas estalinistas en un paisaje prehistórico de cuevas. La lucha, de una indescriptible crueldad, se desarrolló casa por casa, habitación por habitación, sótano a sótano en horribles combates cuerpo a cuerpo. Un oficial alemán escribió en las ruinas de la ciudad: «Stalingrado es el infierno en la tierra. Es la maldita Verdún, con armas nuevas. Atacamos todos los días. Si tomamos unos veinte metros por la mañana, los rusos nos echan de ellos por la noche^[45]».

Con el fin de ocupar una sola calle, los alemanes estaban decididos a sacrificar tantas vidas y tanto tiempo como el que hasta entonces habían necesitado para conquistar países europeos enteros. La lucha fue denominada *Rattenkrieg* («guerra de ratas») por los alemanes. La decisión de asaltar Stalingrado les había privado de las ventajas de la *Blitzkrieg* y los redujo a tácticas de la Primera Guerra Mundial, a pesar de que los teóricos alemanes habían considerado siempre la guerra de trincheras como «una aberración en el arte de la guerra». La ciudad era un montón de ruinas; el general Vasili Chuikov, al tomar el mando del 62.º Ejército en Stalingrado, señaló: «Las calles de la ciudad están muertas. En los árboles no queda ni una sola rama verde; todo ha perecido entre las llamas. Lo único que queda de las casas de madera es un montón de cenizas de las que sobresalen las chimeneas de las estufas^[46]». En Berlín, un exultante Hitler pronunciaba en la radio un mensaje que se haría célebre: «Quería llegar al Volga... a una ciudad en concreto. Casualmente lleva el nombre del propio Stalin... Deseaba conquistarla y ¡prácticamente ya es nuestra!»^[47].

Un veterano oficial ruso afirmaba: «Nosotros, los rusos,

estábamos ideológicamente preparados para la batalla de Stalingrado. Sobre todo no nos hacíamos ilusiones sobre el coste y estábamos preparados para pagarlo». Las autoridades soviéticas eran despiadadas, como demuestran frases como la del general Chuikov, el cual escribió: «En una ciudad ardiendo no aguantamos a los cobardes, no hay sitio para ellos^[48]».

La infantería alemana odiaba la lucha callejera, pues encontraban que ese combate tan próximo rompía las dimensiones militares y era psicológicamente desorientador. Un ejemplo de la batalla de Stalingrado se produjo durante la última fase de las batallas de septiembre, cuando ambos bandos se lanzaban a intentar tomar un gran depósito de ladrillos de cuatro pisos. En un momento de la batalla, los alemanes controlaban el piso superior y el inferior del edificio y los soviéticos los dos intermedios. A menudo, los enemigos eran irreconocibles, pues los uniformes estaban impregnados del mismo color de polvo. Los generales alemanes parecieron no haber imaginado lo que les esperaba en Stalingrado. Chuikov recordaba: «Al aproximarse a ese lugar, los soldados solían decir: “Estamos entrando en el infierno”. Pero después de haber pasado uno o dos días allí, decían: “No, esto no es el infierno; es diez veces peor que el infierno”^[49]».

El plan de defensa soviético consistía en encauzar y fragmentar los ataques alemanes con «rompeolas»: edificios reforzados y controlados por infantería con rifles antitanques y ametralladoras que desviaban a los atacantes hacia vías preparadas donde tanques T-34 camuflados y cañones antitanques les esperaban semienterrados entre los escombros. Cuando los alemanes atacaban con tanques la prioridad era separarlos de la infantería. Los rusos utilizaban morteros contra los hombres que avanzaban detrás, mientras las dotaciones de los cañones antitanques se encargaban de los *panzers*. Sin embargo, gran parte de la lucha no consistió en

grandes ataques, sino en incesantes combates a pequeña escala. Chuikov acuñó la expresión «Academia de lucha callejera de Stalingrado». La batalla se libraba con escuadrones de asalto, en general de seis u ocho hombres armados con ametralladoras, granadas, cuchillos y palas afiladas para matar de forma silenciosa. Las palas llegaron a escasear tanto que los hombres grababan su nombre y dormían con ellas debajo para que nadie las robara. Los escuadrones de asalto enviados a las alcantarillas contaban con lanzallamas y zapadores para situar cargas explosivas bajo las posiciones alemanas.

«El enemigo es invisible», escribió el general alemán Strecker, «las emboscadas desde sótanos, lo que queda de los muros, búnkeres escondidos y ruinas de fábricas nos provocan enormes bajas^[50]». El general Chuikov puso el énfasis en los ataques nocturnos, para evitar a la aviación alemana, pero también para agotar a los soldados alemanes. Chuikov describió la batalla: «Stalingrado es la gloria de la infantería rusa. Nuestra infantería ha tomado armas y municiones alemanas y ha hecho uso de ellas. No solo teníamos que defendernos, sino también que contraatacar. La retirada significaba la derrota. Si te retirabas, te matarían. Si yo lo hacía, me matarían. Un soldado que pasaba tres días aquí se consideraba a sí mismo un veterano. Aquí la gente vivía al día, sabiendo lo difícil que le sería llegar al siguiente. [...] ¡Oh camaradas, no tengo palabras para contaros cómo fue aquella batalla!»^[51].

«Si solo pudieras entender lo que es el terror», escribió un soldado alemán, «al mínimo ruido aprieto el gatillo». La obsesión por disparar contra cualquier cosa que se moviese por la noche iniciaba a menudo descargas de fuego por parte de otros centinelas a lo largo del frente. Ese terror llevó a que los alemanes consumiesen veinticinco millones de cartuchos de munición tan solo en el mes de septiembre. Los rusos

mantenían la tensión lanzando bengalas periódicas para dar la sensación de que se preparaba un ataque. La Fuerza Aérea soviética lanzaba ataques nocturnos sobre las posiciones alemanas como parte del plan de desgastar y agotar física y psicológicamente a las tropas de Hitler.

Las patrullas rusas salían de noche para capturar a los atemorizados centinelas alemanes con el fin de interrogarlos. Grupos de reconocimiento y de francotiradores avanzaban y se escondían en tierra de nadie. Los altavoces reproducían música y mensajes grabados por comunistas alemanes. Se arrojaban miles de octavillas de propaganda que tenían un efecto muy reducido cuando contenían el habitual mensaje estalinista. Sin embargo, las cosas cambiaron al tomar el control el escritor comunista alemán Erich Weinert, cuyas obras explotaban el sentimiento de desesperanza alemán y las ansias por regresar a casa. Sus octavillas tuvieron un efecto desmoralizador sobre las tropas alemanas.

Los miles de civiles que permanecieron en la ciudad buscaron refugio en los sótanos de las ruinas, en las alcantarillas y en cuevas excavadas en las colinas. El escritor Konstantin Simonov describió «un sufrimiento casi increíble» de todos aquellos que estaban en Stalingrado, tanto civiles como militares, pero descartó cualquier tentación de sentimentalismo: «Estas cosas no se pueden evitar: la lucha que se libra es a vida o muerte^[52]».

Durante cuatro meses se aferraron al territorio, mientras Stalin revivía las pesadillas de la Guerra Civil y su defensa de Tsaritsin. La ocupación de la zona media del Volga por parte de Alemania hubiese cortado el acceso soviético a las zonas petrolíferas del Cáucaso y, al mismo tiempo, hubiese reducido las ya mermadas zonas de alimentos con las que contaba la URSS. Mientras los alemanes se afanaban por tomar aquella ciudad infernal, los soviéticos solo enviaban a Stalingrado las

tropas necesarias para que la ciudad no cayese. El resto iba a formar una enorme reserva estratégica para un poderoso contraataque («Operación Urano»).

Hitler no se percató de que el Sexto Ejército alemán estaba siendo utilizado por los soviéticos como cebo para una gigantesca trampa. Tras una espectacular operación de cerco soviética, los alemanes quedaron atrapados. En tan solo unos días, del 19 al 23 de noviembre, sucedió lo impensable: el formidable Sexto Ejército había sido atrapado en Stalingrado. Ese ejército, con el que su jefe, el mariscal Paulus, había manifestado que «podía asaltar el cielo» no era ya más que una masa de hambrientos y asustados soldados^[53]. El comandante de la Luftwaffe, Hermann Goering, aseguró que podía abastecer por aire al Sexto Ejército. La realidad fue que no pudo siquiera cumplir con el mínimo vital que precisaban sus hombres en la sitiada ciudad. En diciembre de 1942, varias unidades alemanas partieron hacia Stalingrado para ayudar a las veintidós divisiones germanas y dos rumanas allí cercadas. La expedición militar no llegó a aproximarse a su objetivo, siendo detenida a cien kilómetros de su punto de partida por un contraataque soviético. Cercadas, las fuerzas alemanas en Stalingrado acabaron cediendo.

El 25 de enero Stalin, en su orden del día a las tropas, las felicitaba y les exhortaba a continuar «hasta la derrota de los ocupadores alemanes». Había ascendido a Zhúkov al grado de mariscal una semana antes y, para no ser superado, decidió autoproclamarse también mariscal, aunque no tuviera entrenamiento militar alguno. Durante los dos años siguientes, Stalin no abandonaría su uniforme militar. Seis días después, las tropas soviéticas acabaron con la resistencia alemana en la ciudad de Stalingrado. Las operaciones militares comenzaron a llamarse «estrategia estalinista» y las derrotas anteriores «retiradas planificadas».

La rendición de Stalingrado fue proclamada en Moscú a primera hora del 1 de febrero, pero no fue anunciada oficialmente en Berlín hasta dos días más tarde. Hitler otorgaba al pueblo alemán el mito del Sexto Ejército pereciendo heroicamente en el combate como lo habían hecho siglos antes los espartanos en las Termópilas. Sin embargo, la cruda realidad era la de un gigantesco número de hombres muriendo de hambre y frío en refugios improvisados. Los soldados supervivientes tuvieron que vivir en condiciones infrahumanas en los improvisados campos de prisioneros soviéticos. Stalin nunca quiso saber nada de la situación de aquellos alemanes. Después de Stalingrado cualquier soldado alemán enviado al este solo podía ya ser un héroe o un mártir. Sus posibilidades de supervivencia eran mínimas comparadas con las de sus compañeros combatiendo en otros frentes. En Rusia, el escritor Ehrenburg, en un exceso de optimismo tras la batalla, afirmó: «Hasta entonces creer en la victoria era un acto de fe; sin embargo, ahora no existía ni la menor duda: la victoria estaba asegurada^[54]».

Cuando Goebbels le propuso a Hitler que pusiese fin a la guerra en dos frentes, este le contestó que las negociaciones con Churchill no darían fruto, ya que el primer ministro británico estaba guiado por «el odio y no por la razón^[55]». De hecho, prefería negociar con Stalin; sin embargo, «tampoco creía que esas negociaciones tuvieran ningún éxito, porque —apuntaba Goebbels en su diario—, Stalin no puede ceder lo que pide Hitler en el este^[56]». Los supuestos contactos que existieron en Suecia entre Alemania y la URSS durante ese período permanecen rodeados de misterio. Hoy parece claro que estos, efectivamente, existieron y que fueron más frecuentes durante el verano de 1943, y que incluso continuaron hasta el otoño de ese año. Los aliados occidentales fueron informados de dichos contactos tan solo meses

después, aunque ya conocían que se estaban produciendo. Los aliados mostraron una gran preocupación por estas relaciones, agravada por el retiro temporal de los embajadores soviéticos en Londres y Washington a finales de junio de ese año. También habían interceptado mensajes japoneses que hablaban de una gran presión nazi sobre Tokio para que mediara entre Alemania y la URSS^[57].

Algunas fuentes señalan que la desconfianza de Hitler hacia los contactos en Suecia se basaba en que el intermediario era de origen judío. Sin embargo, parece mucho más plausible que Hitler deseara conservar territorios en Ucrania que Stalin nunca le concedería, mucho menos tras las últimas victorias soviéticas^[58]. Buscar la paz no era una opción «racional» ni para Hitler ni para gran parte del alto mando alemán. El Tercer Reich actuaba según el espíritu del «nacionalismo catastrófico». La *End-kampf* («batalla final»), que había comenzado en Stalingrado, tenía que ser librada a cualquier precio. Después de Stalingrado, las oportunidades de una paz entre Hitler y Stalin eran muy remotas. Los alemanes habían estado luchando una guerra de exterminio y Hitler no esperaba más que la victoria total. Las atrocidades cometidas por los alemanes eran una señal de que no habría marcha atrás. Tampoco podía existir una base geográfica para las negociaciones, ya que Stalin nunca hubiera aceptado una paz sobre las líneas existentes de ocupación.

Tras la rendición de Stalingrado, el Ejército Rojo lanzó ocho ofensivas durante el invierno, muchas de las cuales se concentraron a lo largo de la cuenca del Don, cerca de Stalingrado. Estos ataques resultaron en ganancias iniciales hasta que las fuerzas alemanas fueron capaces de tomar ventaja de la debilitada condición del Ejército Rojo y lanzar un contraataque para recapturar la ciudad de Járkov y áreas circundantes.

Las lluvias de primavera pusieron fin a las operaciones, pausa que ambos lados utilizaron para prepararse para el verano. Los alemanes planeaban lanzar una ofensiva, cuyo nombre clave era «Ciudadela», sobre el saliente que se había formado en torno a la localidad de Kursk. La fecha del comienzo de la ofensiva se había postergado repetidamente, debido a que los retrasos en su preparación habían forzado a los alemanes a posponer el ataque. En julio, después de reunir la concentración de poder de fuego más grande de toda la Segunda Guerra Mundial, la Wehrmacht lanzó su ofensiva contra el saliente de Kursk. Los soviéticos conocían las intenciones alemanas a través de varias células de espionaje y se apresuraron a defender el saliente con un sistema enorme de defensas. Toda la población civil de la región fue movilizada. En abril, ciento cinco mil obreros estaban excavando en la zona; tan solo unas semanas después ya eran trescientos mil. Los rusos colocaron un millón de minas en el campo de batalla y tendieron miles de kilómetros de alambre de púas, parte de ellos electrificados. El saliente contaba con ocho líneas defensivas, escalonadas hasta una profundidad de ciento sesenta y un kilómetros. Nunca se había visto nada igual en un campo de batalla. El objetivo principal era contener y destruir las unidades acorazadas enemigas. Se emplearon todos los dispositivos con los que se contaba: zanjas con «dientes de dragón» (estacas de madera formando aspas en varias direcciones), pequeños diques para inundar el terreno que iban a cruzar los *panzers* y talas con árboles amontonados unos sobre otros con las ramas apuntando al enemigo.

En los meses que antecedieron a la batalla de Kursk, Stalin no utilizó su estrategia de hablar de desinformación. Ahora estaba dispuesto a escuchar opiniones, para lo cual convocó una conferencia el 12 de abril de 1943. A diferencia de Hitler, Stalin evitaba las grandes reuniones con sus generales, en parte

por motivos de seguridad. Zhúkov, Vasilevski y Antonov presentaron su informe a Stalin, el cual «escuchó más atentamente que nunca lo que teníamos que decirle^[59]». Zhúkov, en un acto muy arriesgado, le dio a Stalin un plan ya preparado de antemano. Se trataba de presentar una batalla defensiva para desgastar a los alemanes antes de lanzar un fuerte contraataque. En la discusión, todos los oficiales del alto mando, salvo uno, aprobaron la decisión de la defensa en profundidad de Zhúkov. Stalin, a pesar de que le preocupaba que al final el objetivo alemán fuese Moscú y no Kursk, finalmente aprobó el plan. El hecho de frenar sus impulsos ofensivos hizo que Stalin estuviese más nervioso que nunca; sin embargo, había aprendido la lección de Stalingrado: era mejor ceder el mando a los expertos.

La subsiguiente batalla de Kursk llegó a ser el enfrentamiento de tanques más grande de la guerra. Los alemanes, aunque consiguieron ciertos avances en el saliente, en particular en el sector septentrional, no consiguieron sus objetivos de romper el frente y cercar a las tropas soviéticas^[60]. Durante el intento alemán de romper el frente ruso, se produjo la terrible batalla de tanques de Projorovka. En un área triangular, con sus vértices localizados en la localidad de Vesely, al oeste, en Projorovka, al norte, y en el ferrocarril Belgorod-Kursk, se encontraron en un choque sin precedentes dos gigantescos ejércitos acorazados.

Los alemanes contaban con dos fuerzas de trescientos y seiscientos *panzer* respectivamente. Los soviéticos contaban con novecientos tanques. La igualdad era casi total, excepto que las fuerzas alemanas contaban con un total de unas cien unidades del formidable tanque Tiger I. Los tanques giraban en un mar de explosiones, estrellándose contra sus atacantes. Las dotaciones de T-34 aprovecharon la confusión para disparar a bocajarro contra los Tigers y los *panzers* alemanes.

Al agotárseles los proyectiles, las tripulaciones de los tanques soviéticos embestían contra los blindados alemanes o los atacaban a pie con granadas. Una mujer soviética que luchaba en la infantería lo recordaba así: «El cielo tronaba, la tierra tronaba, y piensas que tu corazón explotará y que la piel de tu espalda está ardiendo». Siguieron feroces combates cuerpo a cuerpo que la soldado recordaba con estas palabras: «No es para seres humanos, los hombres atacaban con sus bayonetas hacia los estómagos, los ojos; se estrangulaban unos a otros. Aullidos, gritos, quejidos. Es algo terrible, incluso en medio de una guerra^[61]». Los rusos confesaron que casi no se hicieron prisioneros en esa lucha sin cuartel.

Las temibles formaciones *panzer* de las SS eran derrotadas ante unas tropas tan obstinadas y preparadas como los pretorianos de Hitler. Las bajas de ambos bandos habían sido terroríficas; sin embargo, al finalizar el día eran los alemanes los que se retiraban y los soviéticos los que mantenían sus líneas defensivas. La *Prokhorovskoe poboishche*, o matanza de Projorovka, había finalizado con más de trescientos tanques (entre ellos setenta Tigers), ochenta y ocho cañones y trescientos camiones destrozados en el campo de batalla; más de la mitad del Quinto Ejército acorazado de guardias había desaparecido^[62]. El 2.º Cuerpo Panzer de las SS infligió más daño que el que recibió, pero la ventaja relativa soviética aumentó. La monstruosa contienda dejó muy afectados a los oficiales soviéticos que visitaron el campo de batalla. Vasilevski señaló que la batalla le dejó una «impresión imborrable». En aquel estrecho campo de batalla entre el río Psel y la estación de ferrocarril de Projorovka había tenido lugar lo que el mariscal Kónev describiría más tarde como el canto de cisne de las fuerzas acorazadas alemanas. Cuando el escritor soviético Ehrenburg visitó la zona de Kursk tras la batalla se quedó impresionado por la destrucción: «Aldeas destruidas por el

fuego, ciudades reducidas a escombros, tocones de árboles, coches empantanados en el cieno verde, hospitales de campaña, tumbas cavadas a toda prisa; todo se funde en una sola cosa: en la guerra profunda^[63]».

La invasión aliada de Sicilia obligó a Hitler a enviar al 2.º Cuerpo Panzer de las SS para hacer frente a los Aliados, aunque es posible que el *Führer* estuviera buscando una excusa para eludir una batalla mal planificada en la que sus mejores tropas habían sido derrotadas por el Ejército Rojo. Finalmente, canceló «Ciudadela» el 13 de julio y la iniciativa pasó a manos de los soviéticos. Los alemanes habían sufrido demasiadas pérdidas como para conseguir una ruptura en el frente y lanzarse a campo abierto contra Kursk, uniendo así sus fuerzas con las tropas que avanzaban desde el norte del saliente. El año 1943 marcó la pérdida irreversible de la iniciativa diplomática y militar que la Alemania nazi había disfrutado desde 1933. Si Stalingrado había determinado que Alemania perdería la guerra, Kursk anunció al mundo entero que el conflicto acabaría irremediablemente con la destrucción total del Tercer Reich.

Projorovka se convirtió en Rusia en un mito y vino a simbolizar el lugar donde fue salvado el futuro de Rusia. Según el general Pavel Rotmistrov, los héroes de la batalla, «cada uno de los hombres de todas las unidades, ya fueran tripulaciones de tanques, de artillería, de ametralladoras, demostraron un enorme valor luchando contra el enemigo aquel día. Todos los hombres que lucharon en Projorovka fueron verdaderos héroes. Los heridos se negaban a abandonar sus posiciones, las tripulaciones de tanques que habían perdido sus tanques continuaron luchando a pie y los artilleros de las tripulaciones antitanques continuaron disparando hasta que ya no quedó ninguno que pudiese seguir en pie^[64]».

En Rusia la victoria de Kursk y la reconquista de ciudades

importantes como Járkov había producido un sentimiento de euforia. Este triunfo llevó a Stalin a realizar una fugaz visita al frente de batalla. El 1 de agosto abandonó su dacha de Kuntsevo en un tren especial y se dirigió hacia el sector del frente occidental, donde pasó la noche. Al día siguiente visitó la zona del frente de Kalinin en el norte y pernoctó en una sencilla cabaña de campesinos en el villorrio de Khoroshevo, hecho que quedaría reflejado para la posteridad en una solemne placa. Cuando Stalin quiso pagar a la dueña de la casa por alojarle, pidió dinero a sus colaboradores. Se produjo entonces una situación representativa de la farsa que era el Estado de los trabajadores, cuando, tras palpase todos los bolsillos de sus chaquetas, se vivió esta escena: «En medio del tintineo de medallas y el crujir de galones dorados, ni uno solo de aquellos comisarios borrachines y tripones que lo acompañaban pudo encontrar un triste kopek con que pagarla. Stalin se deshizo en improperios contra “aquel hatajo de gorriones”^[65]». La población había sido forzada a evacuar y Stalin se dio cuenta, furioso, de que en aquella localidad no había más que tropas del NKVD. No se reunió ni con oficiales ni con soldados y regresó al día siguiente a la seguridad del Kremlin. En todo caso, Stalin sacó un gran provecho de aquella visita; tan solo unos días después, escribió a Roosevelt para explicarle el retraso en contestar a un mensaje: «Acabo de llegar del frente, por lo que solo ahora puedo contestar a tu carta. [...] He tenido que realizar cada vez más visitas personales al campo de batalla^[66]».

El 15 de mayo de 1943, de forma inesperada, Stalin anunció la disolución del Komintern, la organización — dirigida por el búlgaro Georgi Dimitrov— que había simbolizado, durante más de veinte años, el compromiso de la URSS con la revolución mundial. Dimitrov, sabiendo la suerte que habían corrido muchos de sus camaradas del Komintern,

trabajó diligentemente y consiguió sobrevivir. Autorizó el arresto de sus propios camaradas del Partido Comunista Búlgaro; cuando algunos de estos protestaron, su única respuesta fue: «No está en mis manos. Está todo en manos del NKVD». Yezhov, en sus propias palabras, «liquidaba búlgaros como conejos^[67]». Su desaparición fue bien recibida entre los líderes occidentales. La disolución del Komintern, unida al restablecimiento del patriarcado en Rusia y a la reintroducción de los rangos zaristas en el Ejército, parecía anunciar el final del bolchevismo. Stalin cultivaba esa engañosa visión entre sus aliados, preparándose para el decisivo asalto a Europa y motivando a los occidentales a que abriesen el esperado segundo frente.

Mientras tanto, los términos «URSS» y «comunismo» aparecían cada vez menos en las publicaciones oficiales: «Rusia» y «Madre Patria» los reemplazaron. «La Internacional» fue reemplazada por un nuevo y conmovedor himno nacional. Si Marx había afirmado que «los trabajadores no tienen patria», Stalin propugnaba ahora los principios de que la gente tenía un país y que era su obligación y su deber sentirse orgullosos de él. «El patriotismo soviético» era la consigna. También se recuperaron aspectos militares del pasado, como la creación de las divisiones de guardias, tropas de élite a las que se pagaba el doble de salario, así como la restauración de las insignias de rango de los oficiales. Para millones de personas, la guerra significaba una lucha para que Rusia sobreviviese, no necesariamente la defensa del comunismo. Fue sin duda por ese motivo por el que el régimen eligió utilizar símbolos e imágenes de la Rusia prerrevolucionaria, no del socialismo. Stalin aflojó los controles ideológicos: los poemas, las novelas y el periodismo de los primeros años de la guerra fueron más libres que los de años precedentes^[68].

Para el novelista Grossman, los rusos veían la guerra como

una oportunidad de corregir las deficiencias del régimen: «Casi todo el mundo creía que triunfaría el bien, que los hombres honrados, que no habían dudado en sacrificar sus vidas, serían capaces de edificar una vida buena y justa. Esta fe era aún más conmovedora porque aquellos hombres pensaban que era improbable que ellos mismos sobreviviesen hasta el final de la guerra; en realidad, al final de la jornada siempre se sentían asombrados de haber sobrevivido un día más^[69]».

En agosto de 1943, en una conversación con el comisario del pueblo Malyshev, Stalin dejó claro por vez primera que la guerra podría terminar pronto. En aquella ocasión, Stalin discutía acerca del nuevo tanque que llevaba su nombre: «No necesitamos este tanque para el final de la guerra, el tanque tiene que estar combatiendo antes del invierno». Malyshev comentó: «Era la primera vez que escuché a Stalin hablar del final de la guerra. Venía a decir que el final podría llegar en dos meses^[70]».

LA CONFERENCIA DE TEHERÁN

A mediados de noviembre de 1943, un Stalin pletórico por sus recientes victorias se dirigió hacia la capital iraní, donde recibió a sus aliados occidentales, Churchill y Roosevelt. La Conferencia de Teherán constituiría el punto culminante de la cooperación en el seno de la llamada Gran Alianza. Los éxitos del Ejército Rojo en Stalingrado y Kursk, unidos a la inminencia de la apertura de un segundo frente en Europa Occidental, permitieron que el primer encuentro entre «los tres grandes» se desarrollara, en general, en un ambiente distendido. A los aliados que conocían a Stalin les pareció que había envejecido a causa de la guerra, tenía el pelo blanco y la piel amarillenta. El hecho de que hubiesen pasado dos años

desde el comienzo de la guerra sin que los tres grandes líderes se hubiesen encontrado le daba a Stalin una doble ventaja: por un lado, militarmente existía una falta clara de acuerdo entre Churchill y Roosevelt, y por otro, la prioridad que el presidente norteamericano otorgó a establecer una relación especial con el líder ruso iba en detrimento del vínculo que hasta entonces había mantenido con Churchill^[71].

Stalin se encontró por vez primera en una posición de fuerza y sabía que tenía que ser tratado como un igual, comenzando a exigir a sus aliados que cumpliesen con sus compromisos de abrir un nuevo frente para absorber parte del esfuerzo de guerra alemán. Roosevelt y Stalin se entendieron desde el primer día. Stalin intentó en todo momento separar a Roosevelt de Churchill. No siempre lo logró, aunque consiguió que Roosevelt le apoyara frenando las insistentes declaraciones de Churchill de que se estableciera una línea dura contra las aspiraciones de la URSS sobre Europa del Este. La residencia de Roosevelt estaba plagada de aparatos de escucha y Stalin se quedó sorprendido por la ingenuidad de los norteamericanos: «¿Saben que les estamos espionando?», le preguntó a Beria^[72].

El día 28 comenzó formalmente la conferencia, en la que Stalin sacó el tema del segundo frente que debían abrir los aliados occidentales en Francia. Roosevelt parecía entusiasmado con el proyecto, mientras Churchill procuraba retrasarlo lo más posible, alegando que las fuerzas no estaban todavía preparadas. Roosevelt celebró un encuentro con Stalin en el que el presidente norteamericano le dejó claro que el objetivo aliado era abrir un frente que «atrajese a unas treinta a cuarenta divisiones alemanas del frente soviético». Stalin contestó simplemente: «Sería muy bueno si eso se llevase a cabo». Finalmente, ante la insistencia de Stalin sobre el segundo frente, Churchill tuvo que ceder. El desembarco en Francia quedó fijado para mayo de 1944^[73].

Durante la conferencia se produjeron momentos puntuales de gran tensión. En una ocasión, Stalin, que consideraba que los británicos deseaban tratar con demasiada suavidad a los alemanes, propuso que cincuenta mil oficiales alemanes fueran fusilados; Churchill, enfurecido, se levantó de la mesa de reuniones y se enfrentó a Stalin. Roosevelt, con gran frivolidad, señaló que se fusilara tan solo a cuarenta y nueve mil. Churchill, rojo de furia, señaló: «Esa actitud es totalmente contraria al sentido británico de justicia. El Parlamento británico nunca apoyaría la ejecución de hombres honrados que han luchado por su país». El primer ministro británico abandonó la sala; segundos más tarde, Stalin tuvo que ir a buscarle y persuadirle para que regresara. Para intentar calmar los ánimos y distender el ambiente, Stalin le dijo a Mólotov: «Ven aquí, Mólotov, hablemos de tu pacto con Hitler^[74]».

La conferencia terminó con brindis de unidad y cooperación; con celebraciones como la de Roosevelt: «Por nuestra unidad en la guerra y en la paz». Churchill, en un intento de reconciliarse con Stalin, le entregó la espada de Stalingrado. Dirigiéndose al dictador soviético, le dijo: «El mariscal Stalin puede situarse entre las principales figuras de la historia rusa y merece ser llamado “Stalin el Grande”». Stalin respondió modestamente: «Es fácil ser un héroe cuando se dirige a un pueblo como el ruso». El jefe de Estado Mayor británico, Alan Brooke, señaló tras la conferencia que «Stalin nunca cometió ni un solo error estratégico en sus declaraciones», a pesar de que en las reuniones no había estado acompañado de sus asesores^[75]. H. Hopkins, asesor principal de Roosevelt, afirmó: «Creíamos en lo más profundo de nuestros corazones que aquel era el amanecer del nuevo día sobre el cual habíamos esperado tanto tiempo^[76]». El presidente norteamericano, ya muy enfermo, intentó resolver todos los asuntos en cinco días, lo que hizo que Churchill

comentara que a Dios le había tomado siete días organizar el mundo^[77]. Roosevelt regresó a Estados Unidos ingenuamente convencido de que había forjado una estrecha relación con Stalin que sería fundamental para reconstruir el mundo de la posguerra.

La conferencia significó un éxito para Stalin; por un lado, había conseguido una promesa de un segundo frente en Europa en 1944, y por otro, los líderes occidentales accedieron a reconocer la frontera de 1939 entre Rusia y Polonia, así como a retirar su apoyo a las reivindicaciones del Gobierno polaco en el exilio. Stalin salió fortalecido de la conferencia: su país ya era una superpotencia y así lo reconocieron sus aliados. Lo que Stalingrado fue militarmente para Stalin, lo fue Teherán diplomáticamente. Al finalizar la conferencia, un ingenuo Roosevelt confesó: «Puedo decir que me llevé espléndidamente con el mariscal Stalin. Es un hombre que combina una enorme e implacable determinación con un sólido sentido del humor. Creo que es un verdadero representante del corazón y el alma de Rusia; y sé que nos llevaremos muy bien con él y con el pueblo ruso». En Teherán se anunciaba ya el reparto y división del mundo en esferas de influencia. Se hacía evidente que la URSS, después de la victoria, se constituiría en la superpotencia dominante en Europa Central y Oriental. Charles Bohlen, analista del Departamento de Estado norteamericano, señaló que como consecuencia de los acuerdos de Teherán, una vez finalizada la guerra, «la Unión Soviética sería la única fuerza militar y política importante en el continente de Europa^[78]».

LA VICTORIA SOVIÉTICA

Las victorias de Stalingrado y Kursk fueron seguidas de una

serie ininterrumpida de ofensivas que se bautizaron en honor de los héroes zaristas Kutúzov, Rumyantsev y Suvorov, las cuales expulsaron a los alemanes de gran parte de la URSS. Hitler, finalmente y a regañadientes, ordenó una retirada al otro lado del Dniéper, retirada que tenía que ser al mismo tiempo una defensa activa para frenar al Ejército Rojo. Stalin anunció que entregaría el preciado título de Héroe de la Unión Soviética al primer hombre que cruzase dicho río. Los primeros en hacerlo fueron cuatro soldados de una unidad de guardias que resistieron lo suficiente para que posteriormente cruzara una compañía y después un batallón. Los primeros cuatro guardias fueron nombrados Héroes de la Unión Soviética, lo que implicaba la obtención de una pensión vitalicia y que sus bustos se esculpieran en sus ciudades natales. Así, dos mil soldados soviéticos fueron condecorados como Héroes de la Unión Soviética durante la batalla por el Dniéper^[79].

Posteriormente, miles de soldados rusos se lanzaban en pequeñas embarcaciones bajo el fuego constante alemán para romper la barrera defensiva alemana más importante que quedaba en la URSS. Los soviéticos utilizaban todo aquello que flotaba para cruzar al otro lado: planchas, puertas arrancadas, barriles de petróleo vacíos, etc. El Ejército alemán realizó, en vano, esfuerzos sobrehumanos para poder desalojar a los soviéticos de sus cabezas de puente. La determinación de los soldados rusos era mayor que la capacidad alemana para acabar con ellos^[80].

En octubre, un segundo grupo de fuerzas soviéticas, el 3.º Ejército acorazado de guardias fue trasladado en secreto hacia la cabeza de puente. En aquellos días, el mal tiempo impidió que se efectuaran las misiones de reconocimiento aéreo alemán, lo que unido a las tácticas de engaño soviéticas confundió por completo a los alemanes. El 3 de noviembre, el

ataque del Ejército Rojo tomó completamente por sorpresa a los desconcertados defensores germanos. Dos ejércitos soviéticos emergieron de las zonas pantanosas al norte de Kiev y desbarbaron las defensas alemanas. Tres días más tarde, a las cuatro de la mañana del 6 de noviembre, el Ejército Rojo entraba en Kiev justo a tiempo para la celebración del aniversario de la Revolución rusa. El héroe del día fue Kruschchev. El jefe del Partido en Ucrania entró en Kiev con un uniforme de general y fue recibido como un libertador. Era su día de gloria^[81].

A finales de 1943, la balanza de fuerzas en el frente del este se inclinaba negativamente para Alemania. Los 3,1 millones de soldados del Eje se enfrentaban a 6,4 millones de soldados soviéticos. Los tres mil aviones alemanes era ampliamente superados por los trece mil cuatrocientos del enemigo y los dos mil trescientos *panzer* alemanes no eran rival para los cinco mil ochocientos tanques soviéticos. En 1944, esa enorme brecha no haría sino aumentar debido a la presión de los aliados occidentales sobre Alemania con el desembarco de Normandía.

En 1944, las ofensivas del Ejército Rojo, «los diez golpes destructivos de Stalin», consiguieron espectaculares avances a lo largo del frente, uno de los cuales, la Operación Bagration, expulsó a los alemanes de Bielorrusia y los llevó a las afueras de Varsovia. Stalin llevó a cabo con éxito el sueño de expansión de los zares y de Lenin. En la capital polaca se produjo un levantamiento heroico por parte del *Armia Krajowa*, una especie de ejército polaco al mando de Tadeusz Bór-Komorowski y con veinte mil patriotas pobremente armados. Consiguieron hacerse con partes de la capital, pero fracasaron al intentar capturar las vías del ferrocarril y los puentes sobre el Vístula. Al carecer de artillería o tanques, o incluso de suficientes armas y municiones, los polacos se fueron

desgastando en los dos meses que duró la encarnizada lucha. Las tropas alemanas habían recibido órdenes de destruir por completo la capital polaca y aniquilar a su población; en consecuencia, unos doscientos veinticinco mil civiles murieron en la mayor atrocidad cometida durante una sola batalla de toda la guerra. Las tropas alemanas dirigidas por Bach-Zalewski se lanzaron a una orgía de violencia y destrucción. Los hospitales fueron quemados con los pacientes dentro, se hizo uso de gases para hacer salir a los guerrilleros de las alcantarillas y las mujeres y los niños fueron asesinados a millares. El 2 de octubre, Bór-Komorowski se rindió para evitar más sufrimiento a la ciudad. Sus hombres fueron llevados a prisión y el resto de la población de Varsovia fue deportada a campos alemanes. Piedra a piedra, la antigua capital fue demolida^[82].

La visión tradicional ha culpado a Stalin de detener al Ejército Rojo a las puertas de Varsovia para no ayudar a los insurgentes polacos. Churchill criticó a Stalin por lo que él consideró una falta de «sentido del honor, de humanidad, de buena fe», cualidades de las que, indudablemente, careció Stalin a lo largo de toda su vida. Los aliados occidentales pensaban que Stalin prefería que el Ejército alemán acabase con la resistencia polaca para no tener que hacerlo él mismo. En este sentido, la sublevación de Polonia puede ser considerada como la última página del Pacto Germano-Soviético o como la primera batalla de la Guerra Fría. Sin embargo, un estudio pormenorizado de lo que sucedió en Varsovia nos presenta una situación mucho más compleja. El levantamiento de Varsovia no se originó para allanar el camino al Ejército Rojo, sino para prevenirlo. Los nacionalistas polacos no deseaban en ningún caso ser liberados por el Ejército Rojo, sino que deseaban hacerlo ellos mismos en un gesto simbólico de la lucha por la independencia polaca. La premura del

levantamiento estaba, además, condicionada por el establecimiento del denominado Comité Polaco para la Liberación Nacional, que contaba con la bendición de Stalin. El 22 de julio, en Lublin, dicho comité se erigió como nuevo Gobierno provisional de Polonia, que Stalin se apresuró a reconocer. Mientras tanto, el Gobierno polaco en el exilio de Londres, dirigido por Stanislaw Mikolajczyk, urgía a los nacionalistas en Varsovia a que empuñaran las armas y se oponía a que la URSS conservase los territorios arrebatados en 1939.

¿Podía haber tomado el Ejército Rojo Varsovia antes de que los alemanes arrasaran la ciudad? Los informes de los oficiales soviéticos apuntan a que las fuerzas soviéticas se encontraban agotadas tras semanas de incesantes avances y precisaban urgentemente un respiro antes del empuje final hacia el corazón del Tercer Reich. Rokossovsky le dijo a un periodista occidental: «El alzamiento solo habría tenido sentido si hubiéramos estado a punto de tomar Varsovia. Pero en aquellos momentos estábamos siendo rechazados». Cuando Stalin preguntó a Zhúkov si el Ejército debía seguir hacia Varsovia, este contestó: «En mi opinión esta ofensiva no nos traerá más que pérdidas^[83]». Las memorias de los oficiales alemanes (menos sospechosas al respecto) apuntan a que el Ejército Rojo fue detenido por la inesperada resistencia alemana sobre el Vístula. Los aliados occidentales intentaron abastecer a los polacos en su desigual lucha contra las fuerzas alemanas, pero gran parte de sus envíos cayeron en manos germanas.

En octubre de 1944, Churchill realizó una visita a Stalin que fue un fiel reflejo de lo que ha sido la política de las grandes potencias durante siglos: el reparto de las naciones menos poderosas sin tener en cuenta los intereses de estas. Churchill recordaba en sus memorias cómo escribió

apresuradamente en un pedazo de papel una lista de países de Europa Oriental en los cuales establecía un porcentaje para la influencia soviética y otro para la británica. Reconocía para la URSS un 90% en Rumanía, un 50% en Hungría y Yugoslavia y un 75% en Bulgaria. Churchill deseaba Grecia para Gran Bretaña. Acto seguido entregó el papel a Stalin, quien, con un lápiz azul escribió, según Churchill, una señal de consentimiento sobre el mismo. Churchill, sintiéndose culpable, preguntó a Stalin: «¿No cree que el documento se considerará muy cínico si parece que tratamos de un modo tan informal unos asuntos tan trascendentales para millones de personas?»; Stalin se limitó a responder: «No, guárdese lo^[84]».

En realidad, la marca que hizo Stalin era la habitual para señalar que se había leído un documento, pero la visión que dio Churchill posteriormente era correcta, ya que en la reunión se dio el visto bueno a las intenciones de Stalin sobre Europa Oriental y se puso en tela de juicio el carácter de guerrero de la Guerra Fría con el que Churchill quiso pasar a la historia. Además, Stalin no precisaba de la autorización británica para establecer el dominio soviético en las áreas liberadas por el Ejército Rojo. Lo más grave es que el gesto de Churchill hizo más difícil desafiar el monopolio soviético en el este de Europa y evitar el establecimiento de regímenes de corte estalinista^[85].

No resulta posible realizar un estudio de la guerra germano-soviética sin mencionar las brutalidades cometidas contra la población civil en el avance del Ejército Rojo. En las primeras localidades ocupadas en octubre de 1944, los soldados asesinaron a la población local, violando y torturando a las mujeres. En Silesia y en los bancos del río Óder la orgía de violencia amenazó la disciplina de las tropas, por lo que se tomaron medidas drásticas para que esos comportamientos no interfirieran con la campaña. La venganza que se abatió sobre

Alemania no resulta difícil de comprender. Durante años a los soldados soviéticos se les había inculcado que los enemigos eran bestias que solo sabían destruir. «Los fascistas —escribió Ehrenburg— trajeron con ellos salvajismo, atrocidades, el culto de la violencia, la muerte». También pudo haber influido la represión sexual de la sociedad soviética bajo el estalinismo y los prejuicios machistas de las tropas del Ejército Rojo.

A las afueras de Minsk, en 1944, Ehrenburg se topó con un montón de cuerpos quemados de niñas y mujeres rusas. Los soldados rusos también los encontraron y se tomaron cumplida venganza: «En ningún sitio fue la lucha más ferozmente cruel^[86]». En Prusia Oriental se encontró con el mismo odio profundo; allí vio a un soldado bielorruso que acuchillaba repetidamente a un maniquí a modo de fútil venganza por la pérdida de su mujer. Otro dato a tener en cuenta es que los soldados soviéticos ingresaron en Alemania por la rica Prusia Oriental, zona tradicional de *junkers* y grandes terratenientes. Para los atónitos soldados soviéticos, muchos de ellos paupérrimos campesinos, resultó indignante que aquellos alemanes que disfrutaban de un excelente nivel de vida, como demostraban las mansiones y los exuberantes campos, hubiesen ido a invadir su mísero país para, si cabe, aumentar las penurias que sufrían debido a la brutalidad del régimen estalinista.

Vasili Grossman escribió: «Fue en Alemania, particularmente aquí en Berlín, donde nuestros soldados comenzaron realmente a preguntarse por qué los alemanes nos atacaron tan repentinamente. ¿Por qué necesitaban los alemanes esta guerra tan terrible e injusta? Millones de nuestros hombres han visto ahora las ricas granjas de Prusia Oriental, su agricultura tan organizada, los cobertizos de hormigón para el ganado, salas espaciosas, alfombras, guardarropas llenos de trajes. [...] Millones de nuestros

soldados han visto las carreteras bien construidas que van de un pueblo a otro y las autopistas alemanas. Nuestros soldados han visto las residencias de dos pisos con electricidad, gas, baños y hermosos jardines. Nuestra gente ha visto las villas de la rica burguesía de Berlín, el lujo increíble de los castillos, propiedades y mansiones. Y miles de soldados repiten esa misma pregunta cuando miran a su alrededor en Alemania: “¿Por qué vinieron contra nosotros? ¿Qué diablos querían?”^[87]».

Cuando el yugoslavo Milovan Djilas se quejó a Stalin de que el Ejército Rojo estaba violando a mujeres, este le contestó: «Usted ha leído, por supuesto, a Dostoyevski. ¿Sabe lo complicada que es el alma humana, la psicología humana? Pues bien, imagínese a un hombre que ha luchado desde Stalingrado a Berlín, más de mil kilómetros a través de su propia tierra devastada, sobre los cuerpos sin vida de sus camaradas y sus seres queridos. ¿Y qué tiene de malo divertirse un poco con una mujer después de tantos horrores? Usted se imagina que el Ejército Rojo es una fuerza modélica. Y no lo es, no puede serlo. Lo importante es que luche contra los alemanes^[88]». Solzhenitsyn, por entonces oficial de artillería en Prusia Oriental, escribió poco antes de su arresto: «Todos sabíamos muy bien que si se trataba de mujeres alemanas podían ser violadas y después fusiladas. Se trataba de una distinción de combate. Si hubiesen sido chicas polacas o nuestras propias mujeres desplazadas, se las podía perseguir desnudas por el jardín y luego darles una palmadita en el trasero^[89]». Como consecuencia, dos millones de mujeres alemanas serían violadas. La barbarie solo disminuyó cuando esa violencia y ese desorden, atizados por las numerosas bodegas liberadas del fascismo, amenazaron la disciplina militar.

Las tropas rusas que avanzaban se encontraron con la

tragedia de la ocupación alemana: pueblos destrozados, mujeres y niños buscando comida entre las ruinas, en temperaturas bajo cero. El escritor Ehrenburg describiría así la desolación en el frente soviético: «Pueblos incendiados, llamas que se tornan rosadas en el aire helado, la nieve que se pone azul^[90]». Los grandes palacios zaristas que habían sido conservados para uso del pueblo soviético fueron saqueados. Los monumentos de las grandes figuras de la cultura soviética fueron destruidos. En la casa de Tolstói, en Krásnaya Poliana, los manuscritos fueron utilizados por los alemanes como combustible y los soldados alemanes muertos fueron enterrados alrededor de la tumba del gran escritor. La casa de Chaikovski fue destrozada y usada como garaje para las motocicletas alemanas. Por orden especial de Hitler, las tropas alemanas quemaron pueblos y demolieron hasta las estufas de cerámica que calentaban las isbas.

En julio de 1944 el inexorable avance soviético llevó a que se descubriera el primer campo de concentración alemán, en Majdanek. Allí encontraron a mil prisioneros muertos de hambre. Los judíos habían sido evacuados hacia el oeste en una de las numerosas marchas de la muerte. Muchos de los que quedaban eran prisioneros de guerra soviéticos. El general Chuikov escribió: «Cuánto odio había en el corazón de nuestros soldados^[91]». En enero de 1945 las tropas soviéticas llegaban a Auschwitz, donde solo permanecían los más débiles y enfermos, que no habían podido ser evacuados. Los prisioneros saludaron con banderas rojas improvisadas. Tan solo quedaban 2819, muchos de ellos moribundos. Los soldados soviéticos encontraron 348 820 trajes de hombre y 836 255 abrigos y vestidos de mujer. Algunos de los prisioneros liberados eran ciudadanos soviéticos que sufrieron la humillación de ser interrogados en los mismos edificios de Auschwitz por la SMERSH, unidad de contrainteligencia

militar formada en 1943 para acabar con espías y contrarrevolucionarios. El nombre fue creado por el mismo Stalin y era una abreviatura de las palabras rusas «Muerte a los espías». En los detalles sobre el campo no se hizo mención a los judíos. Las víctimas eran «cuatro millones de ciudadanos de varios países europeos^[92]».

Stalin estaba decidido a que Berlín, la capital de Hitler, cayera en manos soviéticas. La captura de Berlín no estaba determinada de antemano y Stalin temió hasta el último momento que los aliados occidentales se lanzaran contra Berlín para evitar que cayese en manos soviéticas. Stalin afirmó que Churchill no «se inmutaría ante nada» para firmar una paz separada con los alemanes^[93]. Temía también que los alemanes abandonasen su lucha contra las fuerzas occidentales y empeñasen todo su ejército en una lucha a muerte contra el Ejército Rojo en las calles de la capital. La resistencia alemana en los últimos compases del conflicto fue fanática, incluso suicida^[94].

El 29 de abril de 1945, Hitler contrajo matrimonio con Eva Braun en el búnker de Berlín. Hitler no expresó ningún remordimiento. Muy al contrario, uno de sus últimos actos fue escribir un testamento en el que negaba haber deseado la guerra en 1939, de la cual culpaba a los hombres de negocios «judíos». Por otra parte, culpó al Ejército alemán de la derrota de Alemania y a sus comandantes de traición. Hitler expresó su miedo a ser expuesto en el zoológico de Moscú. Al tener conocimiento del suicidio de Hitler, Stalin manifestó: «Ahora lo ha hecho, el muy bastardo. Qué pena que no haya podido ser capturado con vida^[95]». Mientras la batalla de Berlín llegaba a su cenit, las fuerzas soviéticas tomaban contacto con las aliadas en la localidad de Torgau.

El cuerpo calcinado de Hitler fue encontrado cerca de la cancillería por Iván Klímenko, un coronel de la SMERSH. La

dentadura fue identificada como la de Hitler y, aunque Stalin supo inmediatamente que los cuerpos encontrados eran los de Hitler y Eva Braun, continuó pretendiendo que no sabía nada del destino del líder alemán. Es posible que Stalin deseara mantener la evidencia en caso de que apareciese algún impostor. La mandíbula de Hitler, junto con un pedazo de su cráneo y algunos efectos personales, fue exhibida a partir de 1991 tras la caída de la URSS. En una intensa investigación bajo el nombre en código de «Operación Mito», la SMERSH se dedicó a probar fehacientemente el destino de Hitler y a asegurarse de que el cuerpo fuera el de Hitler. Sus restos, junto con los de Eva Braun y los de la familia Goebbels, fueron transportados por una unidad de la SMERSH en febrero de 1946 y enterrados al lado del garaje de una vivienda en Klausenerstrasse, en una base militar soviética en Magdeburgo. En 1970, cumpliendo órdenes del jefe de la KGB, Yuli Andropov, los cuerpos fueron desenterrados, los restos fueron quemados de nuevo y sus cenizas se esparcieron en un río cercano. Las autoridades soviéticas querían evitar a toda costa que se convirtiese en lugar de peregrinación para los nostálgicos del régimen nazi^[96].

Con la toma de Berlín, la bandera roja fue izada en el Reichstag, símbolo erróneo para los soviéticos del poder nazi. Stalin desconocía la poca importancia que tenía dicha institución en el régimen antidemocrático de Hitler. Uno de los principales objetivos en Berlín, sin embargo, no era militar: se trataba del Instituto Kaiser Wilhelm. El 24 de abril, las tropas soviéticas tomaban el instituto y se apoderaban de doscientas cincuenta toneladas de uranio metálico y tres toneladas de óxido de uranio. El instituto había sido el centro de la investigación nuclear nazi, por lo que su toma resultaría fundamental para el programa nuclear soviético, que pronto adquiriría una extrema urgencia.

Una vez finalizada la guerra en Europa, era preciso ajustarle las cuentas a Japón, con el que existía una vieja rivalidad desde la humillante derrota en la guerra de 1904. Las fuerzas soviéticas y japonesas habían chocado en 1938 y en 1939 a lo largo de la frontera con Manchuria. Al acabar la guerra en Europa, Stalin desplegó noventa divisiones para la batalla con las fuerzas japonesas que se encontraban ya en los últimos estertores de una guerra perdida. Tras la explosión de la primera bomba atómica sobre Hiroshima, el 6 de agosto, Stalin ordenó un ataque inmediato por el temor a que los japoneses se rindieran. Los japoneses, que esperaban al ejército que habían conocido en la década de los treinta, se toparon con unas tropas aguerridas y experimentadas. En tan solo diez días de combate la resistencia japonesa se vino abajo. La guerra duró cinco días más tras la explosión de la segunda bomba atómica sobre Japón. Las ganancias soviéticas fueron enormes: la URSS ocupó las islas Kuriles, el sur de Sajalín y la costa del Pacífico en torno a Mukden. Mongolia siguió siendo un satélite virtual soviético, Manchuria y Corea del Norte cayeron bajo la influencia soviética y Port Arthur se convirtió en una base naval soviética. El 3 de septiembre de 1945 se declaró un segundo día nacional en toda la URSS: la paz había llegado finalmente. Stalin se tomó sus primeras vacaciones desde 1941.

La URSS había logrado una enorme expansión territorial y había recuperado gran parte de los territorios perdidos por el Estado zarista en diversas guerras. Stalin estaba orgulloso de ello. Mólotov recordaría una visita a la dacha de Stalin, en la que se le presentó un mapa actualizado de la URSS. Stalin lo pegó a la pared y se quedó mirándolo con satisfacción: «Veamos pues lo que tenemos». Enumeró los nuevos territorios tomados a Finlandia, los estados bálticos, Bielorrusia occidental y Moldavia, arrancada a Rumanía. Recorrió el este señalando con su pipa China y Mongolia;

pensó que tan solo en el sur habría espacio para expandirse a expensas de Turquía.

STALIN COMO COMANDANTE EN JEFE

No se puede afirmar terminantemente que Stalin fuese un gran comandante militar; de hecho, sus errores de apreciación fueron muy numerosos y llegaron a bordear el fracaso absoluto. Por ejemplo, en 1941 su insistencia en que se concentrase el grueso de las tropas en el sur, en contra de los consejos de sus asesores, dejó a la zona del avance sobre Moscú peligrosamente expuesta. Fue una decisión que a punto estuvo de costarle la guerra. Sus órdenes de mantener las posiciones a toda costa tuvieron un efecto devastador en 1941. Por citar tan solo un ejemplo, su decisión de prohibir la retirada coordinada de las fuerzas del Ejército Rojo de Kiev en el verano de 1941, ignorando las peticiones reiteradas por parte de Zhúkov, tuvo como resultado una catastrófica derrota en la que fueron capturados entre cuatrocientos cincuenta mil y seiscientos mil soldados soviéticos^[97].

Tras el éxito en la batalla de Moscú, ignoró los consejos de sus asesores militares y lanzó a su ejército a una ofensiva que ganó terreno, pero que no destruyó a la Wehrmacht. Sin embargo, la asunción de Stalin de la responsabilidad directa del esfuerzo de guerra endureció la resistencia soviética. Permaneció en Moscú en octubre de 1941, cuando el caos se apoderaba de la capital, y pasó revista a las tropas en el desfile del 7 de noviembre. Fueron gestos psicológicos vitales. El papel de Stalin como símbolo de la «Gran Guerra Patriótica» contra el invasor alemán continuó hasta el final del conflicto. Tampoco se puede afirmar, como lo hizo Kruschev, que Stalin fuese un comandante diletante. Tras Stalingrado se volvió más

flexible —aunque resulta difícil saber si esa flexibilidad era el resultado de las mejoras del Ejército Rojo— y se mostró más dispuesto a aceptar los consejos de sus asesores militares^[98].

El régimen presentó el conflicto como una guerra del pueblo, sostenida por el heroísmo cotidiano de los ciudadanos corrientes. Sobre su lucha se alzaba el padre ruso, Stalin. El símbolo del gran líder, cuya sabiduría y resolución mantendrían unido el esfuerzo bélico, era necesario y aceptado por la mayoría del pueblo soviético^[99]. El joven Pyotr Grigorenko, futuro disidente, recordó tras la guerra que todas las personas con las que se relacionaba coincidían en pensar que el cambio de la marcha de la guerra había sido obra de Stalin. Grigorenko creía que «sin el genio de Stalin» quizá nunca se hubiera alcanzado la victoria^[100]. Dicha victoria habría demostrado, según ese razonamiento, que las políticas de Stalin eran acertadas. Por otro lado, se ha señalado acertadamente, que sin las «políticas de Stalin» los alemanes no habrían llegado hasta Stalingrado. Tampoco resulta aventurado pensar que, de no haber sido por las políticas de Stalin, los alemanes nunca se hubieran atrevido a cruzar la frontera, aunque es probable que Hitler se hubiese lanzado contra Rusia con independencia del régimen que la gobernara.

Stalin aplicó a la conducción de la guerra una voluntad que motivaba a los que le rodeaban y que dirigía sus energías. Esperaba sacrificios excepcionales de su pueblo, y los obtuvo. El «culto a la personalidad» que se forjó a su alrededor en la década de los años treinta hizo que esto fuera posible durante la contienda. Es difícil imaginar a otro líder soviético de entonces arrancando tantos esfuerzos a la población; en cierto sentido, el culto a Stalin fue necesario para la guerra. Proporcionó un punto donde concentrar la lealtad y fomentó un convencimiento cada vez mayor de la victoria final. Que el pueblo pecara de aceptar un mito que más tarde se vería

empañado por las revelaciones sobre la naturaleza brutal del régimen durante la guerra no debiera impedirnos ver que es posible que el control que Stalin ejerció sobre la URSS fuese un estímulo, en vez de un obstáculo, para alcanzar la victoria. Algunos comandantes occidentales también elogiaron las virtudes de Stalin; el comandante de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, el general Arnold, señalaría: «Brillante de mente, rápido de pensamiento y réplica, inflexible, un gran líder^[101]».

La imagen que nos ha dado la perspectiva sobre Stalin, y que le ha convertido en uno de los grandes monstruos de la historia de la humanidad, era desconocida entonces, salvo para un grupo reducido de colaboradores que habían conseguido sobrevivir a sus instintos sanguinarios. Para los veteranos del conflicto, Stalin era el hombre que les había llevado a la victoria, una victoria sin precedentes en la dramática historia rusa. Había, sin duda, algo de verdad en ello, pero no era toda la verdad; la victoria sobre Alemania se consiguió a un precio colosal.

El mariscal Zhúkov describió con estas palabras a Stalin: «Era normalmente tranquilo y razonable, ocasionalmente se desesperaba, [...] su mirada se tornaba dura y agresiva. No conozco a mucha gente que fuera lo suficientemente valiente para enfrentarse a su ira». Stalin era ajeno al principio fundamental del arte de la guerra que señala que el objetivo debe ser ganado al mínimo coste humano posible; por el contrario, le parecía totalmente innecesario hacer depender la obtención de objetivos estratégicos de la escala de pérdidas humanas^[102]. Según Zhúkov, aquel «excelente organizador [...] desplegó su habilidad de generalísimo a partir de Stalingrado. [...] Dominaba la técnica necesaria para organizar las operaciones en el frente y las dirigía con habilidad, haciéndose perfectamente cargo de las complicadas cuestiones

estratégicas», cuestiones en las que demostraba siempre su «inteligencia natural, su intuición profesional» y «una memoria tenaz». Era un hombre «de muchas facetas y sumamente dotado, pero no tenía conocimiento de los detalles». Por su parte, Mikoyán afirmó que Stalin «entendía de asuntos militares todo lo que debería saber un político, pero nada más^[103]». El problema de Stalin como líder militar es que nunca vio por sí mismo un campo de batalla, por lo que tenía una gran dificultad en comprender el tiempo que precisaba una operación o entender los problemas tácticos. Según Zhúkov, ignoraba los aspectos militares de las operaciones de cualquier unidad que fuera más pequeña que un ejército.

Stalin se interesaba muy de cerca por todos los problemas concernientes al diseño militar. El diseñador Yákovlev, que fue durante el conflicto el ministro responsable de investigación y desarrollo, recordaba tras la guerra una fuerte discusión con Stalin en marzo de 1943, en la que este le enseñó una prueba de los problemas en la construcción del ala del caza Yak-9, que había entrado en servicio en Stalingrado. Agitando un pedazo de ala recuperada tras una caída, Stalin recordó a Yákovlev y a su segundo, Dementev, que ese defecto ponía en peligro los preparativos para una «lucha seria» en la zona de Kursk, donde se planeaban unas operaciones que requerían el uso de los cazas. Estas fueron las palabras de Stalin al respecto: «después de todo, usted sabe que, en este momento, los cazas son tan vitales para nosotros como el aire que respiramos». Yákovlev y Dementev intentaban defenderse como podían de la furia de Stalin, que llegó a decirles: «¡Eso es trabajar para Hitler!». Yákovlev recordaba: «Es difícil expresar cómo nos sentíamos en ese momento. Yo estaba temblando. Y Dementev permanecía de pie, moviendo nerviosamente un pedazo del ala defectuosa». Pensaron que su destino sería un pelotón de fusilamiento. La situación solo se solucionó cuando le

prometieron a Stalin que el defecto sería solucionado en tan solo dos semanas, aunque era una tarea que hubiese requerido dos meses.

Dmitri Volkogonov, que tuvo acceso a documentos secretos, concluyó: «Stalin no era el “talentoso líder militar” que han descrito centenares de libros, películas, poemas y estudios [...] se trataba de un general de salón con una mente práctica y una gran fuerza de voluntad, pero se trataba de una mente malvada que consiguió hacerse con los secretos del arte de la guerra con experimentos sangrientos y que no tenía ningún conocimiento militar. La ciencia militar era algo desconocido para él. Su estilo de mando de aficionado e incompetente, especialmente durante el primer año de la guerra, se tradujo en pérdidas catastróficas en términos de material y humanas. Sin embargo, el pueblo soviético supo aguantar eso, no debido al genio de Stalin sino a pesar de él. Como comandante supremo de las Fuerzas Armadas, Stalin les condujo a la victoria, pero al precio de pérdidas inimaginables^[104]».

Otra visión negativa sobre Stalin como comandante en jefe es la de Moshe Lewin, que afirma que, aunque Stalin aprendió de sus errores, «el hombre y su sistema continuaron su rutina, una presión sin fin para librar ofensivas militares sin tiempo para prepararlas, la identificación de la retirada con la traición, métodos represivos, voluntaristas y brutales, la tendencia a explicar los fracasos como sabotajes y la increíble crueldad al tratar con los supuestos culpables... El comandante en jefe sospechaba y luchaba contra sus propios hombres con la misma ferocidad con la que se enfrentaba al enemigo^[105]». En octubre de 1941, el general británico *sir* Hastings Ismay, ayudante militar de Churchill, había descrito lo que sucedía cuando Stalin ingresaba en una habitación: «Todos los rusos se quedaban petrificados en silencio, y la mirada de animales

cazados que tenían todos los generales era un claro indicativo del miedo constante en el que vivían. Era repugnante observar a hombres tan valientes reducidos a ese servilismo^[106]».

Bernd Bonwetsch afirmó que no puede deducirse demasiada valía de la capacidad militar de Stalin, enfatizando que «nunca dudó en sacrificar a sus hombres» y, por ello, «la victoria se obtuvo con métodos genuinamente estalinistas^[107]». Otros análisis han sido más ecuanímenes. En este sentido se pronuncian John Barber y Mark Harrison, que sostienen que «parte del crédito de la victoria final de la Unión Soviética pertenece sin duda a Stalin, que gradualmente dominó tareas complejas de estrategia y de logística. [...] Fueran cuales fueran los medios empleados, se aseguró la unidad del Gobierno soviético y su voluntad absoluta de derrotar al nazismo. La contribución de Stalin a la victoria puede haber sido menor de lo que han señalado sus propagandistas, pero al final fue sustancial^[108]».

El historiador Albert Seaton ha comparado a Stalin con su rival Hitler, señalando que al primero «se le debe conceder el mérito de los sorprendentes éxitos del Ejército Rojo de 1944», que considera deben figurar entre «los más extraordinarios de la historia militar del mundo^[109]». Por supuesto, Stalin es una figura muy fácil de odiar pero difícil de comprender y de localizar en una perspectiva más amplia. La concentración de las críticas sobre el dictador no solo hace difícil entender cómo un hombre aparentemente corrupto y brutal pudo llevar a su país a la victoria sino que tampoco tiene en cuenta el sistema en el cual se encontraba Stalin. El esfuerzo de guerra no fue el producto de un solo hombre, ni podía haber sido adaptado completamente a su voluntad. El papel del Partido en mantener la movilización popular, del aparato de terror a las órdenes del grotesco Beria o del Ejército Rojo mismo forma parte de la historia de la guerra tanto como la dictadura

personal de Stalin.

Stalin pasaba gran parte de sus días, y a veces sus noches, en el cuartel general. Zhúkov escribiría: «En las discusiones causaba una fuerte impresión. [...] Su habilidad para resumir de forma precisa una idea, su inteligencia innata, su memoria fuera de lo común, su descomunal capacidad para el trabajo, su habilidad para captar lo esencial de un punto de forma inmediata, le permitían estudiar y digerir cantidades de información que hubiesen sido insuperables para ciudadanos corrientes. [...] Puedo decir, sin dudar, que era un maestro de los principios básicos de la organización de las operaciones en el frente y la disposición de las fuerzas en la línea de combate. Las controlaba totalmente y poseía una buena comprensión de los grandes problemas estratégicos. Era un notable comandante supremo^[110]».

Stalin era, de hecho, su propio comandante en jefe, su propio ministro de defensa, su ministro de abastecimiento e incluso su propio jefe de protocolo. La paranoia y la seguridad de la que se rodeó siempre Stalin tuvieron también un lado positivo: la seguridad soviética era absoluta y no hubo espías alemanes entre el alto mando soviético. La clave para Stalin era mantener al *apparat* en un estado de terror constante, ya que las convicciones pueden variar, pero el temor permanece. El papel de Stalin consistía en impulsar todo lo necesario para ganar la guerra. Acosaba e intimidaba a sus subordinados cuando detectaba fallos o cobardía y la amenaza de cárcel o muerte se cernía sobre todos los que cometían errores. Stalin concedía especial valor a que sus colaboradores presentaran los hechos sin florituras. Cuando se percataron de que a Stalin se le podía decir la verdad, sin arriesgar la vida, los errores operacionales disminuyeron de forma significativa.

La envidia de Stalin y su desconfianza hacia cualquier persona que destacase alcanzaron, al final del conflicto, al

general soviético más laureado de la Segunda Guerra Mundial. Su caída se preparó meticulosamente; Stalin llegó a afirmar que Zhúkov no se merecía la fama que tenía y su nombre desapareció repentinamente de la prensa. Stalin se convirtió en el único artífice de la victoria, e incluso se realizó una película sobre la caída de Berlín que, de forma absurda, mostraba a Stalin dirigiendo personalmente la batalla con la única ayuda de su secretaria. Los dos libros de texto principales sobre la guerra solo mencionaban a Zhúkov en tres ocasiones^[111].

El yugoslavo Djilas describió a Stalin tras el conflicto: «Su país estaba en ruinas, hambriento, exhausto. Sin embargo, sus ejércitos y mariscales, gruesos de grasa y de medallas y borrachos de vodka y de victoria, ya habían sometido a media Europa bajo sus botas y él estaba convencido de que aplastarían a la otra media en el próximo combate. Sabía que era uno de los más crueles y una de las personalidades más despóticas de la historia. Pero eso no le preocupaba en absoluto, dado que estaba convencido de que estaba ejecutando el juicio de la historia. A su conciencia no le afectaba nada, a pesar de los millones que habían sido destruidos en su nombre y por órdenes suyas, a pesar de los miles de colaboradores cercanos a los que había ejecutado como traidores porque habían puesto en duda que él llevaba a su país y a su pueblo hacia la felicidad, hacia la igualdad y la libertad. Ahora él era el vencedor de la mayor guerra de su nación y de la historia. Su poder, que ya era absoluto sobre una sexta parte del globo, no dejaba de aumentar. Esto le convencía de que su sociedad no albergaba contradicciones internas y de que exhibía una superioridad sobre el resto de las sociedades en todos los sentidos^[112]».

El 24 de junio de 1945, Zhúkov presidió el desfile de la victoria en la plaza Roja. Stalin había señalado que era ya muy mayor para montar a caballo, por lo fue Zhúkov el que entró

con un caballo blanco en la plaza Roja, donde se encontró con el mariscal Rokossovsky para pasar revista a las tropas. Diez meses más tarde, Zhúkov fue enviado a la localidad de Odesa para comandar un distrito militar secundario. En diciembre de 1947 perdió incluso ese puesto. Mientras hacía la maleta para abandonarlo y esperando ser arrestado en cualquier momento, Zhúkov sufrió su primer infarto. Esa fue probablemente la razón por la que Stalin tuvo piedad. Nunca fue arrestado a pesar de que Stalin le dijo personalmente a Zhúkov que Beria le acusaba de «haber sido un agente de la Inteligencia británica durante más de quince años^[113]». También se le acusó de haber conseguido una gran fortuna vendiendo tesoros capturados a los alemanes. En abril de 1946, el jefe de la Fuerza Aérea, el mariscal Alexander Novikov, responsable de la recuperación aérea soviética, era arrestado y torturado para que confesase que había saboteado la producción de aviones. Se le obligó a que incriminase a otros oficiales, incluyendo a Zhúkov^[114]. Poco antes de la Conferencia de Potsdam, Stalin fue nombrado «generalísimo» por encima de sus mariscales. En 1947, Stalin, celoso de la popularidad del Ejército Rojo, convirtió el día de la victoria en una jornada laborable más, las asociaciones de veteranos fueron prohibidas (hasta 1956) y se aconsejó a los generales que no escribieran sus memorias.

Tras la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, el Politburó designó a Zhúkov como viceministro de Defensa y el nuevo líder soviético, Nikita Krushev, le invitó para que conspirase contra Beria. Zhúkov entró en el Politburó, tomó a Beria por los codos, lo levantó y le dijo: «¿Estás arrestado! ¿Querías meter a todo el país en la cárcel, eh?». Beria fue acusado de ser un espía extranjero y ejecutado. Zhúkov se convirtió en ministro de Defensa. Sin embargo, Krushev, preocupado por su lealtad, lo mandó a un retiro permanente en 1957, acusándolo de «bonapartismo». En la Rusia actual,

Zhúkov se ha convertido en un icono y una estatua ecuestre le representa en la entrada de la plaza Roja. Los descendientes de los soldados a quienes Zhúkov utilizó sin piedad como carne de cañón durante el conflicto no deben sentirse satisfechos.

La coacción interna y la violencia continuaron durante el conflicto. Stalin utilizó la guerra para atacar a pueblos enteros basándose en evidencias insuficientes sobre la colaboración de estos con los alemanes. Los primeros en sufrir la persecución fueron los alemanes del Volga, unas cuatrocientas cincuenta mil personas que fueron enviadas a Siberia y a Asia Central. Posteriormente, fue el turno de los tártaros de Crimea, chechenos, ingusetios y otras minorías del Cáucaso. En total, más de un millón de personas fueron deportadas en masa a Kazajistán, de las cuales aproximadamente doscientas cincuenta mil murieron en el tránsito o en condiciones atroces en los lugares de destino^[115]. El número de prisioneros disminuyó durante la guerra, pues muchos fueron liberados para luchar contra Alemania, pero las condiciones se deterioraron en los campos durante la misma. Por ejemplo, en 1942, la Administración del Gulag registró doscientos cuarenta y nueve mil muertos, y en 1943, ciento sesenta y siete mil^[116].

Al final, a pesar de los casos de incompetencia, la interferencia continua de Stalin y su comportamiento brutal y arrogante, la realidad es que el Ejército Rojo ganó la guerra bajo su liderazgo. Por supuesto, la supervivencia de la URSS dependió de otros tantos factores, muchos de los cuales eran ajenos a Stalin, como la brutal política de ocupación nazi, que les enajenó el apoyo de las regiones conquistadas, el clima o la ayuda aliada. Sin embargo, la efectividad de las Fuerzas Armadas soviéticas y el extraordinario esfuerzo económico, de organización y militar fueron los que marcaron la diferencia.

El Ejército Rojo produjo una serie de comandantes militares de primer nivel como Zhúkov y Vasilevski, así como

soldados y partisanos que, ya fuera por motivos personales o ideológicos, lucharon hasta la muerte. La burocracia del Partido y del Estado dio lugar a una serie de administradores que improvisaron entre la red de decretos procedentes de Moscú. Por encima de todo, hacia 1943, la economía soviética estaba fabricando tanques, aviones y cañones en mayor cantidad que su contraparte alemana. Sin embargo, Stalin proporcionó a la guerra con Alemania algo más que simple temor. Su disposición a ceder ante la opinión de los militares expertos demostraba que Stalin conocía los límites de una dictadura. La imagen que percibía de Stalin el público era la de un hombre valiente, vigilante e inquebrantable y, aunque estaba muy alejada de la verdad, era necesaria para el pueblo ruso.

LOS MOTIVOS DE LA VICTORIA SOVIÉTICA

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se ha estudiado en profundidad la victoria soviética. Se han ofrecido dos tipos de interpretaciones: una que puede denominarse «negativa» sobre la URSS, interpretación que ha hecho hincapié en la incompetencia soviética (en especial durante el año 1941) así como en los errores políticos y militares de los alemanes. La segunda interpretación, «positiva», pone el énfasis en la tenacidad y en la capacidad de respuesta de la URSS en el contexto de una guerra total. En este sentido, la victoria fue, en gran parte, un éxito de las campañas económicas de Stalin de los años treinta. Además, el gran esfuerzo de industrialización no se perdió por el avance alemán. De agosto a octubre de 1941, el 80% de la industria bélica rusa se encontraba en movimiento hacia el este. El avance alemán hasta ese momento se había apoderado de trescientas fábricas soviéticas y de las

inmensas riquezas del occidente ruso, particularmente las minas de carbón y metal de la cuenca del Donets; sin embargo, el avance alemán no era lo suficientemente rápido como para evitar la evacuación hacia el este de gran parte de la industria soviética. En los tres primeros meses de la guerra, el sistema de ferrocarril soviético transportaba dos millones y medio de tropas hacia el oeste, mientras trasladaba hacia el este mil quinientas veintitrés industrias para ser establecidas más allá de los Urales^[117].

La vida en la URSS, que ya era dura, se convirtió en brutal. Las grandes industrias fueron puestas bajo ley marcial y tropas del NKVD estaban siempre preparadas para intervenir ante el más mínimo acto de sabotaje o desertión. La vida en la URSS se convirtió en un enorme campamento militar en el que el Ejército Rojo fue tan solo el contingente más avanzado. «¡Todo para el frente!» era el lema estatal. Se estableció un nuevo y estricto sistema de trabajo con una semana laboral de sesenta y seis horas y solo un día de descanso al mes. Se suspendieron indefinidamente las vacaciones de los trabajadores y se obligó a realizar horas extras^[118]. Tras tantos años de guerras contra supuestas conspiraciones y sabotajes, al fin había aparecido un enemigo real encarnado por Alemania, que galvanizó a la sociedad soviética y la impulsó a hacer esfuerzos que habrían parecido casi imposibles cuando la economía había quedado reducida a la mitad por la invasión alemana.

El NKVD de Beria desempeñó un importante papel en la evacuación de las industrias. Un funcionario manifestó: «En las fábricas y oficinas e instituciones, directa o indirectamente relacionadas con el armamento y las municiones, todo el mundo estaba poseído por un miedo atroz. Beria no era un ingeniero. Le habían puesto al cargo con la finalidad concreta de inspirar un miedo mortal^[119]». Toda la planificación se dedicó a transformar lo que quedaba del país sin ocupar en lo

que Stalin denominó «un solo campamento de guerra». V. Dunham resumió el control del país por parte de Stalin durante la guerra como «una combinación de permisividad con unas medidas punitivas drásticas o, más bien, la introducción de algunos elementos permisivos en un sistema básicamente draconiano^[120]».

Paradójicamente, la URSS consiguió vencer al Ejército alemán gracias y a pesar del sistema estalinista. Aunque los enormes errores del liderazgo soviético habían permitido un ataque sorpresa y las derrotas catastróficas del verano de 1941, algunas características del régimen ayudaron al país a soportar aquellos traumas iniciales. El mismo Stalin señaló en noviembre: «Cualquier otro país que hubiese perdido tanto como nosotros se habría venido abajo». Y no era del todo falso. Las convulsiones políticas y sociales de los años treinta, acompañadas del terror estalinista, habían enseñado a la masa de ciudadanos soviéticos a tener un enorme respeto por el poder del Estado y les había inspirado una creencia generalizada en su solidez y en su permanencia. Ese capital psicológico, combinado con un fortalecimiento inmediato del monopolio sobre toda la información (toda las radios del país fueron confiscadas hacia fines de junio de 1941), permitió al régimen aislar a la población de la información sobre la debacle militar que se producía en el frente de batalla y ayudó a combatir los rumores y el pánico^[121].

A un precio terrible, el liderazgo político y militar de la URSS fue capaz de transformar al Ejército Rojo, un ejército que si en sus comienzos no era más que un instrumento apenas capaz de satisfacer las necesidades defensivas de la URSS, fue convertido en una herramienta militar capaz de vencer a la más formidable fuerza que Europa había conocido: la Wehrmacht de Hitler. El Ejército Rojo desarrolló la habilidad de concentrar fuerzas en un punto decisivo y

coordinar ataques en frentes amplios. El sistema de mando combinaba las varias ramas del ejército de la misma forma en que lo habían hecho los alemanes entre 1939 y 1941. Por supuesto, esta tarea se realizó mediante la implantación de una de las más duras disciplinas de todos los ejércitos: no menos de ciento cincuenta y ocho mil soldados fueron condenados a muerte. Por otra parte, los campos proporcionaron una reserva de trabajadores forzados para los proyectos estatales^[122]. Tampoco se deben subestimar las organizaciones «voluntarias» de entrenamiento paramilitar, como la *Osoaviakhim*, que contaba con trece millones de miembros en 1940.

De gran trascendencia para la victoria fue el nombramiento, en 1942, de dos hombres vitales para el esfuerzo de guerra soviético. Se nombró, en primer lugar, un jefe de Estado Mayor permanente, cargo que recayó en Alexander Vasilevski. También se nombró a un jefe de operaciones inteligente, el general Alexei Antonov, el cual dejó claro que no iba a seguir el ejemplo de sus infortunados predecesores, que habían obedecido ciegamente a Stalin; pasó una semana en Moscú, familiarizándose con la situación militar, antes de visitar al líder. Zhúkov señaló: «Era un militar capaz y bien preparado hasta el más alto nivel, un hombre de gran cultura y encanto^[123]». Antonov nunca dudó en enfrentarse a Stalin si tenía que hacerlo. La confianza que Stalin depositó en él queda reflejada en su prolongada supervivencia en el efímero mundo de sus colaboradores; en lugar de la breve permanencia que todo el mundo auguraba, Antonov siguió en su puesto hasta que en febrero de 1945 fue nombrado jefe de Estado Mayor. Obtuvo una fama imperecedera y un aprecio sincero de todos cuantos trabajaron con él.

Sobre el rendimiento de las Fuerzas Armadas alemanas, es

preciso tener en cuenta que comenzaron el conflicto con el enorme beneficio de la sorpresa táctica. Sus soldados, oficiales y equipo eran superiores en casi todos los aspectos al Ejército Rojo (existían notables excepciones, como el tanque T-34, aunque todavía en una cantidad insuficiente). Ese aspecto fue cambiando paulatinamente a medida que los soviéticos mejoraron, a un enorme precio, en el arte de la guerra. Un espía soviético que informó sobre un viaje de una comisión alemana antes de la guerra señaló: «Los alemanes nunca se esperaron encontrar una industria con un desarrollo y funcionamiento a tan gran escala. Quedaron muy sorprendidos ante algunas de las cosas que vieron. Los alemanes se llevaron una muy grata impresión con el motor de mil doscientos caballos de potencia; no tenían ni idea de que existiese un motor de estas características. También les resultó asombroso que los rusos hubiesen almacenado más de trescientos aeroplanos I-18... Nunca imaginaron que la URSS pudiese producir estos aviones a una escala tan grande^[124]».

Al inicio del conflicto, la Luftwaffe controlaba los cielos, lo que daba una enorme ventaja al avance de las fuerzas alemanas; pero, posteriormente, los soviéticos producirían buenos aviones y sus pilotos mejorarían enormemente, igualando en muchos casos a los alemanes. Los soviéticos estaban dispuestos a aceptar enormes bajas, ya que contaban con enormes reservas; por su parte, Alemania no podía reemplazar fácilmente sus pérdidas (hacia abril de 1942 el Ejército alemán tenía un déficit de seiscientos veinte mil hombres).

La enorme superioridad alemana, demostrada en los primeros años de la guerra, fue desapareciendo. En los primeros años del conflicto, Alemania no solo contaba con buenos soldados, también poseía armamento superior y el dominio aéreo, mientras que la utilización que hacía de

unidades mecanizadas representaba un tipo de guerra revolucionario. Hacia 1944, estas ventajas ya habían desaparecido. El dominio del aire había pasado a los aliados y los tanques alemanes no solo eran superados en número, sino que tampoco eran ya superiores a los últimos modelos soviéticos.

El área conquistada por los alemanes durante la Operación Barbarroja contenía el 40% de la población soviética, el 60% de su industria de armamento, el 40% del grano, el 38% de su ganado, el 71% de su hierro y el 57% de su acero. Las industrias responsables de la producción de dos tercios de la munición soviética fueron destruidas o cayeron en manos de los alemanes. Por otro lado, la cantidad total de líneas férreas disminuyó de los ciento seis mil kilómetros hasta los sesenta y tres mil entre diciembre de 1940 y diciembre de 1942^[125]. Sin embargo, ganar una guerra no es tan sencillo como obtener una clara superioridad económica. El ataque de Hitler a la URSS consiguió otorgar al régimen comunista una legitimidad popular que, en el mejor de los casos, estaba comenzando y de la que se había enajenado a gran parte de los antiguos comunistas durante las purgas de los años treinta.

La completa destrucción de los cuerpos mecanizados soviéticos en 1941 permitió al Ejército Rojo comenzar de nuevo, en la primavera de 1942. La organización básica fue el cuerpo de tanques, equipado con ciento sesenta y ocho unidades y apoyado por artillería anticarro, un batallón de cohetes y artillería antiaérea. La carencia de transportes fue solucionada por el procedimiento, simple, pero peligroso, de incorporar puntos de agarre para las tropas en los propios tanques, así cada uno de ellos avanzaba a la batalla con una docena de soldados montados de forma precaria en su torreta. Las nuevas fuerzas mecanizadas soviéticas fueron diseñadas a semejanza de las alemanas, con el fin de presionar fuerte en los

puntos débiles de la línea enemiga y explotar la penetración con firmes movimientos. Estas nuevas fuerzas se utilizaron primero con éxito en Stalingrado y posteriormente, con una devastadora potencia, en Kursk.

Los nuevos ejércitos soviéticos estaban equipados casi en su totalidad con la nueva generación del extraordinario T-34 y el más pesado KV-1. El primero aportaba movilidad y el segundo, más lento, potencia de fuego. Contaban además con amplias cadenas que, a diferencia de los tanques alemanes, les permitían transitar por el barro otoñal y la nieve del invierno. Al ser informado sobre los nuevos tipos de tanques rusos, Hitler exclamó: «¡Cómo es posible que un pueblo tan primitivo consiga esos avances técnicos en tan poco tiempo!»^[126]. Durante los primeros meses de la guerra, los deficientes niveles de reparación en las fábricas soviéticas contribuyeron a aumentar la gigantesca demanda de armas pesadas. La vida operacional de una pieza de artillería soviética era de cinco meses; la de un tanque, de cuatro meses, y la de un avión, de tan solo tres meses^[127]. Con la experiencia que obtenían en el campo de batalla, los nuevos comandantes de tanques soviéticos enseguida alcanzaron los niveles de los alemanes. Así, en 1941, la URSS perdía seis tanques por cada uno alemán; en 1944, se había alcanzado la igualdad. La utilización de únicamente dos tipos de tanques durante la guerra simplificó los problemas de mantenimiento: equipos de ingenieros acompañaban a los cuerpos acorazados, viajando con camiones llenos de equipo y de piezas de recambio.

La modernización de la Fuerza Aérea soviética fue también espectacular. Tras la catástrofe de las primeras semanas de 1941, se comprobó que los aviones soviéticos estaban obsoletos y que las tácticas se basaban todavía en la Primera Guerra Mundial, de modo que las fuerzas soviéticas no fueron rival para los pilotos alemanes, bien entrenados y con una

comunicación aire-aire muy superior a la rusa. El arquitecto de la recuperación soviética en el aire fue un general, Alexander Novikov. Las reformas que llevó a cabo fueron extensas. La Fuerza Aérea fue puesta bajo el mando de una dirección central; así, los aviones fueron organizados, del mismo modo que las flotas aéreas alemanas, en grandes «ejércitos del aire». Los ejércitos del aire fueron después asignados a los puntos críticos del frente, donde estaban bajo el mando directo de comandantes locales, para conseguir una estrecha colaboración entre el Ejército y las fuerzas aéreas^[128].

La Inteligencia alemana estimaba que se estaban produciendo en Rusia cinco mil aviones por año entre 1939 y 1940. La realidad es que se produjeron 10 382 en 1939 y 15 565 en 1940. En 1941, las fuerzas aéreas rusas en el oeste, incluidas las reservas, sumaban ya quince mil aviones, con una producción mensual de un promedio de 1311 aviones en 1941. Estas cifras resultan muy favorables si se comparan con los 1619 cazas producidos para la Luftwaffe durante el mismo período. Estos cazas estaban además apoyados por los nuevos aviones de ataque a tierra Il-2, que demostraron ser aeronaves de ataque en picado muy efectivas. Para las desesperadas batallas defensivas alrededor de Smolensk y Moscú, los rusos estuvieron en condiciones de emplear los nuevos tipos de aviones producidos a un ritmo de cuatro aparatos por cada uno que se producía en Alemania. Incluso cuando la producción alemana de tanques llegó a su punto más alto, con diecisiete mil ochocientos producidos, la producción rusa alcanzaba ya los veintinueve mil^[129].

El 2 de octubre, fecha de la ofensiva alemana sobre la capital, tuvo lugar en Moscú un acontecimiento de gran trascendencia. Una misión anglo-americana, encabezada por lord Beaverbrook y Averell Harriman, firmó con Stalin un acuerdo por el que las dos potencias occidentales establecían la

ayuda a la URSS: de octubre de 1941 a julio de 1942, tres mil aviones, cuatro mil tanques, treinta mil camiones, cien mil toneladas de carburante, etc. Los rusos recibieron con altivez la ayuda que se les concedió y declararon que era una mala sustitución de la apertura de un segundo frente en Europa. Stalin logró convencer a lord Beaverbrook y a Harriman de que su país tenía una necesidad apremiante de material bélico de toda clase y, sobre todo, de carros de combate y de aviones. Estos envíos de material alcanzaron posteriormente una escala gigantesca. La URSS se convirtió en la beneficiaria de una enorme cantidad de ayuda, incluso de la que no necesitaba, como tanques; pero gran parte de ella era vital, como los aviones.

Hacia el fin de la guerra, las fuerzas soviéticas contaban con seiscientos sesenta y cinco mil vehículos a motor, de los cuales más de medio millón eran occidentales. Estados Unidos motorizó al Ejército Rojo: bajo el acuerdo pactado, suministró medio millón de vehículos a la URSS que pasaron a formar la espina dorsal del sistema de abastecimiento motorizado soviético. Cuando la URSS pasó a la ofensiva, tuvo que recorrer en su avance las mismas enormes distancias que tanto habían desconcertado al Ejército alemán. Los trenes y camiones fueron fundamentales para salvar la distancia entre las terminales ferroviarias y las tropas en la línea del frente^[130].

La industria norteamericana del ferrocarril suministró a la URSS dos mil locomotoras (la Unión Soviética solo produjo noventa y dos durante la guerra) y quinientas cuarenta mil toneladas de raíles, material con el cual los rusos obtuvieron una densidad de líneas de ferrocarril mayor que la que habían construido entre 1928 y 1929. Los suministros norteamericanos de combustible de alto octanaje fueron esenciales para la aviación^[131]. El 10% de todos los tanques soviéticos y el 12% de todos los aviones de combate soviéticos

procedieron de los aliados occidentales de Stalin. El programa americano de Lend-Lease proporcionó asimismo quince millones de pares de botas para el Ejército; por otra parte, los aliados también suministraron acero para los aviones, petróleo, zinc, cobre, aluminio y otros productos químicos.

La asistencia occidental permitió que la URSS mantuviera a millones de hombres en uniforme que de otra forma hubiesen tenido que ser retirados del frente para evitar el derrumbe de la economía. En un momento dado del conflicto, Averell Harriman, el embajador norteamericano en Moscú, afirmó: «Casi todo el transporte del Ejército ruso y gran parte de su comida los suministramos nosotros^[132]». Hay que destacar también la importancia que tuvo la ayuda científica y técnica aliada a la URSS. Así, durante el conflicto, quince mil funcionarios e ingenieros soviéticos visitaron fábricas e instalaciones militares norteamericanas.

El gigantesco programa de ayuda material occidental a la URSS por parte de los aliados ha sido objeto de un amplio debate. Se ha considerado que los aliados occidentales debieron utilizar el programa para obtener de la URSS políticas más acordes con los planteamientos occidentales, sobre todo en los países de Europa Oriental. Sin embargo, por un lado, esa presión habría sido contraproducente y, por otro, ese planteamiento ignora el punto básico acerca del programa de Lend-Lease, y es que, en realidad, servía a los intereses de los aliados occidentales; lo que estos perdían en términos de equipamiento, el Ejército Rojo lo perdía en términos de vidas humanas. Es indudable que sin la contribución de los aliados occidentales, la victoria de la URSS hubiese sido mucho más costosa y lenta.

Stalin había manifestado que Roosevelt y Churchill, como líderes de estados capitalistas, eran por definición hostiles a los intereses soviéticos. Uno de los puntos más tirantes de las

relaciones fue la cuestión del segundo frente. Moscú había hecho llamamientos desesperados desde el comienzo de la guerra para que se abriese un segundo frente en Europa que atrajese sobre él parte del esfuerzo militar alemán. En 1941 Stalin abolió la Internacional Comunista con la esperanza de acelerar la invasión aliada del continente. La disolución del Komintern iba destinada a convencer a los aliados de la URSS de que se habían abandonado los viejos propósitos de controlar los partidos comunistas mundiales. Sin embargo, la guerra del Pacífico y las operaciones en África e Italia retrasaron el «día D» hasta el 6 de junio de 1944. Stalin lo consideró como un «retraso traicionero», pues creyó que el ataque se produciría un año antes.

En el área estrictamente militar, los aliados occidentales llevaron a cabo importantes operaciones para aliviar la presión sobre la URSS, incluso antes de la invasión de Normandía. Las operaciones en Sicilia e Italia fueron erosionando los recursos del Eje. La campaña de bombardeo americano contra Alemania fue tan masiva que ha sido considerada como un segundo frente. Además, debido a que los cañones antiaéreos alemanes también se utilizaban como armas antitanque, miles de estas armas se mantuvieron en Alemania para frenar la ofensiva aérea aliada. Finalmente, después de noviembre de 1943, la estrategia de Hitler en Europa fue restar importancia al frente del este y aumentar las defensas para rechazar una invasión aliada en Francia o Noruega. Esta decisión también alivió en gran parte la presión alemana sobre la URSS. En Yalta, Stalin reconocería que el Lend-Lease era «un extraordinario invento sin el cual la victoria habría llegado mucho más tarde^[133]».

La historiografía soviética fue reticente a la hora de destacar el papel de la ayuda aportada por los aliados. Se consideró que gran parte del equipo era de baja calidad y que

tan solo el 4% del armamento provino de sus aliados occidentales. A pesar de ello, el grueso de la asistencia consistió en alimentos, materias primas, maquinaria y equipo industrial, lo que permitió a la URSS concentrarse en la producción de armamento. Se entregó al Ejército Rojo suficiente comida enlatada como para dar de comer a todos sus soldados cada día. Las latas de carne eran tan importantes que los soldados las llamaban «segundos frentes».

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, el programa de Lend-Lease fue reducido en las historias oficiales soviéticas. Kruschev, a pesar de todo, admitió el esfuerzo aliado y en un párrafo de sus memorias señaló: «Muchas veces escuché a Stalin reconocer el papel [de la ayuda norteamericana] con su círculo más cercano. Él dijo que si hubiésemos tenido que enfrentarnos solos a Alemania, no hubiésemos vencido por la pérdida de nuestras industrias». Zhúkov señaló en 1963 que sin ayuda la URSS no habría podido seguir combatiendo. Es preciso destacar también que la URSS era la mayor potencia militar del mundo y la segunda economía antes del inicio del conflicto. En 1941 existía una sólida base sobre la cual trabajar. Sin embargo, nada había preparado a los planificadores soviéticos para la pesadilla a la que se enfrentaban, mientras uno tras otro de los elementos clave de la economía planificada caían bajo control alemán. La planificación centralizada se convirtió en algo imposible y el Gobierno ruso se vio forzado a introducir el «régimen de medidas de emergencia^[134]».

Es necesario recordar que la mano de obra industrial soviética se había reducido de 8,3 millones en 1940 a 5,5 millones en 1942, mientras que la mano de obra industrial alemana era de 13,6 millones en 1940 y de 11,5 millones en 1942. La habilidad para conseguir cantidades extraordinarias de equipamiento con una economía muy disminuida fue la razón principal para explicar la victoria de la URSS en el frente

del este, en contraste sorprendente con el desempeño económico de Alemania, que contaba con una enorme superioridad técnica.

La invasión alemana de la URSS puso fin a la normalidad de la vida civil. Los campesinos producían alimentos para la guerra, los obreros fabricaban armas para la guerra, los ingenieros inventaban nuevas tecnologías para la guerra, mientras los burócratas y los policías organizaban y oprimían a la población. La guerra estimuló una segunda revolución industrial en la Unión Soviética. En julio de 1941, el jefe de la planificación económica soviética, el joven economista Nikolai Voznesenski, dio instrucciones para planificar la construcción de una economía de guerra más allá de los Urales. Instalado en la localidad de Kuibyshev, al norte de Stalingrado, se reunió a todos los comisarios soviéticos responsables de la producción militar para formar un Gabinete industrial. Fue una proeza de improvisación. Donde no había carbón, se ordenó que las industrias quemaran madera, y la falta de transporte por ferrocarril obligó a las industrias a ser autosuficientes y a que se suministraran sus propias partes. Los mejores geólogos soviéticos rastrearon el campo siberiano a la búsqueda de nuevas fuentes de minerales. Se produjo también una enorme reconversión de las industrias que manufacturaban bienes de consumo con fines militares.

En Sverdlovsk, cientos de científicos e ingenieros fueron enviados desde las academias de Moscú para que buscaran soluciones a los miles de problemas técnicos que presentaba el traslado masivo de empresas más allá de los Urales. Fueron organizados bajo el Plan Científico Estatal y se crearon comités de científicos para atender los distintos aspectos de las necesidades del conflicto. Los científicos eran enviados a campos especiales, llamados *sharashki*, donde se alimentaban mejor que el resto de prisioneros mientras trabajaban en

problemas científicos^[135].

Desde el 10 de agosto hasta octubre de 1941, el 80% de la industria bélica rusa se encontraba en movimiento hacia el este. El avance alemán hasta ese momento se había apoderado de trescientas fábricas soviéticas y de las inmensas riquezas del occidente ruso, en particular de las minas de carbón y metal de la cuenca del Donets. Sin embargo, el avance alemán no era lo suficientemente rápido como para evitar la evacuación hacia el este de gran parte de la ingeniería industrial soviética. Mientras los alemanes avanzaban, la evacuación soviética, dirigida por el experto económico Mikoyán, ya estaba trasladando maquinaria hacia el este. Todo lo que se abandonaba tenía que destruirse, los frutos duramente obtenidos del plan quinquenal de Stalin tenían que ser demolidos. La operación de traslado ya había comenzado mucho antes de la guerra, en un esfuerzo por conseguir que las nuevas zonas industriales y de materias primas más allá de los Urales fuesen tan importantes como los centros en torno a Moscú, Leningrado, Kiev y la zona del Donets. Durante la segunda mitad de 1941, al menos 2593 empresas fueron trasladadas hacia el este. Al menos, veinticinco millones de trabajadores y sus familias se trasladaron con ellas; un éxodo humano sin parangón en la historia.

Cuando los avances alemanes interrumpieron las evacuaciones de la cuenca del Donets, todas las fábricas e industrias, incluida la gigantesca presa del río Dniéper, fueron dinamitadas. A la vista de esta destrucción industrial, los administradores económicos soviéticos consiguieron que las nuevas plantas trasladadas a cientos de kilómetros de sus lugares originales estuviesen produciendo tras un casi milagroso período de tiempo. Así, el 18 de diciembre de 1941 «el complejo industrial de tanques de Járkov produjo sus primeros veinticinco T-34 [en Cheliabinsk, en los Urales], tan

solo diez semanas después de que los últimos ingenieros abandonasen Járkov^[136]». El corazón de la guerra en el este fue la ciudad de Magnitogorsk. Los alemanes no podían hacer nada contra esa recuperación soviética: las fábricas estaban demasiado lejos como para ser bombardeadas.

Los verdaderos héroes de la recuperación económica soviética fueron los ciudadanos, los trabajadores y los campesinos. La guerra exigió un esfuerzo excepcional a la población civil. La mayoría de los hombres entre dieciocho y cincuenta años habían sido reclutados para las Fuerzas Armadas durante la guerra. Un millón de mujeres soviéticas vistieron también uniforme. Esto dejó una fuerza laboral basada en mujeres, ancianos y adolescentes. Hacia 1923, las mujeres eran más de la mitad de toda la fuerza laboral industrial y en las granjas colectivas llegaban a ser tres cuartas partes del total. Las condiciones de trabajo fueron terribles. Sin embargo, ese espantoso régimen de trabajo impuesto al pueblo soviético no fue deliberado, sino el producto de la gigantesca crisis que siguió a la invasión alemana de Rusia. Todas las vacaciones y los permisos para los trabajadores fueron cancelados y se trabajaba de doce a dieciséis horas por día. En una fábrica de tanques, ocho mil mujeres vivían en agujeros en la tierra, fiel reflejo de las condiciones reinantes en las trincheras del frente.

Con el aumento exponencial de la economía militar, el abastecimiento de alimentos disminuyó dramáticamente. El Gobierno ruso respondió con un estricto racionamiento basado en el principio de que solo aquellos que trabajaban merecían comer. El racionamiento de productos básicos comenzó en Moscú, Leningrado y otras grandes ciudades en julio de 1941; para noviembre de ese año, ya se racionaba la comida en ciento quince localidades. Las raciones se entregaban en cuatro categorías: los funcionarios y los

dependientes recibían 750 calorías, los trabajadores normales 1387 calorías, 1913 calorías los trabajadores con tareas más pesadas y 4418 los mineros del carbón. Aquellos que no trabajaban o no formaban parte del hogar de un trabajador no recibían nada. Un número indeterminado de ancianos, enfermos o personas aisladas murieron de hambre, incapaces de comprar en los mercados oficiales o en el mercado negro, donde los precios se multiplicaron por dieciséis (el pan multiplicó su precio por veintitrés)^[137].

La situación llegó a tal extremo que el Gobierno autorizó la creación de huertas urbanas. Sus resultados fueron impresionantes: en 1944 suministraban una cuarta parte de la producción de patatas. Con este éxito llegó también una oleada de robos, ya que, aunque estaban castigados con la pena de muerte, las huertas eran difíciles de proteger. La dieta normal consistía principalmente en carbohidratos, en general pan y patatas. Hacia 1944, el consumo anual de carne y grasas era de tan solo siete kilos por persona. Con los donantes de sangre se hacía una excepción: se les entregaba una comida de tres platos y una cartilla de racionamiento para un mes, además de medio kilo de mantequilla y azúcar. Esa cantidad era tan enorme, que tan solo en Moscú había trescientos mil donantes voluntarios^[138]. Las autoridades hicieron la vista gorda ante el aumento de la prostitución, a la que se dedicaron cientos de mujeres que intercambiaban sexo por comida.

La salud en la URSS pronto se deterioró de forma alarmante y la población fue presa de las enfermedades. El absentismo laboral y las faltas de puntualidad eran tratados como desertión. Cualquiera de estas dos faltas repetidas significaba la condena a trabajos forzados en un campo de concentración, aunque las condiciones cotidianas de vida eran tan terribles para los trabajadores que la vida en los campos y fuera de ellos acabó por ser difícil de distinguir. De hecho, en la

jerga de los campos de prisioneros, el mundo fuera de la alambrada no era denominado «libertad» sino *bolshaya zona* («zona de la gran prisión»), menos mortífera, pero no más humana.

¿Cómo pudieron los trabajadores soviéticos continuar, exhaustos, hambrientos, aterrorizados por que cualquier fallo fuese denunciado como sabotaje? La respuesta es una incógnita. Ninguna otra población durante la guerra fue obligada a ese nivel de sacrificio. Una posible respuesta sería que las características de la economía de guerra, las duras condiciones en grandes factorías, un alojamiento hecho de maderas, poca comida y una disciplina durísima eran las condiciones en las que habían trabajado los rusos durante décadas.

El Ejército Rojo sufrió unas bajas descomunales. Estas pérdidas al inicio de la campaña crearon un círculo vicioso: en 1942 solo sobrevivía el 8% de los oficiales que habían comenzado la guerra y los nuevos reclutas y oficiales, que no tenían experiencia, solo aumentaron las bajas sufridas, lo que hacía que los oficiales que sobrevivían fueran rápidamente ascendidos a puestos de mando superior, dejando que sus puestos fueran ocupados por suboficiales inexpertos. Solo en 1943, cuando mejoró la calidad de las armas del Ejército Rojo y los oficiales tuvieron más experiencia, las bajas rusas disminuyeron considerablemente^[139].

Hay que destacar también la moral y el deseo de victoria del Ejército Rojo. Los alemanes se enajenaron a la población por su idea de guerra racial, cuando podrían haber conseguido el apoyo de gran parte de la misma contra el régimen comunista. Hacia 1943, el Ejército alemán tenía que enfrentarse no solo al Ejército Rojo, sino a un número considerable de unidades guerrilleras. Por otro lado, el soldado soviético estaba mejor preparado para una guerra en las duras

circunstancias rusas que los soldados alemanes, en parte debido a las brutales condiciones de vida en la URSS.

La habilidad del régimen soviético para llamar al sacrificio a través de la propaganda y la fuerza sin duda jugó un papel destacado en el enorme esfuerzo realizado por el pueblo soviético. Sin embargo, es revelador un poema de Yuli Belash, veterano del conflicto, que sugiere que el vínculo entre el régimen y las tropas era más débil de lo que se ha pensado: «Para ser honesto, en lo último en lo que pensábamos en las trincheras era en Stalin. Pensábamos más en Dios. Stalin no jugaba ningún papel en nuestra guerra de soldados^[140]». El historiador Richard Overy enfatiza que la extraordinaria capacidad del pueblo soviético para soportar sufrimientos tenía poco que ver con la propaganda comunista: «El ejército zarista entre 1914 y 1917 sufrió un promedio de siete mil bajas al día, comparadas con las siete mil novecientas cincuenta al día que se produjeron entre 1941 y 1945. [...] La distinción entre “nosotros” y el “yo” era sintomática de una visión social más profunda en la vida rusa, donde el colectivismo era preferido al individualismo». Historiadores como Orlando Figes discrepan de esa explicación colectiva y ponen el énfasis en el NKVD para controlar a las tropas^[141]. En realidad, ambos análisis pueden complementarse. La visión de Figes es acertada al apuntar al grado de coerción. Sin embargo, es preciso también tener en cuenta el insólito grado de autosacrificio de las tropas soviéticas.

Por último, hay que otorgar gran parte del crédito de la victoria en el conflicto a la propia población soviética, pues fueron los hombres y las mujeres soviéticos quienes trabajaron los campos, operaron la maquinaria en las industrias, atacaron posiciones enemigas y sobrevivieron a la ocupación bajo condiciones inenarrables de sufrimiento y privaciones. La guerra con Alemania exigió sacrificios gigantescos a los

ciudadanos soviéticos: un millón de personas sucumbieron al hambre y a la enfermedad solo durante el sitio de Leningrado, más que todas las muertes en combate soportadas por británicos, fuerzas de la Commonwealth y norteamericanos juntos. El éxito soviético se debió al patriotismo popular, a la resistencia del pueblo ruso, al ambiente político de planificación y movilización y al resurgir momentáneo de un espíritu de iniciativa suficiente para superar el ambiente de conformismo fatalista que existía en Rusia tras las purgas. El esfuerzo de guerra no se mantuvo por la energía de un pueblo que desafiaba al sistema. Sin embargo, tampoco fue únicamente el producto del Estado soviético, de su líder ni del Partido. Los dos elementos funcionaron en una extraña simbiosis, unidos por la necesidad mutua de acabar con la agresión alemana. Nadie duda de que la victoria podría haberse producido a un menor coste, con menos opresión y más humanidad. Esa fue la tragedia de la guerra soviética.

BALANCE

El número de ciudadanos soviéticos fallecidos en la guerra ha sido siempre un tema muy controvertido. Stalin señaló en 1946 que habían muerto siete millones. Kruschchev aumentó la cifra hasta los veinte millones y Gorbachov anunció que esta se aproximaba a los veintisiete millones^[142]. La cifra de veinte millones supone que uno de cada diez soviéticos falleció en el conflicto. Las consecuencias demográficas perduraron en el tiempo: cientos de miles quedaron impedidos y enormes segmentos de la población sufrían traumas emocionales. La matanza dejó una profunda herida en la psique y el espíritu del pueblo soviético. Al final, mil setecientas diez ciudades y pueblos soviéticos fueron destruidos o gravemente dañados, se

perdieron cuarenta mil hospitales, ochenta y cuatro mil escuelas y cuarenta y tres mil bibliotecas. Una escala de destrucción sin paralelo alguno en la historia. Como señaló posteriormente un soldado, Konstantin Mamerdov: «¿Quién hubiese podido contra los alemanes sino nosotros?»^[143]. Pero no habría piedad para el pueblo soviético. Stalin utilizó el trauma de la invasión alemana para someter aún más a los ciudadanos soviéticos. Por muy duro que fuera el desabastecimiento o la falta de libertades, a los ciudadanos se les recordaba que la guerra había sido mucho peor. Stalin ordenó «asestar un duro golpe» a todos aquellos que hablaran de democracia, algo que pensaba era la consecuencia de la desafortunada alianza de la URSS con las potencias occidentales.

La guerra fue, sin duda, una gran victoria de la URSS y de Stalin. Sin embargo, la victoria no puede servir para valorar el régimen soviético. La competencia militar no puede basarse en el número de tropas sacrificadas. A la URSS le tomó tres años y medio y unos diez millones de soldados derrotar a un estado que contaba con la mitad de su superficie. Los soldados alemanes muertos en todos los frentes supusieron menos de la mitad de los muertos soviéticos. Estados Unidos y Gran Bretaña libraron una guerra diferente, más tecnológica y que involucraba enormes fuerzas aéreas y marítimas. Esa guerra les costó una pequeña fracción de las pérdidas soviéticas^[144].

La victoria no se tradujo para el pueblo ruso en un futuro mejor, algo paradójicamente reservado para alemanes y japoneses. Al final, los soviéticos fueron víctimas de su propio éxito y se convirtieron en rehenes de los temores presentes y futuros. La guerra tuvo un efecto emotivo en la psique rusa, que contribuyó finalmente a la caída del Estado soviético. La victoria se consiguió a un precio terrible, no solo para los soldados, sino también para la población civil. Mientras Stalin

consolidaba su control sobre los países de Europa Central y la cordialidad de la Gran Alianza comenzaba a convertirse en enemistad, el pueblo soviético, que tanto había sufrido, se enfrentaba entonces a la tarea gigantesca de la reconstrucción nacional en un ambiente de hostilidad internacional. Aunque cansado y envejecido, Stalin reafirmó su poder dentro de la élite soviética y despojó a sus colaboradores de cualquier independencia que hubiesen adquirido durante la guerra^[145].

Hitler ganó el tramposo juego desde la firma del Pacto Germano-Soviético hasta la guerra. Sin embargo, fue Stalin quien emergió victorioso al final de la guerra. Stalin tuvo la determinación de que ni él ni su país serían sorprendidos de nuevo, por lo que extendió su imperio para construir una muralla de estados tapón con los que proteger sus fronteras occidentales, detrás de lo que Churchill describió como «un telón de acero». Así, expandiría la influencia soviética y aislaría el país de un posible ataque. Aunque los estados del Pacto de Varsovia contribuyeron a la defensa y a la economía soviéticas, sus poblaciones descontentas eran una amenaza permanente. «Posiciones avanzadas» como Cuba y Vietnam pudieron representar en su momento victorias en el tablero de la Guerra Fría; sin embargo, supusieron aún más gastos para la maltrecha economía soviética. A largo plazo, esos estados fueron más una carga que una ayuda para la URSS. En perspectiva, la determinación de mantener los frutos de la victoria y evitar nuevos ataques fue una losa muy pesada para el Gobierno soviético. Esa determinación, acompañada de un enorme gasto militar y de unas erróneas intervenciones en el exterior, fue una permanente lacra para la economía que contribuyó, en gran medida, a la caída final del régimen soviético.

Capítulo 9. «Un telón de acero». Los inicios de la Guerra Fría

Todo el mundo esperaba que una vez conseguida la victoria la gente sabría de verdad lo que era la felicidad.

I. Ehrenburg

DECISIONES Y DIVISIONES

La espectacular victoria del Ejército Rojo sobre la Alemania nazi fue presentada por la propaganda soviética como el triunfo de la gran cruzada antifascista de Stalin. Sin embargo, lo cierto era que este no había entrado en la guerra por su propia voluntad, ya que, como demuestra el Pacto Germano-Soviético, el objetivo de la política exterior de Stalin había sido intentar llegar a un acuerdo con el nazismo, no luchar contra él. Esto fue una pieza fundamental en la naturaleza de las relaciones de Stalin con sus principales aliados occidentales: Gran Bretaña y Estados Unidos. Los tres estados se convirtieron en aliados, pero no por elección, sino forzados por las circunstancias. Sin embargo, se trataba de un verdadero matrimonio de conveniencia, en el que lo único que mantenía unidos a sus miembros era el deseo de luchar contra el enemigo común. Aunque en público las tres naciones alababan la colaboración con las demás, la realidad es que existían fuertes tensiones entre ellas; una de las principales cuestiones que suscitaba una fuerte polémica fue la del segundo frente: ante las reticencias británicas, Stalin insistía en que sus

precauciones se estaban realizando a expensas de muertos soviéticos.

Tras la primera reunión que tuvo lugar en Teherán en 1943, los «tres grandes» volvieron a encontrarse en 1945 en la ciudad de Yalta (Crimea) para sentar las bases de Europa tras el conflicto mundial. El encuentro transcurrió en una cordialidad oficial que enmascaraba las sospechas mutuas que se habían agudizado con los años. Como resultado de este ambiente de suspicacias, los compromisos alcanzados fueron tan solo temporales^[1]. En cuanto a la Alemania derrotada, se llegó al acuerdo de dividirla en cuatro zonas administradas separadamente por Estados Unidos, la URSS, Francia y Gran Bretaña, pero no se alcanzó ningún arreglo definitivo sobre el sistema de gobierno que debía introducirse, así como tampoco se llegó a un acuerdo en cuanto a la cuestión de las reparaciones que debían exigírsele a Alemania: Stalin reclamaría posteriormente que en Yalta los aliados occidentales habían garantizado el 50% de las reparaciones alemanas, algo que estos siempre negarían. Por otra parte, se acordó el regreso de los prisioneros a sus países, lo que significaría la muerte para aquellos ciudadanos soviéticos que habían luchado por Alemania^[2].

Uno de los puntos más espinosos discutidos en Yalta fue Polonia. Stalin no había acudido —en las circunstancias que hemos mencionado— en ayuda de la capital polaca y, posteriormente, había ocupado Polonia e instalado un gobierno prosoviético provisional con la promesa de llevar a cabo elecciones democráticas. Tanto Churchill como Roosevelt dudaban de las promesas de Stalin. Sin embargo, era preciso realizar concesiones en algún punto para, de este modo, poder negociar mejor. Se acordó que Polonia sería «desplazada» hacia el oeste, anexionándose los territorios que Alemania perdía en el oriente y cediendo en el este los

territorios que habían quedado bajo el dominio soviético tras el Pacto Germano-Soviético. El denominado «Comité de Lublin» constituiría el núcleo principal del futuro Gobierno polaco, aunque también tendrían presencia los miembros del gobierno provisional polaco prooccidental que se había instalado en la capital británica.

Stalin siempre creyó que la fuerza decidiría quién gobernaría en Europa Oriental. Él mismo contaba una anécdota sobre la opinión que le mereció la conferencia de Yalta: «Churchill, Roosevelt y Stalin estaban cazando. Por fin mataron al oso. Churchill afirmó: “Me quedaré con su piel. Que Roosevelt y Stalin se dividan la carne”. Stalin afirmaba: “El oso me pertenece a mí, al fin y al cabo lo he matado yo”». El oso era la Alemania nazi y la piel del oso, Europa Oriental^[3].

Las diferencias que surgieron entre las potencias sobre el futuro de Polonia y de Europa del Este debilitaron los acuerdos alcanzados en Yalta y aumentaron las suspicacias entre la URSS y las potencias occidentales. Un síntoma claro de esto fue la reticencia soviética a participar en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Se acordó un compromiso sobre la fórmula de voto en el futuro Consejo de Seguridad, en el cual se enfatizó el papel clave de las grandes potencias vencedoras. El temor de Stalin de ser superado en los votos por las potencias capitalistas llevó, ante la insistencia del líder de la URSS, al derecho de veto para los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU. En cuanto a la situación de Extremo Oriente, se acordó un protocolo secreto por el que, a cambio de la entrada de la URSS en la guerra contra Japón en el plazo de dos o tres meses tras la derrota alemana, Rusia recuperaría todos los territorios perdidos tras la humillante guerra ruso-japonesa de 1905. Asimismo, se aprobó la denominada Declaración sobre la Europa liberada, en la que los «tres grandes» se comprometieron a que la reconstrucción

de Europa se llevara a cabo mediante actuaciones y gobiernos democráticos representativos de todos los elementos no fascistas de cada nación. Esas autoridades deberían convocar lo antes posible elecciones libres que permitieran la creación de gobiernos que emanaran de la voluntad popular.

La situación en el momento de la conferencia favorecía claramente a Stalin. Tras las impresionantes ofensivas del Ejército Rojo en 1944, las tropas soviéticas se hallaban a setenta kilómetros de Berlín y ocupaban la práctica totalidad de Europa Central y Oriental. Al mismo tiempo, el mantenimiento del pacto de neutralidad con Japón permitía a Stalin mantener una posición de fuerza en lo relacionado con las cuestiones polaca y alemana. El texto de los acuerdos adoptados en Yalta se hizo público en 1947.

Para contrarrestar las enormes pérdidas de la guerra, Stalin podía presentar la enorme expansión de la influencia soviética. Habiendo recuperado los territorios finlandeses y bálticos perdidos en el inicio de las hostilidades, el Ejército también ejercía el control absoluto sobre Hungría, Rumanía, Bulgaria, Checoslovaquia y Polonia, y el control parcial sobre Alemania, Austria, Yugoslavia, Albania y China. En contrapartida a esta expansión del poder soviético, Stalin tenía que hacer frente al extraordinario poder de Estados Unidos, el único beligerante que había emergido de la guerra con una mayor riqueza económica y que, además, contaba con la posesión exclusiva de la bomba atómica. Al final de su vida Mólotov recordaba la posición soviética frente al presidente norteamericano: «Roosevelt creía en los dólares. No era en lo único en lo que creía, pero consideraba que América era tan rica y nosotros tan pobres que seguro que tendríamos que mendigarles. [...] Fue un craso error de cálculo. No eran marxistas y nosotros sí. Solo se despertaron cuando media Europa ya no era suya^[4]».

Tras el ataque nuclear sobre Hiroshima y Nagasaki, el

secretario de Estado norteamericano, James Byrnes, señaló que la posesión de la bomba haría a Rusia «más manejable en Europa^[5]». En realidad, Byrnes se equivocaba: la bomba hizo que Stalin fuese más intransigente en su determinación de controlar los estados de Europa del Este. La bomba era una amenaza potencial, no real, y sus implicaciones a largo plazo eran mucho más importantes que sus consideraciones a corto plazo. Los norteamericanos enseguida comprendieron que no tenía ninguna utilidad contar con un arma superior si el otro bando no creía que fuera a ser utilizada contra ellos. Después de todo, ¿usaría Estados Unidos la bomba atómica para garantizar unas elecciones libres, por ejemplo, en Bulgaria? De ahí la imposibilidad de traducir el poder económico y nuclear de Estados Unidos en ventajas tangibles en Europa Oriental: se trataba de la «impotencia de la omnipotencia», en la expresión del historiador Lewis Gaddis^[6].

Los temores de Stalin al poder nuclear norteamericano se mezclaron con una serie de disputas sobre el destruido imperio de Hitler. Hacia 1945, las «democracias soviéticas» habían alcanzado el poder en Polonia, Rumanía y Bulgaria. En Checoslovaquia y Hungría existían coaliciones multipartidistas; sin embargo, cuando en Hungría los comunistas solo obtuvieron el 17% de los votos en las elecciones de 1945, las fuerzas soviéticas se unieron a la policía local para encarcelar a los oponentes políticos. Tan solo en Checoslovaquia, donde los comunistas emergieron como el bloque político más grande en las elecciones de la primavera de 1946, continuó durante un tiempo el régimen de coalición.

El conflicto sobre Alemania acabó finalmente con la Gran Alianza. En consonancia con los acuerdos de Yalta, cada una de las cuatro grandes potencias (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos y la URSS) administraba parte de Alemania y Austria. Berlín y Viena se encontraban asimismo divididas. Sin

embargo, las sospechas de Stalin sobre las intenciones occidentales, y las de Gran Bretaña en particular, se vieron confirmadas. Churchill incluso sugirió que Occidente debía utilizar las zonas alemanas bajo el control de Estados Unidos y Gran Bretaña como baza negociadora. Hoy incluso sabemos que Churchill estaba dispuesto a persuadir a los norteamericanos de llevar a cabo un ataque militar masivo contra la URSS, un plan que Stalin conoció poco después.

El comportamiento soviético en Europa del Este llevó a los norteamericanos a cambiar la imagen que tenían de los soviéticos. Por vez primera una gran cantidad de estadounidenses, desde simples soldados hasta políticos de alto nivel, tomaron contacto con los ciudadanos soviéticos y sus diferentes formas de ver la vida. Muchos vieron esas diferencias en el impacto de Asia en la cultura soviética. Averell Harriman habló en abril de 1945 de la posibilidad de que Europa fuese invadida por los bárbaros y afirmó que el mayor crimen de Hitler fue el de abrir los diques de Europa a las hordas asiáticas. El general norteamericano George Patton pensaba que los oficiales soviéticos se comportaban como «bandidos mogoles». Entre los británicos existió el mismo sentimiento. Se produjeron tensiones en cuanto al tratamiento que dispensaron las tropas soviéticas a la población civil alemana, muy especialmente a las mujeres. El diplomático británico Alexander Cadogan, que había manifestado en Yalta que Stalin era un gran hombre, señalaba poco más tarde: «¿Cómo podemos trabajar con estos animales?»^[7].

Las advertencias públicas en Occidente sobre el peligro soviético no se hicieron esperar. La más conocida la pronunció Churchill el 5 de marzo de 1946 en la Universidad de Fulton (Misuri):

Se presenta ahora una oportunidad clara y brillante para nuestros respectivos

países. Negarse a admitirla, o dejarla marchitarse, nos haría incurrir durante mucho tiempo en los reproches de la posteridad. La Edad de Piedra puede presentarse bajo las alas deslumbrantes de la ciencia... Tened cuidado, os digo, es posible que apenas quede tiempo.

Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de acero. Tras él se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa Central y Oriental, [...] todas estas famosas ciudades y sus poblaciones y los países en torno a ellas se encuentran en lo que debo llamar «la esfera soviética», y todos están sometidos, de una manera u otra, no solo a la influencia soviética, sino a una altísima y, en muchos casos, creciente medida de control por parte de Moscú. [...] Por cuanto he visto de nuestros amigos los rusos durante la guerra, estoy convencido de que nada admiran más que la fuerza y nada respetan menos que la debilidad^[8].

El término «telón de acero» había sido ya utilizado por el ministro de Propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, cuando advirtió, ante el avance del Ejército Rojo, de que un «telón de acero» caería sobre los territorios conquistados^[9]. En Estados Unidos, el célebre discurso de Fulton fue recibido con gran recelo, pues la opinión pública norteamericana pensaba que lo que Churchill realmente deseaba era la colaboración estadounidense para mantener el, según ellos, decadente y costoso Imperio británico. A pesar de que la imagen de la URSS se había deteriorado progresivamente en Estados Unidos, los norteamericanos no estaban todavía preparados para considerar a los soviéticos como un enemigo implacable y no contemplaban la posibilidad de una ofensiva tan poco tiempo después de haber finalizado la Segunda Guerra Mundial. De hecho, en 1944, la Junta de Jefes de Estado Mayor concluía que las posibilidades de una guerra con Gran Bretaña eran iguales a las de un posible conflicto con la URSS^[10].

Pero ¿hasta qué punto era certero el análisis de Churchill? Hasta la primavera de 1947 se puede afirmar que la situación en Europa se caracterizaba por la diversidad más que por la uniformidad. Yugoslavia y Albania contaban con sus propios regímenes comunistas, cuyos agresivos planes para los

Balcanes intentaba controlar Stalin; por otra parte, Polonia y Rumanía se habían convertido en estados satélite y en Hungría, Checoslovaquia, Finlandia e, incluso, Bulgaria, Stalin perseguía una política moderada de influencia más que de control directo. Sin embargo, con la escalada de la Guerra Fría, este comenzó a presionar para imponer una mayor uniformidad en Europa del Este. Mientras Churchill hacía referencia al «telón de acero», Stalin presionó para que se reconociese la influencia soviética en Europa del Este. Pronto, los aliados occidentales preparaban la formación de un Estado alemán separado, algo de lo que la inteligencia soviética tuvo conocimiento.

A diferencia de los grandes conflictos «calientes» del siglo XX, la Guerra Fría no comenzó en una fecha precisa. Es más preciso señalar que esta fue afectando progresivamente a diversos países, que se vieron obligados a tomar parte y partido en ella. El término «Guerra Fría», en su acepción moderna, fue acuñado por Bernard Baruch, consejero del presidente Franklin Delano Roosevelt, el cual utilizó dicha expresión en un debate en 1947; posteriormente, sería popularizada por el editorialista Walter Lippmann^[11].

Existe un amplio y complejo debate sobre los orígenes de la Guerra Fría, que evoluciona constantemente con la aportación de nuevas y originales teorías. Lo cierto es que cuanto más material nuevo aparece, menos clara resulta la respuesta. Lo que podemos concluir es que las interpretaciones que se basan en una única causa deben ser evitadas. En cuanto a sus inicios, varios historiadores han situado sus orígenes en 1917 debido a las repercusiones necesariamente conflictivas de la Revolución soviética. Otros autores han destacado el antagonismo entre las visiones de Lenin y de Wilson sobre el futuro del mundo; según esta interpretación, los políticos burgueses como Wilson, Lloyd George y Clemenceau dictaron la paz tras la

Primera Guerra Mundial en un contexto marcado por las revoluciones bolcheviques en Hungría y Alemania; se trataba de castigar a Alemania y de aislar a la nueva URSS.

El año 1947 demostró ser crucial en el desarrollo de las relaciones entre los antiguos aliados. La reunión que sirvió como continuación de la Conferencia de Potsdam sobre el problema alemán, que se llevó a cabo en Moscú, no logró avances sobre el asunto de la reunificación. En esas circunstancias se hacía indispensable convocar una conferencia en la cumbre, para resolver todos los problemas que habían quedado pendientes. La conferencia, bautizada con el muy significativo nombre de «Terminal», tuvo lugar en Potsdam del 17 de julio al 2 de agosto de 1945.

Los miembros de la Conferencia de Potsdam eran al mismo tiempo amigos y enemigos. Al final, una unión en tiempo de paz requería de la buena voluntad de los principales líderes, algo que evidentemente faltaría. A pesar de los numerosos gestos de cordialidad, ambas partes se encontraban separadas, como lo habían estado desde la Revolución bolchevique de 1917, por una enorme desconfianza. Stalin veía en las potencias occidentales al verdadero enemigo del cual se había visto desviado por la invasión alemana. Las agencias de seguridad soviéticas ya describían a Estados Unidos como el «principal adversario» en sus informes: «Creo que podemos echar abajo el velo de amistad —le dijo Stalin a Mólotov en otoño de 1945—, cuyas apariencias los norteamericanos se empeñan en mantener^[12]».

Pese a la victoria común sobre el Eje, el ambiente en la conferencia ya no era el mismo de las conferencias de Teherán o Yalta. Truman había sustituido a un presidente Roosevelt que había fallecido unos meses antes, y Attlee, el líder británico laborista, sustituyó a un Churchill derrotado en las elecciones generales de 1945. Uno de los motivos de la elección de un

gobierno laborista fue que una parte del electorado pensaba (erróneamente, como el tiempo demostraría) que un gobierno socialista tendría más facilidades para alcanzar un acuerdo global con la URSS.

En Estados Unidos Harry Truman había sucedido a Roosevelt; las diferencias entre ambos eran notables, ya que el último estaba mucho más preparado en materia de relaciones exteriores, mientras que el nuevo presidente carecía de toda experiencia al respecto, por lo que se dejó influir por los puntos de vista más antisoviéticos de los asesores de su predecesor. La influencia que tuvo la sucesión de Truman en las relaciones con la URSS ha sido objeto de un gran debate; en cualquier caso, lo que sí es cierto es que el nuevo presidente norteamericano estaba más dispuesto a escuchar a los asesores más partidarios de una línea dura con la URSS. Truman pensaba que solo Roosevelt era capaz de llevar a cabo la política con dos vectores, que combinaban la retórica pública acerca de los principios que debían regir el mundo de posguerra y su discurso privado a Stalin, que reconocía las preocupaciones de seguridad soviéticas. Por ello, a pesar de prometer que continuaría los objetivos de Roosevelt, consideraba que estos no eran nada claros y acabó por abandonar dicha política. En enero de 1947, Truman cambió al secretario de Estado, James Byrnes, por considerarlo demasiado blando con la URSS, por el que fuera jefe de Estado Mayor durante la guerra, George Marshall.

Truman enseguida adoptó una visión realista en las relaciones internacionales y defendió la idea de que la URSS necesitaba más a Estados Unidos que viceversa. En las negociaciones, no esperaba conseguir el cien por cien de lo que deseaba, pero consideraba que en «asuntos importantes» los norteamericanos debían «ser capaces de obtener el ochenta y cinco por cien^[13]». En su primer encuentro con Mólotov, el 23

de abril de 1945, puso las cartas sobre la mesa: en el futuro, los soviéticos tendrían que mantener sus acuerdos. Las relaciones no podían ser ya «unilaterales». Mólotov palideció y respondió: «Nunca me habían hablado así en toda mi vida». Truman reaccionó con rapidez y le dijo: «Cumplan sus compromisos y no habrá necesidad de hablarles así». A pesar de todo, Truman pensaba que podía negociar con Stalin: «Yo puedo manejarme con Stalin. Es honesto, pero más listo que el diablo^[14]».

Los norteamericanos intentaron presionar a los soviéticos para que realizasen concesiones jugando dos cartas supuestamente ganadoras: su enorme superioridad económica y su monopolio de armas nucleares. Las entregas de materiales del programa Lend-Lease, excepto aquellos que eran destinados a la guerra contra Japón, fueron interrumpidas el 11 de mayo de 1945, de forma tan abrupta que hubo que hacer retroceder a buques que ya se encontraban en alta mar. Las enérgicas protestas de Stalin hicieron que se reconsideraran las posiciones y se reiniciaron algunos suministros, aunque Truman quería destacar la dependencia soviética del poder económico norteamericano.

Los dirigentes de la Gran Alianza acordaron establecer una autoridad suprema interaliada en Alemania en la que el poder residiría en un Consejo Supremo de Control, formado por los comandantes militares de las cuatro zonas de ocupación: americana en el sudoeste, británica al noroeste, francesa en el oeste y soviética al este. Austria también fue dividida en cuatro zonas, así como Berlín y Viena. Así, se definió el llamado «Plan de las Cuatro D»: desnazificación, desmilitarización, descartelización y democratización. Todas las organizaciones nacionalsocialistas debían ser disueltas, la Administración depurada y los criminales de guerra castigados en un tribunal que tendría sede en Núremberg. Todas las organizaciones

militares y paramilitares debían ser disueltas y desarticulada la industria armamentística, así como los grandes conglomerados industriales (cárteles). La democratización pasaría por la vuelta a la legalidad de los partidos políticos y sindicatos, por elecciones locales y el restablecimiento de las libertades civiles.

Los ministros de Asuntos Exteriores quedaron encargados de preparar un tratado de paz definitivo con Alemania. No hubo acuerdo sobre el trazado de la frontera germano-polaca, pero la URSS impuso una política de hechos consumados anexionando a Polonia importantes territorios germanos fijando la línea Óder-Neisse como frontera definitiva. Este cambio de fronteras se vio acompañado de la expulsión de diez millones de alemanes de territorios orientales. Para el secretario de Guerra, Henry Stimson, no existía ninguna base para «unas relaciones seguras y permanentes» entre «dos sistemas nacionales tan fundamentalmente diferentes^[15]». George Kennan, que conocía bien a los soviéticos, observó la conferencia con «escepticismo y desazón^[16]». Resultaba evidente que la coalición aliada había surgido de la desesperación, no de la confianza. En lo referente a las reparaciones de guerra, se acordó, tras duras discusiones, que serían entregadas a cada potencia en su área de ocupación, aunque a la URSS se le permitió obtener del 10 al 15% del equipamiento industrial de las zonas occidentales a cambio de productos agrícolas y de otro tipo en su zona de ocupación.

LA DOCTRINA TRUMAN Y EL PLAN MARSHALL

Mientras se desarrollaba el encuentro entre los ministros de Asuntos Exteriores, el presidente Truman, alarmado por los éxitos comunistas en la Guerra Civil griega y la situación política en Europa, prometió ayuda a todos aquellos estados

que se opusieran al socialismo revolucionario. Las crecientes dificultades económicas de Gran Bretaña habían obligado a su Gobierno a cancelar la ayuda a Grecia y Turquía, por lo que solicitó a Estados Unidos que tomase el relevo^[17]. En Grecia, los monárquicos, apoyados por Gran Bretaña, vencieron en las elecciones de marzo de 1946, mientras que los republicanos se negaron a participar. El regreso del rey Jorge II en septiembre rompió la tregua que la URSS había impuesto el año anterior a la guerrilla comunista. Con la ayuda yugoslava, la resistencia griega se reagrupó en las montañas. La Guerra Civil se prolongaría hasta 1949. Por su parte, Turquía sufría la presión de la URSS, que reclamaba una revisión a fondo de la Convención de Montreux, ya que esta restringía el paso de los buques extranjeros a través de los Dardanelos y exigía que una administración turco-soviética debía reemplazar al régimen internacional de los estrechos. Al mismo tiempo, Mólotov exigía que Turquía devolviese las provincias de Kars y Ardahan, cedidas en 1921.

Existía un consenso en la Administración norteamericana de que la política agresiva del comunismo suponía una verdadera amenaza para los intereses vitales de Estados Unidos, incluidas la seguridad en Oriente Medio y en el Mediterráneo Oriental. Era necesario utilizar un tono agresivo para convencer a los senadores aislacionistas, por lo que en un discurso ante el Congreso, el 12 de marzo de 1947, Harry Truman presentó al mundo a otro Hitler, cuyo nombre era Stalin. Aunque sin mencionarle, Truman dejó claro que era el líder soviético el que amenazaba a Grecia y Turquía. El presidente hizo las siguientes afirmaciones: «Creo que la política de Estados Unidos debe ser la de apoyar a los pueblos libres que están resistiendo intentos de agresión de minorías armadas o presión exterior. [...] Si dejáramos de ayudar a Grecia y Turquía en esta hora decisiva, las consecuencias, tanto

para Occidente como Oriente, serían de profundo alcance... Por lo tanto, pido al Congreso autorización para ayudar a estos dos países con la cantidad de cuatrocientos millones de dólares durante el período que termina el 30 de junio de 1948. Además de dichos fondos, pido al Congreso que apruebe el envío de personal norteamericano civil y militar a Grecia y Turquía, a petición de aquellos países, para cooperar en la tarea de la reconstrucción y con el fin de que supervise la utilización de la ayuda financiera y material que lleguen a ser otorgadas». A los miembros del Congreso norteamericano se les señaló que el fracaso en ayudar a Grecia y a Turquía estimularía la agresión comunista y llevaría a otros países «a caer como manzanas en un barril infectado por una podrida^[18]». Esta política sería conocida como «doctrina Truman».

La visión de una conspiración comunista mundial impresionó a los legisladores norteamericanos y dio la sensación de que Estados Unidos se comprometía en una cruzada para erradicar la amenaza, a pesar de que el subsecretario de Estado, Dean Acheson, insistió en que su país actuaría únicamente en aquellos casos donde sus intereses vitales estuviesen en juego. A pesar de todo, existió una fuerte oposición interna a la doctrina Truman. El secretario de Estado, George Marshall, y sus principales asesores en asuntos soviéticos criticaron la fuerte retórica anticomunista, señalando que eran los comunistas yugoslavos y no los soviéticos los que apoyaban en realidad a la guerrilla griega, que fue finalmente derrotada por el Ejército griego con la ayuda de asesores norteamericanos.

En esas circunstancias, el 5 de junio de 1947 George Marshall hizo historia en las festividades conmemorativas de la Universidad de Harvard. Durante las mismas, Marshall exhortó a los contribuyentes norteamericanos a subsidiar la reconstrucción de una Europa donde la mayoría de la

población no contaba con alimentos suficientes ni con los recursos para comenzar de nuevo sus vidas. Las discusiones públicas previas sobre la necesidad de reconstrucción habían sido ignoradas porque la Administración no se había pronunciado sobre la cuestión. Al final, se acordó que el secretario de Estado debía resolver todas las dudas mediante una comparecencia pública. En el discurso, escrito por Charles Bohlen, hizo público el esquema de la contribución a la recuperación europea, aun cuando no aportó cifras concretas. Europa, como señaló Marshall, se encontraba traumatizada por los efectos de la guerra, con su tejido económico destrozado, sin recursos materiales y sin medios financieros. El elemento más importante de la presentación fue el llamamiento hecho a los europeos a reunirse para diseñar un plan de reconstrucción que financiarían los estadounidenses.

Marshall diseñó un esquema de ayuda para Europa financiado por Estados Unidos. En un primer momento, los soviéticos dieron la bienvenida al plan. Mólotov llegó a París para sus discusiones junto con cien colaboradores, que prueban la seriedad con la que se tomó Stalin el plan. Sin embargo, cuando quedó claro que Estados Unidos consideraba el plan como una forma de estimular la democracia liberal y el capitalismo por toda Europa, Stalin perdió cualquier interés. Mólotov sospechaba que, como la política de «puertas abiertas» norteamericana, el Plan Marshall sería el caballo de Troya del dólar, una forma de infiltrarse en la URSS con el fin de destruirla. Para Mólotov, tan solo los «países aliados que habían sufrido destrucción durante la guerra debían participar», lo que dejaba fuera a Italia y Alemania^[19]. Stalin y Mólotov esperaban que las divergencias entre los aliados sobre Alemania acabasen con el Plan Marshall.

Al final, tanto Italia como Alemania fueron aceptadas en el plan. La reconstrucción alemana ofrecía una solución a los

crecientes problemas de aumento de la producción europea. La inclusión de Alemania facilitó la unión de las tres zonas ocupadas por las potencias occidentales, lo que facilitó el autogobierno. Además, como apunta James E. Cronin, el Plan Marshall ayudó a reorientar las relaciones económicas internacionales de la República Federal Alemana hacia Europa Occidental^[20]. La denominación oficial del Plan Marshall fue European Recovery Program y fue aprobado por el Congreso de Estados Unidos en abril de 1948. Para su funcionamiento, se establecieron dos organismos: en Estados Unidos la Economic Cooperation Administration (ECA), con sede en Washington, y en Europa, la Organization for European Economic Cooperation (OECE), con sede en París. El plan consistió en una serie de préstamos a bajo interés, ayudas a fondo perdido y ventajosos acuerdos comerciales hasta un total de trece mil millones de dólares.

Churchill llamó al Plan Marshall «el mayor acto altruista de una gran potencia de toda la historia». Sin embargo, el plan también sirvió a los intereses norteamericanos dirigidos al dominio económico en Europa. Los efectos políticos del Plan serían tan importantes como los económicos. El plan facilitó que las naciones europeas flexibilizaran sus medidas de austeridad y el racionamiento, lo que redujo el descontento social y aportó una muy necesaria estabilidad política. La ayuda norteamericana permitió a los gobiernos de centro dedicar enormes recursos a la reconstrucción de sus países y aumentar las exportaciones sin necesidad de imponer programas de austeridad, que hubiesen generado fuertes divisiones políticas y sociales. Como consecuencia de estas medidas, la influencia comunista se redujo considerablemente, aun cuando los partidos comunistas todavía disfrutaron de cierta popularidad durante unos cuantos años. Las relaciones comerciales entre las dos costas atlánticas favorecieron la

creación de la OTAN, que incluso sobreviviría a la Guerra Fría. La no participación de Europa del Este fue uno de los primeros síntomas de que el continente ya estaba dividido en dos áreas de influencia enfrentadas.

En 1946, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos poseía ya el 60% de las reservas mundiales de oro. Hacia 1949, contaba con el 72%, en parte debido a los pagos de los préstamos a Gran Bretaña nada más terminar el conflicto. En este sentido, el Plan Marshall, con su suministro masivo de dólares a Europa, estaba condicionado por el dominio económico sobre Europa de Estados Unidos, que vació las reservas europeas de oro y dólares en los años inmediatos al fin de la guerra mundial. El Plan Marshall y, posteriormente, el elevado coste de mantenimiento de las tropas norteamericanas en Europa, dieron un vuelco a la situación. Estados Unidos mantuvo un constante déficit de balanza de pagos durante ese período, que fue financiado no con oro, sino con dólares. Si en un momento dado los europeos sospechaban del dólar, tenían el derecho legal de exigir oro de los cofres de la Reserva Federal norteamericana de Fort Knox. El Plan Marshall finalizó en 1951 tal y como estaba previsto. Todos los esfuerzos por continuar con él chocaron con el crecimiento exponencial de los gastos de la guerra de Corea y el rearme. Los republicanos, hostiles al plan, habían obtenido más escaños en las elecciones al Congreso de 1950 y se opusieron de forma contundente a él, aunque siguieron llegando a Europa otras formas de ayuda.

Enfrentado al Plan Marshall y a la doctrina Truman, Stalin incrementó su control sobre Europa del Este. Hacia el verano de 1947, gran parte de los líderes no comunistas de la zona habían partido al exterior o estaban en prisión. Aquellos líderes socialistas que se habían opuesto al Plan Marshall se vieron apoyados por Stalin. Impulsados por Tito en septiembre de 1947, los representantes de Bulgaria,

Checoslovaquia, Rumanía, Hungría, Polonia, Francia, Italia, Yugoslavia y los de la URSS fundaron el Kominform. En su discurso inaugural, Zhdánov anunció el fin de la cooperación entre los antiguos aliados en la guerra anunciando la tesis de los «dos campos». El mundo, señalaba, se estaba dividiendo en dos coaliciones hostiles: el bloque socialista, liderado por la URSS, y el capitalista, liderado por Estados Unidos^[21].

La concepción de Zhdánov enseguida se llevó a la práctica. Ante la alarma por el deseo checoslovaco de aceptar la ayuda occidental del Plan Marshall, en febrero de 1948 un golpe de Estado apoyado por la URSS derribó al Gobierno de coalición checoslovaco. Un mes después, tras acusar a los occidentales de conspirar para dividir a Alemania, la delegación soviética se retiró del Consejo de Control Aliado. Cuando Estados Unidos introdujo una nueva moneda en Berlín y en la zona conjunta de control con Gran Bretaña, Moscú acusó a los norteamericanos y Gran Bretaña de violar los acuerdos de Potsdam e introdujo su propia moneda en el sector soviético.

EL BLOQUEO DE BERLÍN

Incluso hoy, con las nuevas fuentes disponibles, resulta complicado entender claramente cuáles fueron los objetivos de Stalin durante el bloqueo de Berlín. Es posible que intentase forzar la salida de los franceses, británicos y norteamericanos de sus respectivos sectores de la ciudad. Por otro lado, es posible que intentase detener sus esfuerzos por consolidar sus propias zonas, lo que inevitablemente produciría un Estado alemán occidental fuerte, sobre el que la URSS no tendría ninguna influencia. El acceso a los documentos desclasificados tras 1991 ha arrojado poca luz al estudio de la diplomacia de Stalin sobre esta crisis. Lo que sí se ha descubierto es que los

asesores de Stalin en Alemania no habían previsto el puente aéreo y que, una vez que comenzó, pronosticaron su fracaso.

El bloqueo de Berlín fue la auténtica primera crisis de la Guerra Fría. No resulta sorprendente si se tiene en cuenta que la situación de Berlín en plena zona soviética otorgaba a la ciudad un peso estratégico y político de primera magnitud. Berlín era un reflejo en miniatura de la situación alemana, una ciudad dividida en un país dividido. Se encontraba enclavada a ciento sesenta kilómetros en la zona soviética, dividida en cuatro sectores, administrados por los cuatro comandantes de los ejércitos de ocupación. Con el comienzo de la Guerra Fría, el sistema se paralizó. El temor al resurgimiento de una Alemania fuerte y militarizada provocó que Stalin deseara una Alemania unida únicamente si se garantizaban un desarme efectivo y una clara influencia soviética en el país. La unión de las zonas norteamericana y británica y el establecimiento de instituciones democráticas preocupó enormemente a Stalin. Los esfuerzos por incorporar también a la zona francesa alimentaron los temores de que se estaba intentando dividir a Alemania en dos y utilizar el poder industrial del Ruhr contra la URSS.

El fracaso de la Conferencia de Londres de diciembre de 1947 hizo ver a los norteamericanos que no era posible ya una solución consensuada al problema alemán. La reacción fue inmediata: el Gobierno Militar de la URSS anunció que controlaría todos los transportes que llegaran a la zona occidental de Berlín, por lo que los oficiales de Estados Unidos acusaron a Moscú de incumplir los acuerdos, ya que se había aceptado un tráfico libre entre Berlín Occidental y el oeste de Alemania.

El 24 de junio de 1948, la URSS inició el bloqueo de todas las conexiones terrestres y fluviales de Berlín^[22]. Sabía que Berlín Occidental no podía sobrevivir mucho tiempo sin ayuda

del exterior, lo que le otorgaba una gran baza de negociación. Pronto hubieran tenido que rendirse y aceptar formar parte de la zona comunista de Alemania. «Es todo mentira —señaló Stalin—, no es un bloqueo, es una medida defensiva^[23]».

La primera idea de los aliados occidentales fue transportar los bienes necesarios mediante un convoy armado a Berlín, idea apoyada por el general Lucius Clay, gobernador militar norteamericano de Alemania. Pero el plan no se ejecutó porque tales medidas podían provocar un conflicto armado. En su lugar, el Gobierno norteamericano decidió abastecer la ciudad por aire. Los generales de la Fuerza Aérea norteamericana Hap Arnold y Curtis LeMay recordaron las setenta y dos mil toneladas de suministros que se habían transportado a Rusia sobrevolando el Himalaya durante la Segunda Guerra Mundial. La fuerza aérea que tan solo tres años antes había devastado Berlín iniciaba así su abastecimiento. El puente aéreo de Berlín se inició el 25 de junio de 1948.

El plan fue sumamente arriesgado, porque el suministro de cuatro mil toneladas de bienes al día por vía aérea se suponía imposible tal y como calculó Stalin. Sin embargo, el número de aviones implicados en el puente aéreo creció constantemente y los americanos fueron asistidos por el resto de los aliados al mismo tiempo que se construía un tercer aeropuerto. Hacia mayo de 1949, doscientos setenta y cinco mil vuelos habían transportado 2,3 millones de toneladas de abastecimiento a la ciudad a la vez que sacaban cientos de toneladas de productos fuera de la misma. El suministro de unas ocho mil toneladas diarias de víveres y carbón fue un enorme éxito, sobre todo si se tiene en cuenta que se realizó a menudo en condiciones climáticas extremadamente difíciles.

Stalin se percató de que había perdido la partida. Percibió que Estados Unidos y Gran Bretaña ya se habían implicado

demasiado como para retirarse ante la amenaza de un conflicto armado, máxime teniendo en cuenta que todavía disponían del monopolio nuclear. Truman había ordenado transferir a Europa tres grupos de bombarderos B-29, capaces de lanzar armas nucleares sobre la URSS, con lo que se ponía en práctica por vez primera la estrategia llamada «de disuasión». Las bombas, esto solo se sabría después, no se unieron a los bombarderos hasta la guerra de Corea.

Para que el bloqueo hubiera sido efectivo, tendría que haber comenzado en invierno. Al final, Stalin solo consiguió que el bloque occidental se movilizase contra él. Incluso Francia, que era en un principio reticente a la idea de ayudar a Alemania y que no participó en el puente aéreo, apoyó finalmente la decisión. El puente aéreo se mantuvo hasta el 12 de mayo de 1949 y la administración cuatripartita no volvió a ser convocada. A partir de ese momento, Berlín quedó dividida en dos sectores y dos municipalidades enfrentadas. En definitiva, el bloqueo de Berlín sirvió a cada una de las grandes potencias para probar sobre el terreno las reacciones de la otra y definir de forma empírica algunas reglas esenciales de la ya inevitable Guerra Fría. Estados Unidos y la URSS aceptaron, de manera tácita, no llegar demasiado lejos en la resolución de una crisis. Truman se negó a enviar los carros de combate para forzar el paso de los convoyes y Stalin aceptó el sobrevuelo y el aterrizaje de los aviones de transporte norteamericanos y británicos en Berlín. La tensión permaneció controlada. La crisis ayudó a crear las condiciones necesarias para la fundación del Estado federal alemán en 1949. El 5 de mayo de 1949, se establecía la RFA. Por otra parte, se había creado la República Democrática Alemana con el gobierno provisional de Otto Grotewohl. En marzo de 1949, los aliados occidentales fundaron la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Cuando se levantó el «bloqueo de Berlín» en mayo, se había

promulgado ya una nueva constitución para la República Federal Alemana.

Mientras se desarrollaba la crisis de Berlín, el Gobierno soviético llevó a cabo acciones para aplastar a un posible rival en los Balcanes. A principios de 1948, Stalin, temiendo que los yugoslavos fueran demasiado «independientes», exigió una federación entre Yugoslavia y Bulgaria. Al ser rechazada por Belgrado, Stalin expulsó a Yugoslavia del Kominform. La respuesta de Stalin no se hizo esperar y comenzó una serie de purgas, arrestos, juicios e incluso ejecuciones de todos los políticos del bloque socialista sospechosos de simpatía con Tito, e impuso su propia versión del socialismo a través del terror en los países al este del río Elba. Ya no se trataba de una política para construir el modelo estalinista de «socialismo en un solo país», sino de instaurar el «socialismo en un solo bloque^[24]».

LA GUERRA DE COREA

A pesar de las numerosas amenazas en Europa, tan solo estalló una guerra abierta antes del fallecimiento de Stalin. Tras la caída de Japón, Corea estaba dividida en dos: el norte, reconocido por la URSS en 1948, y el sur, por Estados Unidos un año después. Con la aquiescencia de Stalin, las tropas de Corea del Norte traspasaron la línea divisoria entre los dos estados en junio de 1950. Las fuerzas de la ONU, lideradas por Estados Unidos, detuvieron la invasión, alcanzando casi la frontera con China, hasta que las fuerzas «voluntarias» de Mao rechazaron el avance^[25].

La URSS envió pilotos a luchar en una guerra limitada. En 1992, el general ruso Lobov hizo públicas sus memorias de aquel desconocido episodio: los aviones soviéticos fueron

pintados con los colores chinos y a los pilotos se les dieron uniformes de ese país. Fue uno de los pocos enfrentamientos directos de la Guerra Fría. Hasta marzo de 1951, la situación no se restableció en torno al paralelo 38. «¡Y qué más da! — señaló un ya anciano Stalin a propósito de la eventual derrota de Corea del Norte—. ¡Que los americanos se conviertan en nuestros vecinos!»». Se planteaba una vez más el dilema de autorizar o no el avance más allá de esta frontera. La última ofensiva china y norcoreana se produjo entre abril y mayo de 1951. Finalmente, el frente se estabilizó en un empate que recordaba a la guerra de trincheras durante la Primera Guerra Mundial. En junio de 1951, el embajador soviético ante la ONU propuso un armisticio militar, pero tan solo en noviembre se detuvieron los combates de una forma definitiva. En julio de 1953, se llegó a la determinación de la frontera mediante una línea que seguía, de forma general, el paralelo 38, lo que no alteraba de forma significativa el *statu quo* que existía antes del conflicto. El armisticio de Panmunjom, que ponía fin a la guerra, fue el primer signo de «deshielo» entre las dos superpotencias, en la acertada expresión del escritor Ehrenburg. La Guerra Fría había reemplazado a la guerra real, algo impensable dada la posesión por parte de la URSS de su propia bomba atómica desde 1949.

Aunque la investigación nuclear soviética había comenzado antes de la guerra con Alemania, la invasión interrumpió todos los proyectos. Desde 1941, sin embargo, los soviéticos habían recibido información puntual del espía John Cairncross sobre las investigaciones nucleares británicas. Hacia finales de 1941, otro espía, Klaus Fuchs, comenzó a suministrar información detallada del proyecto británico y, posteriormente, del norteamericano. A pesar de todo, cuando llegaron las noticias de los avances nucleares norteamericanos, Beria les dijo a los atónitos investigadores: «Si esto es

desinformación, os meteré a todos en el sótano^[26]». La explosión de la bomba atómica en Hiroshima fue, así, más sorprendente de lo que sugiere la fría reacción de Stalin al conocer la noticia en Potsdam. El presidente norteamericano relataba en sus memorias lo que sucedió el día 24 —una semana después de haberse reunido—: «Señalé de pasada a Stalin que poseíamos una nueva arma cuya potencia de destrucción era excepcional, pero el jefe del Estado soviético no pareció interesarse demasiado por esta noticia. Se contentó con decir que estaba dichoso por saberlo y que esperaba que hiciéramos buen uso de ella contra los japoneses». Estados Unidos podía ahora infligir un daño devastador contra la URSS sin que esta pudiera responder contra la población norteamericana. Ante esto, Kruschev declaró: «Esta situación influyó mucho en Stalin, que comprendió que tendría que ser muy cuidadoso para no verse arrastrado a una guerra^[27]».

El 20 de agosto de 1945, dos semanas después del ataque nuclear norteamericano, Beria recibió el mayor encargo de su vida profesional cuando fue puesto a cargo de un Comité Especial para la Bomba Atómica. Stalin ordenó que se pusieran a su disposición todos los recursos necesarios y les dijo a un grupo de científicos soviéticos: «Hiroshima ha sacudido al mundo entero. El equilibrio ha sido destruido. Eso no puede ser. Construir la bomba eliminará un gran peligro para nosotros. Si estallara una guerra, el empleo de las bombas atómicas dependería de los Truman y los Hitler que estuvieran en el poder. El pueblo no permitirá que semejante tipo de hombres ocupen el poder. Las armas atómicas no pueden ser utilizadas sin incurrir en el peligro de provocar el fin del mundo^[28]». La operación llevaba el nombre en clave de «Tarea Número Uno». Los científicos leales eran recompensados; aquellos de cuya lealtad se dudaba eran enviados por Beria a prisiones especiales llamadas *sharashki*. En Georgia, cerca de

donde este había nacido, un grupo de científicos alemanes fue reclutado para asistir en el programa soviético, donde vivían bajo control policial en aislamiento total.

El primer reactor nuclear soviético fue probado el día de Navidad de 1946. Beria, que se encontraba presente, estaba tan satisfecho con el resultado que tuvieron que disuadirle de entrar en el compartimento radiactivo. La primera explosión nuclear soviética tuvo lugar tres años más tarde en la estepa de Kazajistán. Trabajando bajo la presión del régimen estalinista y a las órdenes de hombres brutales como Beria y Mólotov, que no sabían nada de ciencia, los científicos soviéticos desarrollaron una bomba en poco más del tiempo que se empleó en el Proyecto Manhattan norteamericano. Indudablemente, el espionaje ayudó en gran medida, aunque no tanto como se ha afirmado. En todo caso, la bomba soviética no alteró el desequilibrio estratégico de forma inmediata, ya que en 1950 Estados Unidos contaba ya con doscientas noventa y ocho bombas y doscientos cincuenta bombarderos de largo alcance. Sin embargo, acabó con el monopolio norteamericano de la bomba y la desequilibrante posición de fuerza que tal posesión le otorgaba en sus relaciones con la URSS.

La decisión de Stalin de lanzar un programa masivo de rearme como consecuencia de Hiroshima transformaría la industria soviética y la convertiría en un formidable complejo industrial militar. La competencia con Estados Unidos era un desafío enorme para un país que había sufrido, como hemos visto, enormemente en la guerra mundial. Se realizaron enormes esfuerzos para igualar y superar a Estados Unidos. La comunidad científica soviética, al menos aquellos que se dedicaban a la tecnología, asumió a partir de ese momento un papel fundamental en la comunidad intelectual. Enormes inversiones suponían enormes sacrificios del sufrido pueblo

soviético. El consumo tenía que esperar. Con el tiempo, tres cuartas partes del presupuesto científico y la misma proporción de científicos se dedicaron a la defensa. Los científicos se concentraron en la Academia de Ciencias de la URSS y adquirieron una gran reputación tanto dentro como fuera del país. Sin embargo, al crear ese Leviatán científico, Stalin comprometió el futuro del país: a partir de ese momento, la economía militar tuvo preferencia sobre la economía civil, por lo que esta fue ineficiente y tuvo un retraso considerable con respecto a las occidentales. Los mejores cerebros fueron a parar a la economía militar. Con el tiempo sería una decisión que se demostraría totalmente errónea.

En 1949 se produjeron tres acontecimientos de gran relevancia. El primero fue la creación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), alianza formal entre once estados de Europa Occidental y de Norteamérica dirigida contra la amenaza del bloque soviético. El segundo fue el éxito de las pruebas nucleares soviéticas y el tercero la victoria del comunismo en China. Aunque la URSS no había jugado un papel destacado en la victoria de Mao Tse-Tung, el hecho de que los dos países más poblados del mundo fuesen gobernados por comunistas alarmaba enormemente a los estados capitalistas y a sus imperios en Asia y África. La Guerra Fría había pasado de ser un conflicto sobre esferas de influencia en Europa a convertirse en un enfrentamiento global entre dos superpotencias y sus aliados, con el potencial de destruir todo el planeta en un holocausto nuclear.

LA KOMINFORM

En septiembre de 1947, en la localidad polaca de Szklarska Poreba, Stalin reunió a los dirigentes rumanos, checoslovacos,

húngaros, búlgaros y polacos. La reunión, a la que se sumaron delegados de los partidos franceses e italianos, dio lugar a la creación de la Kominform, abreviatura de la Oficina de Información de los Partidos Comunistas y Obreros^[29]. Su creación fue la respuesta clara de Stalin al Plan Marshall y con ella buscaba agrupar a los partidos comunistas de la zona bajo influencia soviética. El objetivo fue aglutinar bajo directrices comunes de actuación al bloque soviético en los inicios de la Guerra Fría. En su reunión inaugural, el representante soviético y miembro del Buró del PCUS, Andrei Zhdánov, pronunció un discurso en el que sentó las bases de la doctrina soviética en política internacional (la doctrina Zhdánov). En él hizo referencia de forma maniquea al mundo dividido en dos: el campo imperialista, reaccionario y antidemocrático (Estados Unidos y sus aliados) y el campo antiimperialista (la URSS y los países de «la nueva democracia»).

Las líneas esenciales de actuación de la nueva organización se basaban en la ayuda mutua entre los partidos comunistas, el intercambio de información y experiencias y la coordinación de actuaciones. En la práctica, la Kominform fue utilizada en todo momento como instrumento propagandístico a las órdenes de Moscú ante el desafío occidental concretado en la doctrina Truman y el Plan Marshall. Muy pronto, sin embargo, la Kominform asistió al primer gran cisma en el mundo comunista: la Yugoslavia de Tito fue acusada de desviacionismo de la doctrina marxista-leninista. Un comunicado de la Kominform en junio de 1948 proclamó la condena del régimen de Tito. Tras la muerte de Stalin en 1953, la Kominform entró en un claro y progresivo proceso de decadencia y acabó por ser finalmente disuelta en 1956^[30].

Es posible realizar un análisis de la política exterior soviética durante la Guerra Fría teniendo en cuenta el sentimiento de inseguridad soviético. Sin embargo, las limitaciones de esta visión son evidentes, ya que subestima hasta qué punto la URSS era un estado revolucionario dedicado a una transformación radical del *statu quo* internacional. Tal planteamiento significaba que, en la práctica, la URSS llevó a cabo una política que fue mucho más lejos de las necesidades de la seguridad, una política que implicaba adherirse en todo momento a la visión marxista-leninista de las relaciones internacionales. Todo esto otorgaba un carácter muy particular a la política exterior soviética, que la alejaba de la diplomacia tradicional de búsqueda de la seguridad nacional.

Por otro lado, resulta también necesario analizar la Guerra Fría como una lucha de poder según la versión realista de las relaciones internacionales. Sin embargo, en el caso de la URSS, su política exterior se comprende mejor como un sistema de acción-reacción que como una política clásica de poder. A menudo es posible observar un comportamiento acorde con el modelo realista de poder en la política exterior de la URSS; sin embargo, no siempre es el caso, como lo demuestran las políticas de Gorbachov. Para comprender sus concesiones en la lucha por el poder internacional es necesario referirse a las transformaciones en el seno de la ideología soviética. La URSS era un estado ideológico con un programa encaminado a la transformación profunda de las relaciones internacionales. La gran ventaja de este planteamiento es que permite analizar la característica básica de la política exterior soviética: su carácter ideológico.

George Kennan, un joven diplomático norteamericano destinado en la embajada en Moscú, envió el 22 de febrero de 1946 un largo telegrama. Kennan se había especializado en lengua y cultura rusa antes de ingresar en el servicio

diplomático norteamericano. Tras permanecer un tiempo en Riga, fue enviado a la embajada en Moscú en 1933, cuando Estados Unidos reconoció al Gobierno comunista, y allí permaneció hasta 1937. En 1944 fue enviado otra vez a Moscú como alto consejero del embajador Averell Harriman. El «telegrama largo» de Kennan se convirtió en la base de la estrategia de Estados Unidos respecto a la URSS durante la Guerra Fría. En él, Kennan advertía al Departamento de Estado norteamericano de que la hostilidad soviética con respecto al mundo capitalista era inevitable debido a que se trataba de la justificación del opresivo sistema que los soviéticos habían impuesto a su pueblo. En la URSS se había producido una peligrosísima fusión de la tradicional inseguridad rusa con el dogma marxista-leninista. En lugar de complacer al régimen soviético, era necesario que Estados Unidos se dedicara a contener la expansión del poderío soviético hasta conseguir que se estableciese allí una forma de gobierno más moderada. Kennan no proponía políticas concretas, pero señalaba que el Kremlin era «poco influenciado por la lógica de la razón, aunque muy sensible a la lógica de la fuerza»:

La política soviética —afirmaba— se ha orientado siempre hacia un fin último, que es la revolución mundial y la dominación del mundo por los comunistas. La política soviética no ha cambiado nunca a este respecto y, por tanto, es posible prever que no cambiará en el futuro [...]. La táctica soviética a menudo ha sido modificada en el curso de los últimos veinte años, pero cuanto más se estudian las declaraciones y la política de la URSS, más nos damos cuenta de hasta qué punto los principios de base del leninismo-estalinismo son intangibles y hasta qué punto son opuestos a los objetivos, los deseos y las vías de la democracia occidental. Se advertirá, al leer las declaraciones realizadas desde hace dos decenios por los jefes y los portavoces del régimen en las reuniones del Partido, que no hay una solución de continuidad en el pensamiento soviético y la consigna que se mantiene siempre es la hostilidad fundamental a la democracia occidental, al capitalismo, al liberalismo, a la socialdemocracia y a todos los grupos y elementos que no estén completamente sometidos al Kremlin. Este propósito inmutable fue subrayado por Stalin en el discurso que pronunció en 1927 con ocasión del décimo aniversario de la

Revolución. La Unión Soviética —dijo— debía convertirse en el prototipo de amalgama futura de los trabajadores de todos los países en una sola economía mundial.

En 1927, igualmente, Stalin declaró a una delegación obrera americana: «En el curso del desarrollo futuro de la revolución internacional, se formarán dos centros mundiales: el centro socialista, que atraerá hacia él a todos los países que graviten en torno al socialismo, y el centro capitalista, que atraerá hacia él a todos los países que graviten en torno al capitalismo. La lucha librada entre estos dos centros por la conquista de la economía mundial decidirá la suerte del capitalismo y del socialismo en el mundo entero».

El telegrama concluía señalando que, pese al peligro que suponía la dictadura comunista, la URSS era más débil que Occidente y que, si mantenía su «cohesión, firmeza y vigor», sería capaz de influir en el comportamiento del Gobierno de Moscú. El documento afirmaba que la política soviética era una mezcla de celo ideológico comunista y de antiguo y tradicional expansionismo zarista. Posteriormente, Kennan profundizaría en sus teorías con un artículo bajo el seudónimo de «X» con el título de «Los orígenes del comportamiento soviético».

A pesar del gran temor occidental, no existe evidencia de que Stalin buscara un enfrentamiento final con las potencias occidentales ni de que contemplara seriamente un ataque preventivo, aunque Kruschchev posteriormente señalara que los dirigentes soviéticos sentían «que América invadiría la URSS; Stalin temía la guerra [y] conocía su debilidad^[31]». Mólotov afirmó que Stalin consideró esa opción: «La Primera Guerra Mundial liberó a Rusia de la esclavitud capitalista. La Segunda Guerra Mundial creó un sistema socialista y la tercera acabaría con el imperialismo para siempre^[32]». Sin duda, el endurecimiento de la posición de Stalin hacia Occidente a partir de 1946 era un producto directo tanto de su vulnerabilidad como de su fortaleza. Stalin conocía la superioridad angloamericana en el aire y en el mar y no

deseaba correr riesgos, pues sabía perfectamente que la victoria contra Alemania había sido un resultado muy ajustado. Aunque Truman y Stalin probablemente malinterpretaron las intenciones y la capacidad de sus adversarios en los primeros compases de la Guerra Fría, dejaron una enorme responsabilidad a sus sucesores cuando ambos abandonaron la escena política en 1953. La Guerra Fría no había hecho más que empezar.

Mólotov, principal responsable de la política exterior de la URSS durante el período, fue nombrado embajador en Mongolia tras la muerte de Stalin y en 1960 representante de la URSS en la Agencia para la Energía Atómica de la ONU. En junio de 1961 asistió, sin que nadie se fijara en él, al célebre encuentro que tuvo lugar en la capital austríaca entre el presidente norteamericano John F. Kennedy y Nikita Kruschev al frente de sus respectivas delegaciones. A pesar de que su mujer fue víctima de los arrestos de la represión de Stalin, Mólotov continuó siendo fiel a su patrón hasta el final: «A pesar de los errores de Stalin —afirmó— veo en él a un gran hombre, un hombre indispensable. ¡En su tiempo no había nadie igual!». Ya anciano, un día le preguntaron si soñaba con Stalin: «No muy a menudo —respondió—, pero a veces sí. Las circunstancias son muy extrañas. Me encuentro en una especie de ciudad destruida y no soy capaz de encontrar la salida. Entonces lo veo a ÉL^[33]».

Capítulo 10.

«Algunos más iguales que otros». Cultura y sociedad

Mandelstam siempre dijo que sabían bien lo que estaban haciendo. El objetivo no era tan solo destruir gente, sino también el intelecto.

Nadezhda Mandelstam

LA CULTURA

La Rusia imperial, a pesar de su atraso económico y político, había producido literatura, música, danza y teatro de gran calidad y se había desarrollado una fuerte tradición en arte y arquitectura. El nuevo régimen comunista tenía gran interés en la cultura. Tras los tumultuosos años revolucionarios, en los años veinte se dio paso a una auténtica revolución cultural. A pesar de que Lenin había declarado ser «un bárbaro que no aprecia el expresionismo, el futurismo, el cubismo y otros ismos», la literatura y las artes soviéticas se encontraban entre las más vanguardistas de Europa. Los historiadores debatían sobre los temas más variopintos mientras florecían diversas escuelas de novelistas, poetas y artistas. Surgió una nueva concepción de arte proletario, denominada *Proletkult*. Una nueva pléyade de artistas, escritores, directores de cine y científicos hizo de la década de los veinte una de las más brillantes de la historia de la cultura rusa. Se realizó un enorme esfuerzo por hacer llegar la cultura a las masas con programas para erradicar el analfabetismo y lograr la emancipación de la mujer, facultades para los trabajadores (*rabfaks*) y una reforma

del alfabeto cirílico, la cual simplificó la ortografía y facilitó enormemente la impresión de libros y periódicos. Sin embargo, al régimen no le gustó el carácter que adoptó el movimiento de democracia y autonomía, por lo que este decayó a partir de 1921^[1].

Durante esos años destacó el movimiento constructivista, que consideraba el arte unido al factor utilidad. El artista, como miembro del proyecto revolucionario, dedicaba su actividad a «construir» y proporcionar un orden en la naturaleza que hiciera posible la utopía socialista. En 1920 se publicó el Manifiesto Realista de Gabo y Pevsner, repartido por las calles como proclama del constructivismo. La arquitectura constructivista situó a Rusia en la línea de las vanguardias europeas. Uno de sus emblemas fue el pabellón ruso en la Exposición de las Artes Decorativas e Industriales de París de 1925, obra de Konstantin Melnikov. Dicho pabellón mostraba una estética racionalista al servicio de una idea: la revolución. Melnikov ponía el énfasis en la belleza propia de los materiales de la modernidad: el hierro y el cristal. La arquitectura constructivista se planteaba la satisfacción de las necesidades de una nueva sociedad colectivista y proletaria. La creación de nuevas tipologías de edificios y los planes urbanísticos constituyeron lo más sustancial de su programa. Por su parte, A. Rodchenko y V. Stepanova divulgaron el programa del grupo productivista, que suponía un replanteamiento de los objetivos de la práctica artística para derivar definitivamente hacia las necesidades del proletariado.

Un símbolo de este período utópico fue el diseño de Vladimir Tatlin, uno de los principales representantes del constructivismo, para el monumento a la Tercera Internacional, una combinación de «torre de Babel y de montaña rusa», el cual se suponía que iba a ser el doble de grande que el edificio del Empire State de Nueva York. Tatlin

mostró su convencimiento de que el artista debía trabajar para la sociedad antes que para sí mismo. Su proyecto de monumento era una torre de metal transparente en espiral que contenía tres bloques de cristal. Los grandes cuerpos geométricos que componían la obra albergarían en su interior algunas dependencias representativas del poder soviético y la torre serviría como plataforma para la transmisión radiofónica. Lo funcional, lo estético y lo ideológico se unían en una fantasía de modernidad. Otra muestra representativa del gusto artístico del régimen fue la enorme escultura de la artista expresionista rusa Vera Mújina, realizada para la Exposición Universal de París de 1937. La obra, *Obrero y koljosiana*, realizada en acero, estaba compuesta de dos impresionantes figuras, un hombre y una mujer que avanzan con los brazos en alto, el hombre con un martillo y la mujer con una hoz. Justo enfrente de la escultura soviética se colocó la escultura *Camaradería*, representativa del régimen nazi.

El constructivismo, que había contado con el apoyo de los principales participantes en la Revolución de Octubre, cayó en descrédito ante los ojos de Lenin y la NEP. Cuando la década de los años veinte llegó a su fin, la controvertida idea de Lenin de un «compromiso con el capitalismo» fue abandonada y Stalin comenzó a poner en práctica su drástica visión autoritaria del «socialismo en un solo país». El brillante renacer cultural sería reemplazado por el monocromático estilo de la década de los treinta. La ambición de Stalin no se limitaba a la economía y a la política; como otros comunistas, creía que la creación de una nueva sociedad era un proyecto mucho más ambicioso que precisaba de profundas transformaciones. El arte oficial derivaría hacia otra tendencia bien distinta, sustentada en el realismo figurativo y militante: el llamado «realismo socialista». La definición que hizo Stalin de esta nueva tendencia era sencilla: «[si un artista] describe

verazmente nuestra vida, [no puede hacer otra cosa que] describir en ella lo que conduce al socialismo. Exactamente esto será el arte socialista». El autor Máximo Gorki señaló que el realismo socialista debía ilustrar «el presente heroico» con optimismo y dignidad^[2].

El realismo socialista tenía tres premisas básicas: en primer lugar, tenía que ser atractivo para las masas y ser didáctico al mostrar «los acontecimientos reales en su contexto revolucionario»; en segundo lugar, no tenía que ser «demasiado abstracto», debía ser una «guía para actuar» y contar con un «tono de celebración»; por último, el realismo socialista debía estar orientado al Partido. En suma, se trataba de hacer un panegírico del futuro utópico y no de describir lo que era la realidad.

Lenin había declarado que «el objetivo del arte y de la literatura era servir al pueblo». Stalin estaba igualmente decidido a que la cultura desempeñase un papel social y político relevante. En la nueva URSS la cultura tenía el mismo objetivo que la política económica, era una expresión de los valores sociales y tenía que ser dirigida de la misma forma que la economía: tenía que producirse una revolución cultural para acompañar a los cambios políticos y económicos. En la práctica, esto se tradujo en que todas las manifestaciones culturales tenían que contar con el visto bueno de Stalin, por lo que el terror estalinista extendería sus tentáculos también al mundo de la cultura. Los artistas y escritores que no siguiesen las instrucciones estalinistas tenían las mismas posibilidades de ser purgados que los políticos y los industriales considerados peligrosos por el régimen. Entre los pintores más destacados del período estaban Ígor Grabar y Konstantin Iuon, que pintaban escenas revolucionarias^[3].

Aunque Stalin nunca hablaba públicamente de arte o de cultura, en 1932 declaró a un grupo de escritores que tenían

que ser «los ingenieros del alma humana»: «Ser ingeniero de almas quiere decir tener las plantas firmemente apoyadas en el suelo de la vida real. Y significa, a la vez, romper con el romanticismo a la antigua, con el romanticismo que representaba una vida inexistente y personajes inexistentes, que llevaban al lector a evadirse de las contradicciones y del dogal de la vida, lanzándolo a un mundo quimérico de utopía. [...] La literatura soviética debe saber representar a nuestros héroes, debe saber mirar hacia nuestro mañana. Y esto no es entregarse a la utopía, porque nuestro mañana se prepara desde hoy con un trabajo consciente y metódico. [...] La situación actual de la literatura burguesa es tal que no puede crear grandes obras, [...] las celebridades de la literatura burguesa, de esa literatura que ha vendido su pluma al capital, son hoy los ladrones, los soplones, los prostituidos, los bribones^[4]».

Expresaba así su creencia de que su misión era esencialmente social y no artística. Los creadores tenían que contribuir al gran esfuerzo colectivo de reconfigurar el pensamiento del pueblo soviético. Se trataba de un alejamiento notable de la larga tradición europea que había valorado siempre el derecho del artista a expresarse libremente. Los artistas serían tratados como si fuesen parte del sistema industrial, ya que su misión era crear un producto útil. El derecho a expresar sus tendencias artísticas tenía que ser subordinado a las necesidades políticas de la URSS; de lo contrario estarían incurriendo en un comportamiento burgués al anteponer sus necesidades a las del pueblo. Se trataba, según la versión oficial, de evitar la «imitación esclavizante de la cultura burguesa». El movimiento formalista, con su pretensión de que la forma era más importante que el contenido y su lema de que «el arte está siempre libre de vida», fue considerado como un desafío directo al marxismo y, por

ende, perseguido. Cualquier artista que se desviara del realismo socialista era acusado de ser formalista.

Por ello, cuando se formó la Unión de Escritores Soviéticos en 1934 se recalcó que su primer objetivo era convencer a todos los escritores de que debían plasmar el «realismo socialista» en sus obras, realismo que trataba de describir la utopía estalinista y no la cruda realidad subyacente de la vida en la URSS. Los escritores tenían que asegurarse de que el tema y la presentación de sus obras fueran aceptables para los cánones del Partido; para ello, los textos tenían que escribirse con un vocabulario que fuese fácilmente comprensible para los trabajadores, los personajes tenían que ser modelos socialistas o figuras claramente identificables como ejemplos de enemigos de clase y los mensajes tenían que estar claros y ser optimistas sobre el futuro socialista. «¡Qué triste es nuestra Rusia!», afirmó Puskhin al leer la novela de Gogol *Almas muertas*. Nadie podía volver a sentirse así tras leer una novela soviética. Estas reglas estrictas se aplicaban a la escritura en todas sus formas: novelas, obras de teatro, poemas y guiones de cine^[5]. Uno de los grandes héroes literarios del realismo socialista fue Nikolai Ostrovski, cuya novela *Así se templó el acero* fue un gran éxito de ventas^[6].

El momento culminante del realismo socialista fue el I Congreso de Escritores Soviéticos, que tuvo lugar en la Sala de las Columnas de Moscú en 1935. Para el congreso, el salón se decoró con inmensos retratos de Shakespeare, Cervantes, Puskhin y Tolstói. Una nutrida delegación de trabajadores y campesinos que portaban sus herramientas participaron para recordar a los delegados sus «responsabilidades sociales». Máximo Gorki pronunció un discurso ambiguo en el que subrayaba su simpatía hacia los talentos emergentes de Rusia que habían sido desvelados por la Revolución y criticó a los burócratas, a los que acusó de no saber lo que suponía ser un

escritor. Su crítica, sin embargo, iba más dirigida hacia la burocracia de la Unión de Escritores que a la administrativa del país.

El escritor y diplomático escocés Fitzroy Maclean declaró tras una visita a Rusia que existía una absoluta falta de «independencia de pensamiento» y una tendencia a repetir sin reflexión crítica lo que reproducían los diarios *Pravda* e *Izvestia*^[7]. Stalin formuló el eslogan «Nacional en la forma, socialista en el contenido» para definir la producción literaria admisible. En realidad, eso suponía que los miembros de las diferentes nacionalidades tan solo podían escribir en su idioma aquello que se decía sobre Stalin y Rusia en ruso. El origen social se convirtió en un verdadero estigma para aquellos escritores o artistas que no procedían de las clases trabajadoras.

Desde 1922 existía un organismo encargado de la censura. Se trataba de la Administración Principal para Asuntos Literarios y Editoriales (Glavlit), que elaboraba una lista de libros prohibidos. Un año más tarde se creó la Administración Principal para el Repertorio, la cual se dedicaba a la censura de obras de teatro. En 1936 los dos organismos pasaron a estar controlados por el Comité Central. La censura llegó a emplear a más de seis mil personas^[8]. El mismo Stalin censuraba personalmente libros.

En diciembre de 1955, la producción de *Hamlet* de Peter Brook fue la primera visita de una compañía de teatro inglesa desde la Revolución rusa. Aunque Shakespeare había sido ampliamente traducido y estudiado en profundidad, las obras del genial autor inglés no habían sido recibidas con agrado en la particular Dinamarca de Stalin. En 1956, Boris Pasternak le dijo a Isaiah Berlin que el actor Livanov tenía que haber interpretado y producido la adaptación que hizo Pasternak de *Hamlet*. En una recepción en el Kremlin, el actor le preguntó cándidamente a Stalin: «Iosif Vissariónovich, ¿cómo se debe

poner en escena *Hamlet*?». En un primer momento, Stalin le contestó que no era un experto en temas teatrales, para después sentenciar: «*Hamlet* es una obra decadente y no debería ser representada^[9]». Los ensayos fueron cancelados y no se representó *Hamlet* hasta la muerte de Stalin. Shostakóvich recordaría posteriormente: «El asunto es que *Hamlet* estaba prohibido por la censura [...] En general, nuestro teatro tenía problemas con Shakespeare, particularmente con *Hamlet* y con *Macbeth*. Stalin no podía soportar ninguna de esas dos obras». Irónicamente, Shostakóvich añadió: «Remordimientos de conciencia y todo eso. ¿Qué remordimientos de conciencia?»^[10].

Para los escritores no resultaba fácil seguir trabajando con esas restricciones, pero la conformidad era en muchos casos el precio para seguir viviendo. Otros, como Anna Ajmátova, se vieron obligados a cultivar lo que el novelista judío Isaak Bábel llamó «el género del silencio». Bábel era un conocido y admirado escritor de obras cortas, de entre las que destacan *Caballería roja*, de 1926, y *Cuentos de Odesa*, de 1927. Horrorizado por lo que sucedía en la URSS, escribió muy poco durante la década de 1930. A pesar de todo, fue arrestado en mayo de 1939 y no se le volvió a ver. Durante los años cuarenta a su mujer se le decía periódicamente: «se encuentra vivo, está bien y ahora está en los campos». En 1947 se le dijo que Isaak sería liberado en 1948. Hasta marzo de 1955 no se le dijo que su marido había fallecido «mientras cumplía su sentencia» el 17 de marzo de 1941. Incluso entonces, los datos eran erróneos: según la ficha del KGB, fue fusilado el 27 de enero de 1940^[11].

La poetisa Sophia Parnok publicó una colección de poemas con un título que reflejaba la represión oficial: *A media voz*. El enemigo del arte colectivista era el individualismo artístico. Antes de fallecer, Máximo Gorki fue la principal voz entre los

escritores rusos; alabó el plan quinquenal, señalando que por encima del logro industrial, era algo «del más alto valor espiritual». Su novela *La madre* está considerada como la pionera del realismo socialista. Fue escrita en Estados Unidos mientras Gorki realizaba una campaña para recaudar fondos para los bolcheviques. Amigo personal de Lenin, estuvo a favor de la Revolución de 1917 y posteriormente fundó el periódico *Novaya Zhizn* (Nueva Vida). Abandonó Rusia como medida de protesta por el trato que estaban recibiendo los intelectuales, aunque Stalin consiguió hacer que regresara. A pesar de todo, el líder de la URSS nunca se fio del todo de él, por lo que le retiraron el pasaporte y la policía secreta le vigiló hasta su muerte, en 1936. Su fallecimiento dio lugar a todo tipo de rumores, desde que había sido ejecutado por órdenes de Yagoda hasta que Stalin había ordenado su envenenamiento. Sin embargo, su ficha en el KGB deja claro que Stalin apreciaba a Gorki y que le visitó dos veces durante la enfermedad que le costaría la vida: el escritor falleció de muerte natural. Su defunción dio a Stalin la oportunidad de transformarlo en una figura emblemática del arte oficial en la URSS.

Antes de morir, Gorki envió un mensaje a su amigo, el escritor francés comunista Louis Aragon, en el que le pedía que acudiese a Moscú, pues tenía algo importante que decirle. Aragon llegó a Moscú el 15 de junio de 1936, pero ya no pudo ver a su amigo en los últimos tres días de su vida. Lo que Gorki quería decirle o entregarle puede deducirse de un diario secreto que encontró un grupo de escritores en sus archivos literarios tras su muerte. En él, Gorki comenzaba señalando que si una miserable pulga pudiese magnificarse mil veces, la criatura resultante sería la bestia más horrible fuera de todo control humano. A veces, la historia producía ese tipo de pulga: Stalin era una de ellas, una pulga magnificada hasta proporciones increíbles por la propaganda del Partido y el

miedo hipnótico. El NKVD pronto se hizo con el documento. Aquellos que estaban presentes tuvieron que jurar que no revelarían lo que habían leído. El jefe del NKVD, tras leer la historia de la pulga que se convertía en un monstruo incontrolable, señaló, en referencia a Gorki: «No importa lo bien que alimentes al lobo, este seguirá regresando al bosque^[12]».

Otros escritores no estuvieron dispuestos a vender su alma. Boris Pasternak, posteriormente conocido por su obra *Doctor Zhivago*, que fue prohibida en Rusia, se limitó durante mucho tiempo a traducir obras al ruso. Pasternak llegó a afirmar: «La literatura ha muerto^[13]». El escritor se salvó porque Stalin dijo de él: «Dejadlo en paz. ¡Si está en las nubes!». El escritor Vladimir Nabokov fue uno de los que abandonaron la URSS. Los libros considerados contrarios al espíritu soviético fueron puestos en una lista negra que controlaba el NKVD. Muchos fueron destruidos. Así, entre 1938 y 1939, 16 453 títulos fueron retirados de la circulación y más de veinticuatro millones de copias fueron destruidas. El único escritor soviético que publicó abiertamente obras contrarias a Stalin fue el poeta Naum Mandel, que salvó la vida porque las autoridades consideraron que estaba desequilibrado^[14].

Los inconformistas fueron arrestados y acabaron por perder su prestigio y, en numerosos casos, sus vidas. Solzhenitsyn tuvo que soportar largos años en el Gulag por no conseguir superar la censura de Stalin. En tales circunstancias, se dieron numerosos casos de suicidio, entre los que destacó el del máximo exponente del futurismo, Mayakovski, quien antes de suicidarse escribió: «En serio, no hay nada que hacer. Adiós^[15]». En uno de sus poemas, uno de los protagonistas iba al peluquero. Cuando le preguntaban qué deseaba, simplemente respondía: «Por favor, córteme las orejas^[16]».

En 1934, el poeta Osip Mandelstam fue denunciado tras

una reunión de escritores en la que recitó un poema en el que se reía de Stalin:

Vivimos sin sentir la tierra que pisamos;
nuestra voz se pierde a los diez pasos
y cuando medio abrimos nuestras bocas,
el Kremlin litícola obstruye el camino.
Rechonchos dedos, grasientos como gusanos,
palabras contundentes como pesos de veinte kilos,
con su brillante piel de reluciente cuero
y sus bufones ojos grandes de cucaracha.
Lo rodea una cuadrilla de mandamases de cuellos escuálidos,
y con esos semihumanos juega.
Ellos silban, maúllan y farfullan,
mientras él da zarpazos y ladridos
propinando decretos como coces:
uno en el ojo, otro en la cara, la ceja o la ingle.
Los crímenes aumentan su apetito de hampón
y el ancho peso del osetio.

En el poema, Mandelstam se hacía eco de los rumores (no probados) que apuntaban a que Stalin no era, en realidad, georgiano sino osetio. Entre la audiencia privada a la que Mandelstam leyó el poema había un informante y el poeta fue arrestado. Stalin, tras enterarse, declaró que Mandelstam debía ser «aislado pero conservado». En 1938 volvieron a acusarlo, si bien en esa ocasión recibieron la orden de «aislarlo», pero sin la necesidad de «conservarlo». En su celda escribió: «¿Soy real? ¿Y llegará mi muerte?». Para intentar congraciarse posteriormente escribiría una «Oda a Stalin». En diciembre de 1938, Mandelstam falleció, paranoico en un campo. Su cuerpo fue arrojado a una fosa común. Su mujer, Nadezhda, tan solo tuvo conocimiento de su muerte el 5 de febrero de 1939, cuando un envío de dinero que le había remitido le fue devuelto «por defunción del destinatario». «¿Quién ha ordenado el arresto de Mandelstam? ¡Qué vergüenza!», afirmó Stalin con su característico cinismo^[17].

Otras figuras de la literatura no sobrevivieron tampoco al régimen estalinista: Marina Tsvetáyeva se suicidó, un

desesperado Mijaíl Bulgákov murió de nefritis fuera de la prisión y Anna Ajmátova y Pasternak se convirtieron en muertos vivientes que no sabían por qué les habían perdonado la vida. La obra de Mijaíl Bulgákov *El maestro y Margarita*, con su fantasmagórica descripción de los burócratas y desalmados de Moscú, permaneció en su escritorio; Bulgákov había enviado un escrito al Gobierno soviético en el que condenaba la represión cultural y a los «ilotas, panegiristas y lacayos asustados» que halagaban el gusto artístico soviético^[18]. Por motivos desconocidos, Stalin permitió a Bulgákov que sobreviviera. En 1939, finalizó una obra sobre Stalin que este rechazó por considerarla una crónica embellecida de su adolescencia revolucionaria. Bulgákov decayó físicamente y falleció en marzo de 1940.

El director teatral Meyerhold fue torturado: «Los interrogadores empezaron a utilizar la fuerza conmigo, un pobre hombre enfermo de sesenta y cinco años. Me obligaron a tumbarme boca abajo y luego me pegaron en la planta de los pies y en la columna vertebral con una correa de goma. Me sentaron en una silla y me pegaron en la parte superior de los pies... Durante los siguientes días, en los que aquellas partes de mi cuerpo se cubrieron de grandes hemorragias internas, volvieron a pegarme sobre aquel montón de contusiones rojas, azules y amarillas y el dolor se hizo tan intenso que parecía que estuvieran echándome agua hirviendo... Gritaba y lloraba de dolor. [...] Aquel irresistible dolor emocional y físico me hizo verter infinitas lágrimas^[19]».

Stalin prestaba una atención especial a las nuevas obras. Una palabra suya de disgusto era suficiente para expulsar a un escritor de la URSS o encarcelarlo. Lo más trágico fue que muchas figuras de segundo orden estaban dispuestas a denunciar a los más brillantes para conseguir avanzar en sus carreras. Era algo que no se limitó a la política y a la burocracia.

Por fortuna, el inicio de la guerra con Alemania dio un respiro a los escritores acusados, pues fueron reclutados para escribir historias heroicas sobre el pueblo ruso. Un historiador considera que los literatos soviéticos más conocidos del período y su actitud frente al NKVD «le recuerdan a uno a los Eloi de *La máquina del tiempo*, la novela de H. G. Wells, que se pasaban el día retozando en el césped y las noches durmiendo apiñados y asustados, pues era cuando de los subterráneos asomaban los Morlocks, innombrables y siniestros, “arañas humanas” que los raptaban y devoraban^[20]».

Un ejemplo claro de esto fue la actitud de Máximo Gorki a principios de la década de 1930. Gorki encabezó un grupo de ciento veinte escritores soviéticos en una expedición por el flamante canal del mar Blanco, orgullo del régimen y que había costado la vida a miles de trabajadores que murieron en condiciones espantosas (aunque según el régimen, algunos de ellos mostraron su satisfacción por haberse convertido en «ciudadanos decentes»). Incluso para los niveles del realismo socialista, el libro que surgió de ese viaje, *El canal bautizado en honor de Stalin*, fue un testimonio claro de la corrupción de los escritores y de los intelectuales con el régimen. El libro intentaba plasmar la transformación de los prisioneros forzados a construir el canal en modelos del nuevo *Homo sovieticus*. El prólogo y el epílogo eran de Gorki, pero la responsabilidad del libro se atribuyó a treinta y seis escritores. En la obra no se mencionaba la muerte de un solo trabajador. Gorki incluso visitó los campos de concentración que habían suministrado la mano de obra. El campo de Solovki fue debidamente acondicionado para la «inspección» de Gorki y este afirmó que el campo era un éxito: «Si las llamadas sociedades cultas europeas se atreviesen a realizar un experimento como esta colonia, y el experimento diese los frutos que ha dado el nuestro, ese país estaría presumiendo de

sus logros». El invierno que siguió a la visita de Gorki fue devastador para Solovki. Además de los miles que habían fallecido en la construcción del campo, otros veinte mil murieron como consecuencia del frío y de una epidemia de tifus que se desató debido a las condiciones higiénicas^[21].

Otro ejemplo típico de la novela estalinista fue *Lejos de Moscú*, del escritor Vasili Azhaev. Este había comenzado su carrera literaria como trabajador en un campo del Gulag, tras ser detenido poco después del asesinato de Kírov. En la novela, Azhaev describía la construcción de un oleoducto en Siberia por parte de unos valientes obreros soviéticos que trabajaban más rápido de lo que exigía el plan, sin describir las penurias y miserias de la vida en el Gulag. Al final, la naturaleza es sometida y esa región es rescatada para la civilización soviética. La novela fue considerada modélica por el régimen y Azhaev recibió el Premio Stalin. Otro obrero que alcanzó la fama fue el mencionado anteriormente Nikolai Ostrovski con su obra *Así se templó el acero*; este literato había luchado en la Guerra Civil y ayudó en la reconstrucción industrial, experiencia que reflejó en la obra^[22].

Durante la década de 1920, habían aparecido bastantes novelas que versaban sobre los campesinos, las tradiciones rusas, la espiritualidad y los sentimientos individuales que habían ofrecido consuelo y entretenimiento a aquellos ciudadanos que no estaban convencidos del marxismo-leninismo. Salvo algunas excepciones, como la obra de Mijaíl Shólojov *El Don apacible*, en la que se describía la vida de los cosacos, esa tendencia fue erradicada.

En pleno avance alemán, Stalin abandonó las referencias a los héroes socialistas y pronunció un discurso a la nación sobre las figuras del pasado ruso: «Que os inspiren en esta guerra las heroicas figuras de nuestros grandes ancestros, Alexander Nevsky [quien había derrotado a los caballeros teutones],

Dmitri Donskoi [que había derrotado a los tártaros], Minin y Pozharsky, Alexander Suvorov [que había obtenido una victoria contra los turcos], Mijaíl Kutúzov [el salvador de Rusia en la guerra contra Napoleón]...». También se hicieron comunes las referencias a Iván el Terrible y se relajaron los controles culturales para que los escritores inspirasen la lucha contra Hitler^[23]. Se publicaron miles de ejemplares de la obra de Tolstói *Guerra y paz* en ediciones baratas, para recordar al pueblo su antigua victoria. Era preciso responsabilizar a alguien de lo sucedido durante 1941; para ello, el escritor Alexander Korneichuk, en su novela *El frente*, culpaba a la vieja generación de líderes militares. La ira de Stalin cayó sobre el escritor Mijaíl Zoshchenko, cuya obra *Antes del amanecer* fue juzgada como pesimista y poco patriótica.

El cambio repentino que se produjo con la guerra fue visible en lo que le sucedió a Ilyá Ehrenburg. En abril de 1941, Stalin llamó al escritor que había publicado una novela radicalmente antinazi, *La caída de París*, inspirada en la ocupación alemana de Francia. Stalin, que en el momento de su publicación no deseaba enemistarse con Alemania, censuró amplias partes de la misma. Sin embargo, en 1941 le ordenó a Ehrenburg que comenzase a vender el libro de forma agresiva. Ehrenburg se convirtió en el principal propagandista del esfuerzo de guerra soviético^[24].

La concepción tecnicista de los medios de producción fue desarrollada por pensadores utopistas como Alexander Bogdanov. En 1908 publicó una primera obra sobre una sociedad utópica, *La estrella roja*, seguida de otra en 1913, *El ingeniero Menny*. En la primera abordaba el papel de la automatización en las formas del trabajo humano y en la segunda hablaba de un «imperialismo de las máquinas». Bogdanov se convirtió en una figura ilustre del *Proletkult* y defensor de la «cultura proletaria». Los problemas de

organización, por los que sentía una atracción especial, le llevaron a elaborar un tratado de «tectología», o «ciencia universal de la organización». Bogdanov justificaba la necesidad de una ciencia que impusiera «la tarea de la organización en todas las direcciones, íntegramente». La tectología, sin embargo, insistía Bogdanov, no era un «asunto de filósofos-especialistas^[25]».

La Unión de Escritores estableció el nivel para otras organizaciones en el mundo cultural. La pintura y la escultura, las películas, la ópera y el *ballet* tenían que responder a la exigencia estalinista de realismo social. Las obras de la Unión de Escritores que exaltaban a los trabajadores dieron paso al llamado «culto al hombre de la calle» en novelas en las que se narraban las gestas de los trabajadores de ciudades como Magnitogorsk. Las tendencias abstractas y experimentales fueron rechazadas, pues rompían la norma de que las obras tenían que ser sencillas y comprensibles para el gran público. En el período entre 1937 y 1938, fueron prohibidas sesenta obras de teatro y se cerraron diez teatros en Moscú y otros tantos en Leningrado.

En el campo de la lingüística, Stalin escribió en 1950 *El marxismo y problemas de lingüística*. En esta obra atacaba los principios del destacado lingüista soviético Nikolai Marr, que en 1920 había concebido el principio marxista de que las lenguas evolucionaban a través de las líneas específicas de clase en relación con los cambiantes modos de producción. Las ideas de Marr dominaron la lingüística soviética desde su muerte, acaecida en 1934. Sin embargo, hacia finales de la década de los cuarenta, esas nociones iban en contra del renovado interés de Stalin por la importancia de las tradiciones nacionales. Rechazaba por ello la proposición de que la lengua rusa moderna era un fenómeno burgués forjado bajo el capitalismo. Sus raíces, apuntaba Stalin, se perdían en el

tiempo, prueba de su resistencia. Pese a todas las invasiones que había sufrido el país, el ruso se conservó durante siglos y emergió «victorioso de los intentos de erradicarlo».

En este sentido, la fascinación que Stalin sentía por la «cuestión rusa» no era excluyente de su preocupación genuina por el comunismo y la política mundial. Stalin llegó a afirmar que las lenguas nacionales desaparecerían con el tiempo, una vez que el socialismo se extendiera por el mundo. En ese momento, surgiría una sola lengua para toda la humanidad que se formaría a partir de lenguas «regionales» surgidas a su vez de las nacionales. La idea, muy extendida, de que la ideología de Stalin se había convertido en un nacionalismo duro no puede ser corroborada. Ya no propugnaba la causa del esperanto. Su empeño en exagerar las virtudes de Rusia no puso fin a su creencia marxista de que la última fase de la historia sería una sociedad mundial posnacional.

Cuando leyó la obra *Tras las huellas de las culturas antiguas*, de V. V. Piotrovsky, se encontró con la palabra «rusa» en una sección dedicada a los asirios. Stalin se interesó por ese párrafo, que pensó que tendría relación con los orígenes de Rusia. Mostraba una auténtica obsesión con todo lo relacionado con su país. Sin embargo, cuando Piotrovsky declaraba en la obra que era el pionero de la historiografía de la cultura, Stalin apuntó en el margen: «¡Ja, ja!»^[26].

Una de las víctimas de la nueva política cultural fue el director Meyerhold, cuyo concepto de «arte total» tuvo una gran influencia en el teatro europeo. Se trataba de acercar el teatro al público a través de innovadoras técnicas sonoras y escenográficas. Sin embargo, sus constantes referencias a la libertad artística («El teatro es una criatura viviente. Tenemos que tener libertad, sí, libertad») hicieron que fuese arrestado en 1938. Tras dos años de cárcel, donde se le torturó repetidamente, fue fusilado. En realidad, el realismo estalinista

en el arte no representaba la realidad, sino la utopía. La URSS de Stalin, la Alemania nazi y la Italia fascista compartían una preocupación común por la movilización de masas y el rechazo de lo que consideraban la «cultura burguesa» contemporánea.

Los escritores, artistas y expertos que fueron asesinados en el Gran Terror incluyeron al filósofo Jan Sten, que había dado clases a Stalin; Leopold Averback; Iván Katayev; Vladimir Kirshans; Iván Mijailovich Bepalov; Vsevold Meyerhold; Benedikt Livshits, el historiador del futurismo, y el príncipe Dmitri Sviatopolk-Mirsky. El número estimado de escritores que murieron durante el terror varía entre seiscientos y mil quinientos. Incluso la cifra más pequeña era un tercio de los miembros de la Unión de Escritores^[27]. Desde la Revolución rusa, los escritores que vivían en el exilio sobrevivieron hasta una edad media de setenta y dos años, mientras que aquellos que permanecieron o regresaron a la URSS vivieron un promedio de cuarenta y cinco años.

El escritor Vasili Grossman consiguió sobrevivir a la guerra y al período estalinista. Cuando falleció Stalin, pensó que había llegado la hora de contar toda la verdad. Sin embargo, su obra maestra, *Vida y destino*, con el paralelismo implícito entre los horrores del nazismo y del estalinismo, constituía una realidad que atentaba contra los mitos que se habían forjado sobre la guerra e iba más allá de lo tolerado por la «desestalinización». Grossman completó el manuscrito en 1960, pero el KGB saqueó el apartamento del escritor. El manuscrito fue a parar a Mijaíl Súslov, ideólogo del Partido Comunista y jefe de la Sección Cultural del Comité Central. El rotundo veredicto fue que la obra no se podría publicar en «doscientos o trescientos» años. Grossman falleció en la penuria más absoluta en 1964, creyendo que su obra había sido suprimida para siempre. Sin embargo, antes de morir,

consiguió entregar una copia del manuscrito a un amigo, que la dejó en su dacha. Al parecer, el manuscrito de *Vida y destino* sería encontrado por el físico disidente Andréi Sájarov. El novelista Vladimir Voinovich llevó el microfilme con el manuscrito a Suiza. *Vida y destino* fue rápidamente publicada con enorme éxito, excepto en Rusia, donde hubo que esperar a la caída de la URSS^[28].

En 1938, el joven escritor ruso Iván Vasilievich Okunev consiguió enviar un relato de sus experiencias en Kolymá a la Unión de Escritores en Moscú. Su relato fue interceptado por la KGB y permaneció custodiado en sus archivos hasta principios de la década de los noventa. Okunev había sido arrestado porque había dejado que caducase su pasaporte interno. Por ese motivo insignificante, fue enviado a una mina en Siberia. Sometido a un duro trabajo, sus ropas se convirtieron en harapos. Cuando Okunev y otros prisioneros se quejaron del estado de estas y otros dos presos afirmaron que necesitaban guantes, la respuesta de las autoridades del campo fue enviarles a la celda de castigo, donde les empaparon de agua. En pleno mes de diciembre el frío era tan intenso que pronto los cuatro hombres se convirtieron en un bloque de hielo compacto. Tuvieron que separarles con un hacha, pero dado que no podían caminar (sus ropas se habían congelado completamente), fueron empujados a patadas hasta su campamento. Al día siguiente, Okunev se despertó con una neumonía de la que tardó un mes en recuperarse. Dos de los otros prisioneros murieron como consecuencia de la congelación. Okunev tuvo la suerte de vivir para contarlos^[29].

La brutalidad del régimen quedó plasmada en la magna obra de Solzhenitsyn *Archipiélago Gulag*, finalizada en 1969, pero que no se publicó enteramente en Occidente hasta 1975. El autor había sido arrestado porque la policía había interceptado su correspondencia, donde se refería a Stalin

como «el hombre del bigote». También se le encontró material «subversivo», como fotos de Trotski y de Nicolás II. Fue condenado y enviado a diversos campos. En su obra *Un día en la vida de Iván Denísovich* relataba la vida cotidiana en un campo de concentración durante cuarenta y ocho horas. Lo más sorprendente de su relato es que los internos veían las condiciones del campo como algo normal. En los tres volúmenes de *Archipiélago Gulag*, Solzhenitsyn describía con detalle todos los pormenores del sistema represivo estalinista, desde los arrestos hasta los campos, pasando por el transporte y los mapas de los diversos campos. Sus obras son un relato del horror, pero también un canto al espíritu humano, capaz de sobrevivir en las condiciones más duras^[30].

Varios escritores describieron las utopías «totalitarias» en novelas pesimistas, como la obra de Zamyatin, *Nosotros*, o *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, *El cero y el infinito*, de Arthur Koestler, *El aeródromo*, de Rex Warner, o *1984*, de Orwell. En 1948 Orwell pone el punto final de esta novela cuyo título invierte las dos últimas cifras del año en que la redactó y que se publicaría en 1949. Presentaba un distopía futura en la que una dictadura totalitaria interfería tan brutalmente en la vida privada de los ciudadanos que resultaba imposible escapar a su control. La odisea del ciudadano Winston Smith, en un Londres dominado por el todopoderoso Gran Hermano y el partido único, se puede interpretar como una crítica de toda dictadura, aunque las analogías con el comunismo de la época estalinista resultan evidentes. «Si quieres una imagen del futuro —le decían en la obra a Smith mientras sufría una sesión de tortura—, imagínate una bota aplastando un rostro humano, para siempre^[31]». El momento de su publicación fue muy oportuno, pues coincidió con el inicio del bloqueo de Berlín.

Su obra más lograda no obstante fue, probablemente,

Rebelión en la granja, una fábula llena de amarga ironía sobre la URSS de Stalin y la corrupción del idealismo por el poder. La obra trata de una revolución que fracasa y pierde toda su inocencia. Los animales de la granja del señor Jones son incitados a la rebelión por el cerdo Mayor. Toman el control de la granja y expulsan a los humanos. Al principio la granja prospera; sin embargo, con el paso del tiempo, los cerdos, que se habían autoerigido como líderes por ser más inteligentes, empiezan a abusar de su poder. Paulatinamente, los cerdos acaban adoptando todos los defectos del hombre por los cuales en su día iniciaron la revolución. Los principios de la revolución aparecen un día corregidos: «Todos los animales son iguales, pero algunos más iguales que otros».

La comparación con la Rusia soviética era evidente y no resulta difícil encontrar el correlato histórico a los personajes. Orwell tuvo la idea de escribir la obra mientras luchaba en la Guerra Civil española, y nunca ocultó el hecho de que era una sátira contra Stalin y sus *apparátchiks*. Dadas las buenas relaciones existentes entre Estados Unidos y sus aliados con la URSS cuando la obra fue finalizada, Orwell tuvo grandes dificultades para conseguir publicarla. En la introducción, Orwell criticaba sin ambages las causas de su situación: «La gran mayoría de los intelectuales británicos había estimulado una lealtad de tipo nacionalista hacia la Unión Soviética y, llevados por su devoción hacia ella, sentían que sembrar la duda sobre la sabiduría de Stalin era casi una blasfemia^[32]». Finalmente, cuando las relaciones entre los antiguos aliados se enfriaron, Orwell pudo ver publicada su obra.

Los historiadores también fueron objeto de vigilancia por parte del régimen. Konstantin Shteppa, profesor de historia antigua, perdió el favor del régimen por describir a Juana de Arco como una mujer desequilibrada: esta había sido ignorada y despreciada por la historiografía soviética hasta la mitad de la

década de los treinta, pero con la llegada al poder del Frente Popular en Francia se la comenzó a describir como una heroína del movimiento de resistencia nacional. Después, al tratar la demonología china, Shteppa destacó que la gente del campo siempre estaba más atrasada, con la mala suerte de compartir así una opinión defendida por Trotski. Finalmente, al tratar el movimiento donatista en el norte de África durante el Imperio romano, había demostrado que era, en parte, una rebelión nacional y campesina, por lo que Shteppa se convirtió en un «nacionalista burgués». Hacia 1937, sus amigos y sus colegas comenzaron a ser arrestados en masa: «Lo sentí mucho por mis amigos, pero no solo estaba triste por ellos. También sentía miedo de ellos. Después de todo, podían decir cosas sobre conversaciones que habíamos tenido, en las cuales no siempre habíamos expresado la visión ortodoxa. No había habido nada criminal en esas conversaciones, no expresaban ataques contra el poder soviético. Sin embargo, las críticas triviales y las expresiones de resentimiento y desilusión que sucedían en cada conversación obligaban a cada ciudadano soviético a sentirse culpable^[33]».

El cine había sido descrito por Lenin como el «arte más importante», al reconocer su potencial como forma de adoctrinar y educar a las masas. Para controlar al «Hollywood soviético» se creó la Junta Estatal del Cine, que, presidida por Boris Shumiatski, examinaba todos los guiones para cerciorarse de su corrección política. Uno de los más brillantes directores soviéticos fue Sergei Eisenstein, cuyas obras *La huelga*, *El acorazado Potemkin*, *Alexander Nevsky* e *Iván el Terrible* se han convertido en obras maestras del cine clásico. La obra de Eisenstein respondía al nuevo programa ideológico: puesto que el pueblo era el agente de la historia contemporánea, también tenía que ser el actor-protagonista de la película. En *El acorazado Potemkin*, uno de los más

poderosos emblemas culturales del siglo xx, la sobriedad del relato y la impecable técnica fotográfica hacen recaer sobre el montaje el mérito de haber creado un tiempo especial en algunas escenas, como la famosa matanza de la escalera. Eisenstein hacía uso de las masas como protagonistas del drama y simbolizaba, por una parte, el más crudo realismo documental, y por otra, un denso expresionismo abstracto.

Stalin consideraba a Eisenstein «un trotskista, si no algo peor». En una ocasión, Stalin visitó al director durante la filmación de la película *Iván el Terrible*. Para el líder de la URSS, Eisenstein no estaba captando el hecho de que el terror del zar contra la aristocracia estaba justificado, por lo que presionó a Eisenstein para que «mostrase por qué era necesario ser brutal». Los profundos problemas morales que implica el ejercicio despótico del poder personal de Iván el Terrible provocaron el recelo de Stalin ante la cinta y la prohibición de su segunda parte, *La conjura de los boyardos*.

En febrero de 1947, Eisenstein y Nikolai Cherkasov, el actor que interpretaba al zar, fueron recibidos en el Kremlin por Stalin, Mólotov y Zhdánov. Desconocida en Occidente durante cuarenta años, la conversación que mantuvieron fue muy representativa de la mentalidad estalinista. Eisenstein, valiente pero inocente al mismo tiempo, rompió la regla de no responder nunca a una pregunta retórica de Stalin.

Stalin: ¿Ha estudiado historia?

Eisenstein: Más o menos.

Stalin: ¿Más o menos? Yo también tengo algunos conocimientos de historia. Su descripción de la *oprichnina* es equivocada. La *oprichnina* fue el Ejército Real. A diferencia de un ejército feudal era [...] un ejército progresista. Usted hace que la *oprichnina* se parezca al Ku-Klux-Klan.

[...]

Stalin: Su zar se ha vuelto indeciso, como Hamlet. Todo el mundo le dice lo que debe hacer, no toma decisiones propias. El zar Iván fue un gobernante grande y sabio.

Zhdánov: El Iván el Terrible de Eisenstein parece un neurasténico.

Mólotov: Se hace demasiado hincapié en la psicología.

Stalin: Iván el Terrible fue muy cruel... Tiene que mostrar por qué tenía que ser cruel^[34].

El intimidado director, que sufría del corazón, pidió posteriormente más detalles sobre cómo continuar su obra, pero Stalin solo le respondió: «No le voy a dar instrucciones, solo voy a expresar los comentarios de un espectador». Eisenstein se quedó muy impresionado por la conversación y murió unos meses después^[35]. Prueba de la fuerza de la filmografía de Eisenstein ha sido la prohibición de su obra en países cuyos regímenes políticos consideraban que la visión de esas muestras épicas podría generar actitudes revolucionarias.

Otros directores destacados fueron Vsevolod Pudovkin y Dziga Vertov. Pudovkin no solo realizó grandes películas como *La madre*, adaptación de la obra de Gorki, o la película anticolonialista *Tempestad sobre Asia y La Tierra*, un canto de amor hacia el paisaje, las flores y las gentes de Ucrania, con el trasfondo político de la colectivización agraria. También escribió libros sobre técnicas de dirección, mientras que Vertov se hizo famoso por sus noticiarios *Kino-Pravda*, que promovían el realismo socialista. Los argumentos de las películas tenían que ser comprensibles para audiencias con poca cultura y tenían que ser aprobados por el Partido. Películas con guiones complejos sobre la vida social como *Dos madres*, sobre los problemas de la adopción, o *Cinco esposas*, sobre la violación en el seno de la familia, fueron prohibidas por ser «antiproletarias». Para asegurarse de que las películas tuvieran un gran impacto, eran proyectadas periódicamente en los pueblos y en trenes especialmente adaptados que viajaban por el interior de la URSS. Las películas extranjeras desaparecieron casi por completo. Así, en 1927 se proyectaban cada semana once películas soviéticas y veinte extranjeras, diez

años más tarde tan solo se proyectaban once soviéticas^[36].

La música, al ser una forma abstracta de arte, resultó más complicada de ser restringida a las nuevas normas del realismo socialista. Sin embargo, a Stalin le apasionaba este arte, como le comentó al presidente Truman: «La música es algo excelente, pues reduce a la bestia en el interior de los hombres». Stalin se consideraba un experto en la materia: señaló que era capaz de reconocer la música socialista cuando la escuchaba y que sabía la clase de música que inspiraba al pueblo. Quería melodías que se pudieran silbar y compositores que simpatizaran con el marxismo. Según Andrei Zhdánov, la «música incomprendible para el pueblo no es necesaria para el pueblo^[37]». El *jazz* fue condenado como decadente^[38]. A Stalin le gustaban especialmente los clásicos rusos de antes de la Revolución, especialmente Chaikovski. El *ballet* y los conciertos sinfónicos se convirtieron rápidamente en el entretenimiento preferido de la élite del Partido. El compositor Alexander Mossolov destacó por su sinfonía *La fundición de hierro*, en la que, de forma vanguardista, incluía sonidos industriales. La sinfonía fue descrita por Mossolov como «música socialista realista». Stalin disfrutaba especialmente de la ópera *Iván Susanin*, en particular de una escena en la que los polacos son llevados a un bosque en invierno donde mueren congelados. Desde el Gobierno se dio un impulso a la música folclórica y se fundó la Orquesta Folclórica Estatal, mientras proliferaban los coros y los grupos folclóricos locales.

Stalin chocó con el compositor Shostakóvich, cuya ópera *Lady Macbeth de Mzensk* fue censurada por ser «burguesa y formalista». Stalin salió del auditorio donde se representaba por haber percibido, según comentó, «notas discordantes». Al parecer, el verdadero motivo fue la utilización de trombones para expresar lo que sucedía en la escena de alcoba. También fue prohibida su cuarta sinfonía. Sin embargo, la guerra le dio

la oportunidad de expresar su enorme patriotismo. Para mantener la moral de la población de Leningrado se había dado la orden de seguir con los conciertos y las obras de teatro. El compositor escribió su séptima sinfonía, que posteriormente sería conocida como *Leningrado*. Shostakóvich dedicó a «la ciudad de Leningrado» la obra, que se convirtió en un símbolo artístico del valor soviético frente a la violencia alemana. A través un medio intangible como era la séptima sinfonía, el heroísmo y la tragedia de Leningrado se transmitieron a un público más amplio. Tras la guerra, su prestigio internacional le protegió de acabar sus días en el Gulag.

A pesar de todas las restricciones, la más productiva de las artes fue la música. Los compositores tuvieron mayores posibilidades de trabajar bajo las condiciones de la URSS que en la Alemania nazi. La producción de Prokofiev, Khatchaturian, Kabalevsky y Shostakóvich fue realmente impresionante. Una de las manifestaciones culturales más conocida de la URSS fue el *ballet*. La fama mundial de la compañía de *ballet* del Bolshói y la de Leningrado, posteriormente llamada Kírov en homenaje al líder asesinado, unida a bailarinas como Anna Pavlova y Galina Ulanova, continuó durante todo el período soviético. Stalin prefería *El lago de los cisnes* de Chaikovski a las nuevas piezas musicales y las nuevas coreografías.

En 1935, Nikolai Bujarin había señalado: «Stalin, el arquitecto del mundo [inspiró un plan que era] casi un cuento de hadas, casi mágico [para hacer de Moscú] una nueva Meca a la que acudirán luchadores por la felicidad de la humanidad desde todos los confines de la tierra^[39]». En arquitectura se adoptó el llamado «barroco estalinista», también conocido como «barroco de masas o del pueblo». Numerosos edificios públicos fueron construidos en ese estilo, que hacía uso de las

líneas clásicas y cuyos ejemplos más destacados son la Universidad de Moscú y el Hotel Ucrania.

La competencia para el diseño del Palacio de los Sóviets fue un momento destacado del arte durante el estalinismo. El palacio iba a ser el símbolo del nuevo sistema, la sede del Gobierno soviético. Tenía que ser construido al oeste del Kremlin, en el lugar donde había estado la gigantesca catedral de Cristo Salvador (dinamitada en diciembre de 1931 y reconstruida en la década de 1990). Finalmente, se adoptó el proyecto del arquitecto suizo Le Corbusier, quien se sentía atraído por el experimento socialista. Se trataba de un gigantesco edificio de seis torres estratificadas. En la parte superior se alzaría una estatua de Lenin de cien metros (mayor que la estatua de la Libertad). Stalin había insistido en que tenía que ser «un poco más alto» que el famoso edificio Empire State. Su base consumió el 16% del cemento que se producía anualmente en la URSS. Su principal anfiteatro tendría que tener capacidad para veintiuna mil personas.

Sin embargo, el suelo demostró no ser capaz de soportar esa estructura y no hubo forma de detener las filtraciones de agua. Se intentó frenar las filtraciones recubriendo el suelo con lápidas de los cementerios de la ciudad, pero todo resultó inútil. Los niños saltaban la tapia de la obra para nadar en el agua que se acumulaba e incluso pescaban en ella. En 1941 la construcción se detuvo por el inicio de la guerra y nunca se reiniciaron los trabajos. Sin embargo, la estación local de metro (hoy llamada estación Kropotkin) continuó siendo conocida como el Palacio de los Sóviets. El hecho de que el edificio nunca fuese terminado y que, en efecto, fuese imposible llevarlo a cabo es muy sintomático de la mentalidad del período del estalinismo y de su cultura. Los arquitectos que se negaban a realizar las aspiraciones monumentales de Stalin, como Mijaíl Okhitovich, eran destinados al «panteón de los

demonios^[40]».

Stalin consideraba a la vieja ciudad de Moscú una víctima de la forma «más bárbara del capitalismo ruso». El aspecto medieval de la ciudad llevó al famoso arquitecto Frank Lloyd Wright a proponer destruirla hasta los cimientos y construir una nueva ciudad jardín que la sustituyera^[41]. A pesar de su aspecto, la ciudad contaba con sus oasis de lujo, como la dorada Casa de la Ópera, con su fachada clásica, y el Hotel Metropole, donde las «estajanovistas sexuales» conocidas como «las señoritas de Lubianka» seducían a extranjeros por encargo de la policía secreta^[42].

Stalin se tomó un interés personal en la reconstrucción de Moscú y asistía a menudo a las sesiones de trabajo de una comisión creada expresamente para la mejora de los servicios municipales. La comisión, finalmente, decidió proyectar una serie de mejoras que se consideraban fundamentales para perfeccionar la capital de la URSS. Entre las más destacadas figuraba un canal que tenía que comunicar Moscú con el río Volga, un ferrocarril metropolitano y un plan general de remodelación al que se le dio el nombre de «Plan Stalin». Se fijó el plazo de un año para preparar el modelo de capital del socialismo mundial. Se realizaron ciento cincuenta y nueve propuestas, ninguna de las cuales satisfizo a los exigentes líderes soviéticos, y en 1932 se encargó al urbanista Vladimir Semenov que realizase un proyecto de Moscú sin «modernismo experimental». En 1933 se había realizado ya un modelo de yeso, que tras largos debates fue aprobado en una reunión en el Kremlin, en la cual Stalin mostró su visión de la ciudad ante un gran mapa^[43].

En julio de 1935 Stalin y Mólotov firmaron la resolución «sobre el Plan General para la Reconstrucción de Moscú». Se trataba de un plan de diez años que doblaría la extensión de la capital rusa. Contaría con cinco millones de habitantes, con

nuevas y enormes zonas residenciales conectadas mediante autopistas circulares, sistemas innovadores de alcantarillado y el más moderno sistema de metro del mundo. Los barrios centrales se caracterizarían por enormes calzadas axiales y plazas diáfanas en las que poder celebrar asambleas populares. El centro de Moscú se convirtió en una enorme cantera con el fin de crear vías por las que los soldados pudiesen desfilarse sobre la plaza Roja desde seis direcciones. Los muros y las esquinas de los edificios eran destruidos y desaparecían como escenarios de un teatro. Poblaciones enteras alrededor de la capital desaparecían para proporcionar ladrillos con los que construir en Moscú^[44]. El ambicioso canal que comunicaba la ciudad con el caudaloso río Volga comenzó a construirse en 1933 y se finalizó cuatro años más tarde. Fue construido por un enorme ejército de presos de los campos de trabajos forzados, miles de los cuales fallecerían. A estos trabajadores se les denominó *zekis*, nombre irónico, pues hacía referencia al título oficial de los constructores de canales y después se utilizaría para denominar a los trabajadores de los campos en general.

A pesar de las estrictas órdenes y de la planificación detallada del Plan Stalin, la llamada «reconstrucción socialista» parecía caótica. Un visitante describió así la situación: «Moscú entera parecía horriblemente incompleta y muy ruidosa. [...] Toda la ciudad era un caos y camiones cargados hasta arriba estaban muy ocupados transportando los desechos de material. Por todas partes se veían largas vallas en torno a las estaciones de metro en construcción. Por todas partes se veían también andamios de madera envolviendo casas y rascacielos a medio construir. En cada barrio de la ciudad la tierra temblaba con el sonido de los martillos..., el chirriar de las excavadoras, las mezcladoras de cemento y las máquinas que fabricaban argamasa^[45]».

Los *zekis* (entre ellos el militante comunista español caído en desgracia Valentín González, «el Campesino») fueron utilizados también para construir el metro de Moscú, que debía servir de monumento a la nueva era socialista. El terreno pantanoso de Moscú no era el ideal para llevar a cabo tan ambicioso proyecto y la obra puso en grave peligro muchos edificios. Los setenta mil trabajadores, muchos de ellos mujeres, que excavaron los enormes y oscuros túneles lo hicieron en condiciones infrahumanas. Algunos fueron engullidos por las arenas movedizas, otros se ahogaron en las corrientes subterráneas o fueron enterrados vivos al derrumbarse las paredes. Los fuegos en las galerías eran frecuentes. Más de cien personas fallecieron durante la construcción de la primera línea, donde se recurrió a los métodos más brutales. Incluso se llevaron mineros de Asturias que habían participado en el levantamiento de 1934, los cuales se quedaron admirados de la magnitud de los túneles. Al visitar Berlín, Lázar Kaganóvich se dio cuenta de que los túneles del metro de la capital alemana eran tan solo huecos en el suelo y afirmó: «Nosotros tendremos preciosos pabellones^[46]». De Kaganóvich, Kruschev comentó lo siguiente: «Sabía hacer las cosas. Si el Comité Central ponía en sus manos un hacha, era capaz de talar un bosque entero, pero destruyendo los árboles sanos junto con los podridos^[47]».

Aunque cuando estuvo finalizado había grandes colas para utilizar el metro y los repletos trenes no eran puntuales, muchos ciudadanos consideraban que el régimen estaba haciendo cosas grandiosas. Stalin visitó el nuevo metro, según el poco fiable diario *Pravda*, en «un vagón repleto de pasajeros que eran trabajadores de Moscú». Incluso «El Campesino» consideró que el metro moscovita era «una obra maestra de la construcción^[48]». Kaganóvich afirmó: «Cuando nuestro trabajador tome el metro, debe estar alegre y feliz. Debe sentir

que se encuentra en un palacio iluminado por la luz del socialismo que avanza, del socialismo victorioso^[49]». Al final, el metro fue también una representación del barroco estalinista con estaciones cuidadosamente decoradas. La estación de la plaza Dzerzhinski estaba decorada con mármol del Cáucaso y la de la plaza Arbat contaba con un inmenso retrato de Stalin elaborado con piedras semipreciosas. No estaba permitido fumar en el metro y tampoco existían anuncios que pudiesen estropear las obras de arte soviético.

El arquitecto Alekséi Shchúsev fue responsable de la construcción del mausoleo de Lenin en Moscú, considerado por el régimen como una «obra maestra de la sencillez arquitectónica». Los arquitectos vanguardistas optaron por abandonar por completo su trabajo. En la década posterior a la Segunda Guerra Mundial se edificaron cinco rascacielos de estilo gótico. El más conocido entre ellos fue el de la Universidad de Moscú, construido por prisioneros de guerra que vivían en campamentos a las afueras de la ciudad. El plan para Moscú incluía la construcción de enormes bloques de oficinas y nuevos pisos influenciados por el estilo de Auguste Perrot, arquitecto neoclásico de la época. El paroxismo del sistema se alcanzó con la construcción del gigantesco Hotel Moskva. Los atemorizados arquitectos debían presentar a Stalin su proyecto de dicho hotel. Debido a que Stalin aprobó por error como un solo proyecto lo que en realidad eran dos propuestas diferentes, se hubieron de construir dos alas de estilos totalmente distintos.

Los arquitectos dieron rienda suelta a su imaginación y algunos proyectos rozaron el absurdo. Un arquitecto sugirió la creación de inmensos bloques comunales cuyos habitantes tenían que actuar según un «gráfico de vida» en el que se especificarían todas las actividades de la jornada, desde el toque de diana hasta la orden de «prepararse para retirarse» a

las diez de la noche. Stalin rechazó el proyecto por considerarlo de una mentalidad «pequeñoburguesa».

La nueva Moscú era considerada el centro del mundo comunista, donde la sociedad ideal viviría en la ciudad ideal. Sin embargo, las condiciones de vida en la capital rusa distaban mucho de ser ideales. La ciudad se convirtió en una amalgama de ambiciosos proyectos y construcción improvisada. Sus habitantes vivían en cuatro metros cuadrados de media cada uno, una disminución de un 30% desde 1930. Tan solo el 6% de las casas de Moscú contaba con más de una habitación. La mayoría eran inmensos bloques de apartamentos calentados mediante calderas comunales. El vapor que salía de los respiraderos fue un rasgo distintivo del paisaje urbano. El típico bloque de apartamentos estaba formado por pisos llamados *kommunalki*, en los que vivían varias familias obligadas a compartir cocina y aseos. Asimismo, se instalaron cafeterías en los centros de trabajo para que los trabajadores no tuvieran que acudir a sus casas a comer^[50]. A pesar de todos los contratiempos, a los extranjeros que la visitaban Moscú comenzó a parecerles una urbe impresionante. El NKVD expulsó de Moscú a los doce mil mendigos que la habían poblado, deportados en su mayoría a Kazajistán.

Los vehículos de pasajeros producidos por las nuevas fábricas soviéticas fueron en su mayor parte autobuses y tranvías. Los pocos coches privados que circulaban solían ser los adquiridos por instituciones, ya que las empresas estatales no se dedicaban a fabricar productos a gusto del consumidor. Mientras que en el mundo capitalista se producían variedades diferentes de un mismo producto para que estos compitieran entre sí, la racionalidad del comunismo consideraba que esa competencia suponía un despilfarro de los recursos. De esa manera, unos zapatos o una mesa o un objeto decorativo tenían que ser del mismo tamaño en cualquier lugar de la

URSS. Como consecuencia de ello, la vestimenta se tornó monótona y las formas de las indumentarias locales desaparecieron para dejar paso a las ropas de trabajo de las fábricas una vez que los artesanos de los pueblos dejaron de producirlas. La homogeneización del diseño fue un objetivo del Gobierno y la uniformidad se estableció como un valor positivo.

Los administradores eran los únicos que poseían el dinero suficiente para poder adquirir los productos en los únicos puntos de venta donde se vendían legalmente bienes de alta calidad. Se trataba de las tiendas pertenecientes a la organización Torgsin, en la que los ciudadanos que anteriormente habían sido ricos podían depositar alguna reliquia familiar que la tienda vendía a cambio de una comisión. A pesar de la creencia generalizada, en la URSS de Stalin la economía no consistía tan solo en fabricar tanques o tractores. Existían también artículos de lujo, aunque no se trataba de productos fabricados por las nuevas industrias soviéticas, sino de bienes que vendían las personas que llevaban experimentando tiempos muy difíciles desde la Revolución rusa.

Los avances en la cultura popular fueron evidentes. Hacia finales de los años treinta la URSS contaba ya con veintiocho mil cines. El fútbol, el *hockey* sobre hielo, el atletismo y la gimnasia se convirtieron en grandes deportes tanto para los que los practicaban como para los espectadores. Por otra parte, se crearon las «casas de la cultura». El circo, por su carácter igualitario, se convirtió en una manifestación cultural equiparable al *ballet* o a la ópera, por lo que se volvió una atracción muy popular y se fundó una escuela de circo en Moscú^[51].

El ajedrez pasó a ser el deporte nacional que debía demostrar al mundo la superioridad intelectual soviética.

Nikolai Krylenko, el comandante supremo del ejército soviético de Lenin, se tomó el ajedrez como un proyecto personal, considerándolo «un arma científica en la batalla del frente cultural». «Llevar el ajedrez a los trabajadores» era uno de los eslóganes del movimiento ajedrecístico de Krylenko^[52]. Los bolcheviques «esperaban que ese juego racional y lógico consiguiese apartar a las masas de su devoción por la Iglesia ortodoxa al mismo tiempo que demostraban la superioridad del pueblo soviético sobre las naciones capitalistas^[53]». Con el ajedrez se encontraron con una apuesta segura: el equipo era fácil de producir, los torneos eran relativamente sencillos de organizar y, además, se basaba en una tradición existente. Pronto hubo clubes de ajedrez en las fábricas, en las granjas, en el Ejército. Los comienzos del programa soviético de ajedrez no fueron muy prometedores: en 1925 un equipo soviético perdió de forma contundente en un encuentro con jugadores occidentales en Moscú; sin embargo, el programa pronto tomó impulso y hacia 1929 ciento cincuenta mil jugadores *amateurs* se habían registrado en él. El número se disparó hasta los quinientos mil hacia 1934, lo que en la práctica significaba que aproximadamente la mitad de los jugadores mundiales de ajedrez registrados se encontraban en la URSS. Stalin se interesó personalmente por el ajedrez y, aunque no era un jugador muy fuerte, se convirtió en un virtuoso en público. Sus colaboradores citaban una partida inventada en la que Stalin venció brillantemente a Yezhov en treinta y siete jugadas. Los comentarios al juego de los especialistas soviéticos alababan la «visión estratégica de Stalin».

Los observadores llamaban al equipo de ajedrez de la URSS «la máquina de ajedrez soviética», en parte porque era un monstruo que creaba sus propias reglas. Los jugadores soviéticos llevaban enormes equipos a las competiciones, los cuales realizaban labores de análisis mientras los jugadores

descansaban, lo que les daba una enorme superioridad frente a jugadores occidentales. Otra táctica que les reportó enormes beneficios fueron los acuerdos entre jugadores soviéticos para decidir quién ganaría en las rondas eliminatorias entre ellos, lo que les proporcionaba un pase sin dificultad a la siguiente ronda. El jugador que no se había agotado en las rondas eliminatorias gozaba así de una enorme ventaja^[54].

En 1941, los alemanes consiguieron un gran golpe propagandístico al persuadir al campeón mundial de ajedrez, Alexander Alekhine, ruso de nacimiento, de que abrazara la ideología nazi y la adaptara al ajedrez. Escribió un ensayo titulado *El ajedrez ario y el ajedrez judío*, en el que acusaba a los jugadores judíos de practicar un ajedrez inferior y defensivo. Sus apologistas afirmaban que se vio obligado a realizar esos comentarios bajo presión de los nazis. Tras la experiencia de Alekhine y la defección de otro gran maestro, Efim Bogoljubow, a los jugadores soviéticos se les exigía que declararan su lealtad a Stalin. Los grandes maestros enviaban continuamente telegramas a Stalin, al «querido profesor y líder» que hacía sus victorias posibles.

En junio de 1945, un mes después de la derrota de Alemania, se celebró en Moscú el 220.º aniversario de la Academia de Ciencia Rusa. Durante este, se celebró un torneo de ajedrez por telégrafo entre Estados Unidos y la URSS. El equipo soviético ganó de forma contundente. A pesar de la victoria, para mantener el espíritu de camaradería con los aliados los comentarios fueron humildes. El boletín VOKS enfatizó la enorme cantidad de personas que jugaban al ajedrez en la URSS: «Los maestros soviéticos son seleccionados entre millones de jugadores^[55]». La lucha deportiva durante la Guerra Fría alcanzó posteriormente de pleno al ajedrez, donde las victorias soviéticas confirmaban, según Moscú, la «superioridad intelectual» de la URSS, algo que duraría hasta la

aparición del excéntrico jugador norteamericano Bobby Fischer en los años setenta^[56].

En la URSS, cada localidad mediana contaba con su teatro. Se hicieron enormes esfuerzos para que el teatro llegase a todos los rincones del país. En 1935, el «Teatro Ártico Ambulante» se dirigió a las regiones más remotas del círculo polar ártico, haciendo cuatrocientas representaciones en dos años. También se crearon enormes parques para la recreación del pueblo. El mayor de ellos era el Parque del Descanso y la Cultura, que fue bautizado con el nombre del novelista Máximo Gorki en la capital. Al almirante británico Drax, que visitó el lugar, le sorprendió que se cobrara la entrada al parque y que, una vez dentro, la «cultura proyectada por los altavoces» impidiera cualquier descanso^[57].

Los dos principales periódicos eran *Pravda* («La Verdad») e *Izvestia* («Noticias»). Fundado en el período zarista, tras la Revolución de Octubre el diario *Pravda* se convirtió en el periódico oficial del Partido Bolchevique, mientras que *Izvestia* se fundó en 1917. Un chiste popular en la URSS señalaba que no había *Izvestia* («noticias») en *Pravda* y que tampoco existía la *Pravda* («verdad») en *Izvestia*. Los diarios no contenían apenas información y mucho menos entretenimiento; no había noticias de moda ni de cocina, ni crucigramas o tiras cómicas, tan solo largos comunicados oficiales y una serie interminable de aburridas estadísticas sobre los «extraordinarios» logros del plan quinquenal. En la inmensidad de la URSS podían pasar semanas antes de que los funcionarios de la ciudad más cercana hicieran una visita y el diario *Pravda* tan solo llegaba de forma intermitente. Por todo ello, la infraestructura necesaria para el adoctrinamiento intensivo de las masas no se había completado antes de la Segunda Guerra Mundial.

La agencia oficial de noticias soviética, TASS, fue

establecida en 1925 con la intención de proporcionar cobertura informativa a todo el país. TASS tenía corresponsales en toda la URSS y en el extranjero, aunque muchos eran agentes del NKVD. Cuando llegaron al poder, los bolcheviques cerraron todos los periódicos y las imprentas de prensa para evitar que los contrarrevolucionarios «envenenasen a las masas». La Constitución de 1936 garantizaba la libertad de prensa a condición de que «coincidiese con los intereses de los trabajadores y sirviese para fortalecer el régimen socialista». Como en la mayoría de los países industriales, la radio se erigió en un medio de comunicación de masas. Los actores y locutores de Moscú se convirtieron en celebridades en toda la URSS y los boletines de noticias se disputaban la atención del público, compitiendo con los conciertos y los programas de variedades. Por otra parte, la red telefónica se amplió y las comunicaciones entre las repúblicas se reforzaron de forma impresionante.

La falta de libertad fue evidente en el período de la posguerra, que estuvo marcado en la URSS por una campaña del Partido destinada al control de las artes y la *intelligentsia* creativa. Andrei A. Zhdánov, guardián de la ortodoxia estalinista, llevó a cabo una política cultural xenófoba conocida como *Zhdánovschina* («el reino de Zhdánov»)^[58]. Este era uno de los pocos líderes soviéticos que pretendía tener cierta educación cultural y estar familiarizado con la cultura. Era un «hombre regordete y pretencioso, “de ojos inexpresivos” y caspa, que bebía desmesuradamente». Según Mólotov, Zhdánov era objeto de una «excepcional estima» por parte de Stalin^[59].

Zhdánov controló la producción cultural de la URSS y se propuso crear una nueva filosofía del arte en la que reducía toda la cultura a un valor moral simple. En agosto de 1948 Zhdánov ordenaba a las revistas de crítica literaria que no se

volviesen a publicar «trabajos ideológicamente dañinos». Zhdánov criticó duramente a algunos artistas que no habían apoyado explícitamente a la ideología oficial y anunció que esa «falta de ideas» no se iba a tolerar más. Se reforzó enormemente la censura y se orquestó una gran campaña para acabar con el «servilismo a Occidente».

Ya en 1946, bajo su impulso, el Comité Central dictaba la línea oficial en materia de ideología. Atacó a las revistas literarias *Sviesdá* (La Estrella) y *Leningrad* por haber participado en la «desorientación de la juventud y en el envenenamiento de su conciencia» al publicar poemas de Anna Ajmátova y textos del escritor satírico Zoshchenko. La campaña comenzó con un ataque contra estos dos destacados escritores de Leningrado, Anna Ajmátova y Mijaíl Zoshchenko. Se describió a Ajmátova, una poetisa cuyo marido e hijo ya habían sido enviados a un gulag, como «medio monja y medio furcia». Su ira no obstante se dirigía principalmente a la obra de Mijaíl Zoshchenko *Aventuras de un mono*; en ella el protagonista era un simio que, tras escapar de un zoológico bombardeado durante la guerra, se enfrentaba a la vida diaria en la URSS en numerosas situaciones cómicas e irónicas hasta que regresaba a su jaula, donde se sentía libre. Hasta ese momento, Zoshchenko había evitado problemas por haberse dedicado a la literatura infantil. Finalmente, ambos autores fueron expulsados de la Unión de Escritores y sus obras fueron prohibidas. Una de las víctimas más conocidas de ese período sombrío fue el actor y escritor Mikhoels, que aparentemente fue asesinado por la policía secreta.

El decreto de Zhdánov sobre literatura se amplió, posteriormente, a otras manifestaciones culturales. Los escritores eran condenados por «difamar la realidad soviética» (los casos Zoshchenko y Ajmátova) y se criticaba a los compositores Shostakóvich y Prokofiev por componer obras

«formalistas» que resultaban «incomprensibles» para el pueblo. Su música revelaba, según Zhdánov, «inclinaciones ajenas al pueblo soviético y a sus gustos artísticos». Esa «cacofonía» no era más que una copia de la «música contemporánea modernista y burguesa de Europa y de América, reflejo del marasmo de la cultura burguesa y negación total del arte musical^[60]».

Los cines y los teatros fueron criticados por mostrar demasiadas obras occidentales que proyectaban «una imagen distorsionada del pueblo soviético». Su crítica alcanzó también a la filosofía, por la «lamentable ausencia de crítica bolchevique» en sus reflexiones sobre la filosofía occidental^[61]. El existencialismo fue condenado como «filosofía de la decadencia» que amenazaba con convertirse en un «tercer poder», especialmente entre los jóvenes. Zhdánov organizó personalmente una campaña contra Jean-Paul Sartre, el cual cambió de opinión sobre la URSS de Stalin y sostuvo que cualquier error que hubiese cometido sobre el régimen se había debido al afán de conseguir el mayor bien posible.

Los científicos fueron privados del acceso a la mayoría de publicaciones extranjeras y se puso freno a la traducción del inglés de determinadas gacetas académicas. Se instituyeron «tribunales de honor» para juzgar a los científicos acusados de comportamiento antipatriótico, como en el caso de los biólogos Kliueva y Roskin, que trabajaban en el tratamiento de drogas para combatir el cáncer. A pesar de todo, el público en general asoció las medidas restrictivas con Zhdánov más que con Stalin. La política cultural de Zhdánov creó una barrera que impidió el normal intercambio de ideas entre Rusia y el mundo exterior y estancó la producción cultural en la URSS. Zhdánov, aquejado de hipertensión crónica, fallecería en 1948 debido a un fallo cardíaco en un momento en el que Stalin había comenzado a retirarle su apoyo^[62].

La nueva sociedad era como un niño recién salido del claustro materno. Estaba cubierto de sangre, pero ¡había nacido!

R. Rolland

Los beneficiarios del «nuevo orden soviético» no eran los trabajadores ni los campesinos; incluso doctores, ingenieros y profesores estaban mal pagados. Tan solo un grupo tenía una gran deuda con Stalin: se trataba de los burócratas de los niveles altos y medios de los ministerios, el Partido, el Ejército y las Fuerzas de Seguridad. Sus salarios eran ínfimos comparados con sus contrapartes occidentales, pero sabían perfectamente lo dura que era la vida para el resto de la sociedad y también entendían que si en algún momento de su carrera tenían mala suerte, podían acabar en prisión. La obtención del placer inmediato se convirtió en la prioridad absoluta para ellos. Contaban con tiendas, hospitales y vacaciones especiales. La identidad de clase, que fue nunca bien definida después de la Revolución, convertía en «enemigos» a todos aquellos considerados «burgueses»: zaristas, religiosos, contrarrevolucionarios y hasta los beneficiados por la NEP. La palabra «burgués» era utilizada de forma amplia y flexible para abarcar a todos aquellos a los que se considerara que estaban interesados en destruir el nuevo orden revolucionario. Stalin odiaba a la burguesía, a la que consideraba la encarnación de las fuerzas sociales de la represión^[63].

En la URSS de Stalin el régimen cultivó un omnipresente culto a la personalidad. Hitler escribió en una ocasión que «el culto a la personalidad es la mejor forma de gobierno». Los poetas afirmaban que Stalin poseía los atributos del rey-dios de

las civilizaciones antiguas: conseguía que el sol saliera y brillase, promovía que la tierra diera sus frutos, que llegase la primavera y que vibrasen los acordes musicales. Una de las fotos más conocidas de Stalin, que apareció en numerosos libros en los años posteriores, le muestra abrazando a una niña que le ofrece un ramo de flores. Lo que los lectores no sabían era que los padres de la niña Gelya Markizova habían muerto durante el Gran Terror. En cualquier caso, la imagen de Stalin como el amigo de los niños fue muy poderosa y hábilmente utilizada por la propaganda soviética.

El escritor Ilyá Ehrenburg escribió en sus memorias: «Desde 1939 es más correcto utilizar la palabra “culto” en su sentido religioso original. En la mente de millones de personas, Stalin fue transformado en un semidiós; todos temblaban al decir su nombre y creían que era el único capaz de salvar a la Unión Soviética de la invasión y el colapso^[64]». El culto a la personalidad de Stalin llegó a tal punto que este llegó a señalar: «Si esto sigue así, una noche me voy a encontrar una estatua mía en mi cama^[65]».

Hacia mediados de la década de los treinta, el culto a Lenin había sido reemplazado por el culto a Stalin. Los carteles de Stalin se publicaban en tiradas de doscientos mil ejemplares. «Stalin es el Lenin de hoy» era uno de los eslóganes favoritos del Partido^[66]. Un obrero se quejó: «Todo el mundo alaba a Stalin, le consideran un Dios y nadie expresa ninguna crítica». En la película de 1937 *Lenin en Octubre* se mostraba a un Stalin superior incluso a Lenin, que no da ningún paso sin pedir antes su consejo^[67]. Con motivo del sexagésimo cumpleaños de Stalin el diario *Pravda* señalaba: «No hay en el planeta un nombre como el de Stalin. Brilla como una luminosa antorcha de libertad, ondea como un estandarte de guerra para millones de trabajadores de todo el mundo; ruge como un trueno, advirtiendo a las clases condenadas de

propietarios esclavos y explotadores. ¡Stalin es el cerebro y el corazón del Partido! Stalin es la bandera de millones de personas en su lucha por una vida mejor^[68]». Stalin era el «gran arquitecto del socialismo, el más grande líder de todos los tiempos», el nuevo héroe nacional que, como los tradicionales rusos, llegaba para salvar a Rusia. El director de cine Eisenstein realizó en ese sentido un paralelismo obvio en su película *Alexander Nevsky*. Stalin llegó a creerse su propio mito, lo que le llevó a afirmar tras la guerra a sus colegas del Comité Central: «¿Qué será de vosotros cuando yo no esté? Los imperialistas os estrangularán^[69]».

Un filósofo comunista veía a Stalin en el vértice de una pirámide que se ampliaba gradualmente hacia la base compuesta de muchos «pequeños Stalin»: ellos, vistos desde arriba, fueron los objetos y, vistos desde abajo, eran los creadores y los guardianes del culto a la personalidad. Sin el funcionamiento regular e indisputado del mecanismo, el culto a la personalidad hubiese sido un sueño subjetivo, un hecho patológico, y no hubiese alcanzado la efectividad social que ejerció durante décadas. Stalin insistía en privado que su éxito político se debía al apoyo de las «masas»: «No niego que los líderes sean importantes; organizan y dirigen a las masas. Pero sin las masas no son nada. Personas como Aníbal o Napoleón perecieron en cuanto perdieron el apoyo de las masas. Las masas deciden el éxito de todas las causas y del destino histórico^[70]».

El culto creció con el tiempo. Los aviones desfilaban por encima de la plaza Roja en formación describiendo las letras: S-T-A-L-I-N, y cincuenta y un alpinistas fueron fotografiados en el monte Kazbek en dicha formación. Se ha insinuado que Stalin precisaba del culto como un apoyo para su psique tanto como para su poder. Buscaba desesperadamente la adoración al héroe que Lenin había encontrado repugnante. Al final, el

culto a la personalidad habría sido vital no solo para el sistema estalinista, sino también para la personalidad de Stalin, que habría sentido una auténtica dependencia psicológica^[71].

Sin embargo, resulta imposible comprobar esa tesis psicológica. Lo más probable es que Stalin tuviese una actitud ambivalente hacia ese culto que se desarrollaba en torno a su persona. En diversas ocasiones despreció las formas más extremas de culto a su personalidad, afirmando que alimentaba el sentimiento servil del pueblo. Así, recomendó que un relato de carácter hagiográfico de su infancia fuese quemado. Con el título *Historias sobre la infancia de Stalin*, consideró que estaba plagado de «errores de hecho, tergiversaciones, exageraciones, elogios inmerecidos». Además, según Stalin, «el libro tiende a grabar en la mente de los niños el culto a las personalidades, los líderes, los héroes libres de pecado». También pidió que se borrara su nombre de fórmulas como «el Partido y las enseñanzas de Lenin y Stalin». Asimismo, rechazó la idea de llevar a cabo una exposición de arte sobre Stalin y borró adulaciones exageradas en los discursos, informes oficiales y producciones culturales. Un ejemplo elocuente de esta actitud ambivalente fue una carta de enero de 1937 al jefe de la industria cinematográfica soviética en la que insistía en que las referencias a Stalin debían «ser eliminadas» del guión de la película *El gran ciudadano*. Mólotov afirmaría posteriormente que Stalin «al principio se resistía al culto a la personalidad, la adulación no acababa de gustarle». Tan solo después de la guerra mundial comenzó a gustarle «un poco». Posteriormente, siempre según Mólotov, Stalin se volvió «engreído^[72]».

A pesar de su enorme carga de trabajo, Stalin encontraba de vez en cuando tiempo para redactar notas personales a la gente que le escribía acerca de todo tipo de pequeñas cuestiones, lo que estimulaba el culto a su personalidad. Una

campesina le pidió presentarse ante él con una de sus cuatro vacas. Stalin le contestó: «Gracias, madrecita, por su amable carta. No me hace falta una vaca porque tengo una granja — soy funcionario del Estado a tiempo completo, sirvo al pueblo lo mejor que puedo, y es raro que los funcionarios tengan una granja—. Mi consejo, madrecita, es que se quede con su vaca y que la conserve en recuerdo mío^[73]».

Kaganóvich acuñó el término «estalinismo» en una cena con Stalin: «La gente no hace más que hablar de Lenin y el leninismo, pero Lenin ha desaparecido hace ya mucho tiempo. ¡Viva el estalinismo!» “¿Cómo te atreves a decir eso? —replicó Stalin—, Lenin era una gran torre y Stalin un dedo meñique”». Como César, Stalin llegó a distanciarse del resto de los humanos para admirar su propia figura en el escenario del mundo. Se enfrentó a su hijo Vasili por aprovecharse del nombre de su padre. «Pero al fin y al cabo yo también soy un Stalin» —señaló Vasili—. “¡No, no lo eres! —contestó Stalin—. ¡Ni tú eres Stalin ni yo soy Stalin! Stalin es el poderío soviético. ¡Stalin es lo que sale en los periódicos y en los retratos! ¡No tú! ¡Ni siquiera yo!”^[74]».

Stalin adoptó un planteamiento marxista ortodoxo sobre la idea del culto; así, esta era aceptable mientras promoviera la visión del líder como representante de la «causa» histórica del Partido o de amplias fuerzas sociales. El apoyo de Stalin al culto de Lenin debe ser analizado en esos términos. Mientras reconocía los beneficios políticos e ideológicos del culto, también era plenamente consciente de su incongruencia con el pensamiento de Marx. Es por ello que consideraba el énfasis en el individuo, por sí mismo, de la siguiente manera: «[el culto a la personalidad es una] aberración bolchevique que podía dar lugar al abuso por parte de oportunistas e iría en detrimento de la educación de la nueva *intelligentsia*. Continuó existiendo básicamente por su atractivo para las masas culturalmente

atrasadas^[75]». Stalin, al parecer, señaló en 1935 que la gente corriente precisaba un zar al que adorar y consideraba el culto como una fuerza movilizadora para una población sin educación, pues su carácter casi religioso reflejaba las extendidas prácticas y creencias tradicionales. Es indudable que el éxito del culto a la personalidad se basó en la participación entusiasta de millones de ciudadanos soviéticos que magnificaron la personalidad de Stalin construida por las autoridades.

Otra característica del estalinismo fue el énfasis propagandístico en la raza y el patriotismo, algo exacerbado por la guerra con Alemania. En una distorsión de los principios internacionalistas del marxismo y el leninismo, ese punto adquirió unas características de chauvinismo, discriminación racial, desprecio hacia los valores culturales diferentes y una xenofobia que convertía en un crimen el hablar con extranjeros.

A pesar de los ataques a la Iglesia, el profundo sentido religioso del pueblo ruso se mantuvo muy fuerte, lo que fue astutamente aprovechado por las autoridades. La devoción tradicional con su veneración de santos e iconos fue aprovechada por la propaganda del nuevo régimen: Stalin se convirtió en un icono y su imagen se llevó en enormes banderas. Un visitante francés que asistía a las celebraciones del 1 de Mayo se quedó sorprendido por la visión de aviones que portaban grandes banderas de Stalin: «¡Dios mío!», exclamó. «Exactamente, señor», le dijo su guía ruso. Al final, se produjo una curiosa amalgama de la cristiandad tradicional y la religiosidad socialista. Un día, en una estación de metro de Moscú, un anciano que reconoció la voz proveniente de un altavoz se persignó y gritó: «¡Stalin!»^[76].

Con el comienzo de la guerra con Alemania, el mismo régimen que había erigido museos al ateísmo en las catedrales

no tuvo reparo en reabrir las iglesias al público y en que los monjes recolectaran fondos para financiar regimientos. El autor del «plan quinquenal sin Dios» autorizaba entonces una gira del icono milagroso de Nuestra Señora de Kazán por las capitales soviéticas. La Iglesia ortodoxa rusa fue rehabilitada de la noche a la mañana. Cuando necesitó el apoyo de la Iglesia, Stalin no dudó en que crearan su propio periódico utilizando personal del diario *Ateo*. Durante muchos años, los cristianos rusos habían sido obligados a vivir una existencia subterránea, como los cristianos en Roma. Las iglesias y los monasterios habían sido cerrados y sus comunidades dispersadas. Las campanas de las basílicas fueron fundidas para aprovechar el metal y muchos monasterios fueron convertidos en cárceles. El mismo Stalin, antiguo seminarista, pudo no haber perdido totalmente su fe. Señaló al embajador británico que, a su estilo, «él también creía en Dios». La palabra «Dios» comenzó a aparecer en el diario *Pravda* escrita en mayúscula. En 1943, finalmente, decidió el nombramiento de un patriarca de la Iglesia, puesto vacante desde 1926.

Un valioso instrumento para expandir la propaganda fue el Komsomol, movimiento para jóvenes creado sobre una organización de la etapa de Lenin. La entrada en el mismo estaba controlada del mismo modo que la del Partido; en 1936, las condiciones de ingreso se suavizaron, lo que hizo que la organización pasara de cuatro millones a más de nueve en 1939, y a dieciséis millones en el momento del fallecimiento de Stalin. El idealismo de los jóvenes fue explotado por el régimen. Los miembros del Komsomol fueron entusiastas seguidores del plan quinquenal, como demuestra el hecho de que miles de ellos acudieron para ayudar a la construcción de las nuevas ciudades industriales, como Magnitogorsk.

Los campesinos, considerados ignorantes y sucios, fueron objeto de campañas para convertirlos en «cultos». Se les

enseñó a lavarse y a vestir elegantemente a la manera soviética, e incluso se realizó una campaña para que los hombres se afeitasen la barba. Una instrucción del Komsomol señalaba: «Lavarse los dientes es un acto revolucionario». Fumar era considerado perjudicial para el «cuerpo soviético». Un profesor, Nikolai Gredeskul, anunció la creación de hombres nuevos: serían «el hombre hermoso del futuro», en parte obrero y en parte pensador. La guerra, sin embargo, exacerbó problemas latentes en la sociedad rusa, como el alcoholismo arraigado por las duras condiciones de vida. La orden de Stalin de que veintiocho millones de hombres bebiesen un vaso de vodka diario durante cuatro años para elevar la moral garantizó que la siguiente generación de rusos tuviese un claro referente alcohólico. En 1945 las ventas de vodka representaron el 38% del comercio minorista.

El régimen impuso un nuevo rigorismo moral, como expresión de la ética proletaria del trabajo, y se prohibió la homosexualidad. En cuanto a la mujer y la familia, el rechazo marxista al matrimonio como institución burguesa hizo que los bolcheviques hicieran más fácil la obtención del divorcio e intentaron liberar a la mujer de la servidumbre de la familia y los hijos. El marxismo consideraba que las mujeres eran maltratadas por el capitalismo. El principal instrumento de esclavitud era el matrimonio, que las convertía en propiedad de sus maridos, ejemplo de la explotación del sistema capitalista. Por ello, no resulta sorprendente que, una vez en el poder, los bolcheviques adoptasen medidas para socavar el matrimonio como institución social. Se adoptaron una serie de decretos que incluían el divorcio legal, el reconocimiento de hijos ilegítimos como ciudadanos de pleno derecho y la legalización del aborto. Estos cambios surgían de la noción de que el «amor» era un concepto burgués basado en una visión falsa de las relaciones entre los sexos y entre padres e hijos. Se

creía que, una vez que esas ideas burguesas sin sentido fueran reconocidas, se podría reestructurar la sociedad. Sin embargo, la familia era la unidad social tradicional en Rusia y resultaba imposible reemplazarla con nuevas teorías^[77].

Hacia finales de la década de los treinta, el divorcio en la URSS era el más alto de Europa: se producía un divorcio por cada dos matrimonios. Esta circunstancia llevó a Stalin, en palabras de la historiadora Sheila Fitzpatrick, a llevar a cabo «la gran retirada». Stalin se mostró totalmente en desacuerdo con el divorcio e insistió en el sentido social de la familia como unidad básica de la sociedad soviética y fuente de estabilidad. Condenó el movimiento de amor libre que siguió a la Revolución de 1917, el cual había surgido alrededor de figuras como Aleksandra Kolontái. Esta creía firmemente que la nueva sociedad y la igualdad entre los sexos se conseguirían no solo con la transformación de las bases económicas, sino también con un cambio en las relaciones sexuales entre las personas. En ese sentido formuló la llamada «teoría del vaso de agua», la cual invitaba a las mujeres a consumir la sexualidad como un vaso de agua, rompiendo así con viejas relaciones sexuales que perpetuaban la opresión de la mujer. En contraposición, el héroe de la novela *Sot*, de Leonid Leonor, había abandonado el alcohol, el tabaco y el sexo, y consideraba la vida matrimonial como combustible para redoblar esfuerzos al día siguiente^[78].

El pedagogo Antón Makarenko inspiró el redescubrimiento de la familia como instrumento vital para la formación de los niños. Makarenko se hizo cargo de los hogares para huérfanos y niños de la calle. En ellos se practicaba una rigurosa disciplina combinada con una ética cooperativa. Su éxito convirtió a Makarenko en uno de los favoritos de Stalin. Su obra *Libro para los padres* se recomendaba a los padres para inculcar a los hijos los valores socialistas y la fe en el Partido^[79].

Se decidió la creación de comisiones para la agitación y la propaganda entre mujeres trabajadoras, que más tarde se convertiría en el Departamento de Mujeres del Partido, el Zhenotdel. Los métodos políticos que tenía que desarrollar el Zhenotdel fueron diseñados por Kolontái, que veía que la misma opresión que sufrían las mujeres llevaba a su falta de implicación en la vida política. Kolontái propuso que la manera de atraer a las mujeres era involucrarlas en proyectos sociales. El Zhenotdel también movilizó a las mujeres a participar en trabajos de apoyo durante la Guerra Civil. No obstante, una de las tareas más importantes de este organismo fue luchar contra el analfabetismo mediante la educación de las mujeres. El Zhenotdel tenía un periódico mensual propio, *Kommunistka* («Mujer Comunista»), que en 1921 imprimía treinta mil ejemplares. En 1930 se decidió que su labor había concluido^[80].

Stalin hablaba de la «nueva mujer» soviética señalando que «tales mujeres nunca hubiesen existido ni hubiesen podido existir». Bajo el patronazgo de Stalin se creó en 1936 el Movimiento de Amas de Casa, compuesto en gran parte por las mujeres de importantes administradores e industriales. Su misión era «civilizar» los gustos y mejorar las condiciones de los trabajadores. Stalin señaló que «un mal padre y un mal marido, una mala madre y una mala mujer no podían ser buenos ciudadanos^[81]». En junio de 1936 se emitió un decreto por el que se hacía más difícil el divorcio, se limitaba el derecho al aborto y se prohibía la homosexualidad con penas de hasta cinco años de prisión. Asimismo, se premiaba a las «heroínas» que tuvieran diez o más hijos. El régimen condenó el aborto, alegando que era peligroso para la salud de las mujeres y que limitaba el crecimiento de una nueva generación de «hombres soviéticos». Las mujeres no tenían ningún derecho individual a decidir el número de hijos que darían a la patria.

La guerra acabó abruptamente con el incipiente feminismo soviético. Antes del conflicto, las mujeres habían sido pilotos y hasta ministros del Gabinete. Durante la crisis de los primeros meses de la invasión alemana, el Ejército Rojo había recurrido a las mujeres para reemplazar a los cientos de miles de hombres muertos en el frente. Al finalizar la guerra, las mujeres fueron enviadas de nuevo a los hogares. El sentido de camaradería masculina, forjado durante los largos años de guerra, llevó a la nación a regresar a sus tradicionales formas patriarcales. Stalin despreció posteriormente el feminismo como algo extraño para Rusia. Para Geoffrey Hosking, «los frutos de la emancipación femenina se convirtieron en las bases de la sociedad neopatriarcal rusa^[82]». Las mujeres que se habían dedicado a trabajar por el país y el Partido, y no a sus maridos y a sus hijos, pasaron a ser objeto de censura.

Las instituciones sociales como el Ejército Rojo, el Partido y el Komsomol eran consideradas como «grandes familias» que ofrecían un sentimiento de pertenencia a través de la camaradería. El papel del padre fue fortalecido como una figura de autoridad que reforzaba los principios morales del régimen soviético en el hogar. «Los jóvenes deben respetar a sus mayores —apuntaba el *Komsomolskaya Pravda* en 1935—, uno debe respetar y amar a sus padres, incluso si son anticuados y no les gusta el Komsomol^[83]».

En educación, la revolución cultural supuso una ruptura y una crisis para el sistema de educación en el país. El Gobierno mostró su preocupación dada la importancia que tenía la educación para formar a la nueva sociedad. Desde 1935 se dieron una serie de pasos para imponer el control sobre la educación. Los libros de texto fueron establecidos por el Gobierno y se reintrodujeron los exámenes. Tras los experimentos iniciales, Stalin llegó a la conclusión de que era preciso regresar a formas más tradicionales. Era plenamente

consciente de que los padres se quejaban de que los niños se incorporaban al mercado laboral sin haber dominado la escritura ni la lectura. Para hacer frente a ese creciente problema, se puso el énfasis en la educación formal, se hizo hincapié en la disciplina y el orden y se introdujeron uniformes obligatorios, que se mantuvieron durante todo el período soviético^[84].

Hacia finales de la década de 1930, el sistema había vuelto a una fórmula más tradicional. Uno de los nuevos elementos fue la introducción de la ideología comunista como asignatura obligatoria. La educación superior también fue reformada en profundidad. El sistema de cuotas permitió la entrada en la universidad según clase social, con un 70% de las plazas reservadas para aquellos alumnos de origen trabajador. La cifra se alcanzó en tan solo una ocasión, pues muchos estudiantes abandonaban los cursos, ya que estaban muy por encima de su nivel de base. El final del sistema de cuotas enfatizó la calidad más que la cantidad de la educación superior, lo que supuso una ventaja para la *intelligentsia*. El sustituto socialista de la facultad, el *rabfak*, había ocasionado demasiados abandonos (uno de los más destacados estudiantes que abandonó sus estudios fue Krushev). Al final, tras varios experimentos educativos, el sistema mejoró formalmente, con un desarrollo notable en algunas materias, como las ciencias puras. Se estableció un círculo de físicos y matemáticos materialistas para «aplicar la metodología marxista a las matemáticas y la física^[85]».

Entre los años 1928 y 1931 se produjo en la URSS la denominada «revolución cultural», aunque, de hecho, no tenía en común con el programa de culturización de Lenin más que el nombre. Lenin fue atacado, aunque siempre de forma indirecta. Un funcionario del Partido encargado de la propaganda, Krinitsky, acusó a los funcionarios del

Comisariado de Educación, bajo la dirección de Lunacharsky, de sostener una «concepción antirrevolucionaria, oportunista, de la revolución cultural, una concepción que no ve la dura lucha del proletariado contra la clase antagónica en la vida diaria, en el colegio, en el arte, etc.». Lo que iba a suponer la revolución cultural era una serie de ofensivas en «el frente cultural». El analfabetismo fue objeto de ataques del «ejército cultural», en las oficinas gubernamentales hubo «purgas sociales» de personas no proletarias y en la educación hubo purgas de los elementos «extraños» al cuerpo de estudiantes.

Se hicieron enormes esfuerzos por alfabetizar al pueblo. Hacia 1939, el 87% de los ciudadanos soviéticos entre los nueve y los cuarenta años de edad estaban alfabetizados y poseían conocimientos matemáticos elementales. El poeta Boris Slutsky señaló: «Puede haber sido estúpido económicamente, pero los libros se vendían por nada, más baratos que el tabaco y el pan». En 1952 se editó un enorme libro de cocina titulado *El libro de la comida deliciosa y saludable*, que incluía una cita de Stalin: «La característica peculiar de nuestra revolución consiste en que le ha dado a todo el mundo no solamente la libertad, sino también los bienes materiales y la oportunidad de una vida próspera y culta». En muy escasas ocasiones se permitieron libros críticos con el régimen. Uno de ellos fue la obra de Valentin Ovechkin titulada *Viajes rurales diarios*, en la que se describía la dura vida en las granjas colectivas. A pesar de todo, el habitante medio de las ciudades tan solo consagraba una hora cada semana a leer un libro o escuchar la radio y veinte minutos a ver películas u obras de teatro^[86].

Con todo, el régimen estalinista realizó un enorme esfuerzo educativo con amplia trascendencia social. El número de estudiantes en enseñanza secundaria pasó de 1 834 260 en 1926-1927 a 12 088 772 en 1938-1939. El número de

estudiantes universitarios pasó de 159 800 en 1927-1928 a 469 800 en 1932-1933 (con un 50% perteneciente a la clase obrera). Los cuadros de la nueva clase dirigente que crearía Stalin procedían en proporciones muy elevadas de medios obreros y campesinos, a diferencia de 1917, cuyos líderes eran en su mayoría de las clases medias, con la excepción del propio Stalin. En ese sentido hay que destacar casos como el del futuro líder de la URSS, Leonid Brézhnev, que ingresó en el Instituto de Metalurgia de su localidad natal como estudiante trabajador.

La «revolución cultural» de 1928-1931 fue una contraparte marcial en todos los campos culturales (educación, ciencia, tecnología y arte) del esfuerzo por la industrialización y la colectivización en la economía. El radical V. N. Shulgin reclamaba la «desaparición paulatina de la escuela» en favor de formas de enseñanza que combinaran la ciudadanía y la producción. Planificadores antiurbanos como Leonard M. Sabsovich anunciaban la sustitución de las grandes ciudades por una red de comunidades industriales nuevas, unidas por un gigantesco sistema de transporte público, que transformaría la federación rusa en pequeñas localidades y señalaría la «desaparición del Estado centralizado bajo el comunismo». Algunas de estas ideas tuvieron una gran influencia en la planificación de las aproximadamente sesenta ciudades que emergieron durante el plan quinquenal.

Stalin permitió durante un tiempo esas ideas, pues servían para su fin de movilizar al pueblo en su gran proyecto de transformación de la URSS. Sin embargo, el grueso de estas iba en contra del marxismo de Stalin: en el momento en que los teóricos estaban discutiendo la desaparición del Estado, sus pensamientos iban en una dirección totalmente opuesta. En 1930 afirmó: «Estamos a favor del debilitamiento del Estado. Al mismo tiempo defendemos el fortalecimiento de la

dictadura del proletariado, el más poderoso de los regímenes que han existido hasta ahora. El más alto grado de desarrollo con el objetivo de preparar las condiciones para el debilitamiento del poder estatal, esa es la fórmula marxista. ¿Contradictorio? Sí, contradictorio. Pero una contradicción de la vida real, que refleja la dialéctica marxista^[87]».

Los bolcheviques siempre habían soñado con construir un medio ambiente físico enteramente nuevo. El mismo Lenin había acuñado la frase «el comunismo equivale a la electrificación más el poder soviético». Sin embargo, durante la etapa de la NEP los avances tecnológicos habían sido muy débiles. Los bolcheviques esperaban que la ciencia jugase un papel fundamental en un futuro tecnocrático y durante la Guerra Civil a los científicos se les otorgaron diversos privilegios y la exención del servicio militar. En 1919 se emitió un decreto para mejorar la calidad de vida de los científicos y se les entregaron divisas extranjeras para que pudiesen adquirir la tecnología necesaria fuera de la URSS. Para incentivar la investigación, en 1925 se instituyó el Premio Lenin a la investigación científica y se crearon numerosos institutos, como el de rayos X, el Instituto del Suelo, el Instituto Óptico y el Instituto de Biología Experimental. Estos cambios fueron reflejados en la publicación de la *Gran Enciclopedia Soviética*. La ciencia había dejado de ser burguesa^[89]

En mayo de 1928, en el VIII Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas —el Komsomol—, Stalin anunció que estaba preparado para una nueva fase en la vida soviética. En su discurso afirmó: «Ante nosotros se alza una nueva fortaleza. Esta fortaleza se llama ciencia y cuenta con un buen número de ámbitos del conocimiento. Debemos apoderarnos de ella a toda costa. Los jóvenes son los que deben llevar a cabo esta labor, si quieren ser los constructores de una nueva vida, si

quieren de verdad reemplazar a la vieja guardia... Lo que necesitamos en este momento es un ataque masivo de la juventud revolucionaria sobre la ciencia, camaradas^[89]».

Stalin puso todos los medios del Estado al servicio de esos avances, lo que llevó a un profesor de física británico a señalar que «la ciencia es el comunismo». En términos intelectuales, la institución más prestigiosa de la URSS era la Academia de Ciencias, que abarcaba las principales organizaciones de investigación. En 1935 la institución fue puesta bajo control del Estado y, a cambio de privilegios sociales y académicos, juraba lealtad absoluta a Stalin. Los científicos tuvieron que aprender a convivir con el sistema, por lo que a menudo citaban en sus obras a pensadores reconocidos y aceptados, como Marx. A principios de diciembre de 1930, Stalin encargó la tarea de combatir nociones tradicionales y desarrollar la filosofía de Lenin. Esta política fue lanzada a través del Instituto de Profesores Rojos de Filosofía y Ciencias Naturales. La idea detrás del proyecto era que la ciencia tenía una «naturaleza de clase» y debía transformarse para hacerse más «proletaria». Bajo la vigilancia estricta del régimen, Stalin afirmó, paradójicamente, lo siguiente: «Es aceptado universalmente que la ciencia no puede desarrollarse y florecer sin batallas de opinión, sin libertad de crítica^[90]».

En la URSS, a diferencia de la Alemania nazi, donde habían triunfado las ideas de Darwin sobre la herencia de las características, se optó por la obra del biólogo francés Jean Lamarck, que consideraba que la crianza mejoraba la condición humana. Lamarck defendió que las características adquiridas eran consecuencia de la adaptación a los cambios ambientales y no de pautas genéticas. Marx, sin embargo, admiraba a Darwin y concebía la historia como dialéctica, como lucha. A pesar de todo, para el estalinismo resultaba mucho más apropiado considerar que la mejora social estaba

relacionada con los cambios en el entorno socioeconómico. En la nueva URSS, el hombre debía educarse en vez de criarse. El mismo Stalin se había mostrado muy favorable a las tesis neolamarckianas en su panfleto de 1906 *Anarquismo o socialismo*. En él señalaba: «Si el mono no se hubiera puesto en pie, su descendiente, el hombre, se habría visto obligado a andar a cuatro patas eternamente^[91]». El científico alemán Paul Kammerer trató de demostrar los principios lamarckianos por medio de experimentos seudocientíficos con una especie de sapo. Al descubrirse que había falsificado sus resultados, se suicidó, lo que no impidió que en la URSS se convirtiese en un héroe de la ciencia revolucionaria.

El servilismo académico quedó de manifiesto en el llamado «caso Lysenko». En la década de los treinta, Trofim Lysenko, un ingeniero agrónomo sin preparación académica formal, afirmó que había descubierto la posibilidad de desarrollar variantes de trigo que podían crecer en el círculo polar ártico. Los jerarcas del Partido estaban encantados con la idea, pues lo que deseaban de los científicos eran resultados «prácticos». Las ideas de Lysenko, conocidas como «agrobiología», eran una amalgama de fisiología, genética, citología y evolucionismo, cuya novedad era su concepto de «vernalización». La vernalización es la forma en la que las plantas responden a las diversas temperaturas de las estaciones. Lysenko consideraba que si la temperatura era manipulada, las plantas «pensarían» que la primavera y el verano se habían adelantado y, en consecuencia, producirían su cosecha antes de tiempo. Para los líderes soviéticos el pensamiento de Lysenko era la prueba evidente de que el ambiente era tan importante como la genética, algo que podía trasladarse a la sociedad. De esta forma, Lysenko pasó a ser llamado el «hombre de ciencia del pueblo^[92]».

El caso se inició con una absurda resolución del Partido y

el Gobierno sobre la «selección y el cultivo de semillas». Según los términos de la misma, todas las variedades de cosechas de baja productividad debían reemplazarse a lo largo del país en un plazo de dos años por una variedad de alto rendimiento^[93]. La resolución requería la creación de nuevas variedades de trigo que pudiesen reemplazar al centeno en las áreas del norte y este del país. Las regiones del sur debían tener nuevas especies de patatas. Se esperaba que el trigo soviético se transformara en una variedad altamente productiva con un elevado contenido en proteínas, resistente al frío, la sequía, las plagas y los parásitos. Para lograr ese objetivo se empapaban primero las semillas en agua. Las maneras bruscas de Lysenko gustaron a Stalin, que estaba convencido de que existía una «ciencia socialista», y le dio su apoyo incondicional. El genetista Nikolái Vavílov consideró que los objetivos eran absurdos e irrealizables.

Lysenko se vio atrapado en el juego de tratar de satisfacer a sus superiores, inventando pruebas pseudocientíficas y falsificando a menudo sus propias investigaciones de modo que corroborasen las ideas absurdas que ellos mismos habían expresado. A pesar de la falsedad de sus experimentos, que violaban las reglas más elementales de la genética, Lysenko quedó a salvo de los ataques de sus colegas. Sus acólitos acusaban a los detractores de Lysenko de ser «fascistas» (adjetivo que tuvo que modificarse una vez que se firmó el Pacto Ribbentrop-Mólotov). Durante los primeros años de la década de los treinta, Lysenko organizó una agresiva campaña contra sus rivales en su *Boletín de vernalización*. La labor de Lysenko fue alabada como un adelanto a favor de la técnica proletaria práctica contra la ciencia burguesa especulativa. Cuando se vieron incapaces de proporcionar los resultados que habían prometido, Lysenko y sus colaboradores culparon del fracaso a la falta de cooperación por parte de los partidarios

de la «genética burguesa^[94]».

En 1939, Vavílov y otros colegas que habían conseguido escapar al terror enviaron una carta de seis páginas a Andrei Zhdánov, secretario del Comité Central, en la que defendían la genética tradicional frente a los experimentos de Lysenko. La carta subrayaba el «oportunismo» de Lysenko y de sus colegas, la poca fiabilidad de sus resultados y la incompatibilidad de Lysenko y sus defensores con el darwinismo y el consenso internacional sobre genética. La llamada «Carta de Leningrado» recibió una atención especial por parte de los líderes soviéticos. Stalin decidió que un comité especial dijese la última palabra. El acalorado debate no se limitó a la controversia entre Lysenko y sus detractores, sino que se centró también en el darwinismo. En ese momento el marxismo y el darwinismo se habían mezclado en la URSS. En la sentencia, los «jueces» señalaron que Lysenko había transgredido algunas reglas de la burocracia soviética, aunque se mostraron de acuerdo con él en que la genética formal era «antidarwiniana» y sus métodos «poco prácticos».

Aquellos que protestaron fueron puestos en manos del Gulag. Entre los científicos que hablaron con franqueza y criticaron a Lysenko (y que fueron enviados a gulags) se encontraban, entre otros, los académicos Meister, Muralov y Tulaikov, y los profesores Karpetchenko, Levitksi, Kovalev y Govorov. En 1940 se detuvo también a Nikolai Vavílov, acusado de ser un espía británico. Al parecer, la acusación se basó en su correspondencia con el genetista británico C. D. Darlington, que consiguió que una de las publicaciones de Vavílov fuera traducida al inglés. Al NKVD no le fue muy difícil construir pruebas de que Vavílov había entregado a los británicos importantes detalles sobre la investigación genética rusa, detalles que podrían haber facilitado la capacidad británica para alimentarse. Vavílov fallecería en prisión y con

él murió también una parte importante de la genética rusa. Vavílov fue probablemente el científico más destacado ejecutado y fue más venerado fuera de la URSS que en su país. Todavía hoy, a diferencia de Lysenko, es considerado un gran científico. Tan solo después de la muerte de Lysenko, en 1976, se expuso la falsedad de sus investigaciones. La tragedia jugó un papel destacado en las hambrunas que sufrió periódicamente la URSS^[95]. Vavílov fue rehabilitado en 1956 y recuperó su puesto de académico a título póstumo. Continuó siendo un miembro activo de la Academia de las Ciencias hasta el fin de sus días y responsable científico de una estación experimental que tenía la Academia cerca de Moscú, donde siguió investigando la temperatura, la humedad y otros factores, mientras continuaba con sus tentativas de alterar la herencia de las plantas y los animales de la zona.

Al parecer, el más disparatado de los proyectos estalinistas fue realizado por un aventurero extranjero que recibió importantes fondos para criar grandes cantidades de conejos gigantes^[96]. Por su parte, el psicólogo Naum Kotik afirmó haber descubierto los rayos N, hilos psíquicos invisibles que ayudaban a mantener a las personas unidas en los movimientos de masas. La investigación bacteriológica casi desapareció, pues la NKVD pensaba que aquellos que se dedicaban a ella estaban «buscando siempre nuevas formas de envenenar a la población o a las tropas^[97]».

A pesar de numerosos casos de retroceso científico, la ciencia realizó en general enormes progresos en la URSS y adquirió fama mundial. Entre los casos más destacados podemos citar a Piotr Kapitsa, que realizó un extraordinario trabajo sobre la física de las bajas temperaturas y llegó a convertirse en director del Instituto de Problemas de la Física de Moscú. Alexei Baj realizó trabajos pioneros en el mundo de la bioquímica. El genetista Iván Pavlov siguió desarrollando

sus revolucionarios proyectos hasta su muerte en 1935, aunque era vigilado de cerca por las fuerzas de seguridad. Otros destacados físicos como Lev Landau y Yevgeni Lifshits se dedicaron a formar a jóvenes promesas como Andrei Sájarov. Se produjo un exaltamiento de todos aquellos inventos considerados rusos. Todos los logros significativos de la ciencia habían sido, según la versión oficial, obtenidos por rusos. La teoría de la relatividad y la física cuántica, que no habían sido formuladas por rusos, eran despreciadas y tratadas como seudociencia. Los científicos del proyecto nuclear soviético convencieron a Beria de que solo era posible desarrollar la bomba atómica si se les permitía utilizar las teorías de Einstein. Stalin le dijo a Beria: «Déjalos en paz. Siempre tendremos tiempo luego de fusilarlos^[98]». Los conceptos relativistas de Einstein chocaban frontalmente con el monolitismo oficial, que proclamaba el carácter axiomático de las ideas absolutas del espacio, el tiempo y la materia en lo relativo a una verdad objetiva e inmutable para toda la realidad, ya fuese orgánica o inorgánica.

Existían, sin embargo, numerosos logros de los que el Estado soviético podía enorgullecerse durante la etapa de Stalin. Se llevaron a cabo importantes expediciones al norte de Rusia, donde se descubrieron materias primas. Nikolai Chkalov y otros pilotos que volaron por encima del polo norte batieron marcas mundiales. Las exhibiciones de gimnasia fueron numerosas. El diario *Pravda* se hacía eco de los jóvenes que habían logrado alguna proeza y, durante mucho tiempo, sus fotografías eran más habituales que las de Stalin^[99].

El fútbol se convirtió en deporte nacional. La principal rivalidad en el mundo del fútbol soviético se daba entre el club del NKVD, el Dinamo, y el de los sindicatos, el Spartak de Moscú, aunque a Stalin no le gustaba demasiado el fútbol, tal vez porque sentía envidia de su popularidad. Tanto Yagoda

como Yezhov y Beria odiaban al Spartak y a su fundador, Nikolai Starostin. En 1937, 1938 y 1939 el Spartak realizó una proeza deportiva: ganó la Copa y la Liga rusa. Beria se encargó personalmente de poner las cosas en su sitio. Starostin era demasiado popular para aplicarle los habituales castigos, por lo que Beria tuvo que esperar hasta la guerra mundial, cuando el fútbol no figuraba entre las preocupaciones de los ciudadanos. Starostin fue acusado de planear liquidar a la plana mayor del Partido y él y sus hermanos fueron condenados a diez años en el Gulag.

Una de las características principales de la sociedad estalinista durante la década de 1930 fue el grado de movilidad social. Como reflejo de las oportunidades abiertas por la «revolución desde arriba» y, posteriormente, por el terror, durante esa década se produjo una revolución social en la URSS. Por todo el país los miembros de las clases bajas tradicionales consiguieron situarse en posiciones de poder y prestigio en muchos sectores de la sociedad. Mientras que en un sentido esto se traducía en una progresiva urbanización y aburguesamiento del pueblo, en otro suponía la culminación de la revolución política de 1917. La vieja estructura de clases basada en la herencia fue demolida y surgió una nueva estructura social. No se trataba de un igualitarismo, pues los privilegios y las prerrogativas siguieron siendo parte esencial de la nueva estructura. Sin embargo, para las familias de aquellos que habían conseguido un ascenso social, la Revolución supuso un paso adelante en la consecución de las aspiraciones de un estilo de vida más confortable. Esta revolución social, con la llegada de miles de campesinos a las ciudades y la transformación en oficinistas de muchos de esos recién llegados, transformó la sociedad soviética.

En cuanto al igualitarismo, uno de los componentes básicos de la ideología bolchevique había sido la abolición de

todas las distinciones de clase. Esto significaba en la práctica acabar con las diferencias de sueldo, las cuales serían sustituidas por la máxima marxista «a cada uno según su habilidad, a cada uno de acuerdo con su necesidad». Sin embargo, con el tiempo, Stalin tuvo que dar marcha atrás. Fue una de las consecuencias del movimiento estajanovista, cuya ética era contraria a la igualdad. El régimen llegó a abolir la «igualación salarial» y a establecer escalas que «tomasen en cuenta la diferencia entre trabajadores preparados y no preparados». El principio marxista fue así transformado de «cada uno de acuerdo con su habilidad» a «cada uno de acuerdo con su trabajo^[100]». En definitiva, la utopía soviética no tenía más visos de hacerse realidad que la descrita por Tomás Moro. En realidad, la ingeniería social y cultural soviética se convirtió en una auténtica «distopía» que no produjo una sociedad ideal, sino una pesadilla de violencia, brutalidad, bajo nivel de vida y falta de libertad.

Al comentar un documental presentado por la televisión soviética sobre la era de Stalin, un crítico soviético escribió: «¿Cómo demonios podía vivir la gente en el infierno del dominio de Stalin? Pero lo hacía. Trabajaba, construía diques y fábricas, cantaba canciones, danzaba, celebraba las festividades nacionales, se moría de hambre, languidecía tras el alambre de púas y elogiaba a Stalin, incluso frente al pelotón de fusilamiento. La vida continuaba. Algunos ejecutaban a los campesinos, otros exigían sentencias de muerte para los “enemigos del pueblo” y otros incluso se autocensuraban porque no alcanzaban a entender la grandeza de las ideas de Stalin. ¿Por qué vivían así?»^[101]. El escritor Anatoli Makárov intentó dar una respuesta a ese interrogante. La joven generación de los años treinta aceptó a Stalin porque era joven e idealista; tenía una enorme fe en su propio país y en las ideas de la fraternidad comunista. Los integrantes de esta generación

estaban seguros de que la URSS se encontraba a la vanguardia de la humanidad y que el futuro glorioso llegaría pronto. Ese sueño era lo único que tenían y les daba la fuerza necesaria para afrontar todos los sacrificios. De esa manera, era preciso aceptar el terror en beneficio de un hermoso sueño que parecía encontrarse al alcance de la mano.

En ese sentido, existía cierto paralelismo con los jóvenes que apoyaron al nazismo. Uno de esos jóvenes alemanes escribió tras la guerra: «El nacionalsocialismo ofrecía todo lo que podía desear un joven en su imaginación más secreta y orgullosa: actividad, responsabilidad por sus semejantes y el trabajo con camaradas igualmente entusiastas a favor de una patria más grande y más fuerte. Incluía el reconocimiento oficial y carreras que habían sido inconcebibles antes. En cambio, del otro lado había solo dificultades y peligros, un futuro vacío y profundas dudas^[102]». Por supuesto, la realidad fue mucho más compleja tanto en la URSS como en Alemania. Hubo muchas personas que no eran jóvenes ni idealistas y muchos tan solo deseaban ascender, muchos estaban asustados y la propaganda había conseguido despersonalizar a amplios sectores de esas generaciones. Sin embargo, el comentario del joven alemán ofrece algunas claves de cómo muchos ciudadanos, de los sectores más jóvenes de Alemania y de la URSS, se enfrentaron a los horrores de las dictaduras y a los devastadores efectos de una guerra total.

Capítulo 11.

Conclusión: un traumático legado

*«Todo el poder —dijo un imbécil borracho—
tiende inevitablemente a corromper, y el
poder absoluto corrompe absolutamente».
Los hombres inteligentes debieran ser más
astutos y no repetir tan feble patraña. En
realidad, el poder es corrompido por las
personas.*

Yuli Andropov

Uno de los escasos discursos públicos de Stalin en los años de posguerra tuvo lugar en el Teatro Bolshói de Moscú en febrero de 1946. Se presentaba para la reelección como diputado del Sóviet Supremo y se dirigía a los habitantes del distrito Stalinski de la capital. El discurso de Stalin no influyó en la elección (era el único candidato), pero sus palabras fueron significativas como autojustificación. En lo referente al Estado, según Stalin, la Segunda Guerra Mundial había desmentido a la prensa internacional. El «sistema social soviético» no era una «experimento arriesgado», «abocado al fracaso», ni «un castillo de naipes impuesto al pueblo por los órganos de la policía secreta». «La guerra ha demostrado que el sistema social soviético es un sistema genuinamente popular y una forma viable de gobierno», afirmó^[1].

El septuagésimo cumpleaños de Stalin se celebró en diciembre de 1949 en un ambiente de halagos oficiales, exhibiciones, publicaciones, poemas e incluso oraciones. Aparte de las ya habituales referencias a su extraordinario

liderazgo y genio, se llegó a hablar de «inmortalidad». Pero, incluso para Stalin, eso era algo fuera de su control. Su estado mental se había deteriorado en los últimos años de su vida, que transcurrieron entre su oficina del Kremlin y su dacha a las afueras de Moscú. La imagen de Stalin que emerge de esos últimos años fue descrita por el editor de las memorias de Krushev: «Era la degeneración de la figura de Atila en un anciano roto y paranoico, planeando acabar con sus más cercanos colaboradores antes de destruirlos, temeroso de la comida de su propia cocina, pero provocando aún el terror entre todos aquellos que le rodeaban^[2]».

Los más destacados colaboradores de esa etapa fueron Malenkov, Mólotov, Kaganóvich, Beria, Krushev, Mikoyán y Voroshílov, todos ellos conspirando contra los demás en un ambiente de temor y sospecha permanente. En ese sentido, fue más seguro servir en el entorno de Hitler, que no poseía la misma paranoia sobre sus allegados, al menos hasta el atentado que casi le costó la vida en julio de 1944. En la URSS, la proximidad a Stalin no suponía ninguna garantía de seguridad personal o de supervivencia política. Todos deseaban ser nombrados sucesores, pero tenían que ser muy cuidadosos de no adelantarse a los acontecimientos, pues eso podía acarrear la ira implacable de Stalin. De hecho, todo parecía anunciar una nueva purga entre sus colaboradores, una nueva oleada de terror que fue evitada por un derrame cerebral el 2 de marzo de 1953.

Los detalles completos de la muerte de Stalin tan solo se conocieron en 1989. Pasó su último día en el Kremlin el 17 de febrero de 1953 y se dirigió a su dacha de Kuntsevo. El 27 de febrero asistió a la representación de *El lago de los cisnes*, oculto al público, en el Teatro Bolshói. El día siguiente vio una película y regresó a su dacha con Krushev, Malenkov, Bulganin y Beria, donde bebieron hasta las cuatro de la

mañana. Cuando sus invitados se marcharon, les dijo a sus guardias —al parecer, por vez primera— que se podían ir a dormir, hecho que ha generado una gran cantidad de teorías sobre lo que sucedió mientras dormían. Al día siguiente, los guardias esperaban a que se despertase Stalin, pero no escucharon nada. A las seis de la tarde se encendió la luz del dormitorio. No se escuchó nada más; hacia las diez de la noche los guardaespaldas estaban tan alarmados que se arriesgaron a despertar a su iracundo jefe. Le encontraron inconsciente en el suelo, con un brazo levantado, como si estuviese suplicando.

Se le trasladó a un sofá y se llamó al jefe de la KGB. Existen diversas versiones de lo que sucedió a continuación. Tal vez la más plausible sea la de Peter Lozgachev, segundo comandante de la dacha. Según su versión los primeros en llegar fueron Beria y Malenkov. No se llamó a ningún doctor (la mayoría de los antiguos doctores del Kremlin estaban en prisión); su médico de cabecera, el profesor Vinogradov, se encontraba en la prisión de Lubianka, donde era torturado regularmente. A Beria le enfureció que le molestaran: «No causen pánico... y no molesten al camarada Stalin», señaló. Solo a la mañana siguiente, cuando apareció Kruschev, se llamó finalmente a los doctores. «Estaban tan nerviosos que les temblaban los brazos y las piernas; les temblaban tanto que ni siquiera pudieron sacarle la camisa a Stalin: fue necesario cortarla con un par de tijeras^[3]». De esa forma, Stalin permaneció sin cuidados médicos durante trece horas vitales. Resulta imposible probar si esto fue un acto deliberado para acabar con el tirano, aunque es posible que Beria y Malenkov pensaran que la vida de Stalin no corría peligro. Tampoco es seguro que hubiese podido salvar la vida de haber acudido antes los médicos, pues sufrió una hemorragia cerebral masiva.

Stalin tardó tres días en morir. Recuperaba momentáneamente la conciencia, pero no así el habla. Los

doctores le aplicaban todos los tratamientos posibles; sus manos temblaban mientras Beria les insultaba y vigilaba celosamente. Este caminaba arriba y abajo por la habitación, besando la mano de Stalin y recordándole su lealtad cuando se recuperaba. Cuando quedó clara la incapacidad de Stalin, Beria demostraba el odio que sentía por él, pero cada vez que el dictador abría los ojos, este, aterrorizado por la idea de que pudiera llegar a recuperarse, se arrodillaba y comenzaba a besarle la mano.

Su agonía final fue presenciada por su hija: «En el último minuto —escribió— abrió sus ojos. Era una mirada terrible, de loco o de furioso y llena de miedo a morir^[4]». Levantó su brazo por última vez y dejó de respirar. Según la hija de Stalin, «tuvo una difícil y terrible muerte». Sin duda, no tan terrible como las de los millones de personas que habían fallecido bajo su brutal régimen. Poco a poco, según su hija, el rostro de Stalin se volvió «pálido..., sereno, hermoso, imperturbable»: «todos nos quedamos helados y en silencio». Beria salió a toda velocidad de la dacha y se dirigió a Moscú a organizar el nuevo Gobierno sin Stalin. Demostrando su cobardía, una vez que el tirano había muerto, gritó: «¡Ese canalla! ¡Esa inmundicia! ¡Gracias a Dios que nos hemos librado de él! ¡Él no ganó la guerra! ¡Nosotros la ganamos! ¡Y habríamos podido evitarla!». Incluso utilizó la expresión «culto a la personalidad» para denunciar a Stalin. Tres meses después sería arrestado por sus colegas y, en una fecha desconocida, fusilado. Los otros testigos de la muerte de Stalin ordenaron que el cuerpo fuera embalsamado por expertos del mismo instituto que se habían encargado del de Lenin y las noticias de su fallecimiento fueron hechas públicas a una sorprendida población. Sus colaboradores le lloraron. En realidad, Stalin, su jefe, les había fascinado y horrorizado por igual. En su dacha se encontraron secretos perturbadores sobre su obsesión con las venganzas y la

muerte. Uno de ellos era un mensaje del líder yugoslavo Tito, que le amenazaba abiertamente: «Stalin, deje de enviar a gente a matarme. Ya hemos capturado a cinco, uno de ellos con una bomba y otro con un rifle. Si no deja de enviar asesinos, voy a enviar uno a Moscú y no voy a tener que enviar a un segundo^[5]».

Es posible plantearse las consecuencias y el impacto que tuvo la muerte en Dzhugashvili-Koba-Stalin, lo que se podría denominar como «el paradigma de la muerte». Desde una edad muy temprana la vida personal y profesional de Stalin estuvo marcada por el fallecimiento, a menudo violento, de figuras clave de su entorno. No había cumplido todavía treinta años cuando murió su primera mujer, acontecimiento que, según numerosas fuentes, tuvo un profundo impacto en él. Muchos de sus compañeros cayeron en las luchas prerrevolucionarias y el «terror blanco» se llevó las vidas de varios camaradas bolcheviques durante la Guerra Civil rusa. En particular, la prolongada enfermedad de Lenin y su muerte prematura en 1924 no solo allanaron el camino para el dominio de Stalin sobre el Partido, sino que debieron de ser un inmenso trauma para él.

Resulta posible afirmar que este «paradigma de la muerte» permaneció en la conciencia de Stalin. El devastador suicidio de su segunda mujer en noviembre de 1932 fue un acontecimiento que reforzó la tendencia innata de Stalin a la introspección, a la desolación espiritual y a la venganza. Dos años más tarde, Kírov era asesinado en Leningrado. Su socio Kuibyshev falleció en 1935 y *Sergo Ordzhonikidze* se suicidó en 1937 tras un duro enfrentamiento con Stalin. Tras la guerra, otro colaborador cercano, Zhdánov, falleció en circunstancias sospechosas. Resulta evidente que hacia finales de la década de los cuarenta y principios de la década de los cincuenta, la conciencia de su propia muerte acompañó constantemente a

Stalin, algo que se manifestaría después en el grotesco «complot de los doctores».

A pesar del sufrimiento que había infligido a la población, la gente acudió a millares a prestar su último reconocimiento a Stalin. Miles de personas luchaban por poder presenciar por última vez el cuerpo del dictador, que permanecía en el Kremlin. En un trágico episodio final, cientos de personas que deseaban rendir sus respetos a Stalin por última vez fueron pisoteadas hasta la muerte debido a errores de seguridad. Incluso desde su ataúd, el cadáver de Stalin todavía podía acabar con vidas inocentes. Stalin fue enterrado al lado de Lenin en el mausoleo del Kremlin. Aunque unos dos años antes de su muerte, Stalin había comenzado a sospechar que Mólotov era, en realidad, un agente norteamericano y posiblemente hubiese acabado ante un pelotón de fusilamiento, este lloró en el funeral de su jefe, donde señaló compungido: «Podemos sentirnos orgullosos, ya que durante los últimos treinta años hemos vivido y trabajado con la guía de Stalin... Y siempre recordaremos lo que Stalin nos enseñó hasta el fin de sus días. La vida entera de este inspirado luchador del comunismo, iluminado por el sol radiante de las grandes ideas, es un ejemplo fundamental y fecundo para nosotros^[6]».

El dolor del pueblo era auténtico: tras tantos años, el culto a la personalidad había calado en la sociedad. Para cientos de miles de rusos, Stalin era su protector, su maestro y su ejemplo. Andrei Sájarov describió la escena: «La gente erraba por las calles distraída y confusa con la música fúnebre detrás. Yo también me dejé llevar». Stalin era venerado en una forma muy difícil de comprender para la mayoría de los occidentales. El joven Piotr Deriabin recordaba posteriormente la angustia de su madre al conocer la noticia del fallecimiento de Stalin: «¿Qué haremos ahora que el camarada Stalin ha muerto? ¿Qué

haremos?»^[7].

El apoyo a Stalin probablemente seguirá siendo mayor que en el caso de Hitler como consecuencia de la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial. Hitler fue «grande» mientras obtenía victorias y Stalin triunfó durante mucho más tiempo que el dictador alemán. De esa manera, Stalin convenció a sus compatriotas de que no había alternativa a las «medidas duras» que utilizaba. La autoridad consuetudinaria de la que gozaba Stalin (y Hitler en Alemania) así como la forma personal y arbitraria de gobernar no fueron capaces de reproducirse: tanto en el caso de Alemania como en el de la URSS, fueron fruto de un momento muy particular de la historia que permitió que entre la población y su líder se forjase un vínculo que duró hasta el fallecimiento del mismo. La visión retrospectiva que hoy tenemos de Stalin como uno de los mayores monstruos de la historia solo la conocían aquellos que habían vivido en su entorno y que habían podido sobrevivir. Sus sucesores se enfrentaban al reto de administrar el legado imponderable y ambiguo de Stalin y el estalinismo. Hitler y Mussolini habían sido derrotados en la guerra, y eso permitió que en sus países se produjera una ruptura radical con el pasado; pero Stalin prevaleció y, por lo tanto, esa ruptura era muy compleja. El entierro de Stalin y la multitud que acudió a rendirle sus últimos respetos fueron una muestra de las pasiones escondidas bajo la superficie de la sociedad: no estaba claro cómo podrían los dirigentes del Kremlin responder al desafío.

En febrero de 1956, en una reunión a puerta cerrada del Comité Central del Partido Comunista, Krushev pronunció un insólito discurso en el que los mitos sobre Stalin y el estalinismo llegaron abruptamente a su fin. Krushev acusó a Stalin de haber cultivado una tiranía grotesca y presentó, ante una atónita audiencia, un terrible catálogo de sus crímenes.

Habló durante horas. Incluso acabó con el mito de Stalin como brillante comandante en jefe. Señaló que Stalin había sido un cobarde que no había visitado el frente de batalla ni las ciudades destruidas. Para Krushev, estaba claro que la URSS se había salvado gracias a la «magnífica y heroica gesta de cientos de millones de personas». En el informe señalaba: «Camaradas, varios miles de honrados e inocentes comunistas han muerto a causa de la falsificación monstruosa de esos “procesos”, en los que se introducían toda clase de “confesiones” calumniosas, y por la práctica de “forjar” acusaciones contra uno mismo y contra los demás. Cuando Stalin determinaba que tal o cual persona debía ser detenida, se tenía que admitir como algo real que se trataba de un “enemigo del pueblo”. Beria y su camarilla [...] se superaban continuamente para demostrar la culpabilidad de la persona detenida y la veracidad de los documentos falsificados». Según testigos presenciales, tras la finalización siguió un «estruendoso y prolongado aplauso». Fue, sin duda, una extraordinaria presentación por parte de Krushev^[8].

Aunque la reunión era secreta, el discurso se filtró enseguida a los sorprendidos delegados extranjeros y fue leído en todas las secciones del Partido en la URSS. En Occidente, la política de Krushev se dio en llamar «desestalinización», algo comprensible si se tiene en cuenta que Krushev había dedicado un informe entero a la denuncia de Stalin. Sin embargo, Krushev había hablado de una campaña para eliminar el «culto a la persona». Krushev mantuvo la política de Stalin basada en los *koljoses* en el campo y siguió otorgando prioridad a los bienes de equipo en la industria. Por otra parte, se abstuvo de rehabilitar a figuras que habían caído en desgracia durante el régimen de Stalin, como Trotski, Bujarin u otros comunistas acusados de ser espías extranjeros.

En los siguientes años, gran parte del legado de Stalin fue

deshecho. Más de cinco millones de prisioneros fueron liberados. Se retiraron miles de estatuas y de retratos que adornaban las ciudades y las instituciones de la URSS. Stalingrado, el gran símbolo de la resistencia soviética, pasó a denominarse Volgogrado. El culto a la personalidad desapareció de la noche a la mañana. En octubre de 1961, el Partido ordenó la última de las humillaciones: el cuerpo de Stalin fue sacado del mausoleo de Lenin, en la plaza Roja.

Kruschev tenía un doble objetivo: por un lado intentaba salvar al Partido de cualquier responsabilidad culpando exclusivamente a Stalin de lo sucedido sin plantearse en ningún momento la contribución destacada del Partido en su ascenso al poder. Se trataba de discutir el legado de Stalin intentando salvar al Partido; era, por lo tanto, un juicio totalmente incompleto. Por otro lado, Kruschev utilizó la desestalinización para acabar con sus rivales políticos asociándolos con Stalin. El denominado «Informe Secreto» pretendía propiciar en el seno del Partido, y de la sociedad soviética en general, una amnesia selectiva y colectiva sobre los crímenes cometidos por Stalin. Era selectiva, pues se limitaba a denunciar algunos crímenes (los cometidos contra algunos «buenos comunistas») mientras ocultaba la existencia de otras víctimas, que seguirían siendo consideradas «contrarrevolucionarias» y objeto de una legítima represión. Mediante ese informe, Kruschev creó el mito del «buen comunista», víctima de los errores, es decir, de los «crímenes de Stalin». Fue un mito que alcanzó un enorme éxito.

A pesar de todo lo que había presenciado, Kruschev seguía pensando que la victoria sería finalmente del comunismo. Con una confianza contagiosa, atrajo a muchos funcionarios y a jóvenes ambiciosos a su lado. Con cierto paralelismo con lo que había hecho Stalin, Kruschev convenció a la gente de que los problemas de la URSS se podían solucionar mediante la

aplicación rigurosa de los principios básicos del marxismo-leninismo, algo que para Krushev suponía rechazar de plano a Stalin y regresar a la pureza de Lenin. Mucha gente respondió a ese llamamiento y se unió al Partido para transformar radicalmente la vida pública. Los más entusiastas entre ellos se dieron en llamar los «hijos del XX Congreso». Eran hombres y mujeres que seguían pensando en la superioridad de la URSS frente a los rivales occidentales. Para Krushev, el hecho de que el *Sputnik*, lanzado en 1957, sobrevolara Estados Unidos fue la confirmación —errónea— de que la URSS había superado a su mayor enemigo; para él, era la prueba de que la URSS vencería sobre un capitalismo que, como consecuencia de la descolonización, se encontraba en descomposición. Resulta evidente que el discurso de Krushev sobre la era de Stalin era limitado y que se basaba únicamente en el factor personal. Según esa visión, al eliminar ese factor, el sistema volvería a funcionar. Sin embargo, ese planteamiento no podía borrar las causas profundas del sufrimiento del pueblo soviético, ni explicar de forma satisfactoria las raíces del sistema.

Cuando Krushev fue reemplazado como líder, tampoco existió una voluntad seria de llevar a cabo una crítica profunda del período estalinista o de investigar las raíces sistémicas del fenómeno. Incluso hubo momentos en los que existió un deseo de rehabilitarle, aunque estos fracasaron. En la historia oficial, los hechos del estalinismo se trataban fríamente, sin discutir los detalles. Como resultado, el enorme sufrimiento bajo el estalinismo no aparecía en ella. Se reconocía que habían existido ciertas violaciones de las «normas de Lenin», pero estas eran consideradas como pequeños fallos de funcionamiento de un sistema complejo. Mólotov, reflexionando al final de su vida sobre la época del terror, señaló: «Por supuesto que se cometieron excesos, pero todo eso era admisible a mi juicio por lograr el principal objetivo,

¡conservar el poder del Estado! [...] Nuestros errores, incluyendo los grandes errores, estaban justificados^[9]».

En una conversación con Felix Chuev, este le preguntó a Mólotov sobre las torturas y sobre la muerte de familiares inocentes y por qué nunca se le ocurrió a Stalin que no «podía tener tantos enemigos entre el pueblo» dentro de la URSS. Mólotov solo acertó a contestar: «Es realmente triste que tantos inocentes murieran. Sin embargo, pienso que el terror de la última parte de la década de los treinta fue necesario. Por supuesto, si hubiésemos tenido más cuidado habría habido menos víctimas, pero Stalin era intransigente sobre un doble punto: no salvar a nadie, pero garantizar la estabilidad absoluta en el país durante mucho tiempo, durante la guerra y la posguerra, lo que sin duda se consiguió. Yo no niego que apoyé esa visión. Simplemente no era capaz de estudiar cada caso particular. [...] Era muy difícil trazar una línea precisa sobre dónde detenerse. [...] Esa política de represión era la única esperanza para el pueblo, para la Revolución. Era la única forma de mantenerse fieles al leninismo y a sus principios básicos^[10]».

Ahora bien, Stalin hizo lo que hizo no porque estuviese traicionando a la Revolución, sino porque la estaba llevando hasta sus últimas consecuencias. El terror tenía su origen en la tradición revolucionaria y en una visión del mundo sostenida por una generación de líderes. La política intolerante era inherente al bolchevismo. El trabajo fundamental de Lenin, *¿Qué hacer?*, contenía una cita de una carta de Lasalle a Marx en la que señalaba: «El partido se consolidará mientras se purgue a sí mismo». El mismo Stalin señalaría en 1924: «El Partido se hará fuerte realizando purgas de los elementos oportunistas», no discutiendo con ellos. La Guerra Civil rusa estimuló la creencia en la lucha política a vida o muerte, lo que llevó a rechazar los límites del poder estatal y a aceptar el terror

y la institucionalización de una poderosa policía política.

Existieron unos innegables elementos de continuidad en el régimen de Stalin. Este tenía pocas ideas originales, por lo que aplicó, en líneas generales, las de Lenin. En la eliminación de los enemigos de clase existió una gran similitud entre los objetivos de Lenin durante la Guerra Civil de acabar con el orden antiguo y los de Stalin bajo el plan quinquenal (al atacar a los *nepmani* y a los *kulaks*). Las políticas de los años treinta estuvieron en gran parte influenciadas por las de Lenin durante la Guerra Civil. El aumento de la burocracia y el Estado ya había comenzado durante la etapa de Lenin: Stalin acentuó esas tendencias. El terror ya había sido utilizado por Lenin para purgar a oponentes políticos, lo que proporcionó un precedente para Stalin. Stalin intensificó las tendencias autoritarias del bolchevismo, que ya eran evidentes antes de que asumiera el poder. Se ha señalado que Stalin era tan solo un déspota más en la historia rusa, el «zar rojo». Stalin, por su parte, nunca aceptó que se le viera como un dictador. Cuando el periodista norteamericano Eugene Lyons le preguntó en 1931 «¿es usted un dictador?», este respondió: «No, yo no soy un dictador... Ningún hombre o grupos de hombres pueden dictar. Las decisiones las toma el Partido y las llevan a cabo el Comité Central y el Politburó^[11]».

Existen, asimismo, elementos de discontinuidad destacados. Stalin puede ser considerado como un traidor a la Revolución por haber pervertido sus principios en beneficio propio, tesis defendida por Trotski y sus seguidores; es decir, que la «dictadura del proletariado» se convirtió en la dictadura personal de Stalin. La utilización del terror estaba justificada durante el período de Lenin, pues estaba en juego la existencia misma del régimen. Stalin, por el contrario, lo utilizó para sus propios fines. Las políticas económicas de Stalin marcaron una ruptura clara con la NEP. Se puso el énfasis en la coacción más

que en el compromiso, algo que ha sido subrayado por los historiadores soviéticos del período de la *glasnost*. Los defensores de las políticas más conciliadoras de Bujarin también enfatizaron ese drástico alejamiento de la NEP. La escuela determinista defiende que la Revolución se encontraba en peligro en 1928 y que las políticas de Stalin introdujeron cambios notables que la salvaron.

La visión tradicional sobre Stalin le presentaba como un dictador despiadado y eficiente que controlaba totalmente la URSS. Según esta visión, Stalin había convertido a la URSS en la representación fidedigna de la pesadilla de Orwell, un mundo sin historia, un lugar donde nada cambiaba y nada tenía sentido fuera de la mente paranoica del *Vozhd*. Sin embargo, a pesar de sus proporciones monstruosas, el aparato policial no fue nunca capaz de imponer y mantener un control absoluto sobre la totalidad de la población del país más grande del mundo. A pesar de la utilización de tecnología (de la era preinformática) y de los métodos de vigilancia y seguimiento, la imagen del «Gran Hermano» que todo lo ve nunca se materializó. Mientras millares eran atrapados por la red mortal, otros muchos continuaron con sus actividades rutinarias y sus preocupaciones diarias sin conocer nunca las cárceles o los campos de concentración del régimen.

Asimismo, se defendía que, gracias a Stalin, y a pesar del sufrimiento de su pueblo, la URSS pudo convertirse en una gran potencia. Resulta hoy muy difícil seguir manteniendo esa tesis. El estalinismo fue despiadado, pero no eficiente. El sistema era tan ineficiente en la URSS como lo fue (a pesar de los tópicos) en la Alemania nazi. Durante la década de los treinta, esto resultó evidente en política interior. Stalin buscó centralizar un sistema económico y político que dependía demasiado de iniciativas locales. Como consecuencia, fue preciso aplicar correctivos desde el centro, lo que supuso que,

en la práctica, las políticas de Stalin fueran tanto reactivas como proactivas. De manera similar, la política exterior tuvo que ser corregida debido a errores de juicio previos y, en parte, a circunstancias fuera de su control. La guerra con Alemania paralizó todo el sistema. La planificación económica de los años treinta había movilizó a la URSS para una campaña ofensiva, mientras que los errores diplomáticos de Stalin hacían necesario una respuesta defensiva que no podía improvisarse. Se tuvieron que realizar notables cambios para transformar la situación. Paradójicamente, la producción soviética se hizo más eficiente mediante la desmovilización de la estructura de planificación con el fin de estimular la movilización militar. La URSS derrotó a Alemania porque fue capaz de trascender los límites impuestos por el estalinismo.

En los últimos años algunos historiadores, al estudiar la naturaleza y la escala del poder de Stalin, han sugerido que en ciertos aspectos este puede ser considerado un «dictador débil», descripción similar a la que el historiador Hans Mommsen hizo en su día de Hitler. Se afirma que, aunque Stalin se mantuvo en el vértice de la estructura del poder y que fue el cerebro de las decisiones más relevantes en política interior y exterior, incluido el terror, era también consciente de que sus órdenes eran ignoradas o modificadas por burócratas en las provincias. Por otra parte, Stalin temía que la resistencia interna pudiera aliarse algún día con sus opositores políticos y enemigos externos. En todo caso, parece más apropiado utilizar la descripción de Stalin como un dictador «inseguro» y no «débil^[12]». Por supuesto, la visión tradicional de Stalin como omnipotente también debe ser descartada, pues se trata de una noción ajena al análisis histórico. Esa imagen fue reforzada por obras de ficción antiestalinistas de autores como Solzhenitsyn, Grossman y Rybakov.

Un rasgo fundamental del estalinismo fue su carácter

contradictorio. Las paradojas abundan: Stalin como «Líder, Maestro y Amigo» del pueblo soviético y, al mismo tiempo, el opresor de millones. Stalin como un revolucionario bolchevique convencido y, sin embargo, ejecutor de valores culturales y sociales tradicionales. Stalin, el comunista igualitario que preside un Partido y una sociedad jerárquica. La figura del culto semidivino en torno a Stalin comparada con la fragilidad del individuo. Stalin como «antiburócrata» cuando la burocracia se disparó bajo su liderazgo. Stalin como «dictador omnipotente» pero que dependía de camarillas locales y de subordinados para poner en práctica sus políticas. Stalin decano del internacionalismo marxista fuera de sus fronteras mientras promovía el nacionalismo chauvinista en la URSS. Stalin el diplomático «amante de la paz» que hacía lo posible en la década de los treinta para prepararse para la «guerra inevitable». La imagen de la abundancia de la propaganda soviética que contrastaba con la escasez que sufría la mayoría de la población. La constitución más «democrática» del mundo que desemboca en el Gran Terror de 1937-1938 y el Estado «todopoderoso» que se encuentra atrapado por la cultura política de una sociedad campesina «atrasada».

Después de 1945 la posición de Stalin era vulnerable en gran medida por las fuerzas que habían hecho posible la victoria militar. Por ello, tuvo que reinstaurar los controles que habían existido durante la década de los treinta, pero que se habían suavizado durante la guerra. Sin embargo, estos controles eran la expresión de la inseguridad, no de una «dictadura madura». Stalin precisaba reinstaurar los controles en todas las esferas: sobre los militares (cese de Zhúkov), el Partido (el asunto de Leningrado), el aparato de seguridad y las altas esferas del Presidium (el complot de los doctores). Su hija llegaría a decir: «Con todo el poder que tenía, estaba impotente ante el terrible sistema que había crecido en torno a él como un

enorme panel de abejas y que era incapaz de destruir o de controlar». Era ya un anciano enfermizo, impredecible y peligroso al que le mentían sus aterrorizados subordinados, presidiendo una deficiente burocracia y furioso, como el rey Lear, contra el fracaso y la mortalidad^[13].

Asimismo, la expansión en Europa se realizó de una forma menos controlada y calculada de lo que tradicionalmente se ha pensado. Fue, en gran parte, una respuesta a las circunstancias para justificar algunas políticas internas, un regreso a la interacción entre la política interna y externa de los años treinta. El Estado estalinista ya se encontraba en declive cuando fue sustituido por Kruschev, que hizo lo que pudo para reformar uno de los sectores más necesitados: la agricultura. El reemplazo de Kruschev por Brézhnev llevó a un intento de revivir la centralización estalinista, pero la infraestructura ya había quedado atrás para competir con Occidente. El resultado fue el declive y la caída del Estado soviético.

Tras la Segunda Guerra Mundial comenzó a aparecer una creciente literatura de disenso, que proporcionaba un instrumento para el análisis y el debate acerca del período estalinista y su significado. En este sentido, cabe destacar las obras de Medvedev y de Solzhenitsyn. En este período aparecieron también las memorias de Mandelstam y de Alilúyeva. Las obras de Grossman fueron las primeras que abordaron problemas como los aspectos comunes del nazismo y el estalinismo, la debilidad de la tradición democrática rusa y la esencia no democrática del leninismo. Algunos historiadores señalaron al marxismo como causa fundamental de lo que sucedió en la URSS: no culpabilizaban a Marx del estado de terror estalinista, pero apuntaban a fallos básicos en el marxismo que orientaron a Stalin y al Partido. Desde esta perspectiva, Marx y Engels aparecían como brillantes estudiosos del capitalismo que habían observado sus defectos,

pero que ignoraron su fuerza. Al mismo tiempo, subestimaron la importancia de la libertad democrática y la capacidad de resistencia del nacionalismo y de la religión. Tampoco valoraron en su justa medida el papel de la herencia cultural y de aspectos sociales como la familia. Creyeron que habían proporcionado un fundamento científico al socialismo, pero en realidad fueron los últimos socialistas utópicos, como habrían de demostrarlo los hechos durante el siglo que siguió a su muerte.

La búsqueda de las raíces más profundas del estalinismo nos obliga también a remontarnos a la historia de Rusia y a reevaluar el carácter del bolchevismo que llegó al poder en 1917. Resulta indudable que la tradición democrática en Rusia ha sido débil. La autocracia contaba con raíces profundas en el país y a eso es preciso añadir el extremismo de la intelectualidad rusa. La interacción de esos dos elementos no imposibilitaba el desarrollo de una democracia, pero resulta indudable que lo dificultaba enormemente.

El legado del estalinismo sería muy prolongado. Tal y como había señalado Stalin en 1946, el sistema no era «un castillo de naipes», pues contaba con una fuerza considerable. Su característica básica había sido la dictadura personal. Si el sistema había sido establecido como una serie de estructuras burocráticas yuxtapuestas y competitivas, era precisa la intervención desde arriba para mantener el equilibrio para que el sistema no degenerase en un inmovilismo destructivo. El período de Kruschev fue un intento por llevar a cabo un estilo intervencionista de liderazgo, pero sin el terror para apoyarlo. El intento fracasó debido a que se había alienado el apoyo de poderosos grupos de interés y no contaba con ningún arma para poder superar esa oposición. Como consecuencia de su experiencia, su sucesor, Brézhnev, eligió un estilo de liderazgo no intervencionista. Optó por dejar a los funcionarios de los

niveles inferiores en su puesto, independientemente de su rendimiento. Esto tuvo como consecuencia que se hicieran fuertes de nuevo grupos informales de poder que habían estado ya presentes en los años treinta. El régimen llevó a cabo una política de no intervención tan fuerte que la estructura comenzó a atomizarse.

Cuando Gorbachov llegó al poder, intentó llevar a cabo una política intervencionista para transformar el sistema, pero también fracasó. Evitando el terror, precisaba un arma con la que combatir a sus oponentes: eligió la apertura y la democratización, apoyándose en la población para impulsar sus reformas. Sin embargo, el sistema ya no era lo suficientemente flexible como para poder acomodar tales reformas. Es posible que la estructura legada por el estalinismo hiciese imposible que un único líder fuese capaz de aplicar grandes reformas sin coacción. Por supuesto, nada de esto era inevitable. Si las reformas hubiesen sido introducidas a tiempo cuando las presiones económicas no eran todavía tan fuertes, es posible que se hubiese podido llevar a cabo una transformación sustancial del sistema. Pero tal y como sucedió, las reformas fueron postergadas hasta finales de los años ochenta, cuando ya era demasiado tarde para introducir cambios sin alterar las bases mismas del sistema. El legado del estalinismo era ya demasiado profundo y sus raíces se hundían en todos los sectores de la sociedad.

El sistema estalinista estaba formado por partes estrechamente entrelazadas, lo que en la práctica hacía imposible que ninguna pudiese ser aislada de los cambios que se produjesen en otras áreas: no era posible introducir reformas económicas significativas sin llevar a cabo al mismo tiempo cambios políticos notables; una apertura progresiva no podía ser efectiva sin una democratización de las instituciones. Al final, la tarea resultó superior a la capacidad del liderazgo

soviético que tomó el mando del país en 1985. La «revolución desde arriba» de Stalin, que tenía como objetivo «construir el socialismo» y crear un Estado soviético poderoso, puso en marcha desarrollos socioeconómicos contradictorios que al final contribuyeron a la caída de la URSS.

La economía estalinista se basaba en un modelo de industrialización y modernización decimonónico y atrasado, basado en el carbón, el hierro, el acero y la metalurgia. Ese modelo tuvo enormes dificultades para adaptarse a la revolución científica y tecnológica de la segunda mitad del siglo XX: la era de los microprocesadores, los ordenadores personales y la robótica. Socialmente, a medida que un número mayor de ciudadanos soviéticos se beneficiaba de una mejor educación, del proceso de urbanización y de cierta movilidad social, sus expectativas y aspiraciones crecieron en consonancia. Sin embargo, las anquilosadas y rígidas estructuras burocráticas difícilmente podían dar cabida en su seno a las aspiraciones sociales y de consumo de la nueva clase media soviética. El resultado de esta falta de flexibilidad y de adaptación fue un sentimiento progresivo de cansancio y de desilusión general con el socialismo, un escepticismo hacia la movilización ideológica y, finalmente, una amenaza para el mismo régimen. La primacía de los intereses del Estado condujo al inmovilismo político, mientras que el gran salto espoleado por Stalin hacia la transformación industrial y cultural llegó a un punto muerto. En ese sentido, Stalin no solo llevó al régimen soviético a un callejón sin salida, sino también a su fin.

Durante la etapa de Gorbachov se creyó que se abría una era de discusión abierta y profunda del estalinismo. Sin embargo, en un primer momento no fue la línea que deseaba seguir Gorbachov. Al inicio estimó que el estalinismo era «un concepto ideado por los enemigos del estalinismo y utilizado

ampliamente para atacar a la Unión Soviética y al socialismo^[14]». Tan solo un año después, afirmó que no existirían «zonas en blanco» en la historia de la URSS, lo que suponía que se abrirían nuevas puertas para aquellos que desearan investigar en profundidad el período estalinista. Se realizaron nuevos estudios de prácticamente todos los aspectos del estalinismo, incluso se llegó a establecer una conexión clara entre Lenin y Stalin, lo que ponía en tela de juicio todo el sistema soviético. Asimismo, se repasaron los años del terror y sus víctimas.

Se realizó un estudio exhaustivo de la política exterior y del Pacto Germano-Soviético y una parte de la historiografía llegó a considerar que la URSS era en gran parte responsable de la Segunda Guerra Mundial. Se revisaron los fracasos militares y la falta de alerta ante las incesantes y numerosas señales que indicaban que la invasión alemana era inminente en 1941. La figura de Stalin como comandante en jefe fue también revisada, así como las atrocidades cometidas durante la guerra. Ni siquiera Lenin se salvó del nuevo revisionismo y una oleada iconoclasta barrió la antigua URSS. Se destruyeron los símbolos visuales del pasado y las estatuas de las figuras que habían caído en desgracia —emblemas del lado más oscuro de la historia soviética— fueron derribadas de sus orgullosos pedestales.

La población pudo por vez primera debatir sobre su oscuro pasado. El problema era que cuanto más se discutía sobre el régimen, más aumentaba la amenaza de deslegitimación del sistema. En cuanto el pueblo soviético pudo trazar una línea directa que conducía de Lenin a Stalin, el régimen tuvo los días contados. Fue el momento de percibir que «el futuro de la humanidad progresista» no era ya más que el pasado. Cuanto más se sabía de los horrores del régimen estalinista, más complicado resultaba evitar que ese mismo régimen pudiese

salvarse de la culpa. Al asociar a Stalin con las raíces mismas del régimen, era imposible que la autoridad moral del mismo pudiese continuar incólume. Sin duda, una de las causas de la baja popularidad del régimen en sus últimos años fue su falta de legitimidad como consecuencia de la apertura para la investigación del pasado soviético. Al no existir cauces adecuados para canalizar la libre expresión, la *glasnost* se volvió contra sí misma y contra la *perestroika*. Se fue generando una confrontación política encabezada por las críticas de Boris Yeltsin. En junio de 1988 se celebraron unas elecciones que, a pesar de no ser democráticas, no dieron al Partido Comunista todos los puestos en el Gobierno y permitieron que se formase una minoría de reformadores entre los que se encontraba Yeltsin.

Hacia el final del mandato de Gorbachov, la *perestroika* comenzó a ser objeto de duras críticas tanto por los que pensaban que las reformas se aplicaban demasiado lentamente, como por los comunistas que temían que destruyeran el sistema socialista y llevaran al país a la decadencia. Para la mayoría de la población la *perestroika* tan solo significó tener que hacer más filas y enfrentarse a la escasez de alimentos. La última fase de la *perestroika* se caracterizó por las reformas que llevó a cabo Gorbachov, en particular la supresión del sexto artículo de la Constitución, sobre el papel dirigente del Partido Comunista.

Hitler y Mussolini fueron derrotados en la Segunda Guerra Mundial, y por ello se produjo una ruptura radical con el pasado. Stalin prevaleció y esa ruptura fue mucho más compleja. Dominados por el entusiasmo, los ciudadanos no consiguieron ver la mentira constante, el dominio burocrático arbitrario, la opresión cultural, el miedo generalizado y la hostilidad entre las nacionalidades. La falta de interés que ha existido en general en Rusia sobre su pasado ha tenido como

consecuencia que no haya habido héroes ni víctimas. Lamentablemente, los nombres de aquellos que se opusieron a Stalin no son tan conocidos como los de los que participaron en la conspiración para matar a Hitler.

Una característica del estalinismo, compartida con otras dictaduras del período, fue su nacionalismo radical. El énfasis en el pueblo, en la raza y el patriotismo soviético, apenas distinguible del nacionalismo zarista de la «Gran Rusia», fue más allá del simple amor a la patria. En una horrenda distorsión de los principios internacionalistas de Marx y Lenin, adoptó la forma más odiosa de chauvinismo, discriminación racial, un desprecio patente por otros valores culturales y una peligrosa xenofobia que durante un tiempo convirtió el hecho de ser extranjero en una ofensa criminal. Nada ilustra mejor esa herencia que la suerte que ha corrido el pueblo checheno. Tras su brutal deportación a Kazajistán, donde muchos murieron, cincuenta años después, la Federación Rusa volvió a arrasar Chechenia en el curso de dos guerras. Si el pueblo ruso hubiese tenido realmente presente lo que Stalin hizo con los chechenos, no podría haber invadido Chechenia en los años noventa: hacerlo era moralmente equivalente a que Alemania invadiera de nuevo Polonia.

Con el nuevo sistema político implantado en Rusia, la cuestión del estalinismo no ha atraído la misma atención. Otros problemas mucho más acuciantes han suscitado de forma inevitable el interés del sufrido pueblo ruso. Sin embargo, para comprender en su totalidad el presente ruso, es preciso tener en cuenta el legado estalinista, y esto pasa necesariamente por enfrentarse al mismo. En definitiva, el estalinismo no sigue siendo relevante únicamente como punto focal del análisis histórico, sino como una condición necesaria para conocer las pautas de desarrollo postsoviético. Hasta que la historia se cuente en su totalidad y hasta que la comunidad

mundial insista en que alguien rinda cuentas y expíe el legado de Stalin y sus ejecutores, Rusia seguirá espiritualmente enferma, cautiva de los espectros del pasado estalinista. La imagen de Stalin seguirá presente en el discurso de los políticos extremistas del país, atentos a evocar la idea de que de no haber sido por Stalin, la URSS nunca se hubiese convertido en una potencia, como si aquella situación pudiese reproducirse en las actuales circunstancias económicas de mercado libre en un mundo globalizado.

A pesar de las revelaciones de su despotismo y su brutalidad, persiste en amplios sectores de la sociedad una cierta nostalgia de Stalin y su régimen. En el año 2000, en un amplio sondeo de opinión, se preguntó a los ciudadanos rusos cuál era el período de la historia del siglo xx que más admiraban. La mayoría eligió el período de Brézhnev. El de Kruschev contaba con un apoyo del 30%, el de la Revolución con un 28%, el reinado de Nicolás II con un 18%. La era de Stalin, con el 26%, se encontraba muy bien situado si se tiene en cuenta que los encuestados habían tenido acceso ya a gran parte de las obras basadas en los archivos abiertos tras la caída de la URSS. Muchos ciudadanos rusos evocan el pasado de forma selectiva, olvidando las atrocidades cometidas, y tienen la sensación de que Stalin proporcionó orgullo y seguridad. La era de Stalin se ha convertido así en una ficción para aquellos que buscan mitos con los que poder sobrellevar el duro presente. Por supuesto, no se trata de un fenómeno exclusivamente ruso: Hitler sigue teniendo sus seguidores, tanto en Alemania como en el resto del mundo (incluida Rusia). En la tierra natal de Stalin, Georgia, a pesar de la dureza con la que trató a sus paisanos, este es venerado como un compatriota brillante. Tanto sus estatuas como el santuario de su casa y hasta el vagón de ferrocarril en el que viajaba se mantienen intactos.

Desde la caída del Muro, ha surgido en Occidente cierta atracción por el simbolismo estalinista, que no ha suscitado el mismo rechazo que el nazi. Un síntoma significativo de esa percepción es descrito acertadamente por la historiadora Anne Applebaum en un viaje a Praga:

[...] Se exhibían pinturas de calles bonitas de buena factura, junto con bisutería y llaveros de Praga. Entre las curiosidades, uno podía adquirir objetos militares soviéticos: boinas, insignias, hebillas y prendedores, las imágenes de latón de Lenin y Brézhnev que los escolares soviéticos otrora solían llevar en el uniforme. El espectáculo me causó extrañeza. La mayoría de las personas que compraban la parafernalia soviética eran estadounidenses y europeos occidentales. Se habrían sentido incómodos al pensar en llevar una esvástica. Sin embargo, ninguno tenía inconveniente en llevar la hoz y el martillo prendida en la camiseta o la gorra. Era una observación sin importancia, pero, a veces, ese tipo de observación permite percibir mejor un estado de ánimo cultural. La lección no podría haber sido más elocuente: mientras que el símbolo de un asesinato masivo nos llena de horror, el símbolo de otro asesinato masivo nos hace sonreír^[15].

Es cierto que en nuestra cultura audiovisual la ausencia de imágenes ha tenido un impacto significativo sobre la percepción de los crímenes del estalinismo. El acceso a los campos del Gulag estaba prohibido y ninguna cámara filmó lo que en ellos sucedía, en contraste con lo sucedido en los campos de exterminio nazis al finalizar la guerra. Tampoco el cine occidental se ha mostrado demasiado interesado y no se han producido películas sobre el Gulag comparables a las que se han realizado sobre el Holocausto o sobre los campos de concentración japoneses (*La Lista de Schindler* o *El imperio del sol*, entre las más destacadas producciones de Hollywood).

La cultura intelectual tampoco ha sido mucho más receptiva a lo sucedido en la URSS. La reputación del filósofo alemán Martin Heidegger se vio afectada por su apoyo al nazismo, a pesar de que este se produjo antes de que Hitler cometiera la mayor parte de sus crímenes. En contraste, Jean-Paul Sartre no sufrió por su apoyo al estalinismo cuando ya

existían numerosos indicios de los brutales crímenes de Stalin. A pesar de la gran cantidad de información que comenzó a circular en Occidente sobre los horrores estalinistas, los ideales comunistas de justicia social e igualdad seguían siendo más atractivos que las ideas raciales del nazismo. Aunque en la práctica esas ideas hubiesen dado paso a un régimen brutal, los intelectuales occidentales de izquierda han sido, en general, reticentes a la hora de condenar el régimen estalinista. Tan solo en 1997 la publicación de la obra *El libro negro del comunismo*, escrito por antiguos marxistas franceses, demostró los avances de la izquierda en reconocer el carácter brutal de la dictadura de Stalin.

Por otro lado, ha existido siempre una gran resistencia a refutar la idea tradicional sobre la Segunda Guerra Mundial: resulta muy difícil admitir que se derrotó a un asesino de masas con la colaboración de otro igualmente sangriento y que la gran paradoja de la Segunda Guerra Mundial es que, en gran medida, la democracia se salvó gracias a los enormes esfuerzos del brutal comunismo soviético. En 1989, la organización rusa Memorial, que se ha dedicado a descubrir la verdad sobre los crímenes estalinistas, desenterró en Cheliabinsk, en los Urales, una enorme fosa común de la década de los treinta. Contenía ochenta mil esqueletos. Los agujeros de las balas en los cráneos hablaban por sí mismos. No se trataba de víctimas que hubiesen trabajado hasta la muerte en los gulags. Uno se ve obligado a preguntarse cuántos sitios más como ese habrá en la inmensidad de Rusia.

Stalin jugó un destacado papel en el hundimiento final de la URSS. Muchas de las instituciones y programas del período de Stalin sobrevivieron a su muerte: la burocracia de la nomenclatura, el planeamiento de la industria pesada con su enfoque en el complejo militar industrial, etc. Con los años, el sistema no pudo reformarse ni adaptarse a los nuevos tiempos.

Lenin y Stalin habían declarado que el capitalismo caería víctima de sus propias contradicciones, algo que podía aplicarse perfectamente al estalinismo y a la URSS. A largo plazo, los avances económicos y sociales crearon una sociedad educada y urbana, incompatible incluso con la versión menos pura del leninismo y el estalinismo, un sistema que sobreviviría hasta finales de los años ochenta.

Esta incompatibilidad también se presentaba entre las minorías étnicas de la antigua URSS y los rusos. La brutal guerra de Chechenia, el asesinato en ataques terroristas de cientos de ciudadanos rusos o la masacre en una escuela de Beslam, en Osetia del Norte, en 2004 son un triste recordatorio de las tensiones políticas, étnicas y religiosas del pasado imperial y estalinista ruso. El nacionalismo extremo y una dudosa nostalgia por el orgullo patriótico y la certidumbre de los años de Stalin permanecen vivos todavía en un sector de la sociedad rusa. Resulta muy difícil encontrar en Alemania negadores del Holocausto con credibilidad. Sin embargo, muchos continúan negando, y no solo en Rusia, el holocausto de Stalin. En Alemania los juicios de Núremberg iniciaron un proceso de rehabilitación. En la URSS, la mayoría de los culpables no fueron juzgados, ni siquiera se les apartó del poder. Perdonar al opresor es tratar con dureza al oprimido y la Rusia post *perestroika* se ha unido a la comunidad internacional, pero no ha renegado del holocausto de Stalin. Actualmente se pueden observar ocasionalmente retratos de Stalin en manifestaciones y conmemoraciones. A pesar de todo, el espíritu de Stalin parece haber desaparecido de la sociedad rusa. Tal vez lo más preocupante sea que una forma de nacionalismo autoritario haya cubierto, en parte, el vacío dejado por el colapso del comunismo, pues su retórica reclamando orden, condenando algunas características del capitalismo y rechazando a Occidente parte de ideas adaptadas

de la tradición bolchevique.

Al final, como consecuencia de los años de «socialismo real», en la Rusia actual los problemas medioambientales son graves, la esperanza de vida no es equiparable a la del mundo desarrollado, la democracia todavía dista mucho de ser plena y la corrupción y el crimen son males endémicos. Stalin fue un revolucionario que dedicó su vida a crear una utopía comunista en una era marcada por la Guerra Civil y las amenazas exteriores, los conflictos de clases y la posibilidad de aniquilamiento nuclear. Paradójicamente, muchas de sus políticas fueron clave para el desmoronamiento final de esa «utopía». Al final, la era de Stalin fue absolutamente decisiva para la historia de Rusia y de la URSS, pero, sin duda, no en la forma prevista originalmente por su protagonista.

Selección bibliográfica

Tras la desaparición de la URSS la producción bibliográfica sobre Stalin ha crecido de forma exponencial. Gran parte de los archivos fueron abiertos a los investigadores occidentales en 1991 (aunque algunos fueron cerrados nuevamente poco después). La bibliografía sobre Stalin y el estalinismo es cuantitativamente enorme y muy variable en calidad debido a las inevitables pasiones que sigue levantando su figura y su régimen. A continuación se ofrece una selección bibliográfica temática sobre los principales aspectos del estalinismo. La mayor parte de estas obras cuentan, a su vez, con amplias bibliografías para profundizar sobre aspectos concretos del período.

HISTORIOGRAFÍA

DAVIES, R. W. *Soviet History in the Gorbachev Revolution* (Londres: Macmillan, 1989). LAQUEUR, W. *Stalin: the Glasnost's revelations* (Londres: Unwin Hyman, 1990). Un estudio imprescindible para la investigación en Rusia es FITZPATRICK, S. y VIOLA, L. (eds.). *A researcher's guide to sources on Soviet social History in the 1930's* (Nueva York: Sharpe, 1990), que incluye artículos de S. Fitzpatrick sobre los diarios y publicaciones periódicas, de J. A. Getty sobre el Archivo de Smolensk, de P. Grimsted sobre fuentes de archivo, de H. Kuromiya sobre memorias del período, de L. Siegelbaum

sobre la industrialización, de L. Viola sobre la colectivización y de S. Wheatcroft sobre las estadísticas del período.

OBRAS GENERALES

Para el planteamiento totalitario véase, CONQUEST, R. *The Great Terror* (Londres: Pimlico, 1992); SCHAPIRO, L. *Totalitarianism* (Basingstoke: Macmillan, 1972) y, del mismo autor, *The origins of the communist autocracy* (Basingstoke: Macmillan, 1977). Para la oposición al estalinismo, KUTULAS, J. *The long War: The intellectual people's front and anti-Stalinism, 1930-1940* (Durham: Duke University Press, 1995). Sobre las nacionalidades, SUNY, R. GRIGOR y MARTIN, T. (eds.): *A state of nations: empire and nation-building in the age of Lenin and Stalin* (Oxford: Oxford University Press, 2001). Un estudio comparado del estalinismo y el nacionalsocialismo, en KERSHAW, I. y LEWIN, M. (eds.). *Stalinism and Nazism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997), y OVERY, R. *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin* (Barcelona: Tusquets, 2006).

BIOGRAFÍAS

Sobre Stalin cabe destacar: DEUTSCHER, I. *Stalin* (Oxford: Oxford University Press, 1972); TUCKER, R. *Stalin in Power* (Nueva York: W. W. Norton and Co., 1992) ofrece material más reciente así como SERVICE, R. *Stalin. Una biografía* (Madrid: Siglo XXI, 2006) y MEDVEDEV, Z. A. y MEDVEDEV, R. A. *El Stalin desconocido* (Barcelona: Crítica, 2005); RADZINSKY, E. *Stalin* (Londres: Hodder and Stoughton, 1996); un estudio más completo en VOLKOGONOV, D. *Stalin* (Londres:

Weidenfeld & Nicolson, 1991). El estudio del hijo de Beria ofrece una visión cercana a su padre, BERIA, S. *Beria, my father inside Stalin's Kremlin* (Londres: Duckworth, 1999). Sobre las motivaciones de Stalin, BRACKMAN, R. *The secret file of Joseph Stalin: a hidden Life* (Londres: Frank Cass, 2001). RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos* (Madrid: Taurus, 2003) ofrece una visión de los jefes de los servicios de seguridad. La obra de SEBAG MONTEFIORE, S. *La Corte del Zar Rojo* (Barcelona: Crítica, 2004) es un estudio de las relaciones de Stalin con sus colaboradores. Los primeros años de Stalin se encuentran en la obra del mismo autor *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario* (Barcelona: Crítica, 2007).

Sobre las principales figuras de la URSS, VOLKOGONOV, D. *The Rise and Fall of the Soviet Empire: political leaders from Lenin to Gorbachev* (Londres: Harper Collins, 1998). Sobre otras figuras destacadas véase, sobre Lenin, SERVICE, R. *Lenin: a biography* (Basingstoke: Macmillan, 2000); sobre Trotski, DEUTSCHER, I. *The prophet unarmed: Trotski, 1879-1921* (Oxford: Oxford University Press, 1954); *The prophet unarmed: Trotski, 1921-1929* (Oxford: Oxford University Press, 1959) y *The prophet unarmed: Trotski, 1929-1940* (Oxford: Oxford University Press, 1980); sobre Mólotov, WATSON, D. *Mólotov and Soviet Government* (Basingstoke: Macmillan, 1996); sobre Beria, KNIGHT, A. *Beria: Stalin's first lieutenant* (Princeton: Princeton University Press, 1993); sobre Zhúkov, CHANEY, O. P. *Zhukov* (Norman: University of Oklahoma Press, 1971); sobre Bujarin, COHEN, C. *Bukharin and the Bolshevik Revolution: a political biography* (Londres: Wildwood House, 1973); sobre Vyshinsky, VAKSBERG, A. *The prosecutor and the prey: Vyshinsky and the 1930s Moscow show trial* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1990); sobre Yezhov, CANSEN, M. y PETROV, N. *Stalin's loyal executioner: people's commissar Nikolai Ezhov, 1895-1940* (Stanford:

Hoover Institution Press, 2002).

RELATOS DE PERIODISTAS Y MEMORIAS

DURANTY, W. *Duranty reports Russia* (Nueva York: Viking, 1934); CHAMBERLIN, W. H. *Russia's iron age* (Boston: Little Brown, 1937). SCOTT, J. *Behind the Urals* (Boston: Houghton Mifflin, 1943). Entre las memorias más destacadas, véanse, ALLILUYEVA, S. *Twenty letters to a friend* (Harmondsworth: Penguin, 1967); ALLILUYEV, S. y ALLILUYEVA, A. *The Alliluyev memoirs* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1968); DJILAS, M. *Conversations with Stalin* (Harmondsworth: Penguin, 1963); KRUSCHEV, N. S. *Khrushchev remembers: the last testament* (Londres: Andre Deutsch, 1974); KRAVCHENKO, V. *I Chose freedom* (Londres: Robert Hale, 1947); MÓLOTOV, V. *Molotov remembers: inside Kremlin politics* (Chicago: University of Chicago Press, 1993); SERGE, V. *Memoirs of a revolutionary, 1901-1914* (Oxford: Oxford University Press, 1963); TROTSKY, L. *My life: an attempt at an autobiography* (Harmondsworth: Penguin, 1979). Relatos de dos viudas de víctimas de las purgas: MANDELSTAM, N. *Hope against hope* (Harmondsworth: Penguin, 1979) y la obra de GINZBURG, E. *El vértigo* (Madrid: Galaxia Gutenberg, 2005).

EL TERROR

MERRIDALE, C. *Night of stone: death and memory in Russia*. (Londres: Granta Books, 2000). Sobre el Gulag, JAKOBSEN, M. *Origins of the Gulag: the soviet prison Camp System, 1917-1934* (Kentucky: University Press of Kentucky, 1992). Un excelente estudio es el de APPLEBAUM, A. *Gulag. Historia de los*

campos de concentración soviéticos (Madrid: Debate, 2004). Véanse también CONQUEST, R. *The Great Terror* (Londres: Pimlico, 1992). La obra de SOLZHENITSYN, A. *Archipiélago Gulag* (3 vols. Barcelona: Tusquets, 2005-2007) sigue siendo imprescindible. Aspectos concretos del terror en SLUSSER, R. M. y WOLIN, S. (eds.), *The soviet secret police* (Nueva York: Praeger, 1957). El destino de los trabajadores norteamericanos en la URSS en TZOULIADIS, T. *Los olvidados* (Barcelona: Debate, 2010). Un relato clásico sobre los campos en SOLZHENITSYN, A. *Un día en la vida de Iván Denísovich* (Barcelona: Tusquets, 2008).

LA ECONOMÍA

Sobre la NEP, véase HUGHES, J. *Stalin, Siberia and the crisis of the New Economic Policy* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985). Los intentos de sustituir el libre mercado por un sistema de abastecimiento estatal, en OSOKINA, E. *Our daily bread: socialist distribution and the art of survival in Stalin's Russia, 1927-1941* (Armonk: Sharpe, 2001). KOTKIN, S. *Magnetic Mountain: stalinism as a civilization* (Berkeley: University of California Press, 1995) es un excelente estudio sobre el desarrollo de la ciudad de Magnitogorsk sobre la cual el autor extrae conclusiones más amplias. SHEARER, D. *Industry, State and society in Stalin's Russia, 1926-1934* (Ithaca: Cornell University Press, 1996). SIEGELBAUM, L. H. *Stakhanovism and the politics of productivity in the USSR, 1935-1941* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988) es un estudio social del estajanovismo. El papel de la mujer, en GOLDMAN, W. Z. *Women at the gates: gender and industry in Stalin's Russia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2002). Sobre la dirección de todo el sistema, REES, E. (ed.)

Decision-making in the Stalinist command economy, 1932-1937 (Nueva York: St. Martin's Press, 1979). Los problemas de la industria, en BERLINER, J. S. *Soviet industry from Stalin to Gorbachev* (Ithaca: Cornell University Press, 1988). Sobre la colectivización, VIOLA, L. *Peasant rebels under Stalin* (Nueva York: Oxford University Press, 1996) y CONQUEST, R. *The harvest of sorrow* (Londres: Hutchinson, 1986).

Las obras biográficas sobre Stalin citadas anteriormente cuentan, en general, con amplias secciones dedicadas a la política exterior soviética. Un estudio amplio, en ULAM, A. B. *Expansion and coexistence: the history of Soviet foreign policy, 1917-1973* (Nueva York: Rinehart & Winston, 1974). Una obra que considera que existía una voluntad genuina para alcanzar la seguridad colectiva, en HASLAM, J. *The Soviet Union and the struggle for collective security in Europe, 1933-1939* (Londres: Macmillan, 1984). Las relaciones de la URSS con China en la década de los veinte, en BRANDT, C. *Stalin's failure in China* (Nueva York: Harvard University Press, 1958). Como obras generales para la política de Stalin en la Guerra Civil española: MORADIELLOS, E. *El reñidero de Europa* (Barcelona, Península, 2001); ELORZA, A. y BIZCARRONDO, M. *Queridos camaradas. La Internacional comunista y España, 1919-1939* (Barcelona: Planeta, 1999). Sobre la relación de la República con la URSS de Stalin; VIÑAS, A. *La soledad de la República* (Barcelona: Crítica, 2006), *El escudo de la República* (Barcelona: Crítica, 2007) y *El honor de la República* (Barcelona: Crítica, 2008). Un estudio de un militar ruso, en Y. RBYALKIN, *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República* (Madrid: Marcial Pons, 2007). El camino que llevó a la URSS a la guerra mundial, en J. ERICKSON y DILKS, D. (eds.), *Barbarossa: the Axis and the Allies* (Edimburgo: Edinburg University Press, 1994); ROBERTS, G. *The Soviet Union and the origins of the Second World War* (Londres: Palgrave

MacMillan, 1995). Un estudio del Pacto Germano-Soviético, en READ, A. y FISHER, D. *The Deadly Embrace* (Nueva York: W. W. Norton & Company, 1988) y GORODETSKY, G. *Grand Delusion* (New Haven: Yale University Press, 1999). Sobre las relaciones diplomáticas durante el conflicto, SNELL, J. L. *Illusion and Necessity* (Boston: Houghton Mifflin, 1963).

LA GUERRA

Para situar la guerra en el marco general, KEEGAN, J. *The Second World War* (Londres: Pimlico, 1989). La historia más completa en un solo volumen, en WEINBERG, G. L. *A World at arms* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005). Sobre el rearme de la URSS, SAMUELSON, L. *Plans for Stalin's War Machine: Tujachevski and military-economy planning, 1925-1941* (Basingstoke: Macmillan, 2000). Una visión general del conflicto desde la perspectiva soviética, en OVERY, R. *Russia's War* (Harmondsworth: Penguin, 1997). Dos estudios más recientes, en BELLAMY, Ch. *Absolute war* (Nueva York: Knopf, 2007) y MAWDSLEY, E. *Thunder in the East. The Nazi-Soviet War, 1941-1945* (Londres: Hodder Education, 2005). WERTH, A. *Russia at war, 1941-1945* (Nueva York: Dutton, 1964) sigue siendo excelente. El historiador Richard Overy ha situado el momento decisivo de la guerra en fechas posteriores a diciembre de 1941 (punto este debatible teniendo en cuenta los sucesos de ese año), en *Por qué ganaron los Aliados* (Barcelona: Tusquets, 2005). Una obra general sobre el primer año del conflicto, en LOZANO, A. *Operación Barbarroja. La invasión alemana de Rusia* (Barcelona: Inédita, 2006). Un estudio completo de las operaciones militares, en ERICKSON, John, *The road to Stalingrad* (Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1983) y *The road to Berlin* (Londres: Weidenfeld &

Nicolson, 1983). Sobre la batalla de Stalingrado, la obra de BEEVOR, A. *Stalingrado* (Barcelona: Crítica, 2000) es un estudio excelente. En un nivel más detallado GLANTZ, D. *Armageddon in Stalingrad* (Kansas: University of Kansas Press, 2009). La trascendental batalla de Kursk es analizada en LOZANO, A. *Kursk, 1943. La batalla decisiva* (Barcelona: Malabar, 2007). La obra del mariscal ZHUKOV, G. *The Memoirs of Marshal Zhukov* (Londres: Jonathan Cape, 1971) debe abordarse con espíritu crítico. Una visión interesante de Stalin durante el conflicto es la de AXELL, A. *Stalin's war through the eyes of his commanders* (Londres: Arms and Armour Press, 1997). Las consecuencias inmediatas del conflicto, en ZUBKOVA, E. *Russia After the war, hopes, illusions and disappointments, 1945-1957* (Londres: M. E. Sharpe, 1998). El frente interior, en BARBER, J. D. y HARRISON, M. *The soviet home front: 1941-1945: a social and economic history of the USSR in World War II* (Londres: Longman, 1991).

LA GUERRA FRÍA

Una introducción general, en LOZANO, A. *La Guerra Fría* (Barcelona: Melusina, 2007). Para los orígenes, véanse FEIS, H. *From trust to terror: the onset of the Cold War, 1945-1950* (Nueva York: W. W. Norton, 1970); THOMAS, H. *Armed truce. The beginning of the Cold War, 1945-1946* (Nueva York: Atheneum, 1987). Las memorias de Kennan resultan esclarecedoras, KENNAN, G. *Memoirs, 1925-1950* (Nueva York: Bantam, 1969). La tesis de que la política exterior de Stalin era expansiva, en RAACK, R. *Stalin's drive to the West, 1938-1945: origins of the Cold War* (Stanford: Stanford University Press, 1995). El bloqueo de Berlín, en PARRISH, T. *Berlin in the balance: the blockade, the airlift, the first major battle of the*

Cold War (Reading: Perseus Books, 1998). Sobre las «oportunidades perdidas» para evitar la Guerra Fría, LARSON, T. *The anatomy of Mistrust* (Ithaca: Cornell University Press, 1997). Una gran recopilación de documentos, en HANHIMÄKI, J. et al (eds.), *The Cold War: a history in documents* (Oxford: Oxford University Press, 2003). Véanse también KUBOK, V. y PLESHAKOV, C. *Inside the Kremlin's Cold War: from Stalin to Khrushchev* (Cambridge: Harvard University Press, 1996). Sobre la bomba soviética, HOLLOWAY, D. *Stalin and the bomb* (New Haven: Yale University Press, 1994).

LA CULTURA

Sobre el culto a Stalin véase BROOKS, J. *Thank You, comrade Stalin! Soviet public culture from Revolution to Cold War* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997). Un estudio innovador que utiliza fuentes del NKVD, en DAVIES, S. *Popular opinion in Stalin's Russia: terror, propaganda and dissent, 1934-1941* (Cambridge: Cambridge University Press, 1997). Véase también VON GELDERN, J. y SITES, R. (eds.). *Mass culture in soviet Russia* (Bloomington: Indiana University Press, 1995). TAYLOR, R. y SPRING, D. (eds.). *Stalinism and soviet cinema, 1934-1941* (Londres: Routledge, 1993). PETRONE, K. *Life has become more Joyous, Comrades: celebrations in the time of Stalin* (Bloomington: Indiana University Press, 2000). BROWN, M. *Socialist realist painting* (New Haven: Yale University Press, 1998). KEMP-WELCH, A. *Stalin and the literary intelligentsia, 1928-1939* (Basingstoke: Macmillan, 1991). PAPERNY, V. *Architecture in the age of Stalin* (Nueva York: Cambridge University Press, 2002).

LA SOCIEDAD

Un estudio general, en ANDRLE, V. *A social history of twentieth-century Russia* (Londres: Edward Arnold, 1994). Dos obras sobre las políticas sociales del Gobierno estalinista que todavía son importantes: EASTMAN, M. *Stalin's Russia and the crisis in socialism* (Nueva York: Norton, 1940) y TIMASHEFF, N. S. *The great retreat* (Nueva York: Dutton, 1946). THURSTON, R. *Life and terror in Stalin's Russia, 1934-1941* (New Haven: Yale University Press, 1996). La vida diaria, en FITZPATRICK, S. *Everyday Stalinism. Ordinary lives in extraordinary times: soviet Russia in the 1930's* (Nueva York: Oxford University Press, 1999) y en la más reciente de FIGES, O. *Los que susurran* (Barcelona: Edhasa, 2009). Sobre los trabajadores, ANDRLE, V. *Workers in Stalin's Russia* (Londres: Palgrave MacMillan, 1988). Sobre los campesinos, FITZPATRICK, S. *Stalin's peasants: resistance and survival in the Russian village after collectivization* (Nueva York: Oxford University Press, 1998). Sobre la mujer y la familia, GOLDMAN, W. *Women, State and revolution: family policy and social life, 1917-1936* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993). Sobre la educación, FITZPATRICK, S. *Education and social mobility in the Soviet Union, 1921-1934* (Cambridge: Cambridge University Press, 1979). Para la religión, LUUKKANEN, A. *The religious policy of the Stalinist State, 1929-1938* (Helsinki: SHS, 1997). Sobre la justicia, SOLOMON, P. H. *Soviet criminal justice under Stalin* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).

FICCIÓN

La ficción resulta importante para comprender el clima

político y social de la década de los treinta. Véase, por ejemplo, DUNHAM, V. *In Stalin's Time: Middle class values in soviet fiction* (Durham: Duke University Press, 1990). Entre las mejores novelas soviéticas del período cabe citar: SHOKOLOV, M. *Virgin soil upturned* (Nueva York: Penguin, 1977) y OSTROVSKI, N. *How the steel was tempered* (Moscú: Foreign Languages Publishing House, 1959). Algunas novelas antisoviéticas: RYBAKOV, A. *Los hijos del Arbat* (Barcelona: Círculo de Lectores, 1989); KOESTLER, A. *Oscuridad a mediodía* (Buenos Aires: Editorial Abril, 1949) es la historia clásica de los juicios de las purgas por un excomunista occidental. Sobre la experiencia humana, GROSSMAN, V. *Vida y destino*, (Barcelona: Círculo de Lectores, 2007) y *Todo fluye* (Barcelona: Círculo de Lectores, 2008). También es preciso referirse a las obras alegóricas de ORWELL, G. *1984* (Barcelona: Destino, 1997) y *Rebelión en la Granja* (Barcelona: Destino, 2006). Una descripción de Stalin en una obra de ficción, en HARRIS, R. *Archangel* (Londres: Arrow, 1998).



ÁLVARO LOZANO CUTANDA. Roma, Italia (1967) es diplomático e historiador. Doctor *Cum Laude* en Historia y licenciado en Derecho, ingresó en la carrera diplomática en 2001. Ha estado destinado en el Ministerio de Asuntos Exteriores así como en las embajadas de España en Bolivia y Turquía.

Colaborador habitual en publicaciones especializadas de historia tanto españolas como extranjeras, es autor de las obras: *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, *Operación Barbarroja. La Invasión alemana de Rusia*, y *Kursk, 1943. La batalla decisiva* con las que alcanzó un notable éxito de ventas y crítica. Se ha especializado en historia de las relaciones internacionales y en temas de historia de la primera mitad del siglo XX, en particular de los dos conflictos mundiales.

Notas

[1] La descripción de las horas previas a la invasión alemana en ERICKSON, J. *The Road to Stalingrad*. Londres, 1975; capítulo 2 y READ, A. y FISHER, J. *The Deadly Embrace. Hitler, Stalin and the German-Soviet Pact, 1939-1941*. Nueva York, 1988. Véase también, LUKACS, J. *June, 1941. Hitler and Stalin*. Nueva York, 2006. <<

[2] La descripción de la dacha y la vida de Stalin en ella en ALLILUYEVA, S. *Twenty Letters to a Friend*. Londres, 1967. <<

[3] WHEATCROFT, A. y OVERY, R. *The Road to War*. Londres, 1999; p. 252. <<

[4] *Izvestia*, varios números, junio de 1941. <<

[5] BERTON, K. *Moscow: an Architectural History*. Londres, 1977. Véase también, BRAITHWAITE, R. *Moscow, 1941*. Suffolk, 2006; pp. 7-40. <<

[6] *Pravda*, varios números, junio de 1941. <<

[7] ERICKSON, J. *The Road to Stalingrad*; p. 106 <<

[8] CLARK, A. *Barbarossa. The Russian German Conflict*. Nueva York, 1985; capítulo 3. Nota: Las traducciones literales de obras extranjeras han sido realizadas por el autor. <<

[9] BEREZKHOV, V. *At Stalin's Side: His Interpreter's Memoirs from the October Revolution to the Fall of the Dictator's Empire*. Nueva York, 1994; p. 6. <<

[10] BELLAMY, CH. *Absolute War. Soviet Russia in the Second World War*. Londres, 2007; p. 155. <<

[11] WERTH, A. *Russia at War, 1941-1945*. Nueva York, 1964; p. 113. <<

[12] Véase SEATON, A. *The Russo-German War, 1941-1945*. Novato, 1990; capítulo 7. <<

[13] MARIE, J.-J. *Stalin*. Madrid, 2003; p. 663. <<

[14] BROMAGE, B. *Molotov: The Story of an Era*. Londres, 1956; p. 191. Sobre la alianza, véase, GORODETSKY, G. *Grand Delusion. Stalin and the German Invasion of Russia*. Nueva York, 1999. <<

[15] READ, A. y FISHER, J. *The Deadly Embrace*; p. 647. <<

[16] Véase DERIABIN, P. S. y CULVER EVANS, J. *Inside Stalin's Kremlin: An Eyewitness account of brutality, duplicity, intrigue and murder of Joseph Stalin*. Londres, 1998. <<

[17] LAQUEUR, W. *Stalin*. Barcelona, 2003; p. 324. <<

[18] DANIELS, R. V. *The Stalin Revolution*. Boston, 1994; p. 234. <<

[19] BRINTON, C. *Anatomía de la Revolución*. México, 1965. <<

[20] VAN REE, E. *The Political Thought of Joseph Stalin: A Study in Twentieth Century Revolutionary Patriotism*. Londres, 2002. <<

[21] REES, E. A. *Political Thought from Machiavelli to Stalin: Revolutionary Machiavelism*. Basingstoke, 2004. MCDANIEL, T. *The Agony of the Russian Idea*. Princeton, 1996. <<

[22] LIH, L. *et al* (eds.). *Stalin's Letters to Molotov, 1925-1936*. Londres, 1995; pp. 1-63. <<

[23] SUNY, R. G. «*Stalin and his Stalinism: Power and Authority in the Soviet Union, 1930-1953*», en KERSHAW, I. y LEWIN, M. (eds.). *Stalinism and Nazism. Dictatorship in Comparison*. Cambridge, 1997; pp. 26-52. TUCKER, R. «*Stalin and Stalinism: Sources and Outcomes*», en HILDERMEIR, M. y MÜLLER-LUCKNER, E. (eds.). *Stalinismus von dem Zweiten Weltkrieg: Neue Wege der Forschung*. München, 1998; pp. 1-16. <<

[24] BRANDENBERG, D. *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*. Cambridge, 2002. <<

[25] HOFFMAN, D. L. y KOTSONIS, Y. (eds.). *Russian Modernity: Politics, Knowledge, Practices*. Basingstoke, 2000. <<

[26] COURTOIS, S. *et al.*, *The Black Book of Communism*. Cambridge, 1999; p. 4. <<

[27] Véase KERSHAW, I. y LEWIN, M. «*Introduction: The Regimes and Their Dictators: Perspectives of Comparison*», en KERSHAW, I. y LEWIN, M. (eds.) *Stalinism and Nazism*; p.

[28] GROSSMAN, V. *Todo fluye*. Madrid, 2008; p. 261. En los últimos años la bibliografía sobre Stalin y el estalinismo ha aumentado de forma notable. Una serie representativa incluiría: TUCKER, R. C. *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*. Nueva York, 1990; BULLOCK, A. *Hitler and Stalin: Parallel Lives*. Londres, 1991; CONQUEST, R. *Stalin: Breaker of Nations*. Londres, 1993; WARD, C. *Stalin's Russia*. Londres, 1993; RADZINSKY, E. *Stalin*. Londres, 1997; WARD, C. (ed.) *The Stalinist Dictatorship*. Londres, 1998; MAWDSLEY, E. *The Stalin Years: The Soviet Union, 1929-1953*. Manchester, 1998; BOOBYER, P. *The Stalin Era*. Londres, 2000; BRACKMAN, R. *The Secret File of Joseph Stalin: A Hidden Life*. Londres, 2001; KUN, M. *Stalin: An Unknown Portrait*. Budapest, 2003; SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*. Barcelona, 2004; MEDVEDEV, Z. y MEDVEDEV, R. *The Unknown Stalin*. Londres, 2003; RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*. Madrid, 2003; R. OVERY, *Dictadores. La Alemania de Hitler y la Unión Soviética de Stalin*. Barcelona, 2006, y SERVICE, R. *Stalin: A Biography*. Londres, 2004. SOIMA, V. M. *Zapreshchenny Stalin*. Moscú, 2005; ZHÚKOV, I. N. *Stalin: Tainy vlasti*. Moscú, 2005. <<

[1] E. Radzinsky señala que Stalin habría nacido un año antes, en diciembre de 1878. Véase SEBAG MONTEFIORE, S. *Llamadme Stalin*. Barcelona, 2007; p. 53, nota a pie de página. El Gobierno zarista utilizaba el calendario juliano, que llevaba trece días de retraso respecto al gregoriano, empleado en Occidente. El Gobierno soviético pasó al calendario gregoriano en la medianoche del 31 de enero de 1918. De esa manera, al día siguiente fue el 14 de febrero de 1918. <<

[2] También fue conocido ocasionalmente con otros apodos como «David», «Nizhevadze», «Chizhikov» e «Ivanovich». <<

[3] PIPES, R. *Russia Under the Old Regime*. Londres, 1997. <<

[4] Incluso las fechas de nacimiento y sus parientes han sido objeto de polémica. Véase CONQUEST, R. *Stalin: Breaker of Nations*; capítulos 1 y 2. <<

[5] DEUTSCHER, I. *Stalin*. Londres, 1966; pp. 22-23. <<

[6] SERVICE, R. *Stalin*; pp. 18-19. <<

[7] SERVICE, R. *Stalin*; p. 13. <<

[8] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 40. <<

[9] Sobre los años formativos de Stalin, además de la obra de Sebag Montefiore, MCNEAL, R. H. *Stalin: Man and Ruler*. Basingstoke, 1988; TUCKER, R. C. *Stalin as Revolutionary, 1879-1929: A Study in History and Personality*. Nueva York, 1974; POMPER, P. *Lenin, Trotski and Stalin: The Intelligentsia and Power*. Nueva York, 1990, y SMITH, E. E. *The Young Stalin: The Early Years of an Elusive Revolutionary*. Londres, 1968. <<

[10] El nombre del partido cambió a Partido Comunista Ruso en 1918. <<

[11] Inspirado por el héroe de la novela *El parricida*, de Alexander Kazbegi. <<

[12] SERVICE, R. *Stalin*; p. 47. <<

[13] SERVICE, R. *Stalin*; p. 76. <<

[14] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 45. <<

[15] SERVICE, R. *Stalin*; p. 52. <<

[16] BARER, S. *The Doctors of Revolution*. Londres, 2000; p. 1167. <<

[17] Un estudio de Lenin y sus ideas en READ, C. *Lenin: A Revolutionary Life*. Londres, 2005. Su ensayo «¿Qué hacer?» se examina en pp. 52-59. <<

[18] KUN, M. *Stalin. An Unknown Portrait*; p. 54. <<

[19] PLESHAKOV, C. *The Tsar's Last Armada*. Nueva York, 2002. <<

[20] PIPES, R. *The Russian Revolution*. Nueva York, 1991; capítulo 1; pp. 3-53. <<

[21] VAN REE, E. «Stalin's Bolshevism: The First Decade», en *International Review of Social History*. Vol. 39, 1994; pp. 368-369. <<

[22] VAN REE, E. *The Political Thought of Joseph Stalin: A Study in Twentieth Century Revolutionary Patriotism*. Londres, 2002, pp. 115-121. <<

[23] STALIN, J. V. *Works*. Vol. 2. Moscú, 1953; p. 52. <<

[24] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 54. <<

[25] Finlandia pertenecía todavía al Imperio ruso. <<

[26] VOLKOGONOV, D. *Trotsky. The Eternal Revolutionary*. Nueva York, 1996; p. 25. <<

[27] LENIN, V. I. *Collected Works*. Vol. 35. Moscú, 1966; p. 84. <<

[28] Esa es la tesis de SUNY, R. G. «Beyond Psychohistory: The Young Stalin in Georgia», en *Slavic Review*. Vol. 50, 1991; pp. 48-58. <<

[29] STALIN, J. V. *Works*. Vol. 8. Moscú, 1954; p. 183. En este sentido, SUNY, R. G. «A Journeyman for the Revolution: Stalin and the Labour Movement in Baku, June 1907-May 1908», en *Soviet Studies*. Vol. 23; pp. 373-394. <<

[30] RIEBER, A. J. *Stalin, Man of the Borderlands*; p. 1677. <<

[31] Un análisis de esa posible faceta de Stalin como doble agente en RADZINSKY, E. *Stalin*; pp. 81-86. <<

[32] BRACKMAN, R. *The Secret File of Joseph Stalin: A Hidden Life*. Londres, 2001. <<

[33] VENNÉR, D. «L'admiration et la pitié», en *Nouvelle Revue d'Histoire*. Núm. 14, septiembre-octubre 2004; p. 5. <<

[34] PONTING, C. *Thirteen Days, Diplomacy and Disaster. The Countdown to the Great War*. Londres, 2003; p. 323. <<

[35] SEBAG MONTEFIORE, S. *Llamadme Stalin*; p. 367. <<

[36] WHEELER-BENNETT, J. W. *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace, March 1918*. Nueva York, 1971; pp. 243-244. <<

[37] SEBAG MONTEFIORE, S. *Llamadme Stalin*; p. 157. <<

[38] LENIN, V. I. *Polnoe sobranie sochineii*. Vol. 49. Moscú, 1964; p. 161. <<

[39] La expresión «Revolución rusa» nunca se utilizó en la URSS. La forma adoptada fue «Revolución de Octubre». Tras la caída de la URSS se ha utilizado «Revolución bolchevique» o incluso «golpe bolchevique». <<

[40] La obra estuvo prohibida por Stalin durante los años treinta y la gente que la tenía era ejecutada. <<

[41] SLUSSER, R. M. *Stalin in October: The Man who Missed the Revolution*. Baltimore, 1987. <<

[42] Véase, VAN REE, E. «Stalin's Bolshevism: The Year of the Revolution». *Revolutionary Russia*, Vol. 13, N.º 1, junio 2000; pp. 29-54. <<

[43] SEBAG MONTEFIORE, S. *Llamadme Stalin*; p. 425. <<

[44] SERVICE, R. *Stalin*; p. 140. <<

[45] TUCKER, R. C. *Stalin as Revolutionary*; pp. 178-179 y 182-183. <<

[46] TROTSKY, L. *Stalin*. Londres, 1947; p. 357. <<

[47] MCDERMOTT, K. *Stalin. Revolutionary in an Era of War*. Londres, 2006; pp. 38-39. <<

[1] VOLKOGONOV, D. *Stalin: Triumph and Tragedy*. Londres, 1991; pp. 198, 281. <<

[2] AMBA, A. *I was Stalin's Bodyguard*. Londres, 1952; p. 69. <<

[3] FISHMAN, J. y HUTTON, J. B. *The private life of Josif Stalin*. Londres, 1962; p. 72. <<

[4] LEVI, P. *Boris Pasternak*. Londres, 1990; p. 165. <<

[5] BAIKALOFF, A. V. *I Knew Stalin*. Londres, 1940; pp. 27-29. <<

[6] DE JONGE, A. *Stalin and the shaping of the Soviet Union*. Londres, 1986; p. 324. <<

[7] DURANTY, W. *Stalin and Co: The Politburo and the Men who Rule Russia*. Londres, 1949; p. 38. <<

[8] DEUTSCHER, I. *Stalin*. Londres, 1949, pp, 466-467. <<

[9] SEBAG MONTEFIORE, S. *Llamadme Stalin*; p. 78. <<

[10] BERIA, S. *Beria: My Father inside Stalin's Kremlin*. Londres, 1999; p. 143. <<

[11] TUCKER, R. *Stalin*; p. 212. <<

[12] Las opiniones de Stalin sobre Iván el Terrible, en BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; p. 683. <<

[13] DJILAS, M. *Conversations with Stalin*. Nueva York, 1962; p. 82. <<

[14] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; pp. 535 y ss. <<

[15] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 406. <<

[16] Citada en SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 30. <<

[17] Véase, RUGBY, T. H. «Was Stalin a Loyal Patron?», en

Soviet Studies. Núm. 38, 1986; pp. 313-314. <<

[18] ALLILUYEVA, S. *Twenty Letters to a Friend*; p. 86. <<

[19] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*. Nueva York, 1990; p. 56. <<

[20] RESIS, A. (ed.) *Molotov Remembers: Inside Kremlin Politics*. Chicago, 1993; p. 181. <<

[21] GGAUCHER, R. *Opposition in the USSR, 1917-1967*. Nueva York, 1969; p. 270. <<

[22] BERIA, S. *Beria my Father: Inside Stalin's Kremlin*. Londres, 2001; p. 157. <<

[23] FOWLER, W. *Barbarossa. The First Seven Days*. Pensilvania, 2004; p. 63. <<

[24] SERVICE, R. *Stalin*; p. 222. <<

[25] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; prólogo. <<

[26] SERVICE, R. *Stalin*; p. 3-12. <<

[27] OVERY, R. *Russia's War*. Londres, 1997; p. 16. <<

[28] OVERY, R. *Dictadores*; p. 50. <<

[29] GELLATELY, R. *Lenin, Stalin and Hitler. The Age of Social Catastrophe*. Nueva York, 2007; pp. 133. <<

[30] Reseña de la obra de RADZINSKY, E. *Stalin en Europe-Asia Studies*. Núm. 49, 1997; p. 177. <<

[31] TROTSKY, L. *Stalin: An Appraisal of the Man and his influence*. Londres, 1947; p. 1. <<

[32] TUCKER, R. *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*. Nueva York, 1973; p. 209. <<

[33] BAIKALOFF, A. V. *I Knew Stalin*. Londres, 1940; p. 84. <<

[34] SERVICE, R. *Stalin*; p. 223. <<

[35] CHUEV, F. *Tak govoril Kaganóvich*. Moscú, 1992; p. 154. <<

[36] IREMASCHWILI, J. *Stalin un die Tragödie Georgiens*. Berlín, 1932; p. 39. Las fechas sobre su primer matrimonio oscilan en las biografías entre 1904-1906. <<

[37] Los detalles, en SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; capítulo 1. <<

[38] Véase, RIEBER, A. J. «Stalin, Man of the Borderlands», en *American Historical Review*. Vol. 106, 2001; pp. 1661-1663. <<

[39] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 288. <<

[40] Véase RICHARDSON, R. *The Long Shadow: Inside Stalin's Family*. Londres, 1993; pp. 129-130. <<

[41] SERVICE, R. *Stalin*; p. 432. <<

[42] SERVICE, R. *Stalin*; p. 432. <<

[43] Véase, ALLILUYEVA, S. *20 Letters to a Friend*. Londres, 1967. <<

[44] GEIFMANN, A. *Thou Shalt Kill: Revolutionary Terrorism in Russia*. Princeton, Nueva York, 1993. <<

[45] LYONS, E. *Stalin: Czar of all the Russians*. Londres, 1940; pp. 176-177. <<

[46] DEUTSCHER, I. *Stalin*; p. 276. <<

[47] MCCAULEY, M. *Stalin and Stalinism*. Harlow, Essex, 2003; p. 92. <<

[48] TROTSKY, L. *Trotsky's Diary in Exile*. Londres, 1935. Es posible que la anécdota fuese falsa, pues la fuente es Trotski. <<

[49] CONQUEST, R. *The Great Terror, A Reassessment*; p. 54. <<

[50] EDEN, A. *Mémoires*. Tomo II. París, 1960; p. 418. <<

[51] FERGUSON, N. *The War of the World*. Londres, 2007; p. 198. <<

[52] WELLS, H. G. *Autobiography*. Vol. II; p. 806. <<

[53] LYONS, E. *Assignment in Utopia*. Londres, 1938. <<

[54] EDEN, A. *Facing the Dictators: The Memoirs of Anthony Eden*. Boston, 1962; pp. 1701-1171. Hull citado en ULAM, A. B. *Stalin. The Man and his Era*; p. 12. <<

[55] BARBUSSE, H. *Stalin*. Nueva York, 1935; pp. 282-283. <<

[56] MURPHY, J. T. *Stalin: 1879-1944*. Londres, 1949; p. 242. <<

[57] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 459. <<

[58] RESIS, A. (ed.) *Molotov Remembers*; pp. 179-180. <<

[59] Sobre los métodos de trabajo de Stalin, LIH, L. *et al* (eds.). *Stalin's Letters to Molotov, 1925-1936*. New Haven, 1995. <<

[60] WHEATCROFT, S. G. «From Team-Stalin to Degenerate Tyranny», en REES, E. A. (ed.). *The Nature of Stalin's Dictatorship: The Politburo, 1924-1953*; p. 90. <<

[61] RUGBY, T. H. «Was Stalin a Disloyal Patron?», en *Soviet Studies*. Vol. 38, 1986; pp. 311-324. <<

[62] HARRIMAN, W. A. y ABEL, E. *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*. Londres, 1976; p. 536. <<

[63] DJILAS, M. *Conversations with Stalin*. Londres, 1962; pp. 59-60. <<

[64] HARRIS, K. *Attlee*. Londres, 1982; p. 267. <<

[65] *Pravda*, 13 de enero de 1936. <<

[66] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 459. <<

[67] ALLILUYEVA, S. *Twenty Letters to a Friend*; pp. 155-156. <<

[68] SHÓSTAKOVICH, D. *Testimony: Memoirs as Related to Solomon Volkov*. Londres, 1979; p. 193. <<

[69] TALBOT, S. (ed.) *Khrushchev Remembers*. Londres, 1971; p. 111. <<

[70] DJILAS, M. *Conversations with Stalin*; pp. 76-77. <<

[71] DJILAS, M. *Conversations with Stalin*; pp. 60 y ss. <<

[72] Un análisis de su historial médico en ROMANO-PETROVA, N. *Stalin's Doctor: Stalin's Nurse: A Memoir*. Princeton, Nueva York, 1984; pp. 5-6. <<

[73] CROSS, R. *Citadel. The Battle of Kursk*. Londres, 1993; p. 45. <<

[74] BAZHANOV, B. *Avec Staline dans le Kremlin*. París, 1930; pp. 43-45. <<

[75] En los años cuarenta existían, además de Stalingrado, las localidades de Stalinsk, Stalinogorsk, Stalinbad, Stalinski, Stalinogrado, Stalinisi y Stalinaoul. <<

[1] STEVENSON, D. *Cataclysm. The First World War as Political Tragedy*. Nueva York, 2004; pp. 313-322. <<

[2] FERRO, M. «La Revolución rusa», en *Siglo XX. Historia Universal*. Madrid, 1997; p. 74. <<

[3] BRUCE LINCOLN, W. *Red Victory: A History of the Russian Civil War*. Nueva York, 1999. <<

[4] CRASO, N. «Trotsky's Marxism», en *New Left Review*. Núm. 44, 1967. <<

[5] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 11. <<

[6] AMBA, A. *I Was Stalin's Bodyguard*. Londres, 1952; p. 69. <<

[7] LEWIN, M. «Stalin in the Mirror of the Other», en LEWIN, M. *Russia/USSR/Russia: The Drive and Drift of a Superstate*. Nueva York, 1995; p. 214. <<

[8] DAVIES, N. *Europe. A History*. Nueva York, 1996; p. 935.

<<

[9] ULAM, A. B. *Stalin. The Man and his Era*; pp. 186-187. <<

[10] Véase DAVIES, N. *White Eagle, Red Star: The Polish Soviet War, 1919-1920*. Londres, 1972. <<

[11] D'ABERNON, LORD *The Eighteenth Decisive Battle of World History*. Londres, 1931; pp. 8-9. <<

[12] Véase LEWIN, M., MERRIDALE, C. y WARD, C. (eds.). *Perestroika: The Historical Perspective*. Londres, 1991; p. 244. <<

[13] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 63. <<

[14] SERVICE, R. *Stalin*; p. 209. <<

[15] CARRÈRE D'ENCAUSE, H. *Lenin*; p. 409. <<

[16] Citas en CARRÈRE D'ENCAUSE, H. *Lenin*; pp. 409-410. <<

[17] LENIN, V. I. *Collected Works*. Vol. 36. Moscú, 1966; pp. 594-596. Véase también BURANOV, Y. *Lenin's Will: Falsified and Forbidden*. Nueva York, 1994. <<

[18] Véase LEWIN, M. *Lenin's last struggle*. Londres, 1973. <<

[19] DURANTY, W. *Stalin and Co.: The Politburo and the Men who Rule Russia*. Londres, 1949; p. 39. <<

[20] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; p. 196. <<

[21] SERVICE, R. *Historia de Rusia en el siglo XX*. Barcelona, 2000; p. 157. <<

[22] DEUTSCHER, I. *Stalin*; p. 290. <<

[23] FITZPATRICK, S. *The Cultural Front: Power and Culture in Revolutionary Russia*. Ithaca, 1992; p. 49. <<

[24] GILL, G. *The Origins of the Stalinist Political System*. Cambridge, 1990; pp. 140-143 y 166-167. <<

[25] LEE, S. J. *Stalin and the Soviet Union*. Nueva York, 2006; p. 2. <<

[26] TUMARKIN, N. *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia*. Cambridge, 1997; pp. 236-238. <<

[27] *Pravda*, 30 de enero de 1924. <<

[28] CARR, E. H. *Socialism in one Country, 1924-1926*. Vol. 1; p. 152. <<

[29] TUCKER, R. *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*; pp. 353-354. <<

[30] Véase LEWIN, M. *Lenin's Last Struggle*. Londres, 1973, y del mismo autor, *The Soviet Century*. Londres, 2005; pp. 14-31 y 145. <<

[31] SLUSSER, R. M. *Stalin in October: The Man Who Missed the Revolution*. Baltimore, 1987. <<

[32] Véase THATCHER, I. D. *Trotsky*. Londres, 2003; pp. 124-

126. <<

[33] VOLKOGONOV, D. *Trotsky*; pp. 342-344. <<

[34] VOLENSKY, M. *Nomenklature: Anatomy of the Soviet Ruling Class*. Londres, 1984; p. 47. <<

[35] TROTSKY, L. *The Stalin School of Falsification*. Nueva York, 1962; pp. 89-95. <<

[36] GRAM, S. *Stalin: An Impartial Study of the Life and Work of Joseph Stalin*. Londres, 1931; p. 93. <<

[37] FUSI, J. P. *Manual de Historia Universal. Vol. 8. Edad Contemporánea*. Madrid, 1997; p. 243. <<

[38] Sobre el período de la NEP, FITZPATRICK, S., RABINOVICH, A. y SITES, R. (eds.). *Russia in the Era of NEP: Explorations in Soviet Society and Culture*. Bloomington, 1991. <<

[39] Al parecer, Bujarin estaba repitiendo la frase utilizada en 1840 por François Guizot, ministro del Gobierno «burgués» de Luis Felipe, NOVE, A. *An Economic History of the USSR*.

Londres, 1969; p. 123. <<

[40] WARD, C. *Stalin and Stalinism*; p. 17. <<

[41] Sobre el pensamiento ideológico de Stalin, VAN REE, E. *The Political Thought of Joseph Stalin*. Londres, 2002. <<

[42] REIMAN, M. *The Birth of Stalinism: The USSR on the Eve of the "Second Revolution"*. Londres, 1987; p. 35. <<

[43] STALIN, J. (ed.) *Leninism*. Londres, 1940. <<

[44] Un estudio de las ideas de Trotski, en KNEI-PAZ, B. *The Social and Political Thought of Leon Trotski*. Oxford, 1978. <<

[45] TUCKER, R. C. *Stalin as a Revolutionary, 1879-1929*; p. 384 <<

[46] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; p. 201. <<

[47] STALIN, J. *Problems of Leninism*. Moscú, 1947; p. 159. <<

[48] COLETTI, L. «The Question of Stalin», en *New Left Review*, 61, 1970. <<

[49] El relato clásico de la lucha de Stalin con las diferentes oposiciones en DANIELS, R. V. *The Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia*. Nueva York, 1969. <<

[50] *Izvestiia TsK KPSS*. Núm. 4, 1991; p. 198. <<

[51] LIH, L. *et al* (eds.). *Stalin's letters to Molotov, 1925-1936*; p. 5. <<

[52] VOLKOGONOV, D. *Stalin: Triumph and Tragedy*; p. 135. <<

[53] DANIELS, R. V. (ed.). *The Stalin Revolution: Foundations of Soviet Agriculture, 1929-1930*. Londres, 1980. <<

[54] CARR, E. H. *Socialism in One Country, 1924-1926*. Vol. 1; p. 224. <<

[55] Véase MERRIDALE, C. «The Reluctant Opposition: The

Right “Deviation” in Moscow 1928», en *Soviet Studies*. Núm. 41, 1998; pp. 382-400. <<

[56] TUCKER, R. *Stalin as a Revolutionary, 1879-1929*; p. 319. <<

[57] LARINA, A. *This I Cannot Forget*. Londres, 1994; p. 251. Sobre la pugna Stalin-Bujarin, COHEN, S. *Bukharin and the Bolshevik Revolution: A Political Biography, 1888-1938*. Nueva York, 1980. <<

[58] BERGER, J. *Shipwreck of a Generation*. Londres, 1971; p. 44. <<

[59] VOLKOGONOV, D. *Stalin: Triumph and Tragedy*; p. 177. <<

[60] AVTORKHANOV, A. *Stalin and the Soviet Communist Party: A Study in the Technology of Power*. Múnich, 1959; pp. 117-118. <<

[61] BUKHARIN, N. I. *Problemy teorii I praktiki sotsializma*. Moscú, 1989; pp. 298-299. <<

[62] MEDVEDEV, R. *Nikolai Bukharin: The Last Years*. Nueva York, 1980; en particular, pp. 117-118. <<

[63] AVTOKHANOV, A. *Stalin and the Soviet Communist Party*. Múnich, 1959; pp. 124-125. <<

[64] GOODING, J. *Rulers and Subjects: Government and People in Russia, 1801-1991*. Londres, 1969; pp. 199-200. <<

[65] *International Press Conference*. Vol. 8, 13 de agosto de 1928; p. 874. <<

[66] En este sentido, véase ROSENFELD, N. E. «The Importance of the Secret Apparatus of the Soviet Communist Party during the Stalin Era», en ROSENFELD, N. E., JENSEN, B. y KULAVIG, E. (eds.). *Mechanisms of Power in the Soviet Union*. Basingstoke, 2000; pp. 40-70. <<

[67] BARMINE, A. *One Who Survived*. Londres, 1945; pp. 247-248. <<

[68] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; p. 505. <<

[69] *Istochnik*. Núm. 3, 1994; p. 79. <<

[70] Véase LEWIN, M. *Russia/USSR/Russia: The Drive and Drift of a Superstate*. Nueva York, 1995; pp. 204-206. <<

[71] Véase DAVIES, S. *Popular Opinion in Stalin's Russia. Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*. Cambridge, 1997. Sobre las protestas de trabajadores, ROSSMAN, J. J. *The Teikovo Cotton Worker's Strike of April 1932: Class, Gender and Identity Politics in Stalin's Russia*. Cambridge, 1997. Sobre la disidencia de género, HEALY, D. *Homosexual Desire in Revolutionary Russia: The Regulation of Sexual and Gender Dissent*. Chicago, 2001. Sobre la economía sumergida, OSOKINA, E. A. «Economic Disobedience under Stalin», en VIOLA, L. (ed.) *Contending with Stalinism: Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*. Ithaca, 2002; pp. 170-200. Sobre la delincuencia, SHEARER, D. «Crime and Social Disorder in Stalin's Russia: A Reassessment of the Great Retreat and the Origins of Mass Repression», en *Cahiers du Monde russe*. Vol. 39, 1998; pp. 119-148. <<

[72] TALBOT, S. (ed.) *Khrushchev Remembers*; pp. 272-273. <<

[1] LATYSHEV, G. «Riadom so Stalinym», en *Sovershenno sekretno*, 12, 1990; p. 19. <<

[2] TUCKER, R. y COHEN, S. (eds.) *The Great Purge Trial*. Nueva York, 1965; p. XV. <<

[3] LYONS, E. *Assignment in Utopia*. Londres, 1938; p. 98. <<

[4] ANDREW, C. y GORDIEVSKY, O. *KGB: The inside story*. Londres, 1990; p. 187. <<

[5] DEUTSCHER, I. *Stalin*; p. 123. <<

[6] FAINSOD, M. *How Russia is Ruled*. Cambridge, 1967; p. 424. <<

[7] REIMAN, M. *The Birth of Stalinism. The USSR on the Eve of the "Second Revolution"*. Bloomington, 1987. <<

[8] Una amplia recolección de recuerdos en FIGES, O. *Los que susurran*. Barcelona, 2009. <<

[9] GORKY, M. *About the Russian Peasant*. Berlín, 1922; p. 19. (El libro nunca fue publicado en la URSS). <<

[10] SERVICE, R. *A History of Modern Russia*; p. 215. <<

[11] FITZPATRICK, S. «How the Mice Buried the Cat: Scenes from the Great Purges of 1937 in the Russian Provinces», en *Russian Review*, 52, 1993; p. 319. <<

[12] Véase, BEIRNE, P. (ed.) *Revolution in Law: Contributions to the Developments of Soviet Legal Theory, 1917-1938*. Nueva York, 1990. <<

[13] Véase, STARKOV, B. «Trotsky and Ryutin: From the History of the anti-Stalin resistance in the 1930s», en BROTHERSTONE, T. y DUKES, P. (eds.). *The Trotsky Reappraisal*. Edimburgo, 1992; pp. 71-73. <<

[14] DEUTSCHER, I. *The Prophet Armed, Trotsky: 1879-1921*. Oxford, 1954; p. 90. <<

[15] MEDVEDEV, R. A. *Let History Judge*. Nueva York, 1989; pp. 614-618. <<

[16] KNIGHT, A. *Who Killed Kírov. The Kremlin's Greatest Mystery*. Nueva York, 1999; p. 115. <<

[17] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; p. 499. <<

[18] GETTY, J. A. y MANNING, R. T. (eds.). *Stalinist Terror*; p. 47. <<

[19] El estudio más exhaustivo del asesinato de Kírov es el de KNIGHT, A. *Who Killed Kírov*. Nueva York, 1999. La obra concluye que la responsabilidad de Stalin no puede probarse fehacientemente. Véase LENOE, M. «Did Stalin Kill Kírov and Does it Matter?» en *Journal of Modern History*, 74, 2002; pp. 352-380. <<

[20] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 240. <<

[21] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 301. <<

[22] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 290. <<

[23] Los principales puntos de la Ley Kírov se encuentran en VOLKOGONOV, D. *Stalin. Triumph and Tragedy*; pp. 208-

209. <<

[24] PLESHAKOV, C. *Stalin's Folly. The Tragic First Ten Days of WWII on the Eastern Front*. Nueva York, 2005; p. 72. <<

[25] DOBRYNIN, A. *In Confidence. Moscow's Ambassador to America's Six Cold War Presidents*. Nueva York, 1995; p. 21. <<

[26] KRAVCHENKO, V. A. *I Chose Freedom*. New Brunswick, 2002; p. 170. <<

[27] Véase al respecto CONQUEST, R. *Stalin and the Kírov Murder*. Londres, 1989. <<

[28] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 302. <<

[29] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 447. <<

[30] ORLOV, A. *The Secret History of Stalin's Crimes*. Londres, 1954; pp. 129-130. <<

[31] ORLOV, A. *The Secret History of Stalin's Crimes*; p. 129.

<<

[32] PARES, B. *Russia*. Nueva York, 1943; p. 135. <<

[33] ANTONOV-OVSEYENKO, A. *The Time of Stalin*. Nueva York, 1973; pp. 145-146. <<

[34] MANDELSTAM, N. *Hope against Hope*; p. 99. <<

[35] NICOLAEVSKY, B. I. *Power and the Soviet Elite*. Nueva York, 1965; p. 48. <<

[36] Sobre Vyshinsky, véase VAKSBERG, A. *The Prosecutor and the Prey: Vyshinsky and the 1930s Moscow Show*. Londres, 1990. Sobre el número de ejecuciones, NOVE, A. «Victims of Stalinism: How Many?», en GETTY, J. A. y MANNING, R. T. (eds.). *Stalinist Terror: New Perspectives*. Cambridge, 1993; pp. 270-271. La cifra oficial del NKVD de ejecuciones de 1930 a 1950 fue de 786 098, con 3 778 234 personas condenadas a muerte o encarceladas. NATION, R. C. *Black Earth, Red Star*. Ithaca, 1992; p. 98. <<

[37] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 235. <<

[38] DE JONGE, A. *Stalin and the Shaping of the Soviet Union*. Londres, 1968; p. 276. <<

[39] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 287. <<

[40] WOODWARD, E. L. y BUTLER, R. (eds.). *Documents on British Foreign Policy, 1919-1939*. (DBFP). Serie A; p. 14. <<

[41] MEDVEDEV, R. A. *Nikolai Bukharin: The Last Years*. Nueva York, 1980; p. 115. <<

[42] COHEN, S. F. *Bukharin and the Bolshevik Revolution*. Londres, 1974; p. 365. <<

[43] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 362. <<

[44] VOLKOGONOV, D. *Stalin*; pp. 295-296. <<

[45] MEDVEDEV, R. *Let History Judge*; p. 174. <<

[46] RADZISNKY, E. *Stalin*; p. 380. <<

[47] MEDVEDEV, R. *Nikolai Bukharin: The Last Years*; p. 136.

<<

[48] TUCKER, R. C. y COHEN, S. F. (eds.). *The Great Purge Trial*. Nueva York, 1965; pp. 666-667. <<

[49] LIH, L. *et al* (eds.). *Stalin's letters to Molotov*; p. 155. <<

[50] BUJARIN, N. I. *Tiuremnye tetradi*. Moscú, 1994; pp. 23-25.

<<

[51] GETTY, J. A. y NAUMOV, O. V. *The Road to Terror*. New Haven, 1999; pp. 556-559. <<

[52] MEDVEDEV, R. *Nikolai Bukharin: The Last Years*. Nueva York, 1980; p. 161. <<

[53] COHEN, S. F. *Bukharin and the Bolshevik Revolution*; pp. 99 y 368. Bujarin sería rehabilitado póstumamente y readmitido en el Partido en 1988. <<

[54] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 400. <<

[55] VOLKOGONOV, D. *Trotsky. The eternal revolutionary*; pp. 377-378. <<

[56] Detalles en GARMABELLA, J. R. *El grito de Trotsky*. Barcelona, 2007, y PATENAUDE, B. *Stalin's Nemesis. The exile and murder of Leon Trotsky*. Londres, 2010. <<

[57] VOLKOGONOV, D. *Stalin. Triumph and Tragedy*; p. 382. <<

[58] LAQUEUR, W. *Stalin*; p. 72. <<

[59] VOLKOGONOV, D. *Trotsky. The eternal revolutionary*; p. 467. <<

[60] MEDVEDEV, R. *Let History Judge: The Origins and Consequences of Stalinism*. Londres, 1971; p. 375. <<

[61] RITTERSPORN, G. T. «The Omnipresent Conspiracy: On Soviet Imagery of Politics and Social Relations in the 1930's», en GETTY, J. A. y MANNING, R. (eds.) *Stalinist Terror: New Perspectives*; p. 115. <<

[62] EKART, A. *Vanished Without a Trace*. Londres, 1954; p. 244. <<

[63] SERVICE, R. *A History of Modern Russia*; p. 223. <<

[64] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 438. <<

[65] ANTONOV-OVSEYENKO, A. *The Time of Stalin: Portrait of a Tyranny*. Nueva York, 1981; p. 186. <<

[66] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 340. <<

[67] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 397. <<

[68] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 261. <<

[69] SOLZHENITSYN, A. *One Day in the Life of Ivan Denísovich*. Nueva York, 1963. <<

[70] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 436. <<

[71] Véase KERBER, L. L. *Stalin's aviation Gulag: A memoir of Andrei Tupolev and the Purge Era*. Washington, 1996. <<

[72] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 294. <<

[73] Véase, REESE, R. *Stalin's Reluctant Soldiers: A Social History of the Red Army, 1925-1941*. Lawrence, 1996. <<

[74] PLESHAKOV, C. *Stalin's Folly*; pp. 72-73. <<

[75] NATION, R. C. *Black Earth, Red Star*; p. 90. <<

[76] FULLER, W. C. «The Great Fatherland War and Late Stalinism. 1941-1953», en FREEZE, G. L. (ed.). *Russia. A History*. Nueva York, 1997; p. 322. <<

[77] ANDREW, C. y GORDIEVSKY, O. *KGB: The Inside Story*. Londres, 1990; p. 106. <<

[78] RYBALKIN, Y. *Stalin y España*; pp. 120-121. <<

[79] DYÁKOV, Y. y BUSHUYEVA, T. *The Red Army and the Wehrmacht: How the Soviets militarized Germany, 1922-1933*. Nueva York, 1995. Informe del agregado militar alemán de 27 de marzo de 1933. <<

[80] GORBATOV, A. V. *Years off My Life*; p. 134. <<

[81] Véase, BONWETSCH, B. «The Purge of the military and the Red Army's Operational capability during the "Great Patriotic War"», en WEGNER, B. (ed.). *From Peace to War: Germany, Soviet Russia and the World, 1939-1941*. Oxford, 1997; pp. 395-414. <<

[82] BRZEZINSKI, Z. K. *The Permanent Purge*. Cambridge, 1956; p. 118. <<

[83] KNIGHT, A. *Beria: Stalin's First Lieutenant*. Princeton, 1997; p. 89. <<

[84] CONQUEST, R. *Stalin*; p. 208. <<

- [85] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; pp. 541-442. <<
- [86] MEDVEDEV, R. *On Stalin and Stalinism*. Oxford, 1979; p. 111. <<
- [87] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 332. <<
- [88] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 385. <<
- [89] GINZBURG, E. *Into the Whirlwind*. Londres, 1967; p. 119. <<
- [90] KNIGHT, A. *Beria: Stalin's First Lieutenant*; pp. 96-97. <<
- [91] Palabras del historiador Antonov-Ovseenko; en KNIGHT, A. *Beria: Stalin's First Lieutenant*; p. 96. <<
- [92] ULAM, A. B. *Stalin. The Man and his Era*; p. 422. <<
- [93] HASTINGS, M. *Armageddon. The Battle for Germany*,

1944-1945. Nueva York, 2004; pp. 96-97. <<

[94] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 442. <<

[95] SAJAROV, A. *Memoirs*. Londres, 1990; p. 32. <<

[96] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 383.
<<

[97] FAKIR, P. *A Childhood in Prison*. Londres, 1972; p. 32. <<

[98] GINZBURG, E. *Journey into the Whirlwind*. Nueva York, 1967; pp. 181-182. <<

[99] DERIABIN, P. S. y CULVER EVANS, J. *Inside Stalin's Kremlin: An Eyewitness Account of Brutality, Duplicity, Intrigue and Murder of Joseph Stalin*. Virginia, 1998. <<

[100] HOCHSCHILD, A. *The Unquiet Ghost*. Nueva York, 2003; p. 138. <<

[101] GINZBURG, E. *Journey into the Whirlwind*; p. 87. <<

[102] KRAVCHENKO, V. *I Chose Justice*. Londres, 1951; pp. 189-191. <<

[103] BECK, F. y GODIN, W. *Russian Purge and the Extraction of Confession*. Londres, 1951; pp. 122-123. <<

[104] WEISSBERG, A. *Conspiracy of Silence*. Londres, 1952; p. 326. <<

[105] WEISSBERG, A. *Conspiracy of Silence*; pp. 368-369. <<

[106] APPLEBAUM, A. *Gulag. Historia de los campos de concentración soviéticos*. Barcelona, 2006; p. 160. <<

[107] NEUMANN, M. *Under Two Dictators*. Londres, 1949; p. 5. <<

[108] BOHLEN, CH. *Witness to History, 1929-1969*. Nueva York, 1973; p. 46. <<

[109] BULLIT ORVILLE, H. *For the President, Personal and Secret: Correspondence Between Franklin D. Roosevelt and William C. Bullit*. Boston, 1972; p. 116. <<

[110] BECK, F. y GODIN, W. *Russian Purge and the Extraction of Confession*; p. 114. <<

[111] SOLZHENITSYN, A. *The Gulag Archipelago, 1918-1956*. Vol. I; pp. 41-43. <<

[112] Véase FITZPATRICK, S. *Everyday Stalinism*. Oxford, 2000. <<

[113] SERGE, V. *Memoirs of a Revolutionary*; p. 275. <<

[114] NEUMANN, M. *Under Two Dictators*; pp. 42-43. <<

[115] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom*; p. 213. <<

[116] WOOD, A. *Stalin and Stalinism*; p. 47. <<

[117] EHRENBURG, I. *Memoirs: 1921-1941*. Cleveland, 1964; pp. 426-427. <<

[118] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 444. <<

[119] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 229. <<

[120] HOLLOWAY, D. *Stalin and the Bomb*. Londres, 1994; p. 27. <<

[121] RADZISNKY, E. *Stalin*; p. 391. <<

[122] FIGES, O. *Los que susurran*; pp. 350-351. <<

[123] GROSSMAN, V. *Vida y destino*; p. 581. <<

[124] TRIFONOV, Y. *Otblesk kostra*. Moscú, 1966; pp. 25-27. <<

[125] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 451. <<

[126] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 451. <<

[127] FIGES, O. *Los que susurran*; p. 351. <<

[128] Casos citados en TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 451.

<<

[129] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; pp. 544-545. <<

[130] GARROS, V., KORONEVSKAYA, N. y LAHUSEN, T. (eds.). *Intimacy and Terror*. Nueva York, 1995; p. 357. <<

[131] GELLATELY, R. *Lenin, Stalin and Hitler*; p. 251. <<

[132] MOSSMAN, E. (ed.) *The Correspondence of Boris Pasternak and Olga Freidenberg, 1910-1954*. Londres, 1982; p. 163. <<

[133] CITRINE, W. *I Search for Truth in Russia*. Londres, 1936; p. 256. <<

[134] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 122. <<

[135] CILIGA, A. *The Russian Enigma*. Londres, 1940; p. 141.

<<

[136] MANDELSTAM, N. *Hope against Hope*. Nueva York, 1970; p. 356. <<

[137] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 125. <<

[138] KRIVITSKY, W. G. *In Stalin's Secret Service*. Londres, 1939; p. 217. <<

[139] KRAVCHENKO, V. *I Chose Justice*. Londres, 1951; p. 253. <<

[140] GINZBURG, E. *Journey into the Whirlwind*; pp. 65-66. <<

[141] BECK, F. y GODIN, W. *Russian Purge and the Extraction of Confession*; p. 47. <<

[142] IVANOV-RAZUMNIK, R. V. *Memoirs*. Londres, 1965; p. 248. <<

[143] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 473. <<

[144] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 335. <<

[145] Aunque la veracidad ha sido puesta en entredicho, la misma es muy sintomática del ambiente de sospechas y acusaciones del período estalinista. <<

[146] SOLZHENITSYN, A. *The Gulag Archipelago, 1918-1956*. Londres, 1968; p. 235. <<

[147] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 402. <<

[148] GORBATOV, V. A. *Years off My Life: The Memoirs of General of the Soviet Army V. A. Gorbатов*. Nueva York, 1964; pp. 116-119. <<

[149] APPLEBAUM, A. *Gulag*; p. 46. <<

[150] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 276. <<

[151] VOLKOGONOV, D. *Stalin*; p. 36. <<

[152] RESIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; pp. 177-178. <<

[153] ARENDT, H. *The Origins of the Totalitarianism*. Nueva York, 1951; pp. 120-123. <<

[154] TALBOTT, S. (ed.). *Kruschev Remembers*, vol. I; p. 114. <<

[155] RAZGON, L. *True Stories*. California, 1997; p. 93. <<

[156] GORBATOV, A. V. *Years off My Life*. Nueva York, 1964; p. 110. <<

[157] NEUMANN, M. *Under Two Dictators*; pp. 8-9. <<

[158] PASTERNAK, B. *Pasternak Tragic Years*. Londres, 1990; p. 107. <<

[159] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 402. <<

[160] LEGGETT, G. *The Cheka: Lenin's Political Police*. Oxford,

1981; pp. 102-120. <<

[161] KHLEVNIUK, O. V. *The History of the Gulag: From Collectivization to the Great Terror*. New Haven, 2004; p. 336. <<

[162] KOLAKOWSKI, L. *Main Currents of Marxism. Vol. III. The Breakdown*. Oxford, 1978; p. 96. <<

[163] JAKOBSEN, M. *Origins of the Gulag: The Soviet Prison Camp System, 1917-1934*. Londres, 1993; pp. 112-126. <<

[164] BACON, E. *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*. Londres, 1994; p. 167. <<

[165] SHAPOVALOV, V. (ed.). *Remembering the Darkness: Women in Soviet Prisons*. Maryland, 2001; p. 207. <<

[166] APPLEBAUM, A. *Gulag*; p. 189. <<

[167] SERGE, V. *Memoirs of a Revolutionary*. Londres, 1963. <<

[168] APPLEBAUM, A. *Gulag*; p. 199. <<

[169] GINZBURG, E. *Journey into the Whirlwind*. Nueva York, 1967; p. 129. <<

[170] APPLEBAUM, A. *Gulag*; pp. 196-197. <<

[171] BARDACH, J. *Man is a Wolf to Man. Surviving Stalin's Gulag*. Londres, 1988. <<

[172] GROSSMAN, V. *Vida y destino*; p. 463. <<

[173] Véase SHALAMOV, V. *Kolyma Tales*. Londres, 1994. <<

[174] DALLIN, D. J. y NICOLAEVSKY, B. I. *Forced Labour in Russia*. Londres, 1974; p. 73. <<

[175] APPLEBAUM, A. *Gulag*; p. 243. <<

[176] CONQUEST, R. *Kolyma: The Artic Death Camps*; p. 23. <<

[177] COLONNA-CZOSNOWSKI, K. *Beyond the Taiga*.

Sussex, 1998. <<

[178] GINZBURG, E. *Within the Whirlwind*; p. 117. <<

[179] SHYMKO, Y. (ed.). *For This I Was Born*. Toronto, 1973; p. 41. <<

[180] LIPPER, E. *Eleven Years in Soviet Prison Camps*. Londres, 1951; pp. 169-170. <<

[181] Véase la controvertida historia de RAWICZ, S. *The Long Walk*. Londres, 1997, y su versión cinematográfica *The Way Back*, Image Entertainment, 2011. <<

[182] APPLEBAUM, A. *Gulag*; p. 242. <<

[183] SOLZHENITSYN, A. *The Gulag Archipelago*. Vol. 2; p. 233. <<

[184] LIPPER, E. *Eleven Years in Soviet Prison Camps*. Londres, 1951; p. 150. <<

[185] GINZBURG, E. *Into the Whirlwind*; capítulo. 55. <<

[186] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 414. <<

[187] TALLIN, D. J. y NICOLAEVSKY, B. I. *Forced Labour in the Soviet Union*. Londres, 1948; p. 38. <<

[188] BACON, E. *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*. Londres, 1994; p. 144. <<

[189] CONQUEST, R. *Kolyma: The Artic Death Camps*; p. 78. <<

[190] KHLEVNIUK, O. V. «The Economy of the Gulag», en GREGORY, P. R. (ed.). *Behind the Façade of Stalin's Command Economy*. Stanford, 2001; pp. 126-128. <<

[191] DOLGUN, A. *Alexander Dolgun's Story: An American in the Gulag*. Nueva York, 1975; p. 185. <<

[192] VOLKOGONOV, D. *Stalin*; p. 339. <<

[193] CONOLLY, V. *Beyond the Urals*. Londres, 1967; p. 313. <<

[194] DALLIN, D. J. y NICOLAEVSKY, B. I. *Forced Labour in Russia*; p. 255. <<

[195] GINZBURG, E. *Within the Whirlwind*; p. 216. <<

[196] PARVILAHTI, U. *Beria's Gardens: Ten Years' Captivity in Russia and Siberia*. Londres, 1959; p. 93. <<

[197] BECK, F. y GODIN, W. *Russian purge and the extraction of confession*. Londres, 1951; p. 31. <<

[198] SHAPOVALOV, V. (ed.). *Remembering the Darkness: Women in Soviet Prisons*; p. 207. <<

[199] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 239. <<

[200] PLATONOV, A. *The Fierce and Beautiful World*. Londres, 1970; p. 8. <<

[201] VOLKOGONOV, D. *Stalin: Triumph and Tragedy*; p. 234. <<

[202] MANDELSTAM, N. *Hope against Hope*. Londres, 1975; p. 243. <<

[203] CONQUEST, R. *Stalin and the Kírov Murder*. Londres, 1989; p. 27. <<

[204] La discriminación contra los prisioneros continuó en Rusia hasta después incluso de la caída del muro. En 1994, una Comisión Presidencial les otorgó la rehabilitación. MAWDSLEY, E. *Thunder in the East*. Nueva York, 2005; p. 105. <<

[205] TOLZ, V. «New information about the deportation of ethnic groups in the USSR during World War II» En GARRARD, J. y GARRARD, C. *World War 2 and the Soviet People*. Londres, 1993; pp. 161-165. <<

[206] DALLIN, D. y NICOLAEVSKY, B. *Forced Labour in Russia*; p. 46. <<

[207] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; pp. 458-459. <<

[208] SÉLLER, M. y NEKRICH, A. *Utopia in Power: A History*

of the Soviet Union since 1917 y Londres, 1986; pp. 533-534; LIEVEN, A. *Chechnya: Tombstone of Russian Power*. Londres, 1998; p. 319. <<

[209] BULLOCK, A. *Hitler and Stalin*; p. 986. <<

[210] WERTH, N. *A State Against Its People: Violence, Repression and Terror in the Soviet Union*, en COURTOIS, S. *et al.* (eds.), *The Black Book of Communism: Crimes, Terror and Repression*; p. 245. <<

[211] RUBINSTEIN, J. y NAUMOV, V. P. (eds.). *Stalin's Secret Pogrom: The Postwar Inquisition of the Soviet Jewish Anti-Fascist Committee*. New Haven, 2002. <<

[212] VAKSBERG, A. *Stalin Against the Jews*. Nueva York, 1994; pp. 159 y ss. <<

[213] RAPOPORT, Y. *The Doctors' Plot: Stalin's Last Crime*. Londres, 1991. <<

[214] CONQUEST, R. *The Great Terror*; p. 485. <<

[215] GETTY, J. A. *Origins of the Great Purges*. Cambridge,

1985; p. 8. <<

[216] Las cifras totales han sido objeto de un largo debate. Las aquí citadas en POHL, J. P. *The Stalinist Penal System*. Londres, 1997; p. 8. <<

[217] TUCKER, R. C. *Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-1941*; p. 444. <<

[218] LEE, S. J. *Stalin and Stalinism*; p. 21. <<

[219] STALIN, J. *Works*, vol. 6; p. 121. <<

[220] BARER, S. *The Doctors of Revolution*; p. 1165. <<

[221] THURSTON, R. W. *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*. New Haven, CT, 1996. <<

[222] Véase, FITZPATRICK, S. «How the Mice Buried the Cat: Scenes from the Great Purges of 1937 in the Russian Provinces», en *Russian Review*, 52, 1993. <<

[223] THURSTON, R. W. *Life and Terror in Stalin's Russia*,

1934-1941. Londres, 1969; p. 71. <<

[224] MCNEAL, R. H. «The Decisions of the CPSU and the Great Purge», en *Soviet Studies*: 2. Octubre, 1971; pp. 184-185. <<

[225] STALIN, J. *Works*, vol. XIII; p. 111. <<

[226] DJILAS, M. *The New Class. An Analysis of the Communist System*. Londres, 1966. TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; pp. 319-324. <<

[227] DAVIES, R. W. *Soviet History in the Gorbachev Revolution*. Basingstoke, 1989; p. 67. <<

[228] VOLKOGONOV, D. *Stalin. Triumph and Tragedy*. Londres, 1991. <<

[229] SERVICE, R. *A History of Modern Russia*; p. 250. <<

[230] HALFIN, I. *Terror in My Soul: Communist Autobiographies on Trial*. Cambridge, 2003; pp. 2-5. <<

[231] ARCH GETTY, J. *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks 1932-1939*. Londres, 1990. <<

[1] STALIN, J. *Problems of Leninism*. Moscú, 1947; p. 356. <<

[2] LEWIN, M. *Russian Peasants and Soviet Power: A Study of Collectivization*. Nueva York, 1968; pp. 516-517. <<

[3] HUGHES, J. *Stalin, Siberia and the Crisis of the New Economic Policy*. Cambridge, 1991; pp. 3-4. <<

[4] LAQUEUR, W. *Stalin*; p. 42. <<

[5] ROMANO, A. *Permanent war Scare: Mobilisation, Militarisation and the Peasant War*, en PONS, S. y ROMANO, A. (eds.). *Russia in the Age of Wars, 1914-1945*. Milán, 2000; pp. 103-119. <<

[6] DAVIES, R. W. *The Socialist Offensive*. Cambridge, 1980; p. 148. <<

[7] HINDIS, M. *Red Bread*, Londres, 1931; p. 13. <<

[8] VIOLA, L. *The Best Sons of the Fatherland*. Nueva York, 1987; p. 64. <<

[9] SIEGELBAUM, L. «Building Stalinism, 1929-1941», en FREEZE, G. (ed.). *Russia. A History*; p. 299. <<

[10] LEWIN, M. *Russian Peasants and Power*. Londres, 1986; p. 29. <<

[11] Véase, SERVICE, R. *Lenin*; p. 142. <<

[12] FIGES, O. *La Revolución rusa (1891-1924)*. Barcelona, 2000; pp. 95 y ss. <<

[13] HUGHES, J. *Stalin, Siberia and the Crisis of the New Economic Policy*. Cambridge, 1991; p. 5. <<

[14] KUROMIYA, H. *Stalin's Industrial Revolution: Politics and Workers, 1928-1932*. Cambridge, 1988; p. 17. <<

[15] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 139. <<

[16] *Pravda*, 29 de noviembre de 1929. <<

[17] SOUVARINE, B. *Stalin*. Londres, 1939; p. 424. <<

[18] *Pravda*, 21 de octubre de 1930. <<

[19] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 175. <<

[20] ROGALINA, N. L. *Kollektivizatsiya: uroki proidennogo puti*. Moscú, 1989. <<

[21] GROSMAN, V. *Todo fluye*; p. 170. <<

[22] SCOTT, J. *Behind the Urals. An American Worker in Russia's City of Steel*. Londres, 1942; pp. 17-18. <<

[23] LEWIN, M. *Russian Peasants and Power*. Londres, 1968; p. 476. <<

[24] Véase KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*. Londres, 1947. <<

[25] VIOLA, L. *The Best Sons of the Fatherland*. Oxford, 1987; p. 110. <<

[26] GROSSMAN, V. *Todo fluye*; p. 169. <<

[27] FITZPATRICK, S. *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization*. Nueva York, 1994; pp. 48-62. <<

[28] SWIANIEWICZ, S. *Forced Labor in Soviet Russia*. New Haven, 1947; p. 119. <<

[29] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*. Nueva York, 1964; pp. 88-89. Katya y su hermana Shura se escaparon cuando cerca de la localidad de Járkov se les permitió ir a buscar agua (aunque el agente dijo que iba contra las reglas). Cuando regresaron, el tren ya había partido. <<

[30] KOPELEV, L. *The Education of a True Believer*. Londres, 1981; p. 235. <<

[31] EHRENBURG, I. *The Second Day*; obra citada en A.

Goldberg, *Ilyá Ehrenburg*. Nueva York, 1984; p. 141. <<

[32] SISMAN, A. A. *J. P. Taylor: A Biography*. Londres, 1993; p. 102. <<

[33] HINDIS, M. *Red Bread*. Londres, 1931; p. 32. <<

[34] PERTH, N. «A State Against its People: Violence, Repression and Terror in the Soviet Union», en COURTOIS, S. *et al. The Black Book of Communism*; pp. 1347-148. <<

[35] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 233. <<

[36] HINDIS, M. *Red Bread*; p. 33. <<

[37] Las cifras en VIOLA, L. *Peasant Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*. Nueva York, 1996; pp. 135-140. <<

[38] CONQUEST, R. *Stalin*; p. 271. <<

[39] Sobre las consecuencias de la colectivización, véase, FITZPATRICK, S. *Stalin's Peasants: Resistance and Survival*

in the Russian Village After Collectivization. <<

[40] HINDIS, M. *Red Bread*; p. 147. <<

[41] HINDIS, M. *Red Bread*; p. 101. <<

[42] FIGES, O. *La Revolución rusa (1891-1924)*; p. 701. <<

[43] CHURCHILL, W. S. *The Second World War*. Vol. 4. Londres, 1951; pp. 447-448. <<

[44] DAVIES, R., HARRISON, M. y WHEATCROFT, S. G. (eds.). *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1931-1945*. Cambridge, 1994; pp. 113-114. <<

[45] WERTH, N. *A State Against its People: Violence, Repression and Terror in the Soviet Union*, en COURTOIS, S. *et al.*, *The Black Book of Communism*; p. 164. <<

[46] TENDRYÁKOV, V. «Death» en, *Moskva*, 3, 1968. <<

[47] MEDVEDEV, R. *Let History Judge*. Londres, 1972; p. 94. <<

[48] CONQUEST, R. *The Harvest of Sorrow*. Londres, 1968; p. 260. <<

[49] GELLATELY, R. *Lenin, Stalin and Hitler*; pp. 232-233. <<

[50] GROSSMAN, V. *Vida y destino*; p. 717. <<

[51] SWIANIEWICZ, S. *Forced Labour in Soviet Russia*. New Haven, 1947; p. 21. <<

[52] BEAL, F. E. *Proletarian Journey: New England, Gastonia, Moscow*. Nueva York, 1937; pp. 305-307. <<

[53] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 193. <<

[54] CONQUEST, R. *The Harvest of Sorrow*; p. 244. <<

[55] BEAL, F. E. *Proletarian Journey: New England, Gastonia, Moscow*; pp. 287, 291, 297. <<

[56] FERGUSON, N. *The War of the World*; pp. 201-202. <<

[57] *The New York Times*, 31 de marzo de 1933. <<

[58] MUGGERIDGE, M. *Chronicles of Wasted Time I: The Green Stick*. Londres, 1972; p. 210. <<

[59] Una descripción de cómo se engañaba a los extranjeros en AMMENDE, E. *Human Life in Russia*. Londres, 1936, capítulo 6. <<

[60] *Time*, 1 de enero de 1940. <<

[61] THOMSON, H. *Tintin: Hergé and his Creation*. Londres, 1991; p. 32. <<

[62] DALRYMPLE, D. G. «The Soviet Famine of 1932-1943». En *Soviet Studies*, 15, 1964; p. 262. <<

[63] CROSSMAN, R. (ed.). *The God that Failed*. Londres, 1950; p. 68. <<

[64] CONQUEST, R. *The Harvest of Sorrow*; p. 245. <<

[65] KRUSCHEV, N. *Kruschev Remembers*. Boston, 1970; p. 74.

<<

[66] *Pravda*, 26 de mayo de 1964. <<

[67] Cifras recogidas en TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; pp. 180-181. <<

[68] Carta a Kaganóvich y a Mólotov de 18 de junio 1932 reproducida en DAVIES, R. W. *et al.* (eds.), *The Stalin-Kaganóvich Correspondence, 1931-36*. New Haven, 2003; p. 138. <<

[69] NOVE, A. «Victims of Stalinism: How Many?» en GETTY, J. A. y MANNING, R. T. (eds.). *Stalinist Terror: New Perspectives*. Cambridge, 1993; pp. 265-267. <<

[70] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*; p. 113. <<

[71] ORLOV, A. *The Secret History of Stalin's Crimes*. Londres, 1954; p. 53. <<

[72] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 212. <<

[73] SHIMOTOMAI, N. *Moscow under Stalinist Rule, 1931-34*. Londres, 1991; p. 169. <<

[74] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 229. <<

[75] LEWIN, M. *The Making of the Soviet System*. Londres, 1985; p. 248. <<

[76] SIEGELBAUM, L. «Building Stalinism, 1929-1941», en FREEZE, G. (ed.). *Russia. A History*; p. 299. <<

[77] LEWIN, M. *The Making of the Soviet System. Essays in the Social History of Inter-War Russia*. Londres, 1985; p. 221. <<

[78] FERGUSON, N. *The War of the World*; p. 294. <<

[79] FERGUSON, N. *The War of the World*; p. 199. <<

[80] KHLEVNIUK, O. K. *In Stalin's Shadow: The Career of "Sergo" Ordzhinikidze*. Londres, 1995. <<

[81] KOTKIN, S. *Magnetic Mountain: Stalinism as Civilization*. Berkeley, 1995; p. 55. <<

[82] MCCAULEY, M. *The Soviet Union*. Londres, 1993. <<

[83] TUCKER, R. C. *Stalin in Power. The Revolution from Above, 1928-1941*; p. 96. <<

[84] STALIN, J. *Problems of Leninism*. Moscú, 1953; p. 458. <<

[85] WOODWARD, E. L. y BUTLER, R. (eds.). *DBFP*, Serie 2, VII; pp. 136-137. <<

[86] Véase DAVIES, R. W. *et al.* (eds.), *The Economic Transformation of the Soviet Union*. Cambridge, 1994. <<

[87] Véase BARON, N. «Conflict and Complicity: The Expansion of the Karelian Gulag, 1923-1933», en *Cahiers du Monde Russe*, 42, abril-diciembre de 2001; pp. 615-648. <<

[88] GROSSMAN, V. *Vida y destino*; p. 1071. <<

[89] MCCAULEY, M. *Stalin and Stalinism*; p. 41. <<

[90] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 157. <<

[91] REYNAUD, P. *In the Thick of the Fight, 1930-1945*. Londres, 1955; p. 8. <<

[92] WILSON, E. *The American Jitters: The Year of the Slump*. Londres, 1932; p. 297. <<

[93] *The New York Times*, 14 de junio de 1931. <<

[94] ULAM, D. A. *Stalin. The Man and his Era*; p. 357. <<

[95] SALES, A. *The Forgotten Man. A New History of the Great Depression*. Londres, 2007; pp. 116-117. <<

[96] Véase GIDE, A. *Regreso de la URSS y Retoques a mi regreso de la URSS*. Barcelona, 1983. <<

[97] KOESTLER, A. *Arrow in the Blue*. Londres, 1969; p. 327.

<<

[98] LONG, R. *An Editor Looks at Russia*. Nueva York, 1931; p.

IX. <<

[99] CARR, E. H. *The Twilight of the Comintern, 1930-1935*.

Londres, 1982; p. 18. <<

[100] BARMINE, A. *One Who Survived: The Life of a Russian under de the Soviets*. Nueva York, 1945; p. 161. <<

[101] FUSI, J. P. «Los intelectuales ante la crisis». En *Siglo XX, Historia universal. Núm. 12. El Crack de 1929*. Madrid, 1998; pp. 123-129. <<

[102] KUROMIYA, H. *Freedom and Terror in the Donbas: A Ukrainian-Russian Borderland, 1870s-1990s*. Cambridge, 1998; pp. 143-145. <<

[103] El juicio en LYONS, E. *Assignment in Utopia*. Nueva York, 1937, capítulo 5. <<

[104] KUROMIYA, H. *Stalin's Industrial Revolution*. Cambridge, 1988; p. 27. <<

[105] Incidente narrado en LYONS, E. *Assignment in Utopia*; p. 372. <<

[106] BECK, F. y GODIN, W. *Russian Purge and the Extraction of Confession*; p. 46. <<

[107] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 275. <<

[108] BAILES, E. *Technology and Society Under Lenin and Stalin: Origins of the Soviet Technical Intelligentsia, 1917-1941*. Princeton, 1978; p. 98. <<

[109] CONQUEST, R. *The Great Terror. A Reassessment*; p. 275. <<

[110] LIH, L. T. *et al* (eds.). *Stalin's Letters to Molotov, 1925-1936*; p. 200. <<

[111] *Itogi vsesoyuznoz perepis naselenia*. Moscú, 1962; pp. 161-

164. <<

[112] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*. Londres, 1947; p. 328. <<

[113] LIH, L. T. *et al* (eds.). *Stalin's Letters to Molotov*; p. 200. <<

[114] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*; p. 296. <<

[115] EHRENBURG, I. *Men, Years-Life III Truce: 1921-33*. Londres, 1963; p. 222. <<

[116] BAILES, K. E. *Technology and Society under Lenin and Stalin: Origins of the Soviet Technical Intelligentsia*. Princeton, NJ, 1978; p. 289. <<

[117] LEWIN, M. *The Making of the Soviet System*. Londres, 1985; p. 252. <<

[118] SCOTT, T. *Behind the Urals*; p. 194 <<

[119] En este sentido, véase HOFFMANN, D. L. «The Great

Terror on the Local Level: Purges in Moscow Factories, 1936-1938», en GETTY, J. A. y MANNING, R. (eds.). *Stalinist Terror: New Perspectives*. Cambridge, 1993. <<

[120] KOTKIN, S. *Magnetic Mountain*. Berkeley, 1995; p. 34. <<

[121] SCOTT, J. *Behind the Urals*. Londres, 1942; p. 46. <<

[122] SCOTT, J. *Behind the Urals*; p. 31. <<

[123] SCOTT, J. *Behind the Urals*; p. 285. <<

[124] SCOTT, J. *Behind the Urals*; pp. 91-92. <<

[125] SUTTON, A. C. *Western Technology and Soviet Economic Development 1930 to 1945*. Stanford, 1971; p. 76. <<

[126] KUROMIYA, H. *Stalin's Industrial Revolution*. Cambridge, 1988; p. 315. <<

[127] SCOTT, J. *Behind the Urals*; p. 9. <<

- [128] Véase SMITH, A. *I Was A Soviet Worker*. Nueva York, 1936. <<
- [129] FERGUSON, N. *The War of the World*; pp. 202-203. <<
- [130] KOTKIN, S. *Magnetic Mountain*; pp. 134-135. <<
- [131] SCOTT, J. *Behind the Urals*; p. 14. <<
- [132] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 94. <<
- [133] HARRISON, M. *Soviet Planning in Peace and War, 1938-1945*. Cambridge, 1985; pp. 46-51. <<
- [134] BARBER, J. y HARRISON, M. (eds.) *The Soviet Defence-Industry Complex from Stalin to Krushev*. Londres, 2000. <<
- [135] KENNEDY, P. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Londres, 1989; pp. XVI, 496-504 y 554-557. <<
- [136] Los detalles en SIEGELBAUM, L. *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941*. Cambridge,

1988; pp. 69-76, 307. <<

[137] GAUCHER, R. *Opposition in the USSR, 1917-1967*. Nueva York, 1969; p. 270. <<

[138] DAVIES, S. *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*. Cambridge, 1997; p. 153. <<

[139] MAUCLINE, E. *Stalin: Man of Steel*. Londres, 1968. <<

[140] NOVE, A. *An Economic History of the USSR*. Londres, 1972. <<

[141] SHAPIRO, L. *The Communist Party of the Soviet Union*. Nueva York, 1970. <<

[142] Véase STONE, N. *The Eastern Front*. Londres, 1998. <<

[143] VOLKOGONOV, D. *The Rise and Fall of the Soviet Empire*. Nueva York, 1998. <<

[144] GATTREL, P. *Under Command: The Soviet Economy*,

1924-53. Londres, 1992. <<

[145] CARTWRIGHT AUSTIN, R. *Building Utopia: Erecting Russia's First Modern City, 1930*. Londres, 2004; pp. 51-56. <<

[146] ULDRICKS, T. J. «Russia and Europe: Diplomacy, Revolution and Economic Developments in the 1920's», en *International History Review*, 1, 1979; p. 73. <<

[147] GELLATELY, R. *Lenin, Stalin and Hitler*; p. 164. <<

[148] GELLATELY, R. *Lenin, Stalin and Hitler*; p. 165. <<

[149] GREGORY, P. R. (ed.). *Behind The Façade of Stalin's Command Economy*. Stanford, 2001. <<

[1] STALIN, J. *Problems of Leninism*. Moscú, 1974; p. 160. <<

[2] Véase GORODETSKY, G. «The Formulation of Soviet Foreign Policy: Ideology and Realpolitik», en GORODETSKY, G. (ed.). *Soviet Foreign Policy, 1917-1991: A Retrospective*. Londres, 1994; pp. 30-44. <<

[3] ARDZOONI, L. (ed.). *Thorstein Veblen: Essays*. Nueva York, 1934; p. 37. <<

[4] ULAM, A. *Expansion and Co-Existence*. Londres, 1968; p. 78. <<

[5] ULAM, A. *Expansion and Co-Existence*; p. 79. <<

[6] ULDRICKS, T. J. «Russia and Europe: Diplomacy, Revolution and Economic Developments in the 1920's», en *International History Review*, 1, 1, 1979; p. 58. <<

[7] DIAKOV, Y. y BUSHUYEVA, T. *The Red Army and the Wehrmacht: How the Soviets Militarized Germany, 1922-1933*. Nueva York, 1995; pp. 17-18. <<

- [8] TOLSTOY, N. *Stalin's Secret War*. Londres, 1981; p. 81. <<
- [9] DAY, R. B. *The "Crisis" and the "Crash": Soviet Studies of the West, 1917-1939*. Londres, 1981; pp. 202-211. <<
- [10] ULDRICKS, T. J. «Russia and Europe: Diplomacy, Revolution and Economic Developments in the 1920's». En *International History Review*, 1, 1979; p. 73. <<
- [11] DEGRAS, J. (ed.). *Soviet Documents on Foreign Policy*. Oxford, 1953. Vol. 3; p. 68. <<
- [12] ULDRICKS, T. J. «Soviet Security Policy in the 1930's», en GORODETSKY, G. (ed.). *Soviet Foreign Policy, 1917-1991*; p. 73. <<
- [13] KENNAN, G. F. *Russia and the West under Lenin and Stalin*. Nueva York, 1960; p. 239. <<
- [14] ZORGBIBE, C. *Historia de las relaciones internacionales*. Vol. 1. Madrid, 1994; p. 425. <<
- [15] GOODMAN, E. R. *The Soviet Design for a World State*.

Nueva York, 1960; pp. 30-32. <<

[16] EVANS, D. *Stalin's Russia*. Londres, 2005; p. 109. <<

[17] ULDRICKS, T. J. «Soviet Security Policy in the 1930's» en GORODETSKY, G. (ed.). *Soviet Foreign Policy, 1917-1991*; p. 75. <<

[18] STALIN, J. *Problems of Leninism*. Moscú, 1953; pp. 592-593. <<

[19] Sobre los esfuerzos soviéticos en busca de la seguridad colectiva, véase HASLAM, J. *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security, 1933-1939*. Londres, 1984. <<

[20] ULAM, A. *Expansion and Coexistence: A History of Soviet Foreign Policy, 1917-1967*. Londres, 1968; p. 78. <<

[21] MCKENZIE, K. E. *Commintern and World Revolution*. Nueva York, 1964; pp. 143-135. <<

[22] *Semnadtsatsy sized Vsesoiznoi Kommunisticheskoi Partii (b), 26 yanvari-10 fevralia 1934. Stenografischeskii otchot*, Moscú, 1934; pp. 13-14. <<

[23] WARNER, G. *Pierre Laval and the Eclipse of France*. Londres, 1968; pp. 80-82 y 92-93. <<

[24] ULDRICKS, T. J. «The Impact of the Great Purges on the People's Commissariat of Foreign Affairs», en *Slavic Review*, 36, junio de 1977; p. 192. <<

[25] CARLEY, M. J. «End of the “Low, Dishonest Decade”: Failure of the Anglo-Franco-Soviet Alliance in 1939», en *Europe-Asia Studies*, 45, 2, 1993; p. 315. <<

[26] HASLAM, J. *The Soviet Union and the Struggle for Collective Security, 1933-1939*; p. 153. <<

[27] KRIVITSKY, W. G. *I Was Stalin's Agent*. Cambridge, 1992; pp. 244-288. <<

[28] HOCHMAN, J. *The Soviet Union and the Failure of Collective Security, 1934-1938*. Ithaca, NY; pp. 137-146. <<

[29] La Operación X se describe en detalle en HOWSON, G. *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*. Barcelona, 2000; pp. 186 y ss. <<

[30] MORADIELLOS, E. *El reñidero de Europa*. Barcelona, 2001; pp. 107-108. <<

[31] TROTSKY, L. *The Spanish Revolution (1931-39)*. Nueva York, 1973; p. 209. <<

[32] GORKIN, J. «L'Assassinat d'Andrés Nin. Commission pour la Verité sur les Crimes de Stalin», en *Bulletin d'information*, 1, mayo de 1962. <<

[33] PRESTON, P. *La guerra civil española*. Barcelona, 2006; p. 270. <<

[34] Los detalles en MMARTÍN ACEÑA, P. *El oro de Moscú y el oro de Berlín*; capítulo V. <<

[35] ORLOV, A. «How Stalin's Filched the Spanish Gold», en *Reader's Digest*. Diciembre 1966. <<

[36] RYBALKIN, Y. *Stalin y España. La ayuda militar soviética a la República*. Madrid, 2007; p. 135. <<

[37] ORLOV, A. *The Secret History of Stalin's Crimes*. Nueva

York, 1953. <<

[38] HOWSON, G. *Armas para España*; pp. 182-183. <<

[39] THOMAS, H. *The Spanish Civil War*. Nueva York, 1961; p. 613. <<

[40] Véase MARTÍN ACEÑA, P. *El oro de Moscú y el oro de Berlín*. Madrid, 2001. <<

[41] HOWSON, G. *Armas para España*; p. 173. <<

[42] KRIVITSKY, W. G. *In Stalin's Secret Service*. Nueva York, 1939; p. 81. <<

[43] MORADIELLOS, E. *El reñidero de Europa*; pp. 107-108. <<

[44] Véanse, AVILÉS FARRÉ, J. *Pasión y farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*. Madrid, 1994; Londres, 1979, y SMYTH, D. «Estamos con vosotros: solidaridad y egoísmo en la política soviética hacia la España republicana», en PRESTON, P. (ed.). *La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la*

guerra civil. Barcelona, 1999; pp. 101-118. <<

[45] ELORZA, A. y BIZCARRONDO, M. *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*. Barcelona, 1999. <<

[46] MORADIELLOS, E. *El reñidero de Europa*; p. 108. <<

[47] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 405. <<

[48] BEEVOR, A. *La guerra civil española*. Barcelona, 2005; p. 221. (Su descripción, en p. 245.) <<

[49] THOMAS, H. *The Spanish Civil War*. Londres, 1977; p. 363. <<

[50] Véase RADOSH, R., HABECK, M. R. y SEVOSTIANOV, G. *Spain Betrayed. The Soviet Union and the Spanish Civil War*. New Haven, 2001. Sobre el POUM; pp. 106 y ss. <<

[51] SHELDEN, M. *Orwell: The Authorised Biography*. Londres, 1991; p. 377. <<

[52] RYBALKIN, Y. *Stalin y España*; p. 119. <<

[53] FIGES, O. *Los que susurran*; p. 342. <<

[54] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 446. <<

[55] *The Times*, 28 de septiembre de 1938. <<

[56] LUKES, I. *Czechoslovakia between Stalin and Hitler*. Oxford, 1996; p. 56. <<

[57] HOCHMAN, J. *The Soviet Union and the Failure of Collective Security, 1934-1938*; p. 149. <<

[58] JUKES, G. «The Red Army and the Munich Crisis», en *Journal of Contemporary History*, 26, 1991; pp. 196-198. <<

[59] ROBERTS, G. *The Soviet Union and the Origins of the Second World War, 1933-1941*. Londres, 1995; p. 57. <<

[60] HOCHMAN, J. *The Soviet Union and the Failure of Collective Security, 1934-1938*; p. 152. <<

[61] Discurso de Litvínov en Leningrado, 23 de junio de 1938. En *Documents on International Affairs*, 1938; p. 319. <<

[62] DAVIES, J. E. *Mission to Moscow*. Londres, 1942; p. 194. <<

[63] CARLEY, M. J. «End of the “Low, Dishonest Decade”: Failure of the Anglo-Franco-Soviet Alliance in 1939», en *Europe-Asia Studies*, 45, 2, 1993; p. 321. <<

[64] DAVIES, J. E. *Mission to Moscow*; p. 194. <<

[65] ADAMTHWAITE, A. *France and the Coming of the Second World War, 1936-1939*. Londres, 1977; p. 264. <<

[66] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 517. <<

[67] SHEWMAKER, K. E. *Americans and Communists, 1927-1945*. Ithaca 1971; p. 188. <<

[68] DAVIES, J. E. *Mission to Moscow*; p. 60. <<

[69] RESIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; p. 193. <<

[70] Tesis defendida por A. Vaksberg en su obra *Stalin against the Jews*. Nueva York, 1994; pp. 83-88. <<

[71] HILGER, G. y MEYER, A. G. *The Incompatible Allies*. Nueva York, 1953; pp. 293-297. <<

[72] CHURCHILL, W. *The Second World War*. Vol. 1; p. 288. <<

[73] SCHMIDT, P. *Europa entre bastidores. Del Tratado de Versalles al juicio de Núremberg*. Barcelona, 2005; p. 584. <<

[74] HOCHMAN, J. *The Soviet Union and the Failure of Collective Security, 1934-1938*; pp. 137-146. <<

[75] Véase BRANDT, C. *Stalin's Failure in China*. Nueva York, 1958. <<

[76] FEILING, K. *The Life of Neville Chamberlain*, Londres, 1946; p. 403. <<

[77] KETTENACKER, L. y MOMMSEN, W. (eds.). *The Fascist Challenge and the Policy of Appeasement*. Londres, 1983; p. 248. <<

[78] BANAC, I. (ed.). *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*. Londres, 2003; p. 115. <<

[79] STALIN, J. *Problems of Leninism*; p. 606. <<

[80] KENNAN, G. F. *Russia and the West under Lenin and Stalin*. Londres, 1961; p. 316. <<

[81] DAVIES, J. E. *Mission to Moscow*. Londres, 1942, p. 233. <<

[82] ROBERTS, G. «The Alliance that Failed: Moscow and the Triple Alliance Negotiations, 1939», en *European History Quaterly*, 26, 1996; p. 586. <<

[83] DUKES, J. R. «The Soviet Union and Britain: The Alliance

Negotiations of March-August, 1939» En *Eastern European Quaterly*, 19, 1985; pp. 311-315. <<

[84] El delegado británico escribió un relato de su misión, ERNLE-ERLE-DRAX, R. P. «Mission to Moscow. August, 1939», en *Naval Review*, XL, agosto de 1952. <<

[85] NAMIER, L. *Europe in Decay: A Study in Disintegration*. Londres, 1950; p. 242. Sobre la situación militar soviética véase también ROBERTS, G. «The Alliance that Failed: Moscow and the Triple Alliance Negotiations, 1939», en *European Studies Review*, 7, 1977. <<

[86] FEST, J. *Hitler. Una biografía*. Barcelona, 2005; p. 828. <<

[87] FEILING, K. *The Life of Neville Chamberlain*. Londres, 1946; p. 403. <<

[88] MURPHY, D. E. *What Stalin Knew. The Enigma of Barbarossa*. Yale, 2005; p. 23. <<

[89] ROBERTS, G. «The Soviet Decision for a Pact with Germany», en *Soviet Studies*, 44, 1992; p. 61. <<

[90] BLOCH, M. *Ribbentrop*. Londres, 1982; pp. 240 y ss. <<

[91] VON HERWARTH, H. y FREDERICK STARR, S. *Against Two Evils*. Nueva York, 1981; p. 165. <<

[92] SPAHR, W. J. *Zhúkov, The Rise & Fall of a Great Captain*. Novato, 1993; p. 47 <<

[93] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 599. <<

[94] ROBINSON, R. y SLAVIN, J. *Black on Red: My 44 years inside the Soviet Union*. Washington D. C., 1988; p. 137. <<

[95] SONTAG, R. J. y BEDDIE, J. S. (eds.). *Nazi-Soviet Relations, 1929-1941: Documents from the Archive of the German Foreign Office*. Nueva York, 1984; p. 89. <<

[96] GELLATELY, R. *Lenin, Stalin and Hitler*; p. 358. <<

[97] BOHLEN, CH. E. *Witness to History*. Nueva York, 1974; p. 90. <<

[98] SÉLLER, M. y NEKRICH, A. *Utopia in Power: The history of the Soviet Union from 1917 to the Present*. Londres, 1982; p. 353. <<

[99] THOMAS, H. *Armed Truce. The beginnings of the Cold War, 1945-1946*; p. 53. <<

[100] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; pp. 336-337. <<

[101] SÉLLER, M. y NEKRICH, A. *Utopia in Power: A History of the Soviet Union since 1917*. Londres, 1986; pp. 343-346. <<

[102] TROTTER, W. *A Frozen Hell: The Russo-Finnish Winter War of 1939-1940*. Nueva York, 2000. <<

[103] SCHECTER, J. L. y LUCHKOV, V. (eds.). *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*. Boston, 1990; p. 46. <<

[104] VAN DYKE, C. «The Timoshenko Reforms March-July 1940», en *Journal of Slavic Military Studies*, 9, 1996; p. 87. <<

[105] TARLETON, R. E. «What really happened to the Stalin

Line?». En *Journal of Slavic Military Studies*, 6, 1993. <<

[106] SHECTER, J. L. y LUCHKOV, V. (eds.). *Krushchev remembers: the Glasnost Tapes*; p. 46. <<

[107] SERVICE, R. *Stalin*; p. 405. <<

[108] HIDEN, J. y SALMON, P. *The Baltic Nations and Europe: Estonia, Latvia and Lithuania in the Twentieth Century*. Londres, 1994; p. 115. <<

[109] SWORD, K. (ed.). *The Soviet Takeover of the Polish Eastern Provinces, 1939-1941*. Londres, 1991. <<

[110] Véase ZAWODNY, J. K. *Death in the Forest: The Story of the Katyn Forest Massacre*. Indiana, 1962. <<

[111] DAVIES, N. *Europe. A History*. Nueva York, 1996; p. 1004. <<

[112] Véase, KARSKI, J. *The Great Powers and Poland, 1919-1945*. Maryland, 1985. <<

[113] BERTHON, S. y POTTS, J. *Warlords*; p. 182. <<

[114] SHIRER, W. L. *The Rise and Fall of the Third Reich*. Nueva York, 1990; p. 804. <<

[115] SCHMIDT, P. *Europa entre bastidores*; p. 593. <<

[116] PLESHAKOV, C. *Stalin's Folly*; p. 45. <<

[117] SHIRER, W. L. *The Rise and Fall of the Third Reich*; p. 807. <<

[118] SCHMIDT, P. *Europa entre bastidores*; p. 593. <<

[119] KERSHAW, I. *Hitler. 1936-1945*. Barcelona, 2000; p. 334. <<

[120] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 350. <<

[121] SHIRER, W. L. *The Rise and Fall of the Third Reich*; p.

810. <<

[122] HILGER, G. y MEYER, A. G. *The Incompatible Allies*; p. 331. <<

[123] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 361. <<

[124] SERVICE, R. *Stalin*; p. 400. <<

[125] GORODETSKY, G. R. *Stafford Cripps' Mission to Moscow, 1940-42*. Cambridge, 1984; p. 161. <<

[126] MCNEAL, R. *Stalin: Man and Ruler*. Londres, 1992; p. 237. <<

[127] SERVICE, R. *Stalin*; p. 406. <<

[128] En este sentido, ROBERTS, G. *The Soviet Union and the Origins of the Second World War*. Londres, 1995; p. 121. <<

[129] LEE, S. J. *Stalin and the Soviet Union*; p. 73. <<

[130] Véase, RAACK, R. «Stalin's Plans for World War II», en *Journal of Contemporary History*, 26, 1996; pp. 215-227. Sobre la controversia, ULDRICKS, T. J. «The Icebreaker Controversy: Did Stalin Plan to Attack Hitler?», en *Slavic Review*, 58, 1999; pp. 626-643. <<

[131] VON MANSTEIN, E. *Lost Victories*. Novato, 2002; p. 181. <<

[132] Véase MAWDSLEY, E. «Crossing the Rubicon: Soviet Plans for Offensive War in 1940-1941», en *International History Review*, 25, 2003; pp. 818-865. <<

[133] Para una visión contraria que representa a Stalin en una guerra ideológica, RAACK, R. C. *Stalin's Drive to the West, 1939-1945: The Origins of the Cold War*. Stanford, 1995. <<

[134] STALIN, J. *Problems of Leninism*. Moscú, 1974; pp. 202-203. <<

[135] BRENDON, P. *Winston Churchill*. Londres, 1984; pp. 91-92. <<

[1] SHIRER, W. L. *The Rise and Fall of the Third Reich. A History of Nazi Germany*. Nueva York, 1990; p. 822. <<

[2] Este capítulo se basa en parte en mis obras *Operación Barbarroja, La invasión alemana de Rusia*. Barcelona, 2006 y *Kursk, 1943. La batalla decisiva*, Barcelona, 2007. Cita en SERVICE, R. *Stalin*; p. 412. <<

[3] PLESHAKOV, C. *Stalin's Folly*; p. 116. <<

[4] BOOG, H. et al (eds.). *Germany and the Second World War: Volume 4: The Attack on the Soviet Union*. Londres, 1998. <<

[5] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 468. <<

[6] Véase, GLANTZ, D. M. *The Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War*. Kansas, 1998. <<

[7] WEINBERG, G. *Germany and the Soviet Union, 1939-1941*. Leiden, 1972; pp. 33-50. La actitud de Stalin ante los informes de inteligencia, en SHUKMAN, H. (ed.). *Redefining Stalinism*. Londres, 2003; pp. 69-94. <<

[8] Véase MAWDSLEY, E. *Thunder in the East* (en particular capítulo 2; pp. 18-54). <<

[9] SAMUELSON, L. *Plans for Stalin's War Machine: Tujachevski and Military-Economic Planning, 1925-1941*. Londres, 2000. <<

[10] RESIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; p. 31. <<

[11] La actitud popular en Moscú, en GORINOV, M. «Dynamics of the Mood of Muscovites, 22 June, 1941-May 1942», en MCDERMOTT, K. y MORRISON, J. (eds.) *Politics and Society under the Bolsheviks*. Basingstoke, 1999; pp. 199-244. <<

[12] STALIN, J. *The Great Patriotic War of the Soviet Union*. Nueva York, 1945; pp. 9-15. <<

[13] BIALER, S. (ed.). *Stalin and his Generals: Soviet Military Memoirs of World War II*. Nueva York, 1969; pp. 208-209. <<

[14] SIMONOV, K. M. *The Living and the Dead*. Nueva York, 1986. <<

[15] Véanse KOCH, H. «The Spectre of a Separate Peace in the East», en *Journal of Contemporary History*, 3, 1975 y MÁSTNY, V. «Stalin and the Prospects of a Separate Peace in World War II», en *American Historical Review*, 5, 1972. <<

[16] CLARK, A. *Barbarossa. The Russian-German Conflict, 1941-1945*. Nueva York, 1995; p. 143. MAWDSLEY, E. *World War II*. Cambridge, 2009; pp. 164-188. <<

[17] KERSHAW, I. *Hitler, 1936-1945*; p. 410. <<

[18] GOURE, L. *The Siege of Leningrad*. Stanford, 1962; pp. 219 y ss. <<

[19] Véase KISLITSYN, N. y ZUBAKOV, V. *Leningrad does not Surrender*. Moscú, 1989; pp. 116-118. <<

[20] Las opiniones varían sobre las condiciones climáticas. Véase, al respecto, MÜLLER, D. y UEBERSCHÄR, G. R. *Hitler's War in the East, 1941-1945: A Critical Assessment*. Nueva York, 2002; pp. 93 y 99. Autores como STOLFI, R. *Hitler's Panzers East: World War II Reinterpreted*. Oklahoma, 1991; pp. 214-228, consideran que fue el más frío en doscientos cincuenta años. <<

[21] BARTOV, O. *The Eastern Front, 1941-45. German Troops and the Barbarisation of Warfare*. Nueva York, 1985; p. 87.

<<

[22] Véase, BERKHOFF, K. C. *Harvest of Despair: Life and Death in the Ukraine under Nazi rule*. Cambridge, 2004. <<

[23] Véase MAZOWER, M. *El imperio de Hitler*. Barcelona, 2008; pp. 193 y ss. <<

[24] GILBERT, M. *The Second World War. A Complete History*. Nueva York, 1989; p. 219. <<

[25] PARRISH, M. *The Lesser Terror: Soviet State Security, 1939-1953*. Westport, Connecticut, 1996; pp. 148-150. <<

[26] Véase ANDREYEV, C. *Vlávov and the Russian Liberation Movement: Soviet Reality and Émigré Theories*. Cambridge, 1987. <<

[27] LUKACS, J. *The Last European War. September 1939-December 1941*. Londres, 1976; p. 154. <<

[28] KUMANIOV, G. A. (ed.). *Riadam so Stalinym*. Moscú, 1999; pp. 272-273. <<

[29] BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, A. (eds.). *Un escritor en guerra. Vasili Grossman en el Ejército Rojo, 1941-1945*. Barcelona, 2006; p. 85. <<

[30] ERICKSON, J. *The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany*. Londres, 1975; p. 220. <<

[31] Ambas citas en SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 422. <<

[32] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom*; pp. 375-376. Otra descripción del pánico que se desató en Moscú, en WERTH, A. *Russia at War, 1941-1945*. Londres, 1964, capítulo 10. <<

[33] JUKES, G. *La defensa de Moscú*. Madrid, 1975; p. 104. <<

[34] MURPHY, D. E. *What Stalin Knew. The Enigma of Barbarossa*; p. 90. <<

[35] FOWLER, W. *Barbarossa: The First Seven Days*. Pensilvania, 2004; p. 184. <<

[36] Véase, GLANTZ, D. *Stumbling Colossus: The Red Army on the Eve of World War*. <<

[37] FOWLER, W. *Barbarossa: The First Seven Days*; p. 176. <<

[38] DEUTSCH, H. C. y SHOWALTER, D. E. (eds.). *What If? Strategic Alternatives of WWII*. Chicago, 1997; pp. 67-73. <<

[39] SEATON, A. *The Russo-German War, 1941-1945*. Novato, 1990; p. 216. <<

[40] Véase, SELLA, A. *The Value of Human Life in Soviet Warfare*. Nueva York, 1992. <<

[41] Véase, YERGIN, D. *The Prize. The Epic Quest for Oil, Money & Power*. Nueva York, 1992; pp. 335 y ss. <<

[42] DEAR, I. C. B. y FOOT, M. R. D. (eds.). *The Oxford Companion to the Second World War*. Oxford, 1995; p. 1061.

<<

[43] BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, L. (eds.). *Un escritor en guerra*; p. 174. <<

[44] GARRARD, J. y GARRARD, C. (eds.). *World War II and the Soviet People*. Londres, 1993; p. 19. <<

[45] OVERY, R. *Por qué ganaron los aliados*. Barcelona, 2005; p. 113. <<

[46] CHUIKOV, V. I. *The beginning of the Road: The story of the battle for Stalingrad*. Londres, 1963; p. 78. <<

[47] CLARK, A. *Barbarossa. The German-Russian Conflict*; p. 218. <<

[48] BEEVOR, A. *Stalingrado*. Barcelona, 2000; p. 157. <<

[49] Citado en BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, L. (eds.). *Un escritor en guerra*. Barcelona, 2006; p. 198. <<

[50] BEEVOR, A. «Stalingrad and Researching the experience of

war», en ERICKSON, L. y ERICKSON, M. (eds.). *Russia. War, Peace & Diplomacy*. Londres, 2007; pp. 154-169. <<

[51] BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, L. (eds.). *Un escritor en guerra*; p. 202. <<

[52] BEEVOR, A. «Stalingrad and Researching the Experience of War», en ERICKSON, L. y ERICKSON, M. (eds.). *Russia. War, Peace & Diplomacy*; p. 160. <<

[53] Cita de Paulus en FOWLER, W. *Stalingrad: The Vital Seven Days*. Londres, 2005; p. 181. <<

[54] EHRENBURG, I. *Men-Years-Life*. Londres, 1964; p. 92. <<

[55] BULLOCK, A. *Hitler. A study in Tyranny*. Londres, 1962; p. 725. <<

[56] GOEBBELS, J. *The Goebbels Diaries, 1942-1943*. Nueva York, 1948; p. 435. <<

[57] DALLEK, R. *Franklin D. Roosevelt and American Foreign Policy, 1932-1945*. Nueva York, 1979; pp. 413-417. <<

[58] WEINBERG, G. L. *A World at Arms*. Nueva York, 1994; p. 610. <<

[59] HEALY, M. *Zitadelle*. Stroud, 2008; p. 53. <<

[60] Una visión global de la batalla en LOZANO, A. *Kursk, 1943, La batalla decisiva*. Barcelona, 2007. <<

[61] MERRIDALE, C. *Ivan's War. The Red Army, 1939-1945*. Londres, 2005; p. 191. <<

[62] ERICKSON, J. *The Road to Berlin. Stalin's War with Germany*; p. 110. <<

[63] EHRENBURG, I. *Men, Years, Life: The War, 1941-1945*. Londres, 1964; p. 107. <<

[64] ROTMISTROV, P. «Tanks against Tanks», en VV. AA., *Main Front: Soviet Leaders Look back on World War II*. Londres, 1987; pp. 115-116. Una visión revisionista de la batalla, en EVANS, R. *El Tercer Reich en guerra*. Barcelona, 2011; pp. 617-618. <<

[65] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; pp. 481 y ss. <<

[66] VOLKOGONOV, D. *Stalin*; p. 481. <<

[67] RADZINSKY, E. *Stalin*; p. 410. <<

[68] Véanse al respecto STITES, R. *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900*. Cambridge, 1992; pp. 98-116 y STITES, R. (ed.). *Culture and Entertainment in Wartime Russia*. Bloomington, 1995. <<

[69] BURLEIGH, M. *El Tercer Reich. Una nueva historia*. Buenos Aires, 2000; p. 540. <<

[70] MAWDSLEY, E. *Thunder in the East*; p. 272. <<

[71] SMITH, G. *American Diplomacy during the Second World War, 1941-1945*. Nueva York, 1979. <<

[72] EUBANK, K. *Summit at Teheran*; pp. 350-351. <<

[73] AVERELL, W. y ABEL, E. *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*. Londres, 1976; pp. 25-26. <<

[74] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 497. <<

[75] FRASER, D. *Alanbrooke*. Londres, 1983; p. 385. <<

[76] SHERWOOD, R. *Roosevelt and Hopkins*. Nueva York, 1948; p. 867. <<

[77] COLVILLE, J. *The Fringes of Power*, vol. II, 1941-1955; p. 188. <<

[78] POWASKI, R. E. *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona, 2000; p. 77. <<

[79] WEINBERG, G. L. *A World at Arms*; p. 606. <<

[80] GLANTZ, D. y HOUSE, J. *When Titans Clashed: How the Red Army Stopped Hitler*. Kansas, 1999; pp. 171-173. <<

[81] CARELL, P. *Scorched Earth: The Russian-German War*,

1943-1944; p. 427. <<

[82] Los detalles, en CIECHANOWSKI, J. *The Warsaw Rising of 1944*. Cambridge, 1974. <<

[83] PERTH, A. *Russia at war*; p. 966. <<

[84] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 476. <<

[85] GARDNER, L. C. *Spheres of Influence: The Partition of Europe from Munich to Yalta*. Londres, 1993; pp. 20-203. <<

[86] EHRENBURG, I. *Men-Years-Life: The War 1941-1945*; pp. 116 y ss. <<

[87] BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, A. (eds.). *Un escritor en guerra*; p. 417. <<

[88] DJILAS, M. *Conversations with Stalin*. Nueva York, 1962; p. 111. <<

[89] SOLZHENITSYN, A. *The Gulag Archipelago, 1918-1956*. Londres, 1974; p. 21. <<

[90] BAUER, E. *La Segunda Guerra Mundial*. Vol. IV; p. 94. <<

[91] CHUIKOV, V. I. *The End of the Third Reich*. Londres, 1967; p. 41. <<

[92] BRIDGMAN, J. *The End of the Holocaust: The Liberation of the Camps*. Londres, 1990; pp. 20 y ss. <<

[93] ZHÚKOV, G. K. *Reminiscences and Reflections*. Moscú, 1985. Vol. II; p. 346. <<

[94] BEEVOR, A. *Berlín. La caída, 1945*. Barcelona, 2005. <<

[95] ZHÚKOV, G. K. *Reminiscences and Reflections*. Moscú, 1985. Vol. II; p. 390. <<

[96] Los detalles de la muerte de Hitler en MCKALE, D. M. *Hitler: The Survival Myth*. Nueva York, 1981. <<

[97] Véase GLANTZ, D. M. *Colossus Reborn The Red Army at War, 1941-1943*. Kansas, 2005. <<

[98] Véase SEATON, A. *Stalin as Military Commander*. Nueva York, 1976. <<

[99] Al respecto, véase, BARBER, J. «The Image of Stalin in Soviet Propaganda and Public Opinion during World War II», en GARRARD, J. y GARRARD, C. (eds.) *World War II and the Soviet People*; p. 48. <<

[100] GRIGORENKO, P. *Memoirs*. Londres, 1983; p. 139. <<

[101] ARNOLD, H. H. *Global Mission*. Nueva York, 1949; p. 468. <<

[102] HASTINGS, M. *Armageddon. The Battle for Germany, 1944-1945*; p. 97. <<

[103] Zhúkov y Mikoyán citados en SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 461. <<

[104] VOLKOGONOV, D. A. «Stalin as Supreme Commander», en WEGNER, B. (ed.). *From Peace to War: Germany, Soviet Russia and the World, 1939-1941*. Oxford, 1997; pp. 463. <<

[105] LEWIN, M. «Stalin in the Mirror of the Other», en KERSHAW, I. y LEWIN, M. (eds.). *Stalin and Nazism*; pp. 125-131. <<

[106] CROSS, R. *Citadel. The battle of Kursk*; p. 34. <<

[107] BONWETSCH, B. «Stalin, the Red Army and the “Great Patriotic War”», en KERSHAW, I. y LEWIN, M. (eds.). *Stalin and Nazism*; pp. 185-207. <<

[108] BARBER, J. y HARRISON, M. *The Soviet Home Front, 1941-1945: A Social and Economic History of the USSR in World War II*. Londres, 1991; p. 55. <<

[109] SEATON, A. *Stalin as Warlord*. Londres, 1976; pp. 271-272. <<

[110] RADZINSKY, E. *Stalin*; pp. 486-487. <<

[111] TUMARKIN, N. *The living and the dead: The rise and fall of the cult of World War II in Russia*. Nueva York, 1994; p. 108. <<

[112] DJILAS, M. *Conversations with Stalin*; p. 114. <<

[113] THOMAS, H. *Armed Truce. The Beginnings of the Cold War, 1945-1946*; p. 78. <<

[114] KNIGHT, A. *Beria: Stalin's First Lieutenant*; p. 124. <<

[115] Véanse, TOLZ, V. «New Information about the deportation of ethnic groups in the USSR during World War II», en GARRARD, J. y GARRARD, C. (eds.). *World War II and the Soviet People*; pp. 161-179 y NAIMARK, N. *Fires of Hatred: Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*. Cambridge, 2001; pp. 85-107. <<

[116] WERTH, N. «A State against its People: Violence, Repression and Terror in the Soviet Union», en COURTOIS, S. *et al.* (eds.), *The Black Book of Communism: Crimes, Terror, Repression*; p. 226. <<

[117] KUMANEV, G. A. «The Soviet Economy and the 1941 Evacuation», en WIECZYSNKI, J. L. (ed.). *Operation Barbarossa: The German Attack on the Soviet Union, June 22, 1941*. Salt Lake City, 1993; pp. 161-181. <<

[118] Véase el estudio de BARBER, J. y HARRISON, M. *The Soviet Home Front, 1941-1945*; pp. 163-165. <<

[119] BURLEIGH, M. *El Tercer Reich*; p. 540. <<

[120] DUNHAM, V. S. *In Stalin's Time: Middleclass Values in Soviet Fiction*. Londres, 1990; p. 7. <<

[121] ERICKSON, J. *The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany*. Londres, 1975; p. 232. <<

[122] Véase BACON, E. *The Gulag at War: Stalin's Forced Labour System in the Light of the Archives*. Londres, 1994; pp. 142-143. <<

[123] MAWDSLEY, E. *Thunder in the East*; p. 209. <<

[124] NAUMOV, V. P. (ed.). *1941 god. Dokumentary, Kniga Pervaya*. Moscú, 1998; pp. 131-132. <<

[125] DUNN, W. S. *The Soviet Economy and the Red Army, 1930-1945*. Londres, 1995; p. 195. <<

[126] IRVING, D. *La guerra de Hitler*; p. 289. <<

[127] MURRAY, W. y MILLET, A. R. *La guerra que había que ganar*. Barcelona, 2005; p. 767. <<

[128] HARDESTY, V. *Red Phoenix: The rise of Soviet air power, 1941-1945*. Londres, 1982; pp. 13-15; 83-88. <<

[129] WAGNER, R. (ed.). *The Soviet Air Force in World War II*. Londres, 1974; p. 400. <<

[130] ZALOGA, G. J. *Soviet Tanks and Combat Vehicles of World War Two*. Londres, 1984; p. 206. <<

[131] VAN TULLÍ, H. P. *Feeding the Bear: American Aid to the Soviet Union, 1941-1945*. Nueva York, 1989; pp. 156-157. <<

[132] THOMAS, H. *Armed Truce. The Beginnings of the Cold War, 1945-1946*; p. 80. <<

[133] VAN TULLÍ, H. P. *Feeding the Bear: American Aid to the Soviet Union, 1941-1945*. Nueva York, 1989; p. 154. <<

[134] HARRISON, M. *Soviet Planning in Peace and War, 1938-1945*. Nueva York, 1994; pp. 174-175. <<

[135] WERTH, A. *Great Patriotic War of the Soviet Union, 1941-1945*. Moscú, 1970; pp. 70-81, 140-143. <<

[136] ERICKSON, J. *The Road to Stalingrad. Stalin's War with Germany*; p. 235. <<

[137] Véase MOSKOFF, W. *Bread of Affliction: The Food Supply in the USSR during World War II*. Cambridge, 1990. <<

[138] MOSKOFF, W. *Bread of Affliction*; pp. 136-142. <<

[139] ERICKSON, J. «Red Army Battlefield Performance: 1941-1945: The System and the Soldier», en ADDISON, P. y CALDER, A. (eds.). *Time to Kill: The Soldier's Experience of War in the West, 1939-1945*. Londres, 1997. <<

[140] GARRARD, J. y GARRARD, C. (eds.). *World War 2 and the Soviet People*. Londres, 1993; p. 155. <<

[141] Ambas teorías, en BEEVOR, A. «Stalingrad and Researching the Experience of War», en ERICSSON, L. y ERICSSON, M. (eds.). *Russia. War, Peace & Diplomacy*; pp. 166-167. <<

[142] Sobre el número de muertos, ELLMAN, M. y MAKHUDOV, S. «Soviet Deaths in the Great Patriotic War: A Note», en *Europe-Asia Studies*, 46, 4. <<

[143] HASTINGS, M. *Armageddon. The Battle for Germany, 1944-1945*. Nueva York, 2004; p. 97. <<

[144] MAWDSLEY, E. *Stalin and Stalinism*; p. 91. <<

[145] GORLIZKI, Y. y KHLEVNIUK, O. V. *Cold Peace: Stalin and the Soviet Ruling Circle, 1945-1953*. Oxford, 2003; p. 43. <<

[1] ROBERTS, G. *Stalin's Wars. From World War to Cold War, 1939-1953*. Yale, 2006; pp. 165 y ss. <<

[2] LOTH, W. «Stalin's Plans for post-war Germany», en GORI, F. y PONS, S. (eds.). *The Soviet Union and Europe in the Cold War, 1943-53*. Londres, 1996. <<

[3] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 513. <<

[4] LEWIS GADDIS, J. *We Now Know: Rethinking Cold War History*. Nueva York, 1998; p. 22. <<

[5] WOOD, A. *Stalin and Stalinism*; p. 64. <<

[6] LEWIS GADDIS, J. *The United States and the Origins of the Cold War, 1941-1947*. Nueva York, 1972; p. 244. <<

[7] DILKS, D. (ed.). *The Diaries of Alexander Cadogan, 1938-1945*. Londres, 1971; p. 739. <<

[8] JENKINS, R. *Churchill. A Biography*; pp. 809-811. <<

[9] RYAN, H. B. «A New Look at Churchill's "Iron Curtain" Speech», en *Historical Journal*, 22, 1979; pp. 895-920. <<

[10] MCAULEY, M. *The Origins of the Cold War, 1941-1949*. Londres, 2003; p. 62. <<

[11] Otros autores consideran que el término «Guerra Fría» fue creado por el escritor George Orwell en un artículo en octubre de 1945. (DAVIES, N. *Europe at War, 1939-1945*. Londres, 2006; p. 201). <<

[12] RADZINKSY, E. *Stalin*; p. 493. Las memorias de Mólotov apenas revelan los verdaderos pensamientos de Stalin. En cualquier caso, son relevantes para analizar la Segunda Guerra Mundial y los orígenes de la Guerra Fría. <<

[13] TRUMAN, H. S. *Memoirs: Years of Decision*. Nueva York, 1955; pp. 81-82. <<

[14] ROBERT MOSKIN, J. *Mr. Truman's War: The Final Victories of World War II and the Birth of the Postwar World*. Kansas, 2002; p. 203. <<

[15] KOLDO, G. *The Politics of War: The World and United*

States Foreign Policy, 1943-1945. Nueva York, 1990; pp. 498-499. <<

[16] KENNAN, G. F. *Memoirs, 1925-1950*. Londres, 1968; p. 258. <<

[17] GREENWOOD, S. *Britain and the Cold War, 1945-91*. Londres, 2000; capítulos 1 y 2. <<

[18] ACHESON, D. *Present at the Creation*; p. 219. <<

[19] MEE, C. L. *The Marshall Plan*. Nueva York, 1984; pp. 130-137. <<

[20] CRONIN, J. E. *The World the Cold War Made: Order, Chaos, and the Return of History*. Londres, 1996; p. 91. <<

[21] WILLIAMSON, D. *Europe and the Cold War, 1945-91*. Londres, 2006. <<

[22] RICHIE, A. *Faust's Metropolis. A History of Berlin*. Nueva York, 1998; pp. 661-662. <<

[23] PETCHANOV, O. y EARL EDMONTON, C. «The Russian Perspective» en LEVERIN, R. B. *et al.*, *Debating the origins of the Cold War: American and Russian Perspectives*. p. 139. <<

[24] WALTER, M. *The Cold War. A History*. Nueva York, 1993; p. 56. <<

[25] Véase MACDONALD, D. *Korea: The War before Vietnam*. Londres, 1986. Para las relaciones de Stalin con Mao, véase SERGEL, N. *et al.*, *Uncertain Partners: Stalin, Mao and the Korean War*. Stanford, 1993. <<

[26] KNIGHT, A. *Beria: Stalin's First Lieutenant*; pp. 132-135. <<

[27] HOLLOWAY, D. *Stalin and the bomb*. New Haven, 1994; p. 270. Para los detalles véase el capítulo 5. <<

[28] HOLLOWAY, D. *Stalin and the bomb*; p. 270. Para los detalles véase el capítulo 5. <<

[29] Sobre los inicios de la Kominform, véase MARCOU, L. *Le Kominform*. París, 1977. En particular; pp. 39-72. <<

[30] Un análisis completo en BIAGIO, A. D. «The Cominform and the Soviet Response to the Marshall Plan», en VARSORI, A. y CALANDRI, E. (eds.). *The Failure of Peace in Europe, 1943-1948*. Londres, 2002. <<

[31] STRECHER, J. L. y LUCHKOV, V. V. (eds.). *Khrushchev Remembers: The Glasnost Tapes*; pp. 100, 102. <<

[32] GADDIS, J. L. *We Now Know: Rethinking Cold War History*. Nueva York, 1998; p. 14. <<

[33] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 713. <<

[1] MALLY, L. *Culture of the Future: The Proletkult Movement in Revolutionary Russia*. Berkeley, 1990; en particular, pp. 235-255. <<

[2] YEDLIN, T. *Maxim Gorki: A Political Biography*. Westport, 1999; pp. 198-199. <<

[3] Un estudio comparativo en GOLOMSTOCK, I. *Totalitarian Art in the Soviet Union, the Third Reich, Fascist Italy and the People's Republic of China*. Londres, 1990. <<

[4] SÁNCHEZ VÁZQUEZ, A. (comp.). *Estética y marxismo*. México, 1970; pp. 238-239. <<

[5] Véase, CAUTE, D. *The Dancer Defects. The Struggle for Cultural Supremacy during the Cold War*. Nueva York, 2005; pp. 509 y ss. <<

[6] Véase, TREGUB, S. *The Heroic Life of Nikolai Ostrovsky*. Moscú, 1964. <<

[7] WOODWARD, E. L. y BUTLER, R. (eds.). *DBFP*. Serie A; p. 14. <<

[8] Véase, EATON, K. B. (ed.). *Enemies of the People: The Destruction of Soviet Literary, Theater and Film Arts in the 1930s*. Evanston, 2002. <<

[9] SHOSTAKÓVICH, D. *Testimony: Memoirs as Related to Solomon Volkov*; p. 65 <<

[10] BERLIN, I. *Personal Impressions*. Londres, 1980; pp. 186-187. <<

[11] WATSON, P. *A Terrible Beauty*. Londres, 2000; p. 324. <<

[12] ORLOV, A. *The Secret History of Stalin's Crimes*. Nueva York, 1953; p. 276. <<

[13] PASTERNAK, E. *Boris Pasternak: The Tragic Years, 1930-1960*; p. 5. <<

[14] MARSH, R. *Images of Dictatorship: Stalin in Literature*. Londres, 1989; pp. 45-50. <<

[15] LAWTON, A. (ed.). *Russian Futurism through its*

Manifestoes, 1912-1928. Ithaca, 1988; p. 48. <<

[16] KEMP-WELCH, A. *Stalin and the Literary Intelligentsia, 1928-1939*. Londres, 1991; p. 198. <<

[17] SHENTALINSKY, V. *The KGB's Literary Archive*. Londres, 1995; p. 193. <<

[18] Véase, CURTIS, J. E. (ed.). *Mikhail Bulgakov: A Critical Biography*. Cambridge, 1990. <<

[19] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. 331. <<

[20] RAYFIELD, D. *Stalin y los verdugos*; p. 379. <<

[21] SOLZHENITSYN, A. *The Gulag Archipelago*. Vol. 2; pp. 85-86. <<

[22] LAHUSEN, T. *How Life Writes the Book: Real Socialism and Socialist Realism in Stalin's Russia*. Nueva York, 1997; pp. 84-85. <<

[23] GÜNTHER, H. (ed.). *The Culture of the Stalin Period*.

Londres, 1990. <<

[24] RUBINSTEIN, J. *Tangled Loyalties: The Life and Times of Ilyá Ehrenburg*. Londres, 1996. <<

[25] MATTELART, A. *Historia de la utopía planetaria: de la ciudad profética a la sociedad global*. Barcelona, 2000; pp. 319-320. <<

[26] SERVICE, R. *Stalin*; p. 562. <<

[27] WATSON, P. *A Terrible Beauty*; p. 324. <<

[28] BEEVOR, A. y VINOGRADOVA, A. (eds.). *Un escritor en guerra*; pp. 428-429 <<

[29] SHENTALINSKY, V. *The KGB's Literary Archive*; pp. 136-137. <<

[30] SOLZHENITSYN, A. *Un día en la vida de Iván Denísovich*; Pabellón del cáncer. Londres, 1968-1969. <<

[31] ORWELL, G. 1984. Nueva York, 1949; p. 267. <<

[32] ORWELL, G. *Rebelión en la granja*. Madrid, 1999. «Prefacio del autor. La libertad de prensa». <<

[33] BECK, F. y GODIN, W. *Russian Purge and the Extraction of Confession*; p. 154. <<

[34] CAUTE, D. *The Dancer Defects*; p. 123. <<

[35] SERVICE, R. *A History of Modern Russia*. Nueva York, 1993; p. 319. <<

[36] TAYLOR, R. y SPRING, D. (eds.). *Stalinism and Soviet Cinema*. Nueva York, 1993; pp. 94 y 125. <<

[37] GOLOMSTOCK, I. *Totalitarian Art*. Londres, 1990; p. 179. <<

[38] FREDERICK, S. S. *Red and Hot, the Fate of Jazz in the Soviet Union, 1917-1980*. Oxford, 1983. <<

[39] COLTON, T. J. *Moscow: Governing the Socialist Metropolis*. Cambridge, 1995; p. 280. <<

[40] HUDSON, H. D. «Terror in Soviet Architecture: The Murder of Mikhail Okhitovich», en *Slavic Review*, 51, 3, otoño 1992; p. 461. <<

[41] Véase, STARR, S. F. «Visionary Town Planning during the Cultural Revolution», en FITZPATRICK, S. (ed.). *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931*. Londres, 1978; p. 218. <<

[42] KRAVCHENKO, V. *I Chose Freedom*. Londres, 1947; p. 31. <<

[43] COLTON, T. J. *Moscow: Governing the Socialist Metropolis*; p. 254. <<

[44] PAPERNY, V. «Moscow in the 1930's and the Emergence of a New City», en GÜNTHER, H. (ed.). *The Culture of the Stalin Period*. <<

[45] BRENDON, P. *The Dark Valley. A panorama of the 1930s*. Nueva York, 2000; p. 470. <<

[46] MEDVEDEV, R. *All Stalin's Men*. Oxford, 1983; p. 124. <<

[47] Una descripción de Kaganóvich, en SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; capítulo 4. <<

[48] GONZÁLEZ «EL CAMPESINO», VALENTÍN, *Listen Comrades*. Londres, 1952; p. 72. <<

[49] NEUTATZ, D. *Die Moskauer Metro: Von der ersten Planen bis zur Grossbaustelle des Stalinismus (1897-1935)*, *Beitrage zur Geschichte Osteuropa* 33. Viena, 2001; pp. 173-182. <<

[50] BERTON, K. *Moscow: an Architectural History*; pp. 222-224. <<

[51] STITES, R. *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900*. Cambridge, 1992. Un estudio original es el de EDELMAN, R. *Serious Fun: A History of Spectator Sports in the USSR*. Nueva York, 1992. <<

[52] PARR, L. y ALBURT, L. «Life Itself», en *National Review*, 9 de septiembre de 1991. <<

[53] SHEIK, D. *The Immortal Game*. Nueva York, 2006; p. 169. <<

[54] CHUN, R. «The Madness of King Bobby», en *The Guardian*,
<http://observer.guardian.co.uk/osm/story/0,6903,870785,00.html>. <<

[55] Boletín VOKS de 11 de diciembre de 1945. <<

[56] EDMONDS, D. y EIDINOW, J. *Bobby Fischer se fue a la guerra*. Barcelona, 2006. <<

[57] ERNLE-ERLE-DRAX, R. P. «Mission to Moscow. August, 1939», en *Naval Review*, XL, agosto de 1952; p. 400. <<

[58] Véanse GÜNTHER, H. (ed.). *The Culture of the Stalin Period*. Basingstoke, 1990. BROOKS, J. *Thank You, Comrade Stalin! Soviet Public Culture from Revolution to Cold War*. Princeton, 2001. <<

[59] RESIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; p. 232. <<

[60] MATTELART, A. *Historia de la utopía planetaria*; p. 340.
<<

[61] VICKERY, W. N. «Zhdánovism (1946-1953)» en HAYWARD, M. y LABEDZ, L. (eds.). *Literature and Revolution in Soviet Russia, 1917-1962*. Oxford, 1963. <<

[62] BERIA, S. *Beria, My Father: Inside Stalin's Kremlin*; p. 160. Un estudio del último período estalinista, en HAHN, H. W. *Postwar Soviet Politics: The Fall of Zhdánov and the Defeat of Moderation, 1946-53*. Ithaca, 1982. <<

[63] El tema de los excluidos en ALEXOPOULOS, G. *Stalin's Outcasts: Alien, Citizens and the Soviet State, 1926-1936*. Ithaca, 2003. <<

[64] MEDVEDEV, R. *Let History Judge*; pp. 614-618. <<

[65] AMBA, A. *I was Stalin's Bodyguard*; p. 152. <<

[66] Véase DAVIS, S. «The Leader Cult: Propaganda and its Reception in Stalin's Russia», en CHANNON, J. (ed.). *Politics, Society and Stalinism in the USSR*. Londres, 1998; en particular, pp. 117-118. <<

[67] BONNEL, V. *Iconography of Power: Soviet Political*

Posters under Lenin and Stalin. Berkeley, 1997; pp. 162-164.

<<

[68] *Pravda*, 19 de diciembre de 1939. <<

[69] RESIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; pp. 189-190. <<

[70] SERVICE, R. *Stalin*; p. 331. <<

[71] Véase al respecto TUCKER, R. C. «The Rise of Stalin's Personality Cult», en *American Historical Review*, 84, 1979; pp. 347-366. <<

[72] REIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; pp. 181 y 213. <<

[73] *Istochnik*, 1, 2002; p. 123. <<

[74] SEBAG MONTEFIORE, S. *La corte del zar rojo*; p. XXIV. <<

[75] DAVIES, S. «Stalin and the Making of the Leader Cult in the 1930s», en APOR, B. et al (eds.). *The Leader Cult in Communist Dictatorships. Stalin and the Eastern Bloc*.

Basingstoke, 2004; pp. 29-46. <<

[76] PARKER, R. *Moscow Correspondent*. Londres, 1949; pp. 1-2. <<

[77] CAMPENAU, P. *The Origins of Stalinism: From Leninist Revolution to Stalinist Society*. Nueva York, 1986. <<

[78] Véase, GEIGER, H. K. *The Family in Soviet Russia*. Cambridge, 1968; p. 194. <<

[79] GEIGER, H. K. *The Family in Soviet Russia*, Cambridge, 1968; pp. 88-90. <<

[80] FARNSWORTH, B. *Aleksandra Kollontai: Socialism, Feminism, and the Bolshevik Revolution*. Stanford, 1980. <<

[81] LYNCH, M. *Bolshevik and Stalinist Russia, 1918-1956*; p. 169. <<

[82] Véase FURST, J. (ed.). *Late Stalinist Russia: Society between Reconstruction and Reinvention*. Nueva York, 2006. <<

[83] FIGES, O. *Los que susurran*; p. 250. <<

[84] Véase FITZPATRICK, S. *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*. Cambridge, 1979. <<

[85] WATSON, P. *A Terrible Beauty*; p. 318. <<

[86] STITES, R. *Russian Popular Culture: Entertainment and Society since 1900*. Cambridge, 1992; p. 97. <<

[87] TUCKER, R. C. *Stalin in Power*; p. 104. <<

[88] WATSON, P. *A Terrible Beauty*; p. 317. <<

[89] KREMENTSOV, N. *Stalinist Science*. Princeton, 1997; pp. 29-30. <<

[90] KOJENIKOV, A. «Games of Stalinist Democracy: Ideological discussions in Soviet Sciences, 1947-1952», en FITZPATRICK, S. (ed.). *Stalinism: New Directions*. Londres, 2000; p. 161. <<

[91] Véase al respecto SOYFER, V. N. *Lysenko and the Tragedy of Soviet Science*. New Brunswick, 1994; pp. 200-203. <<

[92] JORAVSKY, D. *The Lysenko Affair*. Cambridge, 1970; pp. 58-60. <<

[93] *Pravda*, 10 de febrero de 1946. <<

[94] GRAHAM, L. R. *Science, Philosophy and Human Behaviour in the Soviet Union*. Nueva York, 1987; pp. 221-222. <<

[95] Véase LECOURT, D. *Proletarian Science? The Case of Lysenko*. Londres, 1977. <<

[96] URCH, R. O. G. *The Rabbit King of Siberia*. Londres, 1939. <<

[97] WEISSBERG, A. *Conspiracy of Silence*. Londres, 1952; p. 306. <<

[98] HOLLOWAY, D. *Stalin and the Bomb. The Soviet Union*

and Atomic Energy. Yale, 1994; pp. 207-208. <<

[99] SERVICE, R. *A History of Modern Russia*; p. 247. <<

[100] LEE, S. J. *Stalin and the Soviet Union*; p. 56. <<

[101] LAQUEUR, W. *Stalin*; p. 326. <<

[102] LAQUEUR, W. *Young Germany*. Londres, 1961; p. 202. <<

[1] MAWDSLEY, E. *Stalin and Stalinism*; p. 14. <<

[2] WOOD, A. *Stalin and Stalinism*; p. 66. <<

[3] LAQUEUR, W. *Stalin*; p. 175. <<

[4] ALLILUYEVA, S. *Twenty Letters to a Friend*; p. 17. <<

[5] MEDVEDEV, Z. y MEDVEDEV, R. *El Stalin desconocido*;
p. 78. <<

[6] LAQUEUR, W. *Stalin*; p. 192. <<

[7] GRIGORENKO, P. *Memoirs*. Londres, 1983; p. 219. <<

[8] TUMARKIN, N. *The Living and the Dead: The Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia*; pp. 107-109. <<

[9] RESIS, A. (ed.). *Molotov Remembers*; p. 265. <<

[10] CHUEV, F. I. y MÓLOTOV, V. *Sto sorok besed s Molotovym: iz dnevniká F. Chueva*. Moscú, 1991; p. 321. <<

[11] LYONS, E. *Assignment in Utopia*. Londres, 1937. <<

[12] Véase HARRIS, J. «Was Stalin a Weak Dictator?» en *Journal of Modern History*, 75: 2003; pp. 375-386. <<

[13] ALLILUYEVA, S. *Twenty Letters to a Friend*; pp. 219-220. <<

[14] *L'Humanité*, 4 de febrero de 1986. <<

[15] APPLEBAUM, A. *Gulag*; p. 23. <<

Índice

Stalin. El tirano rojo	3
Capítulo 1. La era de Stalin. Introducción	6
Capítulo 2. «Koba», orígenes de un revolucionario	29
Capítulo 3. «Litsedei». Las múltiples facetas de un dictador	55
Capítulo 4. «Resplandecían de malicia». La lucha por el poder	86
La Guerra Civil rusa	86
Las bases del poder de Stalin	93
El enfrentamiento Trotski-Stalin	105
La derrota de Trotski y la «oposición izquierdista»	117
La derrota de la «oposición derechista»	120
Los límites del poder de Stalin	129
Capítulo 5. «Una muerte de perro». El Gran Terror	133
Naturaleza del terror	136
Asesinato en Leningrado. Las purgas post Kírov, 1934-1936	141
La gran Purga, 1936-1939	148
La purga del partido	150
La purga de la izquierda	150
La purga de la derecha	152
El centro trotskista antisoviético	155

El asesinato de Trotski	161
La purga de las fuerzas armadas	165
La purga de la policía secreta	179
La purga del pueblo	185
El Gulag	212
Las últimas purgas	231
Balance	239
Capítulo 6. «Cinco en cuatro». La economía	323
La colectivización	325
La industrialización	360
Balance	393
Capítulo 7. «¿Han perdido la cabeza?». La política exterior	400
Los esfuerzos hacia la seguridad colectiva	400
Stalin y la Guerra Civil española	414
El acuerdo de Múnich	428
El viraje exterior	433
China	436
La diplomacia dual y el Pacto Germano-Soviético, 1939-1941	437
El camino de la guerra	448
El pacto con Alemania. Un balance	465
Capítulo 8. «Guerra profunda». Hitler contra Stalin	472
Operación Barbarroja	472
Los motivos del fracaso alemán en 1941	499
La guerra cambia de signo	503
La Conferencia de Teherán	519

La victoria soviética	522
Stalin como comandante en jefe	534
Los motivos de la victoria soviética	544
Balance	562
Capítulo 9. «Un telón de acero». Los inicios de la Guerra Fría	565
Decisiones y divisiones	565
La doctrina Truman y el Plan Marshall	576
El bloqueo de Berlín	582
La guerra de Corea	586
La Kominform	590
Los intereses de la URSS	591
Capítulo 10. «Algunos más iguales que otros». Cultura y sociedad	596
La cultura	596
La sociedad	635
Capítulo 11. Conclusión: un traumático legado	659
Selección bibliográfica	686
Autor	697
Notas	698